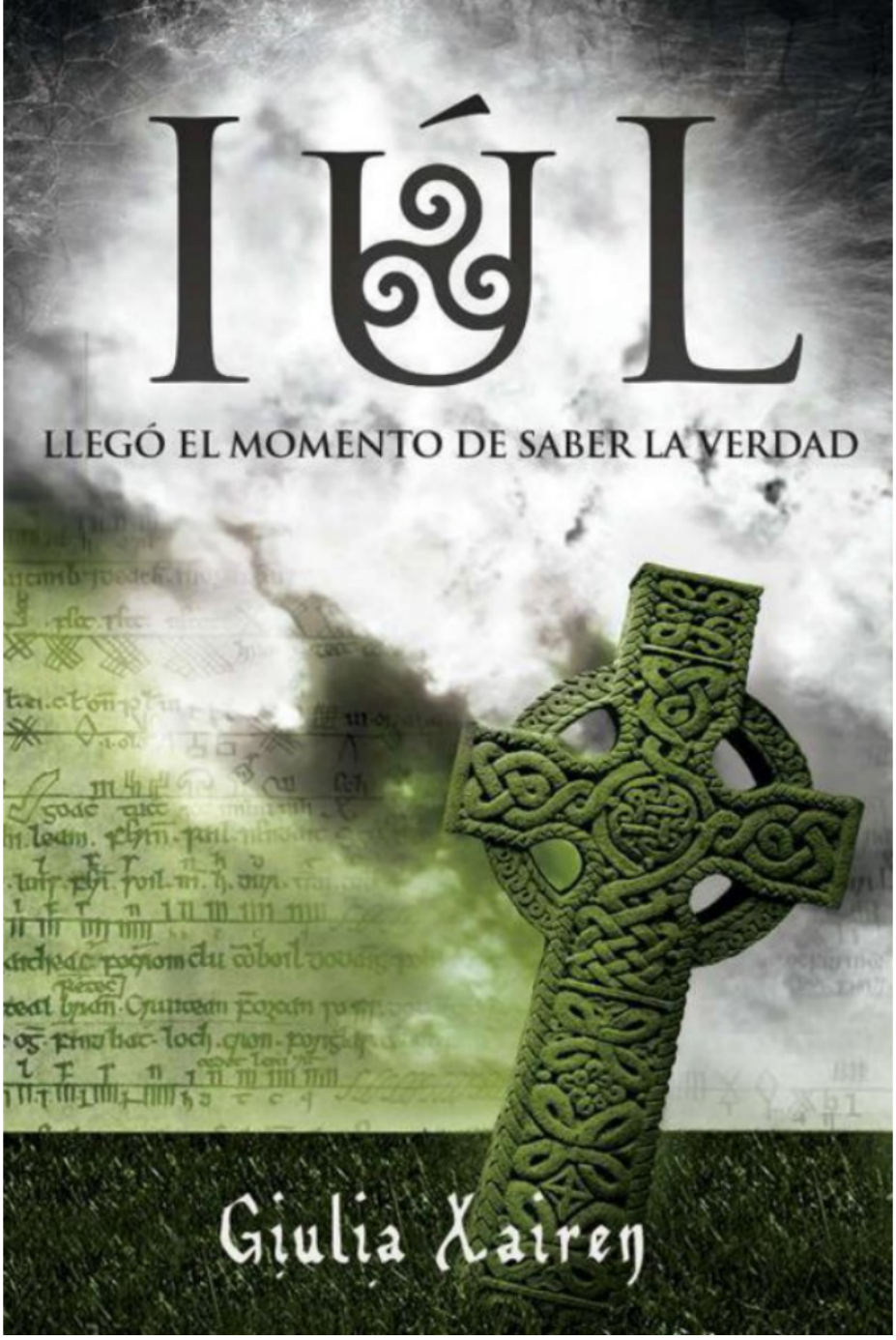
IÚL
LLEGÓ EL MOMENTO DE SABER LA VERDAD
Giulia Xairen

IÚL

Llegó el tiempo de saber la verdad

Iúl

Giulia Xairen

Para mi familia que adoro y para el ángel que siempre me guía.

©Giulia Xairen

Maquetación ebook: Maquetacionlibros.com
Diseño de cubierta: Sara García

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Índice

Portada
Título
Dedicatoria
Créditos

AGRADECIMIENTOS
Citas
IRLANDA
Primavera de 1185
GALICIA
Otoño de 2013
IRLANDA
Primavera de 1185
GALICIA
Otoño de 2013
GALICIA
Noviembre de 2009
IRLANDA
Verano de 1185
PRETANIKÉ
(Escocia) AÑO 247A. C.
LONDRES
30 de diciembre de 2011
GALICIA
Otoño de 2013
ÉRIU
(Irlanda) 307 A.C
IRLANDA
Finales de primavera de 1185
GALICIA
Principios de verano de 2001
GALICIA
Otoño de 2013
GALICIA
Finales de Agosto de 2001
GALICIA
Otoño de 2013

LONDRES
31 de Diciembre de 2011
GALICIA
Otoño de 2013
FLORENCIA
Septiembre de 1460
GALICIA
Otoño de 2013
ROMA
8 de junio de 68 D.C., Hora prima
IRLANDA
Otoño de 2013
IRLANDA
Marzo de 2012
GALWAY
Otoño de 2013
INGLATERRA
5 de julio de 1307
GALWAY
Otoño de 2013
IRLANDA
Septiembre de 2012
IRLANDA
Últimos de Otoño
GALICIA
Agosto de 2001
GALICIA
Últimos de otoño
IRLANDA
Otoño de 2013
GALICIA
14 de diciembre de 2013
DOOLIN
Finales de otoño
GALICIA
15 de diciembre de 2013
GALICIA
22 de noviembre de 2000
GALICIA
15 de diciembre de 2013
GALICIA
Enero de 2014

NOTA DE LA AUTORA
BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

AGRADECIMIENTOS

Esta historia nació a partir de una lectura apasionante que me cautivó desde la primera página. El libro, que devoré en tres días, es: Las Horas Oscuras, de Juan Francisco Ferrándiz. Espero que no le importe que le haya cogido prestadas algunas maldiciones o encantamientos druidas como el Imbas Forosnai o el Glam Dicinn, que menciona en su maravillosa novela. Gracias pues a este espléndido autor por inspirarme y ayudarme a crear esta novela.

En esta aventura he estado acompañada de mucha gente. Por supuesto, los principales han sido mi marido y mis hijos, así como mis padres que siempre están a mi lado. Quiero darles las gracias por su paciencia y sus consejos, por su esfuerzo, y sobre todo, por el amor que me profesan y que me llena de paz cuando lo necesito.

Cómo no mencionar a Chesús Yuste, autor de 'La Mirada del Bosque' y de 'Regreso a Innisfree y otros relatos irlandeses', también creador y director del blog 'Innisfree'. Le agradezco la ayuda prestada en lo que se refiere a tradiciones, lengua y diversos temas de Irlanda, así como su ayuda para encontrar a personas como Ana B. Nieto, autora de 'La Huella Blanca' y 'Los hijos del Caballo', novelas que forman parte de una trilogía, y cuyo tercer libro está por publicar para completar la saga. Esta autora, a la que estoy francamente agradecida, me facilitó varias páginas web en las que pude descifrar términos en irlandés y descubrir frases y curiosidades puramente irlandesas. Por supuesto, os recomiendo la lectura de todos los autores que he mencionado.

No puedo olvidarme de los chicos de 'Descubre Irlanda' por su disposición a contestar las preguntas que les hice. Gracias, de verdad.

A Bisoft Lombana por la información facilitada respecto al rápel, su paciencia y disposición. A mis primeras lectoras: Carol Santarén, como siempre, por su fuerza y su empeño; a Mercedes Díaz Delgado por sus conocimientos de medicina y por ser tan minuciosa y sincera en las opiniones de la lectura de la novela cuando ésta estaba en fase de corrección; a Almudena Muñoz por su franqueza, su valentía y su forma de ser. Gracias a los cuatro, de corazón.

A mis amigos de toda la vida por prestarme sus nombres para

algunos de los personajes de esta historia. Mar, Lolo, Almu, Pedro, Ana… etc. Os quiero.

A Anamari Granados por ayudarme en todo lo que le pido. Eres grande y serás más grande aún.

A Pilar Santana, por su empeño en promocionar mi trabajo, en organizar presentaciones y sobre todo por su amistad.

Y para finalizar, quiero agradecer a todo aquel que me ha dado ánimo en esta carrera de obstáculos, a los que siempre me preguntabais que cuándo iba a publicar este libro. Esa pregunta tan sencilla, me impulsaba a seguir avanzando y a coger fuerzas en esos días repletos de miedos e inseguridades.

Trí bás UAIM rohuccaiter!
Trí AES dom dorataiter!
Secht tonna tacid dom dorodailter!
‘Qué tres muertes pueden tomar de mí!
se puede dar tres edades para mí!
mayo siete olas de la fortuna se concederá a mí!’
Irlandés

‘Beloved, gaze in thine own heart,
The holy tree is growing there’

‘Amados, la mirada en el corazón,
El árbol sagrado está creciendo allí.’

William Butler Yeats

IRLANDA

Primavera de 1185

El bosque pasaba con rapidez ante sus ojos. Su caballo resoplaba cansado por el largo recorrido y por las enérgicas espoleadas que el muchacho le propinaba. Aidan no había dejado de galopar desde que supo que la Abadía de Mellifont iba a ser atacada. La joven que horas antes yacía con él, se lo había susurrado entre arrumacos.

Recorriendo su espalda con pequeños besos, le había informado de la terrible noticia. Un arriero procedente de Limerick, llegaba a la taberna de su padre, al tiempo que ella dejaba las hogazas de pan que éste le había ordenado llevar a la posada. El carretero no tardó en empaparse en vino, y ebrio, comenzó a alardear de los importantes contactos que tenía, para a continuación, desmenuzar la noticia, que según él, solo sabían unos pocos dignos de confianza.

Los borrachos que le acompañaban le animaban a hablar mientras sujetaban en su regazo a un par de prostitutas, aparentemente desoladas por la noticia.

Los irlandeses tenían bien arraigadas las enseñanzas celtas, y desde que San Patricio llegara a la isla esmeralda mucho tiempo atrás, no eran pocos los que se habían convertido al cristianismo, de modo que el incendio de un monasterio nunca dejaba de ser algo nefasto, aunque se hubiese convertido en algo habitual, obra de los temidos vikingos.

Aunque iracundo, Aidan no podía culpar a la muchacha de que esa revelación no la hubiese mencionado antes de envolverla en sus caricias. Nunca había sido claro con ella, nunca le había contado quién era en realidad, y la verdad era, que él, vivía en aquella abadía.

Los robles se alzaban por el camino sinuoso y oculto que atravesaba el bosque. Ya no quedaba mucho y Aidan calculó, que antes del anochecer llegaría al cenobio. Tenía que llegar pronto, Mateo y todos los demás se encontraban allí.

El sol ya había dejado paso a una luna casi inexistente, cuando divisó el resplandor en el cielo oscuro que se iluminaba por las llamas que arrasaban parte del edificio principal. Varias columnas de humo se elevaban furiosas, y el viento traía las pavesas que comenzaban a cubrir la hierba y todo a su alrededor.

Aidan saltó en marcha de su montura y dejó a la bestia atada a un árbol. Aprovechando lo boscoso del paraje en el que estaba sumergida la abadía, se agazapó entre los arbustos y desde allí, observó que el muro que la protegía había sido asaltado. Acercándose con sigilo, trepó por unas piedras junto a él, como lo había hecho mil veces de niño. Una vez dentro, vislumbró a través de las ventanas de la sala capitular el movimiento de varias antorchas. Tenía que alcanzar la fuente donde se lavaban los monjes. Miró hacia allí con pesar, comprobando cómo habían destrozado parte de ella. Con un nudo en la garganta, se agachó junto a una vieja carreta que servía para transportar la miel que los hermanos recogían con mimo y desde allí buscó a Garret, el segundo al mando del cuidado del monasterio. No lo encontró, su vista rastreó el interior de las pequeñas ventanas del edificio y no pudo divisar un rostro conocido.

Tenía que conseguir ventaja contra esos malditos vikingos, después, entraría a por lo que tantas veces durante las últimas semanas había prometido proteger.

El hermano Mateo, como si vaticinara la desgracia, le había hecho partícipe de un importante secreto que hasta hacía poco, guardaba celosamente. Aidan tenía que llegar hasta el *scriptorium* y sacar de allí lo que hacía siglos había sido protegido con la vida de muchos hombres, y que desde dos décadas atrás, Mateo había ocultado entre los muros de aquel cenobio.

Palpó su carcaj y comprobó su munición de flechas. Cogió una saeta y apuntó a un intruso que deambulaba en solitario por la linde. La fina flecha con punta de metal, le atravesó la garganta provocando en él la muerte, antes de que su cuerpo tocara el suelo.

Sin ser visto, llegó hasta la iglesia y pegado a su muro de piedra, entró en el ajardinado claustro desenvainado la espada que había heredado de su padre. Cuando sintió el frío metal en su mano, inspiró hondo y se dispuso a emprender la marcha, pero lo que vio

allí le dejó paralizado.

Centenares de cuerpos yacían sin vida en el suelo. Casi todos monjes. Su sangre aún caliente, empapaba sus humildes hábitos blancos y manchaba sus rostros convertidos en muecas de espanto y terror. Inútilmente, algunos todavía luchaban por respirar, pero Aidan solo pudo reaccionar, cuando la campana de la iglesia tañó con furia.

Distinguió entonces en lo alto de la iglesia a varios hombres vestidos con hábito. Al principio pensó que eran *frates* del monasterio, pero al observar sus cogullas, se dio cuenta de que no eran como la que usaban los hermanos.

Espantado, oyó sus escandalosas risas por encima de los quejidos de los heridos y supo que ellos habían traído hasta allí a los temibles vikingos.

Desconcertado por lo que observaba, buscó entre esos monjes a los nórdicos causantes del asalto a la abadía, los vikingos que tanto daño habían hecho a los monasterios de la isla, pero solo pudo distinguir hombres con esos mismos atavíos religiosos.

Furioso, se lanzó hacia el *scriptorium* llevándose por delante cuanto hombre desconocido se interponía a su paso. Todos ellos parecían cenobitas, pero asombrosamente curtidos con la espada. Ese hecho extraño, avivó su perplejidad pero no mermó su rabia. Debía darse prisa antes de que el fuego alcanzara esa parte del edificio y cumplir con lo que le habían confiado. Solo Mateo y el abad sabían de la misión que le había sido encomendada, y luchó por no dejarse llevar por esos sentimientos contradictorios y la tristeza de ver muertos, a muchos de los hombres que le habían criado. Esperó con arraigo que Mateo se encontrara bien.

Rogando por ello al Altísimo, dobló a la izquierda rumbo al refectorio y allí encontró a varios hombres que tenía a su cargo, como jefe de seguridad. Todos yacían muertos, entre ellos, Garret. Aguantando su rabia, Aidan consiguió meterse dentro del túnel oculto que se expandía por debajo del lugar donde comían los monjes, sin ser visto.

Tras haber andado unos cincuenta pasos, vislumbró desde un hueco del muro del pasadizo la estrecha puerta del *scriptorium,* y salió al pasillo para entrar en la cámara.

Esa mañana, había estado allí mismo. Los monjes copistas, que de nuevo le habían animado a que dejara su oficio para incorporarse al del arte de decorar manuscritos por la enorme habilidad que poseía con la pluma, ya habían empezado su jornada. Habían levantado la vista de sus vitelas, cuando Aidan les saludó

alegremente y les comunicó que iba a estar todo el día en Droichead Átha. Ellos rieron al intuir que iba a ver a la hija del tabernero de la aldea.

En ese momento seguían allí, y Aidan comprobó que no habían tenido ninguna oportunidad. Sus cuerpos manchados de sangre, cubrían los pupitres en los que se posaban manuscritos sagrados y ahora, mancillados. El ataque les había sorprendido trabajando sin darles ocasión de huir.

Intentando no detenerse, Aidan enfiló hacia el anaquel del fondo, el que se situaba detrás de la escalera que ascendía a la biblioteca. En el suelo, yacía Jean Pierre, un anciano monje francés que fue uno de los primeros en fundar el monasterio. Aidan lo miró afligido; se había criado con las historias de aquel hombre.

Varios desconocidos vestidos con los extraños hábitos yacían sin vida a su lado, algunos con flechas clavadas, y otros con las gargantas abiertas. Se acercó a uno de ellos y se percató que por debajo de su hábito sobresalía algo extraño.

Aidan sacó la daga de su cinturón y rajó la áspera tela de la cogulla, descubriendo un uniforme inglés.

Sangre hirviendo subió al rostro del muchacho cuando contempló el atuendo.

El nuevo Señor de Irlanda, Juan I de Inglaterra, solo llevaba unos meses en la isla y ya había dejado huella en ella haciendo que el pueblo irlandés se levantara contra él.

Pero aquello no tenía sentido. ¿Por qué quemar un monasterio cristiano, un monasterio cuya labor principal era la agricultura y la elaboración de miel, viviendo en la más pura austeridad y casi rozando la pobreza? ¿Qué era lo que quería ese puerco malnacido para ordenar a sus hombres atacar?

A no ser que…

Un griterío se oyó en el exterior y Aidan se levantó dispuesto a cumplir con lo que había prometido. Mateo le había explicado lo que tenía qué hacer. Se disponía a tirar de la manivela escondida entre el anaquel y la pared, cuando un ruido le detuvo.

—Eres tú… loado es el Señor —jadeó alguien desde el suelo.

Aidan se volvió hacia el oscuro rincón y reconoció unas sandalias. Se acercó con premura. Era el hermano Mateo y estaba malherido. En su mano retenía una espada ensangrentada.

—¡Mateo, estás vivo! ¡¿Qué ha ocurrido?! —le preguntó intentando valorar la herida que había vislumbrado en su pecho.

—No debes perder tiempo conmigo. Tu misión es salvar el Códice. No debe caer en manos equivocadas. —La voz del monje se

tornó débil en un instante.

—Te sacaré de aquí —dijo Aidan dispuesto a llevarle consigo.

—¡No! —gritó Mateo con las pocas fuerzas que le quedaban—. Yo ya no veré el sol mañana. Aidan, debes hacer lo que te pedí. Es de suma importancia. Recuerda todo lo que te confié, no debe caer en sus manos.

Aidan asintió y miró al que había sido su mentor, su padre.

Mateo le había recogido con ocho años de entre las obras de aquel cenobio medio derrumbado en las inmediaciones del río Boyne, en el que sus tíos habían muerto aplastados por el desprendimiento del muro que se estaba levantando.

Su hermana mayor también había sido llamada por el Altísimo en el accidente. Aquel día, la niña, de apenas diez años y su tía, llevaban el almuerzo a los obreros, cuando el andamio de madera adherido al muro se desplomó, llevándose con él las enormes piedras que las alcanzaron segando sus vidas, y Aidan, quedó solo en el mundo, pues su madre había fallecido al darle a luz a él y su padre había muerto dos años antes, combatiendo.

De eso hacía ya veinte años. Desde entonces, ese hombre incansable que ahora se desangraba entre sus brazos, le había enseñado a leer y a escribir, le había enseñado a hablar francés, latín y griego. Le había instruido en el arte de la lucha contradiciendo las opiniones de los otros *frates,* que solo se dedicaban a una vida de ascetismo.

Un nudo de rabia e impotencia aprisionó el corazón de Aidan al ver los ojos llorosos de Mateo.

—El Códice será protegido y tú vivirás para verlo —repuso en una negación a la evidencia.

El monje apretó las manos de Aidan que intentaba sujetar la sangre que escapaba de su herida y sonrió débilmente.

—Ha llegado la hora. Llévalo lejos de aquí, ya sabes dónde. —Un acceso de tos le asestó y mirando a Aidan a los ojos con enorme ternura, exhaló su último suspiro.

El joven tardó unos segundos en asimilar que el monje había muerto. Con intenso dolor, rezó una oración por su alma y se levantó resuelto a hacer lo que le había prometido al que había sido su padre.

GALICIA

Otoño de 2013

Cuando tomé la determinación de irme de Madrid, no pensé que el lugar al que me mudaba fuera a dar un giro tan inesperado a mi vida.

El caserón que me aguardaba había pertenecido a mi familia desde tiempos inmemoriales. Allí, había pasado todos los veranos de mi infancia, acompañando a mis abuelos, Áine y Breixo. Ella había muerto hacía poco más de tres años. Primero, lo hizo mi abuelo cuando yo contaba con la edad de 15 años y ella se había reunido con él, diez años después.

Desde entonces, desde que ella muriera en una tarde de marzo, no había podido ir de nuevo a San Andrés de Teixido, una pequeña aldea de Galicia que se asoma al mar por los acantilados de Vixia Herbeira.

No había reunido las fuerzas suficientes para encontrarme, de nuevo, con las enormes habitaciones de esa casa, en la que había sido tan feliz y que, ahora, estaba vacía.

Mis abuelos solo habían tenido una hija. Mi abuela no había podido quedar de nuevo embarazada, de modo que cuando murieron, mi madre fue la única heredera de la casa. Una casa a la que apenas había ido desde que su padre murió.

No quise dar más vueltas a esa circunstancia, algo que me enervaba demasiado y que prefería no hablar con mi madre. A mi parecer, no hacía más que inventar excusas tontas, como que hacía mal tiempo. Me callaba, prefería no dar mi opinión respecto a eso, porque siempre había sospechado que había algo más, a parte de la meteorología, que la empujaba a no querer venir; algo que nunca quiso contarme y que la mantenía alejada del que había sido su

hogar.

Yo, en cambio, disfrutaba de cada rincón, de cada hoja que me encontraba en el camino, de las lluvias y los escasos días soleados, en los que mi abuela y yo salíamos a los acantilados, para contemplar la maravillosa e impresionante vista.

Olalla y Kael formaban el matrimonio que se encargaba de cuidar el enorme caserón que no estaba situado en la misma aldea de San Andrés de Teixido, sino en una pedanía que pertenecía a la parroquia.

Ellos siempre habían ayudado a mis abuelos, pero eran mucho más que eso; eran como mi familia. No vivían allí, su casa estaba emplazada en la entrada del pequeño pueblo, pero se encargaban de que todo se mantuviera en orden y, cuando mi abuela faltó, Olalla prometió que seguirían cuidando del caserón, igual que siempre lo habían hecho.

La semana anterior, les había telefoneado para avisarles de mi llegada. Mientras, yo procuraba dejar atadas cosas de mi trabajo para el traslado e intentaba llegar a un acuerdo con mi editor.

A Enrique no le hacía gracia que me fuera tan lejos a vivir, pero yo ya le había convencido de que daba igual dónde escribiese, y para otros asuntos, podía mantener el contacto telefónicamente o por correo electrónico.

Estaban rematando los arreglos de mi última novela y la publicación no sería hasta una semana antes de navidades. Eso me otorgaba un merecido descanso y por otra parte, el tiempo que necesitaba para organizar el traslado y mi nueva vida.

Cuando pasé las primeras casas de la pedanía, no pude evitar parar un momento el coche, bajarme e inspirar hondo.

Hacía mucho que no pisaba esas tierras y el viento que chocó en mi rostro, trayendo el olor a salitre, despertó mis recuerdos más preciados. Abrí los ojos despacio y miré a mi alrededor. Todo estaba como siempre, y eso, me reconfortó, al tiempo que otra sensación, que conocía muy bien, se abría paso con fuerza.

La decisión de ir a vivir a Galicia tenía nombre y apellidos: Marcos De la Osa; aunque en verdad, él solo había sido el detonante que necesitaba para hacerlo.

Marcos y yo habíamos vivido juntos durante poco más de un año. Un tiempo en el que, no fueron pocas las veces, me pregunté cómo podía estar con él, sin estar enamorada. Sabía que esa relación siempre había estado condicionada para olvidar un hecho del pasado y…, realmente, me preguntaba si lo había intentado de

veras.

No culpaba a Marcos; él no había tenido la culpa de que no hubiese podido quererle como se debe querer al hombre con el que quieres compartirlo todo; así que, cuando decidí romper mi relación e irme de Madrid, supe que no había tomado una decisión más acertada en mis veintiocho años de vida. Tenía decidido no volver, de modo que, cogí aire otra vez y, montándome en el coche de nuevo, arranqué mirando al frente.

***

El caserón se levantaba al final de un sinuoso camino, que estaba a poco más de tres kilómetros de la aldea de San Andrés, ubicado en una posición lo suficientemente alta para vislumbrar el pueblo a lo lejos y, sobre todo, tener frente a él las espléndidas vistas del mar y sus acantilados. A ambos lados había casas, igualmente antiguas e impresionantes, que estaban habitadas por gente que conocía desde pequeña y a las que tenía mucho aprecio. Sabía, por Olalla, que ya estaban al tanto de mi llegada; de modo que, los próximos días, los encuentros casuales sucederían, sin descanso.

Según iba avanzando con el coche, vislumbré la antigua verja. Era de un perfecto color negro y parecía esperarme como un fiel guardián. Las robustas puertas estaban flanqueadas por largos muros de piedra grisácea, de igual factura que la casa.

No tenía el mando. Había quedado con Kael para ese propósito, aunque no recordaba si me había dicho que fuera a su casa o, directamente, allí. Me disponía a bajar del coche para llamar, cuando un conocido sonido, que creí haber olvidado, me detuvo.

Un hombre de cabello blanco y ojos esmeralda me observaba desde la verja, mientras las puertas se abrían pesadamente.

—¡Kael! —sonreí al tiempo que me bajaba del coche.

—*¡Mo chen do thíchtu*![1]

Se me hizo un nudo en la garganta, cuando le oí hablar en gaélico y solo pude ir a abrazarle.

—Estaba empezando a preocuparme. Te esperábamos antes —añadió, cuando me separé de él.

—He salido un poco más tarde de lo que pensaba —le expliqué —. No sabía si venir aquí o a San Andrés. ¿Cómo estás?

—Bien, muy bien. —Sus ojos me escrutaron y no pude evitar que mi estómago sufriera un sobresalto— ¡Cuándo te vea Olalla! Está muy ilusionada. ¡Oye, estás más guapa que en las últimas

fotos!

—¿Fotos?

—Sí, la que ponen en los libros que escribes y en los periódicos. —Sonreí con timidez.

—Vas a decir que siempre te lo digo, pero es que eres la viva imagen de tu abuela Áine —añadió.

No era la primera vez que me lo decía. Mi querida y alocada abuelita Irlandesa.

—Lo sé Kael y gracias por el cumplido. Voy a meter el coche y a sacar el equipaje. En cuanto lo haga, nos vamos a ver a Olalla. ¿Está el garaje disponible?

—Siempre lo ha estado Ciara, y no te preocupes, Olalla está aquí. —Le sonreí, de nuevo, y subí en mi Volkswagen.

—Monta.

—No, ve tú. Yo voy a colocar unas cosas ahí —contestó mirando unos sacos llenos de hojas—. Ahora te alcanzo.

El ruido que hicieron los neumáticos, al pisar el camino que llevaba a la casa, me resultó tan familiar, que fue como si no hubiese pasado tanto tiempo sin pisarlo. Parecía como si todo se hubiese detenido. Todo estaba igual. Los arbustos colindantes al camino, los robles ejerciendo de escoltas, dando un aire misterioso y, a la vez, acogedor...

Suspiré largamente ante los recuerdos y sujeté fuerte el volante.

Las enredaderas, de un fuerte color granate, cubrían parte de la fachada de la casa y las columnas y capiteles que sostenían los arcos de piedra, que permanecían allí desde el siglo XV, miraban inquisidores la llegada de cualquiera que pasara entre ellos. El jardín estaba impecable; solo una parte de él que estaba levantado con montoncitos de tierra y varios palets con adoquines color cobre, rompía esa hermosa armonía.

Metí el coche en el amplio garaje y apagué el motor, al tiempo que otro suspiro escapaba de mi pecho. Deseé no haberme equivocado.

—Vamos Ciara, necesitas un cambio en tu vida, ¿y qué mejor que aquí donde has sido tan feliz? —me reprendí, en un susurro, intentando aplacar la nostalgia.

Antes de sacar las cosas del maletero, salí de nuevo afuera. El olor de los arbustos despertó en mí el entusiasmo que tanto necesitaba.

Busqué a Kael y le encontré viniendo por el largo camino de gravilla. Los años se le notaban en la artrosis que curvaba sus piernas y, aunque su rostro estaba ajado por pequeñas arrugas,

seguía teniendo ese gesto arrebatador que, estaba segura, había vuelto loca a Olalla.

Él y mi abuela se habían criado juntos, aunque Kael era unos pocos años más joven. Su familia siempre había ayudado en el caserón desde que llegaron de Irlanda y, tanto mi bisabuela Alana como su madre, eran irlandesas, al igual que mi abuela Áine y el propio Kael.

—Tienes buena mano con las hortensias —le grité, antes de que llegara a mi altura.

—Las tengo muy mimadas. Este año están aguantando muy bien, el clima está siendo muy inusual, apenas ha llovido ni ha hecho frío —dijo, cuando llegó hasta donde estaba yo.

—Hecho extraño aquí, la verdad —susurré y miré hacia donde el suelo estaba levantado—.Ya veo que estás de obra.

—Estoy arreglando ese trozo. Pretendo acabarlo antes de que venga el frío de verdad.

—Kael, ¿por qué no llamamos a alguien para que lo haga?, creo que tú ya has trabajado bastante.

Sus ojos verdes me escrutaron unos segundos antes de hablar y mi corazón sufrió otra sacudida.

—Prefiero hacerlo yo, ya lo sabes. En esta casa no hace falta que entre nadie más.

Sonreí, sacudiendo la cabeza con lentitud.

—¡Qué empeño tienes en hacerlo tú todo!

—Anda pasa. Olalla debe estar en la *cociña*, pero antes, ábreme el maletero que subo las maletas. —Kael, aunque casi siempre hablaba conmigo en gaélico, cuando lo hacía en castellano, no podía evitar introducir alguna palabra en galego; sin duda, contagiado por la compañía de su esposa. Una gallega de pura cepa.

—Gracias, pero no es necesario, ya las subo yo luego.

—¡Anda ya! Yo lo haré.

—Está bien, pero espera, que cojo ésta —dije, cogiendo la más grande y más pesada—. Para tu información, sigo estando en forma —añadí, guiñándole un ojo.

—Me alegro, *nena*, me alegro.

***

Todo estaba muy limpio. La casa olía a flores y a suavizante, y una ligera corriente bajaba por la escalera que daba a los dormitorios. Dejamos las maletas y mi ordenador en el pasillo, y fui directa a la cocina sin reparar en nada más. Olalla hacía coros a la

canción que sonaba en ese momento en la radio.

—¿Se puede? —canturreé, dando unos suaves golpes en la puerta.

Olalla se giró de un sobresalto y, con cara de emoción, vino hacia mí, secándose las manos mojadas, en su delantal.

—¡*Miña xoia*!, ¡qué alegría verte! —Me abrazó con fuerza, como solo las mujeres del norte saben hacerlo—. Ya verás como aquí vas a estar muy bien. No te va a faltar de nada, ¡ay qué alegría, Ciara! —Aflojó el apretón y me miró de arriba abajo con detenimiento—. Estás más delgada que la última vez que te vi. ¿Comes bien?, bueno, de eso me voy a encargar yo a partir de ahora. Ya era hora de que te dieras cuenta de que aquí está tu sitio. —Suspiró y sujetó mi rostro entre sus manos.

Olalla era una mujer que, tanto física, como mentalmente, era como un roble; fuerte, tenaz. Parecía que no pasaban los años por ella. Su cabello, aunque vetado por algunas canas, era de un negro brillante de esos, que ni con tinte azulado. Las mejillas regordetas lucían siempre sonrosadas, debido a finas venillas que hacían que su piel pareciera que se iba a resquebrajar de un momento a otro, eximiéndola de arrugas. Estaba entrada en carnes, pero no vi en mi vida gemelos más tersos y andares más firmes. Lo que más destacaba del carácter de Olalla era el cariño que desprendía. Era una mujer cauta y prudente pero aun así, firme en sus palabras. Cada vez que iba a visitarme a Madrid, mil veces me aconsejaba que mirara dentro de mi corazón, que no me veía feliz con Marcos. Aunque entonces no quería admitirlo, sabía muy bien a qué se refería.

El próximo veinte de noviembre haría seis meses de su última visita. Ellos no habían dejado de ir a Madrid ni un solo año desde que me instalara allí, y todas las semanas, hablábamos por teléfono.

Tanto ella como Kael, siempre habían deseado que mis padres y yo fuéramos a vivir a Teixido, al igual que mis abuelos; pero mis padres viajaban mucho, a causa de su trabajo e, incluso, pasábamos largas temporadas en un país u otro. Esa circunstancia había hecho que ir a vivir a Galicia fuese algo imposible, sin mencionar que estaba segura que, de haber podido, San Andrés hubiera sido el último lugar que hubiese elegido mi madre para hacerlo; aunque ellos dos, se hubiesen conocido en esas tierras.

Mi madre conoció a mi padre cuando él pasaba unas vacaciones en Ferrol. Era la *festa do pulpo* y, aunque al principio todos pensaron que era un amor de verano, a los pocos meses, se dieron cuenta de que lo suyo iba en serio. Mi padre comenzó a trabajar en una

multinacional, en Madrid, y las cosas empezaron a irle bien; de modo que unos meses antes de casarse, mi madre se trasladó allí, dejando Galicia y a sus padres, al parecer, enamorada hasta la médula.

De pronto, Olalla adquirió un gesto interesante.

—*Eu preparei cocido.*

¡Dios mío… y en galego…! Me obligué a cambiar el chip de mi cabeza y prepararme para las diversas lenguas que me esperaban.

—Con su chorizo, *orella*, patatas, *cacheira*, su rabito y sus garbanzos. Te vas a chupar los dediños —añadió, levantando la tapa de un puchero de barro. Al hacerlo, un delicioso olor inundó la cocina.

—¡Qué rico! —Ya me podía preparar. Más me valía no dejar de salir a correr todas las mañanas, si quería seguir manteniendo mi peso.

—Anda, ven —dijo, emocionada—, te enseñaré tu dormitorio.

Olalla salió de la cocina, arrastrándome con ella.

Cuando pasamos frente al salón, vislumbré desde la puerta el bargueño del siglo XV que, desde niña, siempre me había impresionado. Entré a verlo y me acerqué a él. Su madera oscura estaba adornada por coloridos tallados, en forma romboidal. Una bella cerradura dorada dividía el dibujo más amplio del mueble. Abriéndola, se bajaba un tablón, descubriendo un interior lleno de cajones de todos los tamaños.

Alcancé los flecos de la llave que permanecía puesta y los acaricié. Después, la giré y bajé el tablón. Éste quedó apoyado sobre la mesa dispuesta para sostener el bargueño y pasé la mano por el cajón central. Sabía que era de origen español, pero mi bisabuela Alana lo había comprado en uno de sus viajes a Italia. Con mimo, toqué la madera desgastada por el tiempo y subí la tabla para dejarlo cerrado.

Avancé hacia los sofás, que estaban frente al hogar, donde el fuego lamía un gran tronco y daba el toque hogareño que tanto necesitaba. Sobre él y gobernando la chimenea, 'El beso', del pintor austríaco *Gustav Klimt.* Muchos analistas habían coincidido en que, en ese cuadro, estaba representado el propio *Klimt* y su buena amiga *Emile Flögue,* y que el hombre sometía a la mujer, en una postura forzada, atrapada entre él y el abismo que ella tiene a sus pies, transmitiendo al observador una cierta inquietud e incertidumbre.

Mi abuela, en cambio, veía ese cuadro de manera muy distinta.

Ella siempre me había explicado que era como una despedida en la que dos amantes se dan el último beso. La mujer cierra los ojos

poniendo sus cinco sentidos sobre los labios de su amado, mientras sus pies notan el vacío que hay a su espalda. Ella sabe que allí hay un precipicio que pone en peligro sus vidas, y aunque caigan y parezca algo muy triste, siempre existe la esperanza de volverse a encontrar, aunque se hundan en ese abismo.

La obra original, estaba expuesta en la galería de arte del Palacio Belvedere, en Viena. Cuando había estado allí, no había dudado en ir a verla.

Olalla llamó mi atención y me sacó de mis recuerdos.

La escalera era de madera, igual que la balaustrada tallada. El ventanal que presidía la subida era un enorme vitral circular, compuesto de doces círculos que albergaban ocho rosetones cada uno. En el centro, otro cristal también circular destacaba con un hermoso nudo celta labrado con detalle. Los coloridos cristales, todos distintos, representaban cada uno un motivo, pero todos relacionados con la naturaleza. En los escalones se reflejaban los cálidos matices verdes, rojos y dorados.

En la casa había diversos estilos de decoración. Encima de una mesa Isabelina, se podía encontrar un caro jarrón de arte contemporáneo junto a otro creado por un artista local y como eso, multitud de variaciones. Era una fusión que convivía en perfecta armonía y que siempre me había sorprendido, aunque yo fuera un desastre en ese aspecto.

La segunda planta era una amplia estancia con el suelo de tarima antigua que, como no podía ser de otra manera, crujía bajo nuestros pies.

Decidí en ese instante que pondría una alfombra para amortiguar ese ruido que, aunque ahora me parecía incluso reconfortante, estaba segura que no me iba a resultar así a altas horas de la madrugada cuando, insomne, me levantara de la cama, hecho que, a mi pesar, últimamente se había convertido en una costumbre.

Las paredes eran lisas, de un color crema igual que las de la primera planta. Estaban salpicadas de cuadros con escenas variopintas y supe sin dudarlo, a quién pertenecían algunos de ellos.

—¿Sigues pintando? —pregunté.

Olalla siguió mi mirada y posó su vista en uno de los cuadros.

—Así es, *nena.* Me relaja mucho. Tengo la habitación que está junto a la que mi nieto utiliza cuando viene a casa, llena de lienzos y pinturas. —Curvó suavemente sus labios, pero esa sonrisa no duró mucho— Tu abuela insistió en poner algunos de mis horribles cuadros ahí. Yo de buena gana los hubiera quitado, pero es que me

daba cosa. Áine los puso con tanto cariño...

—Son muy bonitos. No menosprecies tu arte —le dije con sinceridad.

—Bueno, bueno, a ti si no te gustan, los quitas y ya está.

Negué con la cabeza y la animé para que siguiera andando.

—Todo está tal y como lo dejó Áine —dijo Olalla suspirando, cuando nos paramos frente a una de las habitaciones.

—Lo sé —susurré—. La echo mucho de menos.

Olalla apretó los labios levemente.

—Te quedarás en el dormitorio grande.

No fue una pregunta. Le sonreí y asentí. Cuando hablé con ellos para anunciarles mi llegada, Olalla me lo preguntó. Yo al principio estuve un poco reticente a quedarme con el dormitorio que había sido de mis abuelos, pues en la casa había cinco habitaciones más aparte de la que yo utilizaba cuando me quedaba allí, pero ella me convenció argumentando que aquella ahora, era mi casa y, que habría sido deseo de mi abuela que yo me instalara allí. Mi madre que también había dado su opinión al respecto, estaba totalmente de acuerdo, con lo cual, di por perdida la batalla.

Mi nuevo dormitorio daba a la zona posterior de la casa. Cuando entré me di cuenta enseguida que la decoración se había modificado. Había flores por todas partes y las paredes habían cambiado de ser de un tono verde agua a un suave violeta. La cama, llena de cojines de todos los tamaños, estaba acordonada de una estructura recia con dosel que daba un toque romántico. Había multitud de velas sin encender y tanto las lámparas de las mesillas como la del techo, eran más actuales que las que recordaba.

Miré a Olalla con la ceja levantada.

—Todo está igual menos esto. Sé que ha sido un atrevimiento, que quizá tenía que haber esperado a que vinieras, pero pensé que si veías la habitación como la tenía tu abuela, no te habrías querido quedar en ella. —Abrió mucho los ojos— Espero que te guste *nena*, yo, yo…, si no te gusta, lo cambiamos.

Lo cierto es que me parecía un tanto cursi, pero esa opinión jamás saldría de mi boca.

—Es precioso… —musité con verdadero agradecimiento. Me acerqué a Olalla y la di un beso en la mejilla—. Gracias.

Dejé la maleta que había subido al lado de la puerta y, recorrí con mis dedos la cómoda de madera a juego con la estructura de la cama. Me acerqué a la ventana, cuyas cortinas traslucidas se mecían con la suave brisa y, me asomé.

El césped verde y bien cortado se fundía con ribetes de flores de

temporada y el inconfundible tono otoñal en las hojas de los árboles. La extensión de la finca estaba en todo su esplendor, incluso más que en primavera.

—Lo tenéis todo muy bien cuidado —comenté a Olalla que ya había sacado del armario toallas mullidas y limpias—, echaba de menos todo esto —añadí.

—¿Cómo está la familia de tu padre?

—Bien, bueno, menos mi tío Fernan que se rompió la pierna jugando al fútbol. Mi tía Reme casi le mata.

—Ay pobre… ¿Y tus primas?

—Una en Suecia y la otra en Alemania. Fuga de cerebros, ya sabes.

—Sí hija, a este paso, en España solo vamos a quedar viejos. ¿Y qué tal te apañabas últimamente allí? ¿No te daba *morriña* de esto? Madrid es muy distinto, con lo que a ti te gusta la naturaleza y allí, estabas metida entre esos edificios tan altos y el humo de los coches.

—Algunos fines de semana, me escapaba a la sierra y bueno, allí me desquitaba un poco. También está el Retiro.

—Oye, ahora que me acuerdo. La última vez que fuimos a visitarte nos dijiste que ibas a ir a por un perrillo a la perrera.

—Sí, pero al final no pude. A Marcos le dan alergia los animales —bufé—. Quizá ahora pueda adoptar uno.

—Recuerdo cuando eras niña, siempre te teníamos que sujetar para que no fueras con las vacas o con las *ovellas*. Cada vez que salíamos a pasear lo mismo. ¡Cuidado que siempre te han gustado los animaliños! Ay, mimosa.

Subí los hombros.

—¿Te acuerdas cómo jugabas con los perros de los *avós*?

Sonreí con nostalgia.

—Einstein y Leonardo —musité—. Murieron el mismo día que murió el abuelo.

—Sí, tomaron algún veneno, ¿quién sabe? En el cobertizo hay tantas cosas… —dijo Olalla— ¡Ay!, pero dejemos de hablar de esas cosas feas. —Hizo un gesto con la mano y me abrazó fuerte haciéndome sonreír—. Ya estás aquí y estoy dichosa por ello.

Me separé de ella y la toqué los brazos.

—Necesitaba esto, de veras lo necesitaba.

—Durante generaciones la familia de Kael ha estado junto a la tuya y él, ha cuidado de esta casa y de los que han habitado en ella. Estoy orgullosa de haber seguido la tradición. —Sus pupilas se empañaron— Echamos mucho de menos a tus *avós.*

—Pero Olalla…

—Perdona. —Se enjugó una lágrima que no llegó caer— Es que estoy muy emocionada de que estés aquí. Anda venga, lávate y ponte cómoda, que yo voy a ir poniendo la mesa. —Suspiró profundamente y se frotó las sonrosadas mejillas— Los amigos que tienes aquí, han llamado durante toda la semana pasada para ver si habías llegado. Decían que no les cogías el teléfono. ¡Muy pesados algunos, eh, *nena*!

Sonreí ante ese cambio radical de conversación.

—Vosotros sois como mi familia, ya lo sabes —le dije de corazón, ignorando sus últimas palabras.

Olalla apretó un momento los labios.

—Tú para nosotros también. Tus abuelos lo eran. Sé que tu *avoa* quería a Kael como a un hermano, pero a mí también me trató como si lo fuera. Tu *avó* también lo hizo —Paró un momento y se miró las manos— ¿Cómo está la *má*? —preguntó levantando la mirada.

—Están bien, los dos están bien. Ya sabes cómo es mi madre. Ella va a su aire. Hablé con ellos la semana pasada. Ahora están en Brasil.

—¿En Brasil?

—Sí, por el trabajo de mi padre, ya sabes que siempre nos hemos movido mucho.

—Y tanto, habéis vivido en muchos países —repuso estirando una arruga de la cortina.

—Ocho países para ser exactos y, ciudades, ni te cuento —le dije suspirando.

—¡Qué barbaridad! Menos mal que los veranos los pasabas aquí en Galicia, pero lástima que Erin y Ángel vinieran tan poco. La última vez fue cuando enterramos a Áine.

—Sí, así es —dije dándome la vuelta para ir a abrir la maleta—, pero no le des más vueltas, Olalla. El trabajo de mis padres es así.

—Lo sé Ciara, lo sé. Pero podrían haberse quedado algún verano como lo hacías tú.

—¡¿Quedarse?! —pregunté exagerando el tono—. Ya sabes que tu querida Erin no aguanta más de tres días seguidos en Galicia. Todavía no entiendo cómo pudo criarse aquí y sobrevivir. Es la mujer más testaruda que conozco.

—Tiene a quién parecerse —añadió.

—¿Ah sí? —pregunté al tiempo que cogía una chaqueta de lana.

—Alana, era igual.

—¿Mi bisabuela? —Esa revelación me hizo gracia y a la vez, me

intrigó.

Olalla asintió ofreciéndome un amago de sonrisa.

—Esa mujer era lo más obcecado que ha pisado la Tierra. Pese a los problemas que hubo en Irlanda antes de que tu abuela naciera, y posteriormente con la guerra civil española, no pudieron quitarle esta casa. Solo le faltó hacer trincheras ahí fuera y ponerse ella misma a pegar tiros. ¡Menuda era Alana! —sonrió ampliamente—. Anda, te esperamos abajo. —Vino hacia mí y después de acariciarme la cara, se dio la vuelta cerrando la puerta tras de sí.

Sonreí al imaginarme a Alana en plan Rambo y, volví a la ventana, la abrí para asomarme y aspirar de nuevo los olores que habían permanecido dormidos en mi memoria y que ahora, se reavivaban con mucha más fuerza.

***

Bajaba por la escalera cuando el móvil avisó de la entrada de un mensaje. Era Mar, mi mejor amiga. Me anunciaba que el fin de semana vendría a ayudar a instalarme cuando su jefe la dejara en libertad. Me senté en uno de los escalones y le respondí.

—¿Ciara? —La voz de Kael me sorprendió, tecleando velozmente.

—Ya voy, estoy mandado un mensaje a una amiga.

Se rascó una oreja.

Cuando hube contestado me levanté, y en lugar de ir a la cocina, fui hacia el aparador que había debajo de un enorme espejo cerca de la entrada a la casa. Había fotografías de todos los tamaños. Fruncí el ceño y cogí una que estaba enmarcada con un marco rústico.

Adiviné que Kael estaba detrás de mí.

—Siempre te lo digo. Eres igual que ella —comentó mirando el retrato que tenía en mis manos, y en el que mi abuela Áine, miraba levemente hacia la izquierda observando quién sabe qué.

La imagen ofrecía una mujer de unos veinte años. Aunque en blanco y negro, se notaba que sus ojos eran claros. Llevaba el cabello ondulado cortado al estilo de la época, al igual que su ropa. Era un vestido de fiesta, vaporoso y elegante. Sus hombros y sus brazos al aire, descubrían una piel blanca y delicada. Los labios carnosos pintados de rojo, se veían oscuros por el tono de la foto.

Subí la vista al espejo y observé mi reflejo. Mis cejas no estaban tan depiladas como las suyas, pero tanto mis ojos azules, la nariz

pequeña y mis labios, eran iguales. También había heredado el color cobrizo oscuro de los cabellos y el de la piel blanca. Me toqué la larga melena y enredé las puntas en mis dedos, volviendo a mirar el retrato.

—Nunca había visto esta fotografía.

—La encontramos hace poco, estaba en el desván. Olalla le puso un marco.

Dejé la foto en su lugar y cogí otra también en blanco y negro que estaba a su lado. Mi madre jugaba con mi abuelo Breixo a las cartas en una mesa del jardín; ofrecía a la cámara una sonrisa mellada y entrañable.

—Tú madre era un trasto —dijo Olalla detrás de nosotros.

Dejé la foto en el aparador y me volví hacia ella.

—Lo sé, y lo sigue siendo —añadí.

—¿*Imos a comer*? —preguntó.

—Vamos.

***

—¿Cómo están Ian y… Dago? —pregunté cuando estaba a punto de terminar el riquísimo plato de cocido gallego. No quería hacerlo, por lo menos preguntar por uno de ellos, pero no quería parecer mal educada.

—Oh, muy bien hija —contestó Olalla—. Mi hijo Ian, sigue en la agencia de viajes que tiene en Cariño. Le va muy bien, aunque le veo muy solo —frunció los labios y tras unos segundos me miró fijamente—. Y a mi nieto se le terminaron los cursos que impartía en Inglaterra como profesor de… ¿Cómo se dice, Kael? —le preguntó a su marido.

—Escalada, mujer.

—Eso. Luego se fue a Irlanda donde ha conseguido un trabajo muy bueno en un centro deportivo. Está muy contento, hace de todo. Yo le regaño hija, me da miedo que ande subido a las paredes y tirándose por ahí de los aviones esos que vuelan tan alto. —Olalla compuso un gesto de disgusto—, bueno, ya sabes que el deporte le gusta mucho pero, anda que no hay cosas para hacer…¡Y ha ido a elegir lo más peligroso!

—Nos dijo que vendría pronto —añadió Kael.

Se hizo un silencio incómodo y carraspeé. Sin duda, esperaban que dijera algo.

—Me alegro de que les vaya bien. —Me concentré de nuevo en el cocido y procuré no apartar los ojos del plato, al menos, hasta

que se me ocurriera otro tema de conversación.

***

Olalla me puso al día de lo que acaecía en el pueblo. También me indicó dónde tenía que ir a comprar y a dónde no. Me informó de que la despensa estaba llena y la nevera repleta de tupperware rellenos de comida. Que Kael vendría todos los días a terminar la pequeña obra y a echarme una mano y, que los llamara siempre que quisiera.

Entre besos, abrazos e insistentes frases de 'tranquilos, estoy bien, estoy acostumbrada a vivir sola', se fueron a su casa y me dejaron a solas con mi nueva vida.

***

Me despertó el teléfono. Al principio me asusté. No sabía muy bien dónde me encontraba. Cuando fui plenamente consciente, el latigazo de la realidad me puso los pies en el suelo de una forma implacable y, me despejé de golpe.

Miré el teléfono con reticencia porque en la primera persona que pensé que me pudiera llamar tan temprano fue, Marcos. Desde que habíamos roto, no había día que no me llamara para intentar arreglar lo nuestro. Vi con alivio que no era él; quien llamaba era mi editor.

—Hola Enrique. —La voz me salió demasiado ronca y me aclaré la garganta.

—¿Te he despertado? —preguntó—, lo siento si es así. Me ha llamado Carol para preguntar si estabas de acuerdo con el acabado de la portada. Le he dicho que sí porque cuando lo comentamos a principios de mes, te pareció bien, pero aun así he creído que debía llamarte para confirmarlo. Bueno, qué me dices. Ah, por cierto, me están llamando para concertar entrevistas. Me tienes que decir cómo tienes tu agenda. Hay una periodista de París que está muy pesada, así que dime algo en cuanto puedas porque le tengo que decir algo, ya. La entrevista te la haría por teléfono. Otra cosa, te voy a mandar por e-mail las preguntas de los periódicos que te dije para la promoción. Mándame las respuestas en cuanto puedas, si puede ser hoy, mejor, y no te olvides de lo que te pedí.

Hala, ya lo había soltado todo ¡y sin respirar!

—He dicho hola, y sí, me has despertado —Miré al reloj; eran las siete y treinta y dos minutos—. Lo de la portada me parece bien,

ya te lo dije —murmuré con sequedad, mirando a la ventana.

—Me parece que no estás de muy buen humor —comentó.

—No, no es eso, es que me pillas mal ahora. Luego te llamo ¿de acuerdo? —No le di tiempo a replicas, colgué el teléfono y me levanté sin quitar ojo a lo que había llamado mi atención.

Descorrí las cortinas, y miré a través del cristal. En uno de los postes de la celosía que delimitaba la finca, un gato se acicalaba lenta y pausadamente. No podía dejar de mirarlo. No es que me resultaba extraño ver un gato allí, no era eso, pero es que este era igual que 'Coco', el gato que había tenido siempre mi abuela y que había muerto cuando yo tenía diez años. Abrí la ventana y le llamé siseando. El gato paró un momento de lamerse y me miró unos segundos, después, giró su cabeza hacia el otro lado de la celosía y, volvió a mirarme fijamente, emitiendo un largo y fuerte maullido.

—¡Gatito! —le llamé. El felino me dedicó una mirada más y, desapareció al otro lado de la valla.

***

Cuando salí de la ducha y me vestí, coloqué el resto de las cosas que había dejado pendientes el día anterior. El armario era gigantesco. Supe en ese instante que nunca lo llenaría. Salí al pasillo y abrí la puerta de la habitación que había a la derecha de la mía. Era mi dormitorio de siempre.

Sabía que no había cambiado nada, pero lo vi con distintos ojos. El suelo estaba enmoquetado en un tono verde emulando los valles de Irlanda. Sobre la cómoda descansaban frascos de perfumes, joyeros y un pequeño equipo de música con unos CD´S al lado. La cama, estaba cubierta por una colcha de colores que habíamos bordado mi madre y yo cuando todavía era una niña, y en las paredes de color verde pálido, había colocados posters del grupo, The Corrs, de Bruce Springsteen, junto a cuadros de miga de pan, obra de mis infantiles dedos.

Me senté en mi antiguo escritorio y abrí uno de los cajones. Allí había unas hojas de papel escritas a mano.

¡Oh!, mis relatos en gaélico.

Mi abuela Áine siempre hablaba conmigo en gaélico al igual que con mi madre. Cuando era niña, me hacía escribir poemas y dictados en la lengua de los antiguos irlandeses y, ahora, tenía uno de los primeros relatos que había escrito jugando a ser escritora, entre mis manos.

Cerré los ojos y rememoré uno de los muchos momentos que

pasaba junto a ella.

—Ciara, ven, vamos a coger un poco de Hierba de enamorar —dijo mi abuela agarrando mi tierna mano de ocho años.

Sorteando a la multitud que disfrutaba de la romería, descendimos por las escalerillas que dejaban la Fuente de los tres caños a un lado, y llegamos casi a la orilla del mar. Allí estaba aquella planta de flor pequeña y clara. Esa flor, poseyendo los pétalos finos, se agarraba a su tallo con fiereza, aun viéndose sacudidos por la furia del viento que los azotaba desde mar.

—Abuela, ¿por qué sujetas la hierba en ese palo?

—No es un simple palo, cariño. Es una vara de avellano y esto de aquí —Señaló unas ramitas que también estaban sujetas con una cuerdecita a la vara—, es tejo. Ahora vamos a poner un poco de Hierba de enamorar y formaremos el ramo de San Andrés, después iremos a por unos '*Sanandreses'* y también los colgaremos —dijo en perfecto gaélico.

—¿Y por qué haces eso? —quise saber.

—Es una tradición de aquí, de Teixido. Las tradiciones son muy importantes. En nuestra Irlanda, hay muchas y muy valiosas. Nuestros ancestros siempre nos han guiado por este mundo, enseñándonos a valorar la Sabiduría y a conseguir la simbiosis con la naturaleza. —Acarició el fino pétalo de una de las flores, que sujeta a la vara, bailaba con el viento—. La armonía con el universo y su lugar dentro de él. Ciara, tienes que tener muy presente, que el ser humano tiene que ser responsable con los seres vivos y con ellos mismos. Así, todos formamos parte de la divinidad, de la energía de la Creación.

—Sí, abuela.

—Ahora, vámonos, el abuelo debe estar esperándonos.

Salí de mi recuerdo al tiempo que el ruido de un golpe me sobresaltó.

Provenía de abajo. Me quedé escuchando unos segundos más, esperando un nuevo sonido que no llegó. Aun así, fui a averiguar qué había ocasionado el golpe.

Pasé por la cocina y el porche, y todo estaba en orden. También miré en el salón y en el pequeño aseo. El recibidor también estaba despejado. Solo quedaba una habitación por revisar, la biblioteca. Me costó un poco abrir la puerta, pero cuando lo hice, una mezcla de olores inundó mis fosas nasales. Polvo, papel, cera, cuero y tiempo. Las paredes estaban cubiertas en su totalidad de libros. Una

mesa de madera recia y oscura, gobernaba la estancia. Detrás, un confortable butacón de cuero, esperaba a ser ocupado. Al lado de la ventana, cubierta por finos visillos, había un sillón orejero delante de una lámpara de lectura. Pasé despacio, acariciando las estanterías donde una escalera deslizante se apoyaba. Inspiré fuerte, al hacerlo, mil imágenes y recuerdos se despertaron.

Busqué el origen del ruido, pero no vi nada extraño. Lo único que llamó mi atención fue un candelabro tirado en el suelo. Cuando me disponía a recogerlo, el mismo gato que había visto esa mañana, salió de no sé dónde emitiendo un maullido.

—¡Joder! —grité—. ¿Pero por dónde has entrado?

Miré hacia la ventana y fue cuando me di cuenta de que estaba abierta. El animal, debía haberse metido por allí.

Exhalé el aire retenido y coloqué el candelabro encima de la mesa.

Hacía años que no entraba en aquella enorme habitación, concretamente…, desde el funeral de mi abuela.

Esa estancia estaba llena de vivencias, de juegos de niños, de secretos de amor adolescente…

Recordé con una sonrisa, cuando nos pillaron a Dago y a mí escondidos debajo de la mesa, intentándome librar de una de las clases de la señorita Mavi. Al igual que el gaélico, mis abuelos siempre habían insistido que aprendiera griego antiguo y latín —clases que también daba cuando estaba con mis padres, y que por cierto, odiaba con todas mis fuerzas— y de eso, se encargaba la señorita Mavi cuando iba a veranear a San Andrés. La responsable impartidora de las aburridas clases, era una irlandesa que vivía en Cedeira y que, para mi gusto, era demasiado estrafalaria. Eran cuatro horas a la semana, y para colmo, las daba yo sola. Menos mal que no se me daba mal del todo.

También me enseñaron los símbolos Ogam, la antigua escritura de los druidas. De eso se encargaba mi abuela, y como el latín, también lo daba yo sola mientras Dago, jugaba con descaro delante de mis narices.

Él se había revelado al respecto, y tanto su padre como sus abuelos, no habían conseguido que diera esas clases. Yo no era tan valiente para decirle eso a mis padres, de modo que le fulminaba con los ojos encendidos de rabia cuando se jactaba de su suerte y yo tenía que quedarme recibiendo esas pesadas clases. Reconocí pasados unos años, que esos conocimientos habían servido fructuosamente para algunos de los trabajos que hice con posterioridad.

Seguí curioseando, admirando la riqueza que esa habitación ofrecía. Sabía que corría el peligro de quedarme allí por tiempo indefinido. Leyendo y leyendo sin parar, hasta que encontraran mi cuerpo deshidratado e inerte, de modo que no quise coger ningún libro y me limité a retener algunos títulos para el futuro. Deslicé la escalera y coloqué un par de libros que estaban torcidos. Recorrí de nuevo la estancia con la mirada y algo a la espalda del butacón llamó mi atención. Un grueso tomo encuadernado en negro con remaches cobres, sobresalía y parecía a punto de caer.

Correr fue un impulso, a sabiendas, que el manuscrito no caería y que probablemente llevaría mucho tiempo en esa posición, pero no pude evitar apresurarme. Cuando llegué a su altura en vez de colocarlo, no pude reprimirme y lo cogí para echarle un vistazo. La portada estaba exenta de título, de modo que lo giré y vi que en el lomo había letras grabadas en la piel rugosa. En gaélico rezaba:

Ériu 800-1200. (Irlanda 800-1200)

Abrí el pesado libro apoyándolo en la mesa y las páginas crujieron. Me maravilló su contenido. Conocía bien la época de la que hablaba, pero comprobé que los datos que ofrecía ese manuscrito no se encontraban fácilmente ni en las más prestigiosas bibliotecas. Eran datos bastante explícitos sobre el rey Supremo de Irlanda, Brian Boru, la intervención vikinga y la posterior inclusión de los ingleses en la isla.

—Muy interesante… —dije notando cómo mi voz sonaba amortiguada por lo que me rodeaba—… lo tendré en cuenta.

Cerré el volumen y me dispuse a colocarlo en su sitio. Empujé el tomo hacia dentro, pero siguió sobresaliendo demasiado. Extrañada, miré el hueco y la longitud del tomo. Éste no era más grande que el lugar por el que se tenía que deslizar. Algo debía haber en el fondo que impedía que llegara hasta el final.

Introduje la mano por el hueco y toqué algo cuadrado y rugoso. Aun palpándolo, no averigüé de qué podía tratarse. Intenté agarrarlo para sacarlo pero no se movió, de modo que comencé a quitar los libros contiguos. Los fui dejando encima de la mesa, abriendo un agujero en la estantería para al fin descubrir, que lo que impedía que el grueso tomo llegara al final del anaquel, era… el último regalo que había recibido de Dago.

¿Qué hacía aquello, allí?

El joyero de madera labrada estaba cubierto de una fina capa de polvo. Lo miré con recelo y a mí pesar, se me formó un nudo en la garganta.

Estaba totalmente segura de que la última vez que lo había visto

estaba en mi antiguo dormitorio, metido en lo más profundo del armario.

Lo cogí con lentitud, como si por hacerlo más deprisa pudiera herirme. Pasé mis dedos con delicadeza sobre los bordes y lo abrí con suavidad. Varias conchas de distintos tamaños se esparcían sobre el satén blanco que forraba su interior y, en todas ellas, había una palabra escrita en gaélico.

De nuevo, el nudo asfixió mi garganta.

Iba a cerrarlo y a dejarlo encima de la mesa para colocar los libros, cuando me di cuenta de que en el panel que hacía de fondo de la librería, había tallados varios símbolos celtas que conocía muy bien.

Espirales, nudos y… símbolos Ogam.

Me apresuré en quitar el resto de los libros, ya sin ningún cuidado de depositarlos encima de la mesa. Frente a mí, apareció parte de una cita escrita en la antigua lengua que me sabía de memoria. Encima, un Triskel coronaba la frase.

Alargué el brazo y con lentitud, toqué uno de los símbolos. La frase continuaba hacia arriba, tal, y como se escribía el alfabeto Ogam, pero su continuidad estaba tapada por los libros de las estanterías superiores.

Comencé a quitar los de las baldas que estaban a la altura de las letras, pero cuando terminé de hacerlo, descubrí con excitación, que junto aquella cita, había varias hendiduras que continuaban hacia la izquierda y a la derecha. Sin vacilar, despojé el anaquel entero que cubría en su totalidad la pared, y cuando lo hice, di unos pasos hacia atrás.

Lo que vi, me dejó sin aliento.

Letras y signos exquisitamente tallados, componían un calendario Arbóreo Celta.

Los druidas, desarrollaron una escritura secreta que aplicaron a las hojas de las plantas. En ellas, cada grupo de incisiones estaba relacionado con un árbol, cuyo nombre, lo vinculaba a su vez con una letra. Dichos mensajes, solo podían ser descifrados por ellos.

Cada uno de los trece meses lunares en que dividían el año, correspondían a un árbol y a éste, le correspondía una letra.

El calendario me ofrecía una Rueda Celta. La cual marcaba los meses y su correspondencia a cada árbol. También estaban marcadas las fiestas que se celebraban a lo largo del año: *Samhain, Beltaine, Ymbolc, Lugnasad, Yule, Ostara, Litha y Mabon.*

Me acerqué despacio, sin desprender la mirada de la visión que tenía frente a mí. Mi familia nunca había mencionado aquello; era

la primera vez que veía allí esos símbolos grabados.

Llevada por un impulso, comencé a palpar las baldas y el panel frontal. No sabía muy bien que esperaba qué sucediera, pero inspeccioné minuciosamente todo el conjunto dando golpes con los nudillos y sacando algunas baldas de sus guías.

Un miedo ridículo me paralizó los músculos unos instantes cuando noté que algo se movió en algún lugar de la librería.

Me aparté de allí de nuevo y observé la extensión de la pared. Había algo distinto, lo notaba, pero no podía ver con claridad qué era.

De pronto, lo vi. Pegado al ángulo que formaba la pared de la izquierda con la frontal, se había abierto un pequeño hueco, un hueco por el que asomaba algo.

Antes de tocarlo, intenté distinguir de qué se trataba. Parecía un dispositivo para accionar algún tipo de mecanismo.

Con extremo cuidado lo empujé hacia dentro y no pasó nada. Probé hacia abajo y esa especie de palanca, se movió.

Cuatro pesados ganchos de acero aparecieron por la abertura y deslizaron la librería entera hacia adentro. Una corriente de aire viciado me dio en la cara al tiempo que mi garganta se secaba y aparecía ante mí, un túnel estrecho y lóbrego.

Me quedé quieta, absorta ante aquello. ¿Era posible que eso fuera un pasadizo secreto? ¿Y a dónde llevaba? No quise lucubrar más, y me introduje por el hueco. Cuando mis pies pisaron el suelo empedrado del túnel, varias lámparas enrejadas se encendieron extendiéndose a lo largo de las paredes como si una encendiera a la otra. Desde mi posición, a unos cinco metros, se presentaba ante mí una puerta de madera.

Con el corazón bombeándome a un ritmo trepidante fui acercándome, extasiada por su complejidad, maravillada por su factura. Era una puerta recia, gruesa como un muro, y en ella, estaba reproducido fielmente el mismo calendario Arbóreo Celta que ofrecía el panel.

Por un momento dudé si realmente era una entrada a algún sitio, o simplemente un muro forrado con esa pesada madera donde acababa aquel extraño pasadizo. Nada tenía sentido si así era, de modo que busqué un picaporte o cerrojo que me indicara que aquello se podía abrir. No lo encontré y cuando estaba a punto de desistir, vi algo que me indicó, que en efecto, era una puerta y que detrás de ella, era posible que hubiese algo.

Unas muescas sobre los nombres parecían moverse al pasar los dedos sobre ellas. Sin duda, era un sistema cifrado; tendría que

introducir una combinación. Pero cuál...

Cerré los ojos y me concentré. Busqué en los recovecos de mi memoria algo que mi abuela me hubiese mostrado, algo que hubiese dicho, pero no encontré nada. Aun así, intenté probar con algo.

Pulsé las letras correspondientes a las principales fiestas: *Samhain, Beltaine, Ymbolc y Lugnasad.* No pasó nada.

Probé de nuevo, continuando con las principales fiestas del año, pero esta vez, pulsando las muescas que correspondían a sus meses, para el *Samhain: Ruis; para Beltaine: Saille; para Ymbolc: Luis y para Lugnasad: Tinne.* Para mi desesperación, tampoco pasó nada.

No quería volver a equivocarme. Ignoraba si solo disponía de tres intentos como ocurría con multitud de códigos: cajeros automáticos, contraseñas de ordenador, de móvil, etc.

Decidí salir de allí para tomarme un descanso y pensarlo bien, me sentía un tanto embotada y necesitaba unos minutos para despejarme.

Una vez fuera del túnel, me situé frente a la mesa para observar con detenimiento el panel que había estado tapado por los libros, que ahora, se dispersaban por el suelo.

Moví la cabeza lentamente, incrédula de que eso hubiese estado allí siempre y que nadie me hubiera dicho nada.

—Creo que tendré una larga charla contigo, mamá —dije estando segura de que ella sabía aquel secreto.

Al acordarme de mi madre, estuve tentada a llamarla. Quizá ella sabría decirme qué código abría la puerta.

—¡Claro que lo sabrás! —exclamé más alto de lo necesario.

Pero me resistía a hacerlo. De pronto, imaginarme haciendo esa llamada hería profundamente mi amor propio. Nadie me había hecho partícipe de lo que tenía en esos momentos frente a mí y eso me hacía sentir un tanto excluida.

—Lo conseguiré sin ti y luego te llamaré para contártelo —decidí.

Volví a concentrarme en los cincelados, intentando desentrañar la combinación. Allí había más luz y me sentía más relajada porque podía tocar los símbolos, sin miedo a que alguna muesca se hundiera equívocamente bajo mis dedos.

Comenzaba a inquietarme. Me senté en el butacón sorteando algunos libros y cerré los ojos un rato con la esperanza de poder dejar la mente en blanco.

No sé el tiempo que pasó, pero cuando me disponía a dejarlo por imposible e irme de allí, se me ocurrió algo.

Nerviosa, me levanté para observar de nuevo el calendario.

¿Y si me equivocaba y no podía intentarlo más veces? Pero… ¿y si no era así? ¡¿Y sí lo que se me acababa de ocurrir era la combinación correcta?!

Animada por esta última pregunta, me decidí a entrar de nuevo en el pasadizo.

Frente a la puerta busqué las muescas que tenía en mente. Pulsé el árbol que correspondía a *Ymbolc*: Serval, después, pulsé la muesca que correspondía al árbol de *Beltaine*: Sauce, a continuación, lo hice con el árbol de *Lugnasad*: Acebo y, por último, pulse el árbol que correspondía a *Samhain*: Sauco.

Primero un clic, luego el sonido de un conjunto de pesadas barras hundidas en el corazón de la madera de la puerta, hizo que el mío se lanzara a un ritmo desbocado. A continuación, se oyó un chasquido y el ruido de unos engranajes dentados que deslizaron las barras haciendo que la puerta cediera ante mí.

***

Oscuridad. Eso fue lo único que pude ver.

Armándome de valor me introduje por el espacio que se había abierto y un extenso abanico de olores me envolvió. Cuero, madera, piedra, óxido y polvo.

Extendiendo mis manos avancé unos pasos, y al igual que había pasado al entrar al túnel, un chorro de luz se sucedió procedente de unas lámparas semejantes a las del pasadizo.

Era una estancia enorme. Las paredes de basta piedra estaban parcialmente cubiertas por estanterías de madera oscura y de aspecto poderoso. Sobre ellas, descansaban objetos protegidos con gruesas telas. En el centro, un atril de madera más clara tallado con diversos signos celtas, sostenía varias vitelas ambarinas.

Me acerqué a él sin poder quitar la vista de aquellas reliquias.

Cuando las tuve ante mí, me dio miedo tocarlas. Las vitelas solían estar hechas con piel de becerro joven o incluso recién nacido, por eso eran tan finas, y éstas, parecían antiquísimas, rasgadas en sus bordes y algo deterioradas. Estaban escritas en alfabeto Ogam, algo de latín y griego. Pese a que la letra era abigarrada y en algunos lugares ilegible, pude leer algunos párrafos que mencionaban tiempos venideros. Una frase que me llamó la atención decía: ‘*El cuerpo es la cárcel del alma inmortal’*. Era de Platón.

Levanté la vista de las vitelas y seguí curioseando. A unos pocos

pasos del atril, había algo de proporciones grandes tapado con una sábana.

La levanté y descubrí un cuadro.

Mostraba colores difusos. La pintura recreaba una batalla en la que fuertes guerreros envestían a otros con escasos medios, incluso algunos no llevaban armas con las que defenderse.

El verde de los campos estaba desgastado y sucio, y algunos de los rostros de los que los guerreros mejor ataviados atacaban, se perdían en la tristeza y otros en el miedo. En el fondo de la pintura algo ardía; el pintor había querido darle profundidad al cuadro pintando una casa que estaba envuelta en llamas. Pude distinguir qué se trataba de una especie de templo, y al observar esa imagen, tuve que bajar la sábana para dejar de contemplar la crueldad que desprendían aquellas imágenes que mostraban un verismo dantesco.

Seguí avanzando hacia el fondo de la sala, viéndome obligada a girar a la derecha. Entonces debajo de una de las lámparas, vi algo que se encontraba sobre un pedestal de mármol y que descansaba sobre una tela de satén blanco.

Acaricié el tejido de seda, y con lentitud, subí la mano hacia la espada que se posaba sobre él.

La cogí con esfuerzo. Su empuñadura estaba decorada al detalle, aunque ahora se presentaba desgastada y sucia. En su conjunto, esa parte en concreto me pareció que tenía una similitud con la forma humana. El pomo representaría la cabeza y los brazos hacia arriba, mientras que el guardamano, serían las piernas. La hoja, afilada en ambos lados, aparecía cubierta de herrumbre. La punta estaba rota, no pude calcular pues, la longitud total del arma, pero sin duda, se trataba de una espada celta por sus decoración y factura.

Yo escribía novela histórica, era lo que siempre me había gustado, escribía sobre todo del Medievo, y documentarme e informarme, era una parte más de mi trabajo, por eso cuando vi aquel objeto, creí reconocerlo.

Al observar aquella espada, una imagen vino a mi cabeza: una fotografía que había visto junto a un documento en el que se describía una Falcata encontrada en Córdoba, aquí en España. Los investigadores, creían que había pertenecido a los primeros guerreros ibéricos antes de la conquista de la península ibérica por los romanos y, la comparaban con las armas célticas irlandesas.

La dejé suavemente sobre el paño y me acerqué a una estantería cercana al pedestal. Era un estante más pequeño que los otros, pero que igualmente sostenía en sus anaqueles, objetos tapados cuidadosamente. Elegí uno al azar y levanté una de las esquinas de

la gruesa tela que lo tapaba. Apareció un casco de hierro. Algunas zonas estaban pobladas por el óxido, pero las que no, tenían un tacto suave aunque sucio. Sentí un leve vértigo al pensar que todas esas cosas pudieran ser auténticas.

Lo giré en mis manos y lo observé con detenimiento. Como la espada, también pesaba mucho. Pensé que a quien hubiese pertenecido, tendría que haber tenido un recio cuello para sujetar tremendo peso.

En los laterales existían los remaches que un día sujetaron las piezas que protegía las orejas y las sienes. Pasé el dedo por encima y grité cuando me rebané la yema.

Tenía clínex en uno de mis bolsillos, de modo que saqué uno y tapé la herida que sangraba exageradamente, después, intentando no manchar nada, dejé el casco en su sitio y tapándolo de nuevo, me dispuse a salir de esa extraña estancia con la promesa que volvería, muy pronto.

***

La cocina se conectaba a un porche que quedaba debajo de mi nuevo dormitorio. Desde allí, girando la cabeza a la izquierda, se podía ver el extenso terreno de la finca. Los robles centenarios poblaban la tierra verde, y recordé cómo de niña me encantaba corretear entre ellos hasta el enorme túmulo que había más allá de la vegetación que surtía la propiedad. Recordé con una sonrisa, que cuando decía a mis amigos de verano que mi abuela tenía en su casa un lugar donde descansaban sus padres, algunos de ellos no quería ni acercarse a la verja de la entrada. Cosa que yo agradecía en silencio, pues mis abuelos, pese a ser personas sociables y llenas de amabilidad, me tenían terminantemente prohibido invitar amigos a casa.

Eran las doce y no había desayunado, de manera que me preparé un pequeño bocadillo y un zumo y, aunque soplaba un poco de viento, me lo tomé fuera empapándome del sol que había conseguido filtrarse entre las nubes.

Mientras le daba un largo sorbo al zumo de naranja, no paré de darle vueltas a mi descubrimiento. Miré mi móvil sopesando llamar a mi madre en ese mismo instante, pero cambié de idea; probablemente la pillaría en algún mal momento de los suyos.

Lo que había encontrado allí era algo sorprendente. No solo era lo que contenía la habitación, sino la forma de llegar hasta allí. ¡Dios! ¡Había sido increíble!

A parte de esa euforia inicial, no podía evitar tener una constante sensación dolorosa por haber sido excluida de ese secreto. La decepción que me martilleaba la cabeza no era por mi madre, sino por mis abuelos. Me costaba creer que mi abuela Áine, nunca me lo hubiera dicho.

—¿Qué pensabais, que iba a coger algo de allí y que lo iba a vender en el mercado negro? —pregunté en voz alta.

Mordí el bocadillo con furia al tiempo que mi móvil comenzó a sonar.

—Hola —saludé con la boca llena.

—Hola, ¿qué tal? —La voz de Mar denotaba un matiz de tristeza.

—¿Qué te pasa? —Tragué con dificultad.

—No voy a poder ir el viernes.

Llené mi boca, esta vez de aire, y suspiré en silencio.

—¿Qué ha pasado?

—Mi jefe…

—Tú jefe es un capullo —solté, impidiendo que terminara la frase. A ese hombre no le bastaba explotar a mi amiga de lunes a viernes sino que ahora estaba haciéndola trabajar también el fin de semana.

—Bueno sí, normalmente lo es, pero… —Su frase se quedó en el aire de forma misteriosa.

—¿Qué?

—¡Qué es broma! —gritó.

—¡Ahhh! —grité yo a su vez. De repente estaba eufórica, como una adolescente a punto de ver a su estrella de rock.

—La novedad es que en vez de salir por la tarde, salgo por la mañana tempranito.

—¿Y qué le ha dado al señor gomina para darte un día completo?

—No, si él no me ha dado nada. Le voy a mentir. El jueves a mediodía le voy a decir que una tía mía, la ha palmao.

—Te pasas Mar. ¡Vaya excusa!

—Bah, si este no se entera de nada. Es que anoche le empecé a dar vueltas y llegué a la conclusión, que subir a Galicia en coche y bajar con tan poco tiempo es una auténtica paliza, y bueno, no es que vaya a estar mucho más, pero así por lo menos me da tiempo a descansar un poco.

—También hay aviones, trenes, autobuses…

—No empieces Ciara, sabes que no vuelo, paso del tren y mucho más de los autobuses.

—Ah sí, que aparte de refinada, eres una miedica y te da terror volar — reí—. Tú verás, pero no me parece bien la excusita.

—Anda calla, y ve preparando mi habitación. Llegaré el viernes a mediodía. Bueno, ¿tú qué tal?, ¿cómo están Kael y Olalla?, ¿llueve?

—Olalla y Kael están muy bien y hoy no llueve, ni va a hacerlo el fin de semana. Mira por dónde vas a tener suerte. Esto es precioso Mar, te va a encantar, te voy a enseñar un montón de cosas y voy a llamar a unos cuantos amigos que hace tiempo que no veo. Así los podrás conocer.

—Eso, eso, tú haz llamaditas. —Soltó una carcajada— Oye por cierto, ayer me encontré con Marcos en el pub. Iba con una rubia que presentó como una compañera de pádel.

—Espero que le vaya bien —dije— lo digo en serio —añadí.

—Ya, si yo no digo lo contrario, pero ¡joder!, cómo son los tíos. Antes de ayer estaba suplicando que volvieras con él y al día siguiente, está con otra.

—Bueno, te ha dicho que era una amiga ¿no? —No es que me molestara, pero no podía dejar de sentirme un poco culpable de cómo había dejado a Marcos, y defenderle, se me antojaba como una necesidad.

—Las amigas no besan en la boca, ni meten la mano por el cuello de la camisa.

Oh. Vaya…

—No sé, Mar. Mira, si ha encontrado a alguien me alegro por él. Sabes que la forma en que rompí no fue muy ortodoxa.

—La verdad que no, pero no sé, me choca verle tan pronto con otra. Es decir, ya sé que hace semanas que lo habéis dejado, pero es que hasta hace dos días me ha estado dando el coñazo con que hablara contigo y te convenciera de que volvieras con él. No sé… y de pronto que aparezca con una tía en ese plan me…

—Déjalo ya —le pedí.

Oí cómo a mi amiga le costaba contenerse.

—Okay, está bien. Él mismo. Qué lo disfrute —refunfuñó.

Me sorprendí a mí misma sintiendo alivio por la noticia. Desde que Marcos y yo lo habíamos dejado, no había dado un respiro a mi conciencia y ya era hora de hacerlo. Había luchado por amarle, pero no lo había conseguido y, saber que Marcos intentaba rehacer su vida con otra persona, me aliviaba de una manera revitalizante.

Después de hablar con Mar de diversos temas sin importancia, colgué y con una sonrisa, cogí el ordenador dispuesta a trabajar.

De repente, tenía un montón de ideas.

***

Cuando me di cuenta eran las cuatro de la tarde. Había hablado con Enrique y habíamos quedado que al día siguiente me harían la entrevista telefónica desde París, que le mandaría las respuestas de las preguntas de los tres periódicos a su despacho y, que le enviaría por mensajería una caja con botellas del buen vino Albariño que teníamos en esas tierras.

Las horas restantes había estado absorta, investigando algunas cosas para el próximo libro. Mi estómago protestó y me levanté a por algo de comer. En la nevera había varios tupperware. Los abrí uno a uno, hasta que encontré lo que más me apetecía: ensalada de pasta.

—Gracias, Olalla —dije cuando tragué el primer bocado.

Cogí una cerveza y salí al porche a comer.

***

El viento había amainado, pero el sol se había ocultado. Me metí un momento en casa para coger una chaqueta más gruesa y volví a salir fuera.

Mientras daba buena cuenta de la ensalada, un golpe seco se oyó detrás de mí y me volví rápidamente con el tenedor, como si fuera una daga para lanzar.

—¡Dios!, qué susto me has dado. A este paso, me vas a matar de un infarto.

El minino que había visto por la mañana en la biblioteca me miraba ajeno a mi exagerada reacción.

Extendí mi mano lentamente, y después de pensárselo durante unos segundos, vino hacia mí y restregó su cabeza por mis dedos, deteniéndose unos segundos a olisquear el que tenía envuelto en una tirita de Pocoyó.

—Es increíble cómo te pareces a Coco —le susurré despertando un nuevo ronroneo en él. Le cogí y le puse en mi regazo. Al principio quiso bajarse, pero le convencí de que se quedara, volviéndole acariciar la cabeza y pasando la mano por todo su lomo.

—Debes tener hambre.

Me levanté con él en brazos y fui a la cocina a por una de las latas de atún al natural que había visto en unos de los armarios.

—No te atragantes —le dije viendo cómo chupaba

compulsivamente la lata recién abierta—. ¿Tienes dueño? —Busqué en su cuello un collar o algo que me revelara esa información, pero no encontré nada—. Bueno, si quieres, te puedes quedar conmigo. Esta casa es muy grande para mi sola, además, creo que ya la conoces.

El gato me miró unos segundos como si me hubiera entendido y, bajándose de la encimera, salió al pasillo, se lamió los bigotes y subió por las escaleras rumbo a los dormitorios.

Notas

1 '*Bienvenida es tu llegada*'

IRLANDA

Primavera de 1185

Manteniendo los ojos cerrados, el jefe druida Éamon, se concentró en la soledad del bosque. Percibió la danza melódica del viento, los pasos de los animales y el susurro de las aguas, que aunque lejos de donde se encontraba en ese momento, se fusionaba con el sonido sublime de los elementos. Escuchando todo eso, pidió ayuda a Dagda. Esa mañana había despertado en su *rath*, y había sentido la imperiosa necesidad de acudir al Gran Árbol, al lugar Sagrado.

Se acercaba el momento.

Lo que el *Imbas Forosnai*[2], había mostrado hace meses, estaba a punto de acontecer.

Los sonidos del bosque alentaron al anciano a abrir los ojos y su mirada gris viró hacia el cielo. Varios reyezuelos revolotearon a su alrededor y el viejo druida se esmeró en leer su vuelo. En efecto, todo estaba dispuesto ya. Lo que había augurado había comenzado y era un hecho sin retorno.

Dio unos pasos hacia el altar que había debajo del Gran Roble y abrazó la superficie lisa de cuarzo con pequeñas ranuras en los bordes para que la sangre se filtrara hasta las raíces del árbol más grande de la isla. Pronto vendrían a buscarle, pero mientras, aspiraría los olores de su amado bosque y asimilaría lo que el destino deparaba.

El anciano apretó el cinturón sobre su túnica y después se mesó la larga barba al tiempo que se agachaba a poner otro paño húmedo en la frente del muchacho que se removía inquieto entre delirios febriles.

Esa misma mañana lo habían encontrado moribundo en el bosque. Col y Math, unos jóvenes iniciados, lo habían llevado a su *rath* entre alarmados y henchidos de orgullo por su hazaña. A diferencia de ellos, Éamon sabía quién era aquel joven que ahora ardía en fiebre sobre su lecho.

El hombre que los jóvenes druidas habían llevado hasta él, era el muchacho que no siendo monje, vivía en el monasterio del otro lado de la isla. Procedía del cenobio que el príncipe Juan había ordenado saquear e incendiar.

Aunque el condado de Louth, provincia de Leinster, quedaba lejos del condado de Gaillimh, los druidas ya conocían el terrible hecho. Los monjes de aquella abadía siempre habían mantenido una relación cordial con los druidas de toda la isla, y su bondad y tolerancia, también se había extendido hasta la provincia de Connacht.

Las creencias ancestrales de Irlanda y, la cristiandad instaurada en el siglo V por aquel monje que había sido esclavo llamado Patricio del que todos los cenobitas hablaban, habían convivido en perfecta armonía a través de los siglos.

***

Cuando Aidan despertó, observó el perfil del hombre que tenía frente a él. La tonsura del anciano que llegaba hasta la mitad de su cabeza y su túnica blanca bordada con multitud de símbolos, delataba su condición de druida. Sus movimientos eran lentos, pausados pero firmes. Antes de que pudiera decir una sola palabra, el anciano se volvió, clavando en él, sus grises pupilas.

—Bienvenido de nuevo —dijo con una voz que denotaba autoridad.

—¿Quién sois? —Aidan quiso levantarse, pero una punzada en el hombro izquierdo le retuvo en el lecho.

Había alguien más allí, una mujer de mediana edad removía una mixtura. Le miró con sequedad.

—No debe moverse, es demasiado pronto. Sus heridas se abrirán y se infectarán —dijo ésta.

—Sois un druida —declaró Aidan dirigiéndose al anciano.

—Mi nombre es Éamon, hijo de Seamus, jefe druida de la comunidad de Gaillimh. Ella es Úna, nuestra curandera. Llevas dos días con nosotros. El príncipe Juan, cree que estás muerto.

La mención del soberano recordó a Aidan el motivo de su estado.

—¿¡Dónde está mi marsupio!?

—El Códice está a salvo —dijo Éamon con tranquilidad.

Las palabras del anciano le sobresaltaron y, olvidando una vez más sus heridas, intentó levantarse. El dolor le dejó sin aliento.

—Has sido un incauto. No debiste entrar al castillo solo, ha faltado poco para que los guardias te mataran —Éamon dijo estas palabras disfrazadas de reproche, pues en realidad, sentía un feroz orgullo por el muchacho.

—¿Dónde está el Códice?

Éamon le dedicó una mirada severa antes de contestar.

—Eso es lo que te ha llevado a esta situación, pero también será lo que cambie tu destino. —El anciano susurró aquellas palabras taciturno, dejando a Aidan desconcertado.

—¿Qué sabéis vosotros del Códice?

—No debes preocuparte de eso ahora. El manuscrito está oculto y protegido.

—Aidan tuvo la certeza de que aquel druida sabía más de lo que aparentaba—. Estás cerca de Gaillimh, en la provincia de Connacht. Cabalgaste sin rumbo desde Limerick sumido en la inconsciencia y tu montura te trajo hasta el bosque.

—¿Gaillimh? —Aidan volvió a removerse. ¿Cómo era posible haber ido a parar a la costa Oeste la isla?

—¿No era aquí dónde pretendías venir? —El anciano sonrió pese a que sus ojos se mantuvieron imperturbables.

Aidan apretó los párpados e intentó recordar cómo había llegado hasta allí. El último recuerdo se perdía entre los árboles colindantes al castillo del príncipe Juan, en Limerick y… no lograba recordar nada más.

—¿Qué sabéis?, decid druida, ¿fuisteis vosotros quiénes me recogisteis en el bosque? Y… ¿Cómo sabéis que entré en el castillo?

—Tu memoria se recuperará, no te preocupes.

—No es posible que mi caballo haya cabalgado sin guía hasta aquí sin ser visto por los soldados… —susurró Aidan, mirando el vacío.

—Te aseguro que algunas bestias saben más que muchos hombres —contestó el druida con solemnidad.

—¿A qué os referís? —quiso saber, Aidan.

Los druidas siempre habían mostrado afinidad con los animales, con los elementos. Lo sabía por Mateo. Él, mantenía buena relación con los que habitaban el bosque que rodeaba Mellifont, incluso la cruz que llevaba siempre consigo, tenía grabada signos rúnicos en Ogam haciendo tributo a la simbiosis de creencias de la isla. Ese

hecho parecía reforzarse con el contacto que tenía con los druidas, llegando a incomodar a algunos *frates* del monasterio, pero no al abad.

—Sabíamos que ibas a venir —dijo Éamon mirando la mixtura de color ocre que Úna, había dejado junto al jergón.

—¿Qué? —Aidan, mostró esta vez su desconcierto.

—No sabíamos de qué modo sucedería, pero sabíamos que aparecerías portando algo muy importante.

Aidan, comprendió al instante.

—Decidme dónde está el Códice. No os imagináis lo peligroso que es. —De repente, su cuerpo se tensó causándole un nuevo dolor que no demostró— ¿Qué habéis hecho con él?— Desde el lecho escrutó el *rath* buscando su marsupio.

—No estamos contra ti —dijo Éamon cuando percibió la desconfianza del joven—. Te he dicho que las escrituras están ocultas. Aquí no lo hallarás —repuso albergando con sus brazos la choza—. Sé la importancia que tiene y, junto a ti, deseamos protegerlo para que no caiga en manos equivocadas.

—Pero… ¿Cómo es posible que sepáis lo que contiene? —logró decir Aidan luchando contra su confusión. Su repentina furia se había aplacado completamente bajo la mirada del anciano—, aventuráis con suma seguridad la importancia de su contenido, como… si lo conocierais.

Úna, volvió a coger la mixtura y unos paños limpios.

—Échate —le ordenó la curandera—, aplicaré un remedio a esas heridas. Debes descansar y recuperar fuerzas.

—Pero… —protestó Aidan.

—Obedece— dijo el anciano con severidad—. Lo que te depara el futuro, requerirá todas tus energías.

***

Aidan miró su cota de malla agujereada. Las señales de varias flechas y el corte de una espada, evidenciaban la lucha a la que se la había sometido.

Buscó su carcaj y comprobó que estaba vacío. Tendría que hacer nuevas saetas como le enseñó Mateo. Después cogió la vaina de su espada, una funda vacía. La única herencia que había recibido de su padre y se había perdido en la lucha con los guardias del príncipe Juan. No se lo perdonaría nunca. Era lo único que había tenido de él, eso…, y unos pocos recuerdos que ya hacía tiempo se habían difuminado.

Había pasado casi un mes desde que despertara en el *rath* de Éamon y ya hacía unos pocos días que asistía a las reuniones de la Comunidad, no así a las que celebraban los druidas. A esas reuniones solo podían acudir los miembros de la Hermandad del Bosque.

Todos los que vivían en aquella tribu, se habían mostrado callados y cautos. Las muchachas no le miraban directamente a los ojos y los ancianos, todos más jóvenes que el jefe druida, eran los únicos que se atrevían a hablar con él.

Labhras era el druida que por edad, más se asemejaba a Éamon. Entre ellos había una complicidad que no existía con los otros y Aidan pronto se percató de ello.

Todavía le dolían algunas heridas, y la rotura de tres de sus dedos le seguía martirizando en las noches, pero gracias a los brebajes y remedios que le proporcionaba Úna, se iba recuperando del todo.

Entretanto, Éamon le había hablado de los presagios. De cómo había visto en los oráculos y en las runas la llegada de algo enormemente valioso. Algo que codiciaban hombres que vivieron mucho antes de que el hijo de su Dios hubiese habitado un lugar en el orbe, hacía casi mil doscientos años.

La confianza pronto se había establecido entre ellos, y Aidan le reveló cómo había sido su enfrentamiento con los guardias del castillo después de que lograra introducirse en los aposentos del príncipe Juan, y así, recuperar el Códice que inexplicablemente tenía en su poder.

Éamon se había mostrado cauto al preguntar de qué modo había averiguado que quien tenía el manuscrito era el soberano, pero Aidan se lo había explicado antes de que el anciano acabara de formular la pregunta.

Ese hecho incomprensible para ambos, se lo había desvelado un soldado lleno de rencor hacia su señor. Ese soldado, en venganza, le reveló antes de exhalar su último aliento, que alguien del monasterio le había hecho llegar el Códice al príncipe inglés, incluso antes del ataque al cenobio.

Esas revelaciones, salidas de los labios casi sin vida de aquel guardia, enloquecieron a Aidan. No podía creer que hubiese un traidor entre los *frates*. Pero, ¿quién podría haber sabido de la existencia del Códice y de su escondite?

En ese momento, en la quietud del bosque junto a los druidas, la urgencia por saber quién había traicionado a Mateo y había logrado con su deslealtad y su imprudencia, que mataran a pobres hombres

que se dedicaban a una vida humilde y consagrada al Altísimo, hicieron que Aidan se propusiera recuperarse con más ímpetu y decisión.

Hacía todo lo que Éamon le ordenaba, no contradecía en nada al anciano cuando le regañaba por intentar entrenar o simplemente, por cargar con alguna cesta pesada de alguna muchacha de la Comunidad. Pero los días pasaban y tenía que partir. Sabía que hasta que no acabara con la misión que le había sido encomendada, el alma de Mateo y de todos los hombres muertos en la intrusión, no descansarían en paz.

Notas

2 —*Método de adivinación practicado por los druidas y reconocidos en las Leyes Brehon, que consiste en mascar carne de un puerco y, realizar una serie de complejos rituales·*

GALICIA

Otoño de 2013

Salía de la tienda de comestibles cargada con una buena cesta de verduras, cuando alguien me llamó a gritos. Me di la vuelta con el ceño fruncido y busqué entre la gente que se arremolinaba a mi espalda. Esa mañana había ido a Cedeira para hacer unas compras por la inminente llegada de Mar y, aunque conocía a gente allí, no esperaba encontrarme a alguien.

—¡Ciara! —volví a escuchar, pero esta vez, sí la vi.

Unos rizos rubios se movían entre cabezas castañas dando pequeños saltitos.

—¡Me habían dicho que estabas en Galicia, pero no podía creerlo! —dijo Sonia cuando estuvo a dos metros de mí.

—¡Hola Sonia! —saludé con sincera alegría. Sonia era una de las amistades de verano que tenía en San Andrés. Era una chica menuda, de carácter alegre. Siempre nos habíamos llevado bien, aunque todos en el grupo pensáramos que se metía en cosas que no le importaban.

—¿Qué tal estás? —Le besé en ambas mejillas y le di un abrazo.

—¡Muy bien!, bueno ahora sin curro—Subió sus ojos castaños al cielo—, pero estoy haciendo un curso de fotografía y me gusta mucho. Hice una entrevista hace dos semanas para un trabajo y espero que me llamen.

—Ya verás como sí —le animé.

—Bueno, ¿y tú qué? ¿Para cuándo la próxima novela? ¿Sabes que gracias a ti, he ligado varias veces?

—Oh, qué bien. Me alegro servirte de utilidad —reí.

Sonia frunció el ceño y miró por encima de mi hombro. Giré la cabeza hacia donde ella lo hacía.

—Creí haber visto a alguien que conozco —dijo al cabo de unos segundos—¡Cuánto me alegro de que estés aquí! —soltó de pronto, subiendo la voz de nuevo y haciendo que varios transeúntes se giraran hacia nosotras—. Tenemos que quedar y marcarnos unas de esas fiestas que tú sabes.

—Tenía pensado llamar a todo el grupo este fin de semana. Todavía me estoy instalando. Hoy viene de Madrid una buena amiga mía y le prometí que os conocería.

—Pues no se hable más. Yo avisaré a todos y mañana quedamos en el pub de Nacho. ¿Te acuerdas donde está, no?

—Sonia, ¿¡cómo me iba a olvidar!? —sacudí la cabeza ante pregunta tan absurda— Quedamos allí… ¿a las nueve?

—¡Hecho! Pues ya está, allí nos vemos. —Me miró de arriba abajo haciéndome sentir incómoda—. Oye, ¿hace mucho que no sabes de Dago?

—Sí, hace mucho —le espeté, escueta.

Sonia se mordió el labio con nerviosismo.

—Bueno, nos vemos mañana. ¡Ya verás cuando te vea Nacho!, siempre le has gustado, bueno, ya lo sabes, pero hazme un favor, tírale los trastos y luego dale boleto. Me encantaría que se le bajaran los humos con las tías. Ese capullo tiene destrozada a una amiga mía, y total, no creo que a Dago le importe. —Me dio otro beso y se fue dando sus característicos saltitos habiendo soltado esa joyita. Mientras la observaba marchar, me imaginé metiendo su cabeza en un abrevadero lleno de babas de caballo.

***

Cuando llegué a casa, Kael me esperaba en la puerta del caserón.

—*Bos días, nena* ¿Cómo te apañas aquí sola?— dijo en cuanto me cogió una de las bolsas que llevaba en las manos.

—Muy bien Kael, no os preocupéis por mí—. Estuve tentada de decirle que había encontrado una habitación secreta pero me abstuve. No es que no confiara en él, estaba segura que Kael conocía su existencia, pero quería hablarlo primero con mi madre. Sabía que cuando sacáramos ese tema, no podría evitar lanzar todo tipo de acusaciones y no quería pagarlo con él—. ¿Y Olalla?

—Está en casa, se ha quedado allí para prepararlo todo.

—¿Prepararlo todo?

—Mañana llega Dago a San Andrés y ya la conoces. Está preparándole su comida favorita.

—Oh, vaya… —Avancé hacia la casa intentando no tropezar—.

Debe estar muy contenta.

—Sí lo está. Lo estamos… —Noté cómo titubeaba y me temí lo peor— Ciara…, dijimos a Dago que estás aquí —dijo confirmando mis sospechas.

—Bueno Kael, voy a estar aquí mucho tiempo. Por cierto, ¿puedes mirar una bombilla en el baño de arriba?, no funciona muy bien —dije saliéndome por la tangente.

—Creo que deberías hablar con él. Ignoro lo que os pasó, pero sé que lo correcto es que habléis. Cuando le dijimos que estabas aquí pareció alegrarse.

Ya…, pareció alegrarse.

Pese a mi sarcasmo mental, esa revelación me contrarió y no supe muy bien qué nombre dar a lo que sentí. Hacía mucho que no le veía.

—Hoy viene una amiga de Madrid —dije con el pulso estúpidamente acelerado.

—¿Se va a quedar aquí?

—Claro Kael, no querrás que la envíe a un hotel —sonreí.

—Claro que no, claro que no. Lo pasaréis muy bien —susurró frunciendo el ceño— ¿Quién es, Mar?

Me sorprendió la pregunta. No recordaba haber hablado a Kael de mi amiga.

—Sí, la misma.

Kael tomó rumbo a las escaleras.

—Eh… ¡El grupo y yo hemos quedado mañana en el pub de Nacho a las nueve! —dije precipitadamente.

¡¿Pero por qué se lo había dicho?!

Kael se me quedó mirando unos segundos.

—Se lo diré a Dago —dijo por fin, complacido—. Voy a ver esa bombilla.

Coloqué la compra en el frigorífico intentando no pensar y me serví una copa de vino blanco. Cuando me disponía a llamar a Coco, oí cómo bajaba Kael.

—Ya está arreglado. Era un cable que no hacía la conexión correcta.

—Gracias, Kael —sonreí—, ¿quieres un poco de vino?

Negó con la cabeza

—¿Te acuerdas cuando tú y mi nieto os pasabais las horas muertas en el desván? —preguntó haciendo que casi tirara mi copa.

Cómo no me iba a acordar. Mis primeras confidencias fueron en

ese desván, mis primeros besos…

—Claro que me acuerdo. ¿Me has dicho que sí al vino? —pregunté temerosa de que Kael volviera a la carga.

—No, tengo que conducir, además, tengo la tensión un poco alta. Bueno, me voy. ¿Necesitas algo más?

—No gracias, Kael.

Se acercó a mí y cogió mis hombros emitiendo un profundo suspiro. Después me besó en la frente y sonrió con timidez. Yo le devolví una sonrisa llena de ternura y con él, envié saludos a Olalla.

Comprobé no sé si con sorpresa o con disgusto, que un gusanillo me bailaba en el estómago cuando subí las escaleras, rumbo a mi dormitorio.

***

Las órdenes eran precisas, esta vez no se admitiría ningún fallo.

Él lo sabía, y lejos de alterarle o ponerle en tensión, le gustaba la sensación.

Paladeaba que esa gran responsabilidad hubiese recaído en él. Que hubiera sido él, el seleccionado para esa misión.

No llevaba en la Orden mucho tiempo, pero no importaba. Sabía los motivos por los que le habían reclutado y eso le bastaba. Consideraba que había trabajado duro para ganarse el puesto del que ahora disfrutaba.

No era el primer trabajo que realizaba para ellos, pero sí el más importante. Si todo salía bien, sería ascendido a un puesto más alto y sería respetado por todos. Sin reservas.

El miembro de la Orden de los Kan Kral observó desde su coche la entrada de la casa de la muchacha. Había dos coches más fuera, y sabía que en su interior, estaban integrantes del maldito Clan que protegía el Códice.

Resbaló un poco en su asiento. Desde su posición no podían verle, pero aun así, la inquietud no le abandonaba.

Comprobó los cables que se unían al sistema de audio que le conectaba con la central de operaciones y vio que estaba todo correcto.

Ciara había estado de compras esa mañana y había llegado hacía una hora y media. Le gustaba observarla. Parte de su trabajo consistía en seguir sus pasos, sus movimientos y, aproximarse a ella, cosa que todavía no había hecho aunque ya se conocieran.

Desde que Ciara había vuelto a Teixido no había quedado con nadie, pero estaba seguro que eso iba a cambiar pronto. La había

visto hablar esa misma mañana con Sonia, en Cedeira y, por el movimiento de sus labios, pudo averiguar que quedaban para salir. Pronto recibiría una llamada y tendrían un contacto más directo.

Puso el retrovisor del interior del coche de manera en la que pudo reflejarse en el espejo y ensayó una sonrisa. Le gustó lo que vio. Era un hombre atractivo, y él lo sabía.

Se pasó la lengua por los labios y pensó en Ciara.

Todo indicaba que algo había cambiado. Si no, ¿por qué se había trasladado al caserón? ¿Por qué habían reforzado la vigilancia?

Para sus superiores, eso era una señal. Aunque para él, era la oportunidad que tanto había esperado.

Sabía que la buscadora principal estaba lejos, pero en la Orden estaban seguros que el traslado de la chica allí, pronto cambiaría esa circunstancia y quizá, era porque Erin había encontrado algo. Lo esperado aparecería en algún momento.

En cualquier caso, él tenía que conseguir lo que había dentro del caserón, sea lo que fuere. Él sería el primero en lograrlo después de los numerosos fracasos de los otros miembros de la Orden en el pasado.

Sabía que Ciara se sabía defender, pero no dejaba de ser una mujer, sola. El mayor y más importante inconveniente era, que no podía entrar en la casa sin más. Tenía que ser invitado. Era una norma sagrada. Después de lo sucedido con el hijo del legendario Timandro y con él mismo, se había decretado así.

Recordó al máximo responsable de la Orden en Irlanda. Él había sido el último en introducirse en esa casa sin ser invitado y había sufrido las consecuencias por saltarse esa norma sagrada. Eso era lo que había causado que todos temieran tanto entrar sin permiso. Pero él lo lograría. Él lograría que le invitase.

Volvió a mirarse en el retrovisor y su lengua pasó esta vez por sus dientes bien alineados. Volvió a pensar en ella, en su cabello cobrizo oscuro y en ese trasero que contoneaba sin ser consciente de ello. Era un bombón, un bombón difícil de resistir.

De pronto sonó el teléfono, miró la pantalla y sonrió cuando vio de quién se trababa.

—Qué bien que me llame la chica más guapa de Cedeira —dijo a modo de saludo.

—Hola, ¿qué tal?, ¿te pillo mal?

—No, para nada, estaba a punto de salir de casa a hacer unas compras. ¿Y tú Sonia, cómo estás? Seguro que estupenda, ayer lo estabas, y hoy seguro que estás más preciosa todavía.

—Anda, anda, no me líes… —La muchacha rio con nerviosismo.

—Pues tú dirás —dijo él, saboreando el momento.

—Nada —rio de nuevo—, te llamo para decirte que hemos quedado mañana en el pub de Nacho. Hemos quedado a las nueve de la noche.

—Muy bien, allí estaré —le dijo mientras se pasaba la mano por la barba incipiente.

—Vale… pues, nos…, nos vemos mañana —dijo Sonia entre tartamudeos.

—Adiós preciosa y…, gracias por avisarme.

Antes de que la muchacha pudiera responder, el miembro de la Orden de los Kan Kral colgó el teléfono y subiendo el rostro hacia el techo del coche, volvió a relamerse los labios.

***

Con Mar en casa era como si en cada habitación hubiese diez personas.

Nada más llegar, puso la música a tope, conectó la tele y comenzó a relatarme todos y cada uno de los días en los que yo había faltado a su vida —ésas fueron sus palabras textuales—, desde que me había mudado a Galicia.

Estaba eufórica, ávida de que llegara el día siguiente para conocer a mis amigos. Cuando le comenté que entre ellos había chicos muy monos, se apresuró a contabilizar los vestidos ajustados que había traído.

—Debes estar cansada del viaje —comenté mientras recogíamos la mesa. Habíamos cenado una ensalada de rúcula con membrillo, queso de oveja, y miel. Después habíamos degustado un postre a base de manzana asada y helado de chocolate.

—Un poco —contestó yendo al frigorífico para coger nuestra segunda botella de vino blanco—, pero es pronto todavía. —Miró su reloj— Solo son las once y media. Vamos afuera, hace una noche estupenda y esos sillones parecen muy cómodos. —Señaló al porche —. Uy, creo que uno me está llamando.

—Anda tira, mañana recogeré este desastre —repuse mirando la cocina con reticencia.

Nos sentamos en la terraza cubiertas por una mullida manta, y ambas contemplamos ensimismadas un inusual cielo que dejaba al descubierto un sinfín de estrellas.

—Anoche me volví a encontrar a Marcos —dijo llenando mi copa.

—Hmmm, ¿y qué?

Mar paró de escanciar el líquido ámbar y me evaluó unos instantes.

—Pues que está estupendamente bien, pero él quiere aparentar otra cosa.

—No empieces —le advertí.

—Ciara, estas semanas atrás se empeñaba en simular que estaba pasándolo mal por vuestra ruptura, pero lo que estaba haciendo en realidad, era preparar el terreno.

—No seas injusta con él, lo ha pasado mal —dije mirando las sombras del robledal. De pronto, me volví hacia ella —¿Cómo que preparar el terreno?

—Ciara, tengo que decirte algo.

Su tono me alarmó. Dejé la copa en la mesa y me incliné hacia mi amiga.

—¿Qué ocurre?

—Es…, sobre la rubia del pádel.

—Joder Mar, me has asustado. Ya te dije que no me importa que esté con alguien. —Suspiré aliviada. Por un momento creí que me iba a decir algo importante.

—Ya, ya lo sé, es que no es eso.

—Pues tú dirás. —Cogí la copa de nuevo y le di un sorbo.

—Esta mañana antes de salir de Madrid…, me enterado de que Marcos lleva con esa chica tres meses.

Tragué con dificultad.

—Lo siento —se apresuró a decirme cuando vio que me había quedado callada.

—No, tranquila. —Por fin reaccioné—. Es que no me esperaba eso de… él. No, no me lo esperaba, y esa información no hizo más que revolver algo que me punzaba el corazón desde hacía años. El engaño, la traición…

—Ya, ni yo, la verdad, pero… ¿estás bien? —quiso saber.

—Sí, sí, estoy bien.

—¿Entonces me das permiso para mandarle a la mierda cuando venga preguntando por ti? Te aseguro que esta mañana me han dado ganas de llamarle y ponerle en su sitio, pero tenía que hablar antes contigo. Es un cerdo.

Llené nuestras copas casi hasta el borde y suspiré.

—Lo es —declaré chocándola con la suya y derramando parte del vino—, y sí, puedes mandarle a la mierda.

***

Cuando la luz que atravesaba las ventanas se clavó en mis ojos, sentí un dolor intenso en las sienes.

Mar roncaba suavemente a mi lado. Íbamos con la ropa del día anterior y habíamos dormido encima de la colcha.

—Vaya resaca… —musité tocándome la cabeza en ebullición.

Bajé despacio la escalera, rumbo a por un tanque de café bien cargado, un paracetamol y aire puro. Coco estaba esperándome encima de la mesa y cuando me vio, emitió un 'buenos días gatuno' y se acercó a hacerme un par de arrumacos.

—Zalamero —le acusé.

Después de dar de comer a mi gato recién adoptado, me lancé a por una taza de café y salí al porche.

El día se presentaba espléndido, el sol ya inundaba la hierba e iluminaba los magníficos árboles. Engullí la pastilla acompañada de la necesaria cafeína y, al poco rato el dolor de cabeza fue remitiendo.

Me disponía a preparar un buen desayuno para mi amiga cuando oí un golpe en la parte de arriba.

—¿Mar? —la llamé desde el pie de la escalera.

No contestó, de modo que subí a buscarla.

—Hola mala influencia, ¿te apetecen cruasanes a la plancha?

Mi pregunta quedó flotando en el aire al comprobar que el dormitorio se encontraba vacío. Fui al baño y di unos golpecitos. Al ver que no contestaba me asusté recordando el golpe y la llamé con más ímpetu.

—¡Mar!

—¡Estoy aquí arriba!

—¿En el desván? —pregunté absurdamente.

—Sí, sube.

La encontré toqueteando un viejo puff que había bajo uno de los ventanucos de la buhardilla. Sus labios sobresalían hacia fuera mientras sus ojos se achicaban una y otra vez.

—¿Qué haces aquí?

—Cotilleando. Por cierto, se me ha caído una lámpara que tienes ahí —dijo señalando junto a la puerta—. Pero no te preocupes, no se ha roto.

—Ah, vale.

—Vaya sitio, parece sacado de una peli de terror —musitó distraída de nuevo.

—Te vas a manchar de polvo.

—Como tenga la misma pinta que tú, me da igual —me soltó.

—Gracias —dije mordaz.

—De nada. Oye, ¿has escrito algo sobre eso? —preguntó señalando un escritorio que descansaba en un lateral.

—No, qué va, ese mueble lleva ahí… —pensé—,…no sé, desde siempre.

—Es bonito.

—Sí —concedí, acercándome a él—. Creo que era de Brian, mi bisabuelo —añadí sacando uno de los bolígrafos del cubilete que reposaba sobre su tablero, después coloqué varias cuartillas.

—¿Y eso qué es? —La oí preguntar. Me volvía hacia ella y la encontré mirando con atención la reliquia familiar.

—Es un arcón celta, también está aquí desde siempre.

—Eso sí que es precioso.

—Bueno…, sí lo es —susurré.

—¿No te gusta? —preguntó con incredulidad—. Si no te gusta véndelo. Te darían una pasta por él.

—No, yo no he dicho eso —repliqué, repentinamente malhumorada—. Es de mi familia, muchas de las cosas que hay en los museos tienen la misma edad que ese cofre. Es antiquísimo.

—Vale, vale —dijo Mar poniendo las manos en un gesto de rendición.

—Lo siento, es que todo me recuerda a mis abuelos y bueno… —Era muy difícil explicar las emociones que sentía cuando miraba a aquel mueble.

Mar se acercó a él y tocó la suave madera.

—Los dibujos son muy bonitos— dijo para a continuación tirar de la tapa para arriba.

Me di cuenta entonces, que no estaba cerrado. Algo extraño. Siempre lo estaba. Quise decir a Mar que no lo abriera, pero llegué tarde.

—¡Uau! ¿Qué es todo esto? —preguntó sin tocar nada para mi alivio.

—Son álbumes de fotos y recuerdos —expliqué.

—¡Vaya! ¿Puedo verlos?

—Otro día. Anda, vamos a desayunar.

Mar me ignoró y cogió uno de los álbumes, lo abrió y observó las fotos que contenía.

—Parece que te hayan puesto un vestido antiguo —comentó señalando una imagen.

—No soy yo. Es mi abuela, Áine.

—Ya lo sé tonta— replicó con retintín, pasando a la siguiente página.

—En cambio tu madre se parece más a tu abuelo, mira —dijo apuntando con el dedo a una fotografía en la que mi madre y mi abuelo estaban sobre un caballo.

—Cierto, pero en los ojos no. Mi abuelo los tenía marrones.

—¿Tu madre los tiene azules? Espera, ¿qué hay aquí? —preguntó sacando un papel que sobresalía de entre las páginas.

—Qué pasa ahora.

—Calla —me ordenó.

La obedecí con el ceño fruncido, observando cómo su gesto era totalmente de concentración. Los dedos de mi amiga formaron una pinza y tiraron de forma teatral del papel.

—¡Dios mío! —exclamó cuando vio lo que era.— ¡Seguro que es una carta de amor!

—¡Anda ya! Dame eso —Se lo cogí de las manos y lo solté dentro del arcón sin ni siquiera mirarlo. Le arrebaté el álbum y dejándolo en su sitio, cerré la tapa y le tendí la mano para que se levantara.

Mar me miró con una sonrisa traviesa.

—¿Es lo que creo que es? —preguntó en un susurro.

—No sé a qué te refieres.

—¿Qué es lo que hay en ese sobre que te has apresurado a esconder?

—Vuelvo a repetirte que no sé de qué me hablas.

—Ya. Seguro que es alguna carta de amor que recibiste de algún gallego y que no quieres compartir con tu amiga.

—No lo es —le aseguré—, y si lo fuera, ni loca te la enseñaría.

—¿Por qué será que eso no me sorprende?

***

—¿Qué significan los grabados que hay en el arcón? Los estoy viendo por toda la casa —preguntó Mar observando una tablilla con el alfabeto Ogam que reposaba sobre la encimera de la cocina, al tiempo que extendía mantequilla en su tostada.

—Es Ogam. Lengua celta.

—¿Cómo?

—Sí, mira. —Me acerqué a la tablilla y la cogí para acercársela —. Estos son signos del alfabeto Ogam, es una escritura antiquísima. Se decía que era un lenguaje reservado para los sabios y los druidas, desvelando así sus más valiosos secretos.

—Lo siento Ciara, pero a mí solo me parecen un montón de rayas.

Preferí ignorar su comentario.

—¿Quieres que cuando acabemos de desayunar demos un vuelta por la finca? —propuse.

Mar miró unos momentos más la tablilla y después de rascarse la nariz, asintió y se llevó la tostada a la boca para darle un gran mordisco.

***

—¿Ciara? —Mar me dio un toque en el brazo para que volviera a la Tierra.

—Perdona, es que estaba distraída.

—Ya, qué raro —repuso con sarcasmo —¿Echo más leña al fuego?

—Sí, por favor.

Antes de salir, habíamos entrado al salón para alimentar la chimenea y que la casa mantuviera el calor.

Después de echar al hogar el tronco más grueso que encontró y que casi la deja lisiada para siempre, se acercó al Bargueño que estaba al lado de la ventana y sin dudarlo, giró la llave colgada de la cerradura y lo abrió.

—¿Sabes a qué me recuerda este mueble? —preguntó mirándolo con una sonrisa.

—Deléitame —susurré preparándome para una de sus 'Maradas', como yo llamaba a sus delirios.

—¿Te acuerdas de la peli esa de Nicolas Cage?, creo que se llama, 'La leyenda del tesoro perdido' o algo así.

—Sí, me acuerdo. —Ya sabía por dónde iba, pero la dejé.

—¿Y te acuerdas de que en esa peli salía un escritorio con compartimentos secretos?

—Sí, y hablando de secretos, te voy a contar uno, yo —susurré enfatizando el tono misterioso en mi voz.

—¿Un secreto? —Había caído en mi trampa.

—Este escritorio, también tiene ese rompecabezas de enigmas.

—¡Dios!, ¿y has encontrado algo interesante?, ¿te imaginas?, puede que aquí esté escondida una carta de amor de alguien que está muerto hace siglos. ¡Vamos a mirar!

—Hoy te ha dado por las cartitas de amor.

Mar subió los hombros y yo la dejé hacer. Era demasiado gracioso para contenerla. Cuando se ponía así, retrocedía a un estado pueril que me divertía mucho.

Mar abrió y cerró todos y cada uno de los cajones, incluso metió

la mano en todos los huecos buscando esa 'carta perdida'. Cuando iba a desistir paré de reírme.

—Ahí también hay un compartimento oculto —le confié. Estaba completamente emocionada— Ahí, mira —le indiqué.

Mar metió los dedos en una pequeña ranura pensando que eso era lo que yo indicaba y me miró de nuevo con cara de pocos amigos.

—¡No puedo!, esto está durísimo.

—Anda déjame, que al final te vas a cargar una reliquia y tendré que denunciarte.

Para no quitar misterio al asunto, me acerqué a ella más ceremoniosamente de lo necesario y, mirándola a los ojos fijamente, desencajé sin dificultad un cajón más grande que los otros, que parecía un mero adorno.

—¡Ta chan! —canturreé.

Con ansiedad, Mar introdujo la mano en el hueco y la sacó al cabo de unos segundos, componiendo un gesto de enfado que me hizo gracia.

—Sabías que no había nada, ¿verdad? —Bajó los hombros como si llevara una pesada carga y fue a sentarse en uno de los sofás— ¡Nunca encontraré el amor…!.

—Anda, tonta, salgamos a dar una vuelta.

***

—¡Qué bonito es esto! —exclamó albergando con sus brazos el paisaje que nos rodeaba.

Habíamos salido a caminar por el robledal. Era la primera vez que lo hacía desde que había llegado a Galicia y tocar la hierba mullida, aunque fuera a través de mis zapatillas, me hacía sentir niña otra vez.

Cuando llegamos a un lugar que yo consideraba muy especial fue cuando me di cuenta que el dolor de cabeza había desaparecido.

El altar, solitario, esperaba debajo de un gran roble.

—¿Qué es esto? —quiso saber Mar.

Su mirada desembocaba en la enorme piedra bajo el Árbol.

—Los druidas honran a los dioses con ofrendas, cada entidad es importante, única y, a cada dios de la naturaleza se le honra individualmente siendo el sol, que recibe el nombre de Fuego de la Creación, el más importante, porque sin él no habría luz y por tanto, no existiría la vida. Por eso, los druidas hacen de los bosques sus Lugares Sagrados. Hay celebraciones muy importantes en el

calendario celta, y cuando acontece una, es aquí donde se festejan.

Sin querer, un retortijón me contorsionó el estómago recordando la única celebración de ese tipo a la que había asistido.

—Sí, desde que te conozco he leído varias cosas sobre druidismo, pero se conoce poco de ese tema.

—Así es, los druidas no dejaron nada escrito. Sus conocimientos se pasaban oralmente. No solo había que saber las palabras sino saber pronunciarlas correctamente.

—¿No es Julio César quien escribió sobre ellos en 'La Guerra de las Galias'?

Asentí.

—César fue gran enemigo de los druidas que para él, no eran más que meros brujos. Según dejó escrito, todos los celtas, incluidos los druidas, eran bárbaros e inhumanos, una paradoja teniendo en cuenta las muertes que ocasionó su ejército por conquistar La Galia. Hay numerosos escritos antiguos donde no salen muy bien parados que digamos, algunos de sus autores son, Tácito, Séneca, Lactancio… por mencionar unos pocos. La poca información que existe, viene directa o indirectamente de las fuentes romanas. Pero bueno…, un punto a favor es que Diodoro Sículo y Posidonio de Apamea también escribieron sobre los druidas y dijeron que no eran salvajes sino filósofos de gran sabiduría. Lástima que los escritos de este último se hayan perdido, solo quedan unos pocos fragmentos de sus obras. La conquista de Cesar no llegó a Irlanda, y es por eso, por lo que la mayoría de las informaciones se dan acerca de los druidas galos y britanos, no de los irlandeses.

Mar subió las cejas sin desvelar qué era lo que pasaba por su cabeza.

—Sigamos adelante —sugerí.

Sorteamos varios arbustos que nos dificultaban el camino y llegamos a un lugar triste, pero aun así, mi favorito.

—Aquí están mis abuelos y mis bisabuelos —susurré.

Mar observó lo que tenía delante de ella y frunció el ceño.

—¿Esto es un mausoleo? —preguntó rascándose su pequeña nariz adornada con un diminuto piercing.

—No, bueno, sí —sonreí—. Es un túmulo. Los túmulos son cámaras funerarias. Están hechas con tierra y piedras que se erigen sobre una o varias sepulturas, pero exteriormente no parecen tumbas ni nada que se le parezca, tienen una abertura horizontal en la base del montículo por la que se accede. Cuando era niña, para mí era una hermosa montaña verde formando parte de todo lo que había alrededor. Mi abuela me infundió un gran respeto hacia ello,

y siempre que llegaba hasta el túmulo, permanecía frente a la puerta unos minutos en los que me invadía una clara y reconfortante serenidad. Las costumbres de mi familia proceden de Irlanda. Allí, el más famoso de los túmulos está en el condado de Meath, es un conjunto arquitectónico en el valle del Boyne. Newgrange, ¿has oído hablar de él?

—No, pero sigue, es interesante —comentó.

—Dicen que sus orígenes están datados entre el 3000 y el 2900 a. C, incluso más antiguo que Stonehenge.

—¿Ston... qué?

—Stonehenge —repetí riendo—. Es un monumento megalítico de la edad de bronce que está en Inglaterra. Mira, ¿te acuerdas de la película de Brave?, ¿esa que vuelve loca a tu sobrina? —Las películas eran la especialidad de mi amiga, de modo que siempre recurría a ellas si quería que se acordara de algo en concreto.

—Sí. La princesa pelirroja que se impone a su madre y va a ver a una bruja

que convierte a su dulce progenitora en un oso.

—Esa. Bueno pues, ¿te acuerdas de las enormes piedras, formando un círculo a las que el fuego fatuo llevó a la princesita?

Mar asintió.

—Pues Stonehenge, es parecido a eso.

—Ah. ¿Y también hay fuego fatuo de ese, allí?

—Venga ya Mar, ¿no te puedes tomar nada en serio? El fuego fatuo es un fenómeno natural que produce la tierra en descomposición.

—Ya, puede ser, o puede que sean las almas de algunos muertos. Me extraña que tú no creas en eso teniendo sangre irlandesa en tus venas.

La miré con escepticismo.

—Bueno, pues como te decía. Newgrange —proseguí respirando hondo—, es el túmulo más famoso de Irlanda. Después de miles de años, fue descubierto en 1699. Es increíble, porque en todas las mañanas del solsticio de invierno pasa algo alucinante.

—¿Se levantan los muertos? —preguntó Mar en tono tenebroso.

—¡Y dale con los muertos! —Sacudí la cabeza—. No, además, no hay muertos. Verás, nunca fueron hallados restos humanos, pero los expertos insisten en que guarda simples tumbas. Lo alucinante es que en el solsticio de invierno, la luz penetra por un punto del pasaje y recorre el suelo iluminando finalmente la cámara funeraria durante exactamente, diecisiete minutos.

—Uau, ¡qué pasada!

—Sí, lo es. Concretamente, ilumina la triple espiral que está tallada en su interior

—Tenemos que ir. ¿Y aquí también pasa eso?, ¿también penetra la luz?

—No —reí—. Alana y Brian, los padres de mi abuela, simplemente quisieron hacer un tributo a sus ancestros levantando este túmulo aquí. Que cuando llegara el momento, sus restos descansaran como lo hicieron antiguamente los que habitaron su querida Irlanda.

—Tu bisabuela debió ser la leche. ¡Qué atrevida!, hacer algo así aquí, en su propia casa. Pero si estaban tan arraigados a su isla, ¿por qué quisieron descansar aquí eternamente en vez de hacerlo en la propia Irlanda?

Aparentemente, Mar estaba cargada de razón, pero procedí a explicarme.

—Algunos druidas tienen una sensibilidad especial. La energía que fluye por la tierra es capaz de hacerles seguir un sendero que una persona normal no vería. Cuando mis antepasados encontraron este lugar, supieron que aquí estaba su sitio. Según me han contado, esa sensación no la volvió a sentir nadie de la familia salvo Alana y su hija, mi abuela Áine. Hay lugares, en los que la fuerza vital es tan fuerte y tan intensa, que solo tienes que cerrar los ojos para sentirla. Este lugar es sagrado, pero no solo para mi familia, sino para la propia tierra. Alana lo notó después de mucho tiempo, por eso decidió que su cuerpo, la carne que había envuelto su espíritu durante un tiempo, debía descansar en este lugar. Esa energía fluyente, es…, es como una atracción incontenible…

—Hablas como si tú también lo sintieras.

Negué con la cabeza. Aunque yo también había sentido esa cohesión, hacía mucho tiempo de eso…, cuando mi abuela me enseñaba, cuando estaba conmigo…

—No —manifesté al fin—, yo no soy druidesa. Sé muchas cosas porque todos en mi familia lo han sido siempre, pero nada más.

—¿La llegaste a conocer? Me refiero a Alana.

—No. Murió poco después de mi nacimiento.

—¿Y tu abuelo Breixo era Irlandés? Su nombre es muy gallego.

—Él era de Cariño, un pueblo que está cerca de aquí, pero casualmente también tenía raíces irlandesas. Procedía de las muchas familias que emigraron de Irlanda por la hambruna de 1845. Nada más conocer a mi abuela Áine, se enamoraron. No tardaron mucho en casarse y vinieron a vivir a esta casa.

—¿Con sus suegros? —preguntó Mar arrugando la frente.

—No, mis bisabuelos iban y venían de Irlanda por asuntos de trabajo.

—¿Y tus padres estuvieron mucho de novios?

—Antes de cumplir su primer aniversario, ya estaban casados.

—Pues sí que se dieron prisa en irse a vivir juntos. Yo hasta que no esté con un tío lo menos tres años, no pienso irme a vivir con él. Si no, mírate a ti —dijo, tirando la pullita.

Ese comentario me sonaba bastante. No eran pocas las veces, que no solo mi amiga sino mis padres, me habían acusado de inconsciente por irme a vivir tan apresuradamente con Marcos. Entonces, no quise oír esas opiniones por razones que no quería admitir. Pero ahora, después de mi fracaso al intentarlo con él, reconocía que debía haber hecho más caso a esos consejos y sobre todo, a mis sentimientos.

—Mi madre estaba embarazada cuando se fue de aquí.

—¡Ah!, de modo que fuiste un penalti —bromeó—. Bueno, aunque sea así, yo me lo hubiese pensado dos veces antes de irme con mi novio y, más a otra ciudad tan lejos de mi casa.

—Ya…, bueno, a ellos les salió bien.

—¿Y por qué tu madre no viene por aquí? Eso me dijiste ¿no?, esto es una pasada.

—No es que no venga. Lo hace poco —dije esforzándome en poner una excusa en su nombre—. Antes de que muriera mi abuelo pasábamos todos los veranos aquí, juntos, pero desde entonces no ha vuelto a quedarse más de dos días.

—¿Se llevaba mal con tu abuela?

—No, al menos que yo sepa. Siempre procuré prestar especial atención cuando estaban juntas y no pude ver nunca nada raro —sacudí la cabeza componiendo un gesto de fastidio—. Mira Mar, desde que murió mi abuelo mi madre cambió mucho. A mí me dice que no viene porque no le gusta el clima. ¡Y no hace mal tiempo!, ¡solo llueve!, pero dejemos el tema, ella se lo pierde. Esto es maravilloso, ¿no crees?

—¡Y enorme!, menudas fiestas habrás organizado en este robledal.

—No lo vas a creer, pero salvo las celebraciones que conciernen a la familia y sus tradiciones, nunca hemos hecho nada con nadie.

—¿De verdad, por qué? —preguntó mirando la extensión del terreno.

—Mis abuelos, aunque sociables y amables con la gente como buenos irlandeses que eran, no invitaban a nadie a casa. Incluso a mí me tenían prohibido hacerlo.

—Qué fuerte… —Mar se quedó pensativa unos instantes—. ¿Y tus padres qué hacían mientras tú estabas aquí de vacaciones? —preguntó de pronto.

—Sabes que he vivido en muchos lugares —asintió—, pero daba igual en que país me encontrara, siempre pasaba aquí los veranos. Ellos, o bien se quedaban en el lugar que estábamos en ese momento, o bien cogían vacaciones y viajaban a otro sitio.

—Pero entonces, tu madre nunca veía a la suya.

—Así es —susurré.

—Eso te afecta ¿verdad?

Miré a mi amiga con severidad. No quería seguir hablando de mi madre.

—Bueno…, sabes que mi relación con ella es un poco tensa. Dejémoslo así.

—¿Es por eso?

Asentí a regañadientes y Mar calló esperando una explicación más extensa. Decidí dársela y acabar de una vez por todas con esa conversación.

—Era como si la culpara y, en cierto modo, lo hice. La culpaba de no haber pasado más tiempo con mi abuela. Un tiempo que yo valoraba mucho y que ahora, no tengo —dije mirando el túmulo donde descansaban los restos de parte de mi familia.

Mar me imitó y permanecimos unos segundos en silencio.

—Ciara, ¿Y por qué conociendo medio mundo, elegiste Madrid para vivir?

—La familia de mi padre está allí. Quería pasar un tiempo cerca de ellos; también los echaba de menos.

—Y luego conociste a Marcos…

—Sí, conocí a Marcos, pero también te conocí a ti —le dije pellizcándola el brazo y dando por zanjado el asunto. De eso, si que no iba a hablar.

***

—Por fa, pásame mi bolsa de aseo —me pidió Mar al tiempo que se subía la cremallera lateral de un vestido que le dejaba sin respiración.

—Creo que te estás pasando un poco —le avisé.

—Mejor, así seré el centro de atención por una vez —repuso mordaz.

—Eres idiota.

—Ya, idiota pero sabes que llevo razón, no te fastidia. Mientras

has tenido novio, estupendo, pero ahora que estás libre, necesito ponerme mis mejores galas si quiero ligar algo. Oye, —Me miró con una grave preocupación—, ¿qué te vas a poner?

Sacudí la cabeza con un amago de sonrisa.

—Lo que te digo, que eres idiota —reiteré.

—¿Qué te vas a poner, Ciara? —insistió. Parecía que le iba la vida en ello.

—Joder Mar, pues unos vaqueros y un suéter, ¡yo que sé! —Me quité la toalla de la cabeza y comencé a cepillarme el pelo.

—Vale, estupendo. Está claro que no tendré ninguna oportunidad —me pareció oírla mientras bajaba las escaleras.

Montadas en el coche, Mar me avasalló a preguntas tales como, con cuántos tíos del grupo me había enrollado, o si los que estaban buenos estaban libres. Cuando le confesé que ninguno de ellos me había interesado nunca en ese plan, pareció satisfecha por unos segundos. Por unos segundos.

—Oye, pero ahora que recuerdo, una vez me dijiste que habías tenido algo serio con un tío de aquí —dijo a la defensiva.

Suspiré. ¡Lo que me faltaba!, Mar, también.

—De eso hace mucho, era solo una cría.

—Bueno, con veinticinco años ya no se es tan cría —objetó—, ¿y ese tío estará en el pub?

Un revoloteo en mi estómago hizo removerme en el asiento.

—Espero que no.

***

Llegamos casi las últimas.

El pub de Nacho era según él, una réplica mejorada de uno del que se enamoró en Irlanda cuando fue a visitar a Dago. La enorme puerta de entrada, parecía arrancada de un castillo. Sobre ella, sendas letras en hierro forjado formando el nombre del local, se iluminaban estratégicamente para que se vieran a una buena distancia. Esa declaración de guerra en toda regla, delataban que aquella ‘guarida’, como la llamaba yo por tener una habitación encima de la barra que hacía de ‘despacho de los deseos’, era un pub. Toda la fachada era de granito beige, simulando sillares antiguos. Nacho no había escatimado en gastos para montar su negocio, y si resultaba impresionante por fuera, solo había que adentrarse unos pasos en el local para admirar el buen gusto de mi amigo.

Mientras que Mar observaba la decoración puramente irlandesa, yo buscaba a mis añorados amigos. De repente, vi los rizos de Sonia botando al fondo del pub como si fueran banderines de operarios en un aeropuerto; estaba acompañada de Lolo, Almudena, Pedro y un chico al que no conocía.

—¿Qué tal chicos? —saludé.

—¡Ciara! —El primero en venir fue Lolo. Él era mi mejor amigo en San Andrés. Juntos, habíamos pasado muchas juergas. Lolo, era un rompe corazones, y yo luego tenía que aguantar a todas sus conquistas persiguiéndome, como si pudiera hacer algo para que él volviera con ellas.

—Qué ganas tenía de verte —susurró en mi oído al tiempo que nos abrazábamos. Después hizo ademán de atacarme y le bloqueé antes de que consiguiera tocarme—.Ya veo que sigues entrenando —se quejó—. Me tienes que enseñar ese movimiento.

—Eh, deja un poco para los demás, y deja en paz a Ciara con la lucha de las narices, que siempre que la ves tienes que hacer lo mismo —protestó Almu.

Almudena era la novia de Pedro y también mi mejor amiga en Galicia.

—Te he echado de menos, no es lo mismo hablar por teléfono. Tenemos mucho que contarnos —le dije mirándola con complicidad.

—Un día de estos te llamo y quedamos a solas —susurró cuando me abrazó.

—¿Y tú qué?, ¿no me vas a saludar? —le pregunté a Pedro sin soltar a su chica. Éste me miró unos segundos, y tímidamente, me dio dos besos.

—Quiero presentaros a una persona muy especial para mí. Ella es Mar —anuncié cogiéndola del brazo y acercándola a ellos.

—Hola, encantada de conoceros —dijo Mar con su mejor sonrisa.

—El placer es mío —se apresuró a decir Lolo para deleitación de mi amiga. Mi amigo era un morenazo de esos que te hace volver la cabeza cuando pasa por tu lado, de modo que Mar, rubia como el sol y vestida para matar, se quedó tan prendada como boquiabierta.

—Nosotros también te queremos presentar a alguien —terció Almudena.

Mis ojos se posaron en el chico que nos observaba desde la barra y que al oír esas palabras, cogió su copa y vino hacia nosotros.

—Iván, ella es Ciara. Aquí la tienes.

—Hemos estado hablando de ti —añadió Sonia, adquiriendo

protagonismo.

—A saber lo que te han dicho —le dije a Iván dándole dos besos.

—Nada bueno —bromeó.

—Encantada de conocerte.

—Ya veo que no te acuerdas de mí. Bueno, no me extraña, es imposible que te acuerdes de todos tus seguidores. Estuve el mes pasado en una de las firmas que hiciste en Madrid. Estuvimos hablando bastante tiempo.

—Oh, vaya, lo siento —dije un poco cohibida.

—No importa, es normal.

—Pero, ¿por qué entonces no me dijiste que conocías a mis amigos de aquí?

—Porque no sabía que fueran tus amigos.

Reí ante su lógica.

—Iván va al gimnasio conmigo. Le conocí hace tres semanas —intervino Sonia—, hablábamos de libros, y cuando le dije que tú eras mi amiga, casi le da algo. Me comentó lo de la firma. Dice que eres muy buena escribiendo y yo estoy totalmente de acuerdo con él.— Sonia miró a Iván esperando su aprobación y éste, le devolvió la mirada acompañada de una sonrisa.

—Sonia, gracias por presentarme a personas tan interesantes —dije, para de algún modo, devolverles el cumplido.

—¿Ciara? —preguntó Iván arrastrando la C.

Reí más. A todo el mundo le pasaba igual.

—Se pronuncia sustituyendo la C por la K, como *Kiara*. Es un nombre de origen Irlandés, mi familia es irlandesa. Estoy cansada de explicárselo a algunos medios de comunicación, pero bueno, siguen diciendo mi nombre como quieren —subí los hombros con resignación.

—¡Pero tío!, si eso ya te lo había explicado yo. —Lolo delató a Iván dejándole en evidencia.

—Pero seguro que no se lo has explicado bien —dije para sacar al chico del apuro—. Bueno, tomemos algo, estoy deseando que me contéis cómo os va todo. Y también quiero que me expliques cómo no te he podido localizar todos estos días, sinvergüenza. —Revolví el pelo rizado de Lolo y esté me cogió de la cintura mientras Almu reía junto a Iván, que después de su puesta en un brete, empezaba a sonreír de nuevo.

Lolo y Mar enseguida se pusieron a charlar. A ambos se les veía muy a gusto juntos y supe que llegarían a buen puerto. Yo mientras, hablaba con todos los demás de cómo les habían ido las cosas en los

últimos meses; aunque estaba al tanto de todos ellos porque nos llamábamos habitualmente, siempre había novedades.

Iván me cayó bien desde el principio. Era un chico alegre y extrovertido y enseguida me di cuenta que Sonia y él se gustaban.

Los demás integrantes del grupo no tardaron en llegar. Santi iba acompañado de Claudia, su novia. Nando con Silvia, me anunciaron que se casaban para mayo y Ana y Juan fueron los que me dieron la mayor sorpresa: una tripa de ocho meses que parecía a punto de estallar.

—¡¿Pero cómo no me habéis dicho nada?! —pregunté mirando la barriga.

—No queríamos decírtelo por teléfono— dijo Ana.

—Sí, pues un poco más y no se entera —terció Claudia—. Estás a punto de parir, bonita.

—Bueno, ya conoces a Ana, le gusta ver la cara que pone la gente cuando da sorpresas —la defendió Silvia.

Nacho, el dueño del pub, apareció a la hora y media de estar allí y vino directamente hacia mí.

—¿Pero por qué nadie me ha avisado de que semejante pibón iba a venir por aquí? —preguntó al tiempo que me levantaba volandas.

Nacho era un tío muy guapo, de profundos ojos negros y cara de chico malo, cosa que tenía a media población femenina babeando y que él aprovechaba sin remordimientos. A veces, sin demasiados remordimientos.

—Siempre tan adulador —le reprendí con ironía.

—Ya, pero sabes que a ti te lo digo en serio, preciosa. —Observé cómo Mar nos miraba muy atentamente.

—Te voy a presentar a una amiga —le dije para deshacerme de sus cumplidos—. Ella es Mar.

—Hola bombón —saludó Nacho canturreando—. Ciara, no me habías dicho que tenías amigas tan bonitas. —Cogió la mano de Mar y la besó con lentitud. Noté cómo ella dejaba de respirar y me alarmé—. Si me dejas, estaré encantado de enseñarte todo esto —le dijo mirando hacia las escaleras que llevaban a la habitación de los pecados.

Al ver la cara de Lolo, di un pequeño empujón a Nacho para alejarle de mi amiga.

—Tira, que te conozco —Nacho rio y le guiñó un ojo a Mar.

Me volví hacia ella y con un ‘luego nos veremos’, volvió con Lolo que la aguardaba mirando a Nacho con cara de sicario.

—Anda, invítame a algo que me tienes que contar un motón de

cosas —le dije a Nacho—, ¿qué fue de aquella pelirroja?

—¿Qué pelirroja?

—¡Eres imposible!

***

Ya llevaba dos copas y la cabeza comenzaba a darme vueltas. No era muy buena idea seguir bebiendo, no estaba acostumbrada y sentía que el alcohol de las dos botellas de vino compartidas con mi amiga la noche anterior, todavía circulaba por mis venas.

No había podido evitar dejar de mirar a la entrada del pub en toda la noche, y la inicial euforia por ver de nuevo a mis amigos, se había disipado y había sido sustituida por una sólida decepción. Quería convencerme que la inquietud que sentía por esa llegada era una mala idea y, que realmente deseaba que no ocurriera.

Me giré hacia Mar que en ese momento venía hacia mí. Lolo detrás de ella admiraba su trasero y ésta consciente de ello, se contoneó sin decencia. De pronto, mi amiga se detuvo unos instantes y me miró fijamente.

—¿Qué te pasa? —quise saber. Mar siguió mirándome, pero no me contestó—. Eh, ¿qué haces? —insistí.

Por fin reaccionó y se acercó a mi oído.

—No te estaba mirando a ti, mona —me soltó—, estaba mirando a un tío que acaba de entrar por la puerta y que es igualito a uno de los doctores de Anatomía de Grey, ese que está tan bueno. El de los abdominales perfectos y la barbita en plan mosquetero al que su novia de turno le dobla el pene cuando están al lío.

Descripciones innecesarias aparte, me volví a la velocidad de un rayo y no vi a nadie.

—¿Dónde está? —le pregunté volviéndome de nuevo a ella.

—Joder, no sé, te juro que le he visto, estaba ahí… No sabía que estuvieras a la caza —dijo estirando el cuello con una sonrisa plasmada en la cara— ¡Ostras!, le veo, le veo, ¡viene hacia aquí!

—Es Dago… —susurré dándome la vuelta otra vez.

Era él.

Mi amiga tenía razón, pero Dago era más guapo que Eric Dane en sus mejores tiempos, el actor al que se había referido Mar. Sí, se parecían, pero el cabello de Dago era más oscuro y sus ojos eran verdes en vez de azules. Me fijé en que también llevaba barba, pero la del hombre que ahora se aproximaba a nosotras sin dejar de mirarme, era una barba de tres días endureciendo un rostro demasiado atractivo.

Cuando lo vi, volví atrás convirtiéndome en la misma chica de veinticinco años que le había visto por última vez.

—Dago… —musité. Ahora le tenía enfrente y lo que sentí no era lo que en esos cuatro años había imaginado que sentiría.

—Ciara… —saludó casi en un susurro.

Entonces, olvidando todo lo que me había propuesto hacer cuando le viera, me lancé sin reparo a sus brazos.

***

Dago me recibió al principio con tensión, pero a los pocos segundos de estar abrazada a él, se relajó y sentí cómo sus brazos envolvían mi cuerpo.

—¿Por qué has tardado tanto en venir? —Me oí decir.

¡¿Pero que estaba diciendo?! Obra del alcohol, seguro.

—Ciara…, yo… no sabía si… —susurró enterrando su rostro en mi pelo.

Me retiré deprisa sin dejarle terminar la frase y le miré de arriba abajo inconscientemente. Al darme cuenta, dije un tanto acelerada:

—Es-estás cambiado, no sé…, te noto distinto. —No podía creer que hubiese tenido esa impulsiva reacción al verle.

—No sé…, tú en cambio no has cambiado, siempre has sido una mujer preciosa, yo diría que… —paró un momento y con un esbozo de sonrisa él también me miró descaradamente de arriba abajo—… ahora te has superado.

Me tensé haciéndolo evidente.

—¡Ahora sí que estamos todos! —gritó Sonia a nuestro lado llamando la atención de los demás que ahora se daban cuenta de la llegada de Dago.

Todos le saludaron eufóricamente; Dago también hacía tiempo que faltaba de su casa.

Me aparté sutilmente y le observé apoyada en la barra aparentando que no lo hacía.

Sí, había cambiado, Dago ahora tenía veintisiete años y se había convertido en un hombre. No podía creer que le estuviera dando un repaso completo. Estaba guapísimo, demasiado…

Me giré para dejar de mirarle. Eran muchos los recuerdos, recuerdos, que sin poder evitarlo, se concentraban en uno solo.

Me entretuve mirando a la camarera que en ese momento también daba una descarada revisión al nuevo integrante del grupo, y le di un trago a mi copa poniendo los ojos en blanco.

—¿Ese es el tío con quien estuviste? —Mar tiró de la manga de

mi suéter.

—Sí, ése es. —No pararía hasta que se lo dijera.

—Pues una de dos, o antes era el patito feo y…, te aseguro que ahora es el rey de los cisnes o, debió hacerte algo muy gordo para que le dejaras. —Sus ojos brillaban cada vez que le miraba.

—El físico no lo es todo, Mar —refunfuñé—. Dago siempre ha sido muy guapo sí, pero no es eso… —Noté cómo mi humor entraba en degradación y cambié de tema radicalmente—. ¿Te lo estás pasando bien? —le pregunté haciendo un gesto hacia Lolo.

—Sí. —La distracción causó efecto—. Creo que le gusto. Oye, ¿Qué significa eso que pone ahí?

Posé la vista donde Mar estaba mirando, agradecida que mi amiga se entretuviera con una mosca.

Lo que observaba era una frase en irlandés antiguo labrada sobre una hermosa tabla de madera pulida, que Nacho había encargado y había hecho colocar sobre la pared interior de la barra.

—'Asoilgi laith lochrúna', es decir: La cerveza revela secretos oscuros. Ciara, ¿no me vas a presentar?

Las dos nos giramos hacia Dago que ahora estaba a nuestro lado.

—Sí, claro, como no —carraspeé—. Ella es mi amiga, Mar. Es de Madrid, ha venido a pasar el fin de semana.

—Pero creo que me voy a mudar a Galicia —dijo Mar, riendo—, ¡vaya con los gallegos!

Almu y Sonia que ejercían de guardaespaldas de Dago, rieron por la ocurrencia de mi amiga.

—Es un placer, Mar —contestó él educadamente.

—Creo que Lolo está reclamándote —avisé a mi amiga—, le tienes abducido.

—¿Verdad? —Miró a Dago un momento demasiado largo—. Bueno, os dejo, voy a ver qué puedo hacer por él.

—Hey, tío, ¡cuánto tiempo! —Nacho saludó a Dago y me pasó el brazo por los hombros.

—Qué hay —Dago saludó a Nacho con sequedad. Algo que me sorprendió.

—Parece que te has puesto de acuerdo con Ciara para venir a vernos. ¿Qué tal te ha ido con las irlandesas?, espero que tan bien como con las inglesitas.

Dago me miró un momento antes de contestar.

—Seguro que peor que a ti por donde quiera que vayas —dijo con severidad.

—No me puedo quejar, la verdad —contestó Nacho envalentonado.

—Bueno chicos, os dejo, tendréis mucho de qué hablar. —De repente, ya no quería oír más.

—No, de eso nada, tú no te vas —me ordenó Nacho y se volvió hacia la camarera—. ¡Elsa!, pon a mis colegas… ¿Qué queréis tomar? —nos preguntó volviéndose de nuevo hacia nosotros.

La euforia de Nacho me hizo sonreír y pensé que nadie me iba a amargar el encuentro con mis amigos.

—Yo tomaré una cerveza —dije.

—¿Y tú? —quiso saber Nacho mirando a Dago por encima del hombro.

Éste no dijo nada.

—Dago —le llamé—. ¿Qué te apetece beber?

Sus ojos se posaron en mí y suavizó el gesto, aunque tardó unos segundos en contestar.

—Tomaré otra cerveza —respondió, pareciendo que hacía un gran esfuerzo por recuperar la jovialidad.

—¡Ya lo has oído, nena!, pon dos cervezas, y no les cobres —Nacho guiñó un ojo a la rubia despampanante que tenía por camarera alegrándole la noche.

—¡Pero que sean Guinness! —sugerí.

***

Los tres charlábamos junto a la barra de todo lo que habíamos hecho en esos años, aunque para decir verdad, fue Nacho el que cogió el monopolio de la conversación. Cuando tuvo que ir a subsanar un problema y nos dejó a solas a Dago y a mí, noté cómo éste se relajaba, fue entonces cuando me di cuenta de que había estado todo el tiempo en tensión en presencia de Nacho.

Tras un incómodo silencio, me preguntó por mi carrera literaria y yo me interesé por su estancia en el extranjero. No sé si él lo hacía a propósito, pero yo evitaba notoriamente mencionar el día en que nos habíamos visto por última vez. Ese día al borde de los acantilados.

—Estás mejor que nunca —dijo tras la segunda cerveza; yo ya me había pasado a los refrescos.

—Gracias, tú también estás muy bien —contesté mordiéndome el interior del labio.

—Me han dicho mis abuelos que te has instalado en la casa —dejó caer dando otro sorbo a su cerveza irlandesa.

Escruté su rostro, buscando lo que verdaderamente pensaba.

—Sí, necesitaba un cambio en mi vida, y creo que mi sitio está

aquí.

—Siempre lo ha estado, Ciara, pero has tardado mucho en darte cuenta. No debiste marcharte como lo hiciste.

Lo sabía. Había tardado demasiado en sacarlo y sabía lo que vendría a continuación.

—No empieces, Dago.

Movió la cabeza con lentitud y rio entre dientes.

—No me he equivocado. No has cambiado nada, sigues siendo la misma. En todo —remarcó.

—¿Y tú?, ¡¿has cambiado tú?! No hagas que te recuerde lo que pasó la última vez que nos vimos.

Ya estaba, ya lo había dicho. La compostura que había logrado mantener se evaporó en un segundo.

—¿Y qué pasó, Ciara?, ¡¿qué paso?! —Dejó la cerveza en la barra con un golpe que sacó medio líquido del vaso y me miró fijamente—. Dímelo, porque yo no lo sé. Solo sé que al día siguiente, no estabas.

—Hey Dago, ¿qué pasa, tío?, ¿me he perdido algo? —Nacho apareció detrás de mí en plan conciliador—. Ven, te presentaré a unas tías. —Agarró su hombro.

—Suéltame —le dijo sin dejar de mirarme.

—Vale, como quieras —repuso Nacho volviendo a poner su brazo alrededor de mi espalda—. Creo que estás cansado del viaje, deberías irte a casa —sugirió.

—Nacho, ahora estoy contigo, ¿vale? —pedí.

De pronto, quería terminar esa conversación con Dago. Todo lo que no había querido decirle en esos cuatro años, lo iba a oír esa misma noche.

—Ya has oído Nacho, lárgate —dijo punzante. Sus ojos se clavaban en los míos con furia.

—¿Qué me largue?, no, el que te vas eres tú. —Nacho se puso delante de mí y se enfrentó a Dago desplegando toda su chulería.

—Por favor —dije de modo que me oyeran los dos—, dejémoslo, tomemos otra cerveza. —La situación se estaba complicando y yo cada vez estaba más sorprendida por el desprecio que desprendía Dago hacia Nacho.

Dago siguió mirándome por encima del hombro de mi amigo, suspiró y sacó su cartera.

—No, es mejor que me marche —dijo soltando un billete de cincuenta euros en la barra.

—Guárdate tu dinero, invita la casa —repuso Nacho con acritud.

Dago se dio la vuelta para marcharse sin recoger el dinero.

—¡Espera! —Hice ademán de retenerle, pero Nacho me lo impidió.

—Deja que se pire. Es un gilipollas —dijo acariciando mi mejilla mientras que yo no quitaba ojo a Dago—. Está acostumbrado a tías sin cerebro. No como tu, preciosa. Ven, quiero enseñarte algo, necesitas un hombre de verdad.

Iba a decir cuatro cosas a Nacho sobre ese último comentario, cuando vi que Dago se paraba y se volvía al tiempo en que el fantasma de mi amigo cogía un mechón de mi pelo y lo ponía detrás de mi oreja, desparramando sin tregua sus artes seductoras.

Solo noté un empujón y la barra clavándose en mi espalda, después un griterío y unas manos levantándome del suelo. Me deshice de los brazos que me sujetaban y comprobé cómo Dago y Nacho se habían enzarzado en una pelea como dos adolescentes.

***

—¿¡Pero qué os pasa!? —les gritó Almudena cuando se calmaron. Pedro se acercó enseguida a ella, al ver lo alterada que estaba.

Sentados en la acera, a tres metros de distancia el uno del otro, Dago y Nacho se miraban de vez en cuando. Nacho tenía partida una ceja y Dago mantenía su cara impoluta. Aun así, ambos parecían absurdos camorristas.

Dago se levantó y vino hacia mí cuando me vio.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Solo ha sido un pequeño golpe. —Me dolía la espalda, pero más me dolía cómo había acabado la noche.

—Lo lamento.

—No puedo creer que Nacho y tú os hayáis pegado. ¡Erais inseparables! —Hice un gesto a Mar que se estaba despidiendo de Lolo y me dirigí a mi coche.

—Ciara, espera —me pidió.

—¿Qué quieres? —resoplé. Quería irme de allí.

—Lo siento —se disculpó de nuevo—, Nacho es…, un chulo.

—Sí, sé que lo es, siempre lo ha sido, pero eso no es excusa para partirle la cara. Somos amigos.

—Ciara, yo…

—Déjalo ya, Dago —le corté—. Vamos, Mar.

***

Me desperté de un humor de perros, no podía creer que la noche hubiese terminado de esa forma.

Nacho era un chulo, tal y como había dicho Dago, eso lo sabíamos todos, pero él era así, y así le queríamos.

—Buenos días. —La voz ronca de Mar surgió a mi espalda y me di la vuelta hacia la puerta de la cocina con una sonrisa totalmente falsa.

Mar me miró con una ceja levantada.

—Qué mal disimulas, hija —me espetó pasando por mi lado yendo directa a la cafetera.

—Vale —dije cabizbaja—. Siento lo de anoche.

—Por mí no lo sientas, yo me lo pasé de miedo, aunque he de decirte que me cortaste el rollo. Y tampoco lo sientas por ti. Ya me gustaría a mí que dos tíos como esos, se pelearan por mí.

—No se estaban peleando por mí —discrepé.

—¿No?, pues quién lo diría —dijo con escepticismo, echando sacarina a su café.

—Creo que su relación se ha deteriorado y yo no tengo nada que ver en ello.

—¿Entonces por qué nos fuimos? Joder, se te veía muy cabreada con el 'doctor'.

—Es una larga historia.

Mar dibujó una sonrisa en los labios.

—Te escucho.

***

—¿Y por eso te largaste como si tuviera la peste y no le has vuelto a ver en cuatro años? Tía, estás peor de lo que pensaba.

Lo cierto es que lo que le había contado a Mar, distaba mucho de lo que realmente pasó. Y no podía contárselo, porque hacerlo, era revivirlo de nuevo, de modo que lo que le había relatado, se convertía en una historia de chiste. Pero para mí, ese día Dago se convirtió en otra persona y destrozó todo lo que comenzábamos a construir juntos.

'¿Y qué pasó Ciara?, dímelo, porque yo no lo sé'.

Recordé las palabras que me había dicho la noche anterior cuando se lo eché en cara. Siempre me decía lo mismo. En las incontables ocasiones en que me había llamado después de ese día, siempre decía esa misma frase y a continuación, sin darle ninguna otra opción, le colgaba el teléfono.

Me pregunté si solo lo sucedido era importante para mí. Al

parecer así era. Entonces, me dejó destrozada y aún me dolía recordarlo. Siempre había dolido. Ahora, sentía lo que tanto había temido sentir durante esos cuatro años en los que no le había querido ver. No viéndole, todo era más sencillo. El no enfrentarme a su mirada me concedía la posibilidad de hacerme mi propia ilusión de que no me importaba. Y después de haberlo visto la noche anterior, esa ilusión se desmontaba como tanto había temido, demostrándome que aún quedaban rescoldos de lo que una vez había sentido por él.

Ese pensamiento me inquietó. No podía permitirme esa posibilidad. No, no podía. Lo mío con Dago no podía ser y, no había vuelta de hoja.

—¿Ciara? —La voz de Mar me hizo aterrizar.

—Perdona.

—No, tranquila. Te pasa muy a menudo, sobre todo cuando estás metida en una historia. A veces te quedas callada con la mirada perdida y aunque te hablen, no oyes.

No dije nada, Mar tenía razón. No era la primera vez que me lo decían, solo que esta vez, no eran los personajes de una novela los que me habían hecho evadirme por unos momentos del mundo.

—¿Y a qué se dedica?

La miré seria. No iba a dejar el tema hasta verse saciada.

—Dago es instructor deportivo. Está especializado en varios deportes, buceo, escalada, paracaidismo… Siempre le ha apasionado el deporte.

—Uff, así está el tío. Tiene que tener a todas sus alumnas loquitas.

Decidí no comentar a ese último apunte.

—¿Y dices que cuando pasabas los veranos aquí, siempre estabais juntos?

—Cuando éramos pequeños nos llevábamos de maravilla, pero con la adolescencia fue otra cosa. Dago comenzó a meterse conmigo, a criticar todo lo que hacía. Para mí, él se había vuelto un perdonavidas que tenía a mil chicas detrás de él y durante un tiempo, nos odiamos a muerte.

—Ya…, típico. Estabais colados el uno por el otro.

—Supongo, pero he de decir que esa etapa duró bastante tiempo.

—¿Hasta cuándo? ¿cuándo os disteis cuenta de que no podíais vivir el uno sin el otro?

—No exageres, anda.

—Venga ya, suéltalo.

—Pues nos dimos cuenta —dije dedicándola una mirada de reproche—, cuando le dio un puñetazo a un chico que me besó. Acababa de cumplir los diecinueve años y estaba en el cine con mi cita. Dago estaba dos filas más atrás con una chica. —Inevitablemente, mis labios se curvaron hacia arriba—. Ella se puso histérica y Dani, el pobre chico que me acompañaba, se encaró con Dago pese a que éste le había roto la nariz. Cuando Dani vio que yo no daba la cara por él, ambos nos dimos cuenta de lo que pasaba. Dago y yo salimos juntos de aquel cine y…

—Y ya no os volvisteis a separar.

—Te equivocas. Estuvimos tonteando, era como un… —No sabía muy bien cómo definirlo y tampoco quería profundizar en ello—… como un tira y afloja. Era evidente que nos gustábamos pero… digamos que cada uno iba a su aire. Cuando yo venía de vacaciones, Dago siempre estaba con alguna chica, y cuando me iba, ya la había dejado e iba detrás de otra. Así estuvimos durante unos años.

—¿Y tú qué? ¿No me digas que te quedabas mirando?

—Yo también salí con algún que otro chico.

—Esa es mi Ciara —se enorgulleció Mar.

—Pero estaba muy pocos meses aquí —aclaré antes de que diera rienda suelta a su lado feminista—, así que lo que más me apetecía era pasármelo bien con mis amigos, no tener rollos de verano.

Mar lo sopesó unos instantes.

—Menuda pieza ha tenido que ser Dago. Bueno, y Lolo eh, que ayer cuando estábamos hablando me fijé que no le quitaban el ojo de encima. Joder con las tías.

—Lolo es muy guapo, es normal que le miren.

—Yo no soy tonta, Ciara. Sé que allí había más de una que se había enrollado con él.

—¿Ya estás celosa y no habéis empezado?

—No digas tonterías —gruñó.

—Yo creo que le impresionaste —dije con sinceridad.

—Bueno, no sé…

—A ver, dime. Ayer cuando le miraban tanto esas chicas, ¿qué hizo él?

—Nada, ni las miró. Estuvo todo el tiempo pendiente de mí.

—¿Ves? Mira Mar, conozco a Lolo, y la verdad, al principio me dio miedo de que te hubieses fijado en él, porque como tú has dicho, ha sido un Casanova de mucho cuidado, pero vaya, estoy gratamente sorprendida por la reacción que le has provocado.

—Es que yo dejo huella, mona —rio.

Sonreí.

—Pero volviendo a la conversación de antes… Al parecer, cuando por fin Dago y tú os decidisteis a salir, lo hicisteis muy enserio.

Mi sonrisa se borró con amargura.

—Venga *porfa*, cuéntamelo —me pidió.

—Yo nunca había sentido por nadie lo que sentía por él y creí…, que a él le pasaba lo mismo, pero al parecer no fue así. Seguía siendo un… —Me mordí los labios para no seguir hablando.

—Pues creo que ha cambiado. Viéndole cómo le veo ahora, deberías darle otra oportunidad —me aconsejó Mar.

Esa opinión no ayudaba mucho, de verás que no lo hacía.

—Dejémoslo, no es tan fácil, es más complicado de lo que piensas —repliqué.

—Es una tontería, Ciara. De verdad, nunca pensé que fueras rencorosa. No sé, no te pega.

—El ser humano es impredecible, y el desengaño puede sacar lo peor de las personas. Yo no soy una excepción. Pero hablemos de ti y de Lolo; es mucho más interesante. —Mar se conformó, preparada para volver a abarcar el tema de su tenorio derrotado.

***

Kael llegó a mediodía; traía castañas y leche fresca.

—Gracias, no tenías que haberte molestado.

—No es molestia. También… te he traído esto. —Sacó de su bolsa un paquete envuelto en papel marrón.

—¿Qué es?

Kael sonrió tímidamente.

—Es una túnica.

—¿Una túnica?

—Olalla la ha hecho para ti.

—Vaya… gracias

—Pronto será Samhain —susurró mirándome profundamente.

No dije nada. Conocía todo lo referente a Samhain, pero…

—Sé lo que piensas, y no te preocupes. Solo tienes que ponértela y acudir a la ceremonia.

—Pero Kael. Yo, no sé…, si voy a hacerlo bien. —Me agarré a esa excusa, aunque me emocionaba la perspectiva de volver a asistir al ritual druídico, también me daba miedo revivir momentos demasiados dolorosos para mí.

—Cuando murió Áine, heredé su cometido. Yo seré el que medie con los ancestros, yo haré lo que ella hacía, y ahora que estás aquí,

me gustaría que estuvieras presente.

Contuve el aliento unos segundos. Kael tenía un don, y ese don consistía en la serenidad de sus palabras. Siempre había opinado que solo con su voz, podría amansar a un oso furibundo.

—Será un honor —contesté, cautivada.

—Así sea —dijo en gaélico.

***

—¡Ciara!

—Mar, no me grites.

—Pero si te he llamado cuatro veces. Estás peor de lo que pensaba.

—Es que me resulta raro que Kael no me haya preguntado qué tal me fue anoche con Dago. Es muy extraño —reiteré.

—Se lo habrá contado él —dedujo mi amiga cogiendo un buen puñado de castañas que habíamos asado.

—Sí, será eso.

—Bueno, me vas a contar eso del Semín.

—Samhain —reí.

—Pues eso, Samaín —volvió a decir, masticando a dos carrillos.

—Mira, sin querer lo has dicho en galego —dije pelando mi castaña—. Así se traduce del gaélico al gallego. —Mar me sonrió satisfecha por su casual proeza—. El Samhain, es una celebración muy antigua de los druidas celtas. Significa 'Fin de verano'. Los druidas se reúnen para discutir los problemas existentes, para decidir sobre ellos, proceso que se inicia con la salida del sol y dura todo el día. Después se enciende la gran hoguera y comienzan los cánticos ofreciendo festines a los espíritus de los muertos. Esta celebración equivale a la fiesta de Todos los Santos para los cristianos, que lo celebran el día uno de noviembre. Para otros muchos es la celebración de Halloween, la noche del treinta y uno de octubre al uno de noviembre. Para los druidas, esta fiesta abre la puerta del Más Allá, fiesta que se extiende a diez días, dando oportunidad a los muertos y a los vivos a comunicarse, y así, que los ancestros guíen a los que todavía habitan este mundo, hacía el buen camino. Pero, igualmente que la Puerta al mundo de los vivos se abre para ellos, también se abre para los demás espíritus no deseados, por eso, se encienden las grandes hogueras que sirven para ahuyentarlos. Antiguamente, en Irlanda esta celebración se hacía en Tara, la gran colina donde fueron coronados los antiguos reyes. Mi abuela Áine lo hacía cada año aquí, en éste, su lugar

Sagrado, la tierra a la que había sido llamada. Samhain es la época de poder en el que el vivo se encuentra con el muerto. Se encienden velas y a nuestros ancestros se les ofrece comida. Antes se recolectaba la última cosecha, trayendo hortalizas y tubérculos. Todo va variando con el tiempo y a veces se vaciaban nabos y se metía dentro de ellos una vela o carbones encendidos representando el espíritu que les daba poder.

—Como las calabazas de Halloween —apuntó Mar.

—Exacto. En realidad Halloween, fue una costumbre que los irlandeses instauraron en Estados Unidos en el siglo XIX, aunque todo el mundo crea que es una invención americana.

—Oh, qué curioso —comentó rascándose la nariz— ¿Y tu abuela qué hacía? —quiso saber.

—Mi abuela era la jefa druida, y era…, digamos que era la 'médium' que se comunicaba con los difuntos.

—¿Qué?, ¿en serio?

—Es un ritual, Mar. Eso es todo, pero… — Dejé la frase en el aire cuando recordé lo que mi abuela me dijo después de que acabara la fiesta en el último Samhain al que ella asistió. Algo que en ese entonces había pasado por alto, quizá por lo que horas antes había pasado con Dago… Entonces, me pareció que no tenía sentido, pero ahora que lo estaba recreando de nuevo y…, sabiendo lo que acontecería después, sí que lo tenía.

—Te has quedado otra vez en Babia. Creo que te lo vas a tener que mirar —me regañó Mar.

—Acabo de recordar algo.

—¿Estás bien? —Mi cambio de humor no pasó inadvertido a mi amiga.

—Mar, acabo de acordarme de lo que mi abuela me dijo en su último Samhain cuando finalizaron las celebraciones y es… terrible.

—No me asustes, Ciara.

—Yo nunca había asistido a ningún ritual antes —expliqué—, puesto que como ya te he dicho, se celebra en otoño y yo solo venía en verano. Ese año, mi abuela insistió en repetidas ocasiones que tenía que venir y, tanta fue su insistencia, que me esforcé por adaptar las clases de la universidad para acudir a la fiesta. Esa noche, después de la fiesta, entró en mi habitación. Yo estaba hecha polvo, porque ese mismo día fue el que discutí con Dago.

—¿Lo que me has contado antes?

Asentí.

—Yo estaba llorando y aunque me preguntó qué es lo que había ocurrido, me cerré en banda y no le conté nada. Entonces, ella me

dijo que se alegraba mucho de que hubiese asistido a la celebración y que nuestros ancestros, y los ancestros de los demás druidas que habían asistido a la fiesta, estaban felices por ello. A continuación me abrazó durante mucho rato, demasiado… Mientras lo hacía me susurró al oído que estaba muy orgullosa de mí, que era la mujer que todos esperaban que fuese y, que esa casa era mía con todo lo que había dentro. Me dijo donde tenía sus pertenencias más valiosas, y que estaba segura que al ponerlas en mis manos, yo sabría qué hacer con ellas… También me explicó que tenía una carta para mi madre que debía darle cuando la viera, y… que estaba muy feliz porque pronto acontecería algo muy importante para su espíritu. Entonces no lo entendí, estaba demasiado aturdida por lo que había pasado con Dago.

—Pero, ¿qué tenías que entender? —preguntó mi amiga.

—Se estaba despidiendo de mí. Esa noche mi abuela supo, que en unos meses, moriría.

GALICIA

Noviembre de 2009

Esa noche no había logrado dormir bien. Dago había comenzado a sentirse mal cuando, el día anterior, salió de la casa de Ciara. Llevaban varios días volcados en la celebración del Samhain y esa noche, era la que llamaban la 'fiesta de los espíritus'. Áine, la abuela de Ciara, y su abuelo Kael, lo celebraban todos los años, pero ese era el primero al que asistían tanto Dago, como Ciara.

Ella había venido ese año por la insistencia de su abuela, dándole una sorpresa a Dago, que solo podía verla en verano o cuando, con suerte, podía ir a verla a Londres, donde ella estaba acabando sus estudios; algo de lo que ya estaba cansado.

Se levantó con esfuerzo, como si su cuerpo llevara encima una pesada carga. Cuando llegó al baño, vio que su rostro estaba ojeroso y la barba que comenzaba a salir, empeoraba más su aspecto.

Después de afeitarse, tiró de la cortina y se metió en la ducha con la esperanza de que el agua aliviara el tremendo dolor que le martilleaba las sienes. Lo único que le animaba en ese momento, era que en pocas horas vería a Ciara y podría hablar con ella de lo que durante semanas, había estado macerando. Sabía que debía decírselo, que tenía que haberlo hecho ya…, pero siempre que iba a hacerlo, se echaba para atrás como un cobarde. ¿Qué pensaría, Ciara? Hoy sin falta, lo averiguaría.

Ese pensamiento, hizo que cogiera la esponja con avidez y comenzara a espabilarse, pero un terrible dolor en el costado le dejó sin aliento durante unos segundos y, tuvo que aferrarse a la barra encastrada en la pared para no caer. Su mano sostuvo la costilla dolorida presionando el intenso dolor hasta que pasó. Salió de la

ducha destemplado; aunque había subido la temperatura del agua, no había conseguido entrar en calor desde que había sentido ese absurdo malestar. Se miró al espejo en busca de una contusión que no recordaba y no encontró nada.

El dolor había pasado, pero la mala sensación no se disolvió en toda la mañana. Dago se encontraba inquieto, demasiado nervioso. Achacó su estado a la excitación por la conversación pendiente con Ciara. Habían pasado unas noches maravillosas, pero eso ya iba a acabarse...

Dago recordó las celebraciones. Nunca antes habían acudido al Samhain, y tanto a él como a Ciara, les resultaba algo emocionante.

Áine, pese a sus setenta y nueve años, se movía con agilidad y los cautivó a todos con sus palabras, que dichas en gaélico, trasformaba más aún, todo lo que había allí, en algo enigmático y mágico. Su abuelo Kael, siempre le había hablado en gaélico al igual que Áine había hecho con Ciara. Gracias a eso, pudo entender todo lo que se dijo en la ceremonia y pudo colaborar haciendo las ofrendas y demás quehaceres.

Pero la emotividad había pasado y había sido suplantada por esa inquietud constante y perturbadora.

Decidió salir a correr un rato, necesitaba quemar esa adrenalina que le estaba amargando el día. Paró un momento y miró atrás. Le había parecido ver a alguien, pero cuando giró la cabeza estaba solo.

Después de varios kilómetros se encontró más tranquilo, de modo que se fue a casa, se duchó por segunda vez y esperó impaciente que llegara la hora en la que había quedado con Ciara.

***

—Hijo, ¿dónde vas a estas horas? Olalla miró a su nieto preocupada, llevaba todo el día raro y, no sabía qué hacer para que le confiara si tenía algún problema.

—No tardaré *avoa*, voy a darle algo a Ciara.

—Vale hijo, pero no os alejéis mucho, se avecina tormenta y tenemos que ir a casa de Áine —le advirtió.

—No te preocupes, no tardaré. Hasta luego —se despidió.

Kael, casi chocó con su nieto cuando éste abrió la puerta.

—¿Dónde vas, Dago?

—Voy a dar una vuelta.

Kael le observó durante largo rato sin decir nada.

—*Avó* ¿Qué me miras tanto?

Kael tardó en reaccionar y finalmente sonrió a su nieto.

—Nada hijo —le dijo posando una mano sobre su hombro—, ten cuidado— dijo una vez más en perfecto gaélico.

Su moto le esperaba en el garaje, cogió su cazadora de cuero y dos cascos.

Seguía nervioso, su tranquilidad solo había durado una hora escasa, después de que saliera a correr. Eso le había hecho salir de casa de nuevo y hacer unas curvas por la carretera que va de San Andrés a Cedeira, para después, pararse en los miradores cerca del bosque petrificado. Sentía como si le observaran y eran constantes las veces que miraba hacia atrás en busca de alguien que no encontraba.

Dago arrancó la moto esforzándose en pensar solamente en Ciara. Quedaban pocos días para que se marchara a Perú a ver a Erin y Ángel, y no quería desaprovechar ni un segundo más.

Ciara se encontraba ya en la verja de entrada de la casa. Hoy estaba preciosa, lleva unos vaqueros ajustados y una jersey de color azul que resaltaban sus ojos del mismo tono. Dago admiró su belleza antes de apagar el motor y sacó una sonrisa nerviosa a la muchacha.

—¿Vamos?

—Creí que ibas a entrar —replicó ella.

—No, antes me apetece ir a dar una vuelta.

—Va a llover, Dago.

—Venga. ¿Cuándo te ha importado eso?, además, mejor, así estaremos solos.

—¿Solos?, pero, ¿dónde me quieres llevar?

—A los acantilados.

***

La Garita de Herbeira se erigía callada y lúgubre, y Dago y Ciara aparcaron la moto junto a ella.

—Creo que no ha sido buena idea venir hoy aquí —dijo la muchacha mirando al cielo, que cada vez se tornaba más oscuro.

—Este lugar es espectacular, ¿verdad? —dijo él mirando al vacío.

Ciara le miró con la interrogación en los ojos. Le notaba algo extraño.

—Mira el cielo, va a caer una muy gorda.

—Ven. —Dago extendió su mano y cogió la de la muchacha.

Pensó en lo delicada que parecía, pero Ciara era fuerte, él lo sabía, la conocía desde niño y juntos habían aprendido a luchar, su abuelo los había enseñado y Ciara había seguido el entrenamiento con sus padres. Habían trepado muros y árboles e, incluso peleado entre ellos en más de una ocasión midiendo sus fuerzas. Pero aquellas peleas de broma quedaban muy atrás. Ahora ya no eran unos niños, todo aquello había pasado y él tenía algo que decirle. Las manos de la muchacha se enrollaron en su cintura y le dio un tierno beso en los labios que él correspondió. Dago la apretó más entre sus brazos con un nudo en la garganta, pero ella juguetona, se zafó y cogiéndole la mano, le llevó corriendo hasta el borde del abismo.

El mar embravecido chocaba contra los acantilados de *a Serra da Capelada* vaticinando la tormenta y, las nubes oscuras, traían la advertencia de que no sería insignificante.

—Es maravilloso —gritó Ciara. El ruido de las olas era ensordecedor. Subió el rostro para impregnarse de la húmeda brisa y unas gotas mancharon su frente.

Dago enredó sus dedos en el cabello oscuro con tintes rojizos y contuvo el aliento; tenía que decirle algo importante.

—Dentro de unos días te irás y quizá no vuelva a verte hasta el verano que viene —dijo a escasos centímetros de su rostro.

—No pensemos en eso ahora, Dago. Vendré antes.

—No puedo evitarlo. Ya estoy cansado de eso.

—Tengo que ir a ver a mis padres. Me quedan unos días libres antes de volver a Londres y quiero ir a verlos. En las vacaciones de primavera vendré a San Andrés. Te lo prometo.

—Tengo que decirte algo, Ciara, tenemos que acabar con esto, yo… —Dago detuvo sus palabras; el ruido que había oído a su espalda hizo que volviera la cabeza y entonces, le vio.

Una sombra se escondía tras una de las ventanas de la garita. Fue hacia allí, desconcertando a la muchacha.

Los gritos de Ciara no impidieron que Dago se lanzara sobre el hombre que los observaba.

—¡¿Quién eres?! —bramó sujetándole por el cuello.

En ese momento estaban dentro de la caseta y Ciara no podía verlos. Dago temió por ella y sujetó más fuerte al extraño que le miraba con ojos imperturbables. Era un hombre alto y fuerte. El cuello hinchado por la presión de sus dedos, dejaba adivinar poderosos músculos que se perdían debajo de una extraña ropa. Su

cabello claro, se pegaba a un rostro anguloso dominado por unos ojos azules, que ahora, escrutaban a Dago casi con fascinación.

—¡Contesta! —insistió— ¿Por qué me sigues?

En ese momento apareció Ciara por la puerta de la garita y su rostro palideció.

—¿Qué ocurre?

Ciara se acercó a ellos y tocó la espalda de Dago. Eso distrajo al muchacho y, el hombre aprovechándose de ello, se escurrió entre sus manos y se abalanzó sobre Ciara. Dago agarró las ropas del desconocido y se lanzó a por él para evitar que la alcanzara.

Todo pasó muy rápido, tan rápido que cuando se quiso dar cuenta, el hombre había desaparecido y Ciara lloraba y temblaba, echa un ovillo junto la pared.

—¿Estás bien? —Dago se acercó, pero ella retiró su mano cuando la tocó.

La tormenta estalló y un trueno ensordecedor tapó por un momento los sollozos de la muchacha. El desconcierto de Dago se mezcló con la lluvia que comenzó a caer con fuerza. Pasaron unos minutos antes de que Ciara se levantara.

—Vámonos de aquí —le pidió.

Dago condujo despacio. La lluvia, revuelta por el fuerte viento, golpeaba la moto peligrosamente haciéndola tambalear.

Tras lo que pareció un viaje interminable, llegaron a casa de Ciara.

—Date un baño caliente, lo necesitas —propuso Dago acariciándole el rostro. Ella dio un paso para atrás.

Después de mirarlo fijamente durante unos segundos sin dejar de abrazarse a sí misma, subió corriendo las escaleras que daban acceso al porche y desapareció dentro de la casa.

Esa noche Dago echó en falta a Ciara en la última celebración del Samhain. Cuando la ceremonia terminó, Áine le dijo que su nieta estaba indispuesta y que sería mejor que se fuese a casa.

Dago no durmió apenas, el rostro de aquel hombre aparecía cada vez que cerraba los ojos, y un mal presentimiento se cernió sobre él. Un mal presagio hecho realidad cuando al día siguiente fue a buscar a Ciara, y Áine le comunicó, que esa misma mañana, su nieta, se había ido de San Andrés.

IRLANDA

Verano de 1185

La primavera ya había dado paso al verano y Aidan todavía se encontraba en el bosque con los druidas. Unas semanas atrás, había sufrido una recaída que le había obligado al reposo absoluto durante dos jornadas. El empeño por salir pronto de viaje, había ocasionado la infección de una de sus heridas y la regañina de Úna.

Estaba muy agradecido por todos los cuidados recibidos, pero la impaciencia le consumía, sobre todo por las noches en las que apenas podía dormir pensando en la misión, que todavía no había podido consumar.

La noche anterior, Éamon le había hecho un doloroso dibujo debajo de su pecho con el símbolo de un Triskel. Le había explicado que la tinta que estaba introduciendo bajo su piel, y que daba forma a ese símbolo, permanecería con él para siempre. Cuando el muchacho le había preguntado más sobre su significado, el anciano simplemente le dijo que confiara en los druidas.

Después de eso, habían conversado durante horas. El anciano se había mostrado atento a las palabras de Aidan, quien le había relatado cómo había sido su vida desde que llegara al monasterio de la mano de Mateo y, el viejo druida no habló hasta que se cercioró de que el muchacho conseguía la quietud que necesitaba para escuchar lo que tenía que decirle a continuación.

—Tu llegada no es fortuita. El bosque, las aves, todo lo que nos rodea, han propiciado el que hoy estés aquí. Nosotros no pudimos hacer nada por mantener el Códice en el lugar en el que debía estar. Muchos hombres lo persiguen, pues en su interior esconde un Gran Saber. Aun así, mucho fue el tiempo en que estuvo a salvo, pero

manos indiscretas usurparon su refugio y perturbaron su descanso. Las fuerzas ocultas se removieron percibiendo su presencia, pero Mateo logró rescatarlo de esas manos ignorantes que lo habrían mancillado y, que sin saberlo, hubiesen propiciado para que los otros, los que verdaderamente persiguen el manuscrito desde hace siglos, lo hubieran conseguido. —El druida movió la cabeza con lentitud en un gesto de pesar—. Con el Códice en su poder, pueden lograr que todo lo que conocemos y lo que queda por conocer, corra grave peligro.

—Hablas con conocimiento, Éamon. Dime la verdad, con tus palabras revelas que sabes más de lo que siempre he supuesto. También hablas de Mateo como si le hubieras conocido —repuso Aidan.

—Y así fue —admitió el anciano sorprendiendo al muchacho—. Él, era el último encargado de esa misión. Los dioses así lo dispusieron.

—Éamon, Mateo era cristiano. Para él, solo había un Dios. Nuestro Señor.

—Nunca llegaremos a conocer del todo lo que nos depara el destino, muchacho. Aunque los rituales nos enseñen una pequeña sombra de lo que pasará, nunca podremos estar seguros de lo que nos pondrán en el camino los dioses. Mateo se consagró a tu Dios, pero no siempre fue así. Su verdadero nombre era Cathal, hijo de Colm, un valiente guerrero celta del otro lado de la isla y, de Brianna, hija de un noble druida. Pese a la distancia y de haber elegido otro camino, siempre estuvo muy unido a nosotros. Mateo fue el nombre que eligieron para él los frailes del primer monasterio en el que ingresó.

—¿El padre de Mateo era un guerrero celta y su madre, druidesa? —Aidan estaba perplejo.

—Hace dos décadas, el Códice fue sacado del lugar donde descansaba. Por aquel entonces, Mateo recorría la isla ayudando a las gentes más desfavorecidas, que como supondrás, no eran pocas. Acudimos a él para que nos ayudara en ese trance. Nunca olvidó al pueblo druida y, aunque ya cristiano, en sus venas corría la indómita sangre irlandesa de un guerrero y no pudo negarse a salvaguardar algo que debía estar descansando en un lugar sagrado; nadie mejor que él podía ir a rescatar el Códice. Él, debía hacerlo.

Aidan recordó cómo Mateo le había enseñado todo lo que sabía del arte de la lucha mostrándose tan distinto de los otros *frates.* En ese momento comenzó a entender.

—Tras un enfrentamiento en el que casi pierde la vida —

prosiguió Éamon—, consiguió arrancar el Códice a las almas adulteradas que lo habían robado y que dispuestas estaban a corromperlo, sin saber, que ellos mismos corrían un grave peligro porque otros también codiciaban su posesión. Pero fue imposible devolverlo a su lugar entonces y lo ha sido durante todos estos años, un lugar, de donde no debió salir. —El anciano miró profundamente a Aidan a los ojos—. Los dioses nos mostraron que debíamos esperar; aunque el peligro de tenerlo fuera de su refugio fuera grave. —El druida pronunció esas palabras con solemnidad, tiznadas por una seguridad tan majestuosa como tenebrosa—. Lejos quedaron los tiempos en que los reyes irlandeses respetaban nuestras costumbres. La sangre celta que corría por sus venas y su respeto por nosotros era incuestionable. Ellos no hubiesen dejado que ocurrieran muchas de las cosas que han sucedido a lo largo de estos últimos años, pero cuando el Códice estaba custodiado por Mateo, Irlanda sufría cambios. El Rey Supremo de Irlanda, *Ruaidrí Mac Tairrdelbach Ua Conchobair*, firmaba el Tratado de Windsor con el Rey Inglés, Enrique II, que había invadido esta isla, cuatro años atrás. Ese tratado, otorgaba a *Ruaidrí,* seguir teniendo poder sobre las zonas de Leinster, Meath y Waterford. Todo cambió y con esa reforma, las costumbres de los irlandeses también lo hicieron. Ahora hay un nuevo Señor de Irlanda, el hijo de ese rey inglés, el príncipe que consiguió el Códice que reposaba en la Abadía de Mellifont, el sitio en el que te criaste. Él no sabe ni comprende, el profundo respeto que debe tener a esta tierra. Él es extranjero y no le importó quebrantar lo que no le pertenece, codició como tantos las escrituras. Todavía no puedo entender, cómo supo de la existencia del manuscrito.

—Lo supo por un monje de la abadía…

—Ese desgraciado solo fue una insignificante pieza de la que se sirvió ese príncipe —replicó el anciano con cansancio—. Sé que hay algo más, sé, que el príncipe Juan sabe más de lo que ese cenobita pudo confiarle. Aidan, de tu mano el manuscrito debe volver al lugar que pertenece.

—Lo haré, tal, y como se lo prometí a Mateo, pero dime… —Aidan inspiró profundamente antes de continuar. Todavía recordaba las palabras de su mentor cuando le confió quiénes perseguían desde tiempos pretéritos el manuscrito, y ahora entendía, después de conocer la procedencia del hombre que le había criado, que Éamon supiera todo lo relacionado con aquel Códice—. Hablas de almas corruptas, de hombres que persiguen el Códice desde tiempos pasados… Sé a quiénes te refieres…

Éamon le miró sin que se viera en él un rastro de inquietud.

—Mateo te confió quienes son *ellos*, ¿no es cierto, muchacho?

—Así es. Pero no me dijo lo que el Códice contiene. Dijo que ignorarlo me protegería.

—Y tenía razón, es mejor así.

—¿De veras…, es tan peligroso?

Éamon le miró con severidad.

—Como el Conocimiento Druida, también su historia ha pasado de padres a hijos. Hasta hace dos décadas, siempre pensé que moriría sin conocer cambio alguno en el relato que mi padre me reveló siendo un niño, pero no ha sido así y yo mismo me he convertido en uno de sus protagonistas. Esa misma historia, la que me contó mi padre, se la traspasé a mis hijos ya, hace muchos años, pero ahora…, me gustaría ser yo quien la escuchara de nuevo, pero… de tus labios. Te preguntarás por qué es eso lo que deseo, pero esa respuesta está en la tuya. Todo a su tiempo muchacho, ahora, habla. Cuéntame lo que Mateo te confió. Quiero cerciorarme de que el nombre de Timandro está muy presente en esa historia, porque en ella, si no lo viste cuando Mateo te lo mostró, estoy seguro que ahora descubrirás lo peligroso que puede llegar a ser lo que hay escrito en las vitelas de ese manuscrito.

El muchacho se sorprendió cuando oyó aquel nombre maldito y, satisfaciendo el deseo del anciano, se dispuso a narrar lo mejor posible lo que su mentor le describió una vez.

Cerró los ojos y cuando las palabras brotaron de su boca, sintió como si fluyeran de los labios del propio monje que le había criado.

RELATO DEL MONJE MATEO

En el año 323, antes de Nuestro Señor, un hombre yacía en su lecho de muerte en Babilonia. Su nombre era, Alejandro III de Macedonia, conocido por otro nombre, el de Alejandro Magno, por su proeza en la batalla.

Faltaba poco para su trigésimo tercero cumpleaños y, en sus doce años de reinado había conquistado más, de lo que ningún hombre jamás conseguiría. Su carácter era egocéntrico, temperamental y caprichoso, pensaba que era un dios que habitaba en el orbe. Nada podía detenerle, y si alguien lo intentaba, era ejecutado sin compasión bajo sus órdenes o su propia espada. Nunca perdió una batalla y por eso era terriblemente temido y respetado.

Después de que una noche cenara y bebiera copiosamente, comenzó a sentirse mal. Tras duros días en los que su salud fue deteriorándose y sus brazos y sus piernas fueran paralizándose, todos a su alrededor vaticinaron que la muerte pronto se llevaría a su líder. Un día antes de morir, sus generales llamaron a todos sus soldados y cada uno de ellos se despidió del que los había guiado en mil batallas triunfantes. Alejandro no podía hablar, pero se comunicaba con ellos por gestos y señales. Ya quedaban pocos soldados y Alejandro estaba cansado. Un soldado llamado Timandro, se arrodilló a su lado y se acercó a él.

—Mi rey —le susurró para que nadie más le oyera—, poseo el conocimiento de algo que puede cambiar el curso de las cosas. Lejos de aquí, al otro lado del orbe, más allá de lo que tú has conquistado, existe algo desde hace más de cien años que revela algo extraordinario. El que lo posea, dominará el mundo. Es cierto mi señor, lo he visto con mis propios ojos, me ha sido mostrado y, debemos conseguirlo, así, seremos invencibles sin necesidad de luchar tan ferozmente contra nuestros enemigos. El mundo entero será tuyo.

Los generales vieron cómo el rostro de su líder cambió tornándose en un gesto de sorpresa y de otro que bien conocían: el de la codicia.

Inexplicablemente, Alejandro subió uno de sus brazos que hacía días mantenía inerte y, agarró el hombro de aquel soldado instándole a que fuera él ahora, el que acercara el oído a su boca.

—Por tu bien espero que no mientas —le dijo con una voz tan baja que el soldado tuvo que esforzarse por entenderle—. Si lo que dices es cierto, debes conseguirlo en mi nombre, en ti delego esa responsabilidad. Cuando lo consigas, quiero que se lo lleves a mi madre, ella sabrá lo que tiene que hacer. Mis descendientes tienen que poseer ese conocimiento del que hablas. Pero escucha. —Alejandro clavó sus dedos en el hombro del soldado haciendo que éste se removiera, sorprendido por la repentina fuerza que desprendía el moribundo—. Como me traiciones, volveré de la otra vida y te mataré junto a toda tu prole.

Timandro, aterrado por esas palabras se levantó y salió de allí arrepintiéndose de haber compartido con Alejandro lo que hacía un mes le había desvelado ese hombre misterioso que había conseguido adivinar su pasado con unas extrañas piedras y, le había mostrado lo que debía buscar.

Una vez muerto su líder, el soldado envolvió con grandilocuencia a Ptolomeo, uno de los generales del conquistador,

consiguiendo que éste le cediera un séquito de mil hombres; una cifra ridícula pero suficiente para Timandro. Ptolomeo, le hizo prometer, que cuando consiguiera lo que buscaba, debía ir a Egipto con ello, pues allí, tenía pensado construir la más grande de las bibliotecas y en ella, reservaría un lugar privilegiado para ese valioso tesoro. Algo, que nunca sucedería.

El soldado macedonio pronto saboreó el placer del liderazgo, hecho que endureció su carácter. Los que habían sido sus compañeros de batalla, notaban el cambio que había obrado en él. No solo su carácter se había transformado, su gesto que ahora mantenía huraño perpetuamente, también los sorprendía. Ya solo pensaba en la misión, matando y torturando a todo aquel que se interponía en su camino, pero muchos de los soldados que le seguían pronto dudaron de él. Habían luchado en mil batallas, pero era en compañía de un gran líder, de un conquistador, Alejandro. En cambio, Timandro, no les explicaba nada, se sentían ciegos, nunca habían temido al enemigo, su mano nunca había temblado al matar, hombres, mujeres y niños, pero luchar sin un objetivo que no les beneficiara, no les gustaba, además, estaban cansados, querían volver con sus familias a las que no veían hacía más de nueve años. Muchos de ellos se rebelaron contra Timandro y así firmaron su sentencia de muerte. Éste descargó su espada sobre todo aquel que no obedeció sus órdenes.

Una noche, aprovechando que su nuevo líder y sus incondicionales habían bebido demasiado, los soldados que ya habían decidido no seguirle, planearon matarlos y así, quedar liberados, pero antes de que pudieran dar un solo paso, la espada de Timandro y sus secuaces cayó sobre ellos de una manera brutal. Parecieron volverse locos, jamás habían matado de aquella manera. Desmembraron sus cuerpos y cubrieron los suyos con la sangre derramada de los que habían sido fieles compañeros de batalla, como si una fuerza extraña les impulsara a hacerlo. Todos y cada uno de ellos, estaba fuera de sí. Timandro fue el más tenaz y macabro, esa noche durmió en su lecho con las cabezas cercenadas de medio centenar de ellos, y en las noches posteriores, violó a varias mujeres rodeado de rostros desfigurados que comenzaban a pudrirse. Ahí comenzó una nueva legión, la Orden de los Kan Kral. Así se hicieron llamar.

Recorrieron distintos territorios en busca del Conocimiento ansiado, más allá de lo que habían conocido con el rey conquistador y, habiendo trascurrido ocho años de la muerte de Alejandro III de Macedonia, llegó a los oídos de Timandro la noticia de que Olimpia,

la madre del que fue su rey, había sido asesinada. Después lo fueron, Rosana su esposa, y su hijo, Alejandro IV, todos a manos de Casandro. Este no dudó en asesinar también a la que había sido amante del caudillo y al hijo de ambos, Heracles.

Ya no quedaban herederos y Timandro rio, rio como nunca lo había hecho, sintiéndose liberado de las promesas que su antiguo señor y Ptolomeo, le habían obligado a hacer, alegrándose que ahora el poder absoluto sería suyo, pues en ese mismo instante decidió, que tampoco lo compartiría con Ptolomeo quien se convertiría en el fundador de la dinastía ptolemaica en Egipto.

En las noches, soñaba con su triunfo, soñaba con las extrañas palabras que aquel misterioso hombre le había mostrado, con aquellas imágenes… No pensaba en otra cosa y tras la matanza a sus soldados, en la que el antiguo soldado Timandro desapareció para siempre, resurgió un nuevo líder, un nuevo Timandro. Éste, creo un nuevo ejército, más fuerte, más terrible en sus actos. Reclutaba hombres por cada territorio que pasaba llenando sus tropas de razas distintas y creencias diversas.

No cejando en su búsqueda, por fin encontró lo que tanto había buscado. Se encontraba en esta tierra, en esta isla a la que habían acudido cruzando los mares. Esa noche expuso su hallazgo ante sus hombres quienes se postraron a sus pies, ¡ni el mismísimo Aristóteles que había sido maestro de Alejandro Magno habría imaginado tal hallazgo, tal sabiduría! ¡Ni Platón!, ¡ni Sócrates! Pero los soldados que Timandro había reclutado en la isla no se postraron ante él cuando les mostró lo que portaba en sus manos. Esos soldados eran celtas, hombres de honor criados en una tierra de reyes y acostumbrados a las más duras batallas, pero aquello, aquello no era una conquista. Estaban en la tierra de *Ériu,* el antiguo nombre que se le daba a Irlanda en aquellos lejanos tiempos. Cuando los nativos vieron lo que tenía entre sus manos, supieron de qué se trataba y temerosos, no hicieron sino temer a los dioses y preguntarse a quién habían decidido servir. Esos duros guerreros decidieron que no continuarían recibiendo órdenes de aquel demente aunque les hubiera prometido riquezas y poder. En cualquier momento, los dioses descargarían sobre él su furia, y ellos no querían estar presentes, y mucho menos, ser salpicados por esa ira. Decidieron entonces poner fin a ese sacrilegio y hablaron con los druidas del bosque, exponiéndoles lo que sus ojos habían visto.

La reacción de los ancianos druidas no se hizo esperar.

Una noche, uno de aquellos guerreros habló a Timandro de una bella joven. Era habitante de la isla y decían de ella, que el hombre

que la poseyera conservaría su virilidad por siempre y sería invencible en todas sus batallas, ese don le sería otorgado por ser hija de una druidesa y de un dios. Pero no podría acudir a él, si no era debidamente invitada. La respuesta no tardó. Timandro invitó formalmente a su tienda a esa bella joven y cuando la contempló, creyó todas y cada una de las palabras de aquel soldado. Los cabellos de la joven eran tan dorados como el sol, su tez blanca y, sus ojos azules como el mar que rodeaba aquella tierra lejana. La muchacha no era sino una enviada que por voluntad propia se había ofrecido a rescatar lo que Timandro guardaba celosamente en su tienda.

Ya casi había amanecido, cuando la muchacha salió con lo que había ido a buscar entre sus temblorosas manos. Junto a ello, la joven encontró más cosas, pero igualmente las cogió, pues algo en su interior le dijo que debía hacerlo.

Timandro despertó horas más tarde, y cuando comprobó que su tesoro había desaparecido, enloqueció. Ordenó buscar a la muchacha, y sorprendido, vio cómo entre sus hombres se desencadenaba una batalla. Los soldados reclutados en la isla de *Ériu* se habían revuelto contra él.

Mientras sus soldados luchaban entre sí, Timandro se internó en la profundidad del bosque, desesperado por encontrar lo que ya consideraba como suyo. Llegó hasta el centro de aquel laberinto y halló a un anciano druida que parecía esperarle. Su semblante era el de un rey, desprendía autoridad, y eso, era algo a lo que Timandro no estaba acostumbrado.

Su primer pensamiento fue arrancarle los ojos, dejar vacíos esos párpados que cubrían esas pupilas que lo escrutaban con desprecio, pero no pudo atacarle, una fuerza superior habitaba en aquel bosque, que emanaba del propio hombre, desprendiendo una energía invisible que mantuvo su espada quieta en el cinto.

El druida comenzó a gritar, subiendo una pierna en el aire y señalando a Timandro.

—¡Nada podrás conseguir, Timandro de Macedonia, hijo de Bemus y de Calandra! —El druida citó los nombres de los progenitores del macedonio causando en éste un sobresalto— . ¡Sin quererlo, has consolidado un trato sagrado! ¡Jamás podrás tocar nada de lo que deseas sin que el que lo posea en ese momento, te haya invitado a su hogar debidamente! —El anciano dio un golpe con su cayado en el suelo—. ¡Vete, no eres bienvenido!

Timandro volvió al campamento, que se había convertido en un campo de batalla, y solo cuando estuvo allí, tomó conciencia de que

no sabía cómo había hecho el camino de vuelta. La lucha estaba en su momento álgido y él, aunque contrariado por lo que acababa de suceder en el bosque, se unió al combate sin contemplación alguna viendo en cada soldado que mataba, el rostro de aquel anciano que había osado gritarle.

Se perdieron muchas vidas en aquella contienda, muchos de sus hombres cayeron bajo la espada de los habitantes de la isla. Incluso el propio Timandro salió mal parado en la reyerta, pero junto a él estaba su hijo y sus incondicionales; unos duros guerreros que ya codiciaban lo que poco tiempo había estado en su poder y que ahora querían recuperar.

Timandro ya había enloquecido más en su locura. Lo que había poseído en esos tres días superaba con creces lo que una vez aquel hombre llamado Pól le había mostrado y, había sido el origen de su búsqueda y de sus guerras. Ahora el tesoro era mayor, mucho mayor y lo quería para él, para siempre...

Pól había viajado a Pella, al propio reino de Macedonia sin que nadie lo supiera, y había traído con él una serie de descubrimientos, que unidos a lo que le enseñó a Timandro un mes antes de que muriera Alejandro, obraban el deseo de cualquier hombre.

Pasaron sesenta años hasta que el macedonio Timandro encontró de nuevo lo que buscaba. Lo hizo en las vecinas tierras de Pretaniké, la actual Escocia, pero no halló todo el conjunto, sino una parte que para él, le era suficiente, porque esa era la fracción más importante. Timandro ya era viejo, demasiado para seguir luchando, pero cuando tuvo en su poder lo que tanto había ansiado, vio sus fuerzas renacer y guardó esa posesión que fue conseguida a fuego y sangre.

Pasó demasiado tiempo hasta que lográramos arrancar esa parte a los Kan Kral, la parte que ellos expoliaron de esa aldea escocesa, la parte…, que Timandro utilizó para seguir en el poder…, pero hoy, después de tantos siglos, no han cejado en su obstinación, siguen buscándolo, siguen deseándolo, pero sobre todo, desean la parte de ese Conocimiento que una vez tuvo Timandro entre sus manos y, nunca debió ser usurpado.

***

Aidan inspiró profundamente cuando acabó de relatar lo que a él meses atrás se le había narrado y una vez más, aguantó las ganas de preguntar, qué era lo que guardaban las vitelas de aquel Códice que había provocado tantas muertes. Qué contenía la parte de aquel

extraño manuscrito para ser tan deseada por los Kan Kral.

—Éamon, debo esconder el Códice como prometí. Debo marchar cuanto antes. Los Kan Kral no pueden encontrarlo.

—Así es muchacho. Las palabras no han cambiado, pero sí las circunstancias. Los druidas de entonces y los que habitamos el orbe en estos tiempos, nos hemos encargado de que sus depredadores no lo hallen. Así ha sido desde hace siglos, pero nuevos peligros acechan.

Dicho esto, el anciano se levantó y se dirigió a la puerta, pero antes de salir bajo el cielo estrellado, se volvió de nuevo hacia el muchacho y añadió:

—Tus heridas pronto curarán del todo y en breve partirás para ocultar lo que buscan esos indeseables, pero antes debes conocer algunos asuntos más.

—¿Qué asuntos? —quiso saber Aidan.

El anciano le hizo un gesto indicando sosiego.

—Mañana lo sabrás. Mañana, te espera un gran acontecimiento.

***

El día regaló un cielo en el que las nubes se desfragmentaban siendo barridas por el viento proveniente del Oeste. El sol que comenzaba a salir fue bañando el bosque, que agradecido, desplegó su esplendor.

Desde hacía casi un mes, Aidan dormía en un *rath* sencillo de mimbre que le habían ayudado a construir los jóvenes iniciados. Esa mañana despertó temprano, quizá excitado por las palabras que el anciano druida había mencionado antes de dejarle en la soledad de su nuevo hogar o, quizá por saber al fin, por qué el anciano sabía tanto del Códice, pregunta que no se había dejado de hacer desde que le vio por primera vez.

Ahora veía claro, cuan unidos habían estado sus destinos. Mateo, hijo de un druida; el Códice rescatado por él y que tan importante era para ellos. Pero una duda le asaltaba, una duda que permanecería en él, porque así se lo hizo prometer Mateo. Pese al relato confesado por su mentor, no le habían desvelado su contenido y su curiosidad era vigorosa. Mateo le había advertido que no abriera el manuscrito bajo ningún concepto y eso, significaba que lo que pudieran revelar sus textos quedaría en la incertidumbre para siempre.

Después de asearse y rezar una oración por el alma de los que fueron sus hermanos, salió a pasear a orillas del mar.

Todavía no podía entrenar, su cuerpo le avisaba con dolor cuando lo intentaba, de modo que se limitó a nadar en las frías aguas. Recordaba los duros ejercicios, los tenaces entrenamientos a los que siempre se había sometido; un adiestramiento que él mismo había volcado sobre los hombres a su cargo en la abadía, convirtiéndole en un instructor severo y estricto; pese a ello, Aidan sabía que le habían respetado como jefe de seguridad; recordar ahora cómo había visto a muchos de ellos la noche del ataque, resultaba doloroso.

Cuando salió del mar, Éamon le esperaba.

—Vístete, debes acompañarme.

El muchacho cogió la túnica que le habían proporcionado los druidas y tapó con ella su fibroso cuerpo.

—¿Dónde vamos?

—Pronto lo sabrás.

Tras unos pasos, Éamon se dirigió de nuevo a él.

—Tu llegada aquí no ha sido fortuita, todo tiene una razón, y hoy, la conocerás.

Aidan no dijo nada. En el tiempo que llevaba en el bosque había aprendido que a veces las palabras sobraban, y aunque sus dudas eran muchas, el muchacho siguió de cerca al anciano tal y cómo éste indicaba, pero en silencio.

Éamon se apoyaba en su cayado nudoso pero no por eso sus pasos eran lentos. Mientras caminaban, Aidan observaba todo a su alrededor; no iban a la profundidad del bosque como había supuesto, y el sonido de los pájaros que cantaban mientras se bañaban con el agua acumulada en las hojas de los árboles, iba quedando atrás.

Llegaron a la aldea de Gaillimh. Aidan observó cómo las gentes de allí respetaban profundamente a Éamon. Los druidas eran siempre bienvenidos y el jefe druida era el que los guiaba, pese a ello, no podían evitar que sus ojos curiosos se posasen en aquel muchacho que iba con el anciano. Su rostro apuesto y su robusto porte, era tan distinto a todos los jóvenes que ellos conocían, que no pudieron evitar sentir un poco de temor ante aquel desconocido.

Éamon se detuvo frente a la puerta de una pequeña casa, donde a su alrededor, un pequeño huerto ofrecía hortalizas reclamando ser recogidas. Sus nudillos golpearon la ennegrecida madera y a los pocos segundos una mujer con el rostro ajado apareció tras ella.

—¡Bienvenida es tu llegada! —dijo en cuanto vio al druida.

—Kelsey— saludó Éamon a la mujer que no pudo evitar mirar por el rabillo del ojo a Aidan—. Me alegro de que ya estés repuesta. Bríd nos tiene al tanto.

—Así es, gracias a vuestros brebajes y a los cuidados de… mis hijas, me he recuperado bien —Volvió a mirar a Aidan—. Pero pasad por favor, no os quedéis ahí.

Éamon y Aidan pasaron a la humilde choza de Kelsey y ésta les ofreció asiento en un tocón junto al hogar al tiempo que se apresuraba a servirles un poco de caldo, que era lo único que tenía.

Una vez cumplido el gesto de hospitalidad, la mujer retorció sus manos evidenciando su inquietud, mirando fugazmente a Aidan que se preguntaba qué hacían allí.

—Mi hija mayor llegará pronto. Como os dije, viene todos los días a esta hora a traerme víveres. —La voz de Kelsey salió apresurada.

—Bríd nos dijo que tu hija mayor ya tuvo a su segundo hijo —declaró Éamon dando un sorbo al cuenco de barro.

—Sí, en los últimos días de primavera —dijo la mujer con orgullo—. El parto trascurrió sin dificultad. Es un bebé fuerte y se está criando como un buey, de modo que Bríd, que hasta ahora ha ayudado a su hermana, pronto regresará al bosque para seguir con su aprendizaje. Estamos muy orgullosos de que la hayáis acogido.

—No me equivoqué con ella. Espero volver a tenerla bajo mi protección cuanto antes…, tiene enormes facultades —añadió el druida mesándose la larga barba.

La mujer asintió gozosa de que la menor de sus hijas tuviera el beneplácito de los druidas.

Éamon miró un momento a la puerta en silencio y ésta se abrió al cabo de unos segundos.

La muchacha que entró portaba a un bebé que dormía plácidamente envuelto en una gran tela que rodeaba el cuerpo de su madre. Ésta detuvo sus pasos y de una de sus manos cayó un cesto de mimbre lleno de comida, mientras que con la otra asió con fuerza la manita de un niño de apenas cuatro años.

—¿Pasa algo, madre? —acertó a decir mientras apretaba a sus hijos contra sí.

—Caitlín, tranquila, no pasa nada, es, es Éamon.

Aidan frunció el ceño y no pudo evitar levantarse después de dejar el caldo a un lado.

Observó a la muchacha con interés debido a su nombre. Un nombre que hacía muchos años que no oía. Sus ojos eran del verde de Irlanda, su piel bronceada y, sus cabellos castaños con vetas

rojas que a buen seguro resplandecerían bajo el sol.

El anciano siguió sentado atento a la reacción de Aidan, pero la muchacha volvió a dirigirse a su madre.

—No es del jefe druida de quien desconfió —repuso sin timidez alguna. Era una mujer fuerte, la vida la había hecho así y, aunque confiaba plenamente en el anciano, aquel desconocido que lo acompañaba no dejaba de mirarla de una forma extraña.

Ante sus palabras, Éamon se levantó y se apoyó en su cayado.

—Caitlín, no te inquietes y escucha. ¿Recuerdas lo que hablamos poco antes de que dieras a luz? —le dijo su madre.

La muchacha palideció y sus ojos se posaron de nuevo en Aidan, pero esta vez no hubo ningún vestigio de desconfianza en ellos, sino un atisbo de miedo.

—Atiende a las palabras de tu madre, en ellas está la verdad —intervino Éamon.

—¡No puede ser! —exclamó Caitlín con los ojos a punto de inundárseles de lágrimas. El niño se zafó de las manos de su madre y corrió a las faldas de su abuela.

—¡Obsérvale!, ¡mírale a los ojos, muchacha! —gritó el anciano.

Aidan no entendía nada, pero no se atrevió a intervenir pese a que cuando Éamon había dicho esas últimas palabras, lo había hecho clavando sus ojos en él.

Kelsey se acercó a su hija y desató el telar donde llevaba el bebé para cogerlo en brazos. La muchacha se dejó hacer como si estuviera hipnotizada. Sus ojos ahora se clavaban en los de Aidan y éste se sintió preso de ellos. Había algo tan conocido en las pupilas de aquella muchacha que era difícil apartar la vista. Poco a poco, Caitlín se acercó a él y quedó a solo unos pasos, miró al druida un momento con el labio inferior temblándole.

—Aidan. —El anciano se dirigió por primera vez a él desde que entraron en la cabaña—. Hace veinte años el destino te separó de la única familia que te quedaba, tu padre murió en la guerra y tus tíos, encargados de ti, murieron bajo los escombros.

El muchacho tardó en reaccionar unos segundos. Se preguntaba por qué Éamon le decía aquellas palabras.

—Aquel día mis tíos y mi hermana fueron al encuentro del Altísimo —le recordó.

—Tu Dios, solo recibió a dos de ellos —añadió el druida—, a tu hermana la rescataron dos días después, cuando tú y Mateo ya habíais partido. —Dichas estas palabras, Éamon giró los ojos hacia la muchacha que necesitando agarrarse a algo, asió su falda con fuerza.

Las palabras del anciano fueron como si alguien hubiese dado un golpe en su pecho. Aidan observó de nuevo a la muchacha con más interés y, lo que no pudo ver antes, lo vio en ese momento con la claridad del agua cristalina.

Sus ojos tan iguales a los suyos solamente se diferenciaban por las largas pestañas de ella. Su cabello, que de niña fue más claro, todavía se adornaba con aquellos reflejos rojizos que según le había oído decir mil veces a su tía, heredó de su madre. En la mejilla izquierda, una cicatriz le llegaba hasta la sien, donde al principio de esta, lucía falta de pelo por una antigua herida que allí hubo, sin duda, recuerdo de aquel día en el que la desgracia hizo presencia en sus vidas.

Aidan no podía dar crédito, pero antes de que pudiera emitir palabra alguna, la muchacha cogió su rostro y con ansiedad, levantó el cabello que caía sobre su frente para quedarse mirando fijamente la marca que Aidan tenía allí desde niño.

—¡No puede ser!— volvió a exclamar la muchacha estando a punto de desmayarse—. ¡La herida que te hiciste cayendo sobre una rama seca dos meses antes de que padre muriera!

Kelsey posó una mano en el hombro de su hija mientras que Aidan miraba a Caitlín como si estuviese viendo una aparición. Recordaba cómo su hermana, entonces una niña, curaba la profunda herida de su frente y le consolaba secándole las lágrimas.

—Eres tú… —oyó decir a la muchacha— ¡eres tú! —Sus mejillas húmedas estaban enrojecidas por la emoción. Sus manos bajaron a los brazos de Aidan como si necesitara constatar que aquel hombre que estaba frente a ella no era parte de un sueño.

—Aidan, ella es tu hermana Caitlín. Cuando sus heridas curaron, fue traída aquí y Kelsey la acogió junto a su marido. No sabían de tu paradero. Era destino que os encontrarais de nuevo.

—Caitlín… —Las palabras por fin salieron de sus labios. Los recuerdos eran turbios, pero no había podido olvidar aquel rostro de ángel que le arropaba por las noches y que había guardado en su memoria con arraigo.

Caitlín no pudo reprimirse más y abrazó a su hermano. Aidan se dejó hacer convirtiéndose de nuevo en niño y sin querer, como si verdaderamente lo fuera, las lágrimas afloraron en sus ojos como lo hicieron aquel día en que se encontró solo y desamparado.

***

Habían pasado dos meses desde que Aidan encontrara a su

hermana. Desde entonces, las visitas diarias a Gaillimh no habían faltado.

Caitlín tenía un marido trabajador y dos hermosos hijos. El mayor, era muy parecido a Aidan cuando era niño y, Caitlín, mujer vital y con buen humor, bromeaba con él respecto a ello intentando que su hermano se relajara, pues todavía se sentía extraño con el nuevo acontecimiento.

Ahora que había encontrado a su hermana, a su familia, su marcha se le antojaba cada día más costosa. Fuertes sentimientos habían aflorado en su interior, tan fuertes, que a veces le dejaban sin aliento.

La miraba con orgullo. Se había convertido en una gran mujer, capaz de cuidar sola a sus hijos mientras que su marido trabajaba en ultramar. Se regocijó en la dicha de sentir que ya amaba a aquellas criaturas que también llevaban su sangre.

La otra hija de Kelsey era cinco años menor que Caitlín. Aidan la conoció pasados unos días del reencuentro con su hermana. Su nombre era Bríd y Éamon la había acogido bajo su protección tres años atrás. Pretendía hacer de ella una buena druidesa.

Bríd era una muchacha hermosa, con largos cabellos dorados y ojos azules como el mar que rodeaba la isla. Aidan no pudo evitar fijarse en ella en cuanto la vio y, su hermana le confesó que a ella su presencia no le había sido indiferente, aunque la muchacha no lo quisiera reconocer. Ese comentario gustó a Aidan más de lo que hubiese deseado por las circunstancias en las que se encontraba, de modo que procuró ignorarla en la medida que pudo. Pero fue la indiferencia que Bríd le mostraba, lo que hizo que su empeño por rechazar el sentimiento que comenzaba a aflorar en él durara poco.

Bríd era una joven fascinante, ávida de saber y terriblemente testaruda. Siempre se rodeaba de animales. Los hombres de la aldea le llevaban sus caballos más indómitos, pues tenía la virtud de apaciguarlos susurrándoles. Era un verdadero espectáculo observarla cuando lo hacía. Al contrario de los muchachos más tenaces que sometían con fuerza a las bestias, ella con sus dotes inusuales, lograba en menos de un día, aquietar las ansias del animal y ponerlo a su entera voluntad y enseñar a su nuevo jinete a tratarlo de esa manera especial para que montura y montador, mantuvieran esa especial conexión para el resto de sus vidas.

En cambio con las personas no era así; su temperamento a veces exasperaba a Aidan, pero era uno más de los innumerables atributos que le habían conquistado irremediablemente. El primer día que la besó, se ganó un golpe que bien le hubiese tumbado de no haber

sido un hombre robusto, pero después de esa pequeña rebelión, ya nada pudieron hacer por separarse. Esa muchacha se convirtió en algo imprescindible en su vida y pese a haber estado con mujeres anteriormente, ninguna había ahondado en su corazón como Bríd.

La muchacha enseñaba a Aidan cosas del druidismo por orden de Éamon, y éste satisfecho, observaba los avances del muchacho.

Al principio, Aidan no entendía cómo los druidas podían hacer ciertas cosas, como leer el vuelo de los pájaros, la lectura del bosque, e incluso descifrar los extraños símbolos del alfabeto Oghámico que tallaban en madera o en piedra, pero gracias a Bríd y a su paciencia, pronto comprendió lo que para los druidas era tan sencillo como respirar.

El tiempo pasaba. Sus heridas ya habían curado del todo y había comenzado a entrenar. Su cuerpo ya estaba listo y no podía retrasarse más. El tener el Códice consigo ponía a todos en peligro.

Aidan había contado a Bríd todo lo que había vivido hasta el encuentro con los druidas, pero le había ocultado la enorme responsabilidad que tenía sobre el manuscrito; a ella y a su hermana. No quería aterrarlas al hacerlas conscientes de quiénes estaban tras él. Ellas solo sabían que debía partir, y haciendo alarde de su prudencia, no hicieron preguntas indiscretas y solo desearon que Aidan regresara pronto.

***

La despedida fue dolorosa.

Éamon mesó las crines del caballo, que inquieto, se agitó cuando Aidan cargó en él las alforjas que contenían el Códice, sus armas y alimentos para varios días.

Caitlín había acudido al bosque con sus pequeños a despedirle.

—Tenme muy presente en tu corazón —pidió a su hermano.

—No lo dudes jamás. Nunca te olvidé y ahora, sería imposible hacerlo. Cuida a tus hijos. Procura que coman bien, porque no tardaré en iniciarles en el arte de la lucha —dijo posando su mano sobre el niño de cuatro años.

—¡No corras tanto, hermano!, deja que reclamen los brazos de su madre un tiempo más. Luego se convertirán en bestias y nada querrán de mí.

Aidan soltó una carcajada y abrazó a su hermana y a sus sobrinos, pero sus risas callaron cuando vieron el rostro de Éamon que se tornaba serio y cetrino.

El druida se había mostrado silencioso desde el día anterior

cuando junto a Labhras, el otro druida más anciano de la Comunidad, le habían preparado para entrar al *sid* con una ceremonia de purificación.

Aidan achacaba su estado a su partida.

—No sé cómo agradecer todo lo que habéis hecho por mí —le dijo cuando se acercó a él.

—Muchacho, quisiera que no marcharas, pero tu destino es que lo hagas.

—Debo cumplir con lo que se me confió.

Éamon asintió con solemnidad.

—Tu cuerpo y tu espíritu están purificados para tal menester. —Sus ojos cansados se endurecieron—. Pero recuerda, no debes abrir el Códice y debes volver cuanto antes. Olvida del todo tu rencor.

A Aidan le sorprendieron las palabras del druida por lo que había escondido tras ellas. Miró a su hermana un momento y aprovechando que estaba distraída con el bebé, le dijo en un susurro:

—Sabes como yo, que además de llevar el Códice al lugar donde debe permanecer, debo averiguar quién fue el monje que traicionó a Mateo. Muchas vidas acabaron por su ambición —le confió. El muchacho no le había querido decir antes que su viaje no acabaría donde debía ocultar el manuscrito y, en ese momento comprendió que nada podría ocultarle al druida.

—La venganza te llevará por mal camino, Aidan. Tu misión es dejarlo en lugar sagrado, después debes volver aquí —reiteró.

—Pero tengo otra misión más.

—Tu único cometido es llevar el Códice al sitio que te indicó Mateo. Después, emprender el camino de vuelta con premura —insistió.

—Si temes que me apresen, descuida, no lo harán.

Éamon le miró con tristeza. Sabía que Aidan había tomado esa determinación desde antes que su caballo le trajera hasta ellos y, esa decisión, era la que podía cambiarlo todo. Vio con pesar que el tiempo que había estado junto a ellos, no había hecho sino esconder tenuemente el resentimiento que envolvía su corazón.

—¡Aidan! —La voz de Bríd surgió entre el viento, en tono alarmado.

El muchacho la buscó entre los árboles hasta que atisbó sus cabellos dorados refulgiendo bajo el sol.

La contempló mientras acudía a él. En su rostro asomaba una tímida sonrisa que empañaban unos ojos azules enrojecidos que delataban las lágrimas que no habían dejado de caer durante la

noche.

Avanzó hacia ella separándose por unos pasos de Éamon y Caitlín.

—¿Pensabas irte sin despedirte de mí? —preguntó la muchacha simulando un enfado que no sentía.

—Mi Bríd… —susurró Aidan acariciando su hermoso rostro—, creí que lo hice anoche.

Las mejillas de la joven tomaron un tono rosado al recordar las caricias y los besos de Aidan.

—Prométeme que volverás pronto. Aún no te has ido y ya te extraño.

—Soñaré con tus besos, con tus ojos —le aseguró—, y cuando regrese bailaremos alrededor del árbol. En Beltaine te haré mi esposa. Por siempre.

Bríd suspiró en silencio y abrazó a Aidan.

—Te amo —susurró enterrando su rostro en el dorado cabello.

—Yo también te amo, Aidan. Lleva siempre contigo lo que te regalé hace dos lunas.

—Cerca de mi corazón.

Ella se retiró para contemplarle, pero el gesto que le ofreció fue serio y ceremonial.

—Nunca debemos olvidar de dónde procedemos, la sangre irlandesa que corre por nuestras venas. No lo olvides, Aidan.

—No lo olvidaré.

El muchacho la besó para calmar su propia ansiedad. ¡Cuánto amaba a esa criatura lista y alegre! En ese instante, comprendió que no podría vivir sin ella.

El apasionado beso desató las risas del mayor de los niños que ahora tiraba de las faldas de su madre señalando a la joven pareja.

—Debes marcharte o la noche te atrapará antes de que encuentres cobijo— le advirtió Caitlín uniéndose a ellos.

Aidan miró durante unos segundos más a Bríd y después fue hacia Éamon. Miró al anciano reteniendo el aliento y con afecto, le abrazó. Éste acogió su abrazo con cariño y pidió en silencio a los dioses que la testarudez del muchacho desapareciera cuando se encontrara en el lugar sagrado donde era enviado.

Cuando se separaron, Aidan besó en la frente a su familia y montado ya en su caballo, miró a Éamon fijamente a los ojos y dijo:

—Volveré druida, pero hasta entonces, cuida de ellos por mí.

PRETANIKÉ

(Escocia) AÑO 247A. C.

Los soldados se encontraban inquietos, pero nada de ese desasosiego se mostraba en sus semblantes.

Pronto conocerían al hombre que era leyenda. Timandro, el primer guerrero que había tenido entre sus manos la reliquia. El tesoro, la razón de su organización.

Decían que había estado a las órdenes del mismísimo Alejandro Magno, que sus manos habían sostenido las suyas cuando éste dijo sus últimas palabras. Pero después de la muerte del rey, era él quien había descubierto el tesoro que ahora esperaban tener en su poder.

De eso hacía seis décadas, sin duda, mucho tiempo, pero pese a su avanzada edad, sentía el mismo vigor por poseer lo que consideraba suyo y que una vez, había tenido entre sus manos y le habían robado. Se decía que en la batalla que se desató después de arrebatarle ese tesoro que no había cejado de buscar, le hirieron gravemente, pero que una herida mayor supuraba en su corazón desde entonces. Ese día posterior su hijo Kay perecía en extrañas circunstancias, y contaban que desde entonces, Timandro lloraba sangre todas las lunas llenas dejando sus ojos ciegos durante tres días entre terribles dolores.

Ahora estaban en el norte de tierras Escocesas, y por orden expresa del Maestro, hacía dos días habían irrumpido en un poblado y se habían enfrentado a su tribu, los pictos.

Un grito de mujer rompió el silencio y tentó a los guardias de las últimas filas a volver la cabeza, pero se mantuvieron firmes con la mirada fija en el extraño altar que se erigía ante ellos.

Unos hombres vestidos con gruesas vestimentas de color púrpura pasaron a su lado, los capuchones ocultaban su rostro guardando su

identidad. Tiraban de algo; era la mujer cuyo grito había rasgado el sosiego de la noche.

La muchacha, de apenas quince años, se retorcía entre los brazos férreos de esos extraños hombres profiriendo gritos de espanto, mientras la llevaban a la piedra plana que se hallaba en medio de una vieja torre cuyo techo derruido, dejaba ver el cielo estrellado.

Los soldados contuvieron el aliento cuando observaron que una figura con túnica negra aparecía tras el altar.

Cuando la muchacha se percató de esa presencia ya no pudo gritar más. Su voz enmudeció ahogada por el miedo y sus músculos se aflojaron eximiéndola de toda fuerza. Esa involuntaria sumisión, facilitó el trabajo de tumbarla en la enorme piedra.

La figura negra se puso delante de ella dándola la espalda, al tiempo que retiraba el capuchón de su túnica y descubría su rostro ante todos.

Algunos hombres de las primeras filas ahogaron un jadeo.

Allí estaba, era él. El hombre del que tanto habían oído hablar. El maestro.

Su tez ajada por las arrugas era pálida y frágil. Su cabeza, exenta de pelo, exhibía una piel opaca y sin vida. Pero toda esa falta de vigor la suplían sus ojos que lo observaban todo desde un rostro torcido y deforme.

Algunos soldados bajaron la vista temerosos de que esos ojos inyectados perpetuamente en sangre, se detuvieran en los suyos. Entre las filas contaban, que si te atrapaba en su mirada caerías en una profunda oscuridad, en un viaje sin retorno.

Uno de los hombres con túnica púrpura, se acercó al Maestro y extendiendo su brazo hacia él, le ofreció una daga con una hoja amplia y ligeramente ondulada.

Él alargó su mano, y en silencio, agarró su empuñadura subiéndola hasta su rostro. Bajó los párpados unos segundos y se dirigió hacia la muchacha que comenzó a temblar compulsivamente. Aferró la hoja del puñal con la otra mano y la deslizó con lentitud, abriendo en su carne una enorme llaga. Para sorpresa de la muchacha que contemplaba aquella terrible escena, Timandro subió la mano herida hacia arriba, y la sacudió en un golpe seco sobre ella impregnándola el rostro con su sangre.

La joven no pudo evitar prorrumpir en sollozos. Sabía lo que pasaría a continuación y, aunque creía estar preparada, en ese momento no estuvo tan segura de ello. Intentó pensar que su muerte era el sacrificio que serviría para seguir protegiendo los papiros y *lo demás*, y eso la insufló fuerzas para aguantar lo que

acaecería inexorablemente. El valor recién infundido, hizo que callara de pronto y levantara su rostro enfrentándose al hombre que iba quitarle la vida.

—No lo conseguirás jamás —le susurró mirándole directamente a los ojos. Los ojos del diablo.

Utilizó el idioma picto, y al hacerlo, pensó que aquel anciano repugnante que la miraba no entendería sus palabras.

—Sucia criatura… —dijo Timandro en el mismo idioma pero con un tinte de desprecio superior al suyo—. Me has hecho perder el tiempo— añadió en gaélico, lengua que ella conocía muy bien—. Uno de mis hombres consiguió ser invitado a tu hogar y…

—¡Y no te sirvió de nada! —gritó la joven fuera de sí—. ¡Nunca lo encontrarás! ¡Morirás sin conseguirlo!

Los ojos del anciano refulgieron de rabia, después inspiró adquiriendo un nuevo gesto de aborrecimiento.

—Es una pena que pierdas tu juventud por algo que irremediablemente será mío tarde o temprano —replicó pasando la daga entre los pechos de la joven y rajando sus ropas; el tatuaje de un Triskel asomó por debajo de su axila y Timandro lo miró con desprecio—. Todavía tienes la oportunidad de redimirte. Dime dónde escondisteis lo que busco y saldrás de aquí con vida.

—Nunca —fue la respuesta de la muchacha. Recordó cómo había logrado esconder a esos seres lo que tan celosamente buscaban y se sintió orgullosa de su hazaña. Su pobre madre, había invitado a su hogar a un muchacho que apenas rozaba los doce años de edad, compadecida por su aspecto famélico y casi moribundo. Le había dado cobijo en su choza sin saber, que ese aparentemente e inocente niño, era uno de los enviados de la secta.

El Maestro entrecerró los ojos y presionó la daga en la carne de la joven que se preparó para morir.

—¡Noo! —El grito provenía de la entrada a la torre. Una anciana cayó de rodillas ante todos, alzando en su mano algo alargado y amarillento.

—¡Madre! —gritó la muchacha—. Huye madre, vete. —Las lágrimas comenzaron a brotar en sus ojos y pronto surcaron el rostro de la joven que horrorizada, vio cómo su madre se levantaba y torpemente se acercaba al altar bajo la atenta mirada de los soldados que esperaban la orden de detenerla.

—¡Señor, señor, os he traído lo que buscáis!, dejad a mi hija libre, ¡Por piedad!, tomad, tomad —gritó la anciana sacudiendo sus manos.

—Madre… ¿Qué has hecho…? —susurró la muchacha

comprendiendo que ya todo estaba perdido. Cerró los ojos y se encomendó a los dioses.

Timandro se volvió de nuevo a la joven y le ofreció una sonrisa en sus finos y torcidos labios, después, con un leve movimiento de cabeza dio la orden a los hombres que habían atado a la muchacha para que fueran junto a su madre.

Éstos hicieron inmediatamente lo que se les había ordenado y rodearon a la anciana, uno de ellos cogió lo que ofrecía la mujer, y después de examinarlo, asintió mirando hacia el altar.

—Maestro, es la parte que buscáis.

Timandro sonrió esta vez, mostrando unos dientes negros y podridos e hizo un gesto con la mano al tiempo que se volvía a la muchacha con una satisfacción exultante en el rostro, pero la muchacha no se percató de su gesto, su atención se concentraba en su madre que esperaba expectante que soltaran a su hija. Algo, que no sucedería.

Uno de los hombres vestido con las ropas carmesí, agarró la cabeza de la anciana y de un solo movimiento le rompió el cuello. El cuerpo flácido de la mujer cayó emitiendo un golpe sordo, mientras la muchacha profería un grito desgarrador al ver morir a su madre.

—¡Maldito seas!, ¡malditos seáis todos!— gritó con desgarro— ¡la habéis matado! , ¡la fuerza de los dioses caerá sobre voso…

Su grito se ahogó, se quedó en su boca y en una garganta que se fue llenando de sangre.

Aturdida, sus ojos bajaron a su pecho donde la daga se insertaba en la carne hasta la empuñadura. El asesino la retorció y abrió el pecho de la muchacha que exhaló su último aliento. Con su otra mano, agarró el corazón y lo arrancó alzándolo para que todos lo vieran, y con una carcajada triunfante, se llevó a la boca el órgano sangrante y lo mordió mientras que la sangre aún caliente, rezumaba por las comisuras de sus labios.

LONDRES

30 de diciembre de 2011

Dago se despertó sobresaltado, hacía mucho tiempo que no tenía esa pesadilla. Una gota de sudor resbaló por su sien fundiéndose en la incipiente barba de su mandíbula.

Un pequeño gemido le hizo darse cuenta de que no estaba solo y se volvió justo en el momento en que una mano se posaba en su abdomen y comenzaba a acariciarle.

—Buenos días —susurró la chica que se estiraba junto a él. Era una mujer guapa, con cabellos castaños y ojos azules. Su piel blanca brillaba en sus mejillas con un tono más rosado en ellas.

Dago frunció el ceño. La noche anterior había bebido demasiado y ni siquiera se acordaba cómo había llegado a casa.

—¿Quién eres?

La chica dejó de acariciarle y soltó una risa sarcástica acompañada de un jadeo de incredulidad.

—Vaya, ya veo que no te acuerdas de nada —dijo a continuación.

—Lo siento, no suelo beber y…

—Déjalo —le cortó. Se levantó y se paseó desnuda por la habitación buscando su ropa. Dago la observó intentando recordar algo de la noche anterior.

—Oye, lo siento —volvió a intentarlo— ¿te, te puedo llevar a algún sitio?— propuso.

La chica se detuvo unos instantes y le miró fijamente.

—No, cogeré el metro.

A continuación, se metió en el baño cerrando la puerta con brusquedad.

Dago se rascó la cabeza y suspiró con fuerza. Se levantó y

después de ponerse unos bóxer, fue a la cocina a por un café.

Estaba sopesando si preguntar a la chica cabreada que estaba en su baño si quería uno, cuando el brutal portazo de la puerta de entrada al apartamento, le dio la respuesta. Encogió los hombros unos segundos, achicando los ojos como un niño al que han pillado en una travesura, y chasqueó la lengua.

—Hasta la vista —musitó.

No sabía quién era esa chica, ni cómo la había metido en su cama. No recordaba nada desde que…

El teléfono sonó provocando que derramara parte del café. Con fastidio miró la pantalla del móvil y vio que era Nacho. En ese momento se acordó que su amigo llevaba tres días con él en Londres.

—Qué pasa tío, ¿dónde estás? —preguntó al tiempo que se limpiaba unas gotas de café que habían salpicado su pecho.

—Estoy en casa de Carol.

—¿Carol?

—La rubita que iba con tu ligue, por cierto, ¿qué tal te has portado con ella?, ¿has dado la talla? Porque anoche tuve mis dudas cuando os fuisteis, no te creas.

—No tengo ni idea. No me acuerdo de nada.

Nacho estalló en carcajadas.

—Ya te vale. Bueno, mírala a la cara y sabrás si te has portado.

—Se acaba de largar, y no debe estar muy contenta, casi ha derribado la pared cuando ha cerrado la puerta.

Las risas continuaron.

—Pero dime, ¿tengo que ir a buscarte a algún lugar? —le preguntó mientras echaba más azúcar al café.

Nacho se calmó un poco.

—No, creo que sabré llegar a tu mansión, pero quería saber si mañana por la noche vamos a celebrar tu cumpleaños además de la Nochevieja. Estoy pensando en decírselo a esta preciosidad. —Dago escuchó una risa femenina de fondo.

—Tengo que currar, ya lo sabes —contestó revolviéndose el pelo. ¿Seguro que llamas por eso? —Conocía demasiado a Nacho.

—Vale tío me has pillado. Es que me voy a quedar todo el día con Carol y quería saber qué tal estabas. La verdad, me sorprendió que te enrollaras con esa tía después de la noticia que recibiste cuando llamaste a tu casa. Primero te pusiste hasta arriba de whisky y luego casi pegas a un tío por silbar a la morena que te ligaste. No te lo quería decir, pero no parabas de llamarla Ciara. Joder Dago, lo tuyo es de libro.

—Vale, cambiemos de tema.

No se acordaba de nada de eso y estaba comenzando a sentirse un auténtico gilipollas.

—Está bien, es que nunca te había visto así, estabas irreconocible. Tienes que pasar página, ¿no crees?

—Sí, bueno, la vida sigue —Dago hizo un gran esfuerzo porque esas palabras salieran con un tono indiferente.

—Dago, soy yo, ¿vale? Tío, no me vengas con esas. No has dejado de pensar en ella todo este tiempo y ahora…

—Pues ya es hora que me olvide —repuso en tono cortante.

—Vale, tú verás, si lo dices en serio me alegro por ti. Esto…, anoche no quise decírtelo porque me parecía demasiado. El caso es que…, el viernes cojo vuelo para Madrid y… precisamente he quedado con Ciara. Voy a aprovechar las vacaciones de Navidad para ir a verla a ella también.

Nacho había aprovechado la circunstancia del teléfono para soltarle aquello; era más sencillo decírselo así que en persona y eso le cabreó aún más. Dejó la taza en la encimera y se pasó la mano por la cara.

—Pues dale recuerdos —susurró colgando después.

Fue al baño y se metió en la ducha ignorando el teléfono que comenzaba a sonar de nuevo. Sus manos subieron por los azulejos y empujaron la pared como si quisiera derribarla. El chorro de agua aliviaba su tensión, pero no arrastraba los pensamientos que le torturaban y le hacían maldecir como tantas veces lo había hecho.

Hacía mucho tiempo que no veía a Ciara. Después de ese día en los acantilados ella no había querido hablar más con él. No sabía la razón, y eso le martirizaba más que el propio silencio.

La noche anterior había llamado a casa para saber cómo estaba su abuelo. Hacía unos días que estaba con gripe y quería saber si estaba mejor. Tras una conversación en la que Olalla le informó de todos los medicamentos que el doctor le había recetado y que no había tomado por tozudez, su abuela le dijo entre titubeos, que Ciara les había llamado esa misma tarde para comunicarles que se iba a vivir con el tal Marcos.

¡¿Cómo podía irse a vivir con un tío con el que salía desde hacía apenas cuatro meses?! Eso enloqueció a Dago. Hacía mucho tiempo que había perdido la esperanza de recuperarla, pero esa noticia era como la confirmación a su fracaso.

En ese momento, bajo la ducha, comenzó a recordar lo que había ocurrido tras esa llamada.

Nacho le acompañaba, pero solo hacía eso, acompañarle. Su

amigo no bebía como lo estaba haciendo él, que ya llevaba cuatro whiskies e iba a por el quinto. Al tercero y por efecto del alcohol, fue cuando le contó a Nacho la última novedad respecto a Ciara. Éste intentó disuadirle de seguir bebiendo, pero nada pudo hacer para contener el desengaño de Dago.

La morena que había aparecido esa mañana en su cama y sus amigas entraron en el pub cuando ya se había bebido el quinto, y los instintos de Nacho no se hicieron esperar. Las chicas se acercaron a la barra y Dago se fijó en la morena de los ojos azules. La chica pronto se percató de esa atención y solo tuvo que cruzar un par de miradas más con ella para que se le acercara y ya no se moviera de su lado. Quería olvidar a Ciara, hacer lo que ella hacía. A Ciara poco le habían importado sus sentimientos. Dago sabía que estaba con un tío, pero nunca pensó que se fueran a vivir juntos. Agarró a la morena y la besó sin ni siquiera haber cruzado con ella dos palabras.

Su siguiente recuerdo fue cuando ya estaban en el apartamento. Le hizo el amor con furia, viendo solo el rostro de la mujer que le había traicionado.

Ignoró los reclamos de más caricias de la otra persona que se envolvía en sus brazos, y confirmando su egoísmo mezclado con un terrible dolor que le oprimía el cerebro, se derramó en esa desconocida esperando con una presión en el pecho que el sueño le atrapara.

Dago cerró el grifo con fuerza. Se enrolló una toalla a las caderas y salió del plato de ducha maldiciendo en silencio.

Estaba cansado y tenía que entrar a trabajar en pocas horas. Ese día no tenía que impartir clases de escalada, pero no podía faltar al empleo de camarero que desempeñaba por las tardes.

Fue al pequeño salón y se sentó en el viejo sofá lleno de ropa desparramada. Presionó sus sienes y cerró los ojos. Tenía que olvidarla de una vez. Ya había pasado demasiado tiempo. Ella había rehecho su vida y él no formaba parte de ella. Se levantó del sofá con rabia, dispuesto a hacer lo que se había propuesto. Fue a su habitación a vestirse y la claridad del cuarto se oscureció momentáneamente como si alguien hubiese pasado frente a la ventana. Dago se dio la vuelta con rapidez y miró a su alrededor. Allí no había nadie. Era ridículo pensar que pudiera haberlo; el apartamento era un cuchitril de treinta metros cuadrados en el que hasta un ratón no hubiese pasado desapercibido. La impresión persistió hasta que salió de allí. Tenía la misma sensación que ese maldito día en Herbeira. Ese maldito día en el que sus sospechas

fueron acertadas. Pero ahora estaba muy lejos de Galicia y, no había vuelto a ver a ese hombre.

Un hombre, que no había podido olvidar.

GALICIA

Otoño de 2013

Mi abuela tenía un don, eso lo sabíamos todos, pero ese día yo estaba tan ciega con lo que pasó con Dago, que no supe descifrar sus palabras. ¿Cómo había podido pasar por alto algo tan importante y a la vez, tan evidente?

Sí, se estaba despidiendo de mí, ahora lo sabía. ¿Quizá por eso había insistido tanto que asistiera al Samhain? Ella sabía que pronto moriría. La noche de los espíritus su vaticinio fue confirmado y, cuatro meses después nos dejaba para siempre. ¡Dios mío!, me sentía tan mal por no haberlo visto entonces…

Mar ya había salido hacia Madrid y ahora yo estaba en mi habitación hecha un ovillo, con un nudo en el pecho que me hacía encoger.

Todo parecía complicarse por momentos. Primero el encuentro con Dago la noche anterior y ahora eso.

De pronto recordé algo y me levanté de la cama. La carta, la carta que mi abuela me encomendó dar a mi madre. Ahora suponía que esa carta era un mensaje de despedida igualmente. Yo no la había leído, pero presentía que las palabras que contenían eran más importantes que una simple despedida. ¡¿Pero por qué mi madre no me dijo nada si así era?!

Miré el reloj. Eran las cinco de la tarde y en Sao Paolo tenían cinco horas menos, de modo que cogí el móvil y marqué el número de teléfono de mi madre.

Al tercer tono contestó.

—¡Hija!, ¿cómo estás, cariño?

—Hola mamá, bien. ¿Y vosotros?

—Muy bien, cielo. Ahora en la playa. Hoy no teníamos

compromiso con ningún cliente y nos hemos tomado el día libre. Esto es maravilloso. ¿Qué tal en San Andrés? He visto en las noticias que está muy despejado.

—Mamá, tengo que preguntarte algo muy importante —dije evadiendo hablar del tiempo.

—Oh, dime cariño.

—¿Te acuerdas de la carta que la abuela me dijo que te diera? —El teléfono se quedó mudo unos instantes y creí que se había cortado la comunicación— ¿Mamá?

—Sí, estoy aquí.

—¿La tienes todavía?, ¿tienes esa carta?

Noté cómo titubeaba.

—No, bueno es decir. No la tengo en mi poder.

—Pero mamá —bufé—, ¿dónde puede estar?, ¡¿no la habrás perdido?!

—Nunca sería tan descuidada con algo tan importante, fue lo último que me dejó tu abuela —repuso dolida.

—Lo siento. No quería decir eso —me disculpé.

—Ciara. —Dejó pasar unos segundos antes de hablar—. ¿Todo está bien por allí?

—Sí, claro —contesté con impaciencia —¿Me puedes decir que te decía la abuela en su carta?

Mi madre volvió a callar unos segundos.

—Tú misma la puedes leer.

—¿La carta está aquí? —Otro silencio—. Por favor, si la carta está aquí, dime dónde está. Necesito saber qué es lo que pone.

—¿Qué ha pasado para que quieras leer esa carta, Ciara? —El tono de mi madre parecía tranquilo, pero a mí no me engañaba.

—Mamá, cuando la abuela me dijo lo de la carta, fue cuando estuve aquí en la celebración del Samhain. Me la entregó la última noche, cuatro meses antes de que muriera. —Le conté a mi madre todo lo que me dijo mi abuela esa noche y, por qué entonces no le di la importancia que le estaba dando ahora—. Mamá, creo que la abuela se estaba despidiendo de mí, eso es lo que creo, que pronto moriría.

Oí cómo mi madre emitía un largo suspiro y sujeté el teléfono con fuerza. Quizá no debía haberle dicho eso. ¿Y si me había equivocado al suponer que la carta era también de despedida? Mi madre disipó enseguida mi efímero remordimiento.

—Así es, cariño. Tu abuela sabía que ese día, sería el último que te vería.

Me senté en la cama y cerré los ojos.

—Ciara, ¿estás ahí?

—¿Tú sabías que la abuela iba a morir?, ¿lo sabías y no viniste antes de que muriera?, ¡no lo puedo creer, mamá!

—No es tan sencillo, Ciara, por favor no me juzgues cariño. Es más complicado de lo que crees. Yo…, yo no supe que moriría hasta que pasó.

—¡Pero has dicho que sí!

—No abrí la carta hasta el funeral. —Noté cómo a mi madre se le quebraba la voz y me arrepentí de haber sido tan dura con ella —. Su deseo fue ese. La carta está en el desván. En el arcón, metido en uno de los álbumes.

Ahora fui yo la que tardó en contestar.

—¿En el arcón del desván? —pregunté al fin.

¡El sobre que encontramos y que dejé allí sin darle importancia!

—Así es, cariño. Tu abuela me pidió que guardara la carta allí una vez la hubiese leído.

—Mamá, mañana hablamos. —En ese momento lo único que quería hacer era subir allí cuanto antes y leerla.

—Ciara, espera —pidió mi madre—. No olvides lo que te pedí cuando nos dijiste que ibas a trasladarte a vivir a San Andrés.

Fruncí el ceño intentando recordar. De pronto lo hice.

—De acuerdo mamá— dije con impaciencia deseando colgar—, no invitaré a casa a nadie que no conozca en profundidad.

***

Sin ponerme las zapatillas, corrí escaleras arriba y casi me abalancé encima de mueble. Allí estaba, tal y cómo la dejé.

La miré unos segundos antes de atreverme a cogerla. No entendía por qué mi abuela le había pedido a mi madre que dejara aquella carta allí, pero en ese momento eso me traía sin cuidado y me lancé a leerla sin ningún remordimiento aunque no fuera dirigida a mí.

Abrí el sobre despacio, sujetando la ansiedad que rezumaba y, me sorprendí cuando dentro encontré otro sobre más pequeño en el que se podía leer en perfecto gaélico con la letra clara e inconfundible de mi abuela:

‘Querida Erin, no abras esta carta hasta mediados de marzo del año próximo. Sabrás el día exacto que tienes que hacerlo.’

Mi madre no había mentido. Era deseo de mi abuela el que no

leyera aquella carta en el momento de recibirla. Las manos comenzaron a temblarme y apreté el papel contra mi pecho. '… *mediados de marzo'*. Mi abuela había fallecido en esa fecha. Mi respiración se aceleró y no pude desplegar el papel hasta que me sosegué un poco.

Antes de comenzar a leer, respiré varias veces y me senté en el suelo frente al arcón.

Mi querida Erin, sé que estás cansada, que por la búsqueda, has renunciado a muchas cosas. El amor que te profeso y el que te profesaba tu padre, es infinito y sé, que el tuyo por nosotros también lo es. Lo has demostrado día a día desde que te marchaste. Por nosotros y por tu hija que te ama y que yo amo, como a ti. No será fácil explicarle el motivo de tu ausencia continuada, del alejamiento que ella siempre ha visto hacia mí, pero llegará el día en que lo tengas que hacer, y será entonces cuando lo entenderá.

Me alegra saber que junto a Ángel, tu marido, has encontrado el compañero de viaje idóneo para ese menester. No debes decaer, hija. Debes encontrar lo que tanto hemos buscado durante todos estos años, lo que tu padre defendió con mesura y no pudo retener. Ese legado nos pertenece, y me duele en el alma que tal misión la hayas tomado tú, dando por fruto enormes ausencias que causan quitarme tiempo para estar contigo. Pero es algo que no podemos cambiar y debe ser así. Debe ser así para que todo lo que se nos ha mostrado, generación tras generación se cumpla, pero no puedo dejar de repetirme una y otra vez que me pesa enormemente que a ti, te haya tocado la parte más difícil. Ese peso tenía que haber recaído en mí.

Cuando leas estas palabras, ya habré partido, pero recuerda que los espíritus de tu padres siempre estarán contigo y te acompañaremos con más fuerza en los días de fatiga y decaimiento.

Erin, Ciara no debe saber de tu búsqueda hasta que sea el tiempo, y ese tiempo se acerca, lo he visto durante la celebración del Samhain, lo sabrás por las diversas señales que se mostraran. Tranquila, las verás cuando ocurran.

Es primordial, que cuando hayas leído esta carta, la guardes. Quiero que lo hagas en el arcón que tu abuela Alana trajo de Irlanda.

No debes olvidar, lo importante que has sido para mí, hija mía, para nosotros, la mejor hija del mundo y con tu sacrificio, la mejor madre.

Te querremos siempre, Erin, siempre.

Estaba atónita, emocionada, perpleja, no encontraba el adjetivo para definir con exactitud cómo me encontraba. Un cúmulo de

sentimientos demasiado intensos para sentirlos a la vez. ¿Qué búsqueda? ¿Qué sacrificio?

No sabía cómo interpretar esas palabras. Toda mi vida había creído que era voluntad de mi madre el no querer ir a Galicia, pero las palabras que mi abuela había plasmado en aquella carta parecían decir lo contrario. En esas letras se vislumbraba la obligación a una búsqueda que la apartaba de ella, pero ¿qué búsqueda?, volví a repetirme. Y, ¿por qué? Tenía que hablar con mi madre de aquello y no podía esperar ni un minuto más.

Marqué el número de teléfono al tiempo que mis pies bailaban en un incesante taconeo que delataba mi nerviosismo. ¡Dios mío! ¡¿Qué es lo que había sacrificado?!

Al séptimo tono colgué y volví a marcar. Nada. Un tanto exasperada, bajé con la carta en la mano y di vueltas por el salón hasta que me cansé y me senté.

Nada tenía sentido, pero si de algo estaba segura, era de que todo lo que estaba sucediendo, incluido el descubrimiento por mi parte de esa habitación secreta, estaba minuciosamente organizado. Que nada sucedía porque sí, y una vez más me pregunté, el por qué de tanto misterio.

ÉRIU

(Irlanda) 307 A.C

La luna comenzaba a iluminar la tierra húmeda.

Timandro se encontraba cansado y herido. La espada de uno de los soldados que había reclutado en aquella isla infesta y que luego se había vuelto contra él, había pasado muy cerca de su cuello y la herida parecía recordarle a cada momento lo que había pasado horas antes en la profundidad del bosque.

Una muchacha menuda y temblorosa entró en su tienda para hacerle las curas y Timandro le ordenó a gritos que se fuera de allí.

Vertió vino en su copa derramando parte del líquido que cayó encima de la alfombra que cubría el suelo y, lo acercó a sus labios agrietados sin dejar de pensar en aquel extraño anciano.

Sus pensamientos pasaron irremediablemente a lo que había ido a buscar a aquella tierra. Lo había poseído tan solo tres días. ¡Tres malditos días! Recordó a la muchacha que le había engañado. Sus cabellos dorados, sus ojos del mismo color que el mar que abrazaba aquella isla…

Timandro maldijo y achicó los ojos ante aquel recuerdo.

Tras esa noche, tras la noche en que esas manos blancas consiguieran lo que ninguna mujer había conseguido jamás, cayó en un profundo sueño. Cuando despertó y vio lo que esa joven se había llevado consigo, comprendió que lo había hechizado. Entonces se preguntó, si verdaderamente no era hija de un dios.

Aquel anciano del bosque vestido con aquella túnica extraña, le había gritado que nunca conseguiría lo que buscaba a menos que fuera invitado al lugar donde el tesoro estuviese. Tenía que haberle matado en ese instante, pero él mismo había comprobado que el deseo de lanzarse sobre el viejo había sido inútil. Una fuerza oculta

se lo había impedido…, él…, él sabía su nombre, el nombre de su padre… y aquella postura extraña acompañada de esas palabras habían hecho tambalear el coraje que durante años había forjado y que había mostrado en mil batallas.

Timandro apuró ferozmente el vino que quedaba en su copa y se volvió hacia la entrada de la tienda.

—¡Soldados! —gritó— ¡Soldados!

Inmediatamente aparecieron dos guardias que se pusieron firmes ante él.

—Llamad a mi hijo. ¡Ahora!

Kay, el hijo de Timandro de apenas dieciséis años, entró en la tienda de su padre minutos después.

—¿Te encuentras peor? —preguntó.

Timandro limpió el sudor de su frente y le pidió que volviera a llenar su copa. Tras haber bebido, ordenó a Kay que le escuchase con atención.

—Quiero que hagas algo.

—Lo que órdenes.

—Introdúcete en la profundidad del bosque. Allí se halla lo que esa mujerzuela me arrebató anoche. Quiero que lo traigas de vuelta, llévate a cincuenta hombres, los más diestros.

—Como ordenes, padre —Kay observó unos segundos la herida supurante que adornaba el hombro de su progenitor y, se dio la vuelta para salir de la tienda.

—Kay.

Éste no se volvió y esperó a que su padre hablara.

—No vuelvas sin lo que vas a buscar.

***

Un silbido traspasó el oído del hijo de Timandro.

Los hombres que había escogido sin mucho interés seguían esperando órdenes. Él estaba obedeciendo las de su padre, pero en los últimos meses todo lo que ordenaba se le antojaba una locura. Kay tenía sus propios planes, no podía evitar pensar que al que era su líder, además de su progenitor, le estaba envolviendo la demencia.

En cuanto a él mismo, sabía que su juventud no ayudaba a que los guerreros le respetasen, pero eso iba a cambiar, lo intuía. Las últimas batallas así lo habían mostrado; él era el que más hombres había matado, incluso más que su padre, que era el más

sanguinario.

El silbido volvió a introducirse en su cabeza y se tapó los oídos con ansiedad.

Los soldados se pararon extrañados por lo que hacía, y éste, solo bajó las manos cuando el silbido cesó. Sintiéndose observado, miró a sus hombres e irguiéndose, les ordenó que avanzaran.

Habían estado caminando buena parte de la noche y por fin, ante ellos, a unos cincuenta pasos, divisaron una única choza que se confundía entre los árboles.

—Dispersaos y rodead la cabaña.

Kay observó cómo se cumplía su orden y tras unos minutos en los que no quitó ojo a la choza, avanzó lentamente hacia ella, pero antes de que pudiera alcanzar el casi imperceptible muro que la cercaba, la puerta se abrió y de allí salió un enjuto anciano.

Éste miró a Kay sin vacilar y después desvió la mirada a los árboles que tenía a su alrededor, en los cuales los soldados, permanecían agazapados esperando la señal inequívoca de atacar.

—Anciano, si no quieres que tu vida acabe en este instante, dame lo que he venido a buscar. Si no te opones a mi petición, podrás ver de nuevo el sol dentro de unas horas —mintió Kay.

—No has sido invitado a mi hogar —le respondió el druida con tranquilidad.

Kay se sorprendió ante esa respuesta e intentó ver si había alguien más dentro de la casa, pero solo apreció oscuridad.

—Veo en ti la misma maldad que destila tu padre. Él fue advertido ayer, pero su necedad será castigada. Él lo ha querido así. ¡Sobre él caerá el *Glam Dicinn*[3], y enviando a su hijo, no ha hecho más que acrecentar la maldición!

El anciano adquirió una extraña postura y comenzó a gritar palabras en una lengua que no entendieron. Los soldados y el propio Kay se encogieron con pavor. Antes de que el miedo supliera al poco valor que le quedaba, ordenó con un leve movimiento de cabeza el mandato que los soldados esperaban entre los arbustos.

Éstos no se movieron hasta que el anciano no acabó su extraño discurso y adquirió una postura relajada. Algunos se abalanzaron hacia la casa, y otros se situaron detrás de Kay quien se acercó al druida que no movió ni un solo músculo de su cuerpo.

Kay agarró la túnica del hombre y le ordenó que le dijese dónde estaba lo que había ido a buscar. Mientras el anciano, le miraba impasible.

—Estáis condenados. Te has condenado a ti mismo.

—¡Habla!, ¡¿dónde está?!

—Aquí mismo macedonio, ¿no lo ves? —preguntó señalando al suelo.

Kay siguió la mirada del druida pero sus ojos no hallaron nada.

—Está ahí, pero no puedes verlo. Tú y los tuyos no lo podréis hacer vuestro. Te repito que no habéis sido invitados a mi hogar.

Esas palabras enfurecieron al hijo de Timandro. Empujó con fuerza al anciano y éste cayó al suelo provocando las risas de algunos de los soldados. Kay le miró desde su posición y tras hacer callar a sus hombres le dijo:

—¿Tan poco valoras tu vida?

—La vida no es solo lo que tú crees, muchacho. Vosotros no lo entenderíais nunca. El sacrificio no es más que un acto, un acto que no hay que temer. Los escritos pertenecen a esta tierra y vuestras sucias manos no merecen tocarlo.

El hombre acabó de pronunciar esas palabras y se incorporó con intención de levantarse, pero Kay sacó su espada del cinturón y puso el acero en la garganta del anciano.

—En la choza no hay nada, señor —declaró en ese momento un soldado que salía del hogar del druida.

Kay apretó los puños y se volvió a dirigir al hombre que amenazaba con su arma.

—¡Dime dónde está!

El anciano levantó la cabeza con orgullo y sus pupilas brillaron dejándolas fijas en los ojos del que iba a ser su ejecutor. Su rostro compuso un gesto de tranquilidad que perturbó al hijo de Timandro a tal punto, que éste levantó su espada y la descargó sobre el anciano separándole la cabeza del cuerpo.

Kay agarró los cabellos blancos y vio con desasosiego que el druida le miraba con el mismo gesto impertérrito que había tenido segundos antes de morir.

Confundido por la inquietud que estaba comenzando a sentir, Kay retiró la mirada de aquella imagen, al tiempo que tiraba la cabeza cerciorada al suelo.

—Metedla en un saco, nos la llevamos. Se la llevaré a mi padre — susurró dándose la vuelta, rumbo al campamento.

***

El siseo de la gruesa cortina de la tienda acabó de despertar a Timandro que había pasado la noche y parte del día entre pesadillas y delirios a causa de la fiebre.

Kay observó a su padre. La piel cetrina y enfermiza de su rostro estaba cubierta de sudor y, el deseo irrefrenable de que la muerte acudiera a buscarle le sobrevino con fuerza, con mucha más fuerza que las otras veces que lo había deseado.

Timandro miró a su hijo todavía envuelto en la bruma de la semiinconsciencia. Emitió un gruñido y Kay lo tomó como una invitación a hablar.

—Padre, no traigo lo que deseas —dijo, no sin cierto temor.

Timandro siguió mirando a esa figura que tenía ante él, preguntándose si lo que había oído no era sino otra de sus pesadillas.

—Padre, ¿me escuchas?

Timandro parpadeó varias veces y se llevó la mano al hombro herido.

No, no era una pesadilla. Ese inútil había fracasado.

Kay no fue a ayudar a su padre mientras éste se levantaba pesadamente de su lecho. Solo cuando Timandro logró llegar hasta él, los músculos de su cuerpo reaccionaron y dio un paso hacia atrás.

—¿Es de día? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que marchaste?

—Anduvimos toda la noche hasta encontrar el lugar, la vuelta ha sido aún más pesada. El sol se está poniendo.

Timandro analizó esas palabras, confundido con el paso de las horas.

—Si no has traído lo que busco, ¿qué haces aquí? —le preguntó en un colérico susurro al tiempo que le clavaba su mirada pétrea— ¡¿Por qué no estás buscándolo?! —gritó expulsando babas.

—Padre, encontramos al anciano, encontramos su cabaña y tras registrarla, no hallamos nada —contestó intentando controlar el temblor en su voz. —Timandro le miró incrédulo—. Dijo…, dijo muchas cosas extrañas…— añadió el muchacho en un susurro.

—¿Qué estás murmurando?

—Padre, ese druida dijo que lo que buscábamos estaba allí mismo, pero que no podríamos verlo porque no estábamos invitados a su hogar.

Timandro recordó que el viejo había dicho esas mismas palabras la noche anterior.

—El anciano, ¿dónde está?

Cuando Kay oyó esa pregunta comprendió el grave error que había cometido al matar al viejo. Tenía que haberle traído consigo, con vida.

—Me atacó y tuve que matarle —mintió.

Su padre achicó los ojos y acercándose más a él, le golpeó. El puñetazo partió uno de los labios de su hijo.

—Eres un inútil —le espetó.

Kay apretó los puños.

—Hice lo que debía hacer— replicó con ira, limpiándose la sangre.

Timandro volvió a acercarse a él pero Kay no retrocedió esta vez.

—¿Osas discutir conmigo? —le preguntó desparramando sobre su cara un fétido aliento—. No me desafíes muchacho. Hasta que mi corazón deje de latir me obedecerás, de lo contrario, te arrancaré la lengua y se la daré a los puercos.

—El, el viejo te insultó y…, después se abalanzó sobre mí. Tuve que matarle.

Timandro le miró con desprecio, evaluándole, escrutándole.

—Dudo de tus palabras. ¡Incluso dudo de que fueras a buscarlo! Quizá temiste enfrentarte a él.

Kay se irguió. No soportaba que su padre expusiera su desconfianza en él, que dudara de su valor. Tendría que dar credibilidad a todos sus actos.

—Te traigo algo —repuso alzando su mano—. La prueba de que he obedecido tus órdenes.

—Mis órdenes no han sido cumplidas pues no traes lo que deseo, de modo que poco me interesará lo que puedas ofrecerme en ese saco —contestó con acritud.

Kay dejó el telar en el suelo y lo abrió para que su padre comprobara lo que para él, era una demostración fehaciente de que había cumplido.

Timandro miró impasible la cabeza cercenada.

—¿Esta es tu hazaña? ¡Cuando vas a aprender que no solo tienes que entrenar tus músculos sino también tu estrategia! Sin estrategia no llegarás a nada. No eres digno de sucederme y mucho menos, de tocar siquiera lo que he venido a buscar a esta isla indómita.

Kay miró a su padre con un odio desmesurado. Quería matarle, degollarle hasta que se desangrara…

—Llévate esto de aquí —ordenó Timandro haciendo un ademán con la mano—. Necesito pensar.

El líder de los Kan Kral se dio la vuelta en busca de la jarra de vino para aliviar la sequedad de su garganta. De nada le servía el anciano muerto.

Agarró una copa con fuerza y recordó a Pól. Tampoco él tenía que haber matado a ese celta enjuto y tembloroso que había

encontrado nada más arribar en la isla y que antes, se había escurrido de sus manos allá en Babilonia... Pero antes de matarle, éste había sucumbido a las torturas y había confesado las maravillas que contenían esos extraños escritos y… lo que se podía conseguir con ellos si se unían convenientemente con los hallazgos de las tierras de Grecia.

En esos momentos en los que las palabras del viejo druida, cuya cabeza descansaba en medio de su tienda y, que habían hecho mella en su elaborado plan, se arrepintió más que nunca de haber dado muerte a Pól. Si le hubiese conservado con vida, podría haber seguido sacando información a ese infeliz, y averiguar, qué significaban exactamente las palabras del extraño anciano. Esas palabras que aludían a una invitación.

Kay, viendo a su líder tan pensativo, tan débil…., sopesó la posibilidad de dejar caer su espada en la nuca de ese indeseable. En ese momento Timandro se volvió hacia él y apretando la mandíbula, Kay no hizo lo que de verdad deseaba, sino que rodeó el saco que ahora descansaba en el suelo para obedecer la orden de su padre.

Aunque acostumbrado a la sangre y a las vísceras, sintió cómo la repugnancia se abría paso en su garganta y sus dedos titubearon al rozar la tela. Deseaba mirar hacia otro lado mientras agarraba aquel saco sanguinolento, pero su padre lo observaba, de modo que endureció su rostro y sus ojos se encontraron con los de la mirada muerta del druida. Cuando lo hicieron, el silbido insoportable que había oído en el bosque profundizó en sus oídos hiriéndole y enloqueciéndole.

Timandro le miró con extrañeza, viendo cómo su hijo con las manos en la cabeza se retorcía cayendo al suelo al lado de la del anciano.

De pronto, un griterío llegó desde el exterior de la tienda y Timandro, alertado por un nuevo ataque, ignoró los gritos de Kay y pasó por encima de él, saliendo al exterior.

Todos y cada uno de los soldados que habían acompañado a su hijo en la expedición de la noche anterior, clavaban sus rodillas en el suelo mientras que al igual que Kay, sus manos apretaban sus oídos.

Los demás guerreros los miraban con el terror reflejado en sus rostros.

Un grito espeluznante salió de la tienda de Timandro y la cortina se desgarró envolviendo el cuerpo de Kay que se había precipitado afuera.

Varios soldados fueron a ayudar a éste mientras que su padre miraba a su alrededor buscando al causante de tal locura.

Kay profirió un nuevo grito que fue seguido por otros más salidos de los labios de los soldados que estaban en su misma situación.

—¡Le sangran los ojos!, ¡su rostro, mirad su rostro! —exclamó un soldado que intentaba ayudar a Kay.

Timandro se volvió hacia su hijo y comprobó por sí mismo que lo que aquel soldado gritaba, era cierto. Entonces miró de nuevo a su alrededor y vio con horror cómo todos los soldados que habían acompañado a Kay tenían al igual que él, el rostro transformado en un amasijo de carne deforme y cubierto de la sangre que provenía de sus ojos desorbitados.

De pronto, recordó las palabras del anciano y tuvo la certeza de que lo que estaba viendo era el origen de una maldición.

Fuera de sí, quitó la espada del cinto a uno de los guardias que contemplaba la horrorosa y desconcertante situación y, yendo hacia su hijo, apagó sus gritos con un tajo en el cuello.

Los sorprendidos soldados no comprendían lo que estaba sucediendo y por sus mentes pasó la idea imperiosa de huir de allí. Algunos todavía recordaban la noche en la que su caudillo mató a muchos de los que le seguían y cómo posteriormente durmió con las cabezas decapitadas de los que asesinó.

Con la respiración agitada, Timandro hizo lo mismo que a su hijo a un soldado que gritaba a unos pasos de él.

—¡Matadlos!, ¡Matadlos a todos! —ordenó.

Los soldados tardaron en obedecer, pero finalmente acataron la orden temiendo que sobre ellos también cayera la espada de su líder.

Esa noche, todos los que acudieron al bosque en busca de lo que ansiaba Timandro perecieron antes de que las aves alzaran el vuelo hacia un nuevo día.

La cabeza del anciano druida fue tapada y quemada en una hoguera bajo la mirada del macedonio, que impertérrito por la muerte de su único hijo, solo pensaba en cómo iba a recuperar lo que tanto deseaba.

Notas

3 ‘*Una de las más terribles maldiciones druidas.*’

IRLANDA

Finales de primavera de 1185

El Señor de Irlanda ordenó matar a los soldados que habían sido responsables de dejar el cuerpo del muchacho en el bosque.

Su deseo era que le hubiesen llevado ante él y así, desmembrarlo ante los ojos de sus súbditos para que supieran que nadie jugaba con el príncipe Juan. Pero ahora era tarde. Esos inútiles le habían matado a golpes y lo habían abandonado en el bosque. El cadáver seguía sin aparecer, las bestias se habrían encargado pero..., ¿dónde estaba el Códice? Aquel valioso manuscrito parecía haberse evaporado.

El hijo de Enrique II de Inglaterra dio un golpe furioso a la mesa y seguidamente su mano tocó su abdomen dolorido. La copiosa cena del día anterior había ocasionado que pasara mala noche y esa mañana estaba de muy mal humor.

—¿Os ocurre algo? —preguntó Giraldus Cambrensis, el capellán real que el rey había enviado para que acompañara a su hijo a Irlanda.

Juan le miró unos segundos y resopló con furia.

—Estoy harto de esta maldita isla.

El clérigo, que vestía una rica túnica talar, juntó las manos y las frotó para después ajustarse la capa que se posaba sobre sus hombros. Su cabeza, con amplia tonsura, ponía de manifiesto las gotitas de sudor que traspiraba la piel de su coronilla.

—No debéis impacientaros, sabemos que este lugar está plagado de bárbaros —dijo pasándose la mano por la cabeza y arrastrando con ella la exudación—, las raíces paganas de Irlanda les hacen ser como animales que necesitan un pastor. No podemos dejar que vuelvan a sus costumbres, tenemos que inculcarles la fe en el

Altísimo, la fe verdadera. El Señor os ayudará a conseguir lo que habéis venido a buscar a este lugar. Vuestro padre estará orgulloso de vos. —Cambrensis mostró una sonrisa afable.

—¡Lo tenía! —rugió el príncipe.

—Lo recuperareis —convino el clérigo.

Un guardia entró en la cámara del trono donde se encontraban y, pidió permiso para dirigirse a él.

—Un monje solicita veros —anunció con voz temblorosa, sin duda, recordando la sangre y las vísceras de sus compañeros que durante días, habían manchado el suelo de las mazmorras del castillo.

Juan sabía de qué monje se trataba, e intentando calmar su ansiedad, ordenó al soldado que le hiciera pasar.

No pasó mucho tiempo hasta que un hombre enjuto y de aspecto desagradable apareciera por la puerta. Su cogulla descolorida se hinchaba de suciedad sobre un cuerpo lleno de mugre. En su piel, costras visibles y repugnantes, hicieron que el soldado que le acompañaba se mantuviera alejado, temeroso por lo que le pudiera contagiar.

El monje desplegó una sonrisa podrida y el príncipe agarró los brazos del trono al observar que traía las manos vacías. Deseó restregar la cara de aquel hombre por el suelo hasta borrarle ese gesto burlón que dibujaba permanentemente en su sucio rostro.

El cenobita hizo una exagerada reverencia y se acercó a Giraldus para mostrarle sus respetos. Rápidamente, éste le hizo un gesto con la mano desdeñando su intención y fue a la tarima junto al soberano.

El hedor del monje, aun estando a varios pasos, llegó hasta ellos con nitidez y un reguero de saliva agria se deslizó por sus gargantas.

—Brannagh… —El príncipe clavó su mirada en los ojillos del infeliz, haciendo que se encogiera—. Han pasado dos largos meses desde que ese malnacido entró en mis aposentos y no he sabido nada del tesoro que una vez me proporcionaste y que ordené que me trajeras de nuevo.

—Alteza…, he buscado por toda la isla y me ha sido imposible encontrar el manuscrito. Mis medios son escasos, apenas tengo para comer, mucho menos para comprar algunas lenguas, quizá si vos tuvieseis la gentileza de ayudarme… —El monje miró al soberano con los ojos centelleantes.

—Carecéis de la humildad de un cenobita —le recriminó Giraldus con frialdad.

Brannagh, le miró con fingida devoción.

—No me mueve más que la intención de agradar a mi señor, excelencia. A él y a Dios.

—Eres osado. —De repente, Juan soltó una carcajada que provocó a Brannagh un temor visible—. ¿¡Te atreves a pedirme ayuda después de tu fracaso!? ¡Guardias!

El monje se apresuró a hablar antes de que fuera demasiado tarde.

—En las tabernas se comentan cosas sobre unos hombres… Creo que ellos me podrían ayudar, pero no son fáciles de tratar, necesitaré monedas y algo más para convencerles de que me ayuden. ¡Os aseguro que lo harán!, ¡lo harán!

Varios soldados entraron en la cámara y rodearon al monje que los miró, temeroso.

—Esperad —les ordenó el príncipe— Sigue hablando, pero más vale que lo que digas sea de mi agrado, porque si no lo es, te aseguro que antes de que se ponga el sol, todos contemplarán tu cabeza clavada en una pica.

***

Aidan paró en la aldea de Mhothair. Hacía rato que ya se había introducido en el condado de Clare, y aunque el lugar indicado no estaba lejos de allí, la noche caería pronto y decidió buscar aposento.

Las casas tenían los postigos de las ventanas cerrados, como si temieran lo pudiera haber fuera. Dejando atrás sus propios recelos, se dirigió a la única taberna que había en el pueblo para conseguir cobijo.

—Podéis dormir en el establo por algunas monedas, la hospedería está cerrada —le dijo el tabernero mirándolo con desconfianza.

—Gracias, allí estaré bien —le dijo el muchacho al tiempo que bebía del vino caliente que le habían servido.

Algunas prostitutas se fijaron en el apuesto extranjero que había entrado en la taberna y desearon que fueran sus manos las que sujetaran sus carnes en vez de las de los babosos desdentados que las acosaban todas las noches.

Aidan, ajeno a esos pensamientos, trazaba en su mente una y otra vez los pasos que le había enseñado Éamon y que había memorizado. Necesitaría la luz del día para encontrar ese sitio. El

viejo druida le había advertido que no sería fácil. El lugar estaba oculto y debía aprenderse y seguir paso a paso las instrucciones porque si no lo hacía, su vida correría un gran peligro.

Llenó su estómago con un pésimo estofado de ciervo, pagó al tabernero y se dirigió con su montura al establo. Después de llevar a abrevar al caballo, observó el lugar que iba a ser su cobijo esa noche e intentó ignorar el terrible hedor pensando en una única cosa. Una vez cumplida su misión en los acantilados, cabalgaría hacia Dyflin para averiguar quién era el monje que había traicionado a los hermanos.

Sabía que era arriesgado, y ahora, tenía poderosas razones para regresar a Gaillimh. Bríd, su hermana y sus sobrinos le esperaban, pero tenía que acabar la misión y para él no acabaría del todo hasta hacer pagar a quienes habían matado cruelmente a Mateo. No podía dejar de recordar sus ojos en los últimos momentos y eso hacía que algo dentro de él se desgarrara.

Éamon había mostrado su preocupación y en el tiempo que había convivido con los druidas, mil veces le había aconsejado que la venganza no llevaba a ninguna parte, pero Aidan tenía que honrar a sus hermanos, y aunque había sido criado entre hombres de Dios, por sus venas corría la sangre celta de su padre, la guerrera sangre irlandesa de sus ancestros que le empujaba a hacer justicia.

El muchacho se removió en su improvisado lecho, y agotado y pese al frío, se dejó arrastrar por el sueño.

***

—¡Bríd! ¡Caitlín! —Aidan despertó sudoroso e inquieto.

En su pesadilla, Bríd, Caitlín y los niños sufrían en las manos de hombres sin rostro. Su cabaña de mimbre y barda ardía mientras ellos eran conducidos hacía un círculo donde cuerpos con túnicas ensangrentadas yacían inertes.

Se incorporó y sacudió de sus ropas el forraje que pendía de ellas deseando poder hacerlo también con las imágenes del sueño que parecían haberse insertado en su memoria.

Todavía era de noche y el silencio que reinaba lejos de tranquilizarle, le devolvió el desasosiego que luchaba por marcharse. Se tumbó de nuevo para seguir durmiendo, pero solo consiguió atraer de nuevo las imágenes de ese horrible sueño.

GALICIA

Principios de verano de 2001

Áine se asomó por el hueco de la escalera y llamó a su nieta y a Dago que llevaban toda la tarde en el desván.

—¡Chicos!, bajad a cenar ya.

—Vamos Dago.

—Espera, todavía no he terminado.

El muchacho de catorce años, observaba la foto de la caja del puzzle de mil piezas con una mezcla de desesperación e impaciencia.

—Vamos, siempre haces lo mismo. ¡Cómo te gusta hacerte rogar! —insistió Ciara un tanto mordaz.

—Déjame en paz, niñata. Bajaré cuando quiera.

—Haz lo que te dé la gana, idiota. —Ciara le hizo burla sin que él lo viese y colocó unos mechones sueltos dentro de su larga trenza caoba.

—¡Bien, acabo de localizar cuatro piezas juntas! —Dago emitió un rudo grito de satisfacción y se apresuró a acoplarlas— . Solo me falta la pieza de la espada del guerrero principal para acabar la parte central.

La muchacha se dirigió a la puerta del desván pensando que todos los chicos eran imbéciles y en especial Dago.

—Espero que no la encuentres —dijo para luego desaparecer escaleras abajo.

Dago la ignoró, presionó de nuevo las piezas localizadas y continuó buscando la pieza que había mencionado.

Los pasos de Ciara se perdieron por la escalera y él suspiró bajito concentrado en el puzzle. No había pasado ni un minuto cuando una pieza apartada de las demás llamó su atención. Se levantó a por

ella y la recogió.

—Estabas aquí… —le dijo a la espada que ahora tenía entre sus dedos.

El niño observó en silencio su hallazgo durante un rato. Se dio la vuelta y salió del desván. Bajó con lentitud deteniéndose un momento a la altura del vitral y siguió bajando escalones hasta situarse al pie de la escalera.

Áine y Ciara estaban en la cocina. Podía escucharlas. Dago giró a la izquierda dejando las voces atrás y se dirigió a la única puerta cerrada de esa planta.

—¡Dago, vamos baja que se enfría! —refunfuñó Áine desde la cocina.

El muchacho no contestó y abrió la puerta de la biblioteca.

Miró a la mesa unos instantes y la rodeó. Sus manos, recias para un niño, acariciaron algunos libros del anaquel frontal. Dago se paró y apretó los párpados con fuerza. Su respiración comenzó a acelerarse y abrió los ojos, sobresaltado. Corrió hacia el recibidor y salió al porche delantero de la casa. Chocó con la balaustrada y se apoyó en ella unos instantes para recuperar el aliento.

—Dago, ¿dónde vas?, pasa a cenar, voy a tener que calentarte de nuevo la comida. —La voz de Áine surgió tras él.

—Debo irme —dijo el muchacho sin volverse.

—¿Qué?, pero hijo, si no has cenado —protestó Áine, pero Dago ya había echado a correr.

***

El sudor cubría su cuerpo demasiado fornido para su edad.

Cuando Dago subió a la habitación que tenía en casa de sus abuelos se sentó en la cama. El muchacho miró hacia la ventana y tras varios minutos emitió un largo suspiro y comenzó a ver lo que había tras los cristales.

No recordaba cómo había llegado allí, cómo había hecho el camino a su casa.

No podía acordarse de nada, tampoco de lo que pasó después de que Ciara bajara a la cocina.

Se levantó y fue al escritorio. Se sentó en la silla giratoria que le había comprado su abuelo la semana anterior y, fue cuando se dio cuenta de lo que había encima de la cama. Fue de nuevo allí, despacio.

Un libro con viejas tapas de cuero, descansaba sobre el colchón. Dago lo alzó y leyó el título. ‘Iúl’. Era gaélico. Traducido quería

decir, ‘Conocimiento’ o ‘Sabiduría’.

El muchacho volvió a mirar por la ventana. Comenzaba a llover. Dago se volvió a preguntar cómo había llegado hasta allí.

GALICIA

Otoño de 2013

El golpe rabioso que dio al salpicadero sacudió todo el coche.

Hacía días que los chicos no habían dicho nada respecto a quedar de nuevo con Ciara, y él, no podía hacerlo. Era demasiado arriesgado. Eso crearía preguntas innecesarias de difícil respuesta.

El miembro de los Kan Kral, mesó su pelo con inquietud.

Había seguido a Ciara los días anteriores. Salidas sin importancia. La veía hacer deporte y volver a casa donde se encerraba. Tenía que conseguir ser invitado a aquel caserón y no sabía cómo. Ciara era muy reservada, todos en su familia lo eran. Tenían un poderoso motivo para serlo.

Luego estaba Kael, ese viejo que estaba pendiente de todo. Había acudido al caserón sin faltar un solo día. Debía tener cuidado con él. Esos malditos druidas cuidaban celosamente lo que guardaban en esa casa, siempre lo habían hecho liderados por la abuela de Ciara, Áine, esa vieja que había muerto hacía tres años.

El miembro de los Kan Kral sacó de su bolsillo una foto de Ciara y pasó su dedo por encima. Imaginó a Ciara resistiéndose y notó cómo la erección apretaba contra la tela de su pantalón. Cogió aire y lo soltó suavemente mirando los ojos azules de la chica.

Volvió a pasar el dedo por la foto y clavando su mirada en la imagen dijo:

—Pronto tendré en mis manos el tesoro, y cuando sea mío, tú y yo, tendremos una entretenida conversación.

***

Los días que precedieron al que leí la carta fueron confusos. Había intentado ponerme en contacto de nuevo con mi madre, pero había sido totalmente imposible. La comunicación se cortaba a cada instante y llegué a odiar el teléfono. No solo quería hablar con ella de esa carta, sino de la habitación secreta que había dentro de la biblioteca, circunstancia que desaproveché cuando la llamé en referencia a lo que me preocupaba de mi abuela.

El Samhain comenzaba al día siguiente y Kael y Olalla estaban muy ilusionados de que ese año estuviera presente. Como siempre, se iba a realizar en mi casa. La tierra de la finca estaba rebosante de energía, dada a llamar a los espíritus y dispuesta a dar su fruto como lo había hecho siempre desde que mi familia encontrara aquel lugar.

Luego estaba Dago. Había logrado no preguntar por él, pero había sido en vano. Sin que nadie lo preguntara, Olalla me había explicado con pelos y señales dónde había ido su nieto. Por lo visto, había tenido que marcharse de nuevo a Irlanda a dejar cerrados unos asuntos. La noticia de la ausencia de Dago primero me causó alivio; realmente no me sentía preparada para enfrentarme de nuevo a él, pero según fueron pasando los días, comencé a sentir otro sentimiento que alteraba mi estado de ánimo y a preguntarme demasiado a menudo, qué asuntos serían esos que le llevaban a estar tantos días fuera.

Inconscientemente miré el móvil para comprobar mis mensajes. Tenía varios, todos relacionados con el trabajo. En ese instante entró otro y me apresuré a abrirlo. Era Mar, me anunciaba que esa noche me llamaría y que estaba emocionada con volver a Galicia y volver a ver a Lolo.

Momentos antes de que partiera hacia Madrid, me había comentado que habían quedado para verse el fin de semana que nosotros acabábamos la celebración irlandesa. De modo que si mi amigo gallego no la absorbía demasiado, yo también la vería.

Después de dar a mi gato de desayunar, salí a que me diera el aire. Necesitaba desconectar. Llevaba varios días que ni siquiera había podido escribir. Tanto lo de Dago, como la carta de mi abuela, ocupaban todos mis pensamientos y era imposible que algo coherente surgiera de mi cabeza.

Cuando me quise dar cuenta, tenía frente a mí la Garita de Herbeira y sus acantilados detrás.

No pretendía volver allí, pero mi traidor subconsciente me había llevado a ese lugar.

Me bajé del coche y el viento sacudió mi cabello mientras

miraba hacia los molinos eólicos, que blancos e imponentes, salpicaban los verdes valles.

Decidí ir hasta la Garita, pero según me acercaba, me dije que era una mala idea y me detuve. Además, estaba empezando a llover. Estaba a punto de girarme hacia el coche, cuando una silueta que se recortaba a lo lejos llamó mi atención.

Mi corazón comenzó a bombear rápido conforme me acercaba y reconocía la moto que estaba allí aparcada.

Le busqué, y encontré su figura mirando al mar.

Dago estaba solo, su cabello castaño se agitaba por el viento. Me lo imaginé con los ojos cerrados, inspirando profundamente como le había visto hacer mil veces siempre que se ponía a merced de la espléndida inmensidad.

Me descubrí espiándole junto a uno de los muros de piedra de la garita, observándole como una niña mirando una jugosa golosina que desea con devoción. Ese pensamiento me hizo despertar y al darme la vuelta para irme de allí, tropecé con una piedra que había junto al muro y caí al suelo al tiempo que de mis labios salía un grito de sorpresa.

—Mierda…— susurré, sujetándome la rodilla dolorida.

—¿Ciara?

Maldije en silencio y subí la cabeza poniendo un gesto de fingido asombro.

—¿Dago?, pero, ¿qué haces aquí?, ¿no estabas en Irlanda? —Me levanté furiosa y le pegué una patada a la maldita piedra con la que había tropezado al tiempo que me retiraba el pelo mojado de la cara.

Dago me miró unos instantes y sonrió achicando los ojos. Parecía que se estaba divirtiendo.

—¿Estás bien?

—Claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Tienes la rodilla desollada.

—¿Esto? —pregunté con demasiada suficiencia—, no es nada—. He tenido heridas peores.

—Ya…, pero creo que esta te va a hacer cojear por un tiempo.

—¿Pero qué dices? No ha sido nada. Estoy perfectamente.

—Déjame ayudarte a llegar hasta tu coche y no digas tonterías —repuso con media sonrisa en la cara.

—¡Yo no digo tonterías!, déjame —le dije apartándole el brazo.

Dago se mostró sorprendido.

—Eres absurda —me acusó—, ¿vas a dejar que te ayude?

—No hace falta —refunfuñé—, ¿me dejas pasar? —mi pregunta

fue acompañada de una sonrisa amenazante.

—Como quieras —dijo apartándose.

Muy dignamente, o al menos eso pretendía, me puse todo lo recta que me dio la espalda y comencé a caminar.

—¿Ves? —me jacté mirando muy bien donde pisaba—, solo es un rasguño de nada.

—¿Y qué haces aquí? ¿Me estás siguiendo? —preguntó. Parecía complacido.

Apreté los labios y me di la vuelta hacia él.

—Seguro que es a eso a lo que estás acostumbrado —le fulminé con la mirada—, pero yo no sigo a nadie. —Mi tono fue lo duro que pretendía y me felicité por ello mientras Dago negaba con la cabeza mirando sus pies—. ¿Y tú?, ¿qué haces tú aquí? —La pregunta sonó como una acusación. Dago levantó la cabeza y clavó sus pupilas en mis ojos.

—Acabo de llegar de viaje, he cogido la moto y he acabado por aquí. Hace cuatro años que no venía.

Esa confesión debilitó mi pose.

—Yo… yo también hacía mucho que no venía —admití.

—Ciara…, sobre la otra noche…, quería disculparme.

—No por favor, olvidémoslo —me apresuré a decir. Hice ademán de irme, pero se puso delante obstruyendo mi camino.

—¿Me quieres explicar por qué no quieres hablar conmigo? —Se pasó la mano por el pelo en un gesto de desesperación.

—Me tengo que ir. Está empezando a diluviar.

—¡¿Ves?! ¡Siempre huyes!, necesito que hablemos. Estos cuatro años casi he enloquecido intentando averiguar qué es lo que te hizo huir de mí, qué sucedió aquel día para que no quisieras hablar conmigo cada vez que te llamaba, o que intentaba verte.

—No puedo creerlo, Dago, no puedo. —Sacudí la cabeza, dolida — Por lo visto olvidas pronto.

—¡¿Pero qué tengo que recordar?! —explotó— ¡Dímelo!

Sus ojos parecieron teñirse de sufrimiento. Todo era tan parecido a la última vez que estuve allí con él que hasta creí marearme. Olores que no había percibido hasta ese momento, se introdujeron en mis fosas nasales y un tenue sabor en mi boca comenzó a avivar ese recuerdo doloroso que había intentado olvidar tantas veces.

No dije nada, simplemente eché a correr hacia el coche. Oí a lo lejos cómo me llamaba, pero apreté más el ritmo y pronto su voz se perdió con el rugir del oleaje al fondo del risco.

***

Cuando llegué a casa llovía con fuerza. No podía creer que la presencia de Dago me afectara tanto… todavía. Cada vez que estaba con él, era como revivir todo de nuevo.

—¡Maldita sea! —bramé a la cocina desierta—, me he comportado como una cría.

Cuando tomé la decisión de irme a vivir a San Andrés, Dago estaba en Irlanda y se suponía que iba a permanecer en Irlanda. Y ahora, él estaba aquí y no había venido de visita, sino que iba a trabajar en Cariño.

—Tengo que superarlo. Tengo que olvidarte de una maldita vez.

Al decir esa frase en alto, me di cuenta de lo estúpida que había sido al creer que podría hacerlo alguna vez. Año y medio atrás, había conocido a Marcos, él era un chico amable y divertido. A los cuatro meses de salir con él, decidimos irnos a vivir juntos. Entonces no me di cuenta de que lo que buscaba era un equilibrio a mi inestabilidad, una falta de cordura provocada única y exclusivamente por mis sentimientos hacia Dago. Creí poder olvidarle de ese modo, y ahora me daba cuenta de que había utilizado injustamente a Marcos para ese fin.

Darme cuenta de eso, no hizo sino sumirme más en la amargura que comenzaba a carcomerme por dentro.

Fui al frigorífico y cogí un refresco. Dándole pequeños sorbos, subí a mi dormitorio, lo dejé en la cómoda y me metí en la ducha.

Lloré a gusto. Fue como deslizar fuera de mí lo que tanto tiempo había retenido. Las palabras que Dago me dijo en el pasado me herían, pero ahora se le sumaban las que pronunciaba una y otra vez.

—¡¿Cómo puedes haber olvidado lo que dijiste aquel día?! ¡Lo que hiciste! —grité— ¡Me mentiste!, dijiste que me amabas y luego me engañaste… — sollocé haciéndome una bola debajo de la lluvia de la ducha.

Dejé que el agua cayera sobre mí y limpiara mis amarguras. Cuando salí de allí estaba agotada. Mis sentimientos estaban tan doloridos como ahora mi rodilla; la articulación se había enfriado y ahora me dolía.

Antes de salir de casa me había propuesto volver a la biblioteca cuando llegara de mi paseo y curiosear un poco más. Todavía quedaban muchos objetos por ver, pero estaba de un humor pésimo y solo me apetecía compadecerme de mí misma, de modo que envuelta en una toalla, me aovillé encima de la cama. Coco vino al

ratito y me hizo unas carantoñas que recibí gustosa. El gato se acopló a mi lado y con su incesante ronroneo, intenté concentrarme únicamente en el Samhain que comenzaría la noche siguiente.

***

Kael, ejerciendo de jefe druida, había tenido la reunión anual correspondiente con los jueces de nuestra Comunidad. Nadie asistió a esa reunión salvo ellos, pero no pude dejar de impresionarme con la cantidad de personas del Clan que vi acudir a la celebración.

Todo se hallaba dispuesto bajo el roble más grande en el que más allá y, sobre un camino un tanto arduo, se podía llegar al túmulo donde descansaban Alana, Brian y mis abuelos y, donde Kael seguido de otros druidas, habían dejado ya sus ofrendas y habían conversado con los muertos.

Era el último día del Samhain. Habíamos celebrado los días anteriores, y ese, era el que se le dedicaba a los espíritus. Por eso, quizá me encontrara más nerviosa; ese era el único ritual al que yo no había asistido por razones que prefería obviar.

Aparte de la gente que no conocía, allí se concentraban personas que recordaba desde niña y que había saludado previamente. Vestían túnicas blancas o grises y portaban enormes velas que sujetaban con ambas manos. También estaba Ian, el hijo de Kael y Olalla y padre de Dago.

Desde el funeral de mi abuela no le veía, y cuando nos vimos y pese al tiempo, Ian me abrazó y me regaló toda clase de elogios que encendieron mis mejillas. El padre de Dago era un hombre fuerte, de cabellos castaños salpicados de canas y profundos ojos verdes que despejaban cualquier duda del parentesco entre los varones de esa familia. Había echado una pequeña barriguita que no disimulaba bajo su túnica.

Yo vestía la que me había hecho Olalla, blanca e impoluta, mientras que la de Kael, estaba bordada con dibujos que representaban sus vivencias.

Encima de la enorme piedra junto al árbol, varias personas depositaron una cesta rellena de frutos junto a otros víveres, mientras Kael observaba todo con vehemencia apoyado sobre un cayado de fresno que simbolizaba su cargo. Al cabo de unos minutos procedió a decir unas palabras. Esos días me había sentido feliz de estar presente, pero a la vez, había momentos en los que me entristecía. La única vez que había asistido, mi abuela vivía y ella era la druidesa encargada del ritual.

Abrí los ojos un momento en el que Kael dejó de hablar y seguí la dirección de su mirada. Dago se acercaba a él con algo entre sus manos que no pude distinguir.

Intentando controlar el corazón que se salía de mi pecho, miré a Ian que se encontraba a mi lado y me encontré con una mirada atenta a mi reacción que acabó por echar al traste toda mi concentración.

Kael comenzó a hablar de nuevo y todos prestaron atención a sus palabras, hecho ya, imposible para mí.

Dago se encontraba a su lado, dándome ligeramente la espalda, por lo que no vi lo que había depositado en el altar. Me moví un poco para verle el rostro. Su gesto, parecía totalmente de concentración y eso me enervó más de lo conveniente; no era justo que yo hubiese perdido la atención por su presencia y a él la mía, le trajera al fresco.

Me removí en mi sitio y sin pretenderlo, llamé la atención de Kael que me miró unos instantes y volvió a sumergirse en los versos recitados en gaélico.

Las personas que allí formaban el semicírculo alrededor del roble, fueron dispersándose cuando Kael hubo terminado y, mujeres con cestas en las manos, comenzaron a depositar en el suelo, manzanas y otras frutas en dirección a la casa. Los demás, incluido Ian, los siguieron con la intención de poner las velas que portaban en las ventanas para guiar a los espíritus.

Kael me hizo un gesto para que me acercara a él y yo me mordí fuerte el interior del labio.

Intenté caminar con soltura. La rodilla me punzaba y no quería que se me notara la tenue cojera que me atormentaba desde hacía días. Cuando llegué a su altura, Kael señaló una enorme y alargada cesta llena de fruta, e indicándome que me pusiera paralela a Dago, nos pidió que la cogiéramos.

—Debéis llevar la ofrenda a la puerta de la casa.

No pude decir nada, hubiese ofendido con mi protesta, así que asentí sin mirar en ningún momento a Dago y agarré la cesta de un extremo, de modo que nuestros cuerpos se situaran lo más alejados posible, el uno del otro.

Antes de darme la vuelta, miré al altar buscando lo que Kael había depositado en él de manos de su nieto y, observé que era un cuchillo corto con una belleza antigua e inquietante. Tanto la empuñadura y su hoja, parecían estar bastantes sucias y oxidadas, aunque en general, parecía estar en buenas condiciones. Entonces me di cuenta de qué clase de arma era.

Un *sax* vikingo.

Me sorprendí muchísimo de que Dago llevara aquello allí, y más, que Kael lo aceptara. En las ceremonias druidas no se utilizaban espadas ni cuchillos porque 'el hierro frío' u otros metales eran considerados una ofensa y, los cuchillos y espadas eran considerados como armas. Solo el druida sacrificador las podía portar, pero viendo el tranquilo rostro de Kael, supuse que sabría muy bien lo que hacía.

No sé si Dago me miró en algún momento cuando recorrimos el tramo del claro a la casa, yo desde luego procuré no mirarle a él. Por mi parte, toda la magia que había sentido en el ambiente durante la ceremonia, se había esfumado con su presencia; tenía que haber supuesto que podría asistir al Samhain, pero cómo no había sabido nada de él en los últimos días, descartaba que fuese a venir esa noche, y por supuesto, que su abuelo me emparejara con él para la ofrenda.

Cuando solo faltaban unos cuantos metros para llegar, no pude evitarlo y le miré por el rabillo del ojo.

Dago estaba totalmente absorto, su mirada se erigía al frente de una manera que me sobrecogió. Yo también me concentré en mis pasos para no tropezar y, cuando llegamos a las escaleras, seguí el movimiento de su cuerpo y me agaché a su misma vez para depositar la cesta cuidadosamente. Dago se irguió lentamente sin apartar la vista de las frutas y después emitió un largo suspiro.

—Necesito que me guíes en el camino— dijo en perfecto gaélico con un matiz de amargura.

Le observé ya sin ningún disimulo. Sus ojos verdes seguían concentrados al frente, pero su gesto era ligeramente de preocupación. Albergué la esperanza egotista, de que si se sentía mal fuera por mí y me preparé para soltarle una de las muchas frases que tenía reservadas para él.

Antes de que pudiera hacerlo. Dago se giró hacia mí e imantándome con su mirada, subió su mano hacia un lado de mi cuello y, la dejó allí.

Casi me oí reír amargamente por lo que ese contacto fue capaz de despertar. Lo había imaginado mil veces: Él volvía a tocarme de ese modo y entonces… ¿qué ocurría? En mis fantasías beligerantes, le golpeaba y me iba con orgullo y, en mis otras fantasías que yo llamaba 'pastelosas, inconvenientes e imposibles', me lanzaba a sus brazos para no soltarle jamás, pero en ese momento no estaba teniendo ningún ensueño. Ahora luchaba conmigo misma, comprobando horrorizada, que la balanza se inclinaba por la

maldita fantasía ‘pastelosa’. Inspiré para insuflarme valor y apartarme, pero antes de que lo lograra, Dago miró mis labios y mi incoherente cerebro, ordenó a mis piernas que no me moviera de allí.

Dago se acercó a mí con lentitud, y alarmada, sentí cómo mi estómago se hacía gelatina. Entonces se detuvo antes de rozarme y dijo muy bajito:

—Te echaré tanto de menos…, he estado sin ti mucho tiempo… y ahora que te he encontrado y que mi vida se encauzaba, me marcho… —Su rostro se contrajo después de decir esas palabras, unas palabras dichas con desgarro, con un sentimiento profundo y hasta doloroso.

Me había quedado sin aliento, lo que había dicho me provocaba una desconcertante y exagerada quemazón. Pero… un momento ¿qué era lo que había dicho…? ¿Se marchaba?

Sin darme cuenta, ya tenía sujetas sus manos; se las había cogido sin pensar. Las solté y le miré sin vacilar intentando descubrir algún rastro de la jocosidad característica en él, una señal que me mostrara, que de nuevo, Dago estaba jugando conmigo, pero de repente, sus ojos se enturbiaron y convirtiéndose en dos medias lunas blancas, cayó a plomo sobre las frutas de la escalera sin que yo pudiera impedirlo.

***

Mar me miraba fijamente desde una silla de la cocina y Lolo echaba dos cucharadas de azúcar en mi tila.

Dago había estado inconsciente casi cinco minutos, en los que al parecer, la única que se preocupó, fui yo. No me lo podía creer. No podía creer que Olalla hubiese mantenido la calma de esa manera aun viendo así a su nieto. ¡Y qué decir de Kael e Ian! Cuando vieron que comenzaba a gritar pidiendo ayuda, vinieron corriendo, sí, pero para tranquilizarme a mí. Con voz calmada me dijeron que no pasaba nada, que Dago estaba bien y que pronto se le pasaría. Solo Olalla fue capaz de que no me abalanzara a por el teléfono y pidiera una ambulancia.

—Quizá se había tomado una copita y se mareó —dijo Mar en un intento de buscar una explicación a lo que les había contado.

—Dago no estaba borracho, te lo digo yo —apuntó Lolo con una sonrisa de suficiencia.

—No, Dago no bebe habitualmente, Mar —añadí—. O eso creo.

—Pues por eso mismo, o yo que sé, le habrá bajado el azúcar —

dijo ella subiendo los hombros.

—Sí, debe ser algo así —Paré de remover la tila y le di un sorbo que me quemó los labios.

—Bueno, tranquila, parece que solo ha sido un susto. Su abuela le preparará una cena de las suyas esta noche y mañana estará mejor que nosotros— expuso Lolo mirando a Mar que le observaba con devoción.

—Sí, ya… —susurré y volví a beber. Todavía resonaba en mis oídos el golpe que se había dado Dago contra las escaleras.

—Ciara… —Mar titubeó.

Miré a ambos y sonreí ligeramente.

—Anda, largaos. Tengo que trabajar un poco.

—Ya lo sé, por eso habíamos hecho planes pero… ¿De verdad estás bien?, si quieres me quedo.

—Vete o te echaré de mi casa —bromeé.

—Antes de que mañana coja el vuelo para Madrid, me gustaría que me enseñaras los alrededores, podemos hacerlo cuando nos levantemos. —Mar puso morritos de muñeca de porcelana.

Recordé el día que me dijo que venía a Galicia en avión. 'La que pasaba de aviones', me jacté en su momento.

—Vale, mañana iremos a dar una vuelta —le dije— ¿te apuntas? —Me volví hacia Lolo.

—No, Mar me ha dicho que quiere estar contigo a solas —comentó haciéndose el ofendido—, pero si queréis, quedamos a la una y media en el bar de Nacho y tomamos algo.

—Por supuesto —respondí—, allí estaremos.

***

Cuando abrí los ojos ese domingo, no podía dar crédito de lo bien que había dormido. Tras la marcha de Mar y Lolo, no había podido ponerme enfrente del ordenador y había ido al salón a avivar el fuego del hogar pensando que no podría dormir en toda la noche, pero cuando me envolví en una manta frente a él, un placentero sopor me instó a levantarme y acostarme casi sin pensar. Ni siquiera me percaté cuando Mar llegó a casa. Eso, si había llegado.

Ahora estaba boca abajo en mi cama y miré entre la cortina de mi pelo el teléfono negro que descansaba encima de la mesilla. Quería llamar a Olalla para preguntar por Dago, pero dudaba si hacerlo.

Después de varios minutos me decidí. Me incorporé en la cama

como si me hubiesen inyectado doble vitamina y, me puse el aparato encima de las piernas.

Inspiré y marqué.

—*Bos días*, Ciara— contestó Olalla. Mi número debía de haberse reflejado en su teléfono.

—*Bos días*, ¿qué tal?

—Me alegro que llames, *nena*. ¿Estás más tranquila?

—Sí, sí, claro— sentí un poco de vergüenza—, ¿cómo está, Dago?

—Bien, solo fue un mareo. Ya se ha ido.

Mi corazón comenzó a latir desbocadamente recordando las palabras que había dicho Dago antes de caer encima de las frutas.

—¿Dónde ha ido? —me detuve— ¡¿no está en Galicia?! —pregunté dando un grito.

—Ha ido a su casa, con su padre. Tiene que ayudarle a terminar unas cosas de la agencia para mañana.

¡Dios! ¿Podía sentirme más ridícula?

De pronto, la puerta de mi habitación se abrió y Mar apareció toda despelucada con cara de pánico.

—Esto, Olalla, te tengo que dejar. Me alegro de que Dago esté bien.

—Vale, *nena*. Luego irá Kael a llevarte un poco de pote que estoy haciendo.

—Gracias —dije con sinceridad, viendo cómo mi amiga se sentaba pesadamente a los pies de mi cama.

—De nada. *Adeus*.

—Adiós, Olalla, adiós.

Mar se miraba las uñas de una mano mientras mordisqueaba el dedo corazón de la otra y, cuando dejé el teléfono encima de la mesilla, me miró con los párpados medio cerrados.

—¿Te he despertado? —le pregunté.

—Casi *'la palmo'* del grito que has dado —refunfuñó.

—Lo siento, al parecer, últimamente estoy un poco alterada.

—Yo que siempre había creído que no tenías sangre en las venas —bromeó—, ahora veo que eres más visceral de lo que aparentas. Aunque sé por qué estás así claro… —De repente se rio a carcajadas — ¡pobre Marcos!, si te viera. ¡Cómo hubiese querido ese cerdo que reaccionaras con él, como lo haces cuando está Dago cerca de ti!

Me levanté al cuarto de baño y cerré de un portazo, repentinamente malhumorada.

—¡Me voy a duchar y nos vamos! —gritó Mar detrás de la puerta.

***

Mar me relató todo lo que había hecho con Lolo.

Mi amiga se había enamorado perdidamente y ya estaba planeando el próximo fin de semana, pero yo, sin poder evitarlo no podía dejar de recrear en mi mente una y otra vez, las malditas palabras previas al batacazo de Dago.

Sentí un pellizco en el brazo.

—…y el viernes que viene irá él a Madrid, sino, me voy a dejar el sueldo en los viajes.

—Lo siento, estoy atontada —me disculpé concentrándome de nuevo en la carretera que nos llevaba a la aldea.

Mar sacudió la cabeza un par de veces y achicó los ojos cuando giró la cabeza al frente.

—Vamos a parar en el mirador, *Chao do Monte.*

—Ah, está bien —dijo como si lo conociera.

—Te va a encantar —me orgullecí. Ese lugar era precioso, demasiado...

Aparcamos el coche en el sitio destinado para ello y la llevé cerca del pequeño centro repetidor de televisión rodeado por una valla metálica. Desde allí, la vista era realmente espectacular. El océano inmenso y los acantilados salpicados de bosquetes…, la aldea de San Andrés viéndose desde allí pequeña y vulnerable…

—Esto es maravilloso —susurró.

Antes de que diera rienda suelta a los recuerdos, un ruido detrás de mí me hizo girarme.

—Mira a tu espalda, Mar.

Una vaca pastaba a pocos metros de nosotras.

—Dios, ¡me siento salvaje! —exclamó entusiasmada.

Después de un rato admirando el paisaje, volvimos al coche. Al lado derecho de la carretera, vimos un *Amilladoiro* que a Mar le llamó la atención.

—¿Qué es eso?

—Se llaman *Amilladoiros*— le expliqué—, son montones de piedra que los romeros y peregrinos han ido dejando. Los que hay aquí son únicos con esas características— ‘*A San Andrés de Teixido vai de morto o que non foi de vivo’* —recité en galego—. Es decir, ‘A San Andrés de Teixido va de muerto quien no fue de vivo’. Así dice el refranero popular. Aquí —le expliqué a mi amiga—, se dice que es donde se encuentra ‘La puerta del Más Allá del mundo Celta”. Este lugar, está lleno de leyendas, de tradiciones que lo

convierten en un sitio especial y enigmático. La Ermita, está edificada sobre un monasterio del siglo XII y su diseño se fue complementando según la época, siendo terminada más o menos en… —dudé—, no recuerdo bien. La capilla mayor es de finales del siglo XVI, y en el siglo pasado se descubrieron pinturas que representaban el martirio de San Andrés.

—Muy interesante, pero vaya rollos me cuentas siempre —puntualizó haciéndome sonreír.

Seguimos bajando por la empinada carretera hasta que llegamos a la entrada de San Andrés. Un grupo de personas estaba bajando en ese momento de un autobús. Aparcamos e indiqué a Mar que me siguiera.

Nada más enfilar por la única calle que hay para llegar a la Ermita, el dueño de un puesto, de los muchos que se apostan allí, salió a nuestro encuentro portando dos pequeños ramitos de Hierba de enamorar, envueltos en papel de aluminio.

—Gracias —dijimos ambas con una sonrisa. Mar me miró con la interrogación en los ojos.

—Tienes que venir en primavera, esto se llena de las flores de la Hierba de enamorar que crece más abajo, esto es solo un ramito —dije señalando a lo que nos acababan de dar—, solo que en esta época del año no tienen flores. Te contaría lo que se dice de esta hierba que mucho tiene que ver con el amor, pero no quiero aburrirte con mis rollos —susurré haciéndome la interesante.

-Venga ya, suéltalo ahora mismo.

Me reí a gusto.

—Dicen, que si metes un poco de esta hierba en el bolsillo de la persona que quieres, se unirá a ti sin poder evitarlo.

—Creo que me llevaré un kilo o dos para quien tú sabes.

—Pobre… —susurré pensando en Lolo— Anda, disfruta del paisaje. Luego iremos a la Garita de Herbeira. —Pareció que ese nombre me quemó en los labios, pero no podía permitir que Mar no conociera ese lugar tan espectacular.

—¿Dónde está eso?

—Está en la carretera que une Cariño y Cabo Ortegal con el santuario de San Andrés. —Me percaté que por mucho que le indicara, Mar se quedaría en las mismas—. Bueno, luego lo verás.

—Me encanta esto —dijo contemplando el espléndido paisaje.

Después de deleitarnos con la incansable vista del mar y sus acantilados, pasamos por la verja verde que estaba frente al Cruceiro y delimitaba el acceso a la Ermita para observar su arquitectura marinera. Su fachada blanca en la que se encastraban

piedras musgosas se erigía sobre un suelo cubierto de pizarra. Las ventanas enrejadas en negro, diferían en color con las puertas que eran de un marrón rojizo. La que teníamos enfrente en esos momentos, estaba cerrada, pues era la otra, la que estaba junto a las escaleras, la que se mantenía abierta a los visitantes. Eran de ornamentación sencilla. Arriba, en la torre, la campana se dejaba admirar por los huecos de los cuatros arcos coronados por una pequeña cúpula donde una cruz se asomaba a la inmensidad.

Mar quiso entrar dentro y así lo hicimos. Encima de la puerta que daba acceso a la iglesia, rezaba un cartel impreso en una de las piedras, que decía con letras un tanto peculiares:

ESTA IGLESIA ITORE HASTA
LA CAPILLA MAIOR
LA HIZO FR.D MIGUEL
LOPEZ DE LA PEÑA
AÑO DE 1789

El retablo era de madera con el santo en el centro, un tanto caótico en los bajos pues allí reposaban, libros, juguetes y variedad de enseres que no correspondían a un santuario, pero que los visitantes dejaban con devoción y ardiente fe para la protección de sus seres queridos, dueños de tales objetos. A la derecha del retablo barroco, también de madera, un Cristo era venerado por varias personas, que frente a él, se sentaban en los bancos dispuestos para ello.

—Cuánta gente ¿no? —susurró Mar cuando vio que no había sitio vacío en la iglesia.

Tanto en la pared de enfrente de la puerta de entrada, desde donde se podía ver la otra puerta que estaba cerrada y que habíamos visto antes desde fuera, como arriba en el coro, donde una balaustrada de madera delimitaba la zona al vacío, habían sentadas multitud de personas guardando silencio y observando con interés todo lo que había dentro del santuario.

Después de que Mar me hiciera varias preguntas sobre algunos objetos que había allí, como los '*Sanandreses*' y las figuras de cera, salimos fuera y la propuse que bajáramos, a la Fuente de los tres caños.

—Esto también tiene una leyenda —le dije mientras bajábamos por la ardua y empinada escalera sorteando a los visitantes.

—¡Me encanta Galicia! —gritó haciendo girar las cabezas de dos lugareñas.

—Se dice, que tienes que beber de los tres caños, pidiendo un deseo. Hay quien que dice que tienes que dar siete tragos de cada uno, después, echar un pedazo de pan, si este no se hunde, se te concederá el deseo.

—¿Y si no?

—Pues a probar suerte el año próximo.

El muro de la Fuente, donde los tres caños asomaban en paralelo, parecía un trozo de pared arrancada de la Ermita. Su agua, que según la tradición, nace debajo del altar mayor, caía sobre una reja y pasaba debajo del suelo que en ese momento pisábamos, saliendo por una oquedad en la roca donde ya fluía en forma de riachuelo que más abajo, pasaba por varias piedras formando unas pequeñas pero hermosas cascadas.

—Qué dibujos más bonitos —observó Mar señalando con el dedo las piedras redondas y lisas que adornaban la fuente y que dejaban al descubierto formas de espirales en su superficie.

—Venga, ¿te atreves?

—¡No tengo pan! —miró a la bolsa de rosquillas que había comprado en uno de los puestecillos— ¿Servirá esto?

—Prueba.

Mar completó el ritual y miró como el trozo de la rosquilla flotaba en el agua sin hundirse.

—¡Flota! ¡Y eso que son duritas!

—¡Pues tu deseo se cumplirá!

***

Mar miraba maravillada el infinito sentada en el muro que delimitaba y protegía de caer al vacío, y yo no podía dejar de mirar hacia una de las tres ventanas de la Garita, recordando lo último que había pasado allí con Dago.

—Esto es una pasada —dijo mi amiga subiendo la cabeza y cerrando los ojos.

Me acerqué a ella y me senté a su lado.

—Estos acantilados son los más altos de Europa, al menos en continente. Seiscientos quince metros de nada —puntualicé—. No son verticales como en otros lugares, pero tienen un desnivel del ochenta por ciento. No está nada mal.

—¿Y eso? ¿había alguien que vivía ahí? —preguntó mirando hacia la caseta.

—Es la Garita de Herbeira, fue construida a comienzos del XIX,

destinada a la vigilancia costera. No mide más de quince metros cuadrados y está toda hecha en piedra, hasta la techumbre, bueno, ya lo ves.

—Galicia es preciosa. La pena es que el tiempo no siempre acompañe— comentó Mar, mirando de nuevo hacia el océano.

—No te quejes que has tenido suerte. Las veces que has venido, no ha llovido ni una sola vez.

—Tienes razón. Oye, he estado pensando mucho en el Samhain. El no poder asistir por ser una ceremonia íntima y bla, bla, bla. Me picó la curiosidad y bueno… —Mar sonrió como una niña pequeña —, he estado investigando cosas de druidas y eso, pero hay muy poca información sobre ello.

—Así es. Hay muy poca —repuse mirando al horizonte.

—¿Qué es eso del Beltaine? Sé que es una celebración como el Samhain pero Internet no da ningún detalle.

—La celebración del Beltaine es digamos…, lo contrario al Samhain. En Samhain es el día del nacimiento del invierno, y Beltaine da la bienvenida al verano. Los antiguos celtas llevaban a sus mujeres al bosque sagrado para la celebración. Los druidas organizaban los rituales de boda y los preparativos finales. En el claro del bosque asignado a tal celebración, se alzaba un árbol descortezado y fijado al suelo. En él, pintaban los colores de sus clanes, y esperaba las danzas de los nuevos matrimonios alrededor de él. Pero antes de todo eso, el jefe druida rociaba la tierra alrededor del árbol con agua pura y cristalina, propiciando la fertilidad. Encendían una gran hoguera mientras los druidas recitaban las leyes matrimoniales. Primero, se acercaban las mujeres que rodeaban el árbol y después los hombres se unían a ellas en un estado febril que llenaba todo de energía. Luego bailaban y yacían consumando su amor desinhibido, uniéndoseles parejas para reforzar su primer acoplamiento nupcial…

—Vaya…

La voz de Mar me sobresaltó. No me había dado cuenta de que me había concentrado tanto en mi pequeña explicación.

Mar entrelazó su brazo al mío y nos mantuvimos un rato calladas mirando al horizonte.

—Ciara —dijo al cabo de unos minutos—. ¿Cómo van las cosas?

—Bien.

Me soltó y se giró hacia mí componiendo un gesto circunspecto.

—Sé que lo estás pasando mal. Algo no funciona, te conozco y nunca te había visto así. Ni siquiera cuando te diste cuenta que tu relación con Marcos no iba a ninguna parte te vi tan mal. Dago te

importa, no intentes negarlo. Anoche casi te da algo cuando cayó inconsciente, además, cuando le miras es… como si el mundo se detuviera.

—Algo con Dago es imposible, Mar, ya te lo dije.

—¡¿Pero por qué?! No lo entiendo, Ciara. Nunca te he visto tan pillada por nadie, y él…, a él le pasa lo mismo. Se nota que no te ha olvidado. Cariño, solo quiero que seas feliz y últimamente no es así. No sé si ha sido buena idea que vinieras a vivir aquí.

Sin darme cuenta mis ojos se empañaron. Desde luego estar allí y la conversación, me afectaba más de lo habría estado dispuesta a reconocer. De pronto, algo me instó a hablar, una necesidad difícil de eludir.

—Él, él me engañó, me dijo que me amaba y me mintió. No te imaginas cuánto le quería Mar, no puedes. —Me limpié la cara con rabia al notar que las lágrimas se desbordaban—. Este lugar, —miré a mi alrededor— fue testigo del fin de nuestra relación.

—No llores por favor, es que no entiendo tu reacción, lo que me contaste…, me parece exagerado.

Había estado hablando mirando al mar, pero en ese momento me volví hacia ella para mirarla de frente.

—No te conté la verdad. Dago me trajo aquí ese día y como una estúpida pensé que iba a pedirme no sé… —subí las manos—, que viviéramos juntos, ¡qué nos casáramos! Le amaba y le hubiese dicho que sí. Mil veces, sí. Pero no fue eso lo que me dijo. Estábamos juntos a este muro y en un segundo pareció volverse loco. Salió corriendo hacia la garita y se metió dentro. Cuando entré en su busca se volvió hacia mí y me sujetó fuertemente los brazos, tan fuerte, que tuve moratones durante días. Mientras me sujetaba pareció convertirse en otra persona y eso lo ratifiqué cuando oí todo lo que me dijo.

—Dios mío, Ciara, pero, ¿por qué no me contaste eso?

—Me habló de otra mujer, de lo mucho que la quería. De lo mucho que la echaba de menos y de lo deseoso que estaba de volverla a ver. De pronto, se revolvió y furioso, me acusó de querer alejarle de ella. Me dijo que por qué le hacía eso, que por qué durante toda su vida me había interpuesto en su camino y que nunca había estado cuando me necesitaba, entonces me soltó con brusquedad y tropecé cayendo contra uno de los muros de la caseta.

—Me dejas de piedra.

—Fue un cúmulo de cosas. La sorpresa, sus palabras y luego… su actuación como si no hubiese pasado nada.

—¿Cómo?, no te entiendo.

—Después de que cayera contra la pared, Dago se quedó mirándome, impasible durante un rato como si fuera un bicho repugnante al que pisar y, de repente, se abalanzó hacia mí y me ayudó a levantarme como si me hubiese convertido en una muñeca de porcelana a punto de romperse. Me llevó a casa y actuó como si no hubiera pasado nada.

—Joder Ciara. No sé qué decir.

—¿Lo entiendes ahora? Había otra mujer, Mar. Dago me engañó, me traicionó. Y es un maldito sentimiento que no puedo arrancarme, no puedo…

Mar me abrazó y dejé caer las lágrimas que retenía en mi interior. Esa pequeña purga me limpió momentáneamente y mientras lloraba sobre el hombro de mi amiga, no pude evitar recordar de nuevo los ojos impasibles de Dago mirándome en aquella garita. Esos ojos, que mi subconsciente volvía tiernos recordándome a cada instante que nunca podría olvidar a ese hombre.

***

Lolo y yo regresábamos de dejar a Mar en el aeropuerto. Habíamos estado tomando algo en el pub de Nacho y de nuevo vimos a Sonia, a Iván y a los demás. Bueno, no a todos. Dago, Pedro y Almudena no estaban, y yo me alegré por ello, por lo menos en cuanto a uno; mis ojos me delataban siempre cuando había estado llorando poniéndose casi verdes en vez de azules como era su color habitual, y él, era demasiado perspicaz.

—Estoy deseando que llegue el cumpleaños de Mar. Ya tengo su regalo— declaró Lolo.

En el pub, una de las conversaciones había tratado del cumpleaños de mi amiga que era en dos semanas. Todos habían pedido a Mar que viniera a Galicia para esa fecha y lo celebráramos juntos. Yo me había ofrecido a hacer la fiesta en casa para estar solos en vez de rodeados de un montón de gente extraña como lo estaríamos en el pub de Nacho. Éste lejos de molestarse, se apuntó en cuanto lo mencioné y propuso llevar las bebidas.

—Yo todavía no he comprado nada —repuse, un tanto distraída.

—¿Mar ha tenido muchos novios? —me preguntó mi amigo al tiempo que buscaba otra emisora en el dial de la radio del coche.

Esbocé una sonrisa. La primera sincera en todo el día.

—Sí, millones. —Le miré de reojo y observé con diversión como paraba un momento de presionar los botones.

Solté una carcajada. Lolo parecía un adolescente inseguro.

—Estás bromeando —me acusó.

—¿Por qué?, ¿no la ves capaz?

—Sí, bueno, es preciosa, pero yo pensaba que no sé…

—Eres un machista, tú eres el que has tenido montones de novias y no pasa nada ¿no?

—No quería decir eso —se defendió.

—Pero lo piensas.

—No, no lo pienso. Bueno, me gustaría que no hubiese estado con muchos tíos pero si es así, pues nada.

—¡¿Ves?!

—Vale está bien, un poquito pero, ¿me vas a decir con cuántos ha estado?

—Se lo tendrás que preguntar a ella —contesté, sonriéndole abiertamente.

—Ciara, no seas mala, dime algo. —Mi amigo puso ojos de cordero degollado; bien sabía que así podía conseguir de mí lo que se propusiera.

—No, tontín. No ha estado con muchos tíos. Si esto te tranquiliza, te diré que le gustas un montón, más que ningún otro.

—¿Solo le gusto?, a mí me tiene loco. Es la chica más rara que he conocido en mi vida y en cambio, no puedo dejar de pensar en ella.

—Bienvenido al mundo de los mortales —le dije—, y ojito que te vigilo, ni se te ocurra hacerla daño, que nos conocemos.

—Todavía me cuesta admitirlo, pero creo que la rubia me ha pillado.

—¡No me lo puedo creer! —grité, exagerando.

—Ya… —contestó mirando al frente con la ceja levantada, como si eso fuera lo más extraño del mundo.

—¿Te dejo en tu casa?

—Sí —contestó—, he quedado allí con Dago. Sobre las nueve. —Miré el reloj del coche—. Vaya rollo el del otro día, ¿no?

—No sé a qué te refieres.

—Lo sabes, no te hagas la tonta. La pelea.

—Parece mentira la edad que tienen.

—A Nacho le molas desde siempre y creo que Dago no aguantó que se pusiera en ese plan.

—No digas tonterías, Nacho… es amigo y él lo sabe. —Preferí no comentarle lo que pasó la vez que vino a visitarme a Madrid.

—Nacho es un depredador Ciara, y nunca intentó nada contigo porque Dago y tú estabais juntos, pero desde lo que os pasó, creo

que ha visto posibilidades y el otro día quiso atacar, cosa que a Dago no se le escapó. Bueno, ni a ninguno de nosotros.

—Yo no lo veo así —repliqué.

Estuvimos un rato en silencio.

—¿Vas a invitar a todos a tu casa el día del cumpleaños de Mar?

—Ya veremos —dije con lentitud.

Lolo rio con sarcasmo.

—Eres la leche, de verdad…

—¿Por qué dices eso?

—Vale, tú misma, pero dime, Ciara, ¿qué pasó?, ¿qué coño hizo para que salieras corriendo y no volvieras a mirarle a la cara?

—Prefiero no hablar de ello y lo sabes.

—Sí, ya lo sé. Me lo has dicho mil veces, pero es que no entiendo nada. Dago y tú estabais muy bien, recuerdo cómo os llevabais. Estabas pilladísima por él. Me dejaste de piedra yéndote a vivir con ese cantamañanas.

—Desde luego, menos mal que nunca traje aquí a Marcos, sino le hubieseis hecho puré.

—Sí, lo hubiese pasado mal —admitió—. Por lo visto te engañó, ¿no?

—Ya veo que Mar te ha puesto al día.

—Pues sí Ciara, ya que tú no sueltas prenda —contestó con brusquedad.

—¿Y qué quieres que te diga?

—Se nota a la legua que ese tío te importa una mierda. Solo Dago te importa y no me digas que no. Deberías hablar con él de una puñetera vez y aclarar vuestras historias. Mira, os quiero a los dos y me jode veros así. La noche en que él y Nacho se curraron saltaban chispas cuando os mirabais a los ojos. Pero momentos antes, cuando estabais tomando algo, creí por un momento que os volveríais a enrollar.

—No digas tonterías, Lolo.

—Mira, hace que no vienes tres años y pico, pero Dago, pese a que ha estado currando en Irlanda y en Londres, sí ha venido y hemos podido verle y comprobar lo mucho que te echaba de menos. Joder Ciara, siempre preguntando por ti, siempre. Cuando le dejaste, todo su humor se fue a la mierda, no sabíamos qué hacer para animarle. Luego nos enteramos que estás con el tío ese y… el enterarse que te ibas a vivir con él, fue lo último que le faltó a Dago para entrar en declive.

—¡¿Qué?! Lo que me faltaba por oír. Bueno, muy típico en los tíos defenderos unos a otros. Perdona, pero precisamente, Nacho

vino a verme al poco de comenzar a vivir con Marcos y mira, casualmente venía de Londres donde había pasado unos días con Dago, y no fue eso lo que vino contando. Por supuesto a mi me traía sin cuidado lo que hiciera o lo que no, pero Nacho no dejó de hablar de cuantas tías habían caído rotas a sus pies. Y habló en plural. ¡Ambos lo hicieron! No solo Nacho. —Cada vez estaba más cabreada, ahora iba a resultar que Dago era un santo.

—No creo que sea como lo cuenta ese fantasma, Ciara. Dago ha cambiado mucho desde que salisteis en serio. Pensaba que le conocías.

—Sí, eso pensaba —contesté de mala manera.

—No pretendo decir que después de que lo dejarais él iba a guardar celibato, pero no es su estilo. No, como me contó Nacho.

—¿De modo que a ti también te lo contó? Vaya… Bueno mira, me da igual —repliqué iracunda.

Pasaron unos interminables segundos.

—Dale otra oportunidad —pidió ya más calmado.

Ya habíamos llegado a su casa de modo que bajé la velocidad del coche y me paré frente a la puerta. Me giré hacia él.

—Ya veo que me has juzgado libremente y eso me duele. Solo habéis visto el sufrimiento de Dago, el supuesto sufrimiento diría yo. Por mi parte, solamente habéis visto que yo salía con otra persona. Joder Lolo, me duele que hayas deducido tan rápido y tan a la ligera. Dago me hizo daño, mucho para tu información, sino hubiera sido así, te aseguro que no le hubiese dejado por nada del mundo, porque le quería, le quería mucho. Estaba muy enamorada de él.

Mi amigo me miró profundamente a los ojos.

—De acuerdo Ciara. Siento si te he molestado y siento haberte juzgado como dices, pero también debo decirte, que es difícil no emitir juicios cuando siendo tu mejor amigo no me cuentas nada y te encierras en ti misma como de costumbre. En ocasiones eres tan inaccesible que los que te queremos tenemos que hacer verdaderos esfuerzos para saber si estás bien de verdad o estás disimulando. Dices que estabas muy enamorada de Dago, pues escúchame y no te atrevas a contradecirme, porque aunque no lo admitas, todavía hoy, lo estás.

GALICIA

Finales de Agosto de 2001

Olalla estaba limpiando la habitación de Dago. Pensó en lo desordenado que era y sonrió recordando que era igualito que su padre cuando éste tenía su misma edad; Ian, era un verdadero desastre y, cuando se casó con Isabel, ésta le cambió por completo.

Recordar a Isabel la entristeció. Su muerte aún les dolía. Les dolería siempre. Su nieto había crecido sin el amor de una madre y eso le había marcado toda la vida.

Era tan buena, tan generosa... Ni siquiera había tenido tiempo de acunar a su hijo, a su bebé.

Isabel había muerto al dar a luz a Dago pese a los intentos de los médicos de salvarle la vida. Una muerte inesperada. No se explicaban cómo había sucedido. Había llevado un embarazo maravilloso, y en el parto…

Ian nunca lo había superado. Ella era todo para él, y pese a ello, había mirado hacia delante y se había volcado con Dago. Le había dado el amor de un padre y de una madre, aunque con muchas dificultades.

Sí, había sido una gran desgracia en la familia.

Olalla sabía que su hijo se sentía muy solo. Ellos intentaban ayudarle en todo y no estaba muy segura si lo conseguían. Todo les parecía poco.

Dago era un muchacho fuerte, inteligente, con una gran personalidad y ellos, estaban muy orgullosos de él. Ahora, a sus casi quince años, era un hombrecito, que pese a los brotes de rebeldía propios de la edad, era un buen chico.

Después de meter la ropa limpia en los cajones y estirar la cama, Olalla, se acercó a la estantería donde Dago tenía todos sus libros y

pasó el trapo por ellos para quitar el polvo.

Tenía una gran colección. Su curiosidad no tenía límites y por eso, las navidades pasadas Kael y ella le habían comprado una enciclopedia nueva. Sabía que a su nieto le hubiese gustado un ordenador para ponerse a mirar eso de lo que tanto hablaban los jóvenes, I*nturnet* o algo así se llamaba. Una palabra que a Olalla no lograba metérsele en la cabeza.

Kael y ella pensaron que una buena colección de libros era más adecuada y el muchacho se mostró muy agradecido por el regalo, aunque en el fondo, sabía que se había sentido un poco decepcionado. Quizá en las próximas navidades le compraran el ordenador.

Olalla sabía leer a duras penas, pero le encantaban los 'santos' como le decía a su nieto. Cogió un tomo de la enciclopedia y lo abrió por las primeras páginas. Pasó los dedos por la imagen brillante y sonrió. El libro le ofrecía unas fotos de un país llamado Bélgica, su bandera y sus costumbres. Olalla pasó más páginas, pero se detuvo cuando le llamó la atención otro libro que destacaba en la estantería. Un libro que no había visto nunca.

Cogiéndolo con cuidado, pasó su mano por la portada de cuero. Parecía antiguo. Solo había tres letras grabadas. Ese sería el título, supuso.

—Iúl… —leyó.

Lo abrió por la mitad. Las páginas lucían amarillentas y el texto estaba dividido en dos columnas. Eran letras pequeñas y muy juntas. Olalla se acercó el libro a los ojos y entrecerrándolos, comprobó que no entendía nada. Pasó las páginas buscando alguna foto o dibujo. Encontró uno. Parecían plantas.

Decidió dejarlo en su sitio. Seguro que era muy valioso y no quería estropearlo, pero antes de hacerlo, su marido la llamó desde la cocina.

—¿Olalla?

—Dime, Kael —respondió ella—. ¿Qué quieres? Estoy en la habitación del niño. Esto parecía una leonera.

—Nada, solo quería saber dónde estabas, mujer —Kael asomó la cabeza por la puerta de la habitación de su nieto— ¿Qué estás haciendo?

—Pues nada, ya ves —Olalla se sonrojó—, leyendo un rato.

—Me parece muy bien. —Kael rio, pero su sonrisa se borró de sopetón al observar lo que su mujer tenía en las manos.

—¿Qué pasa? —quiso saber ella.

—Espera. —Kael observó bien el libro— ¿Dónde estaba esto? —

preguntó sin dejar de mirar el hallazgo.

—Pues aquí, en la estantería. Será del niño. Mira, yo no entiendo nada, pero quizá tú que sabes idiomas…

—Lo miraré —Kael cogió el libro interrumpiendo a su mujer—. Voy a ver si entiendo algo —añadió saliendo de la habitación.

—Pero cuando termines, déjalo en su sitio. Puede que le haga falta a Dago —repuso Olalla viendo cómo su marido se alejaba.

—Eso haré, dejarlo en su sitio —contesto él, taciturno.

GALICIA

Otoño de 2013

Echaba chispas, y no precisamente de la clase a la que se había referido mi amigo.

Como no, Dago tenía que seguir conservando su imagen de víctima ante los demás, mientras yo, tenía que seguir siendo la tirana. La que le había dejado y se había ido a vivir con otro tío.

La rabia me subía a borbotones estrangulando mis cuerdas vocales. El día estaba siendo completito, primero con Mar en plan depre y ahora con su novio sacándome de mis casillas.

—¡Joder Lolo, te podías haber callado! —dije al tiempo que llegaba a mi calle.

Cuando llegué a la verja del caserón vi el coche de Kael aparcado dentro de la finca. Le saludé cuando le vi aparecer.

—¿Estás más tranquila? —preguntó.

—Sí —mentí.

—He estado recogiendo algunas cosas del Samhain, pero aún quedan más por ahí.

—Pensaba ponerme mañana —miré a mi alrededor y vi varios sacos llenos—. ¡Pero si está casi todo recogido!, Kael, tenías que haber esperado a que viniera —le regañé.

—Anda, no importa, puedo hacerlo solo. Además, estabas con los amigos que es donde tienes que estar. Mira, te voy a pedir un favor, ve hasta los primeros robles, los que están antes de llegar al altar. He estado limpiando algunas hojas y me he dejado el rastrillo. Siempre me lo dejo olvidado por ahí.

—Ahora mismo lo traigo, pero cuando vuelva, nos tomamos un vinito de ese que tanto te gusta.

Kael me sonrió y vi en su rostro a un Dago convertido en anciano; esa visión me produjo un calambre en la tripa.

Fui hacia allí despacio. Ya había anochecido pero se veía bien gracias a que el camino estaba custodiado por unas antorchas decorativas que derramaban su luz. Junto a ellas, flores y frutas de la celebración, desprendían un olor dulzón que me revolvió el estómago.

Según iba acercándome, vislumbré el rastrillo apoyado en un árbol. Lo cogí, pero mi mirada se posó en la arboleda que tenía frente a mí y que albergaba el túmulo detrás. Desde ese punto no se veía si no te adentrabas por el camino que salía del calvero donde se situaba el altar y me pregunté por qué lo habrían dispuesto así cuando diseñaron el jardín; verlo desde el ara hubiese sido una conjunción de auténtica belleza.

Me apetecía verlo de nuevo, de modo que me encaminé hacía allí, pero cuando llegué a la piedra sagrada, vi algo extraño en el altar y me detuve.

Todo estaba hecho un desastre, las frutas y las velas estaban volcadas, nada permanecía en su sitio, como si alguien lo hubiera tirado con saña.

—¿Pero qué es esto…?

Me acordé de Coco. Quizá él era el responsable de tal desastre, pero algunas hortalizas estaban aplastadas y descarté tal posibilidad; un gato no hubiese podido hacer eso.

Casi había llegado a la casa cuando vi a Kael saliendo de la cocina por el porche.

—El altar está destrozado, todo está patas arriba, seguro que ha sido algún animal —le dije.

—Oh, no lo he visto… voy a colocarlo.

—No, de ninguna manera. Ya lo coloco yo mañana.

—Ciara, no podemos dejarlo así, es una ofrenda…

—Está bien, iré ahora.

—Iremos los dos, pero por favor, antes sube esto al desván que a mí me duelen las piernas —pidió tendiéndome una hermética caja de madera del tamaño de un maletín.

—¿Qué hay dentro?

—Objetos relacionados con el ritual. No quiero que se estropeen. Por favor, deja la caja en la segunda balda de la estantería que hay nada más entrar a la izquierda. Tápala con un paño que verás allí doblado.

—Vale.

Subí de dos en dos los escalones y entré en el desván. Dejé la

caja donde me había dicho Kael y me dispuse a bajar, entonces oí un ruido a mi espalda y me volví con rapidez hacía la estancia.

No vi nada extraño, pero estaba segura de haber oído algo. El sonido volvió a reproducirse, pero esta vez, supe lo que era.

El miedo paralizó mis piernas al tener total seguridad que lo que estaba escuchando era una respiración. Tenía el interruptor de las luces del fondo a mi derecha pero decidí no pulsarlo. Mi talón tropezó con el viejo juego de atizadores de la chimenea que había junto a la puerta y cogí uno. Sabía que tendría que actuar rápido y pensar más deprisa todavía. Con decisión, recorrí los pocos metros que me separaban de la parte del fondo del desván para enfrentarme con quién fuese que se hubiera metido en mi casa.

Había llegado la hora de poner en práctica, años de duro entreno.

***

Dago, yacía en el suelo detrás de unas cajas.

Soltando el atizador de cualquier manera, me acerqué a él sorteando varias sillas tiradas y le llamé. Me asusté al ver que no respondía. Su cabello castaño estaba sudoroso y le di suaves palmaditas en el rostro. Sus pulsaciones eran normales y su respiración acompasada, parecía estar profundamente dormido. Al ver que mis intentos por despertarle no daban resultados, bajé en busca de mi móvil y de Kael.

Al abuelo de Dago le encontré en la cocina, pero mi móvil, parecía haber desparecido. Cuando subimos, Dago no se había movido ni un milímetro.

Kael se quedó igualmente petrificado al ver a su nieto allí tirado, e hizo lo mismo que había hecho yo minutos antes. Me disponía a llamar a una ambulancia con el teléfono inalámbrico que había cogido del salón, cuando Kael me dijo que no lo hiciera.

—¡¿Qué no llame a una ambulancia?! Que yo sepa, es el segundo desmayo que sufre —razoné mirando a Dago—, además, mírale, no responde.

—No le pasa nada, no está inconsciente, está bien, simplemente está dormido —dijo con una seguridad pasmosa que hizo cuestionarme si Kael no estaría ya demasiado mayor.

—Lo siento, voy a llamar, no veo ni medio normal que ande desmayándose a cada momento —dije comenzando a teclear el número de emergencias.

—No lo hagas, por favor, Ciara.

Me detuve y le miré fijamente.

—Dago está bien, te lo aseguro —reiteró.

—Pero…

Kael tocó a su nieto el pecho unos instantes y éste comenzó a moverse despacio.

—Está despertando —dijo observándole—, pronto lo hará del todo. Deja el teléfono —pidió poniéndose en pie. Lo dijo desplegando esa seguridad que me tenía completamente atónita.

—Está… bien —contesté a trompicones, sin estar segura del todo—. Voy abajo a por un poco de agua, quizá cuando despierte tenga sed.

Kael no contestó. Estaba absorto mirando a su nieto con un gesto de quietud que me sorprendió.

***

El teléfono de casa sonó en mi bolsillo cuando entraba a la cocina. Estuve tentada a dejarlo sonar, pero se me ocurrió que podría ser mi madre y, pese a que quería reunirme lo antes posible con Kael, no podía perder esa oportunidad si era así; llevaba muchos días intentando ponerme en contacto con ella y todavía no lo había conseguido. Pero no era mi madre, sino Silvia para preguntarme si quería participar en el regalo que iban a hacer a Ana por su inminente maternidad.

Le dije que sí, y terminé la conversación lo más amable que pude, aunque noté que Silvia quedaba bastante insatisfecha con las escuetas respuestas a sus preguntas.

Cuando subí con el agua, Kael estaba junto al escritorio. Observaba el mueble con la miraba perdida y su estado se sumó a la lista de mis preocupaciones.

—¿Tú estás bien, Kael?

—Sí, sí —susurró—. Todo está bien —añadió, taciturno.

Le evalué un momento y dejé el vaso de agua encima de una mesa auxiliar que había cerca de donde estaban.

Me acerqué de nuevo a Dago y me agaché para observarle. Sus ojos se movían debajo de los párpados y, de vez en cuando emitía un pequeño gemido.

Kael acudió a nuestro lado.

—Ayer Dago me dijo que tenía que marcharse. ¿Dónde va?

—Que yo sepa, a ninguna parte —contestó, llenando aún más, su frente de arrugas.

Suspiré en silencio sin revelar mis pensamientos.

—¿Le pasa esto muy a menudo?

—No, no te preocupes.

—Creo que sí debo preocuparme —disentí.

Kael suspiró profundamente y cerró los ojos como si hablar fuera una auténtica proeza.

—Ciara, debes saber algo…

Me alarmé. El gesto de Kael era de máxima preocupación y no supe muy bien a qué atenerme.

—Aunque… creo que no soy yo quien debe hablarte de esto. Quizá tu madre…

—¿Mi madre? Mi madre no está aquí, Kael. Por favor, di lo que tengas que decir —le rogué, preguntándome qué tenía que ver ella con lo que me tuviera que decir. Qué tenía que ver con que Dago se desmayara.

—Está bien. Yo… —Kael volvió a coger aire un momento y miró a su nieto antes de hablar—. Hace mucho tiempo, ocurrió algo en la tierra de tu abuela, en mi tierra. Desde entonces, desde tiempos inmemoriales, hemos ejercido una ardua tarea. Áine, supo algo importante en el Samhain del año 2001 y… —Noté cómo su tez palidecía y la preocupación por el abuelo de Dago se incrementó.

—Kael…

Me hizo un gesto con la mano y siguió hablando pese a su súbita debilidad.

—Estoy bien.

—Me estás asustando.

—Tranquila. No debes asustarte.

—Estás pálido y Dago está tirado en el suelo del desván. ¿Cómo pretendes que no me asuste?

—Es tan complicado de explicar… —Bajó la mirada a sus manos —. En tu madre recayó una responsabilidad enorme que todavía no ha podido resolver, pero ha sido hace poco… cuando he sabido la relación que tiene Dago con el cometido de Erin.

Hice ademán de levantarme, quería ir a por el agua para que bebiera un poco, pero me sujetó la muñeca y me detuvo.

—¿Ves esto? —preguntó señalando el tatuaje que adornaba la suya.

Kael tenía un Triskel tatuado en su muñeca derecha, igual al que tenía yo al lado de mi talón izquierdo, igual que el que tenía mi madre y el que había tenido mi abuela y mi abuelo.

El Triskel, es un símbolo solar. Consta de tres brazos que se unen en un punto central. La forma de sus brazos transmite una sensación de movimiento giratorio que emula el movimiento que

antiguamente se creía que hacía el sol. Precisamente esa relación con el astro rey, le confiere un aspecto protector y que sea el motivo de decoración de numerosos objetos, armas, e incluso estelas funerarias. Representa el equilibrio entre, cuerpo, mente y espíritu. En el Universo Celta simboliza la unión de tres elementos esenciales, Tierra, Agua y Aire, pero mi abuela, se centraba en otro significado, Pasado, Presente y Futuro. Según la cultura druida, éstos, eran los únicos que podían portar este símbolo sagrado, de modo que cuando mi madre me llevó a tatuármelo en un complejo ritual cuando cumplí dieciocho años, le pregunté que por qué debía llevarlo si yo no era druida. A lo cual ella contestó, "no lo eres, pero sí tu sangre"

—Sí —contesté aturdida volviendo al presente—, lo veo.

—Es nuestra señal, la señal del camino a seguir. Es la referencia para un hombre, un hombre que con su valentía salvó algo grandioso. —Su atención volvió a Dago, le subió la camiseta y soltando el botón de su pantalón, lo bajó un poco. Un Triskel tatuado que yo conocía muy bien, adornaba su piel muy cerca de la ingle izquierda—. Tu madre ha recorrido un arduo camino, ha pasado por enormes dificultades para seguir con la búsqueda y, todos los que poseemos este símbolo somos importantes para ese cometido.

—Pero, ¿de qué hablas, Kael?

—Pronto lo sabrás, pero debes confiar en mí.

Un momento… ¿había dicho búsqueda?…, otra vez eso…

Iba a preguntarle cuando se me adelantó.

—Debes preparar tu mente para todo lo que los próximos días vas a conocer.

¿Mi mente? Mi mente no podía estar más enredada y confusa.

Kael calló, esperé a que siguiera hablando pero por lo visto no pensaba hacerlo. Iba a instarle a que lo hiciera y que me explicara lo de la repetitiva búsqueda que se mencionaba en la carta de mi abuela y que él había mentado, cuando un movimiento de Dago llamó nuestra atención.

En ese momento, pensé que despertaría pero no fue así.

Kael se levantó y fue hacia el arcón celta. Le observé preocupada, viendo cómo la postura que había mantenido junto a su nieto, le había dejado una leve cojera. Paró frente al mueble, dándome la espalda.

Decidí no presionarle. Confiaba en él, la seguridad que siempre me había transmitido iba mucho más que delegarle los asuntos importantes. Kael era de la familia, más un hermano para mi abuela

que un amigo de la infancia, y ese cariño, había traspasado las generaciones esparciéndolo sobre nosotras. Siempre había estado allí, en todos mis recuerdos, en todas las celebraciones familiares y en los malos momentos. Le tenía como a un hombre cabal, con la cabeza bien amueblada y por eso estaba tan perpleja. No era propio de él actuar de esa forma tan enigmática. Aunque quería saber más, callé ahogando mis ganas. Cuando estuviese preparado lo haría, ya diría lo que tuviera que decir.

Distraída, mi mano se deslizó sobre el Triskel que se dibujaba a la perfección sobre la piel de Dago. Pasé mis dedos por cada trazo, por esa carne que había besado mil veces.

—No entiendo nada… —musité más bien para mí misma sin dejar de acariciar el tatuaje. Intentaba buscarle una lógica a todo eso, pero no la encontraba.

Recordé de nuevo la carta de mi abuela y la predicción de su muerte. La mención de esa maldita búsqueda en la que estaba envuelta mi madre.

Cuando posé de nuevo la mirada en el rostro de Dago, mi corazón se detuvo. Había despertado y ahora mantenía sus ojos clavados en mí.

***

Aparté mis manos de su piel como si estuviese tocado brasas ardiendo.

—¡Kael!

—¿Estás bien, hijo? —Las palabras del abuelo de Dago venían acompañadas de sus pasos presurosos.

Dago miró a su alrededor y frunció el ceño.

—¿Qué hago aquí?

—¿No recuerdas cómo has llegado al desván? —pregunté.

Kael le ayudó a levantarse y yo fui a por el vaso de agua sin perderle de vista.

Dago no dejaba de mirarme con gesto contrariado. Sus ojos, de un verde intenso, me escrutaban como los míos le escrutaban a él.

Se acabó de levantar y crujió su cuello. Al instante se mareo.

—Tranquilo —le dijo Kael.

—Estoy bien, estoy bien —repitió.

—Creo que debería verte un médico —sugerí. Su rostro estaba cetrino.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —preguntó como si yo no hubiese formulado antes esa pregunta. De pronto, se giró a su

alrededor buscando algo y se dejó caer sobre el puff con las manos en la cabeza.

—¿No recuerdas cómo has llegado aquí?

Al hacerle por segunda vez esa pregunta, Dago me clavó de nuevo su mirada.

—Recuerdo estar en casa y venir hacia aquí… —Sus ojos giraron hacia su abuelo—, pero nada más.

Miré a Kael, alarmada.

—Tranquilo, seguro que luego te acuerdas de todo— dijo Kael en un intento de infundirnos tranquilidad, a ambos—. Hijo… ¿has estado escribiendo?

Dago sopesó esa pregunta en silencio y se miró las manos. Se pasó una de ellas por el pelo en un gesto de exasperación.

—Es evidente —dijo mostrándonos los dedos llenos de tinta azul —, pero no lo recuerdo.

—Será mejor que bajemos. Aquí hace frío —repuso Kael.

Dago volvió a mirarme y asintió. De pronto, me percaté de cuánta razón llevaba Kael. Estaba helada.

***

Dago no se explicaba cómo había llegado a mi casa. Ni él, ni nadie.

Habíamos bajado al salón, pero tras unos minutos de estar allí sentado en el sofá, se levantó y dijo que quería irse a casa.

En ese momento no sé muy bien lo que sentí y, aunque antes estaba deseosa de que se marchara por lo que a buen seguro me iba a sobrevenir después, en el momento que lo propuso no estuve tan segura de querer que se fuera.

Dago parecía estar muy cansado y, Kael le animó a irse a descansar.

Ahora estaba sola, y como había predicho, el recuerdo de sus ojos clavándose en mí me torturaba casi tanto como la incertidumbre y la preocupación por lo que había ocurrido.

Antes de marcharse, Kael me había asegurado que pronto me daría respuestas y que no debía preocuparme; algo que no era fácil de cumplir.

Subí las cejas un instante y suspiré.

De pronto sentí pánico.

¿Y si Dago estaba enfermo?

—¡No!, no puede ser, Kael me lo hubiese dicho.

Intenté tranquilizarme con esa respuesta; estaba segura de que sus abuelos no me habrían ocultado algo así.

Me dispuse a cerrar bien todo para acostarme y me di cuenta que la puerta de la biblioteca estaba entreabierta. Recordaba perfectamente haberla cerrado; no quería que nadie pudiera ver el desastre que había formado después de mi incursión, y mucho menos, que vieran que allí existía un pasadizo secreto, pasadizo que no había cerrado para seguir curioseando *a posteriori*.

Cuando entré, se me encogió el corazón. Los libros de los estantes, que había recogido del suelo y colocado encima de la mesa formando altas columnas, ahora se desparramaban por cada rincón. Mis ojos, buscaron fugaces el hueco por dónde se accedía al túnel al tiempo que me ponía rígida.

Procurando no hacer ruido, me introduje por el negro hueco y las luces se encendieron cuando di el primer paso. Todo parecía estar tranquilo. La puerta con el Calendario Arbóreo estaba cerrada tal y como la dejé y, no había signos de que allí hubiese entrado nadie.

Aliviada, salí de nuevo a la biblioteca y miré a mí alrededor valorando el desastre. Al menos, los libros no habían sufrido ningún daño. Sopesé cerrar el hueco y colocar todo en su sitio, pero quería entrar de nuevo a la habitación secreta aunque en ese momento no iba a hacerlo; estaba demasiado preocupada por Dago como para concentrarme en algo más.

De pronto, un maullido sonó detrás de mí y me sobresalté.

—Mañana entraré ahí dentro para estudiar todo bien, volveré a llamar a mi madre y colocaré todo esto —le dije al posible causante del desastre que rondaba alrededor de mis pies.

***

Como era de esperar, no pude dormir, no dejaba de mirar al techo y a preguntarme cómo estaría Dago.

Me descubrí pensando en sus ojos verdes, en su fiereza al mirarme y me di la vuelta incómoda en la cama. Me sentía rara y quise ahogar esos pensamientos en un vaso de leche. Entonces me acordé del vaso de agua que había dejado en el desván y decidí recogerlo; antes de acostarme, había visto a Coco subir y no quería despertarme en mitad de la noche con el estruendo de cristales rotos.

Cuando pasé el umbral de la puerta, no pude evitarlo y me acerqué al lugar donde Dago había estado tumbado.

Aparte de las sillas tiradas que recogí en ese mismo momento, había otras cosas descolocadas; algo de lo que no me había percatado cuando estuve allí tan solo unas horas antes, lógicamente por quién estaba en ese suelo y de la forma en la que estaba. Fui colocando algunas de ellas: libros esparcidos, recuerdos de viajes caídos…

Mientras lo hacía me fui acercando al escritorio, allí donde Kael se había parado y quedado absorto. Ahí también reinaba el caos. Coloqué con cuidado de no pringarme los dedos, un bolígrafo manchado de tinta y algunos lápices y, organicé las hojas que se arremolinaban encima de la mesa. Pisé algo, era otro lápiz, me agaché a recogerlo y observé que debajo del mueble sobresalían varios piquitos blancos, sin duda, cuartillas que también se habían caído. Tiré de todas ellas y las reuní percatándome de que había algo impreso en ellas.

Eran dibujos sin sentido. Dago había estado escribiendo algo, solo que no lo recordaba… Me acerqué a una de las lámparas para verlos mejor. En uno de ellos solo había garabatos, en otro, se adivinaba un rostro de mujer. Sus ojos me resultaron familiares. Intenté recordar de qué.

A su lado, otra figura dibujada sostenía algo entre sus manos, pero no pude distinguir qué era. Lo dejé todo en el escritorio forzándome a no llevármelo. Volvía a pensar en él… a sentir ese incómodo, molesto y desagradable cosquilleo...

Me di la vuelta resuelta a abandonar aquel lugar y meterme en la cama, pero lo que hice fue sentarme en el puff y recordar su tatuaje fundido en los músculos fibrosos que se soldaban a sus caderas… en cómo mis manos habían disfrutado de ellos tantas veces…

Algo en mí ardió; llevaba demasiado tiempo sin sentir sensaciones así. Nunca había sido igual con nadie, y no pude evitar compararlo con Marcos. Todo había salido mal con él, todo. Hasta el sexo era un auténtico desastre. Mil veces me había descubierto pensando en Dago cuando… ¡Dios mío, era tan exasperante!

Dejé mi dormitorio atrás y bajé al salón en busca del sopor que siempre me proporcionaba el hogar encendido. Tardó en llegar, más de lo que hubiese deseado, pero ya no pensé más en él, o al menos, eso creí, porque en mi semiinconsciencia, las palabras de Kael volvieron a representarse. Me decía que tenía que tener la mente despejada para asimilar todo lo que iba a conocer en los próximos días… Después el abuelo de Dago se esfumó y de nuevo, justo antes de que el sueño me atrapara por completo, unos ojos verdes se

fundieron en los míos, como las brasas que ardían frente a mí.

***

Amanecí en el salón, aterida de frío. El fuego se había apagado hacía horas y el salón estaba congelado. De pronto me acordé de lo ocurrido la noche anterior y eso acabó de despejarme.

Con un agujero en el estómago vi que no era muy temprano y que podía llamar a Kael

—¿Sí? —Lo que menos me esperaba es que quien cogiera el teléfono fuera Dago.

—Hola, soy Ciara.

—Ya sé que eres tú —contestó.

Me lo imaginé apoyado en la pared de medio lado, como un modelo de colonia cogiendo el teléfono gris de Olalla.

—¿Cómo estás? —Intenté que mi voz sonara plana.

—¿Y tú? Te noto un poco afónica.

¿Afónica? Me aclaré la garganta.

—Estoy bien —repuse—, ¿Tú estás mejor?

—No sé de qué me hablas.

Dago siempre bromeaba a la mínima oportunidad y dudé si estaba siendo sarcástico como de costumbre o si de verdad no recordaba nada. En cualquier caso, se notaba que ya estaba completamente recuperado.

—¿Te ocurre algo?, te noto un poco nerviosa.

—Creo que te equivocas, ¿por qué iba a estar nerviosa?

—Sí, estás nerviosa y estás afónica. ¿Es que anoche cuando nos fuimos te montaste una juerga y se te ha ido de las manos?

—Oye, ¿tú no trabajas? —le espeté.

Por lo visto, no me había equivocado. Estaba totalmente repuesto y, además, estaba empezando a sacarme de mis casillas, solo como él sabía hacerlo.

—¿Puedes decir a tu abuelo que se ponga, por favor?

Oí cómo se reía y a mí me dio un calambre en el dedo al apretar demasiado el auricular del teléfono.

—*Avó*, es Ciara —le oí decir.

Me quedé esperando como una idiota a que volviera a dirigirse a mí, pero en vez de eso, debió soltar el teléfono porque a los pocos segundos la única voz que oí fue la de Kael.

Tardé en que la irritación me bajara y solo el motivo de la llamada me distrajo de mi ridícula rabieta.

—*Bos días*. ¿Va todo bien? —Kael disimulaba mejor que yo, sin

duda.

—No, no va bien. Kael, tengo la cabeza hecha un lio.

Tras un silencio que se me hizo eterno, Kael por fin habló.

—Tranquila, cuando pueda iré a tu casa —dijo en gaélico.

—Te espero.

***

Después de desayunar y dar un repaso a lo último que tenía escrito, me dispuse a entrar en 'la habitación de las reliquias'. No quería pensar demasiado y me propuse dejarlo todo listo ese mismo día, pero antes me pasé por el salón a alimentar el fuego y me asomé un momento a la ventana que daba a la verja. Cuando estaba corriendo las cortinas, vi un coche que no reconocí parándose frente a la verja. A los pocos minutos, una elegante mujer con un bello rostro, miró hacia la casa unos instantes y se dispuso a llamar.

—¿Mamá?

Les abrí la verja y corrí a su encuentro, cuando llegué hasta ella frené mi carrera y evalué la situación.

—¿No vas a darme un beso?

—Claro —contesté avanzando con lentitud los metros que quedaban hasta alcanzarla.

Mi padre salió del coche y fui a abrazarle.

—Estás preciosa cariño —me dijo tocándome el pelo.

—Y más delgada —añadió mi madre con desaprobación.

—¿Es que no comes bien? —preguntó mi padre.

—Estoy como siempre, además, te aseguro que Olalla me tiene sobrealimentada.

Mi padre rio.

—Ya tengo ganas de volver a probar alguno de sus platos. No he conocido a nadie que cocine mejor —dijo.

—Pero ¿qué hacéis aquí?, menuda sorpresa. Os he llamado mil veces desde que hablé contigo, mamá, pero ha sido imposible comunicarme.

—Lo sabemos hija, pero ahora estamos aquí —comentó mi padre quitándole importancia a la urgencia de mis llamadas. Mientras mi madre, observaba las frutas y los velones que se apoyaban en los alfeizares de las ventanas de la casa.

—Hace dos días que acabamos el Samhain —expliqué.

—Me hubiese gustado estar aquí —dijo ella sonriendo.

Ese comentario me dejó perpleja.

—No hemos podido venir antes —añadió mi padre.

Mi madre clavó sus ojos azules en los míos.

—Ciara. —La seriedad de su tono fue acompañado de la desaparición de su sonrisa— Si estamos aquí es, porque tenemos que hablar contigo.

***

Mi madre recorrió el salón acariciando cada mueble, cada rincón mientras que su rostro, contenía la sombra de una emoción nostálgica. Cuando se percató que estaba pendiente de ella, salió de la habitación y se dirigió a la escalera.

—No puedo creer que estéis aquí —dije a mi padre. Estaba deseando poder aclarar todo lo que Kael había destapado de la pequeña caja de pandora.

—¿Cómo te apañas?

—Muy bien, papá —logré decir en un tono neutro—. Vivir aquí es una gozada y para mi trabajo bastante inspirador, aunque…, últimamente no pueda concentrarme demasiado.

—¿Ha ocurrido algo? —Mi padre hizo esa pregunta de forma casual, pero le conocía demasiado y no podíamos olvidar que su maestra, la reina del disimulo, estaba en ese momento en la planta de arriba.

Un ruido nos sobresaltó y ambos miramos al techo.

—¡Perdón!, se ha caído el dispensador de jabón del baño —gritó mi madre desde arriba.

Suspiré silenciosamente y me levanté a echar más leña al hogar. Deseé que Kael no tardara; sospechaba que iba a ser más fácil si él estaba presente en la conversación que iba a mantener con mis progenitores.

—Al parecer, tendré que esperar a que baje mamá para saber por qué estáis aquí, ¿verdad? —pregunté a mi padre mientras colocaba un tronco que se había ladeado.

No podía evitar que la impaciencia me comiera. Ya hacía tiempo que había deducido que mi madre escondía algo, pero jamás pensé que fuera algo tan misterioso y desquiciante y, mucho menos, que estuviera relacionado con las palabras que había cruzado con Kael la noche anterior. Luego estaba la carta de mi abuela, esa búsqueda… Sí, esperaría a que fuese ella quien sacara el tema.

—Todo está como siempre. Todo menos su dormitorio, bueno, el tuyo. —Su voz surgió del recibidor y dejando el fuego bien alto, me dirigí hacia allí. La encontré mirando la foto de mi abuela, Áine.

—Olalla la encontró y le puso un marco —le dije.

—Te pareces mucho a ella —comentó dejando la foto en su sitio.

—Ve con papá, allí se está muy bien con el fuego. Voy a la cocina a por café.

Mi madre me detuvo y cogiendo mis hombros me evaluó el rostro.

—¿Has visto a Dago?

No me lo podía creer. Dago, Dago. Ya tenía bastante conmigo misma para que también me lo recordaran.

—¿Por qué me preguntas ahora por él, mamá? —Contuve adornar esa pregunta con algo sarcástico e hiriente.

—Simplemente, quiero saberlo —repuso al tiempo que mi padre se unía a nosotras.

No me creí ni una palabra, pero decidí seguirla el juego.

—En el Samhain estuve con él —Preferí omitir que la noche anterior había estado 'durmiendo' en el suelo del desván.

No se me pasó la mirada que se dedicaron y eso, me enervó.

—Antes has dicho que estáis aquí porque tenemos que hablar. Pues hablemos. Entré de nuevo en el salón olvidando el café y cogí innecesariamente otro leño que eché al fuego haciendo saltar algunas chispas. Me di la vuelta y me enfrenté a sus rostros. Estaba claro que ellos no iban a comenzar, de modo que intenté calmarme un poco y dije:

—Creo que ha llegado el momento de que me digáis el verdadero motivo de vuestra visita.

***

Mi madre se sentó en el sofá más grande y me pidió que me pusiera junto a ella, pero antes de que comenzara a hablar, y pese a que ardía en deseos de saber el por qué de su inesperada visita, no pude reprimirme más y las preguntas que ya habían comenzado a picotear mis nervios, salieron de mi garganta casi en un graznido.

—¿Qué pasa con Dago?

Mis padres se miraron de nuevo pero no dijeron nada.

—Por favor, dime qué pasa con él. Me resulta extraño que me preguntes tanto si le he visto.

—No te pongas así cariño. Solo queremos saberlo. Estuvimos con él hace poco y le vimos un poco… —La frase de mi madre se quedó en el aire.

—Tenía mal aspecto —añadió mi padre.

Eso no me lo esperaba y la preocupación del día anterior, volvió a escarbar en mí.

—¿Qué ocurre?, ¿sabéis algo que yo no sepa?

Me parecía poco probable que si Dago estaba enfermo mis padres lo supieran y sus abuelos no, pero cosas más raras habían pasado en mi familia.

—¿A qué te refieres? —preguntaron los dos casi a la vez.

—Tanto Ian, como Kael y Olalla, no dieron importancia al desmayo que tuvo en el Samhain, pero debe ser importante, ¿está enfermo? ¡Vosotros también estáis preocupados por él!

—¡¿Se desmayó en el ritual?! ¿Está bien? —quiso saber mi madre.

—A Dago no le pasa nada, hija. Te lo aseguro, ese desmayo será algo puntual. —Mi padre miró a mi madre como si la reprendiera.

—Tú padre tiene razón, Ciara —se apresuró a añadir ella—. Siento mi reacción. —Le miró unos segundos—, a Dago no le ocurre nada malo. Estoy segura que ya está bien. ¿No es así?

—Vosotros sabéis algo, no soy tonta. —Me levanté y me puse frente a ella.

—No sabíamos que se había desmayado en Samhain, te lo prometo hija— dijo mi madre.

—Déjalo ya mamá. ¿Entonces a que viene preguntar tanto por él? ¿Qué importancia tiene que yo le haya visto o no?

—Solo queríamos saberlo, por…, por vuestra relación, ya sabes —se defendió ella.

Sí, lo sabía. No había dejado de saberlo en esos cuatro años.

—Te aseguro que a Dago no le pasa nada —añadió mi padre.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Quizá esté enfermo —repliqué— Anoche volvió a perder el conocimiento.

—Eso sí lo sabemos, pero ya está —replicó mi madre, poniendo punto y final al tema.

—¿Ya está?, ¿esa es tu conclusión, tu respuesta?, ¡muy convincente, mamá!

—Ciara, escucha —medió mi padre en tono conciliador—. ¿Le has notado algún síntoma de enfermedad?

—¿Te parece poco síntoma andar desmayándose por los rincones? — pregunté con retintín.

—Está bien, hija, te lo contaré. Dago tiene problemas con el azúcar. Es diabético —confesó mi madre.

—¿Diabético? —Esa declaración me sorprendió, y al parecer a mi padre también porque puso la misma cara que yo.

—Sí, así es —contestó mirando a su marido.

—Pero eso es muy peligroso si no se trata. ¿Se está administrando insulina?

—Hija, no debes preocuparte, ese desvanecimiento ha sido algo puntual. Dago se está adaptando a su nueva situación y se está medicando correctamente —repuso.

No sabía si sentir alivio o qué. Eso era importante, la diabetes no era poca cosa, pero en cierto modo sentí un cierto descanso al descartar cosas más graves que ya había empezado a enumerar en mi cabeza y, por tener por fin algo a lo que agarrarme.

—¿Desde cuándo lo sabe? ¿Y tú? ¿Quién te lo ha dicho? —pregunté.

—Se lo diagnosticaron hace poco y me lo dijo él.

—¿Él?

—Sí —contestó mirando de nuevo a mi padre—, y solo lo sé yo. No digáis nada, Dago no quiere decírselo a sus abuelos ni a su padre.

—¿Y por qué te lo ha contado a ti? —pregunté.

Mi madre volvió a mirar a mi padre un segundo antes de contestar.

—No lo sé. El caso es que lo hizo.

—No entiendo nada —susurré.

—No le demos más vueltas a ese asunto hija —terció mi padre —. Dago está bien, no exageremos las cosas.

—Antes habéis dicho que le habéis visto hace poco. ¿Es que no venís directamente de Brasil?

—Sí, venimos de allí, pero Dago fue a Sao Paulo, tenía que recoger algo para Ian —explicó mi padre.

Digerí la respuesta. Todavía estaba preguntándome por qué Dago había confiado su problema a mi madre en vez de a su familia.

—¿Y el padre de Dago os encargó algo y, él fue a Brasil para recogerlo? ¿Y qué es tan importante para que hiciera tan largo viaje?

—Deberías arreglar las cosas con él, Ciara, es un buen chico — contestó mi madre evadiendo descaradamente mi pregunta.

—No insistas más con eso, por favor.

Mi madre compuso un gesto de disgusto.

—Pequeña, —Mi padre llamó mi atención rozando con su dedo mi mejilla— ignoro lo que te hizo Dago, lo ignoramos todos puesto que nunca has querido hablar de ello, pero… ¿es tan grave?

No había hablado nunca de ello, pero ahora, menos iba a hacerlo. Ya había descubierto el origen de las pérdidas de conciencia de Dago y para qué negarlo, estaba preocupada, pero ya me ocuparía de eso en otro momento. Ahora lo que quería saber,

era el motivo que había traído a mis padres a Galicia para hablar conmigo. Quería saber qué buscaba mi madre, por qué me habían ocultado lo de la habitación de la biblioteca y ya puestos, qué era lo que Dago había ido a buscar a Brasil.

—Decidme de una vez qué es lo que pasa. Mamá, leí la carta de la abuela y como podrás imaginar, tengo muchas preguntas que hacerte.

Sabía que mi madre estaba esperando que sacara a colación esa carta, pero aun sabiéndolo, me sorprendió ver cómo su rostro tomó un intenso gesto de dolor y me arrepentí de haber expuesto el tema con tan poca delicadeza.

Me senté de nuevo a su lado y contuve mi ímpetu.

—Por favor, necesito saber.

—Tienes razones para estar enfadada conmigo, y quiero pedirte perdón por haberte ocultado algo tan importante todos estos años.

—Desde luego es evidente que ocultas algo, pero no me pidas perdón, solo quiero que me cuentes la verdad.

Mi madre suspiró largamente y miró a mi padre antes de hablar.

—Hija, ha llegado el momento de que conozcas el secreto que ha permanecido oculto durante generaciones en nuestra familia. Por eso hemos venido.

Iba a decir que si se refería a lo que escondía la biblioteca ya lo había descubierto, pero mi padre me hizo un gesto para que callara.

—Escucha lo que tu madre tiene que decirte.

—Te tengo que hacer una pregunta antes de comenzar —dijo ella.

—Dime —concedí.

—He entrado en la biblioteca y he visto que has encontrado el Calendario en el panel y también… el pasadizo.

—¿Pero cuándo has entrado allí? Si no te he visto.

—Ciara… —mi padre me instó a que contestara.

Asentí después de evaluar sus caras mientras sujetaba las ganas de acusarlos de no confiar en mí.

—¿Has abierto la… puerta? —quiso saber mi madre.

Volví a asentir.

—Está bien, entiendo… —repuso para luego ponerse seria y decirme así que iba a comenzar a hablar.

***

—Solo tenía veinte años cuando conocí lo que hoy tú vas a saber. Era el Samhain del año 1982. Todos en la familia

participábamos en los ritos druidas, en todo lo referente a las costumbres irlandesas y en todo lo que estaba relacionado con la cultura celta. Los días posteriores a la celebración, cuando ya todo el mundo se fue a sus respectivos hogares, fui con mis amigos a las playas. Allí había un muchacho que no conocía y que no hacía más que mirarme. Lejos de sentirme halagada, ese chico me causaba incomodidad por la forma en que clavaba sus ojos en mí, pese a que eran mis amigos quienes me lo habían presentado. No era la primera vez que llamaba la atención de algún muchacho, pero la mirada de aquel chico distaba mucho de parecerse a la que me dedicaban los otros del pueblo. Cuando al día siguiente me disponía a ir a buscar a mis amigos para dar una vuelta, vi que en el camino de la casa a la carretera, él, me estaba esperando. Al principio me asusté un poco, al fin y al cabo le había conocido el día anterior, y a eso se sumaba lo que he mencionado antes: sus incesantes miradas, pero en ese instante estaba, no sé…, relajado. Su gesto parecía haber cambiado y ya no me pareció tan extraño, de modo, que seguí hacia delante. Se ofreció a acompañarme para ir a buscar a los chicos y sus maneras me sorprendieron. Me agradó descubrir que era un muchacho amable y muy culto, circunstancia que causó que ya toda mi atención fuera para él mientras estuvimos en el grupo. Me contó que había viajado mucho y que estudiaba Arte. Aunque solo tenía unos pocos años más que yo, me pareció la persona con más experiencias del mundo. Hablaba varios idiomas, y me dijo que sus padres y él hacía poco que habían venido de Turquía. Esa noche ganó mi confianza y comenzamos a salir más a menudo hasta que logró que lo hiciéramos a solas. Pronto quise que los abuelos le conocieran, pero me dijo que prefería hacerlo más adelante. Una noche, vino a buscarme y entusiasmado, dijo que tenía una sorpresa preparada para mí, pero que debíamos entrar dentro de la casa pues era en la biblioteca donde se encontraba el regalo. No me extrañó su atrevimiento; a esas alturas me parecía un muchacho intrépido y no me sorprendió que se hubiese colado en mi casa solo para agradarme. Entramos al caserón a escondidas de tus abuelos. Todavía recuerdo lo nerviosa que estaba. Siempre había tenido prohibido invitar a gente, y en ese momento, lo estaba haciendo con un muchacho que ni siquiera conocían mis padres. Cerramos la puerta muy despacio para que no se nos oyera y, entre risas y susurros, estuvo mirando todo lo que allí había. Entonces, de pronto se detuvo y soltó mi mano con brusquedad. Le pregunté qué le pasaba pero no me contestó. Su atención se concentraba en algo que había a un lado del anaquel frontal. Creyendo que estaba

jugando y que era allí donde estaba la sorpresa que me había preparado, me puse delante de él esperando que siguiera el juego. Supe que algo no iba bien, porque la jovialidad habían desaparecido para dar paso a un semblante serio, pero ávido de deseo. El empujón me pilló por sorpresa y, caí sobre unas cajas amontonadas que había en un lateral, con tan mala fortuna, que cayeron sobre mí y una de ellas me golpeó en la cabeza, tan fuerte, que casi perdí el conocimiento. Él, con el ímpetu de quitarme de en medio, había originado un fuerte estruendo y, a los pocos minutos mis padres entraban en la biblioteca con la cara desencajada. En ese momento el muchacho se aferraba a la estantería y, concentrado como estaba, para mí, en esa absurda acción, no se dio cuenta de que ya no estábamos solos. Lo poco que vi lo recuerdo como si fuera un sueño puesto que la desorientación era más que la lucidez, pero lo que se me grabó a fuego fue ver a mi padre coger al muchacho y a éste revolverse como un felino para después propinarle un fuerte puñetazo que derribó a tu abuelo. Mientras que mi madre intentaba sacarme de debajo de aquella pesada montaña de cartones, tu abuelo y aquel muchacho se enzarzaron en una pelea más propia de luchadores expertos que de un simple mariscador y un estudiante de Arte. Cuando desperté estaba en el sofá de este mismo salón. Tus abuelos estaban junto a mí y sus rostros se mostraban demudados y serios.

—Ha estado en grave peligro —Oí decir a tu abuela.

—Calla Áine, creo que va recobrando el sentido —le dijo mi padre.

—Breixo, creo que va siendo hora que lo sepa.

Me percaté entonces que mi padre estaba herido en un brazo.

—¡Papá!, ¡estás sangrando! —exclamé mirando horrorizada la venda donde la sangre había comenzado a calar.

—Tienes razón, debe saberlo —repuso él tapándose al percatarse de mi mirada.

—¿Qué es lo que tengo que saber, mamá? —quise saber.

Tus abuelos me miraron con cariño y después de asegurarse de que estaba bien, mi madre cogió mi mano y me llevó de nuevo a la biblioteca. Allí, como imaginarás, me llevé una de las sorpresas más impactantes de mi vida cuando, ante mi atenta mirada, mi padre abrió el pasadizo que lleva a la habitación sagrada, un lugar que guarda un gran secreto. Un secreto que tiene una historia, la cual, cuando entramos dentro de ese lugar único, me contó y que ahora, te toca escuchar a ti.

RELATO DE LA ABUELA DE CIARA

Durante tiempos inmemoriales hemos sido instruidos para la custodia de un valioso tesoro que habiendo estado en nuestras manos en más de una ocasión, nos ha sido arrebatado en otras muchas sin poderlo evitar. Somos un fuerte Clan distribuidos por el mundo, buscando para su protección, lo que una vez se perdió. Los antiguos druidas de Irlanda vivían sumidos en las tradiciones. Su vida estaba dedicaba completamente a la naturaleza, a los vaticinios y por encima de todo, a los dioses. Pero el ser humano es débil y, con su debilidad arrastra el convencimiento de creerse un ser superior, a veces, incluso más que sus propias deidades.

Allá en el siglo IV antes de Cristo vivió Pól. Pól era el integrante de una tribu de Irlanda, un pueblo celta perteneciente a la Comunidad de Moher. Era un muchacho inquieto que anhelaba conocer más allá de lo que sus ojos alcanzaban a ver, más allá de lo que oía cada noche frente a las hogueras. Pero Oisín, el jefe druida de su tribu, todavía no había visto en él la virtud y valor que se requería para la ceremonia de virilidad y eso avergonzaba a Pól que veía cómo los muchachos de su misma edad, ya se habían ganado el favor de los dioses. Herido por ello, poco a poco se fue apartando del buen camino.

Una noche, el anciano druida fue a hablar con él. Oisín ya hacía tiempo que se había percatado de que Pól no se interesaba por los asuntos relacionados con la Comunidad y se mostraba reacio a todo lo que le ordenaban sus mayores. El anciano había conocido a sus padres que habían muerto dos años atrás y a sus abuelos, y le constaba que habían sido buenos celtas, por eso, quiso ayudarle. Pól desdeñó los consejos de Oisín y huyó de la tribu, temeroso de que las rudas palabras que había lanzado al jefe druida le costaran la vida. Era una gran falta. Esa falta de respeto podía llevarle frente a Crom, el sacrificador.

Un día, antes de la salida del sol, Oisín salió de su *rath* llevando consigo a Finnin, un muchacho que tenía bajo su protección. Había llegado la hora de desvelarle lo que ya había revelado a otros antes. Pól se escondía entre los arbustos siguiéndoles como un depredador. Oisín y el muchacho aspirante de druida, atravesaron el bosque y llegaron a los acantilados. Allí esperaba el lugar sagrado donde los druidas descansaban eternamente. Junto al *sid*, Oisín comenzó a desgranar poco a poco la historia de sus antepasados, informando a

Finnin que escuchaba embelesado. Mientras Pól, también lo hacía escondido entre las rocas. Cuando el anciano acabó su relato, una pésima sensación inundó su enjuto cuerpo y poniéndose en pie, apremió a Finnin para regresar al poblado. Antes de que pudieran dar dos pasos, Pól apareció ante ellos con algo afilado entre sus manos. El joven Finnin, fue el primero en sucumbir bajo la daga de Pól, después cayó encima de Oisín y clavando la fría hoja en su garganta, acabó con la vida del anciano druida. No contento con ello, y motivado por el rencor que le profesaba por no haber confiado en él, cogió una enorme piedra que había junto a la entrada del *sid* y aplastó su cráneo para luego tirar su cuerpo al abismo. Pól entró en el túmulo funerario y robó lo que tan celosamente habían guardado durante generaciones los druidas y, que esa misma noche Oisín, le había confiado a Finnin. Eran muchas las Varas de Filí y muchas las escrituras que en ellas se plasmaban, pero no dudó en cargarlas todas y huir lejos de allí con ellas.

El secreto había sido violado por primera vez.

No le resultó fácil esconderse, pero si en algo era bueno aquel traidor que no merecía ser tratado como un celta, era en el arte de la caza, y esa habilidad, le otorgaba la virtud de ser el mejor ocultándose.

No fueron pocos los que le buscaron, pero fue imposible dar con él. Pól, sabiendo que con tal carga sería descubierto fácilmente, escondió en distintos lugares las Varas, separándolas con la idea de recuperarlas cuando todo se calmara. Pasaron meses hasta que pudo reunirlas de nuevo. Para entonces, había llegado a sus oídos los acontecimientos que sucedían mucho más lejos del gran mar. Un rey, un dios como él se creía, estaba conquistando el mundo, era benévolo con los que le ayudaban, pero implacable con sus enemigos. Era, Alejandro de Macedonia, apodado, Alejandro Magno.

Pól estaba harto de esconderse, de llevar esa pesada carga a su espalda sin beneficio alguno. Ya no podía dar marcha atrás y volver a su tribu o, a ninguna otra, de modo que decidió ir en busca de ese rey que había logrado ser nombrado Faraón de Egipto y, ofrecerle la riqueza que contenía lo que él poseía, pero para ello, necesitaba impresionarle y él, sabía cómo. No fueron pocos los años que tardó en acercarse a uno de sus hombres, puesto que al propio Alejandro no pudo, pero se alegró de ello pues para entonces, ya sabía mucho más sobre el macedonio, y las posibilidades de asombrarle cada día mermaban más por sus aires de grandeza y la creencia en sí mismo.

El soldado que encontró respondía al nombre de Timandro. Estaba bajo las órdenes de Alejandro y pronto cayó en sus argucias. Solo tuvo que poner en práctica los conocimientos que su abuela, la antigua curandera de la tribu, le enseñó, para elaborar un brebaje alucinatorio con algunas plantas y esperar a que estas hiciesen efecto sobre el soldado. Después, le susurró las palabras adecuadas enseñándole unas cuantas runas y le mostró unas pocas Varas de Filí para salvaguardar su vida.

Le explicó lo que significaban sus símbolos y después le ordenó que se lo comunicara a su rey. Le convenció de que con ese tesoro, llegarían a ser los amos del mundo, pero a cambio, él sería la mano derecha del poderoso y nada le sería rechazado.

Los planes de Pól se arruinaron. Alejandro Magno moría en Babilonia un mes después de que él hubiese hablado con aquel soldado, dejando en Timandro, lo que parecía un residuo de lo que había sido un gran rey para los macedonios.

Pero Pól no hacía tratos con plebeyos. Furioso y decepcionado, congregó todas las Varas de nuevo y viajó con ellas a Grecia sin saber que había creado tras de sí a un monstruo. Aquel muchacho insensato ignoraba que el soldado, a quien le había mostrado la posibilidad de dominar el mundo, ya estaba ávido de poseer el Conocimiento y el Poder de aquellas Varas. Ya no podría pensar en otra cosa más en su vida.

Tras la muerte de Alejandro Magno, Timandro creó su propio ejército, tan solo con la intención de poseer lo que Pól le había enseñado una sola vez. Se hicieron llamar los Kan Kral. Una secta que segaba vidas sin piedad buscando lo que aquel traidor había expoliado. Pero Pól ya estaba lejos de allí. Viajó a Grecia, y allí, conoció a eruditos que le fascinaron. Su vanidad no se hizo esperar. Volvió a matar, y huyendo del país, logró volver a Irlanda llevándose consigo varias vidas y sus obras, unas obras que combinadas con las Varas, le otorgaban el dominio de lo que iba a ser el futuro de los hombres. Pero sus planes pronto sucumbirían bajo la espada de Timandro. El macedonio había viajado por todo el mundo, y siguiendo su rastro, había llegado hasta la isla. Un mundo desconocido para él, hecho que le llenó de regocijo al haber llegado mucho más allá que el propio Alejandro Magno. Pero a diferencia del que había sido su rey, Timandro no había pisado esa tierra para conquistarla. Al que una vez fue un leal soldado macedonio poco le importaba eso, lo que le importaba a Timandro, era lo que una vez había visto y ya no le había dejado vivir.

En Irlanda encontró a Pól y, después de arrebatarle las Varas y

los papiros, muchos de ellos, arrancados de las manos inertes de los que conoció en Grecia, lo tuvo cautivo hasta que logró que confesase entre torturas, lo que significaban los escritos, obligándole a traducir todo lo que allí estaba plasmado.

Timandro no podía creer que tal hallazgo ahora fuera mucho más poderoso que lo que él había estado buscando y, para celebrarlo, degolló a Pól dejándolo colgado boca abajo de la rama de un árbol para que su sangre regara la hierba que poblaba toda esa tierra.

Lo robado solo permaneció tres días en sus manos, pues en el poco tiempo que llevaba en Irlanda, había reclutado gente de la isla y entre su ejército contaba con guerreros celtas, que cuando reconocieron lo que su nuevo líder había usurpado, decidieron dejar de seguirle por temor a los dioses y dieron parte a los druidas del bosque. Éstos urdieron un plan y lograron arrancar a Timandro, tanto las Varas de Filí como los papiros que encontraron junto a ellas, pero… seis décadas después de ese hecho, en el año 247 antes de Cristo y, siendo Timandro un viejo detestable en el que la vida se le escapaba a cada segundo, el macedonio encontró en Escocia una parte del tesoro usurpado y, lo utilizó…

Muchos fueron los años que el Conocimiento Druida estuvo en poder de los Kan Kral. Ese hecho, fue terrible. Herederos de Timandro cumplían a raja tabla lo que él había ordenado antes de morir.

Llegó el tiempo en que gente de nuestro Clan, logró arrancarles esa parte robada en Escocia y pudiéndola reunir de nuevo con el resto. Te hablo del siglo I, del año 68 después de Cristo, te hablo de Nerón. Además de la información que nos dan los historiadores, Tácito y Suetonio, quienes describían al emperador Romano en aquel tiempo, sabemos que Nerón, fue mucho más que el líder absoluto de Roma. Por eso, e investigando en otras fuentes, sabemos que ese ser infame, mucho tuvo que ver con lo que nuestra familia protege desde hace tiempo, y tenemos conocimiento de que ese hombre despreciable, tuvo aquello en su poder hasta que su vida acabó en el año 68 y alguien de nuestro Clan, se lo logró arrebatar.

Durante siglos las reliquias estuvieron a salvo, pero en el siglo IX de nuestra era, ocurrió lo que parecía imposible. Un novicio Irlandés, encontró todo ello en el mismo túmulo funerario del filo de los acantilados de Moher donde Oisín había sido asesinado, de donde las Varas habían salido por primera vez.

Parece que las reliquias druidas junto a los papiros, estaban

destinados a ser usurpados por manos sucias, pues el monje nada dijo de su hallazgo y, a espaldas de sus hermanos, robó por segunda vez en la Historia lo que en aquel *sid* descansaba.

Una idea se le ocurrió a aquel insensato: transcribir lo que en las Varas de Filí estaba tallado y, junto con los papiros, elaboró un Códice. El Códice más poderoso que jamás un hombre pudiera contemplar y poseer. Pero el destino le tenía preparado un trágico final. Los druidas de la isla conocieron lo que aquel joven novicio había hecho y antes de que saliera de Irlanda, como tenía planeado, lograron dar con él. Purificando su cuerpo para entrar en el sitio sagrado, le obligaron a devolver al túmulo las escrituras, ya en forma de manuscrito. La ira de los dioses se encargó de que aquel insensato quedara sepultado en el *sid* con el Códice.

Muchos años estuvo oculto, hasta que unos ignorantes saqueadores de tumbas lo sacaron de allí. De nuevo, fueron los druidas los que acudieron a su rescate, y alarmados porque los Kan Kral estuvieran cerca, pidieron ayuda a un monje que de buen grado los ayudó, pues en sus venas corría la sangre celta de sus ancestros y había sido criado bajo las túnicas de los jefes druidas.

Un hombre, un solo hombre no fue suficiente. Solo dos décadas pudo mantenerlo a salvo. Las fuerzas de los Kan Kral acechaban, pero no eran las únicas.

Corría el siglo XII e Irlanda estaba sufriendo cambios. De nuevo la codicia de los hombres se antepuso a las creencias ancestrales. Sabemos que el Códice fue depositado de nuevo en el *sid* originario en el año 1185, pero incomprensiblemente, después de dos siglos fue encontrado en las catacumbas de Florencia por los Médicis, quienes lo tuvieron en su poder hasta su caída. Se perdió su pista durante un tiempo. Creemos que estuvo deambulando de mano en mano sin que supieran realmente lo que era, pero por fin, en el año 1824, volvió a aparecer en el lugar más insospechado.

El Clan es grande, estamos repartidos por todo el mundo y algunas de las personas que lo forman, están altamente cualificadas. Entre ellos, se encontraba, François Donaire, un hombre que dedicó su vida al Clan. Con sus conocimientos, logró introducirse en el lugar donde se encuentra una de las más extensas y secretas bibliotecas del mundo: Las profundidades de la Ciudad que alberga la Plaza de San Pedro. François, era director del Laboratorio de Restauración y Paleografía del Archivo Secreto del Vaticano. Estaba rodeado de escritos que databan de siete siglos atrás, pero eso era lo que constaba oficialmente. Los de mil años anteriores, estaban en los sótanos de alta seguridad, y es allí, donde debía guardar después

de haber estudiado y descifrado, el Códice que llegó a sus manos procedente de las pirámides de Egipto.

François no tuvo ninguna duda en cuanto lo vio. Había dedicado su vida entera a esa profesión, esperando que algún día el manuscrito que tanto habíamos buscado llegara a él de una forma u otra. Y ese ansiado sueño, se hizo realidad.

Haciendo acopio de un gran valor e ingenio, y siendo ayudado por otros integrantes del Clan como, algunos guardias suizos de alto rango y diplomáticos de la Santa Sede que estaban involucrados en nuestro cometido, el Códice fue sacado del Archivo Secreto y fue enviado a Irlanda donde su custodia recayó en manos de nuestra familia. Desde entonces fuimos sus tutores, pero sabemos con seguridad, que la Orden de los Kan Kral no ha dejado de ir tras de él.

***

Mi madre acabó de exponerme el relato que en su día le contó mi abuela y yo tenía preparadas mil preguntas. ¿Esos escritos habían estado en poder de Nerón? ¿En el de los Médicis? ¿Había gente del Clan en el Vaticano?, ¿druidas?

Pero no pude hacerlo. Mi padre posó las manos en los hombros de mi madre en un gesto de complicidad y vaticiné que no había acabado; algo mucho más personal iba a salir de sus labios.

—¿Mamá, estás bien? —le pregunté, su rostro había perdido color.

Ella me miró largo rato y procedió a contarme lo que tanto parecía costarle.

—Ciara —me dijo—, los Kan Kral no han dejado de buscar el Códice. En ese manuscrito hay plasmado un gran Saber, pero en sus vitelas no solo se encuentra la Sabiduría Druida que desvela las costumbres y secretos druídicos desde tiempos inmemoriales, sino también ricos escritos de famosos eruditos que eran fieles a Aristóteles, como Teofrasto y otros nombres que no tuvieron tanta transcendencia. Sus obras también fueron grandiosas y fueron incluidas en el Códice. Los textos, igualmente contienen declaraciones de astrólogos e iluminados que vaticinaron tragedias y hechos venideros, también escrituras malditas... Como te he dicho, muchos de esos escritos están recorriendo el mundo desde el siglo IV antes de Cristo, y en sus textos hay vaticinios que ya se cumplieron fielmente. El nacimiento de Jesús y su muerte; la violenta erupción del Vesubio sobre Pompeya; la caída del Imperio

Romano; las cruzadas; la peste negra; la invasión normanda; el descubrimiento de América; la revolución francesa; la Santa Inquisición; la gran hambruna de Irlanda en 1845; la I y II guerra mundial; la caída del muro de Berlín; la guerra civil en 1922 en Irlanda, la de España… y, muchas más cosas que todavía no han acontecido, pero que te aseguro, acontecerán y no podremos evitar...

Mi madre suspiró a la vez que lo hacía yo.

—Ciara —prosiguió— acababas de cumplir quince años cuando volvimos a sentir la amenaza. Entonces, acabábamos de llegar de Luxemburgo, veníamos a pasar las navidades aquí en Galicia. Mis padres, tus abuelos, eran los guardianes… del Códice.

***

—Espera por favor —pedí.

No pude aguantar más e interrumpí a mi madre. Había estado a punto de hacerlo antes, pero entonces, no me había atrevido.

Tenía que ordenar mis pensamientos. Había escuchado que ese Paleógrafo del Vaticano François no sé qué… que era una eminencia en la Comunidad, había enviado el manuscrito a mi familia para que lo custodiara, pero 1824 me parecía una fecha tan lejana que no me había detenido a pensar nada más, pero ahora, oír de los labios de mi madre que mi propios abuelos eran quienes habían protegido tal peligro, me parecía demasiado.

—Erin, es normal que Ciara esté colapsada —susurró mi padre —. Quizá deberías dejarlo y seguir luego.

—No, no quiero que lo deje —protesté—. Pero es que estoy atónita. No puedo creer que los abuelos hayan sido los protectores de algo así.

—Así es —dijo ajena a todo lo que en mi cabeza se enredaba—. El Códice llegó a nuestra familia, debía estar con nosotros.

—Sigue por favor —pedí.

—Los Kan Kral —continuó—, no pudieron dar con él en todos esos años. Realmente, no sabían que nosotros lo teníamos. Lo supieron por alguien que perteneció a nuestro Clan y que…, nos traicionó. Cuando yo todavía no había cumplido los cuatro años, vivíamos en la isla, pero el riesgo era tan grande que tuvimos que irnos de Irlanda un tiempo, y en vez de venir aquí, fuimos a Escocia. Alana y Brian, mis abuelos, nos acompañaron.

—Sí, recuerdo que eso me lo contó la abuela —le dije— me acuerdo que me decía que con Alana y tu abuelo Brian ibais a ver la

estatua del legendario William Wallace.

Mi madre asintió con melancolía.

—Cuando se calmaron las cosas, volvimos a nuestra casa en Irlanda. Pero luego, todo se complicó y vinimos a vivir a Galicia. El caserón siempre había pertenecido a la familia y mis padres consideraron que era un lugar seguro para todos. Además, el Códice no podía estar en otro sitio mejor que este. Esa habitación es como una pequeña fortaleza. No podía estar en mejor lugar, rodeado de tallas que cincelaron nuestros ancestros y en la tierra que lo llamó. Pasó bastante tiempo, pero volvieron a intentarlo como te he relatado antes. Después de lo que pasó el día en que ese chico me engañó y logró meterse en la biblioteca, las cosas volvieron a estar mucho tiempo calmadas. —Mi madre se detuvo unos segundos pero continuó enseguida— Conocí a tu padre y nos fuimos a Madrid… te tuvimos a ti… todo fue bien unos años, hasta el día en que he mencionado antes. El día en que vinimos de Luxemburgo.

Noté como los ojos de mi madre se humedecieron y miré a mi padre un segundo. Él me hizo un gesto para que la dejara calmarse unos instantes mientras que ella al fin, suspiró profundamente y prosiguió.

—No sé si lo recuerdas, pero no habíamos hecho más que llegar cuando tuviste aquel accidente con la bici y te rompiste la pierna.

—No podría olvidarlo… —susurré.

Lo recordaba, claro que lo recordaba, pero esos días no quedaron grabados en mi memoria por ese motivo, ni porque iban a ser las primeras navidades que pasaba en San Andrés, sino por otro bien distinto, que intuía, pronto iba a mencionar.

—Ya era de noche y nosotros estábamos contigo en el hospital. Esa mañana te habían operado la pierna y estabas ingresada. Los abuelos se fueron a casa a descansar después de un largo y cansado día en la clínica. No llevaban más que unos minutos en el caserón, cuando vieron a tres miembros de la secta que se introducían en la finca. Antes de que estos los descubrieran, mi padre insistió en ir a la biblioteca. Quería encerrar allí a mi madre junto al Códice para protegerla, pero uno de ellos les sorprendió cuando se estaba abriendo la puerta que daba a la habitación sagrada. Tu abuelo intentó retenerle pero logró entrar y coger el libro. Mis padres se lanzaron contra él sin importarles las consecuencias, pero el miembro de los Kan Kral estaba armado e hirió a la abuela. Cuando estaba a punto de escapar con el Códice, mi padre le alcanzó de nuevo y pelearon por el manuscrito. Fue una lucha complicada, el miembro de la secta logró salir al pasadizo con el Códice, pero mi

padre no le soltó. Para entonces, la puerta de acceso a la habitación sagrada se había cerrado accidentalmente y la abuela quedó allí encerrada. Desesperada, no pudo más que esperar a que la fueran a buscar y rogar al cielo que a mi padre no le pasara nada malo. Estaba él solo ante ese atajo de asesinos. Cuando la puerta de la habitación sagrada se abrió de nuevo, supo que todo había acabado. Varios integrantes del Clan entraron a por ella. La habían buscado por toda la casa y no encontrándola por ningún sitio, fueron al único lugar del caserón donde faltaba por mirar. A la cabeza iba Kael, quien por suerte, sabía la combinación, pero… entre ellos, no estaba su marido. En el pasadizo encontraron varias vitelas desprendidas del Códice, posiblemente se habían desprendido en el forcejeo que había mantenido tu abuelo con ese malnacido. Su corazón dio un vuelco cuando observó la sangre que manchaba todo. Aunque débil y a punto de desfallecer por la herida que le había ocasionado el miembro de los Kan Kral, sacó las fuerzas suficientes para exigir que la llevaran junto a su marido. Los integrantes del Clan se mostraron reticentes, pero ella era la jefa druidesa y no pudieron negarse, de modo que acataron su orden. Salieron al jardín, donde dos hombres de la secta yacían sin vida. El tercero había sucumbido muchos metros adelante junto a unos arbustos. Ninguno de los tres, tenía el Códice consigo. Eso hizo que mi madre albergara esperanzas. Mi padre había conseguido matarles y salvar el manuscrito. Cuando las fuerzas de la abuela Áine parecían recobrar vigor al saber que mi padre había logrado vencerles, Kael se interpuso en su camino e intentó impedirla el paso. Entonces, supo que algo terrible la esperaba. Ciara…, tu abuelo Breixo, mi padre… yacía sin vida en mitad de la finca. Su cuerpo estaba herido a espada. No habían tenido compasión con él.

Mi madre apretó los labios aguantando la congoja mientras yo intentaba deshacer el nudo que se me había formado en la garganta.

—Áine casi enloqueció —continuó—. Mientras tanto, nosotros estábamos en el hospital acompañándote, pero esa noche me encontraba muy inquieta y como si presintiera lo que había ocurrido, llamé a casa. No obtuve respuesta y supe que algo malo había pasado. Llamé a Olalla para que se quedara contigo y fue cuando me contó que alguien había entrado en el caserón. Cuando llegamos y encontramos a Kael pálido y sudoroso, tuve la certeza de que mi vida iba a cambiar para siempre. Nadie pudo contenerme y, cuando llegué hasta un pequeño grupo que se congregaba en medio de la finca, vi a mi madre en medio de todos ellos hecha un ovillo al lado de mi padre, muerto.

—Mamá…

Recordaba aquellos días. Olalla no se separó de mí en ningún momento. Me contaron que mis abuelos habían tenido un accidente y que uno de ellos no había sobrevivido. Recordé la desesperación tanto de mi abuela, como de mi madre… No era para menos.

—Algo no cuadraba —prosiguió—. Los hombres que habían entrado en la finca estaban muertos en el caserón y muy cerca de él, mientras que mi padre estaba alejado de allí. Primero creímos que le hirieron de muerte mientras luchaba en la casa con esos malditos y que había conseguido llegar hasta donde murió… que allí se agotaron sus fuerzas… y cayó…, pero varios integrantes del Clan desecharon esa posibilidad cuando levantaron el cadáver del abuelo. — Mi madre cerró los ojos, con dolor.

—Erin, descansa —le recomendó mi padre.

—Estoy bien, Ángel, estoy bien —contestó y volvió a fijar la vista en mí—. Lo habían matado allí mismo, en el lugar que estaba. Atravesado…, atravesado por una espada. La tierra debajo del cuerpo de mi padre tenía la señal inequívoca de un grueso acero.

Subí las manos a mi boca, horrorizada.

—La señal del arma estaba impresa en el suelo —volvió a repetir —. Supusimos pues, que esos tres malnacidos no vinieron solos, pero nada más supimos entonces, y trece años después, seguimos sin saber quién fue el que mató a tu abuelo. Solo sabemos que los que yacían muertos en la finca, no fueron quienes lo mataron.

—Es terrible —susurré.

—Entré en estado de shock, no podía encajar lo que había ocurrido. Por otra parte, la abuela comenzó a tener un comportamiento extraño, sabía que la pena la consumía, actuaba con nerviosismo, furiosa a veces. Pese a sus creencias y a estar preparados, pese a saber que el cuerpo es una envoltura de nuestro espíritu y que la muerte no es el final, no había consuelo para ella. Se encerraba en su dormitorio, gritaba y maldecía para después, llorar hasta el amanecer. De nada servían mis palabras de aliento. Acabábamos llorando las dos. Lo que nos torturaba, era la manera, la forma en que había sido asesinado.

Mi madre calló unos segundos y respeté su silencio. Enseguida comenzó a hablar de nuevo.

—Una noche me confesó lo que se había sumado a la desgracia de la familia. El Códice no estaba. La persona que había dado muerte a tu abuelo, ese miembro de la Orden, había logrado arrebatárselo antes de matarle. No sabíamos qué hacer, a quién acudir. El manuscrito había permanecido con nuestra familia desde

hacía décadas. Solo nosotros teníamos esa responsabilidad, pero nos quedaba algo: los pliegos de vitela que se habían desprendido en la lucha. Las reunimos con sumo cuidado y, cuando comprobamos de qué parte se trataba…, albergamos cierta esperanza, de modo que las pusimos de nuevo en el atril para que esa ínfima parte del manuscrito, volviera a estar bajo la protección de los símbolos Ogam.

—No puedo creer todo lo que me cuentas, mamá. ¿Y entonces? ¿Esa secta tiene el manuscrito?

—Al año siguiente de que tu abuelo Breixo muriera, integrantes del Clan nos comunicaron que habían interceptado a un miembro de la Orden. Le… hicieron confesar y… declaró que ellos no tenían el Códice, pero que sí sabían que nosotros teníamos algunas vitelas que se habían desprendido de él.

—¿Pero cómo lo supieron? Todos los que estuvieron allí murieron —susurré.

—Creemos que el miembro de la Orden que peleó con tu abuelo y fue testigo de cómo los pliegos se soltaban, pudo comunicárselo a alguien antes de morir. Es lo único que se nos ocurre. Entonces, la confesión del desgraciado que declaró al Clan que ellos no tenían el manuscrito, sirvió para explicarnos por qué la fuerza de la maldita secta no había caído sobre nosotros con más ímpetu al ver que en el Códice, que supuestamente tenían ellos, no estaba lo que buscaban realmente puesto que la parte que se desprendió y que nosotros tenemos guardada, era lo que ellos realmente codiciaban. Una noche, tu abuela me informó que había estado hablando con los ancianos del Clan y habían llegado a la conclusión que había que reunir varios integrantes para encontrar cuanto antes el Códice, y que ella, sería la principal buscadora. Era su deber y, la revelación del miembro de la secta fue el empujón que necesitaba. Kael quiso hacerse cargo, pero tu padre y yo nos opusimos, tanto a que fuera ella, como a que fuera él. Fue cuando se fundó la Comunidad de la Búsqueda. Todos en el Clan se movilizaron, pasando a ser yo, con el permiso de los *ancianos,* la coordinadora y la principal buscadora. Nosotros, nos haríamos cargo.

—Pero, ¡¿Qué estás diciendo?! —exploté. ¡Ninguno de los cuatro! —No pude mantenerme callada por más tiempo. Eso era una locura.

—Tuvimos que hacerlo, hija —replicó mi madre.

—Si no lo hacíamos nosotros lo haría Áine —añadió mi padre—, y no íbamos a consentirlo.

Inspiré hondo y contuve el aliento unos segundos.

—¿Y por dónde comenzasteis? —quise saber.

—Por todo el mundo —contestó—. Los Kan Kral no lo tenían, pero quien lo tuviese tenía que devolverlo. Era, *es*, demasiado valioso y… peligroso.

—Entonces, ¿el chico que te atacó y se metió en la biblioteca, era miembro de la Orden de los Kan Kral e iba a por el Códice?

—Sí.

—Pero eso ya es pasado. Entonces venían a por el manuscrito. Ahora la Orden es consciente de que no lo tenemos, pero seguimos teniendo algo que codician aunque ellos ignoren la parte que es, circunstancia que no les impide intentarlo una y otra vez —repuso mi padre.

—Quieren lo que hay en la habitación sagrada —añadió mi madre.

—¿Por qué decís *sagrada*?

—Por qué está bendecida por los signos Oghámicos.

Intenté recordarlos pero solo vino a mi memoria los símbolos que se tallaban en el atril que sostenía las vitelas.

—¿Y qué quieren hacer con ello? ¿Venderlo? —pregunté.

—Es mucho más complicado que todo eso. Lo que hay sobre ese facistol contiene Conocimientos Druidas de nuestros antepasados. Unos manifiestos que son de vital importancia. Como ha dicho tu padre, ellos ignoran qué parte del Códice es, y damos gracias porque sea así. Mucho antes de que nos enteráramos de que la Orden no tenía en su poder el manuscrito, ya nos preguntábamos cómo la secta no había vuelto a por la parte que faltaba. Esa parte de los escritos es una fracción muy importante, tan importante que aunque lograran hacerse con el libro entero, sin esa parte que poseemos nosotros no conseguirían su propósito. Cuando fuimos conocedores de que ellos nunca habían tenido es su poder el manuscrito, fue cuando pensamos que algo más había ocurrido la noche en la que murió mi padre. Sí, esa nefasta noche los miembros de la Orden le arrebataron lo que habíamos protegido durante años, pero sabemos que el libro no llegó a sus superiores. Presumimos que el miembro de los Kan Kral que mató a mi padre y robó el Códice, fue interceptado antes de llegar a su destino por otro integrante de nuestro Clan, al menos eso hemos deseado siempre: que la persona que logró rescatar el libro fuera de los nuestros. Quizá tuvo que huir con él sin poder dar parte.

Mi cabeza comenzaba a dar vueltas. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Qué había sido de mi aburrida vida?

Mis padres se miraron un segundo y luego posaron sus ojos en

mí.

No podía creer lo que me habían contado.

***

Mi madre me había narrado fielmente toda la historia y yo…, no podía dar crédito a lo que había escuchado.

La muerte de mi abuelo Breixo a manos de esa Orden… los últimos acontecimientos… Lo que mi madre acababa de contarme… lo que Kael había mencionado…

La miré sin saber muy bien cuál sería mi aspecto y comprendí que esperaba que dijera algo al respecto, pero no sabía por dónde empezar.

—Todo es increíble mamá, es, es… —sacudí la cabeza azorada. — ¿Habéis logrado encontrar algo en todo este tiempo?

Mi madre negó con la cabeza antes de hablar.

—La abuela murió sin que tuviéramos éxito en la búsqueda. Constantemente la ponía al día de nuestros infructuosos hallazgos, unos fracasos que iban mermando su salud. El Códice nos lo arrebataron a nosotros y sobre nosotros recayó la responsabilidad de rescatarlo de nuevo. Comenzamos la búsqueda en cuanto pudimos. Para entonces, yo estaba preparada eficazmente. Había preparado mi cuerpo y me había instruido en la lucha. Los dos lo hicimos — dijo mirando a su marido—, también los conocimientos que posee tu padre resultaron imprescindibles. Cuando nos enamoramos, le confié el secreto de la familia y las complicaciones que conllevaban y nunca puso un pero. Siempre me apoyó en todo, y cuando nuestra fue la responsabilidad de tan ardua tarea, siguió apoyándome como lo había hecho siempre.

—Y siempre lo haré —susurró mi padre.

Ella le sonrió con los ojos tristes.

—Admito que contigo todo era un poco más complicado — repuso mi madre volviéndose de nuevo a mí—, pero no fue impedimento alguno para que prosiguiéramos con la causa.

—Mi trabajo también ayudó —añadió mi padre—, el traslado constante a distintos países colaboraban en la búsqueda.

—Pero no siempre era así —interrumpió mi madre—. ¿Recuerdas lo que nos pasó en Turquía? —preguntó a mi padre. Éste frunció el ceño unos instantes y después asintió cerrando los ojos y abriéndolos hacia mí.

—Fue allí dónde nos dimos cuenta de lo dura y difícil que era tal tarea —dijo.

—Así fue. Cuando vivíamos en Turquía, sospechamos de un hombre que vivía en un pueblo cercano a la ciudad. Por aquel entonces, tu padre ya había arreglado los papeles para trasladarnos a Sídney, tal y como la empresa lo exigía. El tiempo se agotaba y antes de que pudiéramos contactar con él, tuvimos que irnos del país. Fue cuando comenzamos a emplear nuestras vacaciones para ir donde habíamos comenzado nuestras pesquisas y que por diversas causas, no habíamos podido culminar. Entonces, si antes ya venías por gusto a veranear aquí a Galicia, el que te quedaras casi tres meses con la abuela, se convirtió para nosotros en una necesidad.

Esa confesión me trastocó profundamente.

—Yo… he sido tan injusta contigo…, pensaba que no querías venir a verla.

—Ciara, no te sientas mal, cariño, tú no sabías nada y sé…, que después de su muerte has estado enfadada conmigo, pero ahora sabes la verdad. Soy druidesa y era mi obligación, lo sigue siendo, pero… en todos estos años no he podido encontrar el Códice y el tiempo…

—¿Pero por qué no me habéis hecho partícipe de todo esto, antes? —pregunté intentando evadir los sentimientos de culpabilidad que comenzaban a aguijonearme— ¡Nos hubiésemos evitado muchos malentendidos! —De pronto sonó el teléfono y nos sobresaltó a todos—. Dime mamá, luego veré quién llama —la insté.

—No cariño, ve a ver, puede que sea Kael.

—Da igual, si es él, luego le llamo. —El timbre del teléfono se silenció, pero a los pocos segundos comenzó a sonar de nuevo.

—Será mejor que lo cojas —me recomendó mi padre.

Me levanté y fui hacia el teléfono de mala gana.

—¿Diga?

—Soy yo Ciara, siento no haber ido, pero he recibido una visita inesperada esta mañana y no podía irme sin más. Ya se ha marchado, de modo que estaré allí en lo que tarde en llegar.

—Yo también he recibido una visita inesperada.

El silencio de Kael delató su confusión. No quise alargarlo más.

—Mis padres están aquí.

***

Kael tardó veinte minutos en llegar a casa.

Mis padres le saludaron cariñosamente y en ese abrazo noté como si se me cayera una espesa venda de los ojos, pues en ese gesto, vi un gran vínculo, un vínculo que siempre había existido

entre ellos y que la obligada ausencia de mi madre a la que era su casa, no había hecho sino reforzar más ese amor al que también se había sumado la admiración y el agradecimiento de la labor a la que mi madre había dedicado su vida. Ahora lo comprendía y viéndolos, viendo cómo con la mirada lo decían todo, confirmé que Kael sabía toda la historia que mi madre me había revelado momentos atrás.

Siempre, lo había sabido.

Kael les informó de los últimos acontecimientos. Yo por mi parte, les confesé cómo había sido mi encuentro con la habitación secreta de la biblioteca.

—No debes sacar nada de allí, hija —dijo mi madre.

—Y todo debe estar debidamente cerrado —añadió Kael.

—Lo cierto es que hoy iba a colocarlo todo y a cerrarlo —repuse.

—¡¿La habitación sagrada está abierta?! —exclamó mi madre súbitamente alterada.

—Tranquila Erin, solo el pasadizo —contestó Kael, y con esa respuesta supe que él estaba al tanto de mi descubrimiento; no quise hacer ningún comentario al respecto.

—Sí, el pasillo está abierto, pero la puerta de acceso a la habitación la cerré. Lo lamento. Ha sido una estupidez —me disculpé.

—De acuerdo, hija, perdóname tú a mí —susurró.

Todos nos sumimos en un concentrado mutismo hasta que mi madre se dirigió a Kael.

—¿Estás, estás seguro de lo que nos contaste anoche?

—Sí, a mi pesar sí —aseguró con la mirada sombría—. Tenemos que reunirlo todo cuanto antes. Todo debe estar junto al Códice, junto a la otra parte del capítulo.

—Lo sé, pero… —Mi madre se sentó a plomo en el sofá.

Intenté procesar lo que estaban diciendo pero no entendía nada. ¿De qué hablaban?, ¿Anoche?, era evidente que Kael y mis padres habían hablado la noche anterior, pero ¿a qué se referían ahora?

—He repasado los escritos que poseemos —explicó Kael— y todo coincide... No podemos demorarnos más.

—No es sencillo, pero lo buscaremos con más fuerza que nunca —repuso mi padre con rapidez.

—Escuchad, esta noche he tenido mucho tiempo para pensar y creo que tenemos algo nuevo, algo que puede ayudar a encontrar el Códice —dijo Kael con ímpetu—. Tengo el convencimiento de saber

dónde puede estar. Sabéis que una vez se perdió la pista del manuscrito en el siglo XII y sé… estoy seguro, que alguien lo metió de nuevo en el *sid* de los acantilados de Moher. Erin, creo que allí está la clave.

Mi madre se levantó y fue hacia él en silencio, se miraron durante largo rato enervando mis nervios. Me giré hacia mi padre buscando un poco de complicidad, pero encontré que mantenía sus ojos sobre Kael con la misma expresión que tenía mi madre.

—¿Los acantilados de Moher? —susurré más bien para mí ya que nadie parecía escucharme. Ambos estaban tan concentrados que parecían hablarse sin despegar los labios.

—El túmulo original… —dijo al fin ella y me miró un segundo para volverse a mi padre—. Ángel, nunca caímos en que el manuscrito pudiera volver al lugar sagrado…

—¿Qué? —preguntó él visiblemente sorprendido.

—Sí, pero a ver…, no saquemos las cosas de quicio —objeté antes de que se hicieran una falsa ilusión; ya era hora de que yo también opinara en algo—. Quieres decir que después de que el Códice fuera sacado de allí antes del nacimiento de Cristo, volviera de nuevo al túmulo, después volvieran a sacarlo y lo rescatara el monje aquel… ¿cómo dijiste que se llamaba…? ¡Mateo! —recordé —,… ¿quieres decir que ahora en 2013, y después también de que lo hubieran tenido los Médicis y a saber quién más, ha vuelto a Irlanda? ¿Eso es lo que quieres decir? Pues francamente mamá, no creo que el Códice esté allí. ¿Quién lo iba a depositar?

—Tienes razón, hija —terció mi padre.

—Sí, Ciara tiene parte de razón —repuso mi madre abriendo mucho los ojos—, pero pensad, piensa Ángel. Otras veces ha pasado. El manuscrito ha sido puesto a salvo por gente del Clan. Personas que no han podido dar parte de ello, que han muerto en el empeño haciendo esa labor. ¡Vamos!, nadie puede confírmalo porque no tenemos documentos que lo acrediten, pero todos en el Clan creemos que en los años en los que no supimos dónde se hallaba el Códice, alguien lo puso a salvo de alguna manera, sino…, si hubiese caído en las manos de los Kan Kral lo hubiésemos sabido como supimos quién lo tenía hace casi dos mil años… —Sacudió la cabeza con pesar—. Si el Códice fue encontrado en la pirámide de Giza, en Egipto, es porque alguien ajeno al Clan y a la Orden también, una vez más, logró conseguir el manuscrito de alguna manera y, cuando se quiso deshacer de él, lo metió allí. Ángel sabes como yo, que quien ha observado sus escrituras sabe que deben estar bajo techo sagrado…

—Pero… —Mi padre quiso hablar pero mi madre no le dejó.

—Entonces, bien…, recapitulemos desde el Renacimiento… El Códice estuvo en Italia largo tiempo pasando por las manos de todos los Médicis quienes lo sacaron de las catacumbas, pero luego se volvió a perder su rastro. Los Médicis no eran del Clan, pero tampoco lo eran de la Orden. Creemos que el Códice cayó en sus manos por puro azar, pero solo Cosme, el hijo de Giovanni de Médicis, le dio la importancia que merecía y lo guardó celosamente aun ignorando qué personajes oscuros lo perseguían. Sus sucesores no fueron tan cuidadosos con el manuscrito. ¡Doy gracias que no fue quemado en la 'hoguera de las vanidades' junto con otros manuscritos por orden del monje Savonarola, que había puesto a los florentinos en contra de Lorenzo de Médicis! —exclamó agitando la cabeza—. Pero bueno, esa es otra historia. Sabemos que el último de aquella dinastía, Gian Gastón de Médicis, y ya hablo del siglo XVIII, desatendió los consejos que venían junto al manuscrito desde hacía siglos y, en vez de mantenerlo oculto, lo vendió junto con otras obras sin saber lo que era realmente. También sabemos que las manos que entonces lo compraron, tampoco eran de los nuestros ni de la Orden de los Kan Kral, pero esos desconocidos, y esto para averiguarlo ha llevado un trabajo de muchos años —puntualizó— lo tuvieron en su poder un tiempo incierto y fueron ellos los que lo llevaron a las pirámides. Luego como ya sabéis, fue rescatado y llevado al Vaticano. Después fue custodiado por nuestra familia y cuando nos lo arrebataron, ese alguien anónimo que estoy segura que pertenece a nuestro Clan, se lo consiguió quitar al miembro de la maldita secta que atacó a mi padre esa noche. ¿Por qué no pensar que esa persona lo llevó al sitio más importante de todos? ¡Moher!, Moher es el origen. ¡El lugar sagrado por excelencia! Puede que no le diera tiempo a dar parte a la Comunidad de que él lo tenía o, incluso estuviera en peligro y quizá no pudo guardarlo en otro lugar.

Todos la mirábamos sin decir nada.

—¡¿Pero es que no lo veis?! —gritó con impaciencia.

La entendía a la perfección, sabía por dónde iba, pero aun así, me costaba creer que el Códice pudiera estar de nuevo en Moher. No podía ser tan sencillo.

—Los Kan Kral no lo tienen —prosiguió—, y estamos seguros que ellos creen que la parte que les interesa sigue en el manuscrito. —Mi madre se dirigió a mí—. Es posible que el Códice esté guardado de nuevo en el Origen. Quizá la persona que esa noche lo salvó, esa persona anónima, lo llevó a Moher sin saber que nosotros

éramos sus protectores. Ese hombre o mujer, sabía su procedencia, todo nuestro Clan lo sabe, de modo que creo que cuando logró despojar a la Orden de lo que nunca le ha pertenecido, lo llevó a los acantilados. Debemos ir a Irlanda. Debemos ir a Moher. Quizá haya vuelto a su lugar, al lugar del que nunca debió salir.

—Erin, sabes que es difícil que el Códice se encuentre allí —Mi padre extendió su coherencia—, si su destino era ser depositado allí, vuestra familia lo podría haber llevado hace décadas, y no lo hizo. Además, ya hemos…

—¡Lo sé! —Mi madre interrumpió a mi padre demasiado irritada —. Repito que quizá la persona que se lo arrebató a los Kan Kral no sabía que nosotros éramos los custodios del Códice y sin saber qué hacer con él, decidió llevarlo a su lugar de origen.

—Cariño, no has caído en algo muy importante —le recordó mi padre.

Mi madre parpadeó varias veces, y me dio la sensación de que contenía un sentimiento más que la confusión.

—Si quien arrancó el manuscrito a los Kan Kral era alguien de nuestro Clan, tenía que saber que en ese momento el Códice estaba siendo protegido por nuestra familia. Nos lo hubiese devuelto de algún modo.

Mi madre emitió un profundo suspiro y se llevó las manos a la cara en un gesto de rendición.

—Tienes razón —sacudió la cabeza, despacio—. Puede que no esté allí, Ángel —dijo solemnemente clavándole una mirada que me dolió hasta a mí—, pero es lo único que tenemos para comenzar a buscar de nuevo. —De pronto le miró con los ojos brillantes—. ¿Y si esa persona no pudo llegar hasta nosotros por algún motivo? ¿Y si sabía que la secta vigilaba la casa y no quiso arriesgarse? Estoy segura que era del Clan. Ángel, tiene que serlo y también creo que esa persona ya no está entre nosotros. Si estuviera viva, ya se hubiese puesto en contacto con la Comunidad de la manera que fuese para decirnos dónde demonios escondió el manuscrito.

—Estoy con Erin —susurró Kael—. Ahora no tenemos otra cosa y debemos confiar…

Mi madre seguía mirando a mi padre. De pronto éste despegó los ojos del abuelo de Dago y dijo casi en grito:

—Está bien. Primero iremos a los acantilados, y si no está, seguiremos buscando en todos los lugares sagrados que sepamos. ¡Tenemos que encontrarlo!

Estaba sorprendida por el súbito entusiasmo de mi padre, pero pensar en el peligro que eso conllevaba hizo que todo mi cuerpo se

pusiera en movimiento.

—Es una locura, mamá, una auténtica locura. Perdonadme, pero dudo mucho que esté en Moher, pensadlo, ¿qué pasa si no está allí? ¿Vais a meteros en cada lugar sagrado a ver si está el Códice? Eso os puede llevar años, solo Irlanda tiene miles de ellos.

Mis palabras alteraron a Kael visiblemente y me pregunté por qué.

—Lo sé Ciara, pero no tenemos otra cosa y tenemos que encontrarlo cuanto antes —terció mi madre.

—Vale, pero no lo entiendo, de veras que no —dije desplegando mi inquietud. No entendía las sofocantes prisas que les habían entrado. Sabía que era importante; unos asesinos iban tras el manuscrito, pero la actitud de Kael me había dejado muy preocupada. No sabía qué tenía que ver todo eso con una cuenta atrás.

***

Tras nuestra larga conversación, Kael se fue y mi madre comenzó a planear el viaje a Irlanda casi rozando la histeria. Viendo cómo se aproximaba al estado de ansiedad, mi padre propuso ir a Cedeira a dar un paseo, pero mi madre no quiso moverse de casa. Quería dejarlo todo atado, todo listo.

Tras un largo razonamiento, la convencí para que saliera y se despejara un poco y, para ser sincera, para despejarme yo también.

La cabeza me iba a estallar en cualquier momento; no sabía cómo tomarme todo aquello de lo que habíamos hablado.

Olalla llamó a los veinte minutos de que mis padres salieran. Nos invitaba a cenar en su casa. Estaba loca por ver a mi madre ,y cuando llegaron de su paseo y se lo dije, a ella también le entusiasmó la idea.

—Creo que será mejor que yo me quede —repliqué al tiempo que mi madre me elegía un atrevido vestido, más propio para una fiesta que para una cena familiar.

—Cariño, tú también debes distraerte. Sé que todo lo que has escuchado es complicado, pero tranquila, todo va a salir bien. Iremos al túmulo, creo que esta vez vamos por buen camino.

Sus palabras hicieron que me olvidara de la verdadera razón por la que no quería ir a cenar a casa de Olalla.

—¿Pero cómo podéis afirmar tal cosa con tanta seguridad? —quise saber.

—Debemos confiar en Kael.

Y confiaba, pero todavía me preguntaba, y por eso lo había expuesto así, que cómo Kael podía estar tan seguro de algo de esa magnitud.

—Hija —dijo mi madre muy seria, tan seria que no pude rechistar—, confía en el abuelo de Dago.

Dago… De nuevo expuse mi excusa.

—Discúlpame con Olalla por favor, no me apetece ir, de verdad —dije. Seguro que Dago estaba allí y mi madre intuyéndolo, ahora estaba revolviendo el cajón de mis medias y mirando de soslayo los zapatos de tacón más altos que tenía.

—Pero, ¿por qué?

—Mamá mira, he pasado muy mala noche —mentí deteniendo su frenética búsqueda—, y tengo que trabajar. —Eso era verdad— Cogeré algo de la nevera. Tengo comida casera para un año, te lo aseguro.

—Está bien cariño, le diré que estás cansada y que no te encuentras bien del todo.

—Gracias.

***

Eran casi las once de la noche cuando oí el timbre de la puerta.

—Qué pronto venís —dije en alto, dejando a Coco en el suelo. Me había imaginado que tal y cómo era Olalla, no dejaría escapar a mis padres por lo menos hasta las tres de la madrugada.

Apreté el botón que abría la verja al tiempo que miraba al videoportero constatando que no eran mis padres quienes llegaban y un estúpido revoloteo inundó mi estómago. Dejé la puerta de la entrada a la casa entreabierta y fui corriendo hacia el salón para recoger las latas de refresco que adornaban casi todo los rincones y los envoltorios de chocolatinas que había entre los cojines del sofá.

Desde que mis padres se fueran, no había dejado respirar al ordenador. Había estado investigando sobre los Kan Kral, resultando totalmente infructuosa la búsqueda sobre ellos. Sobre Moher, sobre los túmulos que había en la isla y, en ese momento la pantalla la ocupaba una hermosa foto de los acantilados, donde lógicamente, no se vislumbraba nada de lo que mi madre me había descrito.

Cuando oí cerrarse la puerta había recogido parte del desastre y me apresuré a cerrar el enlace. En su lugar, abrí el archivo de mi última novela, me senté en el sofá e intenté que pareciera que estaba súper concentrada.

—Me alegro de que te encuentres mejor.

—Oh, eres tú —dije aparentando desinterés.

—¿Es que no sabes a quién abres?

—¿Qué haces aquí, Dago?

Exhibió una sonrisa condescendiente y negó con la cabeza. Eso me dio tiempo para observar su atuendo. Llevaba una camisa de color melocotón que realzaba el tono de su piel y…

Paré.

No estaba dispuesta a que me pillara dándole un repaso y corregí mi gesto enseguida.

—No esperaba que fueras tú, la verdad —reiteré sin pretender que mi tono fuera tan seco. Aun así Dago no demostró que le hubiera afectado y una pequeña punzada de rabia me pinzó—. Creí que eran mis padres, están en San Andrés.

—Lo sé, hemos cenado juntos —comentó. Miró los restos de mi bocadillo y dejó su cazadora encima del respaldo del sofá.

Me levanté y cogí el plato para llevarlo a la cocina.

—Me sorprende tu visita —le dije yendo hacia allí.

—Tu madre comentó que no te encontrabas bien —repuso poniéndose delante de mí para ofrecerme un puñado de envoltorios de chocolate—. Estaban ahí detrás —añadió señalando el jarrón que había a la entrada del salón.

Se los quité de mala manera y los tiré encima del plato con los restos de mi cena. Cuando llegué a la cocina lo dejé todo en la encimera, y sujetándome a ella, inspiré hondo mirando mi atuendo; me alegré de llevar mis mejores vaqueros y una camiseta decente; normalmente iba hecha un desastre por casa.

—Veo que estás perfectamente.

Me sobresalté, no esperaba que Dago me hubiera seguido.

—Sí, bueno, estoy bien, solo que anoche no dormí bien y estoy cansada, además, tenía que trabajar.

—¿Y lo has hecho? —Su sonrisa ahora se extendió.

—Pues no —admití vaciando el plato en el cubo de la basura—, al final no he podido. —Dejé el plato en el fregadero e intenté que cuando mis ojos quedaran fijos en los suyos, mi rostro no mostrara ninguna emoción.

Dago no dijo nada, simplemente sostuvo mi mirada sin despegar sus labios.

—¿Quieres un poco de vino? —le ofrecí.

—De acuerdo —susurró volviéndome a poner nerviosa.

—Y… ¿a qué se debe tu visita?— pregunté al tiempo que abría el frigorífico y cogía la última botella que quedaba.

—Estaba preocupado por ti.

—No veo por qué —dije en el tono más indiferente que pude.

—Ciara…— Mi nombre quedó en el aire y me giré hacia él, despacio. Dago me miraba de una forma demasiado conocida para mí.

Tragué saliva y con la botella en la mano, pasé por su lado teniendo buen cuidado de no rozarle.

—Coge un par de copas de ahí —pedí, señalando una vitrina de la cocina.

Llegué antes que él al salón y eché un par de leños más al fuego.

—Veo que lo estabas intentado —observó, mirando al ordenador.

—Sí, pero ya te he dicho que no puedo, no me concentro. —Me apresuré a cerrar el archivo.

—Esta vez, ¿has puesto héroe o, heroína?

—¿Esta vez?

—He leído todo lo que has escrito, Ciara —repuso como si fuera algo evidente.

Aunque sabía que Dago era un buen lector, no me imaginaba que hubiese leído alguno de mis libros. Él no.

—Venga, dime algo de este, guardaré el secreto. —Volvió a sonreír y dejó las copas en la mesa.

—Tendrás que esperar —repliqué abriendo la botella —, no suelo hablar a nadie de mi trabajo cuando estoy inmersa en él.

—¿Tampoco a tu novio?, bueno, ex novio. —Dago me acercó las copas.

—Pero ¡¿Qué?! Qué gracia me haces, Dago. A ti menos que a nadie.

Dago se rio con ganas y yo no vi la gracia por ninguna parte.

—No me refería a mí, me refería a Marcos —dijo cuando acabó de reírse—, aunque lo último me ha dolido.

Le miré de mala manera. No podía comprender que Marcos encajara de alguna manera en una conversación con Dago y eso me enervó. Llené las copas con furia.

—No sé por qué te ríes tanto, tú también eres un ex. —Enfaticé la equis y conseguí lo que buscaba: que a Dago se le borrara la sonrisa.

—Si no me he dado por aludido es porque yo no me considero como tal —replicó sin ningún vestigio de gracia en su voz.

—¿Ah no? —pregunté dándole su copa. Cogí la mía y fui hacia la ventana.

Oí cómo Dago dejaba el vino en la mesa y se acercaba a mí. No

pude evitar tensarme.

—Ciara —me llamó. Le sentí muy cerca y me dio miedo darme la vuelta.

—¿Te encuentras mejor?, nos diste un buen susto —dije apresuradamente.

Oí cómo Dago inspiraba y espiraba despacio.

—Sí, fue un pequeño lapsus.

—Me alegro de que estés bien. —Estuve tentada de preguntarle por las pruebas que se estaba realizando, pero esperaba que fuese él quien abarcara el tema.

—Ciara, mírame…

Lo pidió de una manera que hizo que me costara seguir mirando por la ventana. Sentía su aliento detrás de mí, su calor, su abrasadora cercanía.

—Creo que deberías irte, ya has comprobado que estoy bien. Aunque todavía no entiendo tu súbito interés.

Se le escapó una carcajada sarcástica.

—Todo lo que te ocurra me interesa, siempre me ha interesado, nunca ha dejado de hacerlo.

Apreté los dientes y cerré los ojos reteniendo unos segundos la respiración.

Entonces, me giré hacia él.

Sus ojos me estudiaron, recorrieron mi rostro deteniéndose en mi boca unos segundos para luego volver a clavarse en mis pupilas. Yo hice lo mismo y retuve el deseo de subir mis manos y tocar con mis dedos sus labios, unos labios que estaban entreabiertos, unos labios que…

Se oyó un golpe en la planta de arriba y me sobresalté derramando parte del vino en mi ropa.

Dago se había girado y miraba a la puerta del salón con gesto serio.

—Debe ser Coco, seguro que ha tirado algo arriba —le expliqué sacudiéndome el líquido que había calado hasta mi piel.

—¿Coco?

—Mi gato.

—Así se llamaba el gato de Áine.

—Lo sé. Este es igualito.

—De todos modos si no te importa, me gustaría echar un vistazo.

—No será necesario —objeté. De pronto se oyó un maullido y subí las cejas.

Dago me arrebató la copa y la dejó apoyada en el alfeizar

interior de la ventana.

—Será mejor que te vayas —reiteré apartándome de él.

—Ciara, hablemos, tendremos que hacerlo algún día.

—No es el momento— repuse. Increíblemente esas palabras no desquiciaron mis nervios. ¿Qué me pasaba? ¿Era el ambiente? ¿El cálido aroma que desprendía…?

—No es el momento… —repitió mirándome fijamente.

—En serio, creo que deberías marcharte. Hablaremos, te lo prometo. —Me arrepentí de haber dicho eso, tan pronto como las últimas palabras salieron de mi boca.

Sus ojos siguieron martirizándome. Dago no decía nada y su mirada me estaba distrayendo demasiado. Tenía que irse ya. Si se quedaba un minutos más, no sé cómo reaccionaría. Me sentía demasiado aturdida.

Por fin se dio la vuelta, y despacio, cogió su cazadora de cuero. De pronto quise retenerle, pero la lógica me pellizcó y mi reacción fue otra.

—¿Has hablado con tu abuelo? —le pregunté.

—¿De qué?

—De nada, de nada.

Me evaluó unos instantes.

—Gracias por el vino.

—Adiós, Dago. —Me di la vuelta de nuevo y dejé que se marchara. No quería observar cómo iba hacia la puerta, no, porque no estaba segura de mis propias reacciones.

Seguí torturándome con sus ojos y no me despegué de la ventana hasta que oí el ruido de la puerta al cerrarse. Fue en ese instante cuando me di cuenta de que Dago había permanecido en el salón más tiempo del que creía. Entonces fui al videoportero y vi cómo salía con la moto y cómo esperaba a que se cerrara la verja tras él.

Me apoyé en la gruesa puerta de madera con un nudo en el pecho que parecía estrangular mi respiración. Entonces, otro golpe, este mucho más fuerte que el anterior, me sacó de mi letargo y me lancé a las escaleras.

***

No me había equivocado, el origen del ruido lo había provocado mi gato.

Coco estaba en el desván y miraba fijamente el arcón; no se movía ni un milímetro haciendo que su figura pareciera una estatua

peluda.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté.

Él en respuesta, maulló penosamente.

Antes de que pudiera tocarlo, volvió maullar y salió corriendo escaleras abajo, tirando todo lo que encontró a su paso.

—Estás como una cabra —le acusé.

Suspiré recordando de nuevo a Dago y me senté en el viejo puff.

—Lolo tiene razón —susurré—, no puedo olvidarte maldita sea. Eres como una enfermedad.

Me levanté y a los pocos pasos, pisé algo que casi me hizo resbalar. Lo recogí y vi que era una cuartilla, la sujeté entre mis manos y me extrañó que la noche anterior no la hubiese visto.

Según iba leyendo reconocí perfectamente la letra de Dago. Utilizaba el gaélico. Mi corazón comenzó a desbocarse. Hablaba de sus temores, de lo mal que se sentía. ¿Era una carta para mí? Decía que me amaba, que no podía soportar estar separados…

Desmenuzando aquellas palabras, algo dentro de mí comenzó a removerse de nuevo, pero esa sensación se quebró de pronto. Según las iba devorando, un nombre apareció entre ellas, un nombre de mujer distinto al mío.

Esta vez no me enfurecí, simplemente me arrastré hacia mi habitación y, dejando la cuartilla en el suelo, me acurruqué en mi cama y solté la pena que me acosaba el corazón. Ese nombre, otra vez ese maldito nombre que tenía grabado a fuego. El mismo que gritó Dago aquel día en los acantilados.

***

Al día siguiente, no fue fácil disimular ante mis padres, pero gracias a que estaban preparando su inminente viaje a Irlanda, no se dieron cuenta de lo hecha polvo que estaba.

Me sentía fatal. Era como si todo se repitiera una y otra vez. Sentía que nunca podría curarme de él, y eso, me consumía. Rabia, dolor, impotencia, todo un abanico de malas sensaciones, con las que sentía, no podía batallar.

No entendía la actitud que tenía Dago conmigo. De repente era amable, sin dejar de decirme cosas como las que me había dicho la noche anterior. Y…, sus ojos, esos ojos que me miraban como si quisieran meterse dentro de mí, como si dentro de ellos, existiera el sentimiento de…

Me obligué a no pensar de ese modo. Dago nunca me había amado, lo había demostrado y ahora… ahora estaba jugando

conmigo. Sí, eso era…, pero no iba a conseguirlo, no le iba a dejar.

Quizá Mar tenía razón, quizá había sido un error venir a vivir a Galicia porque estar cerca de él era una auténtica tortura.

Reconocí que desde el día en que sus abuelos me dijeron que su nieto iba a llegar a San Andrés, no había podido dejar de plantearme mi encuentro con él, de inventarme mil situaciones en las que tenían enfrentamientos e, incluso otras cosas que no me gustaba rememorar y, que habían surgido cuando estaba al borde del sueño y, por tanto, incontrolables para mí. Dios… tenía que dejar de estar pendiente de Dago, tenía que conseguir evitar que mi vida girase en torno a él.

—Mañana a primera hora, tenemos que ir a ver a Ian —dijo mi madre sacándome de mis torturadores pensamientos.

—Oh, sí, esto… ¿para qué?

—Estás muy distraída, Ciara.

—No he dormido bien.

—Tú lo que necesitas es una buena comida. Podías haber ido a cenar a casa de Kael —replicó—. Olalla había cocinado para un regimiento y... Dago estaba allí —remató.

—¿Para qué tenéis que ir a ver a Ian?

Mi madre negó con la cabeza exponiendo su disconformidad ante mi descarada evasiva.

—Quiero que nos consiga alojamiento en Galway —contestó resignada; sabía que no iba a hablar de Dago.

—Eso está a ochenta kilómetros de los acantilados de Moher.

—Lo sé.

—¿Por qué no os hospedáis más cerca?

—Es allí donde tenemos que ir —dijo lacónica—. Ian gestionará el vuelo y el hotel. Espero que no haya problema, Galway siempre está a tope. Es muy turístico.

—Pues id a otro sitio —insistí.

Me miró medio sonriendo. Con esa mirada me hizo retroceder en el tiempo convirtiéndome en una niña pequeña.

—Allí conocemos a algunas personas, además, es mejor que nos alojemos en un lugar donde haya mucha gente. Es más… seguro.

De pronto, un nudo en la garganta me impidió hablar haciéndome ver que estaba demasiado impresionable.

—No te inquietes mi vida —dijo. Mi cara debía haber cambiado de color—. No nos pasará nada. Llevo mucho tiempo haciendo esto. Tanto tu padre como yo estamos preparados.

—Mamá… —susurré con la voz quebrada.

—Pero cariño…, no llores.

—No estoy llorando.

Mi madre rio suavemente.

—Nunca pensé que te vería así —dijo.

—Así, cómo.

—Has estado tan distante… Ciara, eres tan difícil, tan tuya… No sé cómo describirte, mi amor.

—Estoy un poco susceptible, eso es todo —refunfuñé frotándome la cara.

—Ya… Anda ven, necesito abrazar a mi hija. Llevo mucho tiempo sin hacerlo sintiendo que te tengo de verdad.

Sumisa, me escondí entre sus brazos y apoyé la cara en su hombro. Mi madre olía a flores silvestres y al delicioso aroma de la madera.

—Me daba miedo que llegara el día en que te tuviera que contar toda la verdad. Por un lado, quería hacerlo para que dejaras de pensar que no quería venir a ver a tu abuela. Eso era lo que más me preocupaba. Lo que pudieras pensar de mí.

—Pero mamá yo… —me separé de ella y me detuve—. Déjalo, ya lo hemos aclarado.

—No te culpo, era algo que pesaba mucho y, por otra parte, totalmente coherente —insistió.

—¿Por qué no hablamos antes de esto? ¿Por qué no me dijisteis que existía esa habitación?

Mi madre emitió un largo suspiro y miró al vacío unos segundos.

—No podíamos, Ciara. Las cosas son así, todo es más complicado de lo que parece. Si te lo ocultamos fue para protegerte.

Arrugué la frente, confusa, pero todavía no habían acabado mis preguntas.

—Mamá, dijiste que no podemos hacer nada por muy terribles que sean las predicciones que se plasman entre sus páginas. ¿De veras no se puede evitar de algún modo los terribles vaticinios que mencionan los escritos?

—No cariño. Es algo que cuesta mucho descifrar. Ha pasado mucho tiempo desde que ese monje plasmó los escritos sobre esas vitelas. Entonces, él sí pudo leer con cierta claridad los acontecimientos futuros que estaban por llegar. Ahora, solo se aprecian las cifras, las fechas y, no todas; el texto que las acompaña es un caos, totalmente confuso. Algunos de esos sucesos solo se dilucidaron una vez sucedieron. Todo está tan cifrado que solo uniendo cabos y coincidencias pudimos saber, que algunos de los presagios correspondían a la desgracia o evento que había acaecido ya. Lo que suceda en un futuro es una incógnita; no podemos

aventurarnos sin saber, sin tener una prueba fiable. ¿Dónde llamar? ¿A quién avisar? Sí, tenemos algunas fechas, pero son inútiles cuando no se sabe dónde va a acaecer el suceso, ni a quién poner en sobre aviso.

—Es terrible. Podría evitarse mucho dolor.

—Sí hija. Es injusto.

—Entonces me parece un riesgo innecesario ir en su busca. Si nosotros poseemos la parte que más desea la secta, la que es más importante. ¿Por qué ir en busca del Códice? Es decir, sé que es muy valioso, que solo su antigüedad le confiere un valor incalculable, y que su contenido es muy apreciado —pensé en nombres como Aristóteles, Teofrasto…—. Pero si no podemos hacer nada para evitar las tragedias que ahí se plasman, entonces me pregunto: ¿Por qué arriesgar la vida por el manuscrito?, ¿por qué no dejarlo donde esté si está fuera del alcance de la secta, considerando que lo más importante lo tenemos ya?

Mi madre me dedicó una mirada llena de comprensión.

—Porque todo debe estar reunido. Es primordial.

—¿Primordial para qué?

—Nuestros antepasados así lo quisieron y así debe ser —dijo con severidad, mostrándome que no había planteamiento posible—. Es cierto que a los Kan Kral les interesan las vitelas que tenemos en nuestro poder, y que gracias a nuestra unión y al trabajo que hemos realizado, nunca han sabido de qué parte se compone, es más, los únicos que sabemos de qué tratan esos pliegos, somos los miembros de esta familia, los *ancianos* y los jefes druidas de las distintas Comunidades. Los demás integrantes del Clan ignoran qué porción es la que se desprendió.

—¿Por qué?

—Así lo ordenaron los *ancianos* y eso ha ayudado a que la secta también lo ignore. Por eso debemos seguir teniendo cuidado y mantener ese secreto a salvo. Hija, no puedes hacerte una idea de lo cegados que están por conseguir la fracción que una vez poseyeron los pioneros de su Orden. Esa ceguera, les hace suponer que nuestra búsqueda por todo el mundo, es debido a que queremos lo mismo que ellos, pero están equivocados, nuestro Clan tiene una responsabilidad que ellos nunca podrán entender.

—¿Pero qué contienen esas vitelas que les interesa tanto? Me dijiste que el Códice, además de contener escritos de nuestros antepasados druidas, contiene escrituras de eruditos del tiempo de Alejandro Magno, pero en lo poco que leí de las que están sobre el atril, solo pude descifrar algunos símbolos Ogam y alguna frase de

Platón, también varias cosas más a las que no encuentro ningún sentido.

—No solo contiene escrituras de eruditos del tiempo de Magno. Además, no solo hay que leerlo, hay que comprenderlo, colocarlo… El Códice está conformado de muchos otros textos que perturban a quienes los leen. Por eso tiene que guardarse en lugar sacro o bajo los signos Oghámicos. Esas escrituras maléficas transforman mentes, perturban los corazones más bondadosos sacando lo más terrible que haya en ellos. En lo que se refiere a la parte más importante y que tenemos nosotros…, contiene algo colosal, algo que me es difícil describir… —inspiró una buena bocanada de aire y se sentó en la cama invitándome a que hiciera lo mismo—. Timandro fue un tirano. Las torturas que impuso al joven Pól fueron terribles y éste, creyendo que cesarían si confesaba el secreto más valioso, hizo sabedor a ese asesino de algo sin precedentes. Se equivocó, su vida ya estaba acabada. En los días que Pól estuvo cautivo, hizo partícipe a su captor de un gran hallazgo, y la noche que éste tuvo en su poder por primera vez las Varas junto a los rollos de papiro robados de Grecia, vio por sí mismo lo grandioso que podía ser aquello, pero se lo arrebataron antes de que pudiera utilizarlo, y entonces comenzó la verdadera persecución, aunque con unas normas impuestas e inquebrantables. Ya te dije que pasaron seis décadas, pero no paró hasta encontrarlos de nuevo muriendo a los pocos días de arrancárselo a esas pobres gentes de Escocia, pero te puedo asegurar, que cuando se fue al infierno el mal ya estaba hecho, porque entonces, sí utilizó las virtudes del descubrimiento. Nerón siguió sus pasos, estamos seguros, pero creemos que después de su muerte no lo poseyeron más miembros de la secta. Ellos saben que la parte que utilizó Timandro es lo más poderoso. Todo aquel que lo ha utilizado ha permanecido en los anales de la Historia. Ellos buscan eso, ser perennes, perpetuos…

—Pero ningún historiador ha mencionado a Timandro jamás, o al menos yo nunca he oído hablar de él —repliqué.

—Timandro fue el primero en descubrir el significado del contenido en aquellos símbolos y palabras que contienen esas vitelas. Solo tenía que esperar.

—Pero yo creo que…

—Erin —Mi padre nos interrumpió—. Han llamado de Brasil, tenemos un problema en la empresa y te necesito. Es por la última transacción que hicimos con los clientes de Chile y Lisboa. Van a volver a llamar en una hora y quieren que les demos una solución.

—Ahora bajo —contestó mi madre.

—Te espero en el salón, pero no te entretengas, tenemos que hablar de ello, es importante.

Mi madre asintió y se volvió hacia mí.

—Ciara, ya lo entenderás. Debemos ir en su busca. Todo debe estar unido —me dijo para después hacer ademán de levantarse.

—Mamá espera, antes de que bajes. Has mencionado unas normas. ¿A qué te refieres?

Se mantuvo sentada y se acomodó para hablarme de frente.

—Cuando decidiste venir a vivir aquí, confieso que la preocupación ya no me dejó dormir. ¿Recuerdas lo que te pedí cuando nos lo comunicaste?

Busqué sus recomendaciones en mi memoria.

—¿Lo de las invitaciones? —pregunté.

—Veo que te acuerdas.

—Fuiste muy insistente y me soltaste un montón de normas. Pensé que te había dado demasiado el sol.

Mi madre no se rio ante mi inoportuna broma.

—A los Kan Kral no se les está permitido entrar en un hogar sin ser antes invitados. Y tú ahora eres la dueña de esta casa. Estaba francamente preocupada por quién metías aquí.

—Pero tú dijiste que al chico que te engañó y se coló en la biblioteca haciéndote creer que te tenía preparada una sorpresa, no le llegó a invitar la abuela. Ni siquiera lo hiciste tú —le recordé— y aun así logró meterse en la casa.

—No he dicho que no puedan, he dicho que no se les está permitido. Ese infeliz se saltó una Norma Sagrada impuesta por nuestros ancestros en los tiempos de Timandro, y te aseguro que lo pagó muy caro, él, y quien le ordenó que me embaucara para conseguir lo que teníamos aquí en la casa. Verás, en un pasado se decretó que nadie podría entrar en el hogar de uno de los nuestros sin ser invitado anteriormente, sino, la consecuencia sería terrible para el que comete la infracción y para el que la ordena.

—No comprendo.

—Cuando tu abuelo entregó a los integrantes del Clan a aquel muchacho después de sacarlo de nuestra biblioteca, el chico ya comenzaba a tener los síntomas del *Glam Dicinn*, una antigua maldición druida.

—¿En serio? Vaya… ¿Y qué… síntomas eran? —pregunté con lentitud.

—El *Glam Dicinn* que dictaminó el único jefe druida que se vio cara a cara con Timandro dice que: El que ose saltarse la norma, sufrirá terribles dolores en la cabeza, siendo tales, que su cerebro se

licuará en cuestión de horas y su rostro se deformará por el sufrimiento. Pero el que ordena el allanamiento, también sufrirá esas consecuencias pero él no hallará la muerte, sino que sangrará por sus ojos todas las lunas llenas durante tres días entre un horrible padecimiento y, no podrá ver nada sino su propio dolor. También sufrirá terribles sueños en los que todo parecerá tan real que podrá hasta saborear la sangre que se derrame en ellos. Eso lo revivirá todas las noches de su vida, sus vivencias más crueles, sus temores más espantosos.

—Es terrorífico.

—Lo es, cariño, lo es.

—A casa solo han entrado Mar y Lolo.

—Lo sé hija. Hay…, hay gente del Clan que se dedica a indagar en la vida de las personas que nos rodean. Todo tu círculo de amigos ha sido investigado.

—¿Todo aquel que se me acerca es… investigado?

—Sí, el que se acerca a ti o a alguno de nosotros. Hay que tener mucho cuidado. Incluso Marcos lo fue cuanto comenzasteis a tener vuestros primeros encuentros. Es así, y así ha sido siempre. No podemos descuidar la seguridad de las vitelas y mucho menos la tuya, pero aun así, debemos tomar precauciones.

Ahora entendía la pregunta de Kael cuando le conté que Mar iba a quedarse en casa.

—Pero mamá. Creo que la maldición…, es muy frágil.

—¿A qué te refieres? —preguntó visiblemente interesada.

—No sé…, imagínate que alguien de la secta un día llamara a casa haciéndose pasar por alguien que ha tenido un problema o, que necesitara algo con urgencia o, que simplemente tuviera que pasar por…, no sé, porque uno de nosotros sufriera un accidente doméstico. Entrarían sin dificultad, porque seríamos nosotros quienes les hubiésemos abierto la puerta.

—No es tan sencillo. Un miembro de la secta puede entrar sí, puede hacerse pasar por pintor y pintar las paredes. Es un ejemplo, porque todo lo que se ha hecho en esta casa lo han hecho integrantes del Clan. Pero supongamos que ese pintor es un miembro de los Kan Kral. Esa persona, podría entrar y salir de la casa cuanto quisiera y no le ocurriría nada, siempre y cuando, no tuviera intención de acercarse a la habitación sagrada.

—¿Quieres decir que solo con la intención, el *Glam Dicinn* actuaría?

—Si ese es su objetivo, solo traspasando la verja la maldición se activaría. Pero hija, te aseguro que ningún miembro de esa secta

entraría a esta casa sin esa finalidad.

—Y para que la maldición no actúe tienen que estar invitados.

—Exacto, formalmente.

—Describe formalmente.

—El que dé el permiso de entrar, debe ser la persona que vive en ese momento en la casa donde se encuentre el Códice o en este caso, parte de él. Y lo tiene que hacer personalmente.

—Pensaba que eso de formalmente era más bien en plan tarjetita de invitación y toda la parafernalia.

—No bromees, Ciara.

No lo estaba haciendo.

—De todas maneras, no debes preocuparte. La casa está doblemente vigilada desde que te mudaste aquí y, te aseguro que los nuestros, los que están ahí fuera, no darían oportunidad a que alguien de la secta llegara a alcanzar a tocar el timbre en el caso del problema que has mencionado.

—Eso todavía lo tengo que digerir —repliqué. No estaba acostumbrada a que nadie siguiera cada paso que daba y, saber que había gente vigilando la casa y por consiguiente a mí, no me gustaba aunque fuese por mi propio bien.

—Tenemos muchos aliados, y te sorprenderías de quiénes son.

La miré con la curiosidad reflejada en mi cara.

—Sin ir más lejos, Pedro, el hijo de Nicolás y Regina.

Abrí mucho los ojos

—¿Pedro?, ¡¿mi amigo Pedro?!

—Su familia siempre ha estado vinculada al Clan. En la Comunidad hay médicos, jueces y hasta sacerdotes. Pedro ha sido adiestrado desde niño. Él es uno de los que en estos momentos vigila la casa.

No podía creerlo.

—¡Pero si Pedro es informático y siempre está de aquí para allá!

—Sí, y lo es, pero cuando viaja no es por motivos de trabajo.

Recordé mis conversaciones con él y no me cuadraba nada.

—Es, es el novio de Almu…

—Lo sé, una buena chica.

—Sí, lo es.

De pronto recordé algo.

—Mamá, cuando el abuelo murió… ¿no había nadie vigilando la casa?

Mi madre apretó los labios antes de contestar.

—Esa noche había un coche de guardia, pero… no comunicó su posición a la hora pactada y los integrantes del Clan sospecharon.

Por eso acudieron.

—¿Por qué no comunicó?

—Lo encontraron muerto en el coche. Degollado.

Me mordí los labios, espantada.

—Nuestros guardianes, yo los llamo así, tienen el deber de comunicarse a menudo con sus superiores, si no lo hacen se crea el estado de alerta. Eso fue lo que pasó aquella noche. Por eso los integrantes del Clan aparecieron y pudieron ayudar a la abuela.

—Pero no llegaron a tiempo para ayudar al abuelo —repliqué.

—Algo que nunca se han perdonado. Desde que te viniste a vivir a San Andrés, disponemos de dos coches para velar el caserón, a veces tres.

—Pero las vitelas siempre han estado aquí ¿La casa no ha tenido vigilancia cuando ha estado deshabitada?

—Si hubiésemos puesto vigilancia entonces hubiesen sospechado de que la parte más importante estaba en la habitación sagrada. Él único que salvaguardaba los escritos era Kael.

—Muy arriesgado.

—Algo razonable— discrepó— Ahora no solo tenemos que defender las vitelas, sino a ti. Para todos nosotros, lo más importante.

—Me quedo mucho más tranquila al saber que Kael, pese a su edad, está dispuesto a todo y que mi amigo Pedro está expuesto a que también le pase cualquier cosa por estar defendiéndome a mí —dije con sarcasmo—. Ya hablaré con él en el cumpleaños de Mar.

Al decir aquello recordé dónde se iba a celebrar el evento.

—Mierda, mamá, creo que he metido la pata hasta el fondo.

—¿Qué ocurre?

—Así que… ¿Es mejor que no invite a nadie a casa? ¿Verdad…?

—Cariño, sé que siempre te ha preocupado que tus amigos pensaran que eres una antipática por no invitarles nunca a pasar, pero créeme, ese debe ser el problema que menos te preocupe.

—Mamá…

Mi madre me miró atentamente.

—¿Pasa algo?

—Prometí a Mar que celebraríamos su cumpleaños aquí, y se supone que va a venir todo nuestro grupo de amigos. Todos.

Sus ojos me escrutaron y discerní un pequeño rastro de alarma en ellos que se esforzó en disimular.

—¡La anularé!, ya está. He sido una estúpida.

—No eres ninguna estúpida. Eres joven y… —sacudió la cabeza.

—Ya está decidido, mamá. La anularé. No podemos correr

riesgos; aunque cómo has dicho, todo los que me rodean estén investigados.

—Vale cariño, haz lo que creas necesario. Lo que hagas estará bien hecho, confiamos en ti.

Me sentía como una niña recién amonestada pero a la vez dichosa por tener su permiso para decidir algo tan importante y que para otros era lo más simple del mundo.

Mi madre me sonrió, pero sus ojos mantenían ese velo de preocupación.

—¡Erin!

La voz de mi padre llegó desde abajo.

—¡Ya voy!

—Será mejor que bajes.

—Sí. No hablemos más de ese asunto —zanjó—. Espero que los planes que estamos haciendo vayan bien encaminados.

—Yo… ¿Yo no podría ayudar de algún modo? —propuse.

Mi madre endureció sus facciones.

—Estás preparada, desde pequeña te hemos instruido. Sabes defenderte, sabes cosas que otras personas no van a saber nunca y… todo ello se te enseñó para tu protección, para salvaguardar nuestro legado, pero…, espero que no te haga falta ponerlo en práctica.

—Sabes que podéis contar conmigo —dije con decisión.

—Lo sé, cariño, lo sé. Mañana queremos hablar con Dago y contigo de algo, aunque…

Esperé a que terminara la frase pero no lo hizo, en su lugar me volvió a abrazar muy fuerte y me besó en la cabeza con igual intensidad.

—¿De qué, mamá?

—Bueno, olvídalo. Ya hablaremos mañana.

No hubiese insistido si no hubiese mencionado a Dago.

—No me dejes así, ahora no.

—No insistas cariño. Lo que tenemos que deciros lo tenéis que oír ambos al mismo tiempo.

—Dago también está preparado. Aprendimos a la vez todo eso —repuse con la esperanza de animarla.

—Sí, cariño. Al igual que tú eres descendiente de druidas, él también lo es y…, era importante que también conociera el arte de la lucha y todo lo demás.

—¿Sabe él todo lo que me has contado, lo del hombre que mató al druida Oisín, lo de Timandro… y, que el Códice fue robado?

—Sí, pero no hace mucho que lo sabe.

—¿Cuánto? —Sabía que era una tontería, pero me molestaba

saber que Dago lo hubiese sabido antes que yo.

—Unos meses —respondió—. Desde entonces, comenzó a mover las cosas de su trabajo para instalarse aquí en Galicia.

—Ya… —De nuevo el pinchazo en el estómago. ¿Qué creía?, ¿que se había mudado por mí?— . ¿Y que fue a recoger a Brasil?

—Una antigüedad —respondió escueta.

—El *sax* que trajo en el Samhain.

Mi madre me miró con perplejidad.

—El mismo. Veo que no se te escapa una.

—No entiendo nada.

—Nosotros nos dedicamos exclusivamente a la búsqueda, y en cada Comunidad, hay alguien que también se dedica a eso, pero hay otra porción del Clan que se dedica a otra clase de investigación. Buscan objetos de… nuestros antepasados celtas. Entre sus dirigentes se encuentra, Ian, el padre de Dago. Siempre se ha dedicado a eso y tiene a su cargo a muchos integrantes del Clan repartidos por el mundo. Ian también quiso formar parte de los buscadores cuando mi padre falleció pese al cargo que ya tenía en el Clan. Accedimos y desde entonces, combina ese menester con el suyo propio, que como te he dicho, es obtener los objetos de los que te he hablado. Casualmente, nosotros encontramos el *sax* en un viaje que hicimos a Irlanda hace unos meses —recordé cuando tuvo lugar ese viaje y asentí—. Dimos parte al Clan cuando llegamos a Brasil puesto que no pudimos esperar allí y, como Ian no podía desplazarse en ese momento a San Paolo, envió a Dago a por él.

Me daba rabia parecer una idiota. El día que necesita salir y acabé en la Garita de Herbeira encontrándome con él, Dago me había mentido diciendo que venía de Irlanda, cuando en realidad, había estado en Brasil.

—¿Te fue muy difícil acceder a la habitación sagrada? —preguntó de pronto con una sonrisa traviesa.

—Lo cierto es que fue de casualidad. Un tomo sobresalía de la estantería. Luego resultó que lo que impedía que llegara hasta el fondo era el joyero que… —interrumpí la frase—. Mamá, ¿tienes tú algo que ver con que el último regalo que me hizo Dago estuviese allí?

Mi madre soltó una pequeña carcajada.

—Kael me hizo un gran favor al ayudarme a montar todo ese embrollo para que lo encontraras. Sabía que algo así no te pasaría desapercibido.

—¿De modo que lo montasteis todo vosotros? —Estaba atónita.

Asintió.

—¡¿Pero por qué?! ¿No hubiese sido más fácil que me lo hubieses contado y ya de paso, darme la combinación? Me tuve que rebanar los sesos.

—Ciara, eso era demasiado sencillo. Pude habértela dado, pero hija, siempre has sido un poco… especial. ¿Cómo iba yo a privarte de un juego semejante?

—¿Y si no hubiese encontrado el pasadizo o no hubiera dado con el código?

—No contemplé esa posibilidad. Sabía que cuando cogieras el joyero verías el tallado en la pared del fondo de la librería, que quitarías todos los libros y que te pondrías a investigar todo el panel. Tal, y cómo sucedió.

Vaya… no sabía que fuera tan previsible.

—De todas maneras sigo pensando que te arriesgaste demasiado —repliqué.

—Siempre estaba la sencilla y aburrida opción de decírtelo, pero estoy segura que a ti, te sigue gustando más el modo en que lo descubriste.

—Fue emocionante, la verdad —dije pensativa—. Entonces deduzco que tenía más de tres oportunidades para abrir la puerta.

—¿Qué?

—Pensé que solo disponía de tres intentos. Como en los cajeros o el móvil.

Mi madre volvió a reír.

—Así es —dijo al fin.

Me sentí un poco decepcionada. Creí que iba a decirme que al tercer fallo, un chorro de ácido corrosivo bañaría al intruso. Quizá alguna vez propusiera esa idea.

—Todos los Samhain, la combinación es cambiada. Ese es el único sistema de seguridad que tenemos. Eso, y las creencias ancestrales. La habitación sagrada no puede ser forzada, *El Glam Dicinn* fulminaría a quien lo intentara. Kael fue quien cambió el código el pasado año. Este, lo tendrás que cambiar tú.

—¿Yo? Pero yo no soy druidesa.

—Pero eres la dueña de la casa.

—No, la auténtica dueña eres tú.

—A efectos legales sí, y por cierto ya arreglaremos eso, pero tu abuela así lo quiso y su nieta es la dueña de esta casa, y en consecuencia, la responsable de cambiar la combinación del calendario.

Sopesé sus palabras unos instantes.

—Si es la dueña quien debe cambiar el código, ¿cómo pudo

hacerlo Kael el año pasado?

—Él es el jefe druida de esta Comunidad y tiene poder para ello. En este caso fui yo la que le facilitó la nueva contraseña. Cuando la cambies, él debe saber cuál es el nuevo código.

—Igual que siempre… —susurré.

—¿Cómo?

—Él fue quien abrió a la abuela cuando se quedó encerrada en la habitación sagrada durante… lo del abuelo ¿No es eso lo que pasó?

Mi madre asintió, pensativa.

—Sí, él siempre ha estado fuertemente vinculado a esta familia. No hay secretos para él.

—¿Por qué elegiste esa combinación en el calendario Arbóreo Celta?

—Recordé un juego al que jugábamos cuando eras niña.

—¿Cuál? —intenté recordar.

Mi madre sacudió la cabeza.

—Eras demasiado pequeña, pero mira, tu subconsciente lo rescató para descubrirlo.

—Tenías que habértelo currado más, mamá. Fue demasiado sencillo.

—¡Oye!, no seas fanfarrona.

Reí con sinceridad.

—¿Has llegado a ver lo que contienen las estanterías? —preguntó.

—Realmente he visto poco. Me llamó mucho la atención una espada que hay expuesta. También vi un casco que me impresionó bastante, pero me hice un corte en el dedo con él y, como me sangraba demasiado, tuve que dejar mis pesquisas. Luego no he tenido tiempo de volver. Precisamente ayer, antes de que vinierais, me disponía a echar un vistazo más exhaustivo.

—Las cosas que hay en esa habitación, son objetos que han estado recogiendo de distintos lugares, Ian y sus colaboradores. Muchas de ellas son reliquias de gran valor que fueron arrancadas de su lugar de origen y, que tras largos siglos, han aparecido en los sitios más recónditos que puedas imaginar. Pero todo tiene un mismo denominador común: Irlanda. No fue fácil conseguirlas.

Suspiré largamente imaginando a Ian negociando con personas indeseables.

—Bueno cariño, voy a ver de qué va ese problema que dice tu padre.

—¿De verdad que no puedes adelantarme nada referente a lo

que nos tenéis que decir mañana a Dago y a mí?

—No insistas por favor.

—Está bien… anda ve, papá debe estar a punto de volver a llamarte —repuse—. Oye, ¿crees que habrá alojamiento en Gaillimh? —Empleé el gaélico para referirme a Galway.

—Sí, y si no, Ian lo arreglará. Lo ha hecho otras veces. —Me guiñó un ojo como si su viaje fuera una segunda luna de miel.

Pese a la irritación inicial que me había provocado su negativa al no querer revelarme qué era eso tan importante que nos tenía que decir, vi a mi madre de manera distinta a como la había visto desde la muerte de mi abuelo. Esa mujer que tenía frente a mí, y con la que siempre discutía por todo, ahora me provocaba una gran admiración y, supe en ese momento, que si la gran responsabilidad que llevaba sobre sus hombros recaía en mí, no la fallaría, ni a ella, ni al resto de mi familia.

LONDRES

31 de Diciembre de 2011

Dago salió de trabajar en el bar a la una de la madrugada. Normalmente cerraban a las once y media, pero esa noche habían tenido que quedarse para ultimar los preparativos de los festejos del día siguiente.

Seguía agotado, y la sensación de que alguien le observaba no había remitido en toda la tarde.

Miró de nuevo el reloj y se tocó el pelo dejándolo revuelto.

—¡Eh, muchacho! —Su jefe le estaba llamando desde la puerta.

—Dime Harry.

—Te has dejado esto encima de la barra.

Dago frunció el ceño y cogió lo que su jefe extendía hacia él. Se trataba de las llaves de su coche y unas hojas de papel garabateadas.

—Iba a tirar los papeles, pero me he dado cuenta que en el reverso pone tu nombre. Chico, dibujas bien. —Harry se rascó la cara poblada de barba.

—Hasta mañana, jefe.

—No me falles. Mañana es fin de año y tendremos mucho trabajo.

—Sí, sí, sí —le dijo Dago arrastrando las palabras.

—Por cierto muchacho. Feliz cumpleaños.

Dago se sorprendió de que su jefe le felicitara.

—Gracias, Harry.

Éste se volvió a rascar y se metió en el bar.

Dago no recordaba haber dibujado nada y pensó que su jefe estaba desvariando, pero cuando vio algunas palabras allí escritas,

comprobó que era su letra y, como Harry había dicho, su nombre estaba escrito por detrás.

—¿Pero qué…? —susurró.

El dibujo principal, era el boceto de un rostro. Una mujer.

Dago hizo ademán de arrugarlo, pero detuvo su movimiento para volver a observar el rostro que le miraba desde el papel… Se acercó a la pared, donde una farola derramaba su luz y lo miró más detenidamente.

Las palabras que había alrededor de aquel rostro estaban escritas en gaélico.

—Nunca podré olvidar tus ojos… —leyó—. ¿Pero qué es esto? —dijo en alto; no recordaba haber escrito aquello.

Dago arrugó el papel y lo metió en el bolsillo de su cazadora. Ya solo le faltaba exponer sus pensamientos de esa manera sin ni siquiera darse cuenta.

***

No podía dormir, hacía más de una hora que se había metido en la cama y era del todo incapaz.

Había estado pensando en la noche anterior y en cómo había actuado.

Lamentaba lo de la chica morena. Él no solía actuar así. No era su estilo tratar a las mujeres como una mera mercancía. Eso, era más bien las maneras de Nacho.

Nacho… ese cabrón había vuelto a quedarse esa noche en el apartamento de la rubia…

Se alegró; Dago estaba molesto con él por la visita que iba a hacer a Ciara en Madrid.

No podía evitar que le molestase que fuera a verla, ellos dos también eran amigos pero no podía dejar de pensar que a su colega siempre le había gustado Ciara y que...

Dago se incorporó en la cama.

—No serás capaz… —Recordó cómo le había dicho esa misma mañana que había pasado página respecto a Ciara y se inquietó.

Sabía que Nacho siempre se había mantenido apartado por ser su amigo, pero no estaba tan seguro que pudiera contenerse ahora que Ciara estaba con ese tío que ni le iba ni le venía. A Nacho le daba igual que las tías con quien se enrollaba estuvieran casadas, con novio o que fuesen monjas. Si le gustaba alguien, iba a saco.

Se volvió a tumbar y agarró con fuerza la almohada.

Cerró los párpados e intentó no pensar en nada, pero la imagen

de Ciara siendo seducida por ese depredador le acabó de desvelar.

Después de mil vueltas consiguió derivar sus pensamientos hacia la chica que había ocupado su lecho la noche anterior y recordó con irritación, cómo había susurrado el nombre de Ciara cuando estaba haciendo el amor con ella. Había sido tan frío y tan distinto con esa desconocida…

Recordó sus labios y sin darse cuenta los comparó con los de Ciara, carnosos y rosados…, recordó su nariz recta y pequeña que rozaba con la suya cuando se besaban…

Dago se deleitó rememorando cómo besaba los cremosos hombros de Ciara, cómo hundía el rostro en su cuello haciendo que se estremeciera.

Sin pretenderlo, se sumió en un letargo donde todos sus recuerdos parecieron revivir.

Dago cogió a Ciara por las caderas y la acercó a él mientras ella emitía un gemido. Atrapó sus labios y hundió la lengua en su boca. Sintió su aliento caliente, abrasador, tan enloquecedor que pensó que podría besarla sin descanso, sin tregua, por siempre. Su sabor le llenaba, le hacía perder la razón. Ciara arrancó su camisa entre jadeos y él desabotonó la ligera blusa que llevaba; debajo, un sujetador de encaje dejaba entrever unos pezones duros y excitados. Arrastró su rostro hacia ellos y, bajando con los dedos la suave tela, los lamió, los succionó mientras que Ciara se encogía de placer y sujetaba su cabeza, atrayéndole más.

Ciara utilizó ambas manos para acariciar su espalda, solo un roce y Dago se estremeció agarrando un pezón entre sus labios para después soltarlo y subir por su cuello esbelto y suave. Llegó a su boca y de nuevo, saboreando sus labios, desató en ella un nuevo gemido.

Las piernas de Ciara le envolvieron y le acercaron más haciéndole sentir lo excitada que estaba. Dago le correspondió apretando sus caderas contra ella para que pudiera notar su erección. Ciara le miró con los ojos brillantes, bajando con sus manos por el vientre plano, tostado, vibrante. Soltó el botón de su pantalón para liberarle y el miembro caliente se alzó imponente ante ella. Quería tocarlo, introducirlo dentro de su cuerpo en ese momento, pero él sujetó sus manos inmovilizándolas y volvió a bajar a sus pechos.

—No te muevas —le susurró desde allí. Ella obedeció emitiendo un jadeo entrecortado, frustrante.

Dago la despojó despacio del resto de su ropa y después se quitó

el resto de la suya. Muy despacio, la tumbó en la cama de modo que sus pies tocaran el suelo, y poniendo una mano a cada lado de su cabeza, contempló su belleza, sus ojos azules convertidos en dos zafiros que destilaban deseo, unos labios que se mantenían ligeramente hinchados por sus besos. La besó de nuevo, primero en la boca y luego en la mandíbula, después, bajó con lentitud y volvió a entretenerse con cada pezón duro, hinchado por la excitación, lo lamió, lo mordisqueó y besó. Bajó luego por su abdomen, mientras sus manos cubrían esos pechos calientes. Los estremecimientos de Ciara le excitaban, le volvían loco. Cuando llegó a su sexo, hundió la lengua en él y Ciara se arqueó y le acarició el pelo dando pequeñas sacudidas que hacían que Dago acariciara una y otra vez esa zona suave y húmeda.

Ciara dio un grito contenido.

—Por favor, Dago… no sigas…, para… —le suplicó.

Dago se levantó muy despacio y sin dejar de mirarla a los ojos, penetró en ella desatando una oleada de sensaciones que acompañaron al ritmo de sus latidos desbocados. Su piel se erizó, se contrajo, Ciara gimió pidiendo que se moviera más fuerte y eso le excitó aún más, le despojó de toda cordura.

—Dago… —susurró jadeante.

No podía dejar de mirarla mientras se hundía en ella una y otra vez, viendo cómo pedía más, cómo le reclamaba, y cuando notó que Ciara llegaba al orgasmo, se dejó llevar no pudiendo contenerse más, y la abrazó deseando que nunca escapara de entre sus brazos.

Dago abrió los ojos y se quedó mirando a la ventana de su patético apartamento. Se sentó en la cama y suspiró pasándose las manos por la cara.

—Maldita sea…

Se levantó y fue al cuarto de baño con las imágenes de su recuerdo.

—Mierda… —dijo abriendo la ducha.

Se miró unos instantes y cerró los ojos sacudiendo lentamente la cabeza.

—Tienes que ser mía de nuevo —dijo crispando los puños—, tienes que ser mía.

GALICIA

Otoño de 2013

El miembro de los Kan Kral vigilaba la casa sin perder ningún detalle.

Ya había dado parte de que la principal buscadora se hallaba en Galicia y que se encontraba junto a Ciara.

El tiempo apremiaba, tenía que ser invitado cuanto antes al caserón.

En la Orden ignoraban si Erin había conseguido algo en sus pesquisas, de ser así, podía coger lo que poseían y llevarlo consigo. Eso sería terrible, sobre todo, si lo que guardaban en esa maldita habitación era la parte que *ellos* deseaban con tanto fervor.

Componentes especializados de la Orden también buscaban el Códice por todo el mundo y sus intentos habían sido infructuosos. ¿Y si ella lo había conseguido? Los que se encargaban de vigilarla en otros países no habían expedido ningún informe que indicara que lo habían encontrado pero…, eso no quería decir nada. Erin y todo su Clan eran verdaderos especialistas en guardar las apariencias. Ya los habían engañado en el pasado y ahora, ella estaba allí y él era el encargado de ese asunto. Era su responsabilidad. Lo habían elegido para vigilar la casa y conseguir lo que allí escondían. Eran órdenes incuestionables. Tenía que recuperar esas vitelas aunque no fueran las esperadas porque tenían que poseer el manuscrito en su totalidad. Era demasiado importante, y ella…, no iba a llevarse parte de él dejándole en mal lugar. No, no se llevaría los escritos.

La buscadora no saldría de allí con los antiguos pergaminos. Él, se encargaría de que eso no sucediera.

***

Eran las nueve y media de la mañana cuando la verja del caserón se abrió.

El miembro de la Orden dio un respingo en el asiento de su coche y el corazón comenzó a latirle ferozmente despejando sus sentidos.

Aun así, tardó unos segundos en reaccionar cuando vio que la buscadora y su marido iban en el coche que estaba saliendo en ese momento.

El miembro de la Orden, sonrió, giró la llave en el contacto y a continuación, informó a central que seguiría a los padres de Ciara.

Cuando el coche de Erin se hubo encontrado a una distancia razonable, se dispuso a seguirles.

Observó que iban directos a la carretera que llevaba a Cariño y una idea se trazó en su mente. No era lo que le habían ordenado, pero le felicitarían por ello. Quizá lo que acababa de ocurrírsele diera pie a un acercamiento por parte de Ciara, además, Erin era una mujer demasiado perspicaz y la experiencia la hacía todavía más aguda.

A esa hora el tráfico era denso y eso ayudó a que no se percataran que los estaba siguiendo. Se aseguró que ningún coche que los rodeaba fuera del Clan y adelantó a dos vehículos para ponerse tras ellos.

Esperó pacientemente, sin acercase demasiado, dejando de vez en cuando que algún coche se metiera entre los dos, para luego volverse a poner detrás.

Ya iban a llegar al lugar que estaba esperando. Se limpió el sudor que empapaba su rostro, bajó una marcha para que el coche enfureciera el motor y subiera de vueltas, y se puso paralelamente al de la buscadora.

El matrimonio iba sumido en una entretenida conversación pero de pronto la mujer se le quedó mirando unos segundos, él le ofreció una sonrisa y ella entrecerró los ojos para luego abrirlos sorprendida. Supo entonces que ya no podía dar marcha atrás. No se había equivocado en tomar esa decisión.

El miembro de la secta observó que se aproximaban al punto justo y fue entonces cuando dio un brusco giro al volante embistiendo lateralmente al coche.

El factor sorpresa fue determinante y desde su retrovisor vio cómo el vehículo desaparecía por la grave bajada que había en ese tramo de la carretera.

***

Ya eran las doce y no sabía nada de mis padres.

Habían dicho que estarían de vuelta a esa hora y que permaneciera en casa, de modo que no había salido en toda la mañana.

Pasé por el dormitorio que ocupaban y me detuve en el umbral de la puerta. Las maletas medio llenas descansaban encima de la cama, abiertas. Según mi madre, no necesitarían muchas cosas y estaba seleccionando lo que se llevarían y lo que no.

Esa mañana nos habíamos levantado a las siete y mi padre casi no había soltado el teléfono. Le había oído hablar en portugués, en italiano y en inglés. Mi madre me dijo después, que el problema surgido en la empresa se había agravado y que lo estaban intentando resolver y, aunque en Brasil era de madrugada, los problemas no tenían horarios para solventarse.

Recordé la conversación que mi madre y yo habíamos mantenido mientras organizaba la ropa de las maletas y, cuando me disponía a entrar a la biblioteca, llamaron a la puerta.

Cerré bien la puerta y cuando llegué al recibidor miré la pantalla del videoportero.

Era Dago.

Repasé mi ropa e inspirando profundamente, di al botón para que la verja se abriera y salí en su busca.

Mientras le veía aparcar su moto, me apoyé en una de las columnas del pórtico delantero y le observé sin remordimientos.

Era insultante lo guapo que estaba. Su pelo, ahora revuelto por efecto del casco, le caía sobre la frente haciéndole parecer un dios del Olimpo. Pude vislumbrar un suéter rojo bajo la cazadora negra de cuero. Sus pantalones también negros, se ajustaban a sus muslos dejando adivinar unos cuádriceps bien formados.

Dejó el casco encima del depósito de la moto y, pasándose la mano por el pelo como un maldito modelo de champú, subió los ocho escalones que nos separaban. Me vino a la cabeza la carta que había encontrado en el desván y ese pensamiento, destruyó al 'David' que tenía ante mí y que yo inconscientemente no dejaba de idolatrar.

—¿Cómo estás? —saludó.

—¿Qué haces aquí?

—Joder Ciara, menuda bienvenida.

—Simplemente me sorprende tu visita. Últimamente te dejas ver

mucho por esta casa.

—Si no estuvieras tú, no vendría.

Compuse un gesto sarcástico, después, me volví hacia la puerta de la casa y noté sus pasos tras de mí.

—Pasa por favor —le dije exagerando el tono.

—Gracias —me contestó con retintín él también.

Me encaminé hacia el salón.

—¿Te apetece tomar algo? ¿Un zumo? ¿Leche? ¿Arsénico?

Dago se me quedó mirando unos instantes sin decir nada y me pregunté qué estaría pensando.

—He venido a hablar contigo.

—No quiero hablar. —Fui seca, muy seca. Las palabras de la carta me quemaban…

—Vale —sonrió— No vengo a hablar de nosotros. Ayer tus padres me pidieron que estuviera aquí a las doce y media.

De modo que era eso. Mentiroso.

—Pues todavía no han llegado. Se fueron esta mañana y ya ves —repuse albergando la estancia con mis brazos.

—Mi abuelo me ha dicho que vendrá un poco más tarde. Ha tenido que ir a Cedeira. Por lo visto han quedado todos aquí. Quizá vayan a pactar nuestro compromiso como en la Edad Media.

Le sostuve la mirada sin ningún vestigio de humor.

Dago sacudió la cabeza, sonriendo.

—Ayer me contó que tu madre ha hablado contigo, que ya lo sabes todo.

—Y por lo visto, tú también.

—Sí, lo sé desde hace tiempo.

—Ya. Me lo dijo ella.

—Y… ¿cómo te lo has tomado?

—Bien, bien, —Empezaba a desubicarme— es…, es todo muy… sorprendente —admití—, no sé, todavía estoy asimilándolo.

—A mí también me costó hacerlo, pero para ti debe ser más difícil siendo tu madre la responsable de la búsqueda.

—Sí, así es. No puedo dejar de pensar en el peligro al que se tienen que enfrentar y eso, me preocupa.

Dago se acercó a mí más de lo conveniente.

—Ven —dije en un impulso para deshacerme de su cercanía. De pronto me interesaba su opinión sobre el galimatías del que me había hablado mi madre y quería saber en qué medida estaba involucrado él en ese asunto—. Acompáñame a la biblioteca. Voy a enseñarte algo.

Dago sabía toda la historia, de modo que no vi inconveniente alguno a enseñarle lo que había allí dentro.

Cuando entramos en la habitación llena de libros, me adelantó y fue hacia la mesa.

—Recuerdo esto. —No sabía a qué se refería hasta que estuve a su lado; retuve el aliento cuando vi de qué se trataba—. Este fue el último regalo que te hice. Lo que me sorprende es que esté aquí y no en la basura.

—Sí, así es, me refiero a lo primero que has dicho —puntualicé al tiempo que Dago abría el pequeño joyero—. Fue lo que me llevó a despojar el anaquel de todos los libros. Mi madre lo dejó deliberadamente ahí para que…

'para que te recordara, para que no pueda nunca olvidarme de ti'

—Para que… —Dago se volvió animándome a terminar la frase.

—Bueno, se supone que eso no debe estar detrás de un libro al fondo de una estantería. Supongo que pensó que llamaría mi atención.

—Claro —concedió mirándome con intensidad. Después para mi alivio, volvió la vista hacia las conchas y cogió una. En su interior había una palabra escrita en gaélico.

—Siempre… —musitó traduciéndola.

Imágenes del día en que me hizo el regalo acudieron a mi mente y las aparté de un manotazo.

—Deja eso y ven a ver esto —le pedí acercándome al ángulo por donde se abría el pasadizo.

Observé cómo Dago cabeceaba con lentitud, subía los hombros y los bajaba levemente delatando un suspiro.

—Éramos unos críos —dijo con desenfado—. No puedo creer que fuera tan ridículo de escribirte tales tonterías en unos moluscos.

Le miré atónita.

Dago nunca había sido lo que se dice…, romántico, pero ese día, el día que me dio ese joyero repleto de conchas escritas con palabras de amor, pensé otra cosa. Ahora me daba cuenta, de que tanto ese día como tantos otros, me hubiera equivocado completamente.

—Tienes razón, son tonterías —repetí mordaz— ¿Quieres que te enseñe esto o no?

—Claro, veamos lo que escondes.

Cuando pulsé las muescas correspondientes y los ganchos aparecieron, Dago me cogió de los brazos y me arrastró para atrás.

—¿Qué haces?

—Creí que esto se te venía encima —explicó.

Contuve la risa y me metí dentro del túnel.

—¿Sabes lo que hay aquí? —pregunté en un susurro.

Negó con la cabeza sin dejar de mirar a su alrededor. En ese momento, las luces comenzaron a encenderse, consecutivamente.

—Conozco la historia, pero nunca he estado en este lugar.

Me apunte un tanto.

Cuando llegamos a la puerta, noté cómo Dago tenía la misma reacción que yo había tenido la primera vez que la había visto.

—Es bestial —susurró.

—Hay que introducir una combinación en el calendario Arbóreo Celta.

—Apuesto a que la sabes.

—¿Quieres probar tú? —le desafié.

Dago clavó sus ojos en los míos unos segundos antes de comenzar a tocar la recia madera.

—Frío… —susurré haciendo que moviera los dedos hacia las letras de la derecha—, templado. Otra vez frío —volví a decir cuando los bajó.

Se dio la vuelta y se acercó a mí haciendo que diera un paso atrás. Mi espalda chocó con la pared del pasadizo y aprovechó para encarcelarme con sus brazos.

—¿Vas a seguir así todo el día, o vas a abrir la maldita puerta? —susurró casi rozando mis labios.

Solté el aire que había retenido y me escabullí de mala manera. Su risa retumbó por todo el túnel.

Sumida en un pueril mutismo, me dispuse a pulsar cada una de las letras que abrían la puerta. Cuando el mecanismo se accionó, fui yo la que me aparté empujando con suavidad a Dago para que él también lo hiciera.

Como la otra vez, la visión de la habitación me sobrecogió, entonces recordé lo que mi madre dijo sobre los símbolos que protegían a los escritos y alcé la vista.

Me quedé boquiabierta.

El techo, con forma abovedada, contenía en su totalidad una hermosa serie de inscripciones en la antigua lengua druida; los signos Oghámicos, se entrelazaban unos con otros en un baile maravilloso.

Noté cómo Dago contenía la respiración unos segundos y el súbito enfado quedó olvidado.

—Estas cosas, las han ido trayendo mis padres con ayuda del tuyo. Según parece, todas ellas pertenecen a Irlanda. A guerreros

celtas y a los propios druidas.

Dago me rodeó y se dirigió al atril. Se inclinó levemente para admirar los pergaminos.

—De modo que esto es lo que esa gente quiere.

—Así es.

—Ven —le pedí—. Te quiero mostrar algo.

Me siguió sin rechistar, hipnotizado por todo lo que nos rodeaba. Cuando llegamos al pequeño pedestal, me retiré un poco y le observé. Como esperaba, se sorprendió al ver la espada.

—Cógela —susurré.

Mientras lo hacía. Su rostro adquirió un gesto de concentración que me dio reparo interrumpir. Acarició la hoja con delicadeza para después, cerrar su puño sobre el mango con aire experto y trazar dos cortes en el aire. Pensé que iba a seguir admirándola, pero entonces, dejó el arma en su sitio, alargó el brazo hacia el satén y sacó de allí un medallón que yo no había visto y, que había permanecido escondido debajo de un pliegue.

—Es precioso… —dije cuando lo depositó en su otra mano.

—Sí, lo es… —susurró sin dejar de mirarlo.

Me recordaba a algo…

—¡Es igual que el vitral de la escalera! —exclamé cuando lo reconocí.

El medallón, era igualmente circular, en forma de rosetón. Varias piedras, difíciles de identificar, rodeaban el círculo central donde se podía ver el mismo nudo celta que reinaba la escalera. Dentro de los doce círculos, faltaban varios cristales, sus huecos habían acumulado suciedad, pero aun así, el medallón conservaba una belleza que me cautivó.

Lo cogí y me acerqué a la luz para verlo mejor. Cuando levanté la vista hacia Dago, este se hallaba observándome con un gesto insondable. Mis pies parecieron echar raíces viendo cómo se acercaba con lentitud.

Cuando estuvo frente a mí, cogió el medallón de mi mano y lo posó en mi pecho. Reprimí un escalofrío cuando sentí el pesado metal en contacto con mi piel.

Mis dedos reptaron hacia allí y lo toqué, observando cómo Dago ahora lo miraba.

Subió sus ojos a los míos y quedé atrapada en ellos. Todos mis esfuerzos para huir fueron inútiles teniéndolo tan cerca.

No vaciló. Sus labios aprisionaron mi boca y pude sentir de nuevo cuan abrasadores eran sus besos. Mi reacción fue inesperada hasta para mí cuando me descubrí devolviéndole el beso de una

manera irracional.

Su sabor enturbiaba mi coherencia y me acerqué a él sintiendo cómo su pecho aprisionaba mi cuerpo. De pronto no estaba en esa habitación, sino en un campo verde donde el sol calentaba mis mejillas.

Estaba a punto de dejarme llevar por completo, cuando Dago paró de besarme y se apartó dejándome famélica.

—Quiero enseñarte algo —susurró.

Jadeante, me separé un poco avergonzada por mi fogosidad y, al hacerlo, el medallón cayó al suelo ocasionando un impacto seco.

Me llevé las manos a la boca encogida por el golpe, pero comprobé aliviada que no le había ocurrido nada. Dago se quedó mirándolo unos segundos y luego se agachó a recogerlo.

Me pareció que el timbre de la puerta sonaba a lo lejos. Me quedé escuchando más atenta, y volví a oírlo con más claridad.

—Voy, voy a ver quién es… —dije aturdida aún. Todavía podía sentir en mis labios el calor de los suyos.

No dijo nada, me miró con serenidad y se acercó de nuevo a la espada.

Salí de allí sin pensar en lo que estaba haciendo. Dejándome llevar simplemente por un acto reflejo, pues en ese momento, mi mente estaba desconectada de lo que hacia mi cuerpo. Mi cerebro estaba reteniendo el reciente recuerdo del beso con Dago, su sabor, su calor…

Cuando llegué al videoportero y vi por la pantalla un coche de policía, un mal presentimiento se hizo dueño de mis sentimientos y la realidad cayó sobre mí a plomo. Apreté el botón para que se abriera la verja sin ni siquiera preguntar y, antes de que los dos policías pudieran llegar a la entrada de la casa les alcancé jadeante por la carrera.

Los agentes me miraron un poco sorprendidos y tras una leve mirada entre ellos uno me preguntó:

—¿Es usted, Ciara Castellblanc?

—¿Ha ocurrido algo?

—Por favor, contésteme señorita, ¿es usted Ciara Castellblanc?

—Sí, lo es. —La voz de Dago surgió detrás de mí— ¿A qué se debe su visita?

Los policías le observaron con aire profesional antes de volver a posar sus miradas sobre mí.

—Sus padres han sufrido un grave accidente.

***

Los habían llevado al hospital de Ferrol.

Íbamos a toda velocidad en la moto de Dago, y aun así, debido a mi ansiedad por llegar, sentía como si fuésemos a un ritmo demasiado lento.

Sorteábamos los coches por la carretera de Ortigueira como si estuviésemos en un circuito y, cuando vi que nos incorporábamos ya a la autovía, respiré hondo. Ya quedaba menos.

Salté de la moto antes de que parara el motor y me lancé a la recepción de urgencias donde una aburrida administrativa atendía a varios pacientes. Saltándome todas las normas de educación y buenas formas, me abalancé a la ventanilla y pregunté casi a gritos por mis padres. Dago se encontraba detrás de mí y sujetó mis brazos unos segundos. A la chica se le cambió momentáneamente el color del rostro y tras pulsar varias teclas, me dijo dónde podía encontrar a mis familiares.

No recuerdo bien cómo llegué hasta el lugar donde me dijeron, pero una enfermera joven y con demasiado maquillaje me cortó el paso antes de que pudiera entrar a la sala en la que se suponía que estaban mis padres.

—¿Dónde va? —me preguntó.

—Mis, mis padres han tenido un accidente. Me han dicho que están aquí. Se llaman Ángel Castellblanc y Erin Lynch.

—Un momento por favor. No pueden pasar.

La enfermera pasó dentro dejándonos en la puerta.

Me di la vuelta desesperada, no podía mantenerme quieta y Dago volvió a sujetarme por los hombros.

—Ciara, tranquilízate —susurró.

Le miré a punto de llorar.

La enfermera salió tras cinco largos minutos, iba acompañada de un hombre de unos cincuenta años con incipiente calva y unas gafas de montura dorada.

—Buenos días, soy el doctor Carballo. Sus padres han tenido un accidente de tráfico. Su padre sufre una fuerte contusión en el brazo derecho que le ha provocado la fisura de la clavícula, también tiene algunas heridas sin importancia en el rostro que no presentan mayor gravedad. Su madre está siendo atendida en este momento.

—¿Qué…, qué le pasa a mi madre?

—¿Necesita que le dé un tranquilizante? —me preguntó la enfermera.

Negué con la cabeza rápidamente.

—Por favor, doctor, dígame, mi madre…

—Su madre ha sufrido un traumatismo craneoencefálico y se le está atendiendo. Si esperan en la sala, se les informará en cuanto sea posible.

—¿Pero está grave? —pregunté.

—Ya le he dicho que están atendiéndola. Tranquilícese y vayan a la sala de espera, por favor.

El médico se dio la vuelta y desapareció antes de que pudiera hacerle otra pregunta.

La enfermera nos miró mordiéndose el labio.

Dago no se conformó y empujó la puerta abatible por donde había desaparecido el médico. Ya no se le veía por ninguna parte.

Dago se volvió hacia la enfermera.

—Por favor, díganos, ¿podemos ver a su padre? —le oí preguntar.

—Oh… sí, bueno... cómo algo excepcional… Yo les acompañaré. Allí se les avisará.

***

Mi padre mantenía la cabeza baja y los ojos cerrados cuando entramos en el box.

—Papá… — susurré cuando le vi.

Recostado en esa butaca de hospital, parecía haber envejecido veinte años. El brazo derecho lo mantenía inmovilizado y pegado al pecho, mientras que el otro, estaba enganchado por una vía a varios sueros y calmantes.

—Ciara…, tu madre… —Su rostro se contrajo y me apresuré a abrazarle con delicadeza.

—Tranquilo, mamá está bien —dije haciendo un esfuerzo descomunal—. Están con ella, va a salir todo bien, papá —Intenté creerme mis propias palabras.

—Ángel. —Dago se acercó a nosotros.

—Dago, hijo. —Mi padre estiró su brazo izquierdo y tocó a Dago en un gesto de cariño— Me alegro que estés con Ciara.

—Te vas a poner bien, ya nos ha dicho el médico que solo tienes una pequeña fisura en la clavícula, pero eso es todo, estás bien — dije acariciando las pequeñas heridas que tenía en el rostro.

—Fueron ellos —dijo mirando a Dago—. Nos echaron de la carretera, no me dio tiempo a reaccionar y tu madre…

—Papá, no te culpes por favor, por favor…

—¿Pudiste verles? —preguntó Dago.

—No, si les hubiese visto serían ellos los que estarían

hospitalizados… —Cogió aire y lo soltó de golpe—. No vi nada sospechoso. Erin y yo íbamos hablando de… bueno, no me acuerdo —movió la cabeza—, de pronto, un coche nos dio lateralmente y nos empujó hacia el arcén, justo, donde había un terraplén. Lo tenían muy bien calculado. Caímos por allí y el coche dio varias vueltas. Todavía puedo oír el sonido atronador del metal del coche arrastrándose por la tierra, el crujir de los hierros y de los cristales. Después silencio, no podía oír a tu madre y pensé que… —Se llevó la mano a la cara para tapársela.

—Tranquilo papá, todo va a salir bien —susurré con un nudo en la garganta.

—Las vueltas cesaron y el coche se detuvo en su posición normal —continuó con la voz amortiguada por su mano—, entonces pude tocarla la muñeca buscando su pulso. No pasó mucho tiempo hasta que comenzaron a llegar personas para ayudarnos. Muchos de ellos habían sido testigos como el coche nos sacaba de la carretera, pero no pudieron coger la matrícula, ni siquiera recordaban el modelo de coche que era, solo me dijeron que era de color negro.

—Oh, papá...

—Dago, llama a tu abuelo por favor. Dile lo que ha pasado, hijo.

—Sí. Estará preocupado, debe haber ido al caserón y le habrá extrañado no encontrar a nadie.

Dago salió del box y yo me quedé con mi padre. No tenía fuerzas para hablar, solo deseaba que nos llamaran pronto para saber cómo estaba mi madre.

***

Eran casi las nueve de la noche cuando vimos al doctor venir hacia nosotros. A Dago y a mi nos habían echado del box; por lo visto, allí no podíamos estar. Cuando observé el rostro del médico, vaticiné que algo no iba bien.

Antes de que nos alcanzara me precipité hacia él.

—¿Cómo está?

El médico titubeó unos instantes y después de tocarse la barbilla con nerviosismo, nos dijo:

—Su madre está fuera de peligro, aunque siento decirle que no recuerda nada del accidente.

***

Cuando llegamos a casa pasaban de las doce. Dago nos

acompañaba. Había ido pacientemente con su moto detrás del taxi, todo el recorrido.

Mi madre estaba en observación y no nos habían dejado quedarnos en el hospital con ella alegando que necesitaba descansar e iba a estar sedada toda la noche. Entretanto, mi padre había recibido el alta hospitalaria y, en cuanto pisó el caserón, se fue a la cama a descansar.

—No puedo creer lo que ha pasado —susurré en cuanto bajé al salón.

—Tu madre va a recuperarse, ya verás. Acuérdate de lo que ha dicho el doctor. La amnesia es retrograda, eso es una buena noticia.

—Es terrible…

—Ciara, todo va a salir bien.

—¡Hijos de puta! —estallé— Casi los matan.

Dago me abrazó con fuerza y yo desaté mi rabia y mi dolor enquistado durante todo el día.

Tras llorar largamente en su hombro, me fui tranquilizando poco a poco. Había acumulado demasiada tensión y ese desahogo fue algo purificador.

—Qué raro que tu abuelo no haya ido al hospital —susurré.

—Quería hacerlo, pero le expliqué que no nos dejaban ver a tu madre y que a tu padre le iban a dar el alta. Le he pedido que se quedara con mi abuela, ella estaba bastante nerviosa. Mañana irán a primera hora.

—Todo esto es tan… —Me faltaban las palabras, no las encontraba para definir cómo me sentía.

—Dice que ninguno de los nuestros vio quién pudo echarles de la carretera. Tus padres siempre van escoltados, es raro que nadie haya visto nada.

—Sí, bueno, ya nos ocuparemos de eso.

—Tienes aspecto de estar cansada. Han sido demasiadas emociones hoy.

—Demasiadas. —Fui a la cocina y llené un vaso de agua— ¿Tienes hambre? Debes estar hambriento. No hemos comido nada en todo el día.

—Lo cierto es que me comería un buey.

—Bueno, iré a ver si quedan, ayer me pareció ver uno pastar junto a las hortensias.

Dago sonrió.

—Me alegra verte así pese a todo lo que ha pasado.

—¡¿Y qué puedo hacer?! —pregunté un tanto exasperada—, todo esto es muy confuso. Ayer me entero que mi familia es

protectora de algo que unos sádicos persiguen desde antes del nacimiento de Cristo. Que mi abuelo fue asesinado por esa Orden del demonio y hoy…, hoy mis padres casi mueren por, por… —Mis ojos se volvieron a llenar de lágrimas y antes de que pudiera sujetarlas, Dago me introdujo otra vez entre sus brazos—. Déjame… —susurré moviéndome débilmente.

—Ciara… —Dago susurró mi nombre muy cerca del oído. Sus brazos envolvieron más mi cuerpo aprisionándome por completo.

Me separó levemente de él y sus manos pasaron a sujetar mi rostro empapado.

Volvía a hacerlo y yo luchaba contra ese sentimiento, aunque ese contacto mágico consiguiera hacerme sentir mejor. Ese hombre volvía a ejercer sobre mí esa fuerza extraña y, todas las palabras que podía decirle, las acusaciones que tenía preparadas pese a nuestro beso, se escondieron detrás de las neuronas de mi cerebro regocijándome con ese contacto.

—Necesitas descansar —sugirió—, anda, ve a sentarte. Prepararé cualquier cosa.

Sopesé sus palabras durante unos segundos.

—Gracias —susurré. Lo cierto es que estaba agotada.

Antes de que su mirada consiguiera que no pudiera moverme, me puse en movimiento y desasiéndome de su abrazo, fui al salón.

Dago apareció a los pocos minutos con unos bocadillos y unas cervezas.

—He fileteado al buey. Espero que te guste.

Sonreí débilmente y miré al fuego que acababa de encender.

—¿Qué va a pasar ahora? Tu abuelo dijo que era importante encontrar el Códice. Que no podíamos esperar.

Dago, no dijo nada, se limitó a clavarme de nuevo su mirada verde y vino hacia mí. Dejó la bandeja encima de la mesa y se sentó a mi lado.

—Creo que debemos hablar con él al respecto.

—Sí, eso creo.

Estuvimos en silencio un rato y, mientras pellizcaba el bocadillo, se me fue formando un nuevo nudo en la garganta. Este, por otra razón.

—Dago…, sobre esta mañana en la habitación sagrada… yo…, espero que lo que hicimos no… —Quería dejarle claro que ese beso no cambiaban las cosas entre nosotros. Pese a todo lo que había ocurrido, no podía dejar de pensar en la carta que había encontrado escrita de su puño y letra y la estúpida ilusión que me había hecho al pensar que esas palabras estaban dedicadas a mí, para luego

descubrir, que no lo eran ni por asomo.

—Tranquila —sonrió levemente mirando al fuego—. Ahora tenemos cosas más importantes en las que pensar. Eso no lo es.

No sé muy bien lo que sentí al oírle hablar así, tan locuaz y seguro de sí mismo, como si nuestro beso hubiera sido una nimiedad, un error; por lo visto, para él lo había sido, sus palabras lo dejaban claro.

—Tienes razón, tenemos cosas más importantes en mente en estos momentos. —Solté el bocadillo de mala manera en el plato y me levanté del sofá—. Creo que deberías marcharte. Es muy tarde y mañana quiero ir al hospital a primera hora.

Dago había dejado de masticar su bocado y me miraba, perplejo.

—¿He dicho algo que te ha molestado? —preguntó.

—Para nada.

No iba a darle la satisfacción de saber que su indiferencia por nuestro beso me molestaba. De pronto me di cuenta. ¡Eso era lo que había pretendido desde el principio y yo había picado como una tonta! Dago era así, le gustaba llevarlo todo al límite, y estaba segura que lo que estaba pretendiendo era que fuera yo la que tras años sin hablarle, ahora le suplicara, le dijera que no podía estar sin sus besos, sin… él.

Suavicé las formas como si no me importaran sus palabras y sonreí abiertamente preparada para dar mi estoque.

—Debería haber llamado a otra persona para que me acompañara esta noche —solté desmenuzando cada palabra. Quería herirle y no sabía cómo—. Voy a la cocina a llevar esto. ¿Quieres algo más? —pregunté sujetando el sarcasmo.

Me evaluó unos segundos y me di la enhorabuena cuando su gesto se volvió iracundo.

—No, gracias —Se levantó y tiró su bocadillo en la bandeja que sujetaba en mis manos, después me la quitó de mala manera—. Deberías acostarte. Dormir poco te sienta mal.

Apreté los puños observando cómo se alejaba hacia la cocina.

—Cierra cuando salgas —grité cuando le perdí de vista.

Subí los escalones despacio, esperando a que Dago apareciera por el recibidor y me viera subir las escaleras dignamente, desprendiendo por mi cuerpo como si fuese una estela, la misma indiferencia que él había tenido conmigo.

Al no oír ningún ruido detrás de mí, miré por el rabillo del ojo hacia abajo y vi que el recibidor estaba vacío. Volví la cabeza hacia delante preguntándome dónde se habría metido y de pronto, el sonido de la puerta al cerrarse contestó mi pregunta.

Me quedé quieta, como si algo me sujetara de los tobillos. ¿Se había ido sin decir nada?

A los pocos segundos oí el motor de la moto y cómo se alejaba.

Agarré la barandilla con furia y maldije sentándome en los escalones, poniéndome a llorar de nuevo como una niña.

***

—Ángel, pronto vendrá el médico a informarnos de algo —razonó Olalla.

Apreté los labios y suspiré. No paraba quieto y verle así me dolía en el alma.

Mi padre y yo habíamos llegado al hospital a las nueve en punto y Kael y Olalla, ya estaban allí.

—Tranquilo Ángel —volvió a decir Olalla.

—Sí papá, no debes alterarte, no te viene bien. —Se habían llevado a mi madre para hacerla unas pruebas y nos habían dicho que nos quedáramos en la habitación porque el médico se pasaría a darnos las últimas noticias sobre su estado.

Mis ojos iban de mi padre a Kael que se mantenía quieto en un rincón. Su rostro estaba demudado y sus manos temblaban ligeramente.

—Los Kan Kral no habían dado señales en mucho tiempo —dijo mi padre. Me pregunté entonces cuánto sabría Olalla de todo eso.

—Pero el tiempo apremia… —repuso Kael mirando al suelo.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté—. ¿Hay alguna manera de solucionar esto? Está claro que vosotros no podéis haceros cargo de este asunto. Creo que deberíamos considerar más opciones.

Kael me dedicó una efímera mirada y luego la posó en mi padre. Éste, abrió mucho los ojos.

—No, no sé… ellos solos… —musitó con inseguridad.

—Estoy preparada. Sabéis que podía pasar —dije con rotundidad.

—Yo, yo…, no quería que esto pasara.

—Pero ha pasado, papá.

—Tu madre no estará de acuerdo.

—Ángel, cálmate —le pidió Olalla.

—¡¿Cómo voy a calmarme?! La secta está impaciente, si no, no hubiesen actuado de nuevo. Esto se sale de nuestros planes. Es muy peligroso, ¿es que no lo ves? —preguntó señalándose el hombro—. Esto no es nada en comparación de lo que nos podía haber ocurrido.

—¿Y qué podemos hacer si no? —quise saber.

Estaba decidida, yo me encargaría, y al contrario de lo que pudieran pensar, no tenía miedo.

En ese momento, la puerta se abrió y todos nos giramos hacia allí.

El médico apareció tras ella.

—Buenos días, traigo muy buenas noticias. Las nuevas pruebas que le hemos hecho a su esposa confirman que la contusión no ha ido a más. Lo único que podría preocuparnos y no demasiado, es la amnesia. Las demás contusiones que tiene por el accidente le ocasionarán molestias que en unos días, pasarán.

—Díganos doctor, ¿recuperará pronto la memoria? —preguntó mi padre un tanto emocionado.

—Todo tiene un proceso y suele ser un desarrollo lento. En el caso de Erin, ha tenido mucha suerte. El traumatismo le ha ocasionado una pérdida de memoria transitoria, pero su esposa podrá recordar en breve. No podemos predecir cuándo recuperará todos los recuerdos, pero con paciencia, lo conseguirá al cien por cien. Hemos comprobado que no le ha quedado ninguna dificultad física ni intelectual. Es una amnesia postraumática, con confusión y desorientación.

—Pero, ¿está bien? —quiso saber Olalla.

—Sí, sus constantes están bien. Cómo les dijimos ayer. Está muy magullada pero sin mayor importancia. Se encuentra un poco perdida. No sabe qué hace aquí ni qué le ha pasado. Su último recuerdo es que salió de viaje desde Brasil con usted —dijo a mi padre.

—¿Qué debemos hacer para ayudarla? —quise saber.

—Tener mucha paciencia y darle muchos ánimos. Lo mejor en estos casos es responder sencillamente a todas las preguntas que ella les haga. Explíquenle poco a poco lo que le ocurrió y sobre todo que está bien, que no tiene que tener miedo y que su memoria se recuperará con seguridad en unos pocos días, aunque eso, ya se lo hemos explicado nosotros.

—Gracias doctor —dijimos todos al unísono cuando éste acabó de explicarnos.

Tras despedirse de nosotros, fue hacia la puerta y antes de que se cerrara de nuevo, Dago apareció tras ella.

—Buenos días —saludó. Dio un beso a sus abuelos y sin mirarme, se dirigió directamente a mi padre.

—¿Cómo estás, Ángel? —le preguntó.

—El médico dice que Erin está recuperándose, así que dentro de lo que cabe, bien.

Dago extendió su sonrisa y nos miró a todos.

—Eso es estupendo —dijo casi riendo—. ¿Y tu dolor?

—Duele, para que te voy a mentir. Y ya me ves, estoy hecho un auténtico inútil.

—Eso no es verdad —tercié.

—Claro que no es verdad. ¿Por qué dices eso? —Dago cogió a mi padre del brazo izquierdo y le dio un suave apretón.

—Me siento impotente. Hay demasiadas cosas por resolver y estoy atado de pies y manos.

—Todo se solucionará —replicó Dago—. Mi abuelo y yo hablamos anoche sobre lo que nos ibais a decir. Ya sé que los planes han cambiado, pero podremos hacernos cargo. No te preocupes.

—Dago…, no es tan fácil —susurró mi padre mirándome a mí.

—¿De qué estáis hablando? —pregunté.

—Tú y yo nos ocuparemos —explicó Dago.

¿Había oído bien?

Olalla tocó el hombro a su marido de forma nerviosa.

—Dago irá contigo a Irlanda —dijo éste.

—No hace falta, puedo ir sola —objeté.

—De buena gana iría con vosotros, pero… no iba a serviros de mucho.

—No debes sentirte mal, *avó* —repuso Dago.

—¡Pero todo esto es una locura! —saltó mi padre.

—Ángel, te aseguro que a mí también me da miedo que vayan sin vosotros pero, ¿qué otra cosa podemos hacer? —preguntó Kael —. Tenemos que conseguir cuanto antes el Códice.

—¿Eso era lo que teníais que decirnos?, ¿queríais que Dago y yo os acompañáramos a Irlanda? —pregunté.

—Así es, pero ahora todo ha cambiado —objetó mi padre.

—Sí, ha cambiado, pero hay que ir. ¿No, *avó*? ¿Ángel?

El abuelo de Dago asintió mirando al suelo mientras mi padre le secundaba a regañadientes.

—De todas formas, insisto en ir sola —repliqué mirando a Dago un segundo. Kael suspiró pesadamente.

—Lo siento, es que…, es que no… —Fue una manera de disculparme con él. Kael no sabía por qué mantenía esa actitud, nadie lo sabía, y aunque había sido decisión mía guardar todo lo que concernía respecto a lo que pasó entre Dago y yo, entendía que no era fácil para ellos, y más, en la posición en la que estaba Kael; Dago era su nieto, y él nunca podría ser imparcial en ese asunto.

—Ciara, escucha —me aconsejó mi padre— si finalmente se va Irlanda es mejor que Dago…

—Ah no, no, no —le interrumpí intuyendo lo que me iba a decir —. Iré sola al *sid*. No me vais a convencer.

Sabía que me estaba comportando como una niña pequeña, pero no iba a dejar que Dago se llevara los laureles en esto. La conversación con Lolo me había hecho ver que mi silencio sobre lo que nos pasó otorgaba a los demás vía libre para pensar que él era el que lo había pasado mal y yo no, que en toda esta historia yo era la mala, de modo que no iba a facilitarle a Dago ni un solo hecho más que pudiera enardecer esa heroicidad.

—¿Es una rabieta? —preguntó Dago con media sonrisa en la cara; eso me desquició aún más.

—Ciara… —La voz suave de Kael amansó la fiera que estaba a punto de salir de mi interior—. Sé que estás muy enfadada con mi nieto y nunca nos has querido decir la razón, pero sabes que nunca te he pedido nada. También sé que conoces muy bien toda la isla de Irlanda, pero aunque te cueste creerlo, Dago es una importante pieza en esta misión. La principal buscadora no puede hacerlo y…, es vital ir ahora. No podemos esperar, por eso te pido que no te opongas a que mi nieto te acompañe. Sé que estás preparada, yo mismo te enseñé buena parte de lo que sabes, tus conocimientos para poder defenderte son eficientes pero, Dago también lo está. Te aseguro, que si insisto en que sea él quien vaya contigo, es porque debe ser así, no puedes ir sola. —Kael inspiró profundamente.

Era consciente de que Dago estaba preparado, más que yo, admitía. Cuando Kael nos instruía, él sobresalía en todo. A eso se añadía que su trabajo siempre ligado al deporte, le conservaba en un estado físico excelente. Sospeché que nunca había dejado de entrenar en lo que a la lucha concernía.

Como siempre pasaba, la coherencia de Kael me hizo recapacitar y mi subconsciente me preguntó si realmente no quería ir con él por obcecación o, porque me daba un miedo atroz estar con Dago a solas.

De pronto, mi lado herido dio un grito de socorro.

Definitivamente estaban locos. Yo también lo estaba por tan solo planteármelo. ¿Cómo iba a ir con Dago a alguna parte? Eso iba a machacarme anímicamente, pero cuando me disponía a protestar de nuevo, recordé las palabras que acababa de decirme Kael y me reprimí.

—Es demasiado peligroso, ellos dos no… —insistió mi padre.

—Ángel, no nos pasará nada —terció Dago.

—¿Y para vosotros, papá?, ¿para vosotros no es peligroso? No puedes negarte a que haga algo que tú harías. Lo has estado

haciendo siempre. Sois los buscadores del Códice. Y te recuerdo, que yo estaba con vosotros. ¿Qué diferencia hay?

—Te puedo asegurar que cuando nos arriesgábamos era cuando estabas a salvo aquí en Galicia, con la abuela —replicó con tristeza.

Una vez más, me arrepentí de la ligereza de mis palabras; parecían un reproche.

—Lo siento —me disculpé—, sé que nunca me expusisteis a ningún peligro. De hecho, ni siquiera sabía nada de todo este asunto. Nunca sospeché lo que ocurría, pero papá, compréndelo, vosotros no podéis realizar ese viaje y Dago y yo estamos preparados. Nos habéis estado preparando toda la vida.

Cuando acabé de decir esas palabras, fue cuando me di cuenta que había cedido al incluir en mis planes a Dago, cosa que aprovechó Kael para lanzarse a dictaminar:

—Debemos confiar en ellos. Estoy seguro que juntos, lo conseguirán.

***

Cuando llegué a la oficina que Ian tenía en Cariño, Dago ya estaba allí. Se apoyaba en un coche frente a la cristalera de la agencia de viajes de su padre. Estaba hablando por el móvil y procuré no dar vueltas a quién estaría al otro lado de la línea.

Pasé por su lado haciendo un gesto de saludo con la cabeza y me metí dentro de la agencia.

—Buenos días, Ian. —Me volví de nuevo hacia el escaparate y ya no le vi.

—¡Ciara!, hola preciosa, siéntate. ¿Cómo están tus padres? Luego me pasaré por el hospital, he estado muy liado cerrando unos asuntos ineludibles.

—Mi madre está mucho mejor, aunque no recuerda casi nada, pero el médico nos ha dicho que es una amnesia transitoria. En cuanto a mi padre, tiene la clavícula fastidiada y aunque no lo reconozca, sé que le duele bastante. Esta noche la ha vuelto a pasar regular. A base de calmantes.

—No sabes cuánto lo siento…

—Gracias, Ian.

El padre de Dago miró hacia la puerta unos segundos, pensativo. Yo mientras le observé. Ese hombre se dedicaba a hacer tratos con mercenarios y gente indeseable; todavía no podía creerlo.

—Me iba a preparar un café, ¿quieres uno?

—No gracias, ya he desayunado —dije avergonzada de que me

hubiese pillado examinándole.

—Para mí sí *pai*, pero ya voy yo.

Dago ya estaba allí.

—No déjalo, sabes que la cafetera se atasca y solo yo sé el truco para ponerla en funcionamiento.

—Está bien —contestó su hijo—. Deberías cambiarla de una vez, es un armatoste.

—¡¿Cambiarla?! —se escandalizó, Ian—. No pienso deshacerme de ella, hace un café estupendo —añadió yendo hacia el fondo del local.

Cuando Dago se sentó a mi lado le miré directamente.

—Buenos días, otra vez —me dijo.

—Hola —dije lacónica.

—Nos hospedaremos en Galway.

—Ya lo sé, hablé con mi madre antes de que tuviera el accidente.

—Lo tenemos todo listo, salimos en dos días. —Siguió hablando ignorando mi adusta contestación— Aterrizaremos en Dublín y creo que lo mejor es alquilar un coche para movernos por la isla. Mi padre nos dará todo ahora. No lleves mucho equipaje. Lo mejor es ropa cómoda y no olvides llevar chubasquero.

—No es la primera vez que voy a Irlanda —le recordé.

Dago bajó la cabeza apretando los labios como si quisiera sujetar una sonrisa.

—Bueno chicos —Ian dejó en la mesa el café de Dago y comenzó a mover el suyo en cuanto tomó asiento.

—Os he conseguido alojamiento en Galway como acordé con Erin. La salida es dentro de dos días y la vuelta a Galicia será dentro de seis, de modo que estaréis en Irlanda cuatro días y tres noches. El hotel es pequeño pero acogedor, no llama la atención y eso es lo que importa. Desde aquí iréis a Madrid, y desde allí directos a Dublín. Lo he hecho así para evitaros las pesadas horas de espera que tendríais que sufrir con las escalas yendo desde aquí a Shannon, incluso de Santiago a Dublín hay escala y no creo que queráis hacer un viaje de más de quince horas. Dago me ha dicho que prefiere conducir desde Dublín a Galway y, desde Madrid, hay vuelos directos a la capital. Cuando lleguéis a Dublín tendréis que alquilar un coche, recordad que en Irlanda se conduce por la izquierda, y que las carreteras no están en muy buenas condiciones. —Ian paró un momento y dejó el café en la mesa—. Lo siento, sé que lo sabéis. Lo importante es que parezcáis una pareja de turistas, así que colgaos una cámara de fotos al hombro y coged folletos allí donde

los veáis. Vuestro inglés es impecable, de modo que no tendréis problema con la lengua. Respecto al gaélico, no lo utilicéis si no es necesario; el que nosotros hablamos introduce bastantes palabras en irlandés antiguo y no quiero problemas. —Ian, cambió su semblante profesional a uno más visceral—. Está claro que estamos siendo vigilados, pero todo el Clan está alerta e intentarán desviar la atención que pueda recaer sobre vosotros. Vuestro viaje a Irlanda tiene que mantenerse en secreto, no debéis hablar por el móvil de este asunto, es posible que tengamos pinchados los teléfonos.

—¡¿Qué?! —exclamé.

—Sí, querida. No te alarmes, es algo muy habitual.

Habitual…

—Tenemos que lograr no alarmar a los miembros de los Kan Kral —continuó—. En la isla habrá de esa gentuza, estad seguros, pero intentaremos despistarlos —Ian compuso un gesto que confirmó lo preocupado que se sentía con todo ese asunto. Dago también lo notó porque antes de que su padre continuara dijo:

—No debes preocuparte, *pai*.

Ian carraspeó, y mirando a su hijo intensamente, prosiguió.

—El recepcionista del hotel es nuevo, antes ese puesto lo ocupaba un integrante de nuestro Clan, pero ha sido suplantado y me está costando mucho localizarle. Lo seguiré intentando. Podría llamar a otros integrantes de la Comunidad, pero para ese cometido…, no confió en nadie más. De cualquier modo volveré a intentar ponerme en contacto con el jefe druida del condado de Clare.

—¿Dónde vive? —pregunté.

—No lo sabemos. Él y su familia han tenido que mudarse este año en varias ocasiones por… problemas familiares. Pero no os preocupéis, lograré hablar con ellos y se pondrán en contacto con vosotros. Os ayudarán. En cuanto al hotel, cuando lleguéis a la habitación, esperad un par de horas antes de salir. Pedid comida, fruta…, no sé…, champán.

—¿Champán? —pregunté.

—Como si fuerais una parejita de recién casados en plan…, ya sabes —explicó.

—A mí me gusta el champán —repuso Dago.

—Pues a mí no —mentí—. Ian —Me volví hacia el padre de Dago—, ¿es necesario todo ese teatrillo?, es decir… ¿no podemos estar en habitaciones separadas?

—Que yo recuerde no me huelen los pies, ni ronco, ni…

—No me hace gracia, Dago.

Ian miró unos segundos a su hijo con severidad.

—Lo siento Ciara, para no levantar sospechas es mejor que estéis en la misma habitación. Y… para ser sincero, prefiero que estéis juntos en todo momento.

—Estupendo…

—Si no se pusieran en contacto con vosotros, esperad un día para comenzar la búsqueda. Es mejor que empecéis a la mañana siguiente de vuestra llegada. Con los datos que os hemos facilitado sé que no es fácil encontrar el túmulo, pero sé que lo conseguiréis, al menos…, eso espero —susurró—. Debéis estar descansados, pero podéis ir a dar un paseo, no sé… lo que hacéis los jóvenes. La búsqueda os mantendrá bastante tiempo fuera, de modo que cenad y divertíos un poco. Os vendrá bien.

—Sí, creo que hace tiempo que Ciara no se divierte —murmuró Dago.

—Tomad. —Ian sacó de un cajón de su mesa los billetes de avión, después, nos dio la dirección del hotel y dónde teníamos que alquilar el coche—. Por favor hijos, tened cuidado.

FLORENCIA

Septiembre de 1460

Cosme de Médicis escondió el rostro entre sus manos y suspiró largamente, después, miró por la ventana y contempló la ciudad dormida. Era tarde, las calles débilmente iluminadas se sumergían en el silencio de la madrugada.

Recordó su pasado. Cómo había vuelto a la ciudad.

Hacía ya muchos años que había sido exiliado de Florencia por los Albizzi y, tan solo un año después volvía triunfante a la ciudad. Había sido nombrado *gonfaloniere,* título que solo había ostentado durante seis meses por su poco interés en el cargo. Pero de eso, hacía ya mucho tiempo.

—Señor, le traigo el vino —le dijo uno de sus sirvientes arrancándole de sus recuerdos. Después dejó en la mesa una jarra y una copa—. ¿Desea algo más?

—Que no me moleste nadie.

El criado asintió haciendo una pequeña reverencia.

Cosme se levantó de su asiento junto a la ventana y contempló el Bargueño que desde hacía tres meses ocupaba un rincón de sus aposentos.

Recordó cómo se había encaprichado de ese mueble cuando se lo mostró su buen amigo y comerciante, Mario Cabutto. Acababa de llegar de las Españas y hacía tres días que lo había desembarcado en el puerto de Florencia. En cuanto Cosme lo vio, lo quiso para él.

Se acercó al mueble y acarició las figuras doradas y rojas en forma de rombo que se tallaban en su madera oscura. Giró la cerradura y bajó el tablón que tapaba el interior. Ante él, se expusieron la multitud de cajones que le ofrecía el mueble toledano. Abrió uno de ellos. Cogió un saquito de tela que se acercó a la nariz

e, inspiró el olor que las hierbas desprendían mientras miraba el compartimento oculto donde guardaba el mayor tesoro que había poseído en su vida. Esa misma tarde lo había sacado de su capilla particular, solo por unas horas, solo por un motivo.

Asegurándose de su soledad, lo abrió y el olor a pergamino llenó sus fosas nasales haciendo que su frente se llenara de arrugas.

El Códice, que ahora descansaba en sus manos, había llegado a ellas sacándolo de aquella catacumba oscura y maloliente cuando tan solo contaba con veintidós años.

Cosme rememoró el momento en el que aquel anciano que años atrás había visitado la casa de su padre cambió su vida.

Su progenitor, Giovanni de Médicis, impulsor de la banca familiar, hacía tratos con los personajes más prestigiosos de Florencia, escogía muy bien a sus clientes y, esa noche, aquel hombre, en el que los rotos no faltaban en sus ropas, sorprendió con su visita a Cosme al verle sentado nada más y nada menos que a la mesa.

Giovanni, sabio en los negocios y desmesuradamente prudente, había logrado que el pirata Baltassare Cossa fuera proclamado papa en 1410, tomando por nombre Juan XXIII. La familia florentina respaldó a Cossa en todo momento, y éste, cuando hubo llegado a su objetivo, no se olvidó de los Médicis; el anciano que se sentaba junto a su padre esa noche, era enviado suyo.

Giovanni pidió a Cosme que tomara asiento junto a ellos y pidió a su esposa y a su hijo menor, Lorenzo, que les dejaran solos.

El anciano comenzó a hablar en cuanto la mujer y el muchacho salieron de la estancia.

—¿Él será el encargado? —preguntó el desconocido mirando a Cosme.

—Sí, él lo hará.

—¿Qué es lo que haré padre? —preguntó el susodicho.

—Tú serás el encargado de introducirte en las criptas y conseguir lo que buscamos —contestó Giovanni.

—¿Qué pretendes que busque allí?, ¡¿quieres que saquee los cuerpos de los muertos?! —preguntó asqueado.

—Escucha bien muchacho —intervino el anciano—. No es eso lo que buscamos. De lo que he hecho partícipe a tu padre es de algo más grandioso que unas simples joyas o de algo puramente material. Lo que quiero que busques es el Conocimiento. El secreto del Mundo Antiguo. Algo, por lo que cualquier hombre mataría. Hace años un importante antepasado mío, depositó en las catacumbas de Florencia el tesoro del que te hablo.

—¿Un importante antepasado tuyo? —preguntó Cosme asombrado. No pudo evitar mirar de nuevo sus ropas. Su pestilencia flotaba por toda la habitación.

El anciano se irguió y sujetó su lengua. Él era descendiente del famoso mercader Marco Polo, pero el nuevo papa, le había aconsejado callar ese dato. Si había recurrido a ellos, era por la influencia que esa familia poseía en toda la ciudad y por lo que le había confesado su padre…, pero ahora, viendo cómo le miraba ese muchacho incrédulo y engreído, tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por no decir nada, no decir que él lo sabía, que siempre lo había sabido. Su padre antes de morir, le había confiado lo que su propia madre le había contado como si fuera una de las historias de Asia. Su antepasado, Marco Polo, antes de guardar el manuscrito en la cripta, había leído en él, sobre una familia Florentina, y esa familia, eran los Médicis.

El hombre, pobre y famélico que ahora se sentaba a la mesa de los ricos florentinos, miró con desprecio a Cosme. Pero sus penurias iban a acabar.

Beneficiándose de que Baltassare ya había conseguido el papado, ese anciano, hizo partícipe de toda la historia al Santo Pontífice y éste arregló todo para que el viejo tuviera esa reunión con los Médicis. No se podía negar. Ese anciano era el que había propiciado los encuentros entre Giovanni y el antiguo pirata antes de que llegara a ser nombrado Juan XXIII.

Ahora, había llegado el momento de devolverle el favor, se dijo el viejo; no quería morir como una rata.

Cosme miró a ese hombre extraño teniendo la certeza de que era un loco y había arrastrado a la locura a su propio padre.

—Lo que buscamos es un manuscrito.

—¿Un manuscrito?, pero… ¿cómo sabré….

—Lo reconocerás en cuanto lo veas —le interrumpió el viejo—. Tu padre ha sobornado a varios hombres. Lo harás mañana. Entrarás en la cripta antes de que salga el sol, lo conseguirás, y se lo entregarás al Santo Pontífice.

—¿Y qué obtendremos nosotros a cambio? —preguntó Cosme dirigiéndose a su padre.

—Muchacho— contestó el viejo impidiendo hablar a Giovanni —. Nuestro recién estrenado papa y yo…, estamos seguros de que solo vosotros, los Médicis, podéis conseguirlo. A cambio, tendréis riqueza, dominareis Florencia, seréis admirados durante siglos y vuestro nombre prevalecerá en el tiempo. Llegaréis a poseer un buen puesto en la Iglesia. Seréis la familia más importante de

Europa.

Cosme miró a su padre, pero éste mantenía el semblante serio y tranquilo.

—¿Y tú?, ¿Qué quieres, tú? —preguntó al extraño.

El anciano sonrió con amargura.

—Estos ojos no llegaran a ver el invierno que viene, pero hasta entonces, mi cuerpo estará caliente y saciado. Vuestra juventud os otorga más poder del que creéis. Yo llego tarde, la Providencia lo ha querido así, mas un favor os pido. Cuando rescatéis de las catacumbas lo que os he confiado, dejadme verlo tan solo una vez. En mi familia se ha hablado de ese libro durante décadas, creyendo solo, que era una invención más del que viajó a tierras lejanas. Solo pido eso, tocarlo una única vez.

Cosme volvió a mirar a su padre esperando que dijera algo. No lo hizo y al día siguiente él, acompañado de dos sirvientes, se internó en las catacumbas.

De eso hacía ya muchos años y ahora Cosme era un anciano respetable que había liderado la República. Desde que sacará aquello de la cripta, todo lo que había dicho aquel anciano andrajoso se había cumplido.

Su familia había subido a lo más alto de la sociedad codeándose con los más poderosos florentinos. Él y su padre habían levantado la ciudad. Habían comenzado con las obras de la inacabada cúpula de la catedral de Florencia gracias a la sabiduría de Filippo Brunelleschi, un genio absoluto, aunque de difícil carácter.

Su padre había fallecido en 1429 a mitad de la obra y enterrado en la iglesia de San Lorenzo, reconstruida por el propio Brunelleschi. Pero no murió sin antes aconsejarle y guiarle en lo que tendría que hacer de ahí en adelante.

Cosme, entendió que con el arte podría hacerse con el poder y prestigio que tanto necesitaba la familia y, asumiendo el mecenazgo de artistas como Brunelleschi y Donatello, conseguiría ser la envidia de toda Europa, y con ello, también lograría algo mucho más importante: ocultar lo que realmente había descubierto en las vitelas de aquello que había encontrado una vez en esa oscura catacumba. Unas palabras que le guiaban cada día para conseguir todo lo que deseaba.

El dinero inundaba Florencia. El banco Médicis se había extendido por toda Europa abriendo sucursales en diversos lugares. En nombre de la Santa Sede, el banco recogía dinero de todas las iglesias, y el que no pagaba o se retrasaba, quedaba excomulgado.

Cosme acarició la cubierta del Códice con una leve sonrisa en los labios.

Aquel anciano sentado a la mesa de su padre, solo se confundió en una cosa: El manuscrito no se le entregaría al nuevo papa.

Ese día en las catacumbas, Cosme no pudo evitar abrirlo y mirar en su interior. No pudo leer lo que allí se describía porque estaba en una lengua extraña, pero aun así, se sintió embargado por un poder que nunca había sentido. Jamás había deseado algo tanto. En el momento que observó esas palabras prietas y aquellos símbolos confusos, un poderoso sentimiento de propiedad se apoderó de él y decidió en ese instante, que nadie se lo arrebataría.

Ese impulso lo trastornaba cuando intentaba leer aquel galimatías, pero pronto contrató los servicios de Marsilio Ficino, un filósofo italiano que logró desentrañar parte de aquellas extrañas palabras. Desde ese momento, sería él el encargado de pasar a latín los numerosos libros antiguos que Cosme compraba en Grecia y en Constantinopla, en busca de algo parecido a lo que por azar, había llegado a sus manos, porque la lectura de ese manuscrito extraño que había sacado de las catacumbas, confirmó que ocurriera lo que ocurriera, debía quedarse a merced de su familia.

Su padre y él pidieron audiencia al papa Juan XXIII y éste les recibió anhelante por ver el hallazgo. Iban acompañados de aquel extraño anciano y solo se fueron de allí cuando el Santo Pontífice quedó convencido de que si el manuscrito no se quedaba en la ciudad más importante y, en manos de la familia Médicis, pronto se airearían los secretos más oscuros del pasado del pirata Baltassare Cossa.

Poco se imaginaba éste, cuál iba a ser su destino, pues para aquel entonces, solo ocho años de vida le quedaban, pasando los cuatro últimos encarcelado acusado de sodomía, violación e incesto después de abdicar y ser excomulgado. El papa Juan XXIII, moría en el año 1419 en Florencia y el nombre que había elegido para su pontificado, quedaría borrado en las listas papales.

Pero esos años quedaban ya muy lejos y Cosme todavía se preguntaba si todas esas acusaciones habían sido ciertas.

Cosme llamó a un sirviente que entró poco después en sus aposentos.

—Llama a mi hijo Pedro, tengo que hablar con él —ordenó.

***

Pedro de Médicis acudió a la llamada de su padre en cuanto fue requerido.

Cosme le esperaba sentado frente a una mesa ovalada donde descansaba el Códice.

—Siéntate a mi lado —le pidió nada más verle.

Pedro obedeció a su anciano padre echando fugaces miradas a aquel libro que veía por primera vez.

—¿Cómo os encontráis hoy? —le preguntó.

—Bien, estoy bien. ¿Y tú gota?

—Ya pasó padre. ¿Qué tan importante es para que me hayáis llamado a estas horas?

—Estoy cansado, pocos años me quedan de vida y lo que tengo que contarte debo hacerlo ya.

—No digáis eso padre, sois un hombre fuerte —respondió Pedro.

—Debes proteger nuestro patrimonio, seguir con los mecenazgos. Instruye a tus hijos para que sigan poniendo en alza nuestro apellido. Aunque solo tenga once años, Lorenzo tiene facultades, debes enviarle a estudiar a Venecia y a Milán.

—Pero…

—Escúchame Pedro, es importante que lo que oigas esta noche lo lleves a cabo.

—Perdonadme, padre.

—Nuestra familia debe estar ligada siempre a la Iglesia. Después de ti, Lorenzo se hará cargo de Florencia y deberá hacerlo buscando esposa fuera de la ciudad. Logrará la paz aun siéndole declarada una guerra, pero sufrirá algunos percances donde uno de tus hijos morirá estando en su compañía. Un hijo suyo al que pondrá de nombre Giovanni, llegará a ser papa, y tomará el nombre de León X, de modo que para que todo salga como está previsto, deberá asegurarse que el niño haga pronto las ordenes menores, también será papa otro Médicis, pero… pero no logro descifrar… —Cosme apretó la mandíbula y miró al manuscrito agarrándolo fuerte con los dedos.

—Pero padre, ¿cómo podéis saber todo eso? —preguntó Pedro atónito. Un miedo irracional le subía por la garganta.

Cosme, miró a su primogénito y después bajó de nuevo la mirada hacia el manuscrito.

—Este libro que tengo entre mis manos, tiene la respuesta a todo eso y a mucho más. Siempre ha de estar en lugar sagrado, hoy lo saqué de la capilla para mostrártelo, pero siempre, repito, siempre, debe estar bajo techo sacro. —Cosme acarició sus tapas con inquietud—. Pedro, solo hay que saber leerlo, y esta noche…, esta

noche te enseñaré a hacerlo.

GALICIA

Otoño de 2013

Dos días. Solo faltaban dos días para coger un avión que me llevaría a un lugar incierto acompañada de Dago.

Intentaba no pensarlo demasiado, aunque intentarlo, no era sinónimo de conseguirlo.

Busqué una descripción exacta a lo que sentía y, una de las muchas conclusiones a las que llegué, era que estaba aterrada. Pero ese miedo no era a lo que nos deparaba el viaje, la estancia en Irlanda, sino estar junto a él. No tener la capacidad de soportar los sentimientos que afloraban en mí cada vez que tenía a Dago cerca.

Pese a que en esos cuatro años había conseguido mantener a raya los sentidos más viscerales, ahora todo parecía desmoronarse con tan solo tenerle en mi campo de visión, pero, echarme atrás era una opción que no contemplaba e intenté alejar la inquietud que sentía en mis adentros.

Pero era tan difícil…

Frustración. Sí, esa era la palabra. Yo que me creía una mujer fuerte…

¡Dios!, ¡Y en la misma habitación!

Imaginaba escenas absurdas de películas en las que dos personajes que apenas se conocían se veían obligados a dormir en la misma cama y me sentí tan ridícula como ellos.

¿También dormiría Dago en el suelo?

Solté una risa sarcástica.

Recordé sus labios aprisionando los míos el día anterior y me descubrí tocando los míos como si al hacerlo pudiera mantener ese calor abrasador en ellos.

¿Por qué me había besado? Y lo más importante. ¿Por qué yo lo

había permitido después de leer aquella carta?, ¿Después de… todo…?

Desde luego no aprendería nunca. No sé qué más tenía que hacerme para que de una vez por todas Dago no me afectara en la medida que lo hacía. Sabía que nunca podría odiarle, pero, ¡quería sentir indiferencia!, solo eso…, la misma indiferencia que él irradiaba por cada poro de su piel, pese… a sus palabras…

Me recreé repitiéndolas, analizándolas y, mi confusión no hizo más que incrementarse. Mi cabeza era una olla en ebullición, de modo que bajé del coche y en vez de meterme en casa, me dirigí hacia donde se encontraba el altar.

Era evidente que Kael había arreglado lo que quedaba del ritual del Samhain después de que lo encontráramos destrozado. Las velas aún lucían y las frutas estaban bien colocadas.

Miré hacia el camino que llevaba al túmulo y fui hacia su entrada sorteando la vegetación. Mientras lo hacía, recordé el día que cumplí los dieciséis años. Como mi abuela me llevó dentro de la arboleda, y susurrando, me dijo que permaneciera inmóvil en medio del bosquecillo que rodeaba la casa.

—Tienes que aprender a escuchar a los árboles —me susurró.

—¿Escuchar a los árboles?

—Desde los árboles hasta el más diminuto ser forman la naturaleza. Todo está en continuo movimiento y eso, nos conecta en la vida y la muerte. Es importante que te mantengas inmóvil, deja que tu cuerpo se vacíe y se abra. Relaja tu voluntad y permite que tu espíritu vuele y se mueva con libertad. Nuestro cuerpo es un hogar temporal en el que residimos una temporada.

Estaba totalmente sumida en las sensaciones que aquella vez sentí, cuando volví al presente empujada por el maullido de Coco, que acercándose a mí, se restregó contra mis piernas y volvió a maullar dulcemente.

—Voy a pensar que eres el único que me comprende —dije al tiempo que le cogía.

Me tumbé en la mullida alfombra de hierba que había frente al túmulo y miré hacia el cielo mientras que Coco se acomodaba en mi abdomen. También mi abuela me había enseñado a interpretar el movimiento de las estrellas.

Los entrenamientos se hacían allí, al igual que cuando aprendía el alfabeto Ogam. Todas esas enseñanzas, había dicho mi abuela, debían elaborarse junto a los robles, esa era nuestra aula, porque

teníamos que sentir, a la vez que aprender lo que nos estaban enseñando, cómo fluía la sabiduría de los árboles.

—Espero que encontremos lo que buscamos —dije en voz alta.

De pronto, una profunda nostalgia me embargó.

—Os hecho tanto de menos, abuelos…— susurré tapando mi cara con las manos.

Después de unos minutos me sosegué lo suficiente para poder levantarme y volver a casa para cambiarme e ir al hospital.

***

Mi madre estaba mucho mejor, y lo que había dicho el médico era totalmente cierto.

No es que no nos recordara, eso no había sucedido y, había respirado aliviada cuando dijo nuestros nombres entre lágrimas de emoción al vernos a mi padre y a mí el día anterior, pero sí nos dimos cuenta que a medida que hablaba, y tal y como había advertido el médico, no recordaba cómo había tenido el accidente.

Ella actuaba como si todo fuese normal y supuse, que su mente todavía no le había revelado que yo ya sabía toda la terrible historia de la familia y que, además, me la había contado ella misma. La habíamos dejado tranquila en el hospital y mi padre y yo no habíamos hablado demasiado de los problemas que teníamos en esos momentos.

Por petición suya le dejé en casa de Kael, y al poco tiempo me llamó para decirme que se iba a quedar con ellos. Yo insistí en que se quedara conmigo, pero arguyó que era mejor quedarse allí, porque yo al fin y al cabo, salía de viaje y allí estaría mejor atendido, de modo que le llevé ropa para varios días y les supliqué a todos que a la menor complicación no dudaran en llamarme.

Ahora en casa, me encontraba metida entre los armarios abiertos de la cocina como si fueran un refugio. Apoyé las manos en la encimera intentando procesar todo lo que estaba pasando, todo lo que mi madre me había narrado antes de que sufrieran el accidente.

El relato que una vez mi abuela le había contado a ella, me había sobrecogido. Todo era increíble, todo sin exceptuar ni una sola palabra. No solo era lo que le había sucedido a mis abuelos, sino la historia de aquel monje, la usurpación del Códice, el descubrimiento de que hasta los Médicis, los mismísimos padrinos del Renacimiento, lo hubiesen tenido en su poder y todo lo demás. Más que nunca, eché en falta a mi abuela Áine. Seguro que ella

hubiese sabido qué hacer.

Me obligué a ponerme en movimiento, preparé un sándwich de jamón, queso con lechuga, tomate y mayonesa y lo corté por la mitad. Vertí leche fría en un vaso de tubo y lo dispuse todo en la mesa de la cocina. Antes de sentarme, inspiré profundamente tres veces y aparté la silla un tanto incómoda, porque mientras hacía todo aquello y pese al lío que tenía en mi cabeza, la figura de Dago no había desaparecido de mi mente en ningún momento.

Cuando me disponía a cenar, el móvil sonó.

—¿Diga?

—Hola Ciara, ¿te pillo mal? —La voz temblorosa de Almudena se introdujo en mi oído.

—No, claro que no, ¿Estás bien? —pregunté preocupada.

—¿Estás en casa?

—Sí, ¿qué ocurre?

—Ciara, ¿Puedo ir a verte?, o quedamos en cualquier sitio. Por favor…, Pedro está muy raro, creo que se ve con alguien.

Sus palabras me desconcertaron y estuve a punto de decirle que viniera a casa, pero recordé la conversación con mi madre y, pese a que me dijo lo de las 'investigaciones', cambié de opinión.

—Iba a salir a que me diera el aire. ¿Te parece que quedemos en la cafetería que hay frente al parque, en Cedeira?

***

Mientras conducía, no hacía más que pensar en lo que me había dicho Almudena. Me costaba creer que Pedro la pudiera hacer algo así. Pero…, por experiencia, sabía que las traiciones estaban a la orden del día…

Cuando llegué, mi amiga ya estaba sentada frente a la barra y cuando me vio, se levantó y me dio un abrazo.

—Siento molestarte —dijo en cuanto se separó de mí.

—No seas tonta y cuéntame.

—Espera, vamos a pedir.

—Está bien, yo tomaré un café solo.

—Otro para mí —le dijo al camarero que esperaba.

—Siento mucho lo de tus padres, esta tarde he ido a ver a tu madre con Silvia. Me dijeron que tú acababas de marcharte.

—Gracias, están bien. Ha sido un susto muy grande, pero afortunadamente ha quedado en eso nada más.

Almu sonrió débilmente y se miró las manos.

—Cuéntame lo que te pasa, venga —le animé cogiéndoselas.

—Estoy hecha polvo, Ciara. No entiendo lo que le pasa a Pedro. Ayer por ejemplo le llamé porque habíamos quedado y tardaba en llegar y, cuando me cogió el teléfono, me acusó de que le estaba controlando.

—Quizá tenía un mal día.

—Si fuera eso... Llevamos saliendo casi tres meses y jamás se había comportado de esta manera.

—Pero ¿desde cuándo le ves raro? —quise saber.

—Hace un mes o así —explicó—. Evita hablar delante de mí cuando está al teléfono, no sé… cosas de ese tipo. ¡Mira! —exclamó como si se acordara de algo—, a los pocos días de comenzar a verle raro, me dijo que salía de viaje.

—Bueno, Pedro siempre ha viajado bastante por su trabajo —repuse acordándome de su 'tapadera'.

—Ya lo sé, pero es que no me llamó en los tres días que estuvo fuera y… cuando vino le vi una señal en el cuello… —Almudena se mordió el labio aguantando el llanto.

—Tranquila —le susurré. Sabía por una de las conversaciones que había mantenido con Kael después de la charla con mi madre, que los integrantes del Clan que se dedicaban a la vigilancia, tenían duros entrenos que a veces les hacían faltar de sus casas durante varios días y, quizá esa señal en el cuello, no era otra cosa que alguna contusión derivada de algún golpe desafortunado— ¿Hablaste con él?

—No me atreví. Yo…, me bloqueé —Me miró con los ojos ahogados—, estoy muy enamorada de él, Ciara. Cuando vino, estuvo tan cariñoso… Le quiero y tengo miedo de que me deje. Sé que piensas que soy idiota, que cómo he podido consentir eso, pero es que no quiero perderle.

—Yo no pienso que seas idiota, pero creo que deberías hablar con él. Mírate, estás pasándolo mal. Creo que Pedro es un tío excelente, y que tendrá una buena explicación para todo esto.

—Ojalá fuera tan fuerte como tú.

—¡¿Fuerte yo?! —exclamé— De fuerte nada, estoy pasándolas canutas —admití, sorprendiéndome a mí misma.

Almu dejó de llorar y me miró con timidez.

—Perdóname, tus padres acaban de tener un accidente de coche y yo encima vengo a darte el coñazo. Además, bueno, no hemos hablado mucho de eso pero…, acabas de romper tu relación y estarás hecha polvo también por esa razón.

—No digas tontadas. Somos amigas y tú necesitabas desahogarte. Sabes que puedes hacerlo conmigo cuando quieras. Yo

estoy bien, mis padres están recuperándose perfectamente y, te aseguro que si estoy mal en cuanto se refiere a bueno, ya sabes…, no es por Marcos.

—¿No? —preguntó sin poder disimular su sorpresa.

Suspiré pesadamente.

—No, imagínate…

Almudena se percató enseguida por dónde iban los tiros.

—Joder, y yo estoy fatal… anda que tú.

—Bueno… no hablemos de mí —Hice un aspaviento con la mano—. Tienes que hablar con Pedro, preguntarle si está bien contigo. Quitarte esta desazón que no te deja vivir.

—Sí, creo que es lo que debo hacer —admitió.

—No te cortes y pregúntale directamente si está con alguien, si eso es lo que te inquieta.

Mi amiga cogió aire y lo soltó con lentitud.

—Oye, Sonia me ha dicho que vas a organizar la fiesta de tu amiga Mar en tu casa.

—Sí bueno, eso es lo que pensé en un principio, pero he decidido que lo vamos a hacer en el pub de Nacho. Tengo que decírselo a los demás.

—¿Ah sí? —Almu frunció los labios—. Es en dos semanas, ¿no?

—Eso es —dije al tiempo que cogía mi taza de café.

—Si quieres yo puedo ir diciendo que al final se hará donde Nacho, desde el otro día Sonia se está dedicando a decírselo a todo el mundo, con eso de que lo hacías en casa, está como loca. Se ve que tiene ganas de conocer donde vives.

Me dio un vuelco al estómago.

—Siento mucho no invitaros nunca a casa…

—No tienes por qué disculparte —me interrumpió—. Sé que lo haces por algo importante.

Me extrañó esa declaración.

—¿Cómo?

—Sí, Pedro me dijo una vez que es por respeto a tu familia.

Me tranquilicé al instante. No era una revelación que un integrante del Clan no pudiera hacer.

—También se lo había dicho a su nuevo ligue.

—¿Qué?

—Me refiero a Sonia. Lo del cumpleaños.

—¿Iván?

—Está muy colgada por él. Me dijo Silvia que estaba delante cuando le dijo lo de la fiesta en tu casa y que a Iván no le cabía la sonrisa en la cara.

Intenté sonreír.

—Espero que no le salga mal como a mí.

—No te anticipes, anda…

—Gracias por escucharme, Ciara.

Le volví a sonreír por cortesía. Aunque ya había decidido cambiar el lugar donde se celebraría el cumpleaños de Mar, ahora solo pensaba en los dichosos invitados.

ROMA

8 de junio de 68 D.C., Hora prima

El emperador romano Lucio Domitio Claudio Nerón, despertó sudoroso de su perturbador sueño.

En él, se le representaba una y otra vez la muerte de su madre. Una muerte que él mismo había ordenado ejecutar.

—Popea… —murmuró en un sollozo.

Su segunda esposa había sido quien le había instado a hacerlo. Agripinila, su madre, tenía que morir para que él y Popea pudieran casarse y ahora… ¡Popea también estaba muerta!

Nerón, recordó cómo fue la muerte de su querida esposa y abrazó varios almohadones como un niño asustado. Él había sido quien había segado su vida.

El emperador negó con la cabeza varias veces mirando a un punto fijo pero sin ver nada de lo que tenía delante; solo podía ver sus ojos atormentados.

—No, no debiste decirme aquello —gritó fuera de sí.

Aún recordaba cómo sus salvajes patadas habían ocasionado la muerte a su esposa embarazada, pero de eso hacía tres largos años y ahora sabía que su propio final se acercaba. Ya estaba condenado, el Senado se había encargado de ello, pero todavía tenía que terminar algo que había iniciado antes de volver de Grecia.

Todos creyeron que cuando fue a tierras griegas era para expandir su arte, su sublime talento como músico, actor y poeta, pero eso no era del todo cierto. El verdadero motivo de su viaje era para la obtención de algo que contribuiría a algo grandioso.

Nueve meses antes de emprender el viaje a Grecia, Nerón había enviado a un hombre a investigar a aquellas tierras. Su investigación era secreta, algo que solo ellos dos sabían, pero el

emperador, estaba decidido a no compartir ese secreto con nadie, de modo que cuando el enviado regresó con la información que necesitaba, no le tembló la mano y le degolló a sangre fría.

A los rollos de papiro y a esas extrañas varas atadas con un cordel que con tanto celo ocultaba desde que era niño, quiso añadirles lo que en esas tierras había encontrado. Él, que había estado en lo más alto, no podía irse de ese mundo sin contribuir a tan importante hallazgo, escritos que le habían mostrado cosas colosales, signos, que se habían aclarado en su mente como magia…

Él, añadiría a ese enorme Saber, algo que le catapultase a tiempos venideros, que hiciera que su nombre quedara eternizado en aquel secreto y por supuesto… a algo más. Siempre había tenido la sensación de haberlo hecho una vez…, y ahora estaba seguro de haberlo conseguido también.

Los pensamientos del emperador retrocedieron al día en que el enviado llegó con esa valiosa información y recordó quiénes venían con él. Unos hombres que le juraron lealtad nada más verle.

Nerón solo confió en ellos cuando uno de esos extraños guerreros le habló en una lengua que había oído de los labios de los hombres que estaban a las órdenes de su madre y, que ella misma le había enseñado. El significado de esas palabras, hizo que toda su confianza se depositara en ellos, e ignorando los consejos de los senadores, los nombró, junto a los hombres de Agripina, como su sequito particular. Unos servidores que ahora no estaban junto a él. Hacía dos meses que el propio emperador les había ordenado marchar a otras tierras en busca de algo más para añadir a ese tesoro y, pese a estar en contra de esas órdenes, habían obedecido. Ahora se arrepentía de haberlos mandado lejos de Roma. Ya era tarde para enmendarlo, pues aunque había enviado mensajeros para hacerlos volver, el tiempo corría en su contra; no llegarían a tiempo de salvarle. El emperador, se aferró al hombre que siempre le acompañaba y que se había resistido a marchar. Epafrodito, él era uno de ellos y estaba a punto de llegar.

Nerón se levantó del lecho y se dirigió cauteloso hacia un lugar que utilizaba como escondite. Tenía que ponerlo todo a salvo, tenía que salvaguardarlo antes de que llegara su hora.

Sin poder evitarlo, acarició algunos de los papiros escritos de su puño y letra donde al final de los versos, su firma destacaba en rojo.

Después de respirar varias veces con dificultad, los juntó con lo demás, con lo más importante... algo, que había intentado trascribir en centenares de ocasiones, sin fruto. Tanto él, como escribas que posteriormente tuvo que matar para mantener calladas sus lenguas,

habían intentado copiar los escritos, pero todo intento había resultado inútil. Todo quedaba destruido una vez terminado, como si una fuerza extraña lo encomendase así.

No quiso mirar los versos en los que se anunciaba la caída de un importante emperador romano. Esos versos escritos con esos signos… esas líneas que habían levantado su ira, pero su madre impidió que lo destruyera. Ella le convenció de que no era él a quien se referían esos párrafos. Claudio, su antecesor y padrastro, había caído ya… Calígula… otros antes que él y le hizo ver, que aquello tenía un valor incalculable, que era obvio que lo había escrito algún dios y no debían destruirlo. Si lo hacía, su ira recaería sobre ellos.

Pero no solo había mensajes en los que hablaban de hechos que ya habían sucedido, sino muchos otros y entre ellos, uno que verían con sus propios ojos:

El incendio de Roma.

Todavía recordaba cómo a salvo, en la torre de Mecenas, contemplaba la hermosura de las llamas…

Ese infierno desatado hizo arder la ciudad seis largos días y siete noches. Ese fuego se llevó a miles de romanos y ensució su nombre. Un nombre que habría que limpiar culpando a alguien, y esos habrían de ser, los cristianos. Un conjunto de hombres que últimamente estaban haciéndose oír demasiado.

Nerón pensó en ellos unos segundos y se preguntó si habría sido demasiado duro con ellos.

—No, no lo fui —dijo bajito acariciando una vara de avellano tallada—. Solo os azoté, torturé, crucifiqué y os prendí fuego como antorchas humanas. —No pudo evitar reír histéricamente.

Recordó a los más importantes y se sintió como el dios que ellos adoraban.

—Pedro y Pablo… —susurró.

No podría olvidarlos jamás. Todavía después de muertos, algunos de esos cristianos sollozaban entre torturas, gritando sus nombres junto con el que creían que era el hijo de su dios, un tal Jesús.

¿Era ese Jesús quien se mantendría perenne en los tiempos venideros?

Los escritos hablaban de un Jesús de Nazaret, hijo de un carpintero.

¡¿Pero cómo podía ser importante el hijo de un vulgar carpintero?! ¡¿Ese era su dios?! ¿Un hombre que pulía y lijaba madera?, se preguntó con sorna.

También mencionaban a otros hombres, Pedro, que sería el que guardara las llaves de su reino y Pablo, que siendo primero contrario a las enseñanzas de ese rey de los judíos, luego fue su mayor predicador.

Recordó cómo el procurador romano, Poncio Pilatos, había dado a elegir al pueblo la salvación entre ese tal Jesús o, un ladrón llamado Barrabás y, los desdichados, habían condenado al hijo del carpintero a la crucifixión.

Pero él, emperador de Roma, había acabado con esos cristianos. Con Pedro y el otro llamado Pablo. Con ese supuesto dios… Nadie, sería más que Nerón, líder de los romanos.

El emperador reflexionó, giró la cabeza bruscamente cuando oyó un ruido tras de sí y con alivio comprobó que quien había entrado en sus aposentos era Epafrodito.

—¿Mi señor?

La voz de su secretario era tan solo un susurro.

Nerón se apresuró a guardar todo en un pequeño arcón y salió en su busca con él en los brazos.

—Tenemos que irnos —le instó el secretario mirando el cofre.

—Necesito ir a un lugar antes. —Epafrodito le miró sin comprender—. Ayúdame —le ordenó el emperador.

Depositó unos instantes el arcón en las manos de su secretario y, poniéndose una ligera túnica, le hizo un gesto para que salieran de allí.

***

—Debemos darnos prisa —le apremió el secretario.

—Tú empuja cuando te lo diga— le ordenó el emperador.

Estaban en la tumba de su esposa Popea, en el panteón que él había ordenado erigirle.

—¿Qué hacemos aquí? —quiso saber, Epafrodito.

—¡Calla insensato!, antes de irnos de Roma, tengo que hacer algo y no es asunto tuyo— le espetó. Sino hubiera sido porque era el único hombre que podía protegerle, le hubiese matado por su insolencia.

Cuando lograron abrir el mausoleo, Nerón entró allí con el arcón y ordenó a su secretario que le dejase a solas.

La pestilencia pronto empapó su túnica. Sintió con terror el aliento de la tumba, un hedor dulzón, putrefacto y no pudo evitar taparse la boca y la nariz como si así pudiera alejar de él, el pánico que amenazaba por apoderarse de su cuerpo.

Medio a ciegas, tanteó sus pasos, temeroso de que el arcón se cayera de sus brazos hasta que al fin, encontró el lugar idóneo para depositarlo.

Parecía que sus manos se resistían a abandonar su contacto. Nerón, sintió en ese momento, como si al dejarlo allí, algo, una extensión de su propio cuerpo fuera arrancada de él. Había poseído esos papiros y esas varas desde que su madre llegara con ellos de Pandataria. Esa perra que le había traicionado queriendo poner en su lugar a su hermanastro Británico, le había instruido bien desde niño, pero antes de su traición, Agripinila siempre le había tratado como a un ser especial y le había dicho que sus cualidades eran un regalo de los dioses. Por tanto, dolida porque su hermano Calígula la enviara al exilio a aquella isla, estaba segura que las virtudes que veía en Nerón eran un regalo bien merecido por todo el sufrimiento que había padecido.

Agripinila había estado separada mucho tiempo de su hijo, pues éste, había crecido junto a su tía, Domicia Lépida mientras ella sufría el exilio en Pandataria, pero ese tiempo lo había empleado bien, pues le había servido para ordenar que fueran en busca de lo que una vez los astrólogos caldeos le habían comunicado: *'Tu hijo está tocado por los dioses, pero necesita algo de mucho tiempo atrás que le ayude a ser rey, pero cuidado, cuando lo sea, matará a su madre'*, a lo que ella contestó: *'Qué me mate con tal de que reine!*

Siendo una mujer de grandes recursos e, intrigada por las acciones que su hijo siendo todavía un niño pequeño le demostraba y, por las revelaciones de los astrólogos, se había aventurado en la ardua tarea de investigar las declaraciones que el propio Nerón le hacía en las madrugadas, antes de que los separaran y, fue así como consiguió juntar los papiros y para su sorpresa, esas extrañas varas que venían junto a ellos.

Una vez que el emperador Calígula fue asesinado por unos hombres que dijeron ser de una Orden llamada Kan Kral y, que se presentaron ante ella como fieles siervos de su hijo, Agripinila volvió al lado de Nerón con algo incalculablemente valioso en sus manos. Y pudo hacerlo gracias a su tío Claudio que había sucedido a Calígula. Ese *algo,* era lo que los viejos sabios habían visto en las estrellas y que esos hombres le había facilitado. Ellos decían que solo tenía que seguir unas sencillas instrucciones, solo eso...

Por supuesto, ella siguió los pasos de lo que allí estaba escrito e incluso aprendió la lengua de esos hombres. También se la enseñó a su hijo que sorprendentemente la aprendió con facilidad. Nerón vio cómo su madre se casaba con su propio tío Claudio para poner a su

hijo en el lugar que merecía y cuando se aseguró de que el emperador aceptaba a Nerón por encima de su propio hijo, Británico, Agripinila asesinó a su esposo para que él fuera proclamado Emperador de Roma.

Pero ahora Nerón estaba en el panteón de Popea, respirando con dificultad ese aire corrompido.

Tuvo que reprimir el fuerte impulso de abrir de nuevo el arcón y sentir por última vez la suavidad de los papiros en las yemas de los dedos y las marcas talladas de las Varas entre sus manos.

—¡Oh, aquí os dejo tesoro mío, junto al que fue mi tesoro también! —exclamó recordando a Popea—, debo marchar, pero sé que los dioses me aguardan porque en vida he sido uno de ellos. ¡Qué artista muere conmigo!, ¡qué pérdida tan grande y suprema!, pero sé que mi nombre perdurará como las riquezas que adornan tus versos.

Dicho esto, Nerón se apartó del arcón como si estuviese en una de las múltiples obras que había protagonizado y, salió del panteón con lágrimas en los ojos.

De pronto se detuvo y secándoselas con el dorso de la mano dijo al paciente secretario:

—Vámonos.

Epafrodito observó que Nerón salía con las manos vacías y contempló una vez más, cómo el carácter de aquel hombre era impredecible. Sintió un escalofrío recorriéndole cada músculo. Nerón era inestable, siempre lo había sido, él lo sabía porque había estado observándole siempre. En un momento decía ser un artista y un hora más tarde estaba cubierto de la sangre de alguien que había osado poner mala cara ante alguna de sus interpretaciones. El secretario pensó en la razón que hacía ser así al emperador y el estremecimiento se hizo más intenso.

Nerón se detuvo y se volvió hacia Epafrodito.

—Mi liberto Faón me ofreció su casa de campo, vamos, está situada entre la vía Salaria y la Nomentana.

A caballo, y envuelto en su túnica que ahora parecía vieja y desaliñada, pronto se encontró acompañado de cuatro personas, entre las cuales se encontraba Sporo, un joven que antaño había hecho castrar y lo había paseado por Roma vestido de mujer. Estos le acompañaban fielmente, cuando al pasar por un campamento, el hedor de un cadáver en el camino hizo retroceder al caballo del emperador y el pañuelo que tapaba la cabeza de Nerón cayó, entonces alguien le reconoció y gritó su nombre.

Nerón asustado, bajó de su montura y penetró en un camino

cubierto de arbustos espinosos y zarzas que apenas le dejaron avanzar.

Divisó a lo lejos una casa de campo y allí se dirigió.

Arrastrándose como una culebra, entró en una habitación y se aovilló asustado como un niño. Los que le acompañaban no tardaron en llegar.

Nerón, sabedor de su destino, lloraba sin cesar y, sabiendo que si le prendían su castigo consistiría en desnudarle y azotarle hasta la muerte mientras su cuello era sujetado por una horqueta, pedía entre lágrimas a los que estaban con él, que le diesen muerte.

No siendo atendidas sus suplicas, cogió dos puñales que había llevado consigo.

Al poco tiempo, oyó cómo se acercaban los jinetes con la orden de prenderle vivo y cuando los oyó miró a Epafrodito que estaba a su lado.

—Aquí acaba tu vida —susurró el secretario arrebatándole las armas.

Nerón le miró con espanto.

—Antes de que mueras tienes que saber algo —le dijo Epafrodito cogiendo la fíbula que sujetaba su túnica para dejarla caer, y así dejar su abdomen al descubierto para que el emperador contemplara el extraño símbolo que adornaba su piel.

Nerón abrió mucho los ojos al contemplar aquel dibujo que solo se le había representado en sueños.

De modo que…, su secretario era un traidor…

—Irás al infierno, Lucio Domitio Claudio Nerón. Tus crímenes por fin serán castigados.

Nerón cerró los ojos luchando contra su cobardía e intentando reaccionar. Al fin lo hizo, pero antes de que pudiera hacer nada, Epafrodito clavó en el cuello del emperador uno de los puñales.

Nerón se ahogaba en su propia sangre mirando al cielo cuyo color se aclaraba por la salida del sol.

—Maldito… —susurró con voz burbujeante, preguntándose si aquellos hombres llegados de Grecia y entre los que estaba Epafrodito y que le sirvieron tan fielmente, también le habrían traicionado.

—Ahora te quemarás en el infierno y yo iré a por lo que nunca te ha pertenecido. Los escritos y las Varas de Filí que pertenecen a los druidas de mi isla permanecerán ocultos por siempre.

Solo dos cosas pasaron por la mente del maltrecho emperador: Una, los ojos sin vida de Popea y la otra, las abigarradas letras de los papiros que había leído en voz alta junto a los símbolos de las

Varas que ahora, durarían poco en el patíbulo de su esposa.

IRLANDA

Otoño de 2013

El viaje trascurrió tranquilo y sin problemas. Llegamos al aeropuerto de Dublín a mediodía.

Dago quiso alquilar un Land Cruiser para movernos por las carreteras que nos esperaban, y yo, no puse ninguna objeción a su elección, de modo que en casi cinco horas de viaje desde el aeropuerto, sortear ovejas de bella cabeza negra a juego con sus patas, vehículos de todo tipo parados de cualquier manera en la carretera y detenernos a comer en un pequeño y familiar restaurante irlandés, llegamos a nuestro destino.

El hotel que había elegido Ian, era un edificio blanco con tejado gris a dos aguas que miraba a la bahía de Galway. Sus ventanas lacadas en blanco y decoradas con coquetas cortinas, daban un toque hogareño al que iba a ser nuestro alojamiento por unos días.

El hombre que nos recibió en recepción extendió una ensayada sonrisa y buscó eficazmente nuestra reserva en el ordenador.

—Bienvenidos a Galway, ¿es su primera vez? —preguntó en un precario español.

—Sí, así es —mentí.

—Puede hablar en inglés —le ofreció Dago dándose cuenta de lo que le estaba costando hablar en nuestro idioma.

—Gracias —dijo el recepcionista—. Como es la primera vez que vienen a Galway, tomen estos folletos —nos ofreció—, con ellos podrán guiarse por la ciudad y los alrededores —hizo una pausa y nos miró con las cejas levantadas— ¿habló demasiado deprisa?, ¿me entienden bien?

—Sí, sí, tranquilo —repuse encogiéndome de hombros.

El hombre sonrió más y adquirió el gesto de mi profesora de

cuarto de primaria.

—Su habitación está lista, es muy amplia y tiene vistas al mar —dijo con una lentitud exasperante.

—Estupendo, a mi esposa le encantará —comentó Dago.

Sonreí forzosamente al recepcionista que me miraba con satisfacción.

—¿Pueden subirnos un par de botellas de champán? —preguntó Dago sin molestarse en consultarme.

—Claro señor —El hombre me volvió a mirar, esta vez, de distinta manera a cómo lo había hecho antes.

—Permítanme su equipaje —ofreció haciendo ademán de llamar a alguien.

—No es necesario, solo son dos bolsos de mano que llevaré yo mismo —contestó Dago extendiendo su blanca sonrisa que hizo bizquear a una chica que en ese momento dejaba la tarjeta de la habitación en el mostrador de recepción.

—Gracias —dije cogiendo la nuestra y regalando a Dago una furiosa mirada.

***

En efecto, la habitación tenía una vista maravillosa, pero estaba decorada con un estilo un tanto empalagoso.

La colcha de la cama era floreada haciendo juego con unas cortinas que se recogían a cada lado de la cristalera. Las paredes estaban pintadas en tono rosado y en ellas, colgaban pequeños cuadros con diversos temas en los que las flores no faltaban. Flores que también se estampaban en un pequeño sofá de dos plazas que hacía juego con un suelo enmoquetado que invitaba a descalzarse en ese mismo instante o a cuestionarse los ácaros que podrían habitar allí.

Cuando la puerta se cerró tras nosotros, no pude reprimirme más.

—¿Era necesario todo lo que has dicho ahí abajo? —refunfuñé en un tono más alto de lo que pretendía.

Dago me miró con incredulidad.

—No sé a qué te refieres.

Sacudí la cabeza lentamente.

—Eres imposible.

—Relájate y disfruta —recomendó.

Sin poder evitarlo, mi mirada fue directa a la enorme cama que reinaba en la habitación y un choque de sentimientos me golpeó en

el estómago.

—¿Cómo vamos a dormir? —quise saber.

—Pues tumbados y con los ojos cerrados.

—No me hace gracia —le espeté.

—Vale, vale —rio y observó la cama—. Es bastante grande para no rozarnos, pero si te resulta muy escandaloso puedo dormir en el suelo, porque ahí —añadió mirando el sofá—, no quepo.

Recordé mis conjeturas cinematográficas cuando supe que íbamos a compartir habitación y no pude evitar sonreír.

—Ya veo que te ha gustado esta última idea —musitó tocándose la mandíbula.

—No hace falta que duermas en el suelo.

Dago fue hacia el baño intentando ocultar una sonrisa.

—¿Quieres que pida también unas fresas para acompañar el champán, esposa? —preguntó desde allí.

Suspiré largamente y descorrí las cortinas admirando el hermoso paisaje.

—No era necesario que dijeras que estábamos casados, y no, no quiero fresas —contesté asegurándome que el tono de mi voz mostrara la indiferencia más absoluta.

***

Llevábamos una hora en la habitación y ya estábamos medio borrachos. Al menos yo. Era increíble cómo me afectaba el alcohol. Solo me había tomado dos copas de champán y ya me encontraba mareada.

—Está riquísimo —comenté. Ya no me quedaban temas de conversación, habíamos hablado de su trabajo, del mío, de nuestros amigos, de la familia, ¡hasta de mi editor y de mi gato!

—¿Te acuerdas de cuando cumpliste veintidós años?

Claro que me acordaba. Difícil olvidarlo.

—Fue el champán lo que te hizo desinhibirte.

Sabía a qué se refería, pero no quería hablar de eso, de modo que seguí callada y desvié la vista hacia la ventana.

—¡Vamos, Ciara!, ¿es que no te acuerdas? —preguntó soltando una carcajada.

Aunque no quería hablar de eso, sus malditas palabras ya habían hecho revivir los recuerdos de aquel día en que cumplí veintidós años. Mi aniversario era el 8 de septiembre, de modo que siempre me pillaba en Galicia. Lo que diferenciaba esa celebración de otras, era que fue entonces cuando Dago y yo comenzamos nuestra

relación de verdad.

—Estabas muy borracha.

—No estaba borracha —discrepé.

—Lo estabas, y por eso te atreviste a soltar todo aquello.

—Te aseguro que lo que dije no fue obra del alcohol. Eras un prepotente y te lo iba a decir de todos modos.

—¿Prepotente yo? ¡Venga ya! Estabas celosa, eso es todo.

Lancé una carcajada sarcástica.

—¿Celosa?, siento reventar tu burbuja pero alguien te lo tenía que decir. Actuar cómo lo hacías no estaba bien, sobre todo allí, delante de todo el grupo.

Dago estiró sus labios, triunfante.

—Pero nadie salvo tú me reprendió. Quizá porque a la única que le molestaba aquello, era a ti.

—A mí no me importaba que estuvieses con cinco tías por noche. Lo que me molestaba era que las utilizabas y luego las tenía que ver llorando por las esquinas. Me daban pena.

—Yo nunca traté mal a esas chicas —se defendió—. De acuerdo, no estaba enamorado de ellas, pero las trataba como si fueran princesas.

—Me dejas mucho más tranquila —repliqué.

—Tenía que hacer algo y, bueno…, parece que me salió bien.

—¿Qué quieres decir?

—Que fuiste una mentirosa durante mucho tiempo.

Iracunda, cogí la copa y le di otro trago.

—No sé por qué te pones así. Si no llegas a decir nada ese día, quizá no hubiésemos acabado juntos nunca —añadió.

—¿Perdón?

—Estaba harto de hacer cosas para llamar tu atención para que te fijaras en mí, pero eras demasiado inaccesible. En eso tampoco has cambiado, he de añadir.

—¡¿Qué tú hacías qué?! —pregunté ignorando su último comentario—. Si pensabas que dándote el lote con una tía cada noche era una buena manera de conquistarme, es que te faltaba algo en la cabeza.

—Creo recordar que algo como eso fue lo que me dijiste el día de tu cumpleaños.

Me acordaba perfectamente de las palabras que le dije y no eran esas.

—De todas formas, siempre fuiste igual. Antes de que pegaras a Dani en el cine también andabas con mil tías.

—Vamos, Ciara. Desde que le rompí la cara a ese tío, ya no

deseé otra cosa que estar contigo. Incluso antes lo quería, pero eras una estirada.

—¡¿Estirada?!

—Sí, estirada. Me mirabas como si te debiera algo.

'Te miraba así porque estaba colada por ti y tú parecías pasar de mí' —pensé.

—Cuando nos enrollamos después de lo del cine, terminó el verano, te fuiste y pareció que no te acordaste más de lo nuestro. ¿Qué querías que hiciera?

—¿Lo que yo? —pregunté, mordaz.

—Ósea, pasar del tema.

—Al verano siguiente de que nos enrolláramos como tú lo has llamado— puntualicé—, llegué a Galicia y estabas con una chica. ¿Qué me estás contando?

—Tus amigas decían que tenías un novio.

—¡¿Mis amigas?! ¿No serían las tuyas?

Dago se rio.

—No, fueron tus amigas. ¿Qué iba a hacer yo? ¿Ir como un perro detrás de ti? Quería demostrarte que yo también pasaba de ti.

—Pues lo conseguiste. Enhorabuena —repliqué.

—Esas chicas no me importaban. Solo lo hacía para ponerte celosa, pero joder, tardaste lo tuyo en explotar.

Me mordí los labios para contener una sonrisa. Eso no me lo esperaba. Dago y yo habíamos estado juntos tres años desde ese día al que él se refería, pero nunca me había confesado que para conseguirlo había ideado un plan.

Mi gesto pareció animarle.

—Recuerdo ese día. Estábamos en las fiestas de San Andrés. Todo estaba a rebosar de gente y había un tío de Ferrol que se arrimó a ti. Me puse frenético, y tú ahí, sonriéndole sin parar mientras él babeaba todo el suelo.

—Sí, tú también estabas rodeado de babas. De las de la chica que iba contigo.

—Luego comenzamos con la churruscada y a probar el vino —añadió ignorándome—. Como era tu cumpleaños alguien había traído champán y después de la tercera copa… —Dago soltó otra carcajada— . ¿Te acuerdas?

Era septiembre y llevaba desde finales de junio aguantando las aventuras de Dago. Sí, me acordaba perfectamente.

—Solo dije la verdad.

—Quizá, pero no es eso lo que me gustó, sino lo que pasó después —repuso.

Incómoda, me removí en el pequeño sofá mientras rememoraba aquello.

—Después de que me pusieras a caldo, cogiste la moto de Lolo y, como una loca, te largaste cuesta arriba. Para haberte matado.

—Pero tú me lo impediste. —Ladeé la cabeza con un gesto sarcástico pero Dago, entusiasmado por el tema, no se dio cuenta de mi burla y siguió hablando.

—Cogí mi moto y fui tras de ti. Te pillé a la altura del *Chao do monte*. Fue allí donde te dije que estaba loco por ti. Y tú, al fin admitiste que tú también lo estabas por mí.

Dago se levantó del sofá y fue hacia la cama donde se tumbó y soltó dos botones de su camisa. Extendió esa sonrisa que me dejaba habitualmente sin respiración y, juro que algo se movió dentro de mi pecho salvajemente.

Dejé la copa en la mesa auxiliar que había frente a mí para no tocarla más.

—Éramos unos críos —solté esforzándome por parecer indiferente.

Dago se incorporó.

—En nuestra primera relación, sí, éramos unos críos. Cuando volvimos a salir ya no lo éramos tanto. Después de ese día en *Chao do monte*, yo dejé atrás todos mis rollos, contigo quería ir en serio.

—¿Lo has llamado relación? ¡Por favor…! —repuse de nuevo sin dejar el sarcasmo refiriéndome a 'nuestra primera relación'. No quería centrarme en lo último que había dicho. No quería entrar en esos derroteros.

Dago dándose por enterado se tumbó del todo. Después de un rato, dijo mirando al techo:

—Pase lo que pase en este viaje, creo que sacaremos algo bueno.

Necesitaba cambiar de tema con urgencia, de modo que busqué algo, no sin esfuerzo.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —le propuse.

—Dispara— contestó, incorporándose de nuevo.

—He notado que tú y Nacho no os lleváis como siempre. ¿Habéis tenido algún problema?

El gesto de Dago cambió radicalmente.

—No —dijo escueto.

—Vaya, que respuesta más elocuente. Vamos Dago, se nota que pasa algo. No debe ser tan malo, Nacho es un buen tío.

—Ciara, es mejor que dejemos el tema. ¡Vaya!, esa frase es tuya, espera, ¡qué bien sienta decirla!

—¿Qué pasa?, ¿Qué Nacho te levantó a alguna tía y por eso

estás picado con él? —le espeté de mala manera, molesta por su repentina ironía— ¿O es que competíais a ver quién hacía más putadas a vuestras conquistas? Ah no, que tú las tratabas como princesas.

Me miró de una forma indescifrable.

Tras unos segundos en los que no decía nada, decidí pasar del tema.

—Mañana comenzaremos la búsqueda, tenemos que levantarnos temprano, muy temprano —dije.

Dago suspiró largamente y dejamos pasar unos minutos que se me hicieron eternos.

—Cuando te he dicho que de esto sacaríamos algo bueno, lo decía en serio. No quiero discutir contigo, Ciara —susurró.

—Yo…, yo tampoco quiero discutir —dije vencida por el tono de su voz.

¡Mierda!, me había atrapado de nuevo. Volví a coger la copa y apuré el contenido.

—¿Crees que el *sid* estará en buenas condiciones? —pregunté intentando concentrarme en lo que habíamos ido a hacer allí.

—Espero que sí. Ninguna construcción aguanta tanto como los túmulos.

Me pregunté si el ir allí no iba a ser una gran decepción.

—Mi abuelo me ha dicho que no será fácil encontrar el sitio por donde debemos entrar. El tiempo ha hecho su trabajo.

—Con sabiduría —añadí.

Dago arrugó el ceño.

—Me refiero a la sabiduría de la naturaleza. Los túmulos son lugares sagrados, y este en concreto fue violado en varias ocasiones. Si nos cuesta encontrarlo será porque la naturaleza y el tiempo se han encargado de ocultar su entrada sabiamente, aunque dicen que hubo dos accesos.

—Sé a qué te refieres. La primera o principal entrada, estaba sobre la montaña, esa fue tapada y es totalmente inaccesible. El monje que creó el Códice encontró la segunda, la que está en la pared de los acantilados. La que debemos encontrar nosotros.

—Debemos encontrarlo —susurré.

—Solo los druidas más ancianos conocen su ubicación.

—En efecto, hasta mis padres lo ignoran siendo los buscadores. No se facilita el camino a nadie, aunque pertenezcas al Clan.

—No va a ser fácil.

—Lo sé… —Estuve de acuerdo—. Pero ya sabes por qué, Dago. Nada puede quedar escrito. No podían darnos un plano de dónde

está el túmulo. Sería demasiado peligroso. Sólo espero que como dijo tu padre, el jefe druida del Clan de Clare, se ponga en contacto con nosotros y nos ayude en esta ardua tarea.

Me levanté y fui hacia la ventana, en parte para aliviar la preocupación que ahora se renovaba desde que me enterara de todo el galimatías en el que estábamos envueltos y, en parte por apartar la imagen de Dago tumbado en la cama con el inicio de su pecho vislumbrándose a través de su camisa que mi retina se empeñaba en retener y, que me pasaría factura en mis noches de soledad. Por eso, y porque me dolía comprobar que esos pensamientos puramente incoherentes, solo los tenía yo.

—Creo que deberíamos arreglarnos para salir a cenar. Aquí se cena pronto, esposa —sugirió. Su habitual tono jovial y socarrón se había renovado y sentí cierto alivio.

—Tienes razón, voy a darme una ducha rápida.

—Está bien. —Dio el último trago a su copa—. Si necesitas que te frote la espalda, solo tienes que decirlo —soltó dedicándome la famosa y maldita sonrisa.

No dije nada, me limité a ir a por mis cosas y, menos dignamente de lo que pretendía, me metí en el baño para frotarme la espalda, yo sola.

IRLANDA

Marzo de 2012

Dago palmeó con fuerza la espalda de Nacho en un gesto de alegría y emoción.

—Joder tío, ¡qué ganas tenía de verte!

—Estás hecho un toro, cabrón —contestó Nacho.

—¿Qué tal por Cedeira?, ¿cómo está la gente?

—Todos te envían recuerdos. ¿Cuándo vas a ir para allá?

—No sé, acabo de llegar de Londres, y todavía tengo mucho que hacer aquí. Cuando pueda iré a haceros una visita.

—¿Y qué tal por aquí las tías?

Dago rio ante ese comentario.

—Muy guapas.

—Pues esta noche salimos que llevo dos días que no me como una rosca.

—Bueno, ¿pero tú para qué has venido?, ¿para tomar nota para tu negocio, o para enrollarte con alguna irlandesa?

Nacho le miró como si fuera un extraño.

—Ambas cosas, amigo, ambas cosas.

***

Nacho tiró de la manga de Dago cuando vio lo que buscaba; el pub puramente irlandés quedaba frente a ellos.

—Esto es lo que quiero para mi local —dijo.

—Sabía que este te iba a gustar.

—Está muy bien, voy a hacerle unas fotos —Nacho sacó su Canon e inmortalizó la fachada del pub desde varios ángulos.

—¿Entramos? —preguntó Dago.

El bar de copas era una delicia. La primera impresión que tuvo Nacho cuando entró, fue de alegría, acogimiento, y eso, le encantó.

—¿Te gusta? —quiso saber Dago.

—Sí tío, me gusta mucho. Voy a tomar nota, ¡mira! —exclamó, señalando a su izquierda—, esas columnas son la caña.— Fue directo a ellas.

—¿Te pido una pinta? —le preguntó Dago antes de que se fuera.

—Sí, eso —contestó distraído.

El local se fue llenando y Nacho parecía estar en un oasis.

—Has hecho mil fotos, con eso lo tienes que clavar —dijo Dago después de dar un trago a su segunda pinta.

—Sí, tengo ganas de empezar. Estaba dudoso, ¿sabes?, no sabía qué estilo dar al bar, estaba entre ambientarlo tirando a historias de cine, tipo Foster´s Hollywood, o no sé… El caso es que cuando me dijiste que te trasladabas a Irlanda, se me ocurrió que podía ser un pub irlandés, pero eso sí, genuino, como los de aquí. Por eso me animé a venir.

—Ah, vale. Solo has venido por negocios, no para visitar a tu amigo —bromeó Dago.

Nacho rio y dio un puñetazo suave en su hombro.

—No te equivoques, tío. No solo he venido a copiar descaradamente todo esto —repuso albergando con sus brazos el bar—, sino a probar a las irlandesas que todavía soy virgen en ese terreno.

—¡Pero qué cabrón eres!

—Sí, sí, cabrón, pero ahí hay dos tías que llevan un rato mirándonos y están buenísimas.

Dago también se había dado cuenta de eso hacía rato, pero no quiso decírselo con la esperanza de que las chicas se cansaran y dejaran de mirarlos; ahora supo que su amigo, pese a estar hablando de otro tema, tenía el radar bien activado en lo que a féminas se refería y no pudo evitar sonreír.

—¿Y tú qué?, ¿tienes algún rollito aquí? Con tu curro de monitor de… ¿ahora en qué estás?, joder tío, tocas tantos palos que nunca sé en qué estás metido.

—Hago varias cosas. Estoy en un centro deportivo con salidas al exterior.

—¿Y ya le has echado el ojo a alguna tía? Tu curro es la caña para eso.

Dago buscó al camarero para pedir otra pinta.

—¿Te pido algo más?

—Pídeme un bourbon —dijo analizando los gestos de Dago— ¿Ya te has curado de… ? Bueno ya sabes.

Dago se chupó los labios, incómodo.

—Sí, estoy planteándome ir en serio con una chica muy guapa que conozco —mintió.

Nacho subió las cejas sorprendido.

—Joder tío, pues me alegro. Ya es hora que olvides a Ciara. Ella sigue con el Marcos ese. Un gilipollas, por cierto. Ya sabes que después de visitarte a ti en Londres fui a verla a Madrid y me le presentó. ¡No sé cómo Ciara se ha podido fijar en un tío así! Es un soso. Ciara es divertida, cariñosa, bueno ya sabes cómo es, y en cambio su novio es un *parao* del carajo. No te imaginas. La noche que estuve allí, no quiso salir a tomar nada, y al final, nos fuimos Ciara y yo solos.

A Dago le sobraban tanto las explicaciones como los detalles, así que cambió de tema.

—¿Y a nuestra gente? ¿cómo les va?

—Todos currando menos Sonia. Han echado a la calle a media empresa y le ha tocado. ¿Te acuerdas de la morena que estaba con Lolo? ¿Esa con las tetas como melones?

Dago asintió mecánicamente. Ya todos sus pensamientos estaban en un lugar muy lejos de Galicia, concretamente, en la capital de España.

—Pues le pilló tirándole la caña a otra tía y la morena le montó un pollo delante de todo el mundo que no te imaginas. Dicen que yo, pero anda que al Lolo se le da mal...

Los ojos de Nacho volvieron a buscar por encima del hombro de Dago.

—¿Cuál te gusta de las dos? Creo que la rubia te mira más a ti. A mí me da igual.

—¿Qué?

Nacho le miró con sorna.

—Estás perdiendo facultades, amigo mío —se jactó.

—Sí, deber ser eso.

***

La risa estridente de Mairead se introducía en los oídos de Dago de una manera hiriente, en cambio Nacho, estaba encantado y demasiado bebido.

—¿Nos vamos? —le preguntó a Dago guiñándole un ojo.

—Sí, pero yo me voy a casa, solo —respondió Dago en español.

Mairead era una chica guapa que en cualquier otro momento hubiese llamado la atención de Dago, pero no en ese instante.

—¿Pero qué dices, tío?, si la tienes entregadísima.

—La voy a decir que, si quiere, la llevo a su casa. Tú haz lo que quieras, ya sabes dónde está mi apartamento.

—Vale, creo que me acordaré, pero no me esperes despierto, esta preciosidad me ha dicho que su piso está cerca de aquí. —Nacho bizqueó levemente delatando su estado de embriaguez.

—¿Estás bien? —preguntó Dago.

—Puedo con esta y con la tuya —contestó tocando el culo de la chica que se apoyaba en su pierna, ella, se revolvió y rio tontamente mirando a su amiga.

—Debo irme, mañana tengo que madrugar, si me disculpáis yo me voy a casa, pero si quieres, Mairead, te acompaño a la tuya —les dijo ya en inglés.

La cara de la chica se trasformó en una mueca de fastidio. Creía que acabarían juntos la noche y no le gustó lo que estaba oyendo. Miró a su amiga y volvió sus ojos de nuevo a Dago.

—De acuerdo ¿Tú que vas a hacer, Gráinne? —le preguntó a su amiga aun sabiendo la respuesta.

—Quedarse conmigo, ¿verdad preciosa? —contestó Nacho en su lugar.

Gráinne, sonrió complacida y se acercó al oído de Mairead para decirle algo. Cuando se separó de ella, ésta la miró seria unos instantes para luego despedirse y darla un beso en la mejilla.

—Hasta mañana —les dijo Nacho apretando a la alegre Gráinne contra él.

***

Dago dejó a su decepcionada conquista en casa y se encaminó a la suya, pero no se sentía tranquilo habiendo dejado a Nacho en ese estado.

No era la primera vez que su amigo se la cogía gorda y, dudaba mucho de que hiciera algo más que desvariar y decir tonterías, además, a su preocupación se sumaba que era su primer día en Dublín y no se conocía bien la ciudad. Ahora, pensándolo fríamente, llegó a la conclusión de que no se tenía que haber ido del pub y, con esa sensación de culpabilidad se dio media vuelta rumbo al bar de copas, por lo menos, a cerciorarse de que ese insensato era capaz de mantenerse en pie.

Cuando entró en el pub de nuevo, el sitio en el que habían

estado apenas quince minutos antes, estaba ocupado por otras personas.

Dago supuso que se habían marchado, pero aun así, pasó la mirada por el local por si habían cambiado de lugar. Comprobando que ya no estaban en el bar, salió fuera y resignado, se dijo que su amigo ya se las apañaría. Cogió el camino hacía su apartamento, pero la voz de Nacho llegó a sus oídos nítidamente y se detuvo en seco.

Provenía de un callejón anexo al pub.

Dago dudó. No era el estilo de Nacho enrollarse con las tías en la calle, pero en su estado, nada le hubiese extrañado.

—¡Puta! —Oyó claramente. Después, un grito.

Dago echó a correr hacia el callejón y cuando llegó allí, no pudo creer lo que veía.

Nacho tenía a su ligue cogida del cuello y la insultaba con todo tipo de improperios. Gráinne gimoteaba asustada. Su blusa, rota, dejaba entrever un pecho manchado de sangre procedente de su nariz.

—¡Nacho!, ¡¿qué estás haciendo?!

Dago apartó de un empujón a su amigo, cogió a la chica e intentó taparla.

—¿Estás bien? —Le retiró el pelo de la cara y la observó—. Tranquila, tranquila.

Gráinne miró con espanto a Dago.

—Es una guarra —dijo Nacho trabándosele la lengua—, ahora dice que no quiere acostarse conmigo, ¡la muy zorra!, ¡mira! —exclamó retirándose la camisa del cuello donde cuatro líneas rojas bien definidas marcaban su piel—, la hija de puta me ha arañado.

—¡¿Pero qué has hecho?! ¡La has pegado!

Nacho se rio dejándole perplejo.

—Estás que no ves— le dijo Dago con repulsión.

Habían empleado todo el tiempo el español y Gráinne no paraba de llorar sin saber qué estaban diciendo esos dos desconocidos.

Dago se volvió hacia ella de nuevo.

—Siento mucho todo esto, te llevaré a un hospital —le dijo en inglés.

—¡No! —gritó la muchacha—. Quiero irme a casa. —De repente dejó de llorar y lanzó una mirada asesina a Nacho— Déjame y llévate a este cerdo lejos de mí.

Dago no sabía qué hacer.

—Estás sangrando.

—No es nada —replicó la muchacha limpiándose la nariz.

De pronto, Nacho sujetó el brazo de Gráinne y la zarandeó.

—¡A mí… no me rechaza… nadie! —desvarió.

—¡Suéltala! —gritó Dago dándole un puñetazo que le hizo caer.

La chica retrocedió unos pasos y salió corriendo.

Dago observó cómo se iba y exhaló fuerte dándose la vuelta hacia su amigo que intentaba levantarse del suelo.

—Nunca imaginé que fueras capaz de algo así —dijo asqueado.

—No ha sido para tanto, joder.

—Vamos a casa. Estás que no te tienes en pie.

***

Llegaron al apartamento a trompicones.

Dago estaba perplejo, jamás le había visto así, y creía que como él, Nacho tenía muy claro que a una mujer no se le debía tocar ni un solo pelo para hacerla daño, por nada. Eso no era de hombres de verdad.

—¿Tienes algo de beber?

—Ahí tienes el grifo —le espetó.

Nacho rio sin ganas.

—Es pronto todavía.

—Vete a dormir. Mañana hablaremos.

—Eres peor que esa zorra. ¿Tú también me vas a cortar el rollo?

—Te he dado un puñetazo antes, no quieras que te dé otro, porque esta vez, no te levantarás si lo hago —le amenazó.

Nacho le miró unos segundos con los ojos entrecerrados y sopesó la advertencia. Dago no estaba bromeando y le molestaba que se hubiese puesto del lado de esa guarra que le había jodido la noche.

—¿Sabes? Eres un gilipollas. Un soso como el novio de Ciara. Sí, eso es, como el novio de *tu* dulce Ciara, que por cierto, la noche en que estuve en Madrid se la vio muy sueltecita.

—No te pases Nacho.

—Yo creo que siempre le he molado pero nunca se ha atrevido a decirme algo porque tú eras mi amigo.

—Ciara pasa de los tíos como tú.

—Pues yo creo que no. Le tiré la caña cuando estuve en Madrid.

—Vete a dormir.

—¿No quieres saber lo que pasó?

Dago se dio la vuelta para meterse en el baño; no quería oír más.

—¡Eh!, ¿dónde vas?, ¿qué pasa?, ¿no quieres saberlo? Tío, es una zorra más, todas lo son, solo sirven para una cosa, después solo

incordian. ¿Qué te crees?, ¿qué iba a pedirla amor eterno? Venga ya. Ciara está buenísima y cualquier tío se la querría foll…

Dago descargó su puño en la cara de Nacho antes de que acabara la frase y éste se tambaleó levemente antes de caer inconsciente en el suelo del apartamento.

Cuando despertó al día siguiente seguía tal y como había caído tras el golpe y le dolía cada músculo de su cuerpo.

A su lado, una nota de Dago que decía:

Lárgate de mi casa.

GALWAY

Otoño de 2013

Dago se pasó la cuchilla por la mandíbula y arrastró la barba del día anterior.

Solo estaba a unos pasos de Ciara, solo tenía que abrir la puerta del baño y la vería.

Estaba como siempre, y eso, lejos de alegrarle, le martirizaba. Lo hacía porque si hubiese cambiado, si se hubiera convertido en una estúpida engreída cegada por el éxito de sus novelas, todo sería más fácil. Pero no, tenía que ser tan encantadora como siempre y, aunque con él no era precisamente la amabilidad en persona, la conocía demasiado bien como para saber que esa actitud no era permanente y que era provocada por el estúpido rencor que le procesaba. Un enfado que todavía a esas alturas, Dago no podía entender ni tampoco podía aclarar por la cabezonería de Ciara; algo que tampoco había cambiado.

La noche en que la vio en el pub de Nacho y ella se lanzó a sus brazos no podía creer su reacción, entonces decidió que iba a actuar igual que siempre, como si nada de lo que se supone que pasó en los acantilados, hubiese ocurrido.

Admitía que en varios encuentros con ella le había sacado de sus casillas. Como cuando vinieron del hospital.

¡¿A qué venía eso de decirle que debía haber llamado a otra persona para que la acompañara esa noche?!

¿Se refería a Nacho?

Nacho… ese maldito maltratador.

Por lo visto ella no sabía nada de eso, es más, tenía un concepto de ese cerdo que no se merecía en absoluto.

Encima antes le había comparado con él, algo que le había

dolido en lo más profundo. ¡Qué competían para hacer putadas a las tías! Dago negó con la cabeza con incredulidad. De pronto, paró de afeitarse un instante.

¿Habría pasado algo entre ellos la noche que estuvieron juntos en Madrid?

—No, no creo… —susurró mientras aclaraba la cuchilla.

—Dago. —Ciara golpeó suavemente la puerta del baño— ¿Te falta mucho?

Su voz barrió el mal humor que estaba empezando a abrirse paso en él.

—Ya voy esposa —canturreó—. Ya me meto en la ducha.

—¡Qué no me llames así! —tronó.

No podía evitar hacerla de rabiar. Siempre lo había hecho porque le encantaba desconcertarla. Ver en su hermoso rostro el gesto de no saber por dónde tirar ante alguna de sus insinuaciones.

Mientras se enjabonaba el cuerpo, Dago sonrió recordando la cara que había puesto cuando le había propuesto frotar su espalda. Hecho que si ella hubiese aceptado lo hubiera vuelto loco, porque maldita sea, esa mujer lo tenía abducido. No había podido olvidarla y ahora teniéndola tan cerca era una auténtica tortura el no poder besarla o tocarla. Se deleitó pensando en sus ojos, en sus labios rosados y carnosos. Cómo, sin percatarse de ello, movía sus caderas arrasándolo todo y hacía girar cabezas poniéndole de mal humor sabiendo que había sido suya y que ahora, no lo era.

Salió de la ducha y después de secarse se puso unos bóxer. Fue a por el resto de la ropa que todavía estaba metida en su bolsa en el armario.

Ciara estaba mirando por la ventana, observando la maravillosa bahía. Se giró cuando le oyó salir del baño.

La miró largo rato y ella correspondió a su mirada sin decir nada.

Estaba preciosa, se había dejado el pelo suelto y le caía por la espalda casi rozando la cintura, una cintura que ceñía con un cinturón ancho que sujetaba un vestido de mohair gris perla adhiriéndose a un cuerpo moldeado y lleno de curvas.

—Muy guapa —le dijo intentando que su voz sonara indiferente.

—Gracias —contestó ella, cohibida. Dago estaba casi desnudo; tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por seguir mirándole a la cara.

—Conozco varios sitios que seguro que te gustan —sugirió él cogiendo un pantalón.

—Podías haberte vestido en el baño.

Dago se miró. Lo cierto es que no había reparado en que ella

pudiera sentirse incómoda ante eso.

—Vaya, lo siento —rio.

—¿Te hace gracia? —preguntó. Estaba empezando a sentirse ridícula.

—Pues sí. No es la primera vez que me ves desnudo y quizá eso me haya desprovisto del recato que hubiera tenido con otra persona. Pero dime, ¿te da vergüenza ver a un hombre en paños menores?

—Por mí, como si te quitas eso ahora mismo —dijo y rectificó al instante pensando que Dago era muy capaz—. Es decir, no te los quites…, lo que quiero decir es que no —suspiró—, que no me da vergüenza. Soy una mujer adulta y no me asusta ver hombres desnudos.

Dago notó cómo enfatizó la ese en la penúltima palabra y sujetó la rabia que amenazaba por subirle por la garganta, diciéndose que lo único que Ciara pretendía era sacarle de quicio.

—Me alegro porque sabes que yo no puedo dormir con pijama.

—¡¿Vas a dormir desnudo?!

—¿Te vale con esto? —dijo señalando sus bóxer.

—¡Te espero abajo!

Cuando Ciara cerró la puerta de la habitación de un portazo, Dago no pudo evitar reírse un poco.

—Siempre tan irascible cariño, siempre tan irascible —susurró poniéndose los pantalones.

***

Galway es una ciudad pequeña pero rebosante de vida, sus calles más céntricas están llenas de tiendas y de gente. Nada más meterse en la zona comercial, la estatua homenaje a Oscar Wilde y su hermano Eduard Wilde recibe a los turistas.

Dago sabía que Ciara conocía toda la isla de Irlanda y esa parte en concreto más que ninguna, pero pese a ello y a sabiendas de lo que habían ido a hacer, estaba emocionado de ser él quien compartiera con ella la belleza de esa hermosa ciudad.

—El pub más tradicional de Galway es el ‘The Kings Head’. Ofrecen música en directo.

—Oh, sí, es estupendo, está muy bien. Uff, estoy hambrienta —dijo sujetando su estómago.

—Sí, yo también. Para comer algo iremos mejor a una de las calles perpendiculares a Shop Street. Allí se come bastante bien, luego si quieres, te puedo invitar a una auténtica Guinness en el

‘The Kings’.

—Me parece bien, pero ahora, vamos a algún sitio donde podamos comer o acabaré devorando a alguien.

—¿Puedo ofrecerme? Creo que podría saciar tu apetito voraz.

Ciara abrió la boca para contestar, pero la cerró y en su lugar, sacudió lentamente la cabeza pensando que Dago no descansaba nunca. Su actitud la desconcertaba. Siempre la hacía reír, desde siempre había sido un auténtico payaso, un payaso demasiado encantador…, pero pensaba que con lo que había ocurrido entre ellos esas bromas sobraban. Sobre todo por lo que ella sentía, que era todo lo contrario a lo que le demostraba.

Después de llenar sus estómagos con un delicioso salmón y demás delicatesen del lugar, salieron a buscar la famosa cerveza negra.

El pub ‘The Kings Head’, mostraba su fachada roja con vidrieras al estilo inglés a todos sus visitantes. Encima de su toldo negro, en el que el nombre del pub se plasmaba en dorado, se exponía otro letrero con el mismo nombre. Sobre él, una pared de piedra gris albergaba unos ventanales cuyos cristales se dividían en coquetos cuadritos por marcos igualmente carmesíes. Dichas ventanas estaban coronadas por la cabeza roja del rey Carlos I de Inglaterra. Logotipo del pub.

El bar estaba a rebosar. Sortearon la terraza ribeteada y entraron. Les costó encontrar sitio; en una mesa apartada del pequeño escenario donde los músicos comenzaban a tocar.

—En Galway hay una librería estupenda, tienen de todo lo que busques —comentó Ciara cuando ya estuvo acomodada.

—Sí, la conozco, es la librería, Kennys, es enorme. Están todos tus libros, algunos los compré allí, aunque no me gusta leerte en inglés, la traducción deja mucho que desear porque tus expresiones cambian mucho.

Esa declaración la sorprendió. Iba a ser verdad que Dago había leído sus novelas. No pudo evitar sentir un poco de vergüenza al saberlo, muchos sentimientos propios se plasmaban en esas páginas...

Dago se percató que varios tipos se fijaban en Ciara y les miró fijamente haciendo que desistieran en el intento.

—Esta vez me quedaré con ganas de hacerle una visita. Siempre que vengo a Galway voy, aunque desde que murió la señora Kenny no es lo mismo, ella era una parte esencial de la librería.

—¿Maureen Kenny? —preguntó Dago.

—¿Llegaste a conocerla?

Dago asintió.

—Recibió muchos homenajes tras su muerte. En Galway la conocía todo el mundo —dijo.

—Era porque me hubiese gustado comprar algo. El cumpleaños de Mar es en dos semanas y me gustaría regalarle algo especial, tienen muchos manuscritos antiguos. En fin, es mejor así, admito que me meto en un mundo aparte cuando entro en un lugar donde hay libros.

—Lo sé, siempre te ha pasado, cuando acabe todo esto, podrás ir a la librería y entretenerte todo lo que desees. Obviamente no en este viaje, pero habrá muchas otras ocasiones.

Ciara detuvo su pinta de cerveza en los labios preguntándose cuándo volviera a aquel lugar y con quién lo haría. Ese pensamiento la desazonó.

—Vais a hacerlo en tu casa ¿no? Me refiero al cumpleaños de Mar.

—Oh, no. Al final no. Era una locura, ya sabes por qué… He hablado con mi madre al respecto y bueno, he decidido que es mejor hacerlo en el pub de Nacho —sonrió—. A ti te falta poco para el tuyo.

—Sí, veintiocho ya.

—¿Veintiocho? Uff, qué viejo eres —bromeó extendiendo su sonrisa mientras se giraba para mirar al frente.

—Te recuerdo que tú eres más vieja que yo —repuso Dago.

—Solo por unos meses —replicó ella con dignidad.

—Cierto… Bueno, a ver qué tal este 31 de diciembre. Vaya día para cumplir años...

Ciara subió los hombros.

—Es lo que te ha tocado, ¿qué pasa, no te gusta?

—No, la verdad. Sobre todo cuando era chaval. También es el aniversario de la muerte de mi madre y en casa nunca tenía una celebración normal. Luego, cuando empecé a celebrarlo con amigos, lo llevé un poco mejor, pero ahora, me da lo mismo.

Ciara se llamó estúpida. Por supuesto sabía que su madre había muerto a darle a luz, pero Dago nunca le había hablado de eso e ignoraba que de niño lo hubiese pasado mal el día de su cumpleaños.

Dago la observó. Se había quedado callada tras su pequeña confesión y mantuvo la mirada sobre ella contemplando cómo miraba a los músicos. Iba a preguntarla si le gustaba la clase de música que estaban tocando, cuando junto a tres mesas más

adelante, le pareció ver a alguien que los observaba demasiado atento. Se removió inquieto en el asiento y ese movimiento no le pasó inadvertido a Ciara.

—¿Te pasa algo? —preguntó.

—No, nada —contestó volviendo a situar la vista en el mismo sitio donde estaba la persona que había visto antes.

—¿Has visto a alguien que conozcas?

—No, bueno, quizá. Pero no importa, ¿estás a gusto, aquí?

Ciara ya se había percatado de las incesantes miradas que Dago lanzaba hacia delante y sin poder evitarlo, recordó la pregunta que le hizo Nacho sobre las irlandesas.

—Sí, muy a gusto. ¿Quieres que pidamos otra?

—No, mejor nos vamos, estoy cansado…, a no ser que tú quieras quedarte.

—No —dijo sin vacilar, aunque un tanto desubicada—. Vámonos, pues.

Dago notó que el tono de Ciara había cambiado y olvidó momentáneamente al hombre que los estaba observando.

—¿Te ocurre algo? —quiso saber.

—¿A mí?, nada. —Ciara le dio un largo sorbo a su pinta intentando disimular los absurdos celos que la estaban lacerando en ese momento.

Dago observó que el hombre se movió a la derecha y se apoyó en una columna. Giró la cabeza de nuevo hacia ellos, pero cuando vio que Dago le miraba, volvió la vista al frente.

—Voy al baño un momento —dijo Dago.

—Oh, vale.

La gente se concentraba bebiendo y bailando en el pub. La columna en la que estaba apoyado aquel desconocido solo quedaba a unos pasos de Dago.

Casi le tenía, pero el hombre comenzó a andar con rapidez hacia la salida del local.

—¡Eh, espera! —le gritó Dago inútilmente. Cuando salió a la calle, varias personas se le quedaron mirando.

Dago le buscó entre el gentío y maldijo en su interior al no encontrarle. ¿Quién era ese desconocido? ¿Le había visto realmente?

Recordó las veces en que había visto sombras, sombras que solo él vislumbraba y apretó los dientes con impotencia.

El hombre de los acantilados, de esa figura sí estaba seguro. Había llegado a enfrentarse a ese extraño ese día, pero…

—¿Dago?

Ciara había salido a buscarle.

Se volvió hacia ella sobresaltado.

—Estoy tomando el aire, necesitaba salir a fuera.

—Ya veo. ¿Te encuentras bien?, estás pálido —. Ahora todo rastro de celos se había esfumado. Realmente Dago tenía mal aspecto.

—Volvamos al hotel —le propuso.

—Sí, será mejor que volvamos.

***

Caminaron hacia el hotel en silencio. Sin emitir ni una sola palabra.

Dago iba sumido en unos pensamientos que le torturaban. Hacía mucho tiempo que no tenía la sensación de ser observado, y ahora junto a Ciara, temía sentirlo. Eso, podría volver a ser su ruina con ella, hacer que volviera a perderla. Ciara era una mujer observadora y se había dado cuenta del cambio que había sufrido en el pub, pero Dago no había podido evitarlo, no encontraba explicación a lo sucedido. Tenía que haber visto a ese hombre cuando salió del pub, al menos de lejos, pero no había sido así.

Ciara le observó preocupada. Todo rastro de humor se había quedado en la mesa de aquel pub. Ahora, viendo así a Dago, añoraba sus bromas y, el sentimiento de celos que había sentido allí, se habían transformado en preocupación.

Subieron a la habitación y él se metió directamente al baño.

Ciara fue al armario y cogió un pijama, pero lo desechó inmediatamente al comprobar que en la habitación la temperatura era bastante alta. Decidió ponerse una camiseta. Entretanto, Dago se mojaba la cara con agua helada tratando de buscar un poco de sosiego a sus pensamientos.

Nunca había hablado de eso con nadie, ni siquiera con su padre o su abuelo. Desde que le pasara aquello en los acantilados junto a Ciara, nunca había querido hablar de ese asunto. Recordó las sombras en el apartamento de Londres y cómo había estado a punto de enloquecer al pensar que quizá Ciara, había tenido razón al acusarle de mentiroso las veces que había intentado hablar con ella. ¡Pero él lo había visto!, gritó dentro de su cabeza sujetando el lavabo con fuerza. Ese día había tocado a ese hombre, había sentido su aliento cerca de su rostro. No podía ser una invención de su mente. Era demasiado real. Dago se prometió que eso no enturbiaría la estancia en Irlanda con Ciara. Después de cuatro

años, ella había accedido a estar con él; no iba a tirarlo todo por la borda por unas absurdas apariciones que ni siquiera estaba seguro de que existieran.

Cogió la toalla del gancho que sobresalía de la pared y se secó la cara. Respiró con lentitud durante unos segundos y salió del baño intentando aparentar una tranquilidad que aún no había logrado del todo.

Ciara lo miró desde la cama, estaba sentada en ella masajeándose los pies lentamente. Se había cambiado y sus largas y preciosas piernas asomaban por una camiseta que le quedaba demasiado grande.

—¿Estás mejor? —preguntó visiblemente preocupada, deteniendo el movimiento de sus dedos.

—Sí, estoy perfectamente —le contestó incapaz de disimular los sentimientos que le agolpaban. No quería que se preocupase por él. Eso ensombrecía los buenos momentos que habían compartido esa noche, de modo que desplegó su mejor sonrisa y le preguntó en un tono más bien socarrón:

—¿Quieres que siga yo?

Ciara observó cómo Dago agitaba los dedos en el aire.

—Ya veo que estás estupendamente —replicó un tanto mordaz. Se puso en pie y se dirigió al baño—. Voy a desmaquillarme y a refrescarme un poco. Ve eligiendo el lado que quieres para dormir.

Dago se felicitó al notar que había logrado su objetivo, pero cuando se quedó solo, no pudo evitar acercarse a la ventana y mirar a la calle para comprobar si las temidas sombras, permanecían esperándole en la oscuridad.

***

Hacía dos horas que habían apagado la luz pero ambos estaban despiertos.

Ciara se encogía en un extremo de la cama arropada hasta la barbilla aguantando el sofocante calor, mientras Dago ocupaba todo el resto de la cama desinhibido y en bóxer, tal, y cómo había amenazado esa misma tarde.

Dago cambió de posición y suspiró en silencio. En más de una ocasión había tenido la tentación de tocarla, de envolverla entre sus brazos, pero se contuvo. Sabía que ella se revolvería como una fiera. Pensó que nunca volvería a tenerla y como un idiota, se fustigó recreándose en ese pensamiento. Al cabo de unos segundos y sin saber cómo, su antiguo novio de Madrid y Nacho aparecieron

junto a esa tortuosa recreación y se imaginó dándoles un buen repaso a ambos.

Ciara se destapó. Ya no aguantaba más. Se dio la vuelta y en la penumbra entreabrió los ojos para mirar a Dago. Estaba tumbado boca arriba, con una mano debajo de la nuca y la otra sobre su abdomen. Su rostro relajado mantenía una media sonrisa. Ciara se mordió los labios mirando los suyos y volvió a bajar la mirada hacia su cuerpo, pero cuando subió de nuevo a su rostro, se asustó al comprobar que éste la observaba atentamente.

—Creí que estabas dormida.

—Yo también creí que lo estabas tú.

—¿Estabas ideando cómo acabar conmigo? —preguntó con la sorna vislumbrándose en su voz.

—Sí, eso mismo —dijo ella sentándose en la cama. Colocó la almohada detrás de su espalda y con ello, obligó a Dago a hacer lo mismo. Éste encendió la luz de la habitación.

—¿No puedes dormir?

—No, tengo demasiadas cosas en la cabeza, además, es demasiado temprano para mí —repuso mirando el reloj del móvil —, solo son las doce y media.

Dago sonrió.

—En España es una hora más.

—Pues eso, demasiado pronto. Últimamente me desvelo con facilidad.

—Yo también estoy desvelado.

Dago retuvo el aliento. Ciara estaba preciosa. Sin rastro de maquillaje su rostro resplandecía con una belleza salvaje, demasiado salvaje y turbadora.

—Mañana será un día muy largo —dijo para espantar esos pensamientos. Si le seguía mirando así, ya no podría contenerse por más tiempo.

—Dago…

Se acercó a ella atraído por su voz susurrante.

Ciara miró sus manos unos instantes antes de hablar.

—No fuiste al funeral de mi abuela —dijo.

Dago volvió a la posición de antes totalmente desconcertado por esa afirmación.

Ella le miraba esperando una respuesta.

—Estuve allí Ciara, en todo momento.

—No, no estuviste. No mientas.

Él la miró herido, solo que ella no se percató de ello.

Ciara sabía que no tenía derecho a reprocharle nada. Cuando su

abuela murió ya no estaban juntos, pero era un peso más que llevaba dentro desde entonces y, sin saber por qué, en ese momento deseó saber las razones de su ausencia.

—No te estoy mintiendo. —Dago se movió de manera que quedó frente a ella— Estuve allí pero tú no me viste, no me querías ver ¿O no lo recuerdas? Unos meses antes me dejaste, y no fueron pocas las veces que me echaste de tu casa cuando intentaba hablar contigo. —Dago omitió que había perdido su trabajo de entonces por ir a verla a Londres—. ¿Cómo querías que me acercase a ti? No sabía qué hacer. Era un momento muy delicado, y aunque no soportaba verte sufrir, no quería ser el responsable de causarte más dolor del que ya estabas sufriendo…, porque era evidente que yo… te lo hacía. —Dago exhaló exasperado pasando la mano por su cabeza y revolviendo su pelo—. Preferí quedarme al margen y no molestarte, pero te aseguro que quise estar contigo. La muerte de tu abuela me afectó muchísimo, para mí era como la mía.

Ciara sujetó la sábana entre sus manos y la apretó conmovida por esas palabras.

—Ni siquiera preguntaste por mí a mi padre ni a mis abuelos, de modo que ellos, respetando mi petición de que no te hablaran de mí si tú no te interesabas, no te dijeron que estaba allí mismo —añadió. Eso sí lo confesó y se sintió purgado por ello.

Ciara se quedó sin habla. Nunca imaginó que las cosas hubiesen sucedido de esa manera y recordó cuánto le había echado en falta. El momento tan difícil que fue para ella con el añadido de que él no estuviera a su lado. En ese instante, viendo cómo la miraba, recordó cómo entonces, había vacilado en si perdonarle o no cuando comprobó cuánto necesitaba de su aliento, y cómo posteriormente sus emociones se endurecieron al suponerle lejos de allí, impertérrito ante el dolor de su pérdida.

—Yo pensé… —dijo bajito.

—Has pensado demasiadas cosas que no son y eso nos ha llevado a la situación en la que estamos ahora —replicó Dago sin poder evitarlo. Ciara ya se había enterado de que había asistido al funeral de Áine, pero seguía sin saber muchas cosas. Cosas que no le había dejado explicarle en esos cuatro años.

Ella levantó la vista envuelta en una súbita cólera.

—Me equivoqué en mis conclusiones aquella vez, pero no en las anteriores —le dijo duramente.

Dago sintió una punzada de dolor y de satisfacción al mismo tiempo cuando Ciara mencionó aquello.

—Pues ya que has sacado el tema, me gustaría que me aclarases

qué es lo que hice para que huyeras de esa manera de San Andrés y que luego no quisieras verme.

Se sintió acorralada. Había sido muy idiota al pensar que Dago no iba a aprovechar la circunstancia de estar solos en Irlanda para acosarla con sus preguntas pero, ¿qué iba a hacer?, ¿esconderse bajo las sábanas como una niña?, ¿irse de la habitación para evitar hablar con él? No estaba preparada para hablar de eso, no lo estaba habiendo leído solo unos días antes una carta dirigida a la mujer cuyo nombre mencionó ese día en los acantilados.

Dago se mantuvo a la espera, aguantando pacientemente su silencio mientras ella luchaba por no dejarse llevar por los sentimientos que las palabras que había leído en aquella carta le provocaban.

Observó una sonrisa irónica asomando en el rostro de él y buscó desesperadamente algo para hacerle daño. Algo que también sirviera para cambiar de tema radicalmente, y atacó con algo que había comprobado que le ponía de muy mal humor.

—Si quieres que pongamos las cartas sobre la mesa, dime lo que pasó con Nacho.

Dago se pasó de nuevo la mano por el pelo, irritado. No era posible lo que estaba oyendo. No quería hablar de ese indeseable. Solo quería hablar de ellos dos, que le aclarase de una vez por todas, las razones de su ruptura, y él, le demostraría que estaba equivocada en lo que fuera que pensase.

—Cuando me fue a visitar a Madrid habló maravillas de ti como siempre, de hecho, venía de Londres de hacerte una visita, ¿no es cierto? —preguntó ella comprobando cómo su cambio de tema había surtido el efecto que esperaba.

Dago sintió cómo los pensamientos que había tenido hacía tan solo unos minutos intentando dormir, parecían perseguirle y eso le cegó momentáneamente.

—Ya..., cuando te fue a ver a Madrid... Parece ser que lo pasasteis muy bien. —No pudo evitar decir esa frase con sarcasmo. Parecía estar oyendo las palabras de Nacho en el apartamento de Irlanda.

—¿Por qué me hablas así? —preguntó ella, estupefacta. Ahora no estaba segura de que las cosas fueran por donde había pretendido.

—¡Vamos, Ciara! —Dago dio un puñetazo al colchón y se levantó de la cama—. ¡Sé que estuvisteis juntos!

—Claro que estuvimos juntos, pero…

—¡Así que lo admites!

Dago estaba fuera de sí; los celos hacían que le latieran las sienes.

Ciara comprendió al instante.

Había logrado borrar de su memoria el 'tonto' percance que había protagonizado con un Nacho cegado por el alcohol. Lo había hecho porque realmente no quería darle importancia, una importancia que ya veía que había subestimado, puesto que el propio protagonista de ese absurdo hecho y la única persona implicada, se había dado prisa en difundir. Pero no esperaba que fuese a Dago a quien se lo hubiese dicho y luego éste quien se lo recordara. Y a tenor por la furia de su mirada, pudo constatar que su amigo había desplegado una vez más su fanfarronería aunque se tratara de ella; ahora se explicaba el comportamiento de ambos. ¿O quizá no estaban enfadados por eso?

No quiso dar más vueltas a ese último pensamiento, eso significaría algo que se resistía a creer. Dago no podía estar tan enfadado con él por eso. No debería, sintiendo lo que sentía por otra persona.

—¿Y se puede saber qué es lo que te ha contado Nacho? —quiso saber.

—Tú sabrás —contestó Dago, iracundo.

Se miraron un largo rato sin decir nada, esperando a ver quién seguía con las acusaciones.

Ciara pensó que la situación era absurda. ¿Qué cuentas tenía que rendir a Dago? ¿No era él el que estaba con otra?

—Pues sí, yo sabré, porque lo que pasó con él no es asunto tuyo —le contestó al fin, callando el irracional pensamiento que tenía prisa por confundirla. Cogiendo la sábana, apagó la luz y se recostó dándole la espalda—. Buenas noches.

Dago apretó los dientes y su mandíbula se marcó aún más en su anguloso rostro. No solo no le había aclarado nada, sino que ahora estaba más confuso que antes.

Las palabras de Ciara habían desprendido veneno, un veneno lento y abrasador. La miró largamente y pensó en obligarla a decirle la verdad, pero en vez de eso, se dio la vuelta y fue al pequeño sofá, cogió los raquíticos cojines que había en él y con furia, los tiró al suelo para pasar la noche allí.

Entretanto, Ciara oía sus movimientos en silencio. Cerró los ojos mientras una mezcla de sentimientos la golpeaban; alivio por haber conseguido evitar el tema que Dago insistía una y otra vez en hablar y, un desconcierto absoluto por su reacción ante la fanfarronada del idiota de Nacho. Se resistió nuevamente a conjeturar por qué había

sido así, y se dijo que probablemente era cuestión de ridículos machos marcando su territorio, pero se prometió a sí misma que en cuanto viera a ese ‘fantasma’, tendría una larga conversación con él.

INGLATERRA

5 de julio de 1307

El rey Eduardo I de Inglaterra, Señor de Irlanda y Duque de Aquitania, tocó una de las doce cruces que había ordenado erigir en honor de su querida esposa Leonor, tras su muerte.

Pese a haberse casado en segundas nupcias con Margarita, hija de Felipe III, rey de Francia, no había podido olvidar a la que fue su esposa por tantos años, y a quien había amado con devoción.

En poco más de dos horas partiría de viaje y sabía que no volvería a pasear por esos verdes prados impregnados de la humedad del Támesis, no volvería a pisar aquel lugar que invitaba a la meditación y al sosiego. Eduardo tenía el presentimiento de que solo volvería a Inglaterra cuando su alma ya estuviera con la de su añorada esposa.

Estaba enfermo, muy enfermo, pero decidido a invadir de nuevo Escocia. Acarició por última vez la áspera madera y se encaminó hacia su residencia. Todavía le quedaba algo por hacer antes de partir.

Ya en su recámara, el monarca rehusó el líquido verdoso y amargo que le ofreció uno de los criados enviados por su médico particular y se encerró allí dando expresas órdenes que no le molestaran.

La carta que había recibido procedente de Venecia permanecía en su escritorio escondida bajo varios manuscritos.

Eduardo se sentó pesadamente y se apretó el abdomen con fuerza. Los pinchazos eran cada vez mayores y sentía que con cada deposición se le escapaba la vida.

Sacó la carta intentándolos ignorar y comenzó a leer la misiva como lo venía haciendo todos los días desde que había llegado a él,

un mes antes.

Venecia, 3 de febrero de 1307

Excelentísimo Señor, me atrevo a escribiros después de tanto tiempo porque lo que tengo que comunicaros, será de gran interés para vos.

Desde que desembarcasteis en Sicilia, me convertí en vuestro fiel siervo, pero después de años junto a vos en Inglaterra, me enviasteis de nuevo a mi amada Italia con algo que custodiar, y de ello, quiero hablaros.

Hace unos años estuve preso. La guerra entre Génova y Venecia no pasó inadvertida para mí. Después de catorce años, llegó alguien a la prisión, un nuevo preso de nombre, Marco Polo, mercader veneciano que me relató en las noches de soledad, allí en la celda, sus aventuras y sus conquistas que llegaron a lugares tan lejanos de vuestras tierras como de las mías. Compartió conmigo muchas historias vividas que parecían auténticas locuras y, aunque muchas de ellas eran difíciles de creer, me fascinaron hasta tal punto que me he atrevido a reproducir sus relatos en un manuscrito que he llamado, 'El libro de las maravillas del mundo'.

Os preguntaréis por qué os cuento todo esto.

Mi señor, antes de que los genoveses me prendieran, guardé celosamente lo que a vos, vuestro abuelo Juan I de Inglaterra, os legó. El Códice estuvo oculto hasta que se me concedió la libertad, pero no en el lugar que hubiese deseado. Esa noche la guardia me esperaba.

Tenéis que saber, que cuando mi pena expiró, fui a buscarlo junto con mi compañero de celda que había recobrado la libertad dos meses antes que yo.

No os inquietéis, si lo hice en su compañía, fue a sabiendas de que ese hombre, un favor me iba a proporcionar.

Cuando salí de prisión mi salud estaba resentida. La humedad de aquella celda había calado profundamente en mis huesos y en mis pulmones, y como os prometí, el Códice debía ser guardado en un sitio donde nadie lo encontrara, a poder ser, custodiado bajo el manto impoluto del Señor pues sus escritos malditos son.

Todavía me pregunto por qué decidisteis recurrir a mí en ese arduo trabajo y, lo único que distingo entre la tiniebla que acosa mis sueños, es que si lo hicisteis así, fue para alejar ese manuscrito demoniaco de vuestras tierras y de vuestras gentes, aunque algunos de sus escritos hubieran sido creados en vuestra vecina Irlanda de la que sois Señor, por gentes paganas que lo escribieron en su día, gentes alejadas de Dios y de sus designios.

Todos los días doy gracias al Altísimo porque ese libro cayera en vuestras manos y no en otras.

Sé que poco me queda de vida, y mis fuerzas han menguado tanto, que ni andar puedo. Pero no quería que ignorarais el futuro del Códice. Es lícito que sepáis, que entregué el manuscrito al valiente Marco Polo y él, tras buscar el sitio más idóneo para ocultarlo de la humanidad, encontró el lugar más conveniente para que las letras y símbolos que tiñen esas vitelas no puedan removerse inquietas: Las catacumbas de Florencia.

Dejo este mundo satisfecho de haber cumplido una misión encomendada por el rey de Inglaterra.

Vuestro humilde siervo.
Rustichello de Pisa

El monarca releyó la carta y cuando hubo acabado, se levantó y se acercó al fuego, que vigoroso, ardía en el hogar de sus aposentos.

Mientras veía cómo las brasas devoraban el fino pergamino, recordó cómo ese Códice lleno de injurias hacia Dios cayó en sus manos.

Se encontraba en Sicilia cuando le llegó la noticia de que su padre, el rey Enrique III de Inglaterra, había muerto. Esa noticia iba acompañada de una misiva de él, en la que se mencionaba a su vez, otra carta que le había dejado su padre, Juan I de Inglaterra, antes de morir.

Eduardo no se dio prisa en volver, ni dio la importancia que debía haber dado a aquella carta escrita de puño y letra de su abuelo, pero cuando lo hizo, ya en tierras inglesas, se arrepintió de no haber acudido antes a su reino.

La carta que había dejado su abuelo Juan a su padre, hablaba de un tesoro que había estado en su poder un tiempo demasiado corto, pero que había despertado en él un deseo que ninguna riqueza había conseguido. Las letras de aquella misiva, se apretaban entre ellas desvelando la premura con que habían sido escritas.

Juan I de Inglaterra, había emprendido una fracasada búsqueda, pero en los últimos años de su vida, encontró una puerta abierta a tal indagación hasta el momento, baldía.

Había descubierto que en unos altos riscos, donde la Tierra parece acabarse, se hallaba lo que tanto había buscado. Esos acantilados pertenecían a la isla de Irlanda, de donde años atrás había tenido que partir por estúpidas desavenencias con el pueblo irlandés, y donde había poseído por unos días el tesoro mencionado.

Esas atropelladas letras, desvelaban el punto exacto donde podía estar el tesoro del que hacía mención su abuelo y que él, no había podido recuperar, porque cuando la primicia llegó hasta sus oídos, su salud era tan precaria que en pocos días murió, no sin antes, dejar ese legado a su hijo en forma de carta. A su heredero, Enrique III.

Un heredero que desdeñó el mandato de su padre, pero que a las puertas de su propia muerte, hizo llegar a su hijo. Él. Y él sí había cumplido con esa voluntad, ¡pero cuánto se arrepentía de ello!

Recordó la primera vez que abrió el manuscrito sacado de los altos acantilados de Moher y, cómo el vello de todo su cuerpo se erizó haciendo que sus manos lo cerraran para no volver a abrirlo jamás.

Tras varios años en los que no supo muy bien qué hacer con el Códice, en los cuales, no cesaban las pesadillas y en los que no dejaba de preguntarse qué era lo que ansiaría su abuelo de aquellos escritos malditos, decidió mandarlos más allá de ultramar junto a su fiel amigo Rustichello, con la orden, de que lo escondiera donde nunca nadie lo encontrara, pues destruirlo le ocasionaba un miedo demasiado atroz.

El rey Eduardo parpadeó varias veces y enfocó la vista sobre el fuego para cerciorarse de que la carta de Rustichello se había consumido en su totalidad.

Solo cuando estuvo seguro de ello salió de sus aposentos pensando en el viaje que le aguardaba rumbo al norte.

No llegaría a su destino.

GALWAY

Otoño de 2013

Dago se levantó al alba.

En silencio, se puso su ropa deportiva y contempló a una Ciara dormida y hermosa. Se dio la vuelta de mala gana y, cuando cerró la puerta tras de sí, soltó un par de tacos pensando en Nacho.

Dudó unos instantes de si había sido una buena idea convencer a su padre para que inventara la excusa de que debían estar en la misma habitación, lo del champán y demás.

Ian se había mostrado reticente a su petición, pero Dago se lo pidió arguyendo que necesitaba estar todo el tiempo posible con ella, solos, a poder ser. Lo del champán, fue un apunte innecesario pero divertido.

Las calles estaban desiertas. A lo lejos, varios hombres descargaban un camión abasteciendo un supermercado.

Subió la cremallera de su chaqueta y se puso el gorro de lana que utilizaba para correr.

Decidió dirigirse a la zona en la que estaban los clubs de remo.

Mientras corría, las imágenes teñidas de somnolencia que había recreado una y otra vez durante las pocas horas que había permanecido tumbado en el suelo de la habitación, ahora se renovaban con más fuerza.

Entonces, ¿era cierto que Ciara y Nacho… ?

Una parte de él se resistía a creerlo, pero Ciara se había mostrado tan convincente al respecto que la duda había escarbado dentro de él de tal forma, que supuraba rabiosos celos.

‘No es asunto tuyo’, había dicho. ¡Pero sí lo era!

—Hijo de puta… —masculló entre dientes mientras subía el ritmo.

Necesitaba echar fuera la presión que le oprimía el pecho y atenazaba su garganta. Llegó hasta el paseo y mientras corría miró hacia las grises aguas.

A lo lejos se veían varias embarcaciones de remo que se dirigían hacía el lago Corrib. La sincronización de sus ocupantes hizo que Dago se detuviera un momento a contemplarlos; él mismo había practicado ese deporte.

Después de que sus siluetas se hicieran diminutas, decidió emprender la marcha, pero antes de hacerlo, miró alrededor y se encontró con que algo no cuadraba en el paisaje. El mismo hombre que había visto la noche anterior en el 'The Kings Head', se apoyaba sobre un banco de los muchos que ofrecía el paseo, unos cincuenta metros más atrás. Su rostro denotaba tensión y había apartado la mirada en cuanto Dago se había fijado en él.

Éste no se lo pensó dos veces y fue hacia allí.

El hombre permaneció quieto unos instantes, pero de pronto, su rostro se contrajo y desapareció tras una furgoneta aparcada haciendo que Dago echara a correr. Cuando llegó hasta el lugar donde había desaparecido el desconocido, no encontró rastro de él.

Dago cruzó la calle. No había muchos sitios donde esconderse, de modo que se preguntó por segunda vez en menos de ocho horas, dónde demonios podía haberse metido aquel individuo. Miró de nuevo a su alrededor y corroboró que era imposible huir de allí sin ser visto. Solo paró de buscarle cuando se percató de que algunos chicos cargados con lanchas de remos, le observaban con curiosidad.

***

Ciara despertó sobresaltada. Al principio, le costó recordar dónde se encontraba, pero cuando lo hizo, recorrió con sus ojos la habitación encontrándola vacía a la vez que una punzada de pánico oprimía su pecho.

¿Dónde estaba Dago? ¿Se había enfadado tanto como para marcharse?

En su escaneo, encontró su bolsa en el suelo y se tranquilizó. La ropa estaba revuelta dejando claro que los años no le habían vuelto más ordenado.

Era muy temprano. Se levantó y caminó descalza sobre la moqueta. Observó los cojines en el suelo y otra punzada, esta de culpabilidad, la pellizcó de nuevo.

Recogiéndose el pelo en una coleta, fue hacia el armario

sorteando la bolsa de Dago y se desnudó completamente para guardar su ropa sucia en una bolsa de plástico. Después, sacó ropa limpia y se dispuso a darse una ducha.

Comenzó a sentirse mejor cuando el chorro de agua caliente cayó sobre ella. No había traído jabón, de modo que cogió los coquetos frasquitos que proporcionaba el hotel en cómodos neceser de plástico transparente, descubriendo sin sorprenderse, que la esencia de todos ellos fuera de flores.

Se masajeó el cuero cabelludo despacio, intentando no pensar en la última conversación que había tenido con Dago, pero fue inútil, solo podía ver su rostro encendido por la ira. Ese hecho la pinzaba el estómago gratamente, pero como era habitual en ella, rechazó esa sensación e intentó concentrarse en lo que estaba haciendo.

Le pareció oír cómo se cerraba la puerta de la habitación y se apresuró a terminar de ducharse.

Cuando se iba a vestir, descubrió con fastidio que se había olvidado la ropa interior, de modo que cogió una toalla de la estantería del baño y se envolvió con ella.

—¿Pero que es esto…? Es minúsculo… —musitó cuando vio que su improvisada túnica no la tapaba apenas.

Viendo cómo le quedaba el atuendo, se debatió en pedir a Dago que la alcanzara su ropa interior o ir ella misma a por ella.

—Mierda —No le apetecía nada que él hurgase entre su ropa íntima— ¡Qué más da! —dijo en alto.

Salió del baño en silencio, intentando mantener la mirada fija en el armario.

Dago miraba por la ventana, serio y sudoroso. Ciara se percató de un solo vistazo cómo iba vestido. Llevaba un gorro negro de lana puesto y una camiseta que se adhería a su espalda marcando sus músculos, ésta hacía juego con unos pantalones de correr. En la mano, sostenía una chaqueta arrugada.

Abrió el armario intentando no llamar la atención, pidiendo al cielo que Dago no se diera la vuelta en ese momento.

Pero lo hizo.

—Buenos días —le oyó decir cuando tenía metida la cabeza entre las puertas del ropero.

—Eh…, hola, ya veo que vienes de correr —dijo sujetando toalla con fuerza.

Dago no pudo evitar mirarla de arriba abajo.

—Tienes buen aspecto —dijo quitándose el gorro y pasándose la mano por el pelo.

—He dormido bien.

Ciara dijo aquello sin más, pero se arrepintió al instante mirando de soslayo los cojines estrujados en el suelo; no quería que pensara que se jactaba.

—Me alegro que alguien haya descansado, porque lo cierto es que yo no he pegado ojo en toda la noche.

Ciara pudo atisbar que en sus ojos todavía quedaban los rescoldos del enfado de la noche anterior. Suspiró y cogió la ropa que había ido a buscar.

—Lo siento si ha sido así —repuso recobrando la misma postura con la que había acabado su discusión. De pronto, volvía a estar enfadada—. Si has dormido en el suelo es porque has querido. Nadie te dijo que lo hicieras —añadió pasando por delante de Dago para volver al baño.

—No, nadie me lo dijo, pero lo preferí así. Estaba demasiado cabreado.

Ciara se dio la vuelta.

—¡No entiendo por qué te enfadaste! —gritó— ese asunto no te incumbe, igual que a mí tampoco me incumben tus… historias —añadió elevando la voz.

—¿Qué historias, Ciara?

—¡Todas ellas! Tú no te has quedado cruzado de brazos. ¡No lo hiciste ni estando conmigo!

—¿De qué hablas? —quiso saber. Si Nacho había inventado, le iba a…

—¿Sigues sin acordarte?, venga ya Dago. A mí no me midas con la misma vara que lo haces contigo mismo. Nunca pasó nada con Nacho, él es un amigo, un, un amigo bocazas que no puede remediar alardear de todo, incluso de lo que no ha pasado, pero yo nunca he tenido nada con él. ¡Sería el último tío con quien me acostara! Además, ¿a ti que más te da?

—¿Crees que no me importa?

Ciara sacudió la cabeza y sus ojos se empañaron en contra de su voluntad. Se dio la vuelta y se metió de nuevo al baño.

—Nunca te importó —musitó cuando cerró tras ella.

Dago fijó su vista en la puerta. Se sentía un estúpido por haber creído a ese imbécil y derramar sobre Ciara sus inseguridades. De pronto, se dio cuenta de que le había acusado una vez más de algo que él ignoraba y no había respondido a su pregunta. Se acercó a la puerta del aseo y llamó con los nudillos.

—¿Qué has querido decir antes con eso de, *mis historias*? —preguntó con la oreja rozando la madera.

Ciara se miró al espejo y se limpió una lágrima que comenzaba a

caer. Se sentía saturada, todos esos años había macerado en su interior las palabras que ahora querían salir a borbotones por su boca. Pero sabía que no era el momento adecuado. Tenían que ir a buscar el Códice. No habían ido a Irlanda de vacaciones, habían ido con una misión supliendo a su madre que estaba recuperándose en un hospital de un accidente provocado por una secta que lo perseguía desde milenios atrás.

—¡Déjalo, Dago! —gritó sin dejar de mirarse al espejo. Sus manos agarraban el lavabo con fuerza, como si agarrarlo la sostuviera en pie.

—No, no lo voy a dejar.

Ciara cerró los ojos e inspiró hondo para después contener la respiración unos segundos. De pronto los abrió y no se reconoció. Sus mejillas estaban enrojecidas y la furia le salía a borbotones.

Abrió la puerta y se enfrentó a él.

—He sido criticada y juzgada por estar con Marcos mientras tú hacías lo que te daba la gana, pero claro, a ti te ríen la gracia ¿verdad?— le preguntó iracunda haciendo que Dago retrocediera unos pasos.

La miró sin saber qué decir. Nunca la había visto tan furiosa.

—¿Te callas verdad?, ¡claro!, ¡¿qué vas a decir?! —le acusó.

—Espera, espera, creo que te estás confundiendo —dijo él levantando las manos.

—¿Qué me confundo? —Ciara soltó una risa sarcástica—, no te cortes hombre y di cuántas chicas han sucumbido a tus encantos cuando estabas en Londres o aquí en Irlanda —soltó recordando las palabras de Nacho.

—No entiendo a qué viene eso —Dago no daba crédito a las palabras que estaba oyendo.

Ciara estaba cegada por los celos y comprendió que si seguía por ese camino perdería los papeles de tal forma que luego no se lo perdonaría jamás, de modo que se dio la vuelta para ir a vestirse al baño.

Dago la sujetó del brazo impidiendo que diera un paso más. Ella se revolvió.

—No tengo ni idea por qué te importa tanto si he estado con una o cien mujeres, pero te puedo asegurar que la única que me interesa y me ha interesado siempre, has sido tú.

—No, eso no es verdad. Suéltame.

—No he podido olvidarte, Ciara.

Ella se tensó ante esas palabras. Un nombre de mujer la martirizaba.

—No puedo con más mentiras. —Se sentía agotada, cansada de luchar contra algo con lo que sabía, no podía ganar.

—¡Maldita sea, Ciara!, ¡te quiero! —explotó—. Te juro que intenté olvidarte. Sobre todo cuando me enteré que te habías ido a vivir con ese tío. ¡Pero no pude hacerlo!, los celos me consumían, te imaginaba con él y yo… —Dago bajó la mirada al suelo unos segundos—, te había perdido irremediablemente.

Ciara enmudeció. No era eso lo que esperaba oír.

—Cuando Nacho insinuó que tú y él…, yo, yo me volví loco. Siento haber dudado de ti. Ese cabrón tiene más de una cara, pero confieso que le creí. Te imaginé regalándole tus besos, tus caricias y no lo pude soportar. Y tú anoche.., ¡no lo negaste!

—Creí que era una cuestión de territorio —musitó ella aturdida.

—¿Territorio? —Dago frunció el ceño.

Ciara ignoró su pregunta. Intentaba encontrar un vestigio de engaño en su rostro. Buscaba algo que le mostrara que Dago estaba mintiendo, una búsqueda inútil que la hizo sentirse vulnerable.

—Quiero que me respondas a algo, Ciara.

Ella suspiró antes de indicarle con un gesto que hiciera la pregunta.

—¿De verdad sientes lo que aparentas?, ¿para ti ha sido tan fácil?, ¿me has olvidado, Ciara?

Quiso contestarle que sí porque estaba aterrada, ¿qué pasaría si le confesaba que nunca le había dejado de amar?, ¿qué incluso estando con Marcos pensaba en él cada segundo?

—Yo… —le miró nuevamente y entonces, quiso huir, pero él ya la sujetaba.

Dago la besó con ansiedad, un beso con el que había soñado mil noches. Sus brazos envolvieron su cuerpo y la apretó contra él, con miedo a que cuando abriera los ojos, Ciara se hubiera evaporado.

Ella intentó zafarse. Recordaba cómo Dago había ignorado su último beso en la habitación de la biblioteca, cómo aquella mujer, protagonista de sus versos, se interponía entre los dos.

En ese momento, Dago dejó de aprisionar sus labios y la abrazó.

—No lo hagas, Ciara, no lo hagas —susurró notando su rigidez, sus ganas de huir—, tienes que creerme.

Ella se separó de él buscando nuevamente algo que le mostrara que ese hombre nunca dejaría de mentirla, algo a lo que agarrarse para tener las fuerzas suficientes para darse la vuelta y olvidar lo que acabada de ocurrir. Observó sus ojos que la escrutaban y vio en ellos genuina ansiedad por lo que pudiera decir. Sin esperárselo, un sentimiento nuevo inundó su pecho y ya no estuvo tan segura de

que esas fuerzas, que segundos antes había implorado, fueran capaces de poder separarla de él.

¿Cuántas veces había soñado con volver a sentir sus besos?

No hacía falta contestar a esa pregunta porque en cada instante lo había deseado. Habían sido tantas… y ahora que acababa de sentir sus labios sobre los suyos, la irracionalidad nublaba su mente. Pero no solo había sido ese beso, sino las palabras dichas anteriormente.

Dago la observaba inquieto, anhelaba una respuesta, un gesto. Se había equivocado. No tenía que haberla besado y desvelarle sus sentimientos. Ciara estaba demasiado dolida por algo que él continuaba sin saber.

—Lo siento —dijo dando un paso hacia atrás.

Ciara lo miró frunciendo el ceño.

—¿Qué es lo que sientes?

—Siento haberte besado. Sé, sé que no… —Los dedos de Ciara acallaron sus palabras.

Olvidando que llevaba una minúscula toalla que tapaba su cuerpo desnudo, subió ambas manos al rostro de Dago y aprisionó sus labios entre los suyos para saborearlos derrumbando las barreras que en esos años había construido.

El contacto de sus lenguas arrancó un gemido de su garganta y sus dedos reptaron hacia el pelo de Dago trazando una caricia.

Sintiéndola desnuda, la separó levemente de él para contemplarla, para convencerse de que eso estaba ocurriendo en realidad.

Ciara así se lo demostró volviendo a ofrecerle sus labios, la calidez de su aliento. Dago pensó, como había hecho tantas veces, que había perdido un tiempo precioso sin ella. Ese pensamiento hizo que la besara con más urgencia, con demasiada brusquedad, temeroso de que acabara todo como había acabado una vez.

Ella notó esa ansiedad y alborozada por el deseo, llevó una de las manos de él a su pecho.

Dago la acarició la base de la garganta y Ciara le miró con apetito, ambicionando sus caricias, anhelando que la tocara.

Él no se hizo rogar, Ciara era preciosa, sus pechos se erguían insolentes y, maravillado por esa vista, no pudo contenerse más y su boca aferró un pezón al tiempo que ella echaba la cabeza hacia atrás disfrutando de ese maravilloso contacto. Arqueó la espalda y se ofreció por entero mientras la lengua de Dago trazaba círculos alrededor de sus pezones, chupándolos y aprisionándolos. Los dedos de Ciara se volvieron a introducir en el pelo de Dago y tiró de él

para subirlo a su boca. Le miró de nuevo, devorándole, trasmitiéndole todo el deseo que sentía. Dago atrapó sus labios nuevamente, los lamió, los mordió. Estaba desatado, incrédulo aún de que aquello estuviera sucediendo y, como el que quiere abarcar todo de una vez, siguió besándola con rudeza. Ciara disfrutó de esa impaciencia pues ella sentía lo mismo.

Sus besos se mezclaban con miradas suplicantes, con un anhelo firme y largamente cohibido. Le despojó de la camiseta y acarició su pecho bien formado, exploró su abdomen terso y, notando bajo sus dedos los músculos que se fundían con la piel, le volvió a mirar a los ojos, unos ojos con los que no había dejado de soñar en cuatro años, que la volvían loca e incoherente.

Imitando el mismo gesto que él había tenido con ella, bajó hasta su tetilla y la sujetó entre los dientes para lamerla después, saboreando el gusto salado del sudor. Solo el gemido de Dago hizo que la soltara y subiera de nuevo el rostro hacia él. La miraba con voracidad y eso la excitó más aún. Ella también estaba hambrienta y se lo quería demostrar. Sus dedos se introdujeron por la cinturilla del pantalón y bajó levemente la prenda deteniéndose justo en el lugar donde la erección de Dago palpitaba reclamando ser liberada. Ciara sonrió provocadora y él la sujetó para besarla. Mordisqueó sus labios, los lamió y su lengua trazó el camino hacia el lóbulo de la oreja. De pronto le dio la vuelta y apretó su miembro caliente contra ella. Con su mano acarició sus muslos y ella los abrió levemente. Dago encontró lo que buscaba y sus dedos dibujaron círculos en la piel suave y húmeda. Ciara emitió un fuerte gemido y aun dándole la espalda, bajó el pantalón de Dago a la vez que su bóxer. Dago no se detuvo, sus dedos se introdujeron dentro de ella y Ciara cerró los ojos aturdida. Quería complacerla, era lo que más deseaba y, aunque estaba deseando poseerla desde que le había besado la primera vez, aguantó su deseo, temeroso que no pudiera aguantar. Nunca había estado tan excitado. Ciara le volvía loco, nadie jamás había conseguido hacerle sentir así.

Ciara se dio la vuelta, sus pupilas dilatadas ardían. Le despojó del resto de la ropa y le besó con violencia. Ahora estaban en igual condición, desnudos, uno frente al otro y Ciara miró un segundo a la cama. Dago se percató de esa mirada y cogiéndola entre sus brazos, la llevó al mullido colchón donde la tumbó para seguidamente dejar caer sobre ella su cuerpo caliente.

Ciara le acogió con impaciencia, sus manos le exploraban ansiando no dejar ni un centímetro de su piel por acariciar, ansiando ser acariciada. Los labios de Dago la volvieron a besar,

deseándola, lamiéndola mientras bajaba por su cuello buscando sus pechos erectos. Ella se los ofreció sin reparo, admirando sin vergüenza el cuerpo de él mientras lo hacía. Dago buscó esa mirada sensual, una mirada que los últimos años solo había visto en sus ensoñaciones y no pudo dejar de mirarla mientras volvía a lamer la piel suave de su vientre recorriendo el camino hacia el paraíso.

Ella se contrajo cuando sintió la calidez entre sus piernas y tenuemente perdió la noción. Le deseaba, nunca había dejado de hacerlo y lo quería ahora, en ese mismo instante. Con un movimiento rápido, le levantó y, recurriendo a una de las muchas llaves que conocía, le dispuso debajo de ella y se colocó a horcajadas sobre él. No hicieron falta palabras, Dago se hundió en ella y Ciara comenzó a moverse sin dejar de mirarle. Sus manos acariciaban su pecho mientras las sacudidas de placer la hacían estremecerse a la vez que Dago la ayudaba en la tarea.

El estallido no tardó en llegar. Un orgasmo intenso y sincrónico que recibieron abrazados y sudorosos.

Jadeante, Ciara cayó sobre el pecho de Dago y él la abrazó sintiéndose por fin completo, después de cuatro años.

***

Mantenía mis ojos cerrados concentrándome en la respiración de Dago, una respiración que cada vez se hacía más profunda.

Una de mis manos estaba entrelazada con la de él. No me había soltado desde que habíamos terminado de hacer el amor y yo no quería que lo hiciera. No quería que me soltara, nunca.

Suspiré bajito y a los pocos segundos noté cómo Dago se movía debajo de mí.

—¿Estás incómoda? —preguntó.

Estaba bien, más que bien, en el edén, en el absoluto paraíso.

—No, ¿y tú?

—Me quedaría aquí hasta que tuviéramos que coger el avión.

Sus palabras me devolvieron a la realidad y al parecer, a él también.

Nos movimos y nos pusimos boca abajo en la cama, uno junto al otro.

—Debemos irnos —susurró.

—Lo sé —suspiré de nuevo y miré el reloj—, son las nueve y cuarto, teníamos que haber salido hace rato.

—*Tu es la plus belle femme que j´aie jamais rencontré*— comentó sin más.

Contemplé a Dago y quise besarle; no hizo falta, fue él quien lo hizo.

—¿Qué es lo que has dicho? —pregunté en voz baja.

—Lo sabes. —Sus ojos se volvieron más fogosos y volvió a besarme.

Lo sabía, sí, pero quería oírlo otra vez.

—Quiero que me lo digas de nuevo —le pedí rozando sus labios.

—Eres la mujer más bella que he conocido jamás —repitió esta vez en nuestro idioma.

Sonreí mirando sus labios.

—*Et toi, tu es un séducteur incorrigible*.

—¿Ah sí?, ¿Crees que soy seductor?

Desde luego que lo era, y no sabía cómo…

—Bueno, quizá me haya pasado un poco —bromeé haciéndome la interesante.

—*Táim i ngrá leat.*

—Yo…, yo también te quiero —susurré. Su forma de decir en gaélico que me amaba me traspasó, me conmocionó y tuve que bajar la mirada momentáneamente.

Dago sonrió abiertamente y me abrazó para después besarme el hombro muy despacio. Cerré los ojos y apoyé la cabeza en mis brazos disfrutando de su contacto.

Me encontraba feliz, y en ese instante me di cuenta que no lo había estado desde hacía mucho tiempo. Aun así, la sombra de la duda quiso oscurecer ese momento, pero le corté el paso como había hecho dos segundos antes de lanzarme a sus brazos.

Admitía que me habían aturdido sus primeras palabras, y pese que al principio había intentado buscar algo que indicara que todo era un engaño, sus ojos no habían dejado de brillar con una euforia que conocía muy bien. La misma euforia que sentía yo al mirarle.

Eran muchas las preguntas que quería hacerle. Y tendríamos que hablar de lo que pasó aquel día en los acantilados. Ese día que ahora se me antojaba confuso y que por primera vez, tambaleaba mi convicción tras analizar todas las veces que Dago había negado que conociera la razón de mi huida. Lo que menos me podía imaginar, era que el hecho de que hubiese decidido irme a vivir con Marcos, le hubiera hecho tanto daño.

No había podido olvidarme, había dicho…

Suspiré de nuevo sintiendo cómo sus dedos acariciaban mi espalda y abrí los ojos despacio.

Allí estaba, mirándome con esa media sonrisa que me volvía loca. Sí, teníamos que arreglarlo. Teníamos que intentarlo de nuevo

porque yo, tampoco le había olvidado.

***

Dago y Ciara dejaron atrás el río Corrib y la iglesia de San Nicolás.

Antes de salir del hotel, repasaron la escasa información de la que disponían. La referencia para encontrar el túmulo funerario era la abadía junto a los acantilados donde vivió aquel novicio que lo sacó de allí en el siglo IX. Pero Irlanda, dueña de múltiples monasterios, hacía que su búsqueda se tornara difícil y trabajosa. Aun situándose en los más cercanos a los acantilados, Ciara los descartó por no ajustarse con lo que buscaban.

—El monasterio que buscamos comenzó a construirse en el siglo IX —se quejó un tanto exasperada—. Es difícil, por los alrededores no hay nada que cuadre. Las abadías que he encontrado son posteriores a la fecha y las que son de esa época, están alejadas de los riscos.

—Lo encontraremos, no te preocupes. Lo que está claro es que lo tenemos que hacer nosotros solos. Ya has visto que no hemos contactado con nadie en lo que llevamos en la isla. —Paró el motor del coche de alquiler—. Voy a comprar un par de botellas de agua.

Ciara se quedó estudiando el mapa que había cargado en su Tablet.

—Dudo hasta que queden ruinas —repuso cuando Dago montó de nuevo en el coche—. Es demasiado antiguo… —No sabía por dónde empezar y los acantilados tenían una extensión de más de ocho kilómetros—. Es que aunque nos recorramos palmo a palmo los precipicios, como no haya alguna huella de que allí hubo una construcción, no podremos encontrar nunca el túmulo.

—¿Me dejas echarle un vistazo?

Le pasó la Tablet y Dago observó cómo el dedo de Ciara seguía la costa.

—Mira —dijo ella concentrada.

La miró de reojo y la besó pillándola desprevenida.

—Dame, eres un auténtico peligro —le regañó en broma—, así no saldremos nunca.

Él le alejó la Tablet para que no pudiera cogerla.

—No me importaría volver al hotel —susurró mirándola los labios.

Ciara sonrió complacida, y resistiéndose a sus encantos, señaló

el mapa que ahora estaba en las manos de Dago.

—¿Has terminado?

Él la devolvió la sonrisa y lo puso delante de ella.

—Mira, en serio —dijo Ciara volviendo a poner atención al plano—, creo que deberíamos ir por aquí. —De pronto, se le ocurrió algo—. Dago, ¿y si se equivocaron?, ¿y si el túmulo funerario no estaba junto a un monasterio?

—No te entiendo.

—Escucha, El Burren, el fuerte de *Cahercommaun.*

—Los pocos datos que tenemos dicen otra cosa.

—*Cahercommaun* está situado al borde de un precipicio, está en el condado de Clare y fue construido en el siglo IX. ¡Todo coincide!

—Pero ese fuerte no da al mar.

—Sobre todo en Irlanda, cuando se menciona la palabra acantilado se piensa en vistas al mar, pero no todos los precipicios tienen que dar allí, también los hay en montañas, fallas... Ya sé que el abismo de *Cahercommaun* da a un paraje boscoso y que los arqueólogos encontraron huellas de sus antiguos ocupantes que parecían ser agricultores y ganaderos pero, no sé… ¿Y si el relato que nos han contado ha ido transformándose con los años?, estaríamos buscando en un lugar equivocado.

—Solo hay una manera de comprobarlo —dijo Dago con decisión. Devolvió la Tablet a Ciara y sin decir más, llevó la mano a la llave para arrancar. Antes de hacerlo, miró por el retrovisor y entonces, le vio.

Allí estaba el mismo hombre del pub, el mismo hombre que había visto esa mañana cuando había salido a correr.

Dago procuró no hacer ningún movimiento brusco y arrancó. El hombre se precipitó en meterse en un coche que estaba aparcado sin quitar ojo al Land Cruiser.

—Ciara ponte el cinturón y sujétate bien —le dijo suavemente— no mires hacia atrás, limítate a hacer lo que estabas haciendo.

Ella obedeció sin rechistar. La imagen de su madre en la cama de un hospital magullada y herida la pellizcó dolorosamente y fue entonces cuando se dio cuenta del peligro que corrían.

Dago calculó a qué distancia estaban de él. No habría más de doce metros. Sin duda, el hombre esperaría que reanudaran la marcha, pero él tenía otros planes. El coche de ese desconocido estaba aparcado en línea y en el lado izquierdo de la calle, de modo que ese tipo tenía que hacer un par de maniobras para incorporarse a la calzada y el volante estaba en el lado contrario al que se situaba en España; un factor muy beneficioso en ese momento.

Dago retuvo el aliento para sujetar la adrenalina que comenzaba a explotar en sus venas y, sin pensárselo dos veces, metió la marcha atrás y aplastó el acelerador.

Ciara notó el cinturón en su pecho y se sujetó al asiento sorprendida por la dirección que había tomado el vehículo.

Todo pasó muy rápido, pero en ese corto espacio de tiempo, a Dago le dio tiempo a preguntarse una vez más si todo aquello era fruto de su imaginación o por el contrario, era real. No podía permitirse equivocarse, Ciara estaría en peligro. Si no era una mala jugada de su mente, no cabía duda de que se trataba de un miembro de los Kan Kral, y él, no iba a consentir que la hicieran daño.

Dago y Ciara no pudieron ver cómo el hombre mostraba cara de asombro ante el giro de los acontecimientos y cómo quedaba paralizado viendo cómo el Land Cruiser se acercaba a una velocidad vertiginosa.

Dago apretó más el acelerador y tuvo que sortear a una moto, que ignorante a lo que sucedía, se había metido en la calle.

Pisó más a fondo el pedal y se situó paralelamente al vehículo donde el desconocido quedó atrapado. Dago salió del coche, directo a la puerta del copiloto. El hombre ni siquiera había intentado huir al verse taponado por el todoterreno.

Dago abrió la puerta del vehículo y cogió al desconocido de la pechera arrastrándole hacia la acera. Sin mediar palabra le sujetó y le aplastó contra la pared de un empujón.

—¡¿Quién eres?! —le preguntó en inglés.

—¡No me hagas daño! —dijo el hombre en un perfecto gaélico. Gaélico antiguo.

Dago desconcertado por el empleo de aquella lengua, mermó la fuerza con la que le sujetaba.

—¡Mi nombre es Conall! Me envían para protegeros. Soy del Clan que da protección a Códice.

Dago frunció el ceño.

—Si eres de los nuestros, ¿por qué no te has mostrado antes?

El joven se chupó los labios nervioso. El puño de Dago se clavaba en su pecho oprimiéndole demasiado.

—Estaba esperando a saber qué rumbo ibais a tomar y si alguien os vigilaba. Mi abuelo os espera, sin él, es imposible que encontréis lo que buscáis.

—Tendrás que ser más convincente para que te deje libre.

El muchacho miró a Ciara que los observaba desde el interior del Land Cruiser con la ventanilla bajada.

—Mi abuelo y Áine fueron muy amigos. Llevamos años

ayudando a vuestra familia en la tarea de la búsqueda. Nosotros somos los responsables en el condado de Clare. Yo era el recepcionista del hotel donde os hospedáis.

Dago le escrutó antes de soltarle.

El muchacho respiró profundamente al verse por fin liberado de las tenaces manos de Dago.

—Ayer por la mañana recibimos el aviso de Ian anunciando vuestra llegada, en clave, claro. Tu padre no especificó a lo que veníais, pero cuando mi abuelo habló con Kael, parece que al viejo sí le quedó claro a lo que habíais venido a Irlanda. Yo estaba con él en ese momento, pero aun oyéndole hablar con tu abuelo, no entendí una sola palabra de lo que el mío dijo al tuyo en esa conversación —añadió.

—Mi padre me hubiese avisado de esa llamada que dices —replicó Dago.

—Ian no te ha avisado porque tenéis intervenidos los teléfonos, además, ¿qué te iba a decir?, ¿que ya había conseguido ponerse en contacto con el jefe druida del condado de Clare? Nos dijo que estabais avisados de que acudiríamos en vuestra ayuda.

Dago y Ciara se miraron unos segundos.

—Más vale que no mientas, porque vas a venir con nosotros. —Ciara habló por primera vez.

—Y vosotros más vale que creías lo que os he dicho, porque sin la ayuda de mi familia, no podréis llevar a cabo lo que habéis venido hacer aquí.

***

Ciara se pasó a los asientos traseros del Land Cruiser para tener vigilado a Conall que iba junto a Dago. No le quitaba ojo, y aunque intuía que el muchacho les había dicho la verdad, no podía evitar desconfiar de todo el mundo; era demasiado peligroso hacerlo.

Conall se giró hacia ella y sonrió.

—Mi abuelo tenía razón —le dijo.

Ella subió las cejas desconcertada.

—¿A qué te refieres?

—A nada, a nada.

El muchacho se ruborizó tenuemente. La mirada sin titubeos de Ciara le había hecho volver a la adolescencia, algo, que no pasó inadvertido para Dago.

—Debemos ir cerca de Doolin —señaló Conall—. Mi padre vive en Ballyvaughan y yo en Galway, pero mi abuelo vive allí. Desde

que Ian se pusiera en contacto con nosotros, mi padre está con él. Nos esperan.

—Doolin está cerca de, El Burren —susurró Ciara con un hormigueo en el estómago.

—Sí, así es —dijo el muchacho.

—Antes has dicho que tu abuelo y mi abuela habían sido muy amigos —le recordó ella.

Conall se acomodó en el asiento para mirarla más directamente.

—Mi abuelo y Áine se conocieron de niños. Sus padres compartían creencias, eran druidas. —El muchacho miró a Dago—. También los padres de Kael.

Dago le miró de reojo.

En la mente de Ciara, las historias que su abuela le contaba cuando vivió en Irlanda cobraron vida. Intentaba recordar alguna de cuando era niña y que hiciera mención a lo que el chico les decía.

—Después de que mi abuelo colgara el teléfono nos puso al tanto. —El muchacho siguió hablando ignorando las incesantes y desconfiadas miradas que le lanzaba Dago— ¡Es increíble que el Códice pueda estar en su lugar de origen! —Se volvió otra vez hacia Ciara—. Tú familia lleva buscándolo décadas, pero ni a ellos ni al Clan se les ocurrió que pudiera ser tan fácil.

—Quizá no lo sea —objetó Dago torciendo a la derecha, tal y como le había indicado Conall— ¿Estáis seguros que tenemos los teléfonos intervenidos? —Lo sabía por su padre, pero quería tantear a Conall todo lo posible.

Los ojos del chico se oscurecieron y giró la cabeza hacia la ventanilla.

—Por supuesto que estamos seguros. Tenemos infiltrados en su centro de operaciones y en Galicia también los hay, los hay en todo el mundo.

Ciara recordó que Ian les había advertido que no hablaran por el móvil por ese mismo motivo, y aunque sabía por su madre que había multitud de integrantes del Clan repartidos por todas partes, no se había detenido a pensar que muchos de ellos conviviesen junto a esos bárbaros. Lo tenía que haber imaginado.

Por su parte, a Dago no les gustó cómo dijo aquello, Conall.

—Sabemos eso, pero explícate —le pidió dejando estupefacta a Ciara. Fue demasiado brusco y Conall se volvió hacia él con un gesto sombrío.

—Desde que llegasteis a Galicia todo su operativo se ha reforzado, no os han quitado ojo de encima. Sabemos lo que esos

hijos de puta hicieron a tus padres. —Se dirigió a Ciara— Lo siento mucho. Desde que te instalaste han desplegado un operativo bestial. El intervenir los teléfonos es una nimiedad, aunque todos lo tienen pinchado.

—¿Todos? —Ella no entendió a quién se refería.

—A todo aquel que se ha puesto en contacto contigo. Lo han hecho otras veces. Nuestra gente siempre ha tomado parte en ese asunto para solucionarlo, pero esta vez van a tardar unos días, la tecnología que han utilizado es buena, y, además, están demasiado alerta… —Conall sorbió por la nariz con fuerza—. Espero que tu madre esté mejor, no puedo decir lo mismo de Róisín, uno de los integrantes del Clan que estaba infiltrada. —El muchacho apretó la mandíbula y pensó en los ojos castaños de la risueña muchacha, que con valentía, se había ofrecido para infiltrase en la maldita Orden— Róisín fue la que nos alertó de su operativo. También se puso en contacto con Ian y le ayudó a localizarnos. Desde que dejé la recepción del hotel no ha sido fácil encontrarnos, lo siento. Hemos tenido que cambiar de residencia un par de veces este año, tanto yo, como mi padre y mi abuelo. —Se giró de nuevo a la ventana— Eso es lo último que supimos de ella antes de que los nuestros la encontraran ayer por la noche medio muerta en la casa que tenía alquilada.

—¡Dios mío! —exclamó Ciara, horrorizada.

Al ver a la muchacha tan impresionada Conall omitió que Róisín había muerto a los pocos minutos de ser encontrada. Se giró hacia Dago.

—Tenemos que ir con cuidado. Son muy peligrosos —dijo.

El silenció gobernó unos minutos el coche. Ciara fue la que lo rompió. Tenían que cambiar de tema con urgencia antes de que los ánimos cayeran en picado y no fueran capaces de dar un solo paso más.

—Antes también has comentado que sin la ayuda de tu familia no podremos encontrar el túmulo. —Ciara lo sabía, eso era lo que les había dicho Ian, pero quería la confirmación por parte de Conall.

—Os dirigís al sitio original. Vuestra familia está al cargo de la búsqueda desde que el Códice desapareció y en el condado de Clare mi abuelo es el máximo responsable. Sin él, no podréis encontrarlo. Mi abuelo Sean no podía creer…

—¿Has dicho, Sean? —le interrumpió Ciara—, ese nombre se lo oí decir a mi abuela un montón de veces cuando me contaba historias de Irlanda cuando ella era niña. ¿Sean O´Lochlainn?

—Sí… —Dago frunció el ceño. Él también recordaba que su abuelo lo hubiese mencionado alguna vez.

Conall asintió complacido.

—Mi abuelo estaba colado por Áine, pero ella se fue a Galicia y él perdió la batalla —dijo el muchacho recuperando la jovialidad en el tono de su voz.

Ciara sonrió pensando en su abuelo Breixo.

—Cuando supo que veníais y, a lo que veníais, no se lo podía creer — Conall terminó lo que iba a decir antes.

—Imagino que ya será muy mayor —observó Ciara.

—Sí, está hecho un carcamal. —Conall sonrió mirando al vacío, pero su sonrisa se apagó de pronto— Sintió mucho la pérdida de tus abuelos, Ciara.

—Gracias —susurró ella sonriendo por cortesía— ¿Tú, tu padre cómo se llama?

—Dónovan. Todos formamos parte de los Protectores, pero el viejo, es uno de los más importantes integrantes del Clan, no solo de la Comunidad, de hecho, es el Jefe druida del condado de Clare. Pese a sus achaques, es incombustible —comentó con visible orgullo.

De nuevo, se quedaron en silencio unos instantes.

—¿Y qué es lo que te dijo Sean? —preguntó Dago mirando directamente a Conall que no pudo evitar encogerse por el escrutinio de su mirada.

—¿Qué?

—Lo que has dicho antes —contestó Dago con impaciencia— de que tenía razón o algo así.

El muchacho volvió a enrojecer.

—Bueno pues…

—Venga… no te cortes hombre —provocó Dago. Intuía por donde iban los tiros y apretó entre sus manos el volante mientras Ciara le miraba incrédula a través del retrovisor captándose de lo que estaba pasando.

—Cuando mi abuelo me pidió que os vigilara me dio una foto tuya —le dijo a Dago.

—¿Y de Ciara no? — preguntó él mirando al frente y achicando los ojos.

—No.

—Supongo que pensarían que viniendo juntos, donde estuvieras tú, estaría yo —terció Ciara.

Dago soltó una carcajada irónica. La mirada que Conall había dedicado a su chica nada más montarse en el coche era demasiado

conocida para él, y aunque sabía lo que Ciara era capaz de provocar en el género masculino, nunca había podido encajar que otros hombres la miraran con deseo.

—Déjalo Conall, no importa —dijo ella. Conocía muy bien a Dago y lo intimidante que podía llegar a ser.

—No, yo quiero oírlo —insistió éste.

Conall infló el pecho y subió tenuemente la barbilla.

—Me dijo que en el caso que no le viera a él —dijo el muchacho señalando con un gesto de cabeza a Dago para luego volverse hacia ella—, solo tenía que buscar a la chica más preciosa que hubiese visto nunca, con largos cabellos cobrizos oscuros y ojos azules como el mar de Irla…

—Vale —le cortó Dago—, ya la has encontrado.

Ciara sonrió a Conall y, agradecida por los bonitos cumplidos, le guiñó un ojo. Éste le devolvió una sonrisa tímida y se volvió a poner correctamente en el asiento mientras Dago, habiéndose percatado de ese gesto, intentó concentrase iracundo, en la carretera.

***

Según nos contó Conall, su abuelo, el ya anciano Sean O Ĺochlainn, vivía cerca de Doolin. Estaba impaciente por llegar y poder hablar con él.

Mis elucubraciones me habían dejado un rastro de ansiedad que no lograba sostener. Aunque ese chico enjuto y dinámico nos había asegurado que su abuelo nos iba a ayudar, no nos podíamos equivocar. Eso sería un gran retraso y no podía dejar de pensar que quizá, incluso el máximo responsable de Clare, estuviera confundido respecto a la ubicación del túmulo original. Quizá, era más acertado pensar que estuviera en El Burren…

La mención de este último lugar, hacía que me cosquilleara el estómago. El Burren era un lugar de gran interés arqueológico donde primaban las cruces celtas, las ruinas de la abadía cisterciense de *Corcomroe* y, tumbas megalíticas como el famoso dolmen de *Poulnabrone.*

—¿Podremos conocer los alrededores? —pregunté sin poder contenerme— Quizá el Códice no esté tan cerca de Moher como pensamos. He buscado todos los monasterios de esta parte de la isla y no encuentro nada que coincida. O es posterior o está demasiado alejado.

—¿Moher? —preguntó Conall, desconcertándome.

Dago me miró a través del retrovisor con semblante serio

durante unos segundos y me senté correctamente en el asiento tensándome bien el cinturón; al parecer la respuesta de Conall no solo me había sorprendido a mí.

El coche dio una sacudida y frenó en seco en la estrecha y desierta carretera.

Cuando me quise dar cuenta la mano de Dago estaba alrededor del cuello de Conall y le aprisionaba contra la ventanilla.

—Te voy a soltar poco a poco —le dijo— y quiero que pienses muy bien lo que vas a decirnos.

Conall asintió con los ojos desorbitados.

—Si eres un integrante de la Protección del Códice. ¿Cómo ignoras lo de Moher?

Después de unos segundos, Dago le soltó ligeramente para que pudiera hablar.

—¡Joder!, ¡estás loco tío! —exclamó el muchacho apartándose todo lo que pudo de él mientras frotaba su garganta dolorida.

Dago negó con la cabeza e intervine antes de que volviera a atraparle entre sus fauces.

—Conall, más vale que hables o no podré sujetarlo por mucho tiempo.

—Dejad, dejad que os explique —dijo sin dejar de frotarse la piel del cuello al tiempo que lanzaba una mirada asustada a Dago —. Sé a lo que te referías con Moher, ahora… —se dirigió a mí—, pero no puedo ayudaros en eso. Conozco la historia como todos la conocen en el Clan, —Esta vez miró a Dago con resentimiento— pero el conocimiento de dónde está ubicado el túmulo que guardó originalmente las Varas de Filí y los papiros antes de convertirse en Códice, no me ha sido revelado. Solo lo saben los que llevan mucho tiempo en la Comunidad, los *ancianos* y pocos más. Estoy seguro que vosotros os acabáis de enterar de todo esto ¿no es cierto?

Apreté los labios sintiéndome culpable.

—Sé cómo fue usurpado —continuó—, cómo fue trascrito. Que el túmulo se encuentra en el condado de Clare cerca de donde antiguamente se erigía un monasterio, pero nada más. No sabía que estuviera justo en Moher. —Cogió aire y lo soltó de una vez— ¿Estás contento con mis explicaciones? —Conall retó a Dago y pensé que no era buena idea hacer eso.

—No, no lo estoy —dijo éste con un gesto amenazador.

—Vamos Dago, creo que dice la verdad.

—Ella me cree. Es más lista que tú —dijo Conall con soberbia—. No os he mentido, joder —se quejó—, mirad—. El chico retiró el cuello de su camisa. Un Triskel adornaba su hombro—. Lo tengo

desde los catorce años.

La tinta era añeja. No era un tatuaje reciente, pero Dago no confiaba. Lo veía en sus ojos.

—Dago… —susurré.

Conall se irguió todo lo dignamente que pudo.

—Sigue las indicaciones —indicó—, y habremos llegado a la casa de mi abuelo. Allí están todas las respuestas.

***

La mitología irlandesa y lo que no era mitología…, había hecho que mi ya desarrollada y desmedida imaginación creara, que el anciano Sean tuviera que vivir en una cabaña en medio del bosque y, a tan solo unos pasos de ella, se encontrara un gran roble milenario contemplando a sus pies, como se levantaba un altar sagrado dedicado y adornado para los dioses.

Por supuesto no fue así y, cuando aparcamos el coche frente a una bonita casa en la que en su puerta lucía un alegre color rojo, mis pies aterrizaron en el suelo de sopetón; no obstante, no pude evitar decepcionarme un poco.

Con lo que no me decepcioné fue con el aspecto del anciano. Sean nos esperaba al lado de un fornido hombre junto a esa puerta roja.

Su cabello blanco hacia juego con una barba nívea que le llegaba hasta la mitad del pecho. Las entradas de su frente parecían una tonsura como las que antaño lucían los druidas; solo le faltaba la túnica, pues Sean iba vestido con una alegre camisa de cuadros y un pantalón vaquero.

—Bienvenidos —saludó cuando llegamos hasta ellos, el que supuse era Dónovan.

Dago y yo se lo agradecimos.

—Soy Dónovan O´Lochlainn, hijo de Sean y padre de Conall.

—Encantada —dije después de Dago.

—Ya lo hicimos con Ian —continuó—, pero queremos disculparnos también con vosotros. No ha sido fácil localizarnos. Las constantes mudanzas que hemos tenido que hacer este año han conllevado a que todo el mundo nos desubique. Si no hubiese sido por la pobre Róisín no hubiésemos sabido que veníais.

Me percaté que el anciano me escrutaba con curiosidad, pero cuando Dago posó su mano en mi hombro, sus ojos se giraron hacia él y ya no los movió.

***

La casa era realmente acogedora, con un aroma a hierbas y a tabaco de pipa que me reconfortó y me hizo sentir cómoda en cuanto entré.

Tras recorrer un pasillo de coloridas baldosas, entramos en la estancia principal cruzando una puerta acristalada. En el hogar de grandes dimensiones, un vigoroso fuego lamía unos robustos troncos calentando el salón. Frente a él, había dos sillones de piel y un sofá que parecían muy confortables. Al lado de uno de los sillones, una mesa baja sostenía una lámpara que en ese momento permanecía apagada junto a un cenicero y un libro abierto.

Una de las paredes estaba salpicada de fotografías, algunas en blanco y negro enmarcadas en delgados marcos. Otras imágenes eran retratos a carboncillo. También había paisajes que reconocí como parajes irlandeses. La otra pared estaba forrada en su totalidad con una estantería llena de libros que captó mi atención en cuanto vislumbré unos cuantos tomos de mi inclinación literaria; contuve las ganas de acercarme a curiosear.

—¿Os apetece un té? ¿Una cerveza? —preguntó Dónovan.

—Té por favor —contesté dando un suave codazo a Dago.

—Para mí cerveza, gracias —reaccionó.

—Sentaos al lado de la ventana, tomaremos el té y las cervezas más cómodamente allí que aquí —sugirió girándose hacia al otro lado del salón donde una mesa de recia madera nos esperaba y una tetera caliente y unas tazas aguardaban.

Dago y yo nos dirigimos hacia allí con Sean. Mientras, Conall nos adelantó, cerró los postigos de la ventana y encendió una cálida luz que iluminó la estancia.

Antes de que tomásemos asiento, Dónovan ya estaba allí con las cervezas, dio una a Dago, otra a su hijo y cogió la tetera para servir el té.

—Papá, me gustaría que le explicases…, —Conall paró un momento deteniendo sus ojos en Dago— que les explicases —rectificó—, cuál es nuestra misión en todo esto. Creo que se quedarán más tranquilos.

Dónovan nos miró como si fuéramos niños pequeños y sonrió.

—Conall, es normal que desconfíen, nosotros también lo hacemos —le dijo. Después se dirigió a mí directamente—. Siento mucho lo del accidente de tus padres. Sé que tu madre está mejor, Kael se lo dijo a mi padre. Comentó que ya empezaba a recordar y

que estaba bastante preocupada por vosotros. Ella no sabía que veníais en su lugar.

—Gracias, sí, está mucho mejor.

Mis ojos rodaron sin poder evitarlo hacia Sean. Él anciano no desprendía la mirada de Dago.

—Así que usted fue amigo de mi abuela y de Kael —le dije. No me había percatado hasta entonces que le faltaba la oreja izquierda.

Sean posó por primera vez sus ojos en mí desde que entramos a su casa.

Me estudió dueño de la prerrogativa de quien ha cumplido muchos años, como solo alguien de su edad puede hacerlo sin que parezca una falta de cortesía, y después de hacerlo, sus labios se despegaron levemente y suspiró con lentitud.

—Eres tan igual a Áine…

Sonreí con timidez y entonces me expliqué el comentario tan empalagoso para describirme ante su nieto.

—Tu abuela se fue de Irlanda dejando un gran vacío en estas tierras, y para qué negarlo, en mi corazón, pero era su sitio estar allí, donde al final, el Códice ha descansado durante mucho tiempo. Kael siempre la ayudó en ese trance.

—Así es —le dije—, pero alguien indeseable perturbó ese descanso, y de paso, arrebató la vida de mi abuelo.

—Lo sé niña. Cuando pasó aquello, todos en el Clan nos movilizamos. Fue un suceso terrible. Hacía mucho tiempo que los Kan Kral no mataban. Siento mucho que lo hicieran cuando el Códice era custodiado por tu familia.

—Lo han vuelto a intentar —repuse amargamente.

—Pero no lo han conseguido —replicó Sean—. Tu madre tiene la admiración de todos nosotros, de todos y cada uno de los integrantes del Clan. Todos estos años ha demostrado su valentía al hacerse cargo de algo que está rodeado de una peligrosidad demasiado alta. Tiene nuestro más absoluto respeto, un respeto que ahora también tienes tú. Que tenéis ambos —añadió mirando a Dago.

—Sean… —La voz me salió en un susurro— En nosotros ha recaído la responsabilidad de rescatar el Códice, una misión que como usted ha dicho, habían llevado a cabo mis padres durante muchos años. Ahora somos nosotros los que estamos aquí, supliendo a los verdaderos buscadores sin saber si el manuscrito está o no en el túmulo funerario donde comenzó todo. Lo que tenemos son suposiciones y hemos apuntado a todos los lugares en los que puede hallarse el *sid*, guiados por los relatos que nuestra familia nos ha

confiado, pero nada corresponde. Estoy, estoy muy confusa.

—No te preocupes Ciara, estamos aquí para ayudaros —terció Dónovan.

—Sí, no te preocupes —secundó el anciano tocando con los dedos su taza de té—, aunque al veros, ahora sé, que aunque yo no os guiara al lugar donde está ubicado el *sid*, lo encontraríais de todos modos y si no me equivoco, eso es lo que también pensó Kael al enviaros aquí. —Sean cogió una pipa de madera que estaba apoyada en un cenicero y se la puso entre los labios sin dejar de clavarnos su mirada gris.

***

Me había equivocado.

Dago no empezó a confiar en los O´Lochlainn, hasta bien entrada la tarde. Fue después de que Sean comenzara a relatarnos múltiples batallitas en las que estaban involucrados Kael y mi abuela; muchas de ellas las conocíamos.

El anciano y Dónovan se acostaron pronto y nos aconsejaron que nosotros también lo hiciésemos, pero Conall nos sirvió unas humeantes tazas de chocolate caliente y no pudimos declinar su invitación; lo tomamos frente al acogedor fuego. Al ratito, apareció con un grueso libro cuyas tapas estaban gastadas por el uso.

—Os traigo algo. Seguro que os gusta.

Dago y yo nos miramos y sonreímos. Conall parecía un niño pequeño.

—Abridlo —nos pidió poniéndolo frente a nosotros.

Con cuidado, cogí la vieja tapa y lo abrí. Era un álbum de fotos. Fotos antiguas en blanco y negro. En algunas de ellas, varios niños de distintas edades jugaban con palos de madera mirando a la cámara. Fui pasando las páginas y en ellas, varias fotografías ofrecían a gente desconocida posando sonrientes y paisajes maravillosos de la vieja Irlanda. Los niños de antes, volvieron a aparecer, esta vez más cerca y ya con más edad. Eran cuatro, tres chicos y una chica. Ella a diferencia de los varones, miraba a la cámara descaradamente. Achiqué los ojos al verla y sonreí abiertamente.

—No me lo puedo creer… —susurré.

—Ni yo tampoco —añadió Dago señalando a uno de los chicos que sonreía.

—Sabía que los ibais a reconocer. —Conall sonrió con satisfacción— mirad, ese de ahí es mi abuelo —dijo señalando al

chico que llevaba a Kael encima de sus hombros. Comprobamos que así era—. El que está con tu abuela y agarra su falda es mi tío abuelo, Michel. No sé dónde vive. Es de la edad de Kael, creo que se llevan con mi abuelo cinco años.

—Mi abuela también era cinco años mayor que Kael. Mira, aquí son unos críos —reí.

—Sé por mi padre que fue un chico muy complicado, muy violento. Aun así, de pequeño no se separaba de Kael.

—Nunca he oído a mi abuelo hablar de él —terció Dago—. En cambio de Sean, sí.

—Es increíble —dije mordiéndome el labio cuando vi otra imagen en la que Kael ya era más mayor—. Dago, eres igual que tu abuelo cuando era joven.

—¡Y mira, Ciara! —Conall pasó una página del álbum y mi abuela Áine apareció montada en una moto. Tendría dieciocho años y Sean iba detrás de ella; la miraba con devoción.

—Tu abuelo tiene cara de hambre —bromeó Dago.

—Ya te dije que estaba colado por ella —dijo Conall entre risas —. Mirad estas otras, aquí están en El Burren.

Me erguí en el asiento.

—El Burren… —susurré.

—Sí. Es un lugar muy peculiar —siguió hablando Conall—, la zona se extiende en trescientos kilómetros cuadrados, dentro de los cuales ahora se encuentra el *Burren National,* designado Parque nacional. En el pueblo de Kilfenora hay una gran cantidad de cruces celtas, y también está *Cahercommaun*, una fortaleza al borde de un...

—¡Precipicio! —exclamé en un impulso.

Conall me miró con diversión y después su mirada se desplazó a la puerta por donde habían desaparecido Sean y Dónovan.

—Lo siento —me disculpé por el grito que había dado.

—No pasa nada. Ya veo que sabéis mucho.

Dago me miró y sus ojos me sonrieron.

—Cuando los campos intensamente verdes comienzan a tornarse áridos y pedregosos, y surgen las enormes extensiones de piedra caliza surcadas de grietas, que los irlandeses llamamos *'grikes',* adornando con su escasísima vegetación los suelos de piedras irregulares, se sabe que estamos dentro de, El Burren —relató Conall apasionadamente.

—Es increíble, parece que este sitio no pertenezca en Irlanda, que mires por donde mires, es un mar verde —observé pasando el dedo por la foto— , es tan diferente…

—Lo es, es un sitio bello pero inhóspito. Mira, aquí están los tres

juntos. —Conall señaló una foto en la que Kael, Sean y mi abuela miraban algo con el gesto serio.

—¿Qué hacen? —preguntó Dago adelantándose a mí.

—No sé, observan el horizonte. A saber lo que estarían mirando.

Pasamos otra página y el mismo gesto que tenían nuestros abuelos en la anterior foto, se nos puso a nosotros.

En la imagen todavía no había salido el sol, pero su silueta no dejaba lugar a dudas. El dolmen de *Poulnabrone* se erigía callado y lúgubre en aquella basta inmensidad. Pese a sus aproximadamente seis mil años de antigüedad, se encontraba en perfecto estado de conservación.

Sin saber por qué, mi corazón comenzó a latir con fuerza, quizá porque sabía que esa antigua maravilla del periodo neolítico albergaba debajo de sus piedras, un túmulo funerario.

—En más de una ocasión han usurpado ese sitio sagrado.

Todos nos giramos hacia la voz que había surgido a nuestra espalda. Sean estaba apoyado en el quicio de la puerta y daba golpes en su mano con la pipa de madera.

—Ahora lo han convertido en una atracción turística. —El anciano hablaba en un gaélico claro e hipnótico— Los que un día excavaron, descubrieron los restos humanos de nuestros antepasados y sus pertenecías, que ahora, se exponen en diversos museos. Pero para nosotros ese lugar es más importante que todo eso. Para los que conocemos El Saber. Ahí, se celebraron rituales, ceremonias para bendecir nuestros cuerpos, para honrar a nuestros dioses…

Sean cerró los ojos con gesto cansado y los demás nos mantuvimos en silencio sin atrevernos a romperlo.

—Cuando Alana y Brian se fueron de Irlanda llevándose consigo a su hija —continuó hablando sin abrirlos—, todos en mi familia ya intuíamos que Áine, aquella muchacha de largos cabellos ondulados, llevaba en su sangre puros signos del pasado, signos… que luego la convirtieron en una buena druidesa. —En ese momento los abrió posando sus pupilas directamente en mí—. Ahora sigue habiendo druidas, pero como podrás imaginar, no son como los de antes. Tu abuela poseía esa sangre, la de antaño, y eso, lo demostró después.

Sean fue a un sillón frente al hogar y se sentó en él con lentitud.

—Cuando conoció a Breixo —continuó—, mis esperanzas con ella se perdieron. Entonces, Kael vino a verme y ‘de algún modo’, a consolarme. Sabía que estaba terriblemente enamorado de ella. —Sean suspiró con nostalgia—. Era un buen amigo, lo sigue siendo…

—Miró un momento a Dago y puso la pipa sin encender entre sus finos labios, chupó la boquilla y la volvió a coger entre sus dedos para dejarla allí—. Todo pasó, el terrible desamor curó y conocí a Fíonna, la madre de mis hijos, y la que fue, el gran amor de mi vida. Ahora ya no está conmigo, pero los años que estuvo junto a mí, fueron los más felices que he vivido.

Sean paró un momento de hablar y pensé que había terminado, pero no fue así.

—Áine y Breixo volvieron a Irlanda un tiempo. Tu madre era muy pequeña. Vinieron acompañados de Alana y Brian, pero tuvieron que trasladarse a Escocia por culpa de la secta. Cuando se calmaron las cosas, volvieron a San Andrés y ya solo acudieron aquí de visita. Nunca se desvincularon de la isla, el lugar que la vio nacer. Pero su sitio estaba en Galicia. Allí vuestros antepasados fueron llamados por la tierra y encontraron el lugar que muchos druidas buscamos durante toda nuestra vida. Lo dije en su día y hoy lo mantengo, esa tierra estaba destinada a guardar el Códice mientras…, lo demás esperaba. —Sus últimas palabras fueron un susurro y me di cuenta que tanto Dago como yo habíamos dispuesto nuestros cuerpos hacia delante para oír mejor al anciano—. Tu abuelo viajó con ellos —dijo mirando a Dago—. Kael y Áine parecían tener un vínculo especial que evitaba que pudieran separarse. En fin…, yo iba anualmente a la convocatoria de Samhain, pero llevo unos años, que no he podido acudir pese a ser quien soy para la Comunidad de Clare. Por diversos problemas que se han presentado, no he podido estar presente… —El anciano se acomodó en el sillón—. Vosotros debéis cumplir con la misión que os ha sido encomendada —continuó Sean con severidad—. Erin, la hija de Áine, es la principal buscadora, pero las malas artes de la secta han impedido que siguiera ejerciendo su labor. Ahora esa responsabilidad ha recaído en vosotros. Tú Ciara, nieta de la jefa druidesa que precedió a Kael, te has convertido en la máxima responsable de esa hazaña, y tú… Dago, nieto del actual jefe druida del Clan, descendiente de guerreros celtas, cuyo lazo irrompible con la familia de Ciara ha perdurado en el tiempo, deberás ser el guía que lleve a encontrar lo que nuestros antepasados una vez tallaron en unas finas Varas de avellano y, de lo que muchos otros plasmaron sobre finas pieles de ternero recién nacido. En ese codiciado manuscrito, se encuentran escritos malditos, versos que cambian la condición humana, pero también se encuentra lo más importante para nosotros: El Saber de los druidas, un Conocimiento que antaño pasaban oralmente y que se tardaba en aprender más de

veinte años, pero que ahora, se plasman en esas vitelas a merced de cualquiera que lo posea, hecho, que tenemos que evitar a toda costa por el peligro que conlleva, puesto que está junto a textos que empañan su virtud. Te puedo asegurar, muchacho, que sin ti, nieto de mi querido Kael, esta labor es imposible.

Conall y yo miramos a Dago después de que Sean pronunciara aquellas palabras. Éste miraba sin parpadear al anciano como si entre ellos se hubiese establecido un vínculo inquebrantable.

—Me voy a la cama muchachos —dijo de pronto el abuelo de Conall—. Como os he dicho antes, vosotros deberíais hacer lo mismo. Es tarde y nos levantaremos en pocas horas.

—Sí, eso haremos —susurré sin dejar de mirar a Dago que no desprendió su mirada del anciano hasta que éste desapareció de su vista.

***

Todavía era de noche cuando unos suaves golpes me despertaron. Parecía que hacía tan solo un momento que me había dormido.

—Ciara, Dago, es la hora —susurró alguien detrás de la puerta.

Miré a la otra cama de la habitación donde nos habían acogido. Dago dormía profundamente y me mordí el labio.

Me encantaba verle dormir, me encantaba todo él. Todavía me cosquilleaba el estómago cuando recordaba el contacto de su piel, cómo habíamos vuelto a estar juntos…

Suspirando como una colegiala, me acuclillé a su lado y le llamé con suavidad.

—Dago…

Se removió y se puso boca arriba.

Sonreí como una tonta y le volví a llamar.

—Tienes que levantarte —le dije un poco más alto.

Dago abrió los ojos y cuando se encontraron con los míos me ofreció una sonrisa somnolienta.

—Buenos días —musitó.

—Mejor di buenas noches —le corregí mirando a la ventana donde la oscuridad era omnipresente.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Miré la pantalla del móvil.

—Casi las cuatro de la madrugada —dije arrastrando las palabras—. Anda, levántate, nos esperan.

***

Conall no se despegaba de nosotros. Parecía que entre él y Dago ya habían pasado los malos rollos y ahora entre ellos había surgido una de esas conexiones masculinas en las que las mujeres estamos totalmente vedadas.

—¿Sabes dónde vamos? —le preguntó.

—Por el camino que estamos tomando, creo que sí, pero no estoy seguro —contestó dejándonos más intrigados aún.

Íbamos andando, nos habíamos adentrado en el espeso bosque que lindaba con la casa de Sean. El anciano encabezaba el grupo seguido por su hijo Dónovan y solo nosotros hablábamos de vez en cuando.

No sé el tiempo que estuvimos caminando, pero pensé que si en ese momento nos dejaban solos a Dago y a mí, no sabríamos salir de aquel boscoso lugar en el que ni el cielo se vislumbraba.

—¿Qué tal vas? —me preguntó Dago.

—Bien ¿Y tú?

—Bien, bien, debemos estar a punto de llegar.

—¿Cómo lo sabes?— susurré con curiosidad.

—Mira. —Dago indicó con la cabeza a una zona del bosque en la que los árboles estaban más separados.

En efecto, casi habíamos llegado. No habrían pasado más de cinco minutos desde que Dago dijera aquello, cuando Sean y Dónovan pararon y se volvieron hacia nosotros.

—Hemos llegado —dijo con solemnidad el anciano.

Comencé a sentir la fuerza que emanaba de aquel lugar. Sin saber por qué, busqué a mí alrededor y mis ojos se pararon en los diversos robles que parecían mirarnos como guardias protectores.

Comenzaba a amanecer y todo parecía salido de algún sueño donde no hubiese estado de más, un unicornio pastando y desplegando sus alas.

—Ha llegado el momento —dijo Sean sacándome de mis locas invenciones.

Me hubiese gustado preguntar pero no me atreví. Dago tampoco lo hizo; era como si supiera qué hacíamos allí, de modo que me mantuve callada.

Dónovan sacó una serie de cosas de una vieja mochila que había cargado todo el tiempo en su espalda y se acercó a su padre.

—Purificación —susurró Dago sin dejar de mirar a Sean.

—¿Qué?

—Así es —dijo el anciano clavando su mirada gris en él—.

Entrar en un túmulo es abrir una puerta al Más Allá. Para que no sea una ofensa, debéis estar purificados. Hoy aquí, vamos a celebrar un ritual de purificación.

***

Tras honrar a las deidades correspondientes, Sean dijo unas palabras con suma concentración. Después, nos envolvió entre humo y agua para continuar hablando durante largo rato en tono solemne.

Ya había despuntado el día cuando terminó el ritual agradeciendo a los espíritus y a los dioses su asistencia.

—Ha sido increíble —dije con sinceridad. Hacía mucho tiempo que no sentía tanta paz.

—Debemos ir a los acantilados —susurró Dago, luego añadió algo que no entendí.

Sean se aproximó a nosotros de nuevo impidiendo que le preguntara qué había dicho.

—Ahora estáis preparados. Los *Aille an Mhothair,* os esperan.

***

La estrecha carretera ponía a prueba mi paciencia. Una impaciencia que apaciguaban las maravillosas vistas que ofrecía el paisaje que las rodeaba.

Como era de prever, no íbamos solos. Coches repletos de turistas iban hacia los acantilados ávidos de conocer su impresionante magnitud.

Sean y Dónovan iban delante de nosotros en su coche, por lo que no pude preguntarle si el túmulo se ubicaba cerca de la zona turística.

Esperaba que no, por supuesto, sino, iba a ser muy difícil acceder a él sin ser visto, además, no recordaba haber observado ningunas ruinas de un monasterio por esas inmediaciones. Estaba el mirador, con la torre O 'Brien y otros sitios que habían adecuado para las visitas, pero no podíamos olvidar que los acantilados se extendían en ocho kilómetros, los cuales, podían albergar el túmulo oculto en cualquier parte.

Hubo un momento que la carretera se bifurcó y tanto Dónovan como nosotros tomamos el camino distinto al que tomaban los demás coches. Un camino por lo que pude comprobar en mi Tablet, no existía en el Google maps.

Parecía que nos alejábamos de nuestro destino, y desconcertada, miré a Dago que desde que habíamos salido del bosque no había emitido más que un par de frases. No quise dar importancia a su súbito mutismo. Imaginé, que estaba tan impresionado como yo por todos los acontecimientos, además, ya teníamos a Conall que no paraba de hablar.

—¿Dónde van? —pregunté mirando hacia atrás.

—Tranquila, seguro que vamos bien —repuso Dago.

—Pues yo no estoy tan seguro… —terció Conall.

Preferí no dar mi opinión.

Al poco tiempo, fuimos aminorando la marcha hasta que los coches se detuvieron.

—Me parece que a partir de aquí, iremos andando —susurró Dago.

Todos nos bajamos de los coches. Dago sacó del maletero material de montaña y se lo cargó todo a la espalda rechazando que le ayudara.

Me encontraba inquieta y busqué su mano. Él la sujetó firmemente calmando un poco mis nervios.

—Seguidme —dijo al fin el anciano.

Nos adentramos en la extensa llanura. El verdor y la quietud que allí reinaba consiguieron relajarme, pero pareció ejercer el efecto contrario en Dago que comenzó a mirar a un lado y a otro incesantemente.

—¿Estás bien? —le pregunté.

No me contestó y siguió andando mientras sujetaba mi mano con demasiada fuerza.

—Eh, tranquilo —le dije—. ¿Qué te pasa?

Dago siguió sin contestar tirando de mí, entonces cuando ya había perdido la noción del tiempo, apareció ante nosotros un pequeño bosque que me pareció irreal. Nos sumergimos en él y, cuando estaba a punto de declarar que no estaba muy convencida de que fuésemos por el camino correcto, Dago se detuvo. Los demás lo hicieron a los pocos segundos. Un sonido inconfundible y sobrecogedor llegó hasta nuestros oídos y me acerqué instintivamente a él.

Frente a nosotros se extendía un calvero tenuemente elevado. El viento nos daba de lleno haciendo que nuestras ropas se sacudieran y se impregnaran del olor a salitre. A cientos de metros, se adivinaba la enorme inmensidad que acompañaba a aquel sonido familiar que me puso el vello de punta.

—Hemos llegado —declaró Sean.

Volví a mirar a mí alrededor sin ver nada distinto a lo de antes. Di unos pasos desasiéndome de la mano de Dago y entonces cuando me volví hacia él, lo vi.

Dago estaba mirando al suelo. Su mirada estaba fija en algo que seguí con la mía. Sus pies se posaban sobre una loseta que no tenía nada que ver con aquel paraje.

Comencé a moverme cuando me oí a mí misma jadear de la sorpresa.

—¡El monasterio! —exclamé.

Estábamos sobre las ruinas del antiguo cenobio que no se reflejaba en ningún mapa.

Sin duda, la extensión de la elevación rocosa en la que nos encontrábamos había albergado alguna vez una abadía, pero el paso del tiempo y la fuerza de la vegetación, habían comido mucho terreno al lugar donde se había levantado la edificación.

—Aquí estaba la iglesia —dijo Dago que se había puesto en cuclillas y tocaba el suelo con la mano. De pronto subió el rostro y miró al frente—. Allí el claustro y allí… —señaló con el dedo—… la sala capitular. Lo demás, lo tapa la hierba.

Subí las cejas sorprendida.

—En este lugar fue creado el Códice —dijo Sean. Aquí nuestro Saber fue pasado a ricas vitelas. Aquí vivió el novicio que sacó toda aquella riqueza del *sid*.

Dago se puso en pie y se giró hacia los acantilados. Sus cabellos se movían enloquecidos.

—Aquí acaba nuestra misión. A partir de ahora debéis ir solos —dijo el anciano quedándome boquiabierta.

—Es una broma, ¿verdad? —pregunté.

—Os hemos traído al lugar que debíamos, nosotros no podemos ir más allá.

—¡Pero nosotros no sabemos dónde está el túmulo! —Miré a Dago buscando su complicidad y me exasperé cuando no la encontré. Seguía absorto mirando hacia los acantilados.

—No debes inquietarte, lo encontrareis —me intentó tranquilizar, Sean.

—Pero los acantilados son enormes. Ese no era el plan. No sé… esto es una locura —repliqué—. Dago… —le llamé sin éxito.

Iba a ir hacia él cuando se volvió hacia nosotros, pasó por mi lado y se situó frente al anciano.

Éste le observó con serenidad. Cogió su antebrazo y Dago cogió el suyo en forma de saludo. Después de mirarse largamente sin emitir palabra, hizo lo mismo con Dónovan y Conall que nos miraba

perplejo.

El antiguo amigo de mi abuela se acercó a mí y puso su mano en mi hombro.

—Id en paz.

—Sean… —comencé a decir, pero él me impidió que continuara.

—Déjate llevar por lo que te rodea, recuerda las enseñanzas de Áine, penetra en la naturaleza, escucha… Tú sabes hacerlo, Ciara.

Increíblemente, sus palabras fueron como un ensalmo.

Después de despedirme de todos, me acerqué a Dago que con paso firme y sin mirar atrás, comenzó a andar hacia el abismo.

***

El negro de la roca de los acantilados se fusionaba con el verdor de la hierba y el azul del mar.

No estábamos en el punto más alto del escarpado, pero no por eso dejaba de impresionarme, sobre todo, porque en esa zona no había protección alguna y el traicionero viento podía hacernos caer al precipicio. La zona turística quedaba muy alejada del punto en el que nos encontrábamos. Eso me relajó. Aunque al lado de esos farallones éramos como unas insignificantes hormigas, no me hubiese gustado que alguien viera lo que estábamos a punto de hacer.

—Ten cuidado, Dago —le advertí cuando se acercó demasiado al borde.

—No te preocupes —dijo examinando el terreno—. La entrada que buscamos está oculta en la pared del acantilado. Se giró a la izquierda y avanzó unos quince metros, de pronto se detuvo y se quitó la mochila.

—¡Ayúdame, Ciara! —gritó compitiendo con el viento.

Me agaché junto a él y comenzó a preparar el material.

Hacía mucho que no rapelaba, casi cinco años, y no había reparado e imaginaba que Dago tampoco, en que quizá todo lo que una vez él mismo me enseñó, había caído en el olvido.

—Ponte esto —me indicó sacando el arnés y las cuerdas, los mosquetones, ochos, aseguradores y demás.

—Dago, no sabemos si el *sid* está en este punto. Sigo pensando que es una locura —dije casi gritando. El ruido de las olas chocando contra los farallones, sumado al viento, impedía que pudiéramos hablar con normalidad.

—No sé cómo, pero sé que estamos muy cerca.

—Está bien —musité poniéndome de pie para engancharme las

cuerdas.

Dago me revisó a conciencia. El arnés me apretaba, me sentía torpe y robótica y, mi corazón había comenzado un ritmo trepidante.

El borde del risco quedaba justo debajo de mis pies y, el vacío hizo que me mareara. Di un par de pasos hacia atrás y me agaché encogida.

—No puedo hacerlo —susurré— no puedo, no puedo.

Había hecho rápel muchas veces, pero nunca a esa altura y en esas condiciones en las que el viento azotaba con tanta furia. Además, el paso del tiempo había hecho que perdiera práctica y me sentía muy insegura. Pensar que iba a colgarme de aquellas rocas inmensas con el mar rugiendo debajo de mí, me causaba vértigo, espanto, auténtico terror.

La mano de Dago apareció debajo de mi rostro y agarró la mía con firmeza. Cerré los ojos y no me dejé mover del sitio.

—¿Estás preparada?

No quería admitirlo, pero era más que evidente que estaba aterrada.

Subí la vista hacia él y le encontré mirándome con preocupación.

—Estás temblando, Ciara.

—Estoy bien —mentí—, solo necesito unos minutos, eso es todo. Hace mucho que no hago esto.

—¿No has hecho rápel en todo este… tiempo?

—Lo cierto es que no.

—Eras buenísima en esto, por eso he dado por sentado que no tendrías problemas, pero no tienes por qué hacerlo. Lo haré yo. Admito que no son las mejores condiciones.

—No. —Mi negativa fue inmediata, no iba a dejar que Dago bajara solo y mucho menos que se metiera en el *sid* sin saber en qué estado estaba aquello, ni lo que había allí dentro.

Me levanté resuelta y recurrí al valor, que recóndito, se resistía a dar la cara.

—Vamos. Ya estoy bien, te lo he dicho, necesitaba un momento.

Dago curvó sus labios hacia arriba y ese ínfimo gesto, acabó de insuflarme la entereza que necesitaba.

***

Él bajó primero. Yo desde arriba observaba con detenimiento cada movimiento que hacía.

Después de descender un tramo, señaló un saliente que estaba a unos cinco metros de donde estaba colgado y que era casi invisible desde el borde del risco. Dicho reborde albergaba con facilidad a tres personas y no estaba muy alejado del lugar por donde habíamos comenzado el descenso.

Dago bloqueó la cuerda y fue desplazándose hacia allí caminando con lentitud por la pared. Con dificultad desde mi posición, vi cómo se apoyaba en el resalte y se aseguraba una cuerda corta metiendo un punto de sujeción en la roca.

Después de hacerlo, me indicó que bajara. Seguí cada paso, cada indicación que me daba, intentando no pensar en lo que había debajo de mí e imaginando que estábamos en uno de aquellos barrancos en los que había rapelado siempre y que ahora, me parecían ridículos comparándolos con el espectáculo que ofrecían los acantilados.

Apoyé el pie en la roca y fui bajando despacio.

—Lo estás haciendo muy bien —gritó Dago por debajo de mí—. Ahora ten cuidado, la pared se adentra y vas a tener que permanecer colgada sin apoyo hasta que vuelvas a encontrarlo.

Comprobé por mí misma lo que Dago acababa de advertirme e inspiré hondo para prepararme. Solté un poco más de cuerda y mi cuerpo quedó suspendido a cientos de metros del mar. De pronto, una fuerte ráfaga de viento me empujó y comencé a balancearme sin control quizá, impulsada por mi propio sobresalto. Dago tensó mi cuerda hasta lograr que cesara el movimiento y siguiendo las nuevas instrucciones que me daba, logré encontrar el tan anhelado apoyo.

Lo hice bruscamente y la sacudida me aturdió transformando el grito que había contenido en un bufido, cuando sentí en mi mejilla la fría piedra.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí. —Asentí con la vista nublada.

—No vuelvas a hacer eso —me regañó con severidad.

Volví a asentir, esta vez por inercia. Ni siquiera sabía qué había hecho.

Cuando llegué hasta él, me temblaba todo el cuerpo. Dago me abrazó unos instantes y me permitió unos minutos para sosegarme antes de seguir.

—¿Por qué nos hemos detenido aquí? —quise saber.

—Mira el resto de la pared. Es el único sitio dónde nos podemos apoyar. Si repasamos el relato que nos contaron, tenemos que deducir que la entrada del *sid* que estaba en la pared de la roca no

podía estar demasiado lejos del borde del risco.

—Es cierto… —sopesé.

—El paso del tiempo y las condiciones meteorológicas habrán desgastado la roca convirtiendo la accesible, aunque ardua bajada que sería entonces, en algo difícil rozando lo imposible, ahora. Esto, —dijo señalando al saliente donde nuestros pies se posaban— es lo único que tenemos. Mira a tu alrededor.

Lo hice, y no encontré nada. Dago tenía razón, las paredes de ambos lados casi rozaban la verticalidad absoluta formando una línea perpendicular con el horizonte. Solo en ese punto existía ese bulto en la montaña donde ahora estábamos.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien.

Dago me dedicó una sonrisa llena de orgullo.

Preferí no mirar hacia abajo, el mar chocaba contra las grandes rocas y a cada embestida, agua del mar revuelto llegaba hasta nosotros en forma de lluvia inversa.

Comenzamos a palpar la pared, examinándola con paciencia palmo a palmo.

Llevábamos mucho tiempo haciéndolo sin resultado.

—Maldita sea, tiene que estar aquí —gritó Dago sin dejar de buscar.

—Puede que no sea el lugar —le grité soltándome de la roca para tocar su hombro y que me mirara. Una sensación de vértigo me sobrevino y me agarré a un pequeño saliente con firmeza. Cuando lo hice, noté que vibró debajo de mi mano.

—Dago… —musité moviéndolo de un lado a otro— ¡Dago! —grité esta vez— ¡Se mueve!, ¡se ha movido!

Con cuidado de no resbalar, logramos sacar la piedra encajada en la roca.

No fue fácil. Íbamos dejando los pedruscos que sacábamos encima del saliente que cada vez se hacía más estrecho. Era evidente que si ese era el sitio, tendríamos que tapar de nuevo la entrada cuando hubiésemos salido. El lugar sagrado no podía dejarse de otra manera.

No sé el tiempo que llevaríamos allí cuando por fin, pudimos hacer un boquete lo suficientemente grande como para pasar.

La sangre se agolpaba en mis sienes y tenía los dedos doloridos. Aun así, la emoción me inundó cuando Dago enfocó con su linterna a una de las paredes de aquel negro agujero y discernimos una hermosa y perfecta espiral celta.

Habíamos encontrado el túmulo.

***

Allí dentro era difícil respirar. Olores que no distinguí se mezclaban entre sí dificultando nuestra respiración.

En el corredor del túmulo las paredes estaban labradas con bellas formas, con signos hermosos, signos celtas, símbolos de los antiguos druidas. Recorrí con el haz de luz toda la pared y encontré algo que me sobrecogió.

—Eso debe de ser la entrada por la que se accedía desde arriba —aventuré—. Está sellada.

Más adelante, vimos cómo el corredor se estrechaba invitándonos a entrar en una gran oquedad oscura y circular. Cuando entramos a la cámara funeraria, fue como si entráramos en un mundo paralelo. Era increíble como un lugar así, había sido creado en las entrañas de la enorme roca, pero así era, y ahora estábamos dentro.

Apuntamos con las linternas al techo. Una bóveda imposible hecha de rocas contrapeadas cubría nuestras cabezas. Me maravillé cómo el ser humano había sido capaz de hacer aquello y que todavía después de tantos siglos, pudiera mantenerse intacto. Al contemplarlo, supe que, además de adentrarnos en la roca lateralmente, lo estábamos haciendo hacia abajo; la altura del techo de aquella 'sala', no dejaba lugar a dudas.

—Solo los antiguos druidas podían entrar portando a sus muertos… —susurró Dago.

Dirigí la luz de la linterna hacia él. Dago estaba frente a uno de los cuatro nichos que albergaba la cámara. Me acerqué al que me quedaba más cerca y vi que estaba vacío. Después fui a mirar el que Dago observaba con atención.

—¡Oh! —exclamé impresionada. Un esqueleto nos miraba desde la oquedad. El nicho era grande, lo suficiente para que el cadáver estuviera sentado dentro de él. Algo insólito. La cara todavía albergaba parte de la piel. Era evidente que las condiciones del interior del *sid* lo habían conservado, momificándolo.

—Su rostro… —me oí decir. Sabía que era imposible saberlo, pero tenía la certeza que ese hombre muerto que tenía frente a mí había sufrido mucho.

Dago no dijo nada, pero se agachó frente a él y lo observó con más detenimiento. Me impresionó ver lo mucho que se acercaba.

—¿Crees que será el novicio que quedó aquí atrapado?, ¿el monje que creó el Códice? Los relatos así lo cuentan…, mira su

postura, no es normal que esté así —añadí—, no está colocado en la posición en la que lo hubiesen dejado si hubiese sido enterrado, ni tampoco está amortajado debidamente.

Dago siguió observando al cadáver murmurando algo que no entendí.

—¿Me oyes?— quise saber.

—Sí, sí— dijo enseguida—. Sigue buscando el Códice, Ciara. Quiero verle más despacio.

—Está bien, miraré por los otros nichos —repuse dejándole allí.

Fui hacia el contiguo y descubrí un montón de huesos apilados entre una tela podrida.

—Creo, creo que aquí hubo otro cadáver —dije—, pero aquí solo quedan restos.

Dago tardó en contestar y le apunté con mi linterna.

—Ahora voy —dijo taciturno al tiempo que con sumo cuidado levantaba las ropas del cadáver que tenía frente a él.

No quise tocar mi descubrimiento y fui al último nicho que quedaba por comprobar con la esperanza de encontrar allí el Códice. Estaba nerviosa. Tenía que estar allí, aunque todavía quedaban lugares en la cámara por registrar.

En el hueco había un legajo de pergaminos enrollados. A su lado, objetos funerarios descansaban sobre más restos humanos, pero ni rastro del manuscrito que buscábamos.

—Los papiros… —La voz de Dago me asustó. Estaba detrás de mí. Sin decir más, cogió un pergamino y lo desenrolló.

—Cuidado —le advertí cuando crujió.

Dago frunció el ceño y se dio la vuelta. Dio unos pasos hacia el centro de la cámara. Allí había una losa que hizo las veces de mesa. Puso encima el pergamino extendido.

Me acerqué a él y con precavida distancia, apunté con la linterna a la lectura. Estaba escrito en griego antiguo.

—Eso es… —susurré. No podía creerlo.

—Algo extraño en un lugar como este —acabó Dago leyéndome el pensamiento.

—¿Te haces idea de cuánto valor tiene esto? Y no hablo de dinero —susurré.

Dago asintió en silencio. Lo volvió a enrollar con sumo cuidado y lo devolvió a su lugar.

—No hay rastro del Códice en los nichos, vamos a buscarlo por aquí —propuse señalando las demás oquedades que aunque más pequeñas, podían albergarlo.

Después de mirar bien en cada una de ellas, volví al nicho donde

estaban las piezas funerarias y los huesos y meticulosamente los retiré para ver si había algo debajo. No había nada. Hice lo mismo con los otros huesos apilados con igual resultado. Entretanto, Dago había vuelto al lugar donde estaba el cadáver momificado y volvía a examinarlo.

De pronto, se levantó causándome un sobresalto y volvió a la losa como si alguien hubiese tirado de él. Se echó encima de ella agarrándola con fuerza.

—La *Tech Screpta*. La biblioteca de los druidas, bibliotecas que concentran todo el Saber desde tiempos inmemoriales… —murmuró en gaélico.

—¿Qué? —fruncí el ceño y me acerqué a él, asustada.

Dago comenzó a respirar con dificultad.

—Tengo que salir de aquí… —dijo con la voz ahogada.

Dago pareció volverse loco y salió corriendo hacia el pasillo del *sid*. Me asusté. No sabía lo que le pasaba. En pocos segundos me había sacado una gran ventaja e iba sin ningún control a la salida del túmulo, donde le esperaba una estrecha cornisa que daba paso a las rocas puntiagudas acariciadas constantemente por la fuerza indomable del mar.

***

—¡Dago! —grité en vano.

Cuando salí del *sid*, el viento chocó contra mi cara y empujó mi cuerpo hacia atrás como si una fuerza extraña me impidiera seguir adelante.

Busqué a Dago con desesperación y le encontré a un lado de la cornisa con la espalda pegada a la pared del risco.

Su rostro estaba pálido y se había sentado de modo que sus brazos rodeaban sus piernas.

—¿Qué te ocurre? —pregunté agachándome a su lado.

Me miró con los ojos humedecidos y escondió el rostro.

—¿Estás teniendo una bajada de azúcar? Tienes que tomar algo dulce, ¿tienes azucarillos…, algo…? —pregunté recordando lo que me había dicho mi madre sobre la posible enfermedad de Dago.

Negó con la cabeza.

—No me hace falta azúcar, Ciara.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Qué ha ocurrido ahí dentro? —pregunté.

—Por favor, déjame unos minutos.

—Claro.

Dago introdujo de nuevo la cabeza entre las piernas y yo me mantuve a su lado.

—Ya me voy encontrando mejor —le oí decir todavía con la cabeza agachada.

Me levanté para ayudarle pero me tuve que agachar de nuevo.

—Tenemos que asegurarnos para tapar la entrada —dije agachándome más aún. Corríamos el peligro que si el viento cambiaba de dirección, nos arrastraría con su fuerza al vacío.

Un ave pasó muy cerca de nosotros y su graznido hizo levantar la cara a Dago. Su rostro estaba pétreo. Me miró unos segundos y cogiéndome de la mano me acercó a la pared.

—¿Seguro que estás bien? —pregunté preocupada, pero vi con alivio que había recuperado la templanza en su rostro.

—Vamos —dijo asegurándome de nuevo para comenzar el trabajo.

No tuvimos ninguna complicación para subir. Cuando estuvimos arriba me volví hacia él.

—¿Qué tal, mejor? —pregunté quitándome el casco.

—Sí. No sé lo que me ha pasado —contestó mirando al mar.

Me acerqué a él y le abracé.

—Ahora tienes mejor aspecto, pero ahí abajo estabas lívido —susurré en su cuello.

Dago se zafó de mi abrazo y se puso de nuevo a escasos metros del borde del risco. Me volví a acercar a él.

—El Códice no está en el túmulo —dije con pesar—. Tenemos que seguir buscándolo, ¿pero dónde…?

De pronto Dago se volvió y noté que su gesto había cambiado. Ahora destilaba seguridad. Una de sus manos se deslizó por mi nuca mientras la otra envolvía mi cintura e inclinó su rostro hacia el mío. Cerré los ojos contrariada por la sacudida del movimiento y cuando sentí su boca húmeda, un latigazo me recorrió por todo el cuerpo sintiendo algo tan familiar en sus labios que no pude sino abrazarle y pedir sin palabras que siguiera besándome.

Dago no paró. Animado por mi súbita reacción, me apretó contra él intentando suavizar lo rudo de su movimiento, pero a mí no me importó porque sabía que estaba ansioso, tan ansioso como yo por tenerle, por amarle.

Se retiró para mirarme a los ojos.

La calidez de su mirada poco a poco cobró fuerza convirtiéndose en algo ardiente, ávido de ser saciado. Entonces, me soltó y se separó de mí al tiempo que se inclinaba y profería un grito corto

más parecido a un jadeo.

Fui a ayudarle pero me apartó de él y siguió quejándose mientras que con la mano se sujetaba el abdomen.

—¡¿Qué te pasa?! —pregunté sintiéndome impotente.

Su rostro había adquirido el mismo tono que cuando había salido del túmulo y sus labios, ahora secos y blancos, se estiraban en un intento de sostener un nuevo grito.

No sabía qué hacer.

Dago hincó las rodillas en el suelo y se dobló sobre sí mismo.

Me sentía inútil. No podía ayudarle. Era demasiado fuerte para obligarle a que me mirara, a enderezarle para ver si tenía alguna herida. Cuando estaba a punto de rozar la desesperación, Dago fue calmándose e inesperadamente su cuerpo se aflojó de tal modo, que cayó sobre la hierba entre suspiros y jadeos de extenuación.

***

Logramos llegar al coche habiéndonos detenido en el camino tan solo dos veces para que descansara. Estaba enormemente preocupada y él, aunque no hacía más que decirme que estaba bien y a dedicarme sonrisas forzadas.

Cuando por fin llegamos al todoterreno casi le tuve que obligar a que se pusiera en el asiento del copiloto.

—No puedo creer que pienses que te voy a dejar conducir así —repuse cuando me lo propuso—, es más, vamos a ir a un hospital ahora mismo.

—Ni lo sueñes —replicó—, estoy bien, solo estoy cansado.

—Dago, no discutas conmigo. Ese dolor que has sentido no es normal, tienen que mirarte.

—No voy a ir a ningún hospital. —Su rostro borró todo rastro de jocosidad fingida.

Suspiré exasperada. Sabía lo testarudo que podía llegar a ser.

—Pero te tendrían que hacer alguna prueba. ¿Y si el azúcar…

—¡Qué insistente estás con el azúcar, Ciara! Déjalo ya por favor.

Pillé la indirecta. Le conocía y estaba claro que no quería hablar de ello. Si era cierto que había tenido un episodio de hipoglucemia, no estaba dispuesto a decírmelo, de modo que no insistí.

—Está bien.

—Mira —dijo y se levantó del asiento poniéndose recto como un soldado— estoy perfectamente —añadió exhibiendo una de sus sonrisas envolventes— . Ya que te niegas a que conduzca, llévame al hotel y déjame quince minutos para reponerme. Aunque no me

fio mucho de ti…, creo que conducir por la izquierda no se te va a dar bien. —Me guiñó un ojo e ignoré ese último comentario.

Miré el reloj.

—Es cerca de la una— susurré.

—Deberíamos comer algo antes de encerrarnos toda la tarde en la habitación. Aquí comen pronto y si esperamos a llegar a Galway quizá no encontremos nada decente.

—¿Encerrarnos toda la tarde en la habitación?

—Cariño, no esperarás que las horas que nos quedan las dediquemos a hacer turismo. Tengo otros planes para ti.

—Ya has visto que aquí no está el manuscrito, pero hay más túmulos en la isla —repliqué. No podía creer que hubiese logrado distraerme, tanto de lo que le había pasado, como de lo que realmente habíamos venido a hacer a Irlanda.

—Si vinimos aquí fue por el *sid* donde se originó todo, y el Códice no está —objetó— Por cierto, ¿te has parado a pensar de que hubiese pasado si llegan a venir tus padres, solos?

—¿A qué te refieres?

—No veo yo a Erin y a Ángel haciendo rápel hasta llegar a la abertura del túmulo —repuso.

—Creo que te sorprenderías —disentí.

—Seguro. —Dago optó por no discutir conmigo.

—Creo que deberíamos ir a *Cahercommaun*, quizá allí encontremos algo.

—¿Qué te parece si antes de ir a ese lugar vamos a ver de nuevo a Sean?, quizá él tenga alguna respuesta, no creo que debamos buscar a lo loco —dijo enrollando un mechón de mi cabello entre sus dedos.

—Vale, vayamos a Doolin.

—No tan deprisa —repuso riendo entre dientes—. Iremos mañana temprano, hasta la tarde no cogemos el vuelo. Si Sean está de acuerdo con tu idea no tenemos más que retrasar el viaje de vuelta. En tu trabajo no te controla nadie, y yo hasta mediados de diciembre no me incorporo al mío y, te aseguro, que en la agencia de Cariño nadie me va a echar la bronca.

—Muy elocuente.

—¿Verdad? Ahora, llévame a comer algo. Tengo que reponer fuerzas.

***

Al principio, Dago había tenido que mentir a Ciara, pero ya no

era necesario seguir con la pantomima, ahora se encontraba bien. No sabía lo que le había ocurrido. De repente estaba en el *sid*, y al momento, estaba respirando con dificultad al borde del acantilado.

Se pasó la mano por el pelo varias veces revolviéndolo. Estaba confuso. El terrible dolor que había sentido, había embotado lo que realmente había hecho dentro del túmulo. Confiaba plenamente en Ciara. Si ella había dicho que el Códice no estaba, así sería; él no se sentía capaz de rebatirlo. No estaba seguro de nada.

De lo único que tenía total certeza, es que el hecho de que el manuscrito no estuviera, había mermado el humor de Ciara y el suyo propio. Se la notaba bastante decepcionada al respecto, y para colmo, ese insoportable dolor la había preocupado. Dago había recurrido al sentido del humor para distraerla, pero sin poder evitarlo su instinto le había llevado a sugerirla otras formas de distracción. No podía evitarlo. Eso era lo que estar cerca de ella provocaba en él. Querer tocarla a cada momento, besarla, acariciarla.

Mientras Ciara conducía en silencio, Dago recordó la noche anterior en casa de Sean. Cómo se había tenido que contener para no meterse en la estrecha cama donde ella dormía y como si fueran unos adolescentes, amarse en silencio.

Pararon a comer antes de llegar a Galway. La dueña del restaurante, una simpática mujer que rondaba los cincuenta años, les sirvió un suculento plato de estofado irlandés del que dieron buena cuenta. Dago recuperó las energías y Ciara al notarlo, relajó su preocupación.

Llegaron al hotel pasadas las tres y media de la tarde.

—Estoy molida —dijo ella al tiempo que pulsaba el botón del ascensor.

—Nos vendría bien dormir un poco, la verdad.

Ciara le miró unos instantes ante esa sugerencia.

—¿Has vuelto a sentir ese dolor? —Le preguntó preocupada de nuevo.

—No, estoy bien, sólo tengo sueño.

Ciara quería dormir, ¡lo deseaba! Habían dormido pocas horas y la tensión que había pasado en los acantilados, tanto por la bajada como por el susto que Dago le había dado, ahora se había transformado en un suave sopor que el estofado irlandés había incrementado, pero aun así, aun sintiéndose agotada, no pudo evitar sentirse un poco decepcionada por ese comentario, sobre

todo porque sus instintos más cavernarios ya habían comenzado a acelerarse ante la suculenta propuesta que le había hecho Dago antes de comer.

Entraron al ascensor en silencio. Dago se apresuró a pulsar el botón de la planta en la que estaba la habitación mientras que Ciara apoyaba su cuerpo en la pared del minúsculo cubículo.

Dago se puso a su lado y bostezó ruidosamente.

—Vaya…, qué sueño tengo —dijo rascándose la cabeza.

—Durmamos un par de horas, nos vendrá bien —sugirió ella.

—Sí, nos vendrá bien.

—Yo antes voy a ducharme.

—Está bien, cuando salgas entraré yo, también me quiero duchar.

A Ciara se le ocurrió que quizá Dago no estaba tan bien como quería aparentar. Quizá tenía que pincharse insulina y quería estar a solas. No le había visto analizarse la sangre en ningún momento antes de las comidas, pero eso no significaba nada. Dago se las sabía apañar muy bien para esconder ciertas cosas. Le observó con detenimiento y pensó que lo más probable es que así fuera. Sacó presurosa la tarjeta que abría la habitación.

Sin hacer ningún comentario más, esperó impacientemente que las puertas del ascensor se abrieran y cuando lo hicieron, salió disparada hacia la habitación con Dago pisándola los talones.

Introdujo la tarjeta en el lector y abrió la puerta, pero antes de que pudiera pasar, Dago se le adelantó y pasó él primero obligándola a ladearse para no golpearse con la jamba en el hombro.

—Muy galante —le dijo mordaz, una vez dentro.

Dago se limitó a sonreír y a soltar la mochila que había llevado todo el tiempo a su espalda.

Ciara soltó con brusquedad su pequeño macuto a un lado y se soltó el pelo.

—Voy a ducharme —le dijo con aspereza.

Pero antes de que pudiera hacer un solo movimiento más, Dago la cogió entre sus brazos y la atrajo para sí.

—Déjame —le dijo ella— Eres un bruto. Casi me aplastas contra la puerta.

—Estaba ansioso por entrar, lo siento —se disculpó—. Quería estar a solas contigo, ya.

—¡Dónde han ido a parar los hombres que te abren las puertas y te echan por encima su abrigo si tienes frío! —exclamó complacida por esa respuesta.

—No sé, si ves alguno me avisas —bromeó Dago.

Ciara iba a replicar pero él la silenció tapando su boca con la suya. La deseaba, en ese instante, en todos. Se detuvo para contemplarla, su semblante antes contraído por la furia se había transformado ahora en un rostro expectante. Pensó en lo bella que era, en lo salvaje que parecía en ocasiones y eso le excitó más. Volvió a besarla, esta vez un poco más rudo. Ciara gimió. Anhelaba sus labios y quería más. Agarró el rostro de Dago y le devolvió el beso, rabiosa, colérica. Descendió por su cuello y se arrancaron la ropa entre jadeos, deleitándose con cada caricia, con un hambre demasiado voraz. Ciara intentó calmar esa ansiedad. No quería que ese momento acabara, de modo que arrastró a Dago a la ducha donde juntos, se enjabonaron lentamente mientras la excitación crecía y les ahogaba.

Dago acarició el vientre femenino con deliberada lentitud. Sus manos se acoplaron a sus pechos, sacando espuma entre sus dedos mientras que con los pulgares rozaba los pezones erguidos y sus bocas se devoraban. Ella se dio la vuelta, inquieta y excitada, rozando con su trasero la erección que palpitaba caliente y ahora sentía en sus glúteos. Dago la hizo volverse hacia él de nuevo para besarla con furia, eso lo volvía loco, demasiado… quería estar dentro de ella, pero todavía no.

Su lengua exploró su boca de nuevo, mordió sus labios y bajó por su cuello para concentrarse de nuevo en esos pechos que le hacían perder la razón. Ciara agarró la cabeza de Dago y hundió los dedos en su pelo emitiendo un gemido. Ávido de complacerla, siguió explorando, descendiendo lentamente para hacer una parada y meter la lengua en su ombligo. Mientras, sus dedos indagaban, se sumergían en la cueva caliente y húmeda, desatando gemidos y jadeos de la garganta de Ciara. Deslizó la lengua entre sus suaves muslos para perderse entre ellos. Allí se deleitó durante largo rato, bebió hasta que Ciara le suplicó que parara.

—¿Quieres que pare? —le susurró— Está bien cariño, si es lo que quieres…

Dago ocultó su sonrisa cuando vio el rostro de Ciara. Salió de la ducha y después de secarse el pecho con lentitud, cogió otra mullida toalla para envolverla a ella.

Atónita, se dejó hacer. Sabía que no habían acabado, no podían acabar.

Dago la sacó del cuarto de baño y se separó de ella sin dejar de mirarla. La deseaba, quería hacerla suya ya, pero quería ver su reacción, quería jugar, como cuando habían pasado a la habitación;

le gustaba enfurecerla, contrariarla.

Intuyendo su intención, Ciara sonrió y dejó resbalar la toalla al suelo, pero cuando Dago fue a acercarse a ella, no le dejó.

—Quieto —le ordenó. La pequeña frustración que había sentido había aumentado su locura.

Caminó alrededor de él, mirándolo, deseándolo, admirando su belleza masculina, su cuerpo atlético e irresistible. Estaba muy excitada, el sexo la ardía, pero quería que él lo estuviera tanto como ella. Quería darle todo, pero tendría que suplicarla. Era un pequeño castigo por haberla hecho eso en la ducha. Posó una mano en su pecho y sonrió cuando comprobó que ese leve e insignificante contacto le provocaba un estremecimiento. Con lentitud, fue trazando curvas con su dedo hasta llegar al Triskel. Lo acarició y agachándose, pasó su lengua por él haciendo que Dago se irguiera. Su miembro dio una sacudida y Ciara lo miró, traviesa, complacida de que alcanzara aquel tamaño. Le rodeó de nuevo y acarició su espalda a lo largo de la columna hasta llegar a su trasero donde apretó una de sus nalgas. Dago cogió esa mano y ella se zafó de ella.

—No, no, no. He dicho que te quedes quieto…

—Ciara… —susurró Dago. Le gustaba ese juego, ahora, era el cazador cazado.

Cada una de sus manos se posó en las caderas de él y sin separarlas de su piel fueron en busca de lo que pronto estaría dentro de ella.

Estaba caliente, perversamente rígido. Cuando lo apretó en su mano, Dago emitió un largo gemido que la hizo morderse los labios. Comenzó a moverlo con lentitud, con suavidad, arriba y abajo, provocando en él espasmos de placer, sintiendo como su propio sexo se humedecía suplicante. Solo cuando de la garganta de Dago salió un rugido, se dio la vuelta y se quedó frente a él quien la miró con las pupilas dilatadas, hambriento.

Quiso besarla, pero ella se lo impidió. La contempló extasiado, su piel sedosa le llamaba, reclamaba ser acariciada, sus pechos altivos pedían ser lamidos, mordidos. El abdomen plano, la curva perfecta de sus caderas y, sus piernas, esas piernas largas y bien formadas... Dago subió las manos para acariciarla y Ciara volvió a impedírselo. La mano de ella volvió a coger el miembro palpitante y sin dejar de mirarle a los ojos bajó la suave piel y con el dedo pulgar comenzó a trazar círculos en el húmedo glande.

—Ciara… por favor —susurró Dago en un jadeo. No podía más, quería tocarla, besarla, hacerla suya, si seguía así…—, por favor,

detente…

—¿Quieres que pare…? —preguntó ella en un susurro junto a su boca.

Dago la miró con la vista nublada. Esas palabras lo volvieron loco. Casi con violencia se lanzó a sus labios.

Ciara le recibió triunfante, satisfecha de haber conseguido esa reacción en él. Dago apretó sus caderas y ella subió una pierna envolviéndole, haciéndole saber que estaba preparada, haciéndole notar sin recato, cómo su centro de placer estaba listo, húmedo, ardiente.

Resbalaron al suelo enmoquetado y Dago entró en ella de una vez al tiempo que Ciara le recibía ansiosa. Se sintió llena, completa, saciada. Él siguió moviéndose voraz, y ambos se buscaron ansiosos con la boca, con las manos, como si todo fuera poco… El orgasmo les llegó a la vez, como un latigazo, como una luz cegadora dejándolos extasiados y aovillados uno encima del otro.

Se despertaron a las tres horas, y minutos después, se besaban entre risas y caricias.

—Creo que se nos ha oído en todo el hotel.

—Sí, eso creo —admitió él, desatando una nueva risa en ella.

Dago la miró absortó. La deseaba de nuevo. Era tan bella, tan locamente salvaje. Quería hacerla suya, acariciarla sin descanso, poseerla eternamente.

—Te amo —le dijo.

Ciara paró de reír y sus ojos profundizaron en los suyos. Ella sí que lo amaba, lo amaba más que a nada. Más… que él a ella.

En cuanto pensó esas palabras un miedo atroz la oprimió el pecho. Quiso agarrarle, obligarle a prometerla que siempre la amaría. Sin pretenderlo se descubrió pensando en lo que le había hecho cambiar hacía cuatro años y recordaba a la perfección que solo un día antes de que ocurriera aquello en los acantilados, Dago se mostraba igual de cariñoso que ahora, pero entonces…

No dijo nada, bajó la mirada a su boca y le besó castamente con los ojos demasiado apretados por el sentimiento. Cuando se separó de él. Dago vio alarmado que una lágrima se deslizaba por su mejilla.

—¿Estás llorando?

—No, no, es por la risa —mintió.

Se dijo que si ahora estaba con él era porque había creído sus palabras, unas palabras llenas de sinceridad que la decían que no había podido olvidarla, que todavía la quería.

Esos momentos en Irlanda habían logrado echar a un lado los malos sentimientos que le provocaban los malditos recuerdos, pero estos, insistían en permanecer. Ese nombre persistía en mantenerse en su mente. ¿Pero solo en su mente? Miró a Dago y se preguntó si así era. Ciara recordó la carta que encontró en el desván y los celos la ahogaron. Vinieron sin esperárselo, con fuerza. Ahora que le tenía de nuevo, la sensación fue mucho más terrible. Instintivamente se separó de él.

—Tengo que ir al baño —dijo cogiendo la sábana de la cama; ahora no quería que la viera desnuda.

Dago se percató del brusco cambio y una sombra se ciñó sobre él. Esa mirada le era demasiado familiar.

—¿Seguro que estás bien? —quiso saber.

—Sí, muy bien —dijo con brusquedad ella. Se dio cuenta del tono que había empleado en cuanto acabo de hablar, pero la imagen de aquellas palabras escritas en aquella carta la quemaba la razón.

—¿Es por el Códice? —preguntó Dago esperanzado. Solo habían hablado de ello en el restaurante mientras comían.

—No, no es por el Códice, eso ya lo hemos hablado. —Esta vez Ciara procuró no ser tan brusca al contestarle.

—De acuerdo. Date prisa, ya te echo de menos —dijo él dando unas palmaditas en la parte de la cama que segundos antes ocupaba Ciara.

Ella le miró seria y desapareció por la puerta del cuarto de baño.

***

—¡¿Cómo se puede ser tan estúpida?! —le dije al espejo en cuanto cerré la puerta del aseo.

Dago estaba ahí fuera, todo para mí y, yo no hacía más que amargarme la vida con recuerdos y sospechas que no me atrevía a aclarar. Tenía que arreglarlo para bien o para mal. No podía seguir manteniendo esa situación, comenzar una relación de nuevo con él sin arreglar lo que me ahogaba por dentro. Nunca me había atrevido a preguntarle quién era esa mujer, y ahora tampoco estaba muy segura de poder hacerlo. Me daba demasiado miedo la respuesta que pudiera darme.

Pensé en los sentimientos tan distintos que el ser humano puede sentir estando frente a una persona u otra. Con Marcos no me había temblado la voz al dejarle, y aunque mi intención nunca fue hacerle daño, no me había conmovido lo más mínimo cuando me suplicó

que lo volviéramos a intentar. En cambio con Dago…, con Dago era todo tan distinto… La mujer segura que sentía que era en todos los ámbitos de mi vida, parecía desaparecer ante él cuando recordaba esos momentos, cuando esa mujer taladraba mis recuerdos. Sabía que desde que pasó aquello no había vuelto a ser la misma. Admitía que en el tiempo que llevábamos en Irlanda todo había sido maravilloso, pero ahora la inseguridad escarbaba de nuevo en mi pecho como una llama destructora. Y quien la encendía tenía nombre propio. Un nombre de mujer.

Me puse frente a la puerta, resuelta a hablar con él de una vez por todas.

Le amaba, pero no podía estar con él si la sombra de la duda planeaba sobre mí en cada momento. Necesitaba respuestas, y estaba dispuesta a aceptarlas o… no.

Sea lo que fuere, lo iba a aclarar en ese momento. No sabía si Dago y yo llegaríamos 'juntos' a Galicia de ese viaje, pero sí tenía claro que cuando pisara tierras gallegas, sabría toda la verdad.

Giré el pestillo y agarré el picaporte. Respiré hondo un par de veces y abrí.

Dago no estaba en la cama. Estaba de pie frente a la puerta de entrada a la habitación. Se giró en cuanto me oyó, pero su rostro no me recibió con una sonrisa, su rostro estaba ceniciento, serio, alarmantemente serio.

—¿Qué ocurre? —Advertí que en su mano sujetaba un papel con el logotipo del hotel.

—¿Qué es eso?

—Ciara, Sean ha muerto.

***

Llegamos a Doolin cuando la noche ya había caído.

Habíamos pagado el hotel y dejado la habitación porque no volveríamos a pasar la noche allí. Teníamos que asistir a un velatorio.

Cuando llegamos frente a la puerta roja del hogar de Sean, vimos grupos concentrados de hombres frente a la casa. Aunque nos saludaron amablemente noté cómo algunos de ellos nos miraban reflexivos y taciturnos. Una vez que hubimos pasado ante ellos, siguieron hablando como si nada. Según íbamos acercándonos a la entrada, la puerta se abrió antes de que pudiéramos llamar y, tras ella apareció una mujer mayor que se quedó inmóvil al vernos.

—Somos amigos de la familia —expliqué en inglés.

La señora asintió cerrando levemente los ojos y abrió más la puerta para dejarnos pasar.

A través de la cristalera de las puertas del salón se discernía a varias personas, casi todas, mujeres. Unos estaban de pie, y otros se sentaban frente al hogar encendido. Pude ver el cuerpo inerte de Sean, habían quitado la mesa y habían dispuesto el féretro frente a la ventana que ahora se mantenía abierta pese al frío que hacía. Dónovan a su lado, hablaba con una anciana de largos cabellos blancos que sujetaba un libro entre sus manos. En la casa se oían los incesantes murmullos de la gente y el tintineo de los platos y los vasos al chocarse entre sí.

La señora nos pidió que esperáramos unos segundos y desapareció por el pasillo que ya no me pareció tan alegre. No pasarían más de dos minutos cuando Conall apareció por allí con los ojos enrojecidos. Negó con la cabeza al vernos.

Dago se acercó a él y ambos se estrecharon la mano y se dieron un corto pero emotivo abrazo.

—Lo siento. ¿Qué ha pasado? —le oí decir.

Conall me miró y yo también fui a abrazarle.

—Estamos atónitos. Lo siento muchísimo —le dije.

—Gracias. Venid, es mejor que hablemos fuera.

Conall nos llevó a una pequeña terraza cerrada que había anexa a la cocina donde la misma señora de antes, removía una crema blanca y espesa en una cazuela mientras hablaba con tres mujeres más.

Conall cerró la puerta de la terraza tras de sí.

—No deberíais haber venido. Ya le dije a Ronald que os lo pusiera en el mensaje, Dago —se dirigió a él.

—Lo hizo, pero teníamos que venir.

—Es peligroso —replicó Conall.

—¿Qué ha pasado?, esta mañana estaba bien —razoné.

Conall miró a la puerta y nosotros hicimos lo mismo. La mujer había salido de la cocina y atendía a otras personas que llegaban.

—Os están buscando —dijo haciendo que me sobresaltara—. La Orden os busca. Saben que estáis en Irlanda. Esta mañana cuando llegamos de Moher, nos estaban esperando.

Me tapé la boca sujetando un jadeo.

—¿Esos hijos de puta han sido los responsables de la muerte de Sean? —preguntó Dago pareciendo tener hiel en la boca.

—Llegamos a casa y decidimos quedarnos a comer con mi abuelo. Mi padre salió a comprar algo para cocinar mientras yo me quedaba con él e iba haciendo unas cosas que tenía pendientes aquí.

Al rato de que mi padre se fuera llamaron a la puerta. Joder, pensé que era él que se había olvidado de algo, pero no, era el hermano de mi abuelo. Toda una sorpresa.

—¿El de las fotos? —pregunté.

—El mismo. Le dejé entrar cuando me dijo quién era. Ahora sé que no debí hacerlo. —Los ojos de Conall se empañaron y puse mi mano en su brazo para darle ánimo— Yo no sabía nada —Suspiró con rabia— . Ese hijo de puta está en el bando contrario. Es de la Orden y yo no lo sabía.

Nos quedamos callados unos segundos asimilando esa información.

—¿Sean lo sabía? —oí preguntar a Dago.

—Sí, lo sabía, y mejor que nadie. Al parecer ese era el motivo de que nos hubiésemos cambiado de domicilio este año varias veces, aunque nosotros creíamos que era por otras razones, pero ahora sé la verdad y respecto a eso…, mi padre… también. —Bufó— Después de muchos años de no saber de él, el Clan tuvo conocimiento del paradero de Michel y de que éste, había comenzado a buscar a mi abuelo. Los *ancianos* decidieron mentir al jefe druida de Clare y le recomendaron los traslados inventando un pretexto. Ninguno de nosotros nos opusimos. —Conall se frotó un momento la cara y continuó— Cuando ese hijo de puta estuvo con él en el salón, mi abuelo me mandó a por algo al supermercado. Fui un imbécil, estaba tratando de que me marchara y yo no supe entenderle, quizá si hubiese ido en busca de mi padre… —Sacudió la cabeza—. Cuando fui a la cocina a por algo de beber, me encontré con que allí había tres tipos. No me dio tiempo a hacer nada, se me echaron encima y sin darme oportunidad de defenderme, me sentaron en una silla, me ataron y me amordazaron. Desde ahí pude oír la conversación que mantenía mi abuelo con su hermano. —Conall señaló un rincón de la cocina.

—Conall… —susurré conmocionada.

—Al principio, pensé que el hermano de mi abuelo no tenía nada que ver con esos cobardes e incluso llegué a preocuparme también por él, pero cuando escuché lo que decían, esa estúpida preocupación se disipó tan rápido como había llegado. Michel le preguntó que dónde os encontrabais y qué era lo que estabais haciendo aquí exactamente. Por lo visto sabían que veníais a Irlanda pero ignoran a qué. Mi abuelo negó saber vuestro paradero, aunque le dijo que estaba al tanto de que estabais en la isla. Hubiese sido inútil negar que no supiera que habíais venido. Recuerdo cómo se rio ese cabrón cuando mi abuelo le advirtió que

se fuera de esta casa. Nunca le había oído así. Estaba irreconocible. Más adelante me enteraría por qué y comprendería la razón por la cual nunca hablaba de su hermano. —Conall susurró su última frase — Tras esas palabras comenzaron a discutir acaloradamente y Michel recibió acusaciones de todo tipo. Mi abuelo les llamó cobardes y les acusó de ser unos ignorantes que no sabían lo que realmente contenía el Códice. Le dijo que se avergonzaba de ser su hermano y de que una vez hubiese confiado en él. Michel se jactó de su buena fe y le recordó a mi abuela. Después oí un golpe y me asusté, pero pronto volví a oír a mi abuelo acusándole de múltiples cosas más. Yo, yo no sabía todo esto que os voy a contar…, me lo ha contado esta tarde mi padre. Por lo visto Michel, tenía un carácter muy distinto al de mi abuelo. De niño, le gustaba dañar animales… hacerles verdaderas atrocidades. Era violento y huraño, a veces, incluso habiéndole sorprendido en una de esas salvajadas, se mostraba herido y comenzaba a gritar proclamando su inocencia. Cuando ya tuvo edad suficiente para entrar en locales de adultos, las peleas se convirtieron en algo habitual, tanto, que estuvo acusado de haber matado a un tipo. Finalmente salió absuelto, pero sus temeridades no acabaron ahí… —titubeó—. Antes de que mis abuelos se casaran, Michel quiso tener algo con mi abuela Fíonna pero ella le rechazó. Ni cuando estuvo casada con su hermano dejó de perseguirla. La obsesión enfermiza que sentía por ella contaminó aún más su carácter hasta unos límites que nadie sospechó. Una noche, mi abuelo tuvo que salir urgentemente de casa. El fuego estaba calcinando el cobertizo de un vecino y él, junto a todos los hombres del pueblo, fue a echar una mano. Michel aprovechó esa fortuita circunstancia y se presentó en su casa. —Conall apretó los dientes y negó con la cabeza—. La violó y después la golpeó salvajemente. Pensando que la había matado, huyó como un cobarde.

—Dios mío… —musité horrorizada.

—Mi abuela sobrevivió, pero calló quién había cometido tal brutalidad con ella; tenía miedo de que su marido cometiera una locura. Pero ese secreto no duró mucho. El destino los hizo enfrentarse y Michel no pudo callar su fechoría. Era más grande el deseo de hacerle saber a su hermano que él había sido el autor de esa hazaña, que de conservar su propia integridad. Cuando mi abuelo se enteró de todo aquello, había pasado un año y su hermano había ingresado en la secta que ha sido nuestra enemiga durante siglos, aunque entonces, mi abuelo lo ignoraba. Tuvieron una gran pelea. Mi abuelo perdió una oreja en la reyerta y el bazo,

pero Michel estuvo a punto de morir desangrado. La daga que empuñaba y que estaba destinada para mi abuelo, se clavó muy cerca de su corazón. Los miembros de la secta le protegían y la ley no pudo hacer nada, por lo que todo lo que le hizo a mi abuela quedó impune. Fue entonces cuando mi abuelo se enteró de que su hermano había ingresado en la Orden. No le sorprendió. Bien sabía él de que pasta estaba hecho ese indeseable. Lo único que le atormentaba, era que al hacerse miembro de esa secta, sin duda revelaría que vuestra familia era la que custodiaba el manuscrito y la existencia de una habitación secreta en el caserón.

Apreté los labios conteniendo mi rabia. Michel era una persona cruel y despiadada que había sido capaz de cometer una terrible aberración con una mujer, la mujer de su hermano, ¿qué no sería capaz para conseguir el Poder que albergaban las escrituras del manuscrito?

—Hijo de puta —masculló Dago.

—Desde aquello, Michel desapareció de sus vidas. Huyó de la isla, o al menos, eso es lo que siempre creyeron. Nunca pudieron encontrarle. Todo su odio y su tiempo lo empleó para entregarse a la causa que persigue desde hace siglos esa maldita organización. Pero el último año el Clan tuvo noticias de él y se lo ocultaron a mi abuelo. Michel se había situado en uno de los más importantes puestos de la Orden y estaba buscando a su hermano. Sabedores de eso, los *ancianos* comenzaron a ordenarnos que cambiásemos de casa para que no nos encontrara.

—¿Os lo ocultaron? —preguntó Dago.

—Sí. Te puedo asegurar que si mi abuelo hubiese sabido que la razón de las mudanzas eran esas, él no se hubiera movido de donde estaba aunque probablemente nos hubiese obligado a mi padre y a mí a cambiarnos de domicilio. Ahora entiendo por qué también perdí el trabajo del hotel —añadió Conall—. Volviendo a su visita de hoy… —Conall cogió aire y enmudeció durante unos segundos como si tuviera que ordenar sus pensamientos—, como os he dicho antes, se pusieron a discutir acaloradamente —continuó—. Michel le volvió a preguntar por vosotros. Entonces comenzaron a murmurar. Los gritos se habían apagado. En vano, intenté escuchar lo que decían hasta que Michel dijo algo que al parecer hizo que mi abuelo estallara en carcajadas. Parecía haber enloquecido. Michel se puso violento, comenzó a decir que se callara y de pronto, ambos enmudecieron. Intenté soltarme de aquella silla pero no podía moverme. Desesperado, comencé a llamar a mi abuelo, pero solo logré emitir gritos inútiles que se amortiguaban por la banda que

tenía sobre la boca. Ya no oía a nadie y recuerdo cómo todo comenzó a dar vueltas por la tensión de no poder ayudarle. No sé el tiempo que transcurrió desde ese momento hasta que vi a Michel viniendo hacia mí. Iba limpiándose las manos. El pañuelo con que lo hacía estaba manchado de sangre. Lo soltó encima de mis piernas para que lo viera y me arrancó con brusquedad la cinta adhesiva que tenía sobre la boca. '¿Dónde están la chica y el nieto de Kael?', me preguntó torciendo aún más su putrefacta cara. 'Vete al infierno', le contesté. Me dijo que debía colaborar y me sujetó la mandíbula con fuerza. Le pregunté qué era lo que había hecho a mi abuelo y me contestó que en esos momentos, su hermano estaba indispuesto. Lo dijo impertérrito, como alguien sin alma, después, volvió a preguntarme por vosotros. Yo le dije que no sabía nada, que ni siquiera sabía a quiénes se refería. Michel se dio la vuelta y apoyó sus manos sobre la encimera de la cocina. Pareció pensar unos instantes. Cuando se volvió hacía mí me dijo en susurros: 'Te mataría ahora mismo. Lo haría, créeme. Pero voy a dejarte con vida para que puedas contar a tu puto Clan quién ha matado al jefe druida de Clare'. Después ese cerdo miró a sus hombres y sentí un fuerte golpe en la cabeza.

Conall se dio la vuelta y pudimos ver una fea herida llena de puntos cerca de la nuca.

—Cuando desperté, iba en una ambulancia y mi padre estaba a mi lado. Le conté lo que había pasado y que era ese malnacido quien había matado a mi abuelo.

—Cuánto lo siento… —dijo Dago con aflicción.

—Teníais que haber visto a mi padre —continuó Conall—, estaba demacrado. Casi me vuelvo loco. Yo era quien había dejado entrar a ese hijo de puta. ¡Era su hermano! ¡¿Cómo ha sido capaz de hacer algo así?!

—Es terrible —susurré.

—Mi abuelo nunca me contó que Michel pertenecía a los Kan Kral. No sé la razón de guardar ese secreto, imagino… que decírmelo, conllevaba confesar también lo otro. Quizá le daba demasiada vergüenza confesar que su propio hermano había violado a su mujer, a mi abuela o, quizá fue ella la que se lo pidió, no sé, ahora nunca lo sabremos. —Tosió y se aclaró la garganta— Tenéis que marcharos cuanto antes de la isla. Al venir aquí esta noche los habéis puesto sobre vuestro rastro.

—Queríamos venir mañana para hablar con… —Dago dejó la frase inacabada.

—No encontramos nada en el túmulo y queríamos preguntar a

Sean si había cualquier otra posibilidad —añadí.

—No, ese túmulo es el Origen. Si el manuscrito está en Irlanda, estaría allí. No hay nada en otros lugares.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Dago.

Conall nos miró y apretó la mandíbula.

—Mi padre me ha puesto al corriente de todo y eso, incluye la búsqueda. Esta vez no me ha ocultado nada. Escuchad, todos los túmulos fueron registrados hace tiempo, incluido el Original. Ahora que lo sé, no entiendo por qué os han enviado aquí.

—Pero eso… también lo sabría mi madre… —susurré, desconcertada.

—Por supuesto que la buscadora está al tanto. Ella lo sabe y mejor que nadie.

***

Estaban a punto de marcharse cuando Dónovan salió del salón.

Los ojos rojos y las bolsas bajo ellos no dejaban lugar a dudas de que estaba destrozado. Cuando les vio, caminó presuroso hacia donde estaban los muchachos.

—Debéis marchaos de aquí inmediatamente —les dijo mirando a su alrededor asegurándose de que nadie podía oírlos—. Ha sido una locura venir.

—Papá, les he contado todo. Han dejado el hotel, pensaban quedarse para el velatorio y… bueno, ya les he puesto al tanto.

—Lo sentimos muchísimo, Dónovan —dijo Ciara. Dago la secundó.

—Os lo agradezco muchachos, esto ha sido un golpe terrible para nosotros —dijo el padre de Conall, abatido.

—Esto no puede quedar así. ¿Qué ha dicho la policía? No pueden quedar impunes —dijo Ciara.

—Parte de la policía está implicada en la Orden, pequeña —repuso Dónovan—. Para todo el que sea ajeno al Clan y a la secta, mi padre ha muerto de forma espontánea. No podemos hacer nada. Gente de la Comunidad estuvo aquí esta tarde y lo arregló todo.

Ciara no pudo evitar girar la cabeza hacia el lugar en el que Sean descansaba aunque no pudiera verle. Ahora se explicaba la razón por lo que el cuerpo del anciano no estaba en el depósito de cadáveres siendo sometido a un examen post mortem al que se enfrentaba todo aquel que no hubiese fallecido de causas naturales.

—Tampoco podemos dejar que abran una investigación. Eso les llevaría a ellos, pero también a nosotros y no podemos poner en

peligro al Clan. Tenemos mucha gente infiltrada en las organizaciones más importantes del mundo. No podemos descuidar su anonimato.

—Pero… —Ciara iba a protestar, pero la mano de Dónovan sujetó con suavidad su brazo y negó con la cabeza con gesto condescendiente.

—¿Podemos hacer algo? —preguntó Dago. No sabía por dónde empezar, pero estaba dispuesto a ayudar en lo que fuera. Ese anciano no merecía morir así.

—Los nuestros ya están movilizados. Siguen sin saber su paradero. Puede estar en cualquier lugar. —Dónovan soltó a Ciara y puso su mano en el hombro del muchacho. Le hubiese gustado decirle mil cosas, preguntarle otras tantas, pero sabía que no era el momento, y tanto él como Ciara, debían irse cuanto antes.

La mujer que les había abierto la puerta apareció tras ellos con gesto alarmado.

—¿Ocurre algo, Rose? —preguntó Conall.

—La casa está vigilada. Hay dos hombres de la Orden en los alrededores y tres cerca de su coche —dijo la mujer señalando a Ciara y a Dago con la cabeza.

—¡Maldita sea! —exclamó Dónovan aguantando su rabia y pensando con rapidez—. Tenéis que salir de aquí sin ser vistos. Conall, ve a por el todoterreno y mételo dentro del garaje. Allí sacaremos las pertenencias de los chicos y las meteremos en el coche de Ronald, un miembro del Clan —explicó a Dago y Ciara—. Esperaremos un tiempo prudencial y él os sacará de aquí, nosotros nos encargaremos de los miembros de la Orden que están ahí fuera —añadió—. Conall se encargará mañana de devolver el coche de alquiler. —Dónovan buscó algo en sus bolsillos y sacó una carterilla que contenía un montón de llaves— Tomad, tengo un apartamento en Lisdoonvarna, ahora no está alquilado, Ronald os llevará. Pasad la noche allí. En ese lugar, no os buscarán. No salgáis hasta que llegue el momento de ir al aeropuerto. Me aseguraré de que Ronald os consigue otro coche para llegar a Dublín.

Dago cogió las llaves con decisión, pero al hacerlo, sujetó la mano de Dónovan un momento.

—Gracias. No olvidaré todo lo que estáis haciendo por nosotros. Cogeremos a ese hijo de puta y pagará todas sus faltas.

Dónovan miró fijamente a Dago admirado por la fuerza que irradiaba aquel muchacho.

—Cuando nos aseguremos que estáis a salvo, cogeremos a esos hombres que hay ahí fuera. Te aseguro Dago, que hasta que

confiesen dónde está ese malnacido, no saldrán de esta casa.

Ciara se estremeció cuando Dónovan dijo aquellas palabras tan apasionadamente.

—Gracias por todo —le dijo, abrazándole con timidez.

***

El chorreo de coches era incesante por las visitas que recibía la familia, de modo que no tuvieron problemas cuando salieron camuflados dentro del viejo Opel Astra de Ronald.

Ronald era un muchacho enjuto, con rastas naranjas y barba de chivo de igual color. Llevaba tres años en el Clan y era la primera vez que tomaba partido activo en la Causa.

—Ya podéis levantaros —les dijo cuándo se cercioró de que estaban lo suficientemente lejos para que no se discernieran sus siluetas.

—¿Dónde estamos? —le preguntó Dago.

—Pronto llegaremos. No nos ha seguido nadie. Cuando he salido de allí los muy hijos de puta ni siquiera han disimulado. Creen que estáis en casa de Sean todavía, aquí no os localizarán.

—Pero, ¿y si vuelven a irrumpir en la casa y hacen algo a Dónovan y a Conall? —preguntó Ciara. Las sienes comenzaban a latirle.

—No se atreverán. Saben que está vigilada por nuestra gente. Lo cierto es que no sé cómo se han atrevido a acercarse allí después de lo que han hecho porque…, entrar en la casa van a entrar… No me gustaría estar en su pellejo… —susurró—. Sois vosotros los que tenéis que cuidaros.

Ciara se preguntó qué es lo que los harían si los cogían a ellos. Ella estaba preparada para pelear y Dago también, pero eran dos y no podía dejar de pensar en el pobre Sean. Le había afectado mucho su muerte.

Después de unos kilómetros, el coche disminuyó la velocidad hasta que finalmente se detuvo frente una pastelería.

—Ése es el apartamento —dijo Ronald señalando un balcón. El único que no tenía flores.

Tras sacar sus bolsas de mano del maletero, Ronald les prometió que al día siguiente tendrían un coche a la hora indicada.

—Gracias por todo, Ronald —le dijo Ciara. El muchacho la miró con timidez y estrechó la mano a Dago con fuerza.

Cuando estuvieron solos en el apartamento, Ciara pareció

derrumbarse.

—Es terrible.

—Tranquila, no dejaré que te hagan daño —le prometió Dago.

—No tengo miedo. Es solo que…, Sean…

Dago la entendía. Recordaba la mirada afable del anciano, una mirada que brillaba esa misma mañana.

—Pagarán por lo que han hecho —susurró hundiendo el rostro en el cabello de Ciara que aguantaba con todas sus fuerzas las ganas de llorar.

***

El apartamento se componía de una cocina que se unía al pequeño salón, un cuarto de baño y un dormitorio.

Cuando Ciara se tranquilizó, Dago se levantó del pequeño sofá, fue a la cocina y abrió los armarios.

—Hay latas de comida y dos brik de leche —le informó—, también hay cereales, —Miró la fecha— pero están caducados. A ver…, la leche caduca dentro de una semana.

—Sobreviviremos —dijo ella cogiendo un pequeño cojín y haciéndose un ovillo en el sofá.

Dago fue hasta la pequeña televisión, la enchufó y la encendió.

Acababa de empezar el informativo y hablaban del desempleo en el país.

Ciara suspiró y se ladeó hacia el respaldo del sofá.

—Voy a sacar algo para cenar.

—No tengo hambre, Dago.

—Tienes que comer. Debes comer. ¡Venga! —exclamó de pronto en un súbito arranque de ánimo—. Prepárate, te vas a chupar los dedos, no te imaginas lo que puedo hacer con un par de latas.

Ciara hizo un intento de sonreírle. No lo consiguió.

***

Dago se despertó sudoroso sin saber dónde se encontraba, miró a su alrededor y reconoció el apartamento de Dónovan. Ciara dormía a su lado. Parecía que por fin descansaba. Le había costado coger el sueño, estaba demasiado inquieta por los acontecimientos, pero ahora se la veía relajada.

Se levantó procurando no hacer ruido y fue a beber un poco de agua.

Cuando tomó el primer trago, recordó lo que le había

despertado. Hacía mucho tiempo que no tenía esa pesadilla. Había tenido otras las últimas semanas pero esa…, esa era la que le había perseguido siempre.

En su sueño, estaba en unos acantilados, unos acantilados distintos a los de Herbeira. El bosque se levantaba frondoso a su espalda, entonces una voz femenina le llamaba y hacía que se introdujera en el paraje boscoso. Comenzaba a andar hacia el centro de la arboleda guiado por aquella voz hermosa. Entonces cuando creía estar cerca, la belleza del paisaje se volvía oscura y varias almas, más parecidas a difuntos que a vivos, salían de todos las partes del bosque. Iban armados con todo tipo de armas. Él también llevaba consigo una y comenzaba a luchar con todo aquel que le atacaba, entonces, la voz que antes lo había llamado comenzaba a gritar. Unos gritos de angustia en los que se percibía el sufrimiento más absoluto. De pronto, estaba solo. Con los que había luchado se habían ido, pero habían dejado tras de sí una estela de tinieblas que penetraba en su piel. Dago corría por una senda casi invisible, buscando sin éxito los quejidos que ahora se habían extinguido. Llegaba tarde. El hedor a quemado y a sangre flotaba en el ambiente. Una montaña de cuerpos se desangraba ante sus ojos. Dago caía de rodillas ante esa imagen y la veía. Ciara coronaba la montaña, su cuerpo estaba mutilado, roto por unas heridas que supuraban sangre.

Dago bebió otro vaso de agua e intentó quitarse de la cabeza esa imagen. Volvió a la habitación y después de contemplar a Ciara un rato y así borrar del todo ese maldito sueño, se acercó a la ventana para mirar por entre las cortinas.

Era de madrugada y las calles estaban desiertas. Cuando se disponía a volver a la cama, un movimiento al lado de un coche llamó su atención. Parecía la silueta de un hombre.

Dago se retiró un poco de la ventana y a los pocos segundos volvió a echar un vistazo. La figura seguía ahí. Por su postura miraba al edificio. Intentó vislumbrar si estaba solo o había alguien con él, pero no vio a nadie más.

Miró a Ciara unos segundos y poniéndose unos pantalones y una camiseta, bajó a la calle.

IRLANDA

Septiembre de 2012

La humedad despertó a Dago.

Cuando sus párpados se abrieron comprobó con desconcierto que lo que tenía sobre él, no era el techo de la habitación de su pequeño apartamento de Dublín, sino una frondosa y tupida cortina verde. Tenía la impresión de que había permanecido inconsciente durante siglos. Debido a la desorientación, tardó unos segundos en darse cuenta que esa espesura eran las ramas de los árboles.

Se sentó de un impulso y miró a su alrededor. Estaba solo. Sintió frío. Llevaba la cazadora de cuero pero sus ropas estaban empapadas y no recordaba nada. No sabía cómo había llegado hasta allí. Tocó el bolsillo trasero de su pantalón y notó la cartera. La sacó y comprobó que no le habían robado.

Se levantó con torpeza y tuvo que sujetarse a un árbol para mantener el equilibrio. No recordaba haber bebido, pero se sentía como en la peor de las resacas.

Anduvo despacio hacia un pequeño camino que vislumbró entre la hierba y entonces, comenzó a oír murmullos. Se sacudió la ropa y se la colocó un poco mientras avanzaba hacia las voces.

Frente a él, la abadía en ruinas de Mellifont comenzaba a albergar a los primeros visitantes del día.

Dago subió las cejas asombrado.

Ese monasterio estaba a diez kilómetros de Drogheda, en el condado de Louth y Drogheda a casi cincuenta de Dublín ¿Cómo demonios no se acordaba de cómo había llegado allí?

Caminó hacia la entrada, necesitaba refrescarse, usaría los aseos acondicionados para los turistas. Quizá así se despejara.

Según iba acercándose, vio un grupo de muchachos que no

pasarían de los dieciocho años arremolinándose alrededor de algo que había en el suelo. Iba a ignorarlos, pero un rápido vistazo entre las piernas de varios de ellos, hizo que se detuviera.

Era una rueda, una rueda con una llanta que conocía muy bien.

—¿Pero qué… —El timbre ronco de su voz le sobresaltó.

Recuperándose de esa pequeña turbación, Dago fue directo hacia el gentío y pidiendo disculpas apartó a dos chicos que miraban absortos la moto tirada que había en el suelo.

—Por favor, apártense —pidió molesto. Alzó la moto y se montó en ella. La gente de alrededor comenzó a apartarse de ese hombre desaliñado.

Buscó las llaves en todos sus bolsillos y no las encontró.

Maldijo y se bajó de la moto.

Observó el monasterio sintiendo un dolor que comenzaba a taladrarle las sienes y tuvo una corazonada. Fue hacia el acceso a la abadía, bajó las angostas escaleras y cuando sus pies tocaron la gravilla el dolor se acentuó. Se detuvo obstruyendo el paso de varias personas que lo miraron molestos, y tras unos segundos, se dirigió a la sala capitular.

Su espectacular construcción, todavía dejaba boquiabierto a quien lo contemplaba. Dago se agachó. Pasó la mano por los azulejos medievales del suelo y tuvo que detenerse de nuevo. Cogió aire preguntándose qué le pasaba y entonces, las vio.

Las llaves de la moto estaban tiradas en una esquina. Las cogió con rapidez y se dio la vuelta para irse, sin mirar siquiera las ruinas del lavatorio octagonal construido en el siglo XIII.

Cuando iba de regreso a Dublín. Se preguntó por tercera vez, cómo era posible haber llegado allí y no recordarlo.

IRLANDA

Últimos de Otoño

Me desperté por la claridad. La cortina de la ventana, aunque estaba totalmente echada, dejaba pasar demasiada luz.

Dago dormía a mi lado. Su rostro estaba tan relajado que me dio pena despertarle, de modo que me levanté con mucho cuidado y mientras lo hacía, supliqué que hubiese agua caliente.

Después de comprobar que Dago había tenido la precaución de enchufar el termo eléctrico que estaba en el baño y que gracias a eso, podríamos ducharnos sin coger una pulmonía, saqué el champú y gel del hotel que había metido en mi maleta y silenciosamente, me metí en la purificadora ducha intentando no pensar en lo que hacíamos allí, ni en el pobre Sean.

Cuando salí, Dago ya estaba despierto y miraba absorto por la ventana del dormitorio.

—Buenos días.

Se volvió en cuanto me oyó.

—Hola —contestó distraído.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

Dago me miró unos instantes antes de contestar.

—Bien —respondió al tiempo que se volvía de nuevo hacia la ventana.

—¿Ocurre algo? —pregunté un tanto alarmada. Estaba demasiado atento a lo que había fuera.

—No, nada —dijo sin mirarme.

Me mordí el labio con nerviosismo y me dispuse a vestirme.

Lo hice observándole, viendo como casi no parpadeaba.

—Te he dejado agua caliente. Mientras te duchas, iré preparando el desayuno —le dije saliendo del dormitorio.

No me contestó y al rato le vi pasar hacia el baño.

Dispuse dos tazones de leche y los cereales caducados sobre la mesa

—¡Tú abres los cereales y si salé un alien, también no lo comemos! —bromeé.

Fui a poner la tele y cuando lo hacía, algo bajo las cortinas del pequeño salón llamó mi atención. Era una bola de papel arrugado. En otras circunstancias hubiera cogido el papel y lo hubiese tirado a la basura sin mirarlo, pero no fue eso lo que hice. Lo cogí con el corazón bombeando fuerte en mi pecho y entreabriéndolo, reconocí el logotipo del hotel. Con cierto alivio supuse que era la nota que Conall había enviado informando de la muerte de su abuelo, pero cuando me disponía a comprobarlo, el sonido de la puerta del baño avisó de la llegada de Dago y fui hacia mi bolso para guardarlo.

—De acuerdo, vamos a ver lo que hay aquí dentro. —Cogió el paquete de cereales, lo abrió y lo olió.

—¿Y bien?

Subió los hombros y metió la mano dentro de la caja, sacó unos cuantos cereales y los probó.

—Están un poco rancios, pero se pueden comer —verificó.

No fue el mejor desayuno de mi vida, y no solo porque la comida no estuviera en sus mejores condiciones, sino porque Dago empleó todos los monosílabos habidos y por haber en nuestra fracasada y efímera conversación.

Estaba muy afectada por la muerte de Sean y achaqué su estado a lo mismo. Eso se sumaba a que no podíamos olvidar que la Orden nos buscaba. Una circunstancia por lo que Dago parecía estar todo el tiempo en tensión y que yo, infantilmente, estaba empezando a odiar porque tal actitud le afectaba con relación a mí.

Durante toda la mañana intenté hablar con él y no lo conseguí. Dago se limitaba a vigilar por la ventana y cuando lo volvía a intentar, me decía que estuviera tranquila.

Desatendiendo los consejos de Dónovan, se empeñó en salir a la calle a por algo de comer y no pude impedírselo ni tampoco convencerle de ninguna manera que me dejara acompañarle. Cuando por fin regresó, traía las manos vacías; dijo que no había encontrado ningún sitio abierto.

Pasado el mediodía se despegó de la cristalera y fue hacia la puerta. A los pocos minutos, llamaron.

Era Ronald.

—Os he traído el coche para que podáis ir a Dublín. Es un Peugeot 206, blanco. Está aparcado al otro lado de la calle —dijo

dando las llaves a Dago.

—Ronald, ¿Sabes algo de Dónovan y de Conall? —quise saber. Estaba preocupada por ellos.

—Están bien. —El muchacho me sonrió con timidez—. Me tengo que ir —añadió mirando el reloj.

—Gracias por todo —musité.

—Os he comprado unas hamburguesas, están en el maletero. Supongo que no habréis comido nada desde ayer. También encontraréis una botella de agua de dos litros.

—Gracias. Es estupendo —le dije.

—Dejad las llaves del apartamento en el buzón y el coche aparcado en el bloque A del parking del aeropuerto; ya me apañaré para encontrarlo. Las llaves del coche dejadlas escondidas en la zona interna de alguno de los neumáticos.

—Saldremos ahora mismo para allá —repuso Dago.

—Buen viaje, os deseo lo mejor.

—Gracias —respondió Dago sujetando la puerta.

Ronald nos miró unos segundos y con una sonrisa forzada, se marchó.

***

Emprendimos el viaje a Dublín en silencio.

Tenía la sensación que la gélida brisa que reinaba fuera del coche se había introducido dentro de él y, ni la calefacción podía apaciguarla. Muy a mi pesar, comprendí que no era el tiempo lo que helaba el ambiente, sino la actitud que Dago había tomado desde que se había levantado esa mañana.

No sabía qué había ocurrido, y aunque se lo había preguntado, solo había recibido un escueto y rudo ‘todo va bien’. Eso había sido lo único que le había sonsacado.

Estaba muy contrariada. No sabía qué le ocurría, no sabía si era por la muerte de Sean o porque los Kan Kral nos perseguían. También estaba lo del manuscrito. El Códice no había aparecido y desde luego eso era un buen motivo para preocuparse, pero me negaba a pensar que esa fuera la razón por la cual Dago se comportaba de aquel modo.

Pasaba el tiempo y era imposible sacar cualquier tema, sus gestos y su semblante serio advertían que no era buen momento para hablar de nada y al final, preferí dejarle un tiempo para que cuando él quisiera, habláramos de ello.

Cuando por fin llegamos al aeropuerto, Dago se apresuró a bajar

del coche y a sacar nuestro equipaje del maletero.

—Saldremos dentro de una hora —dijo casi despectivamente.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Estaba atónita.

—Ya te he dicho que no me pasa nada. Tengo ganas de salir de aquí, eso es todo.

—Dago, te ocurre algo. No me lo niegues. Yo también estoy asustada, estoy apenada por la muerte de Sean y también estoy deseando llegar a casa, pero mi actitud contigo no ha cambiado, en cambio tú…

He de reconocer que tras decir esas palabras esperaba que me abrazara y me dijera lo que realmente le ocurría. No fue así.

—No te separes de mí, Ciara —dijo en cambio.

Se agachó y dejó las llaves en el lugar donde le había pedido Ronald.

***

El viaje fue un suplicio.

Dago continuaba en su terco mutismo y yo, no encontraba tema que le estimulara a hablar. Por último decidí callar, ignorar su actitud a riesgo de volverme loca si no lo hacía. Aun así, albergaba la esperanza de que cuando nos fuéramos alejando de la isla, todo volvería a estar como antes de que recibiéramos el mensaje de Conall. Una vez más, me equivoqué. Dago no solo siguió sin dirigirme la palabra, sino que se comportó más distante conmigo si cabía.

Todavía quedaba más de media hora para aterrizar en Santiago, de modo que me propuse leer y busqué mi ebook en el bolso. Mis dedos rozaron la bola de papel y miré a Dago que mantenía sus ojos clavados en la ventanilla. La curiosidad me pinzó y lo saqué con cuidado de no hacer ruido al desplegar la hoja.

Un dibujo distorsionado se retorcía entre las arrugas de la cuartilla. Era un rostro de mujer. Algo en ella me resultó familiar, pero no me entretuve demasiado ni me esforcé en intentar recordar de qué, porque debajo del dibujo había escrita una especie de dedicatoria que captó enseguida mi atención. Tragué con dificultad y volví a los ojos del papel mientras mi estómago se contorsionaba recordando. Miré a Dago herida, y esta vez, le vi de distinta forma a como le había visto los días atrás en Irlanda. Volví de nuevo a observar la cuartilla. Ese boceto era una reproducción exacta del que había encontrado en el desván. Entonces, no supe quién había sido la mano pintora, pero ahora la solución a esa duda me estaba

golpeando en toda la cara. Ya no solo sabía el nombre de esa mujer, sino que ahora también, por el dibujo que Dago había reproducido, por cierto, con todo lujo de detalles, podía conocer su rostro.

Cuando llegamos a San Andrés era tarde, de modo que no pude ir al hospital y fuimos directamente a casa de Kael y Olalla, donde estaba mi padre. Allí nos recibieron jubilosos, pero la alegría pasó pronto cuando oyeron las nuevas que traíamos.

Kael fue el que más afectado se mostró y sin decir nada, salió al jardín con el pretexto de ir a por leña.

Le seguí intentando dejar atrás mis propios suplicios.

—¿Estás bien, Kael?

—El fuego se está apagando, voy a ver si encuentro un buen leño para que aguante toda la noche.

—No te he preguntado eso.

Kael bajó la vista al suelo y siguió andando hacia el cobertizo.

—Ya lo sé, Ciara. Es que no puedo creer lo que nos habéis contado. Sean era un buen hombre. Ha sido una atrocidad lo que han hecho con él. Ese malnacido… Michel y yo somos, éramos, cinco años más jóvenes que Sean y Áine. De niños, la edad nos unía más. Sean estaba loco por tu abuela, y Michel y yo no entendíamos todavía de esas cosas. Por eso yo jugaba más con él que con Sean, hasta que me distancié de él…

—¿Por qué lo hiciste?

—A todos nos instruyeron para lo mismo, pero él mostraba una aversión inusual a todas nuestras enseñanzas. Un día, le encontré torturando a un perro. Michel no tendría más de nueve años. Desde entonces, no quise saber nada de él. Después, de más mayor me enteré de que no era solo eso lo que hacía. Le gustaba beber demasiado y tuvo varias peleas en las que las cosas se complicaron… Cuando me enteré de todas las atrocidades que cometía no podía creer que hubiese compartido con él tantos juegos. Luego lo de Fíonna… Aun sabiendo lo cruel que es, me ha afectado mucho saber que ha sido el responsable de la muerte de su propio hermano.

—Terrible —susurré.

—Lo es. Pero también es que hayáis venido con las manos vacías —añadió— . Estaba casi seguro que… vendríais con buenas noticias al respecto —repuso con la mirada perdida—. Ahora estamos como al principio, con la diferencia, de que ahora es vital encontrarlo cuanto antes. Es importante, Ciara. —Kael pareció envejecer diez años tras decir esas palabras y me acerqué a él, preocupada.

—Conall nos dijo que vosotros sabíais que allí no había nada.

Kael me miró con severidad.

—Ese muchacho se equivocó.

—Pero dijo que su padre se lo dijo, que la buscadora lo sabe bien—repliqué

—Se equivocó —dijo con brusquedad sin admitir discusión.

Inspiré comprendiendo cuánto le afectaba todo lo que estaba pasando.

—No sé dónde está el manuscrito, pero lo encontraré, Kael —le aseguré—. No voy a dejar de buscarlo. Mañana iré al hospital a visitar a mi madre.

—Erin está muy preocupada por vosotros —comentó. Parecía que volvía a ser el mismo de siempre.

—¿Cómo está? Mi padre me ha dicho que bien, pero no sé si está suavizando las cosas.

—No te preocupes por tu madre. El médico dice que su memoria se está recuperando perfectamente. Aún no recuerda bien lo que les pasó; es de lo único que no puede acordarse. Cuando supo que estabais solos tras el Códice entró en una pequeña crisis. Ya está todo solucionado. Si sigue en el hospital es por las heridas causadas en el accidente. Hoy se ha quedado Olalla con ella. Tu padre también está mejor, ya lo has visto. Ayer se quedó él. No quiere dejarla ni un momento, hasta hemos discutido porque quería quedarse hoy de nuevo, pero se cansa mucho, se siente mejor pero no está del todo recuperado.

De pronto, se me formó un nudo en la garganta.

—Kael, ¿siguen protegiéndola en el hospital?

Mi padre me había explicado antes de que nos marcháramos a Irlanda que personas del Clan estaban con ella en el hospital. El accidente había movilizado a gran parte de la Comunidad y estaban todos alerta, pero como habían pasado varios días no sabía si seguían protegiéndola.

—Sí, tranquila. Vigilan todas las puertas de acceso al centro y la planta en la que está tu madre. Incluso hay un médico que es de los nuestros. Está más arropada de lo que crees. Todos en el Clan lo estamos, pero ella especialmente. Recuerda que es la principal buscadora.

—Ah, estáis aquí.

Kael y yo nos volvimos. Mi padre venía hacia nosotros.

—¡Papá!

—Tranquila hija, mira que bien estoy ya —alardeó.

—Ángel, la niña estaba preguntando por su madre.

—Mañana iremos a verla. Precisamente venía a decirte que

acaba de llamar. Creo que deberías devolverle la llamada. Notarás que no pregunta nada sobre el viaje ni tampoco de vuestra estancia a Irlanda. —Claro, los teléfonos estaban intervenidos…—. Anda ve ya, estará impaciente por oírte. Yo ayudo a Kael.

Les sonreí sin alegría y enfilé mis pasos de nuevo hacia la casa.

Cuando entré por la puerta Dago bajaba de su habitación equipado con el traje de moto. Hablaba por el móvil. Me miró y se detuvo a dos escalones de mí.

—Te tengo que dejar —le dijo al teléfono— sí, lo haré —añadió tras oír lo que la otra persona le dijera—, hasta luego entonces.

—¿Te… vas?

—Sí. Tengo que hacer algo.

—Vale.

Me resistí a preguntar pero noté cómo un agujero se abría en mi pecho. Acabábamos de llegar de viaje y… se marchaba. ¿Es que iba a ver a alguien que echaba de menos?

—No volveré aquí, iré a Cariño a ver a mi padre así que…

'Así que no me esperes, tengo algo mucho más importante que hacer que estar contigo'.

Acabé su frase en mi mente y el agujero se extendió arrasando todo a su paso.

—En cuanto mi padre esté listo nos iremos a casa. Estoy cansada y quiero darme un baño. Ya nos veremos —dije con una jovialidad que no sentía.

Dago me analizó y se acercó a mí pero me giré y fui a por el móvil. Marqué el número de mi madre dándole la espalda, suplicado que no dijera nada más.

—Mamá soy yo —dije en cuanto cogió el teléfono.

—¡Ciara!, por fin cariño —me contestó mi madre al tiempo que yo veía cómo Dago salía hacia el garaje.

Se me formó un gran nudo en la garganta que me impedía hablar.

—¿Ciara? —Mi madre me llamó de nuevo e intenté concentrarme en la conversación.

—Mamá, ¿Cómo estás? —le pregunté transformándome en la hija más alegre del mundo.

***

—¡Ciara!

—¡Felicidades!

Mar y yo nos dimos un largo abrazo. La noté más delgada.

—Te estás quedando en los huesos —le regañé.

—Es que cada vez que me pilla tu amigo, me quita tres kilos —explicó al tiempo que iba al maletero del coche y sacaba su exagerado equipaje para tan pocos días.

—Descarada —repuse con falso recato.

—Por cierto, hablando de descaradas. Esta semana que '*el Lolo*' ha estado conmigo en Madrid me ha contado que Dago y tú estuvisteis de viaje, juntos. —Me sorprendió que mi amigo supiera aquello; Dago no tenía que haber dicho nada.

Mar esperaba a que yo se lo confirmara.

—Sí, así es.

—¡¿Así que es verdad?! ¿Y me tengo que enterar por mi novio? —Mar se mostró dolida.

—Lo siento, es que las veces que he hablado contigo no me he acordado de mencionarlo —mentí. No quería hablar del viaje y por supuesto tampoco de la razón por lo que lo habíamos hecho y… no quería hablar de Dago. Batalla que había perdido completamente por el bocazas de Lolo.

—¿Todo va bien, Ciara? —me preguntó Mar demostrando que con ella no podía disimular.

Le dediqué una mirada con un gesto de sumisión.

—No, no va bien.

Mar relajó su pose de ataque.

—¿Qué ha ocurrido?

Había trascurrido una semana desde que habíamos vuelto de Irlanda y no había vuelto a ver a Dago. Estábamos a expensas de una llamada que tardaba en producirse y hasta que no supiéramos hacia dónde debíamos dar el próximo paso, no podíamos hacer nada. Y eso, me había mantenido alejada de él por decisión propia.

Él me había llamado, había venido a verme, pero yo no le había querido recibir. No podía. Todo era demasiado parecido a lo que había ocurrido hacía cuatro años y no quería volver a sufrir de esa manera.

—Mis, mis padres tuvieron un accidente —comenté.

—Lo sé cariño, pero ya están bien. El miércoles me dijiste que ayer iban a Vigo, a un especialista muy bueno, ¿no? y que volvían mañana. Venga, están estupendos.

Era cierto, pero me resistía a hablar de él y quería buscar cualquier otro tema.

—Ciara, tu madre está perfectamente —insistió al ver que hacía un mohín—. Las heridas ya están curadas y su memoria va mejor. Ya verás que bien le viene esa terapia, consulta o lo que sea. —Mar

echó la cabeza hacia atrás y se carcajeó— Además, ¡si es ella la que cuida de tu padre ahora!

Reí sin poderlo evitar.

—Es verdad, al final, ella se está recuperado mejor que él.

—¡Hombres! —exclamó Mar abriendo mucho los ojos. Luego los cerró un momento al tiempo que suspiraba—. Dime, ¿qué ha pasado para que estés de esta manera?, porque que ahora estés así por lo del accidente de tus padres, no cuela.

—Estoy bien de verdad. Venga, entra que estarás cansada del viaje. —Miré el cielo— Esta vez no te vas a librar de la lluvia. Lleva lloviendo toda la mañana y las predicciones han dicho que va a haber una gran tormenta esta noche.

Mar me evaluó unos instantes ignorando mi informe meteorológico.

—Está bien, mona. Voy a subir a dejar esto —señaló su equipaje —, y cuando baje, quiero que me cuentes lo que ha pasado. Quiero saber que es tan grave para que mi mejor amiga esté hecha polvo.

Apreté los labios mirando la verja.

No me había dado tiempo ni de sacar las cosas de la nevera para comenzar a cocinar cuando Mar se presentó en la cocina.

—Estás muy guapa, me tienes que contar un montón de cosas — le dije intentando alargar el momento.

—¿Sí verdad? Me sienta bien tener novio, además, estoy como loca con la fiesta, gracias por organizarlo, Ciara —dijo cogiendo una botella de Ribeiro para abrirla.

—De nada, tonta. Sabes que te ofrecí hacerlo aquí, pero…

—Nooo, no, no, no, no, tú tranquila. Tus padres están convalecientes, ya solo faltaba dar una fiesta en su casa. No quiero que me odien.

Cuando le había dicho a Mar que no celebraríamos su cumpleaños en el caserón, ella había dado por sentado, sin darme ocasión de ofrecerle una explicación, que era por el accidente de mis padres.

—Oye, a todo esto, ¿y Lolo? —pregunté al tiempo que Mar me pasaba una copa llena de líquido ámbar.

—En su casa, ¿dónde va a estar? No querrás que le tenga todo el día pegado a mí. Quiero estar contigo a solas. Tenemos mucho de que hablar.

La sonreí y chocamos las copas.

—Cuéntame —dijo en cuanto tragó.

—Eres incombustible.

—Y tú, como siempre, un maldito libro cerrado.

***

Tuve que inventarme una historia para explicar la razón del viaje junto a Dago y, mientras lo hacía, recé para que éste no hubiese contado ninguna a Lolo cuando le dijo que viajábamos juntos.

Mar se conformó con mi invención, de modo que me relajé al comprobar que así había sido.

—¿Y allí, qué?

—Allí… —Callé y bebí un sorbo de vino.

—Ciara, ¡habla por Dios!

Me mordí el labio para reprimir un sollozo que se me había acumulado en la garganta.

—Lo siento —se disculpó Mar al percatarse.

Le hice un gesto con la mano y cuando pude, comencé a hablar.

—Fue maravilloso, Mar —comencé—. Después de cuatro años volví a sentir, volví a sentirme completa… — Miré al vacío, pero mis ojos pronto se posaron en ella—. Dirás que estoy loca después de lo que te conté cuando subimos a Herbeira pero… —De pronto estaba avergonzada, me sentía como una adolescente ingenua a la que habían engañado de nuevo.

—Tranquila, continua —me animó, Mar.

—Dago me dijo que no me había olvidado, que todo este tiempo separados lo había pasado muy mal sin mí, y yo…, me vi tan reflejada… Yo nunca he dejado de amarle, nunca le olvidé, ni estando con Marcos pude hacerlo y verle de nuevo, solo ha hecho que esos sentimientos se reaviven y se hagan más fuertes.

—Dios mío, estás enamoradísima...

—Más que eso, ¿se puede estar más que eso?

Mar frotó mi mano.

—¿Él te ama?

Esa pregunta me quemó, me abrasó tanto que el dolor fue difícil de aguantar.

—No lo sé —contesté—. En Irlanda sus palabras…, sus gestos, todo…, parecía que sí, pero no sé…, Dago es impredecible. El día que teníamos que regresar ya se levantó distante, esquivo conmigo. —Omití lo del dibujo porque si no tendría que explicarle muchas cosas más— El viaje fue pésimo, apenas si cruzamos palabra. Y en cuanto llegó a San Andrés, se fue con su moto y no me dijo dónde.

Le oí hablar con alguien por teléfono pero no me dijo con quién, esto fue minutos antes de que se fuera —puntualicé—. Yo no le pregunté, esperaba que me lo dijera él, pero al igual que en las últimas malditas horas, estaba demasiado enigmático. No le he vuelto a ver.

—Espera, espera —pidió Mar poniendo sus manos como si detuviera algo—. No entiendo nada, Ciara. ¿Se fue del pueblo?

Negué con la cabeza.

—Pero ¿entonces? ¿No dices que se ha ido de San Andrés? ¿Habéis hablado?

—Desde que llegamos de Irlanda no he querido verle. Me ha llamado y ha venido, pero yo…

—¡¿Pero, por qué?! —gritó mi amiga—. Ciara, ¡no te cierres!, eres desesperadamente inexpugnable, ¿no entiendes que así no se hacen las cosas? De acuerdo, no sabes dónde fue con su moto. No sabes qué coño le pasaba el día de la vuelta a Galicia, pero tía, ¡acláralo y no te machaques tanto!

Todo el argumento de Mar era totalmente válido. Pero era algo que me era muy difícil hacer.

Fui al porche trasero y me apoyé en la mesa.

—Ciara, habla con él —insistió esta vez más calmada.

—No puedo —susurré.

—¿Qué? —oí a Mar detrás, a mi espalda.

Me giré hacia ella.

—¡Qué no puedo! —grité—. ¡Quiere a otra, lo sé!, he intentado negármelo a mí misma. En Irlanda lo hice aun habiendo encontrado unos días antes una carta escrita de su puño y letra dedicada a una mujer que no era yo. La misma mujer de siempre, ¡la misma! —negué con la cabeza—. Me dejé llevar porque no puedo resistirme a él, porque cada vez que le tengo cerca toda mi coherencia se evapora. Pero no va a volver a pasar, ya no. No va a volver a hacerme daño. Si es preciso, me iré de Galicia.

Mar me miraba impertérrita.

—¿Has acabado?

La miré atónita.

—Ciara, te tengo como una de las personas más coherentes y más inteligentes que conozco. Pero déjame decirte que te estás comportando como una auténtica imbécil. De acuerdo, estás dolida, pero me niego a creer que te vas a ir de aquí sin haber solucionado esto. Vale, quizá sea un cabrón, un cerdo que te esté engañando, pero escucha una cosa. En ningún momento quiero que se te pase por la cabeza huir. Eres la tía más valiente que he conocido en mi

vida y siempre he envidiado tu arrojo y tu decisión para todo. Ahora te estoy oyendo y no te reconozco. Habla con él. Dile todo lo que sientes, que aclare de una vez tus dudas y exponga sus verdaderos sentimientos. Si lo que dices es verdad, por lo menos tendrás la oportunidad de mandarle al carajo y no martirizarte allá donde vayas como lo has estado haciendo estos últimos cuatro años.

Apreté los labios. Mar tenía razón. Me estaba comportando como una cría.

—Tengo miedo de lo que pueda decirme —dije suspirando.

Mar se acercó a mí y puso sus manos sobre mis hombros.

—Lo sé cariño, pero, ¿no crees que es mejor vivir sabiendo la verdad que vivir teniendo miedo de saberla?

***

Acabamos de comer casi en silencio.

Mar había preparado la comida y no había permitido que yo hiciera nada. Después de nuestra interesante conversación me había consentido como a una niña pequeña y me las había ingeniado para que la charla derivara hacia ella.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Eh…, las tres —le dije mirando mi reloj de pulsera.

—Voy a tomar café a casa de Lolo y vengo en dos horas. Hoy me va a presentar a sus padres —gruñó estirando los labios y enseñando los dientes.

—Oh, ¡qué honor! —bromeé.

—Vete por ahí mona. ¿Estoy bien? —preguntó atusándose el pelo— Espero caerle bien a mi suegra…

—Mari es muy maja, ya verás —dije en serio.

—Bueno, luego te veo. ¡Y prepárate! ¡Hoy nos vamos de fiesta!

***

El miembro de la Orden de los Kan Kral colgó el teléfono a uno de sus superiores y gruñó.

Los planes habían cambiado y desde hacía días estaba de muy mal humor.

Miró el reloj del coche. Solo faltaban unas horas para la fiesta a la que había sido invitado en el maldito pub de ese chulo. La última semana, Almudena había sido la encargada de comunicar al grupo que la celebración se trasladaba al local de Nacho.

Repitió la palabra en su mente, maldiciendo a Ciara. I-N-V-I-T-A-

D-O, ¡le iban a invitar a esa casa y ahora todo se había estropeado!

Era la primera vez que eso sucedía y había recibido numerosas felicitaciones por ello. Unas felicitaciones que se habían trasformado en frases de decepción y en algunas, ocasión de burla.

Estaba furioso, de un día para otro se había convertido en el hazme reír de todos. Primero el accidente fallido y ahora…

Tendría que tapar algunas bocas.

Pensó en lo que le esperaría si conseguía las vitelas y resultaban ser las que ellos codiciaban. Tendría acceso a los privilegios que solo los más veteranos poseían, algo que en el Clan, no tendrían jamás. Se regocijó con orgullo recordando la llamada que había recibido esa misma mañana del mismísimo Michel O'Lochlainn, la máxima autoridad en Irlanda. Ese viejo era una eminencia en la Orden. Con sus actos en el pasado se había ganado el respeto de todos, algo que demostró cuán importante era para él conseguir el Códice para los Kan Kral… y también dejando claro con lo que le había sucedido después…, que tenían que ir con precaución.

El joven pellizcó el puente de su nariz y recordó cómo otro miembro de la Orden le había comunicado el día anterior, que estando Ciara y Dago en Irlanda, Michel se había cargado a uno de los más respetados integrantes de la comunidad de condado de Clare y, no le había temblado la mano al hacerlo aunque a quien matara, fuera su hermano.

El miembro de la Orden pensó en lo que eso le valorizaba. Matar a su propio hermano por la Causa le había otorgado aún más respeto y, también provocar más miedo entre los que trabajaban con él codo a codo.

Aunque..., tal vez, Michel había hecho aquello para suavizar el hecho de que dos de los integrantes más importantes del Clan se le hubiesen escapado estando en su territorio. Para solventar ese enorme error, quizá había que hacer algo, ¿quizá matar a alguien igualmente importante para acallar los rumores de que estaba acabado? Porque estaba acabado. Él le destronaría consiguiendo las vitelas y haciéndose después con su puesto en la isla.

No tenían ninguna duda de lo que en un pasado ese viejo había logrado. Sus actos envueltos en la más absoluta locura le habían catapultado al lugar donde ahora se encontraba. Pese a ello, el joven miembro de la Orden no le envidiaba en absoluto.

Se volvió a mirar en el espejo y sonrió.

Pensó en el pionero de los Kan Kral. El legendario Timandro y sus derramamientos de sangre por conseguir lo que ahora él, también codiciaba, lo que todos en la Orden deseaban. El Poder, el

recuerdo.

Suspiró y se volvió a mirar en el retrovisor del coche mientras la lluvia golpeaba con fuerza el parabrisas.

Con la punta de la lengua tocó una de sus comisuras y sonrió. Se excitó.

Miró el reloj de nuevo y marcó un número de teléfono en su móvil.

A los tres tonos contestaron.

—Hola preciosa, ¿Estás en casa?

—Hola —contestó la joven, emocionada por la llamada—. Sí, estoy sola, mis padres se han ido a Cariño.

Él ya sabía eso.

—¿Qué te parece si antes de ir a la fiesta me paso por allí? —propuso tocándose la bragueta.

La chica suspiró y se mordió los labios.

—Aquí te espero —le dijo.

El miembro de la Orden colgó y se pasó la mano por el pelo, sacó la foto de Ciara que tenía guardada en la cartera y la acarició.

—Tranquila cariño no sufras, cuando me la esté follando, pensaré en ti.

***

No tenía ganas de celebraciones, pero me propuse que Mar tuviera una fiesta de cumpleaños por todo lo alto, ya que por suerte, no habíamos tenido que salir hacia otro nuevo destino.

Lolo era el que se había encargado de ponerse en contacto con Nacho, y para ser sincera, le agradecí el detalle. Al igual que con Dago, esa semana procuré no ver a ese gañan presuntuoso porque no sabía cuál iba a ser mi reacción. Esa noche le vería, de modo que intentaría hablar con él sin que se enterara mi amiga para no estropearle la fiesta.

En cuanto Mar se marchó, había hablado un rato con mi madre. Estaban bien. Tenían concertada la cita con el doctor que iba a verla a las siete de esa misma tarde y después cenarían y pasarían la noche allí. Al día siguiente, volverían a San Andrés.

Era importante, teníamos que seguir con la búsqueda y realmente la necesitaba para trazar nuevos planes, unos planes en los que me encargaría que Dago no entrara.

Esos días, había investigado lo indecible mientras Kael hablaba con diversos integrantes del Clan. No habíamos conseguido nada, pero teníamos que preparar un próximo viaje. Ahora que mi madre

se estaba recuperando, había insistido en que ella volvería a hacerse cargo completamente, pero yo no estuve de acuerdo. Ya me sentía responsable y ellos sabían que no iba a ceder.

El timbre del teléfono sonó y me apresuré en cogerlo.

—Hola preciosa, ¿cómo te va?

—Hola Nacho. Bien —dije lacónica.

—Te llamo para saber a qué hora vais a venir. Ya lo tengo todo listo.

—¿Qué es lo que has preparado? —pregunté. Conociéndole, corría el riesgo de que la policía se presentara en mitad de la fiesta.

—Pues he decorado un poco el pub. Voy a bajaros el precio considerablemente del whisky, ron, y ginebra, de la buena eh. De los refrescos, del bourbon, no sé, un poco de todo. Aunque conociendo al personal, lo que más va a triunfar va a ser la cerveza. Ya se lo he dicho a Elsa, que es la que se va a encargar de serviros en exclusividad.

—¿Elsa?

—Sí, la rubita que tengo detrás de la barra.

Ah sí, la que se comía con los ojos a Dago.

—Ya, ya sé a quién te refieres.

—Es amiga de mi hermana Marisol, la que está en León, me pidió el favor de que la contratara y bueno, ya me conoces…

Sí, le conocía, y si la amiga de su hermana no hubiese tenido un canalillo que albergara un tocadiscos, Nacho no la hubiese contratado por mucho favor que le hubiese pedido su hermana mayor. De pronto me dio pena Elsa, me costaba creer que debajo de aquel pelo oxigenado hubiese algo más que unos pocos pensamientos sobre las últimas tendencias en esmaltes de uñas y eso, la hacía un blanco fácil para Nacho.

—¿Ya ha llegado Mar?

—Sí, hemos comido juntas. Ahora está con Lolo en su casa.

—¿Y tus padres?

—Bien, están mejor. Ahora, en Vigo.

—De modo que estás solita. ¿No necesitarás a un hombre por casualidad, verdad?

— Ja, ja, ja —dije con lentitud desgranando cada sílaba—. Ahora que dices eso, tenemos que hablar.

—¿De qué?

—Ya te enterarás luego.

—Vale. Mmmm, qué intriga… —susurró desplegando sus dotes seductoras—, estoy deseando averiguarlo… —De pronto paró de decir tonterías y preguntó en un tono totalmente diferente: — Oye,

¿Y Dago?, ¿A qué hora vendrá él?

—No creo que vaya —susurré.

Los dos nos quedamos en silencio unos segundos.

—Bueno Nacho, luego nos vemos.

—Hasta luego, preciosa.

Colgué el teléfono y me quedé mirándolo un rato.

Me sobresaltó que volviera a sonar. Suspiré y lo cogí de nuevo.

—Qué Nacho, ¿no puedes esperar a verme?

Nadie respondió y presioné el auricular más a mi oído.

—¿Hola? —pregunté.

—Ciara, soy Dago.

Ahogué un jadeo.

—Ayer te llamé y no estabas —dijo en tono cortante.

'Ayer no te cogí el teléfono que es distinto'—pensé.

—¿Qué quieres?

—¿Estás esperando a que te llame Nacho? —me preguntó con voz contenida.

—Hoy es el cumpleaños de Mar y estamos organizando su fiesta —repuse. Me latía el corazón a mil por hora—, y ahora dime lo que quieres, estoy muy ocupada.

—Quiero lo mismo que he querido estos días, verte y que hablemos.

Me mordí el labio y cerré los ojos.

—Mejor lo dejamos para otra ocasión —dije sin abrirlos al tiempo que tocaba mi frente.

La línea se quedó de nuevo en silencio y dudé si se había cortado la comunicación.

—Estoy en la puerta de tu casa. Ábreme si no quieres que entre por la fuerza.

Abrí los ojos de pronto.

—No, no voy a abrirte, vete, ya hablaremos otro día. Mar está a punto de llegar.

—Ábreme, Ciara —me ordenó, amenazador.

—Vete, no tenemos nada de qué hablar. —Volvía a mi estado infantil, a mi estado de idiotez como me había acusado mi amiga, pero no podía hacer otra cosa; no estaba preparada para enfrentarme a él.

—Está bien, entraré yo.

De improviso, me colgó dejándome atónita.

Instintivamente me acerque al videoportero y vi por la pantalla cómo Dago sacaba de uno de los bolsillos de su cazadora unas llaves con el inconfundible llavero de su abuelo, abría la verja

manualmente dejando el espacio suficiente para que entrara la moto y se montaba en ella para pasar.

Estaba cumpliendo su amenaza y yo no estaba dispuesta a ello. Furiosa, abrí la puerta de la casa y salí corriendo hacia él.

Llovía con fuerza y a los pocos metros ya estuve empapada.

—¡¿Estás loco?! —le acusé cuando detuvo la moto a mi lado.

Dago borró su desafiante gesto y sin esperármelo, me cogió de la cintura y me acopló delante de él.

—¡¿Qué haces?! —le grité.

Aceleró e instintivamente me agarré a su cuello. En cuanto llegamos frente a las escaleras de entrada me bajé sin esperar a que parara el motor.

—¿Pero qué te has creído? —volví a gritar.

Dago bajó de la moto con lentitud. Estaba tan empapado por la lluvia como yo, pero no parecía importarle.

—Vamos dentro, vas a resfriarte —me dijo.

—No, vete.

—Maldita sea, Ciara. ¡Métete dentro de una vez!

Le miré iracunda, midiendo hasta dónde podía controlar la situación. No me sirvió de nada. Al ver que no me movía, me cogió en brazos y se metió dentro conmigo.

Nuestras ropas chorreaban y el suelo pronto acumuló pequeños charcos.

—¡Me desesperas Ciara!

—Eres un, un…ahhhh —grité con impotencia echándome el pelo mojado hacia atrás.

—Vamos a hablar, quieras o no quieras —dijo quitándose la cazadora.

—Ahora no puedo. Ya hablaremos —repliqué.

—¿Se puede saber por qué desde que vinimos de Irlanda no has querido verme?

Mi respiración agitada se aceleró aún más.

Recordé las palabras de Mar, pero aun así, me di la vuelta y fui hacia el salón. Él me siguió.

—Solo quiero saber por qué huyes de mí otra vez sin darme una maldita explicación.

—¿Cómo la que tú me diste el día de nuestro regreso? —pregunté mirándole de frente.

—¿A qué te refieres?

—No sé, tú sabrás. Siempre tan enigmático, ¡siempre! —Recordé el maldito papel del hotel—. Primero te muestras indiferente conmigo y luego te largas sin explicarme adónde. Ya veo tu juego.

Caí como una idiota en Irlanda, pero aquí, no vas a conseguir que lo haga.

—Tú no me eres indiferente, ¿por qué dices eso?

De repente estaba muy cansada. Tenía la sensación que de un momento a otro iba a caer desfallecida.

—Dago, en Irlanda pensé que podía olvidar todo lo que ocurrió entre nosotros pero no es así. Tu actitud me lo recuerda a cada instante. ¿No lo entiendes?

—No puedo rebatirte algo que ignoro. Si me dijeras lo que pasó te lo podría discutir, pero sigues callada. Sigues igual que estos últimos años y ahora, ahora que te he vuelto a tener, esto es como un castigo, una tortura. ¿Es una venganza por eso que dices que te hice y que yo desconozco? Porque si lo es, te felicito —Subió el rostro—. Estos cuatro años lo he pasado mal, pero esta última semana ha sido peor que todo ese tiempo junto.

—No sigas por ahí —le advertí. No quería escucharle. Sus palabras me golpeaban, sus besos y caricias recientes…, pero esa mujer sumada a su actitud, prevalecía sobre todas esas cosas—. Vete por favor.

—No voy a marcharme hasta que me digas lo que te ocurre conmigo. Si no me quieres me iré y, si es lo que deseas no volverás a saber nada de mí, pero me tendrás que convencer. ¿Sabes?, antes de creer que no me amas prefiero pensar que te estás desquitando conmigo. Eso sería mucho mejor, pero si es así por lo menos que sepa por qué. Necesito saber por qué saliste huyendo, por qué lo has hecho de nuevo.

Sentí que el mundo se hundía bajo mis pies. ¡¿Cómo podía seguir insistiendo?!

Un enorme nudo de impotencia me aprisionó el pecho dificultándome respirar. Me di la vuelta y fui a la ventana buscando el ansiado aire mientras rememoraba todo lo que pasó ese día en los acantilados, mientras recordaba lo que había pasado entre nosotros en Irlanda y lo que había ocurrido después. ¡¿Cómo había podido imaginar que podíamos intentarlo de nuevo?! ¡¿Cuándo, si estaba más que claro que quien fuera esa mujer no abandonaba su mente?!

Ya estaba harta, de pronto, la irracionalidad y la furia me cegaron.

—¡¿Quieres saber por qué me fui?! ¡¿Lo quieres saber?! —pregunté fuera de sí al tiempo que me volvía hacia él.

—¡Desde hace cuatro años, exactamente! —gritó él a su vez.

—¡¡Eres un hipócrita!, lo fuiste y lo sigues siendo. ¿Cómo puedes seguir con esta farsa?

—¡¿Qué farsa?! ¡No hay ninguna farsa, Ciara! —gritó encolerizado—. No sé lo que pasó, joder. Solo sé que fuimos en mi moto a la garita, tuvimos un problema con aquel hombre y…

—¡¿Qué, hombre?! ¡Allí no había ningún hombre! —le interrumpí exasperada.

Dago calló de golpe e inspiró antes de hablar.

—Por favor, Ciara. —Su voz se convirtió en un susurro y el gesto de su rostro pasó de la furia a la confusión— Aunque te cueste, explícame con detalle qué es lo que pasó.

Me sentía herida. ¿Cómo podía haber olvidado aquello?

—Por favor…

—Tú estabas allí, Dago. ¿Qué quieres que te cuente?

—Sé que estás muy enfadada por algo que hice, pero te aseguro, ¡te juro!, que no sé qué es. Necesito saberlo, me voy a volver loco. Nunca me lo has querido decir, me echabas de tu vida cada vez que lo intentaba. Por favor, aclaremos de una vez todo esto. Lo necesito.

Le evalué severamente, pero mi propia confusión fue en aumento y haciendo un enorme esfuerzo, hice lo que me pidió.

***

Me costó comenzar, era un tumor demasiado profundo para extirparlo, pero una vez abierta la herida, desmenucé cada palabra entre rabia y dolor sin omitir por fin, lo que más me dolía y el principal motivo de mi huida: las palabras que dijo aquella tarde.

Cuando terminé, Dago parecía haber parado de respirar y sus ojos quedaron fijos en mi rostro con un gesto indescifrable.

No estuve muy segura de que yo también siguiera respirando. Por fin vi una pequeña reacción en él cuando su mirada bajó a mi boca.

—No puede ser… —dijo al fin. Su semblante grave me impedía discutírselo—. No es posible que no vieras lo que yo vi, que… te tratara de ese modo —añadió.

Me dio un calambre en el estómago cuando le oí decir eso.

De pronto, Dago se dio la vuelta y comenzó a andar de forma errática por el salón.

—¡¿Cómo es posible?! ¡Me estoy volviendo loco! —Se llevó las manos a la cabeza y yo comencé a asustarme. Se detuvo y me miró fijamente—. Lamento mucho lo que pasó, Ciara. No, no entiendo nada. Jamás se me ocurriría hablarte de esa manera, hacer…, hacer eso… Ni siquiera recuerdo… No sé qué decir…, ahora, ahora entiendo tu actitud hacia mí.

En ese momento dudé de haber hecho bien purgando mi alma. No era esa la reacción que yo esperaba, pero al fin había podido soltar en forma de palabras esa tortura que me laceraba. De un temor que me acosaba cada noche y que se había avivado al leer la carta que estaba dirigida a otra mujer, a ella.

Viendo así a Dago, como una idiota me sentí culpable, decía que no recordaba nada. ¿Qué estaba pasando? Eso no era normal. No era normal que no se acordara.

Dentro de mí persistía la obcecación de no creerle, pero parecía estar diciendo la verdad, y por otro lado… era algo demasiado grave como para olvidarlo y dejarlo pasar.

Recordé los desmayos. ¿La diabetes podía afectar a la memoria de esa manera? Volví a dudar. El desconcierto se incrementó. Otra vez la culpa me apuñaló al verle tan dolido por algo inexistente para él.

Dago seguía dando vueltas por el salón. Le observé incrédula. No, no era posible que lo hubiera olvidado todo. Había tenido una actitud imperdonable.

—Tienes que creerme… —Sus palabras interrumpieron mis pensamientos.

No supe qué decir. Estaba demasiado confusa.

Dago se acercó a mí un tanto ansioso y agarró mis muñecas.

—Dime que me crees, Ciara. Te juro que antes de hacerte daño me cortaría un brazo.

Mi corazón se aceleró. Su gesto imploraba oír algo de mis labios.

Me zafé de su contacto y di un paso hacia atrás.

—No sé qué decir, Dago —musité—, lo hiciste, el hecho de que no lo puedas recordar no cambia las cosas.

Tras unos interminables segundos suspiró derrotado.

—Es cierto. No recuerdo nada de lo que me has contado, de lo que hice…, pero te creo, Ciara. Te conozco y sé que no mientes. Si eso es lo que te ha mantenido alejada de mí todo este tiempo, lo entiendo. Tienes razones suficientes para odiarme.

Quise decirle que no le odiaba. Pese a todo nunca le había podido odiar, le amaba demasiado, pero las palabras estaban sujetas a mi garganta y emitir una sola de ellas me hacía tanto daño que preferí callar.

Dago se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. No le detuve.

Cuando oí el sonido del motor de la moto me derrumbé y resbalé por la pared hasta llegar al suelo donde me acurruqué y lloré amargamente hasta quedarme sin lágrimas.

***

Dago retorció el puño del acelerador con furia.

No podía creer la actitud que había tenido con Ciara cuatro años atrás. No podía creerlo.

Todo lo que le había contado le resultaba inverosímil, ¿cómo podía haber olvidado algo así?

Se cuestionó su buen juicio. Ciara había negado una vez más la existencia de aquel hombre que había invadido su intimidad en la garita.

En un brusco movimiento se echó a un lado y frenó en el arcén, se quitó el casco e intentó tranquilizarse, estaba demasiado nervioso. La cabeza le daba vueltas y por primera vez, tuvo miedo de perder la razón.

Imágenes de sombras acudieron a su mente y comenzó a rememorar las veces que dichas sombras habían irrumpido en su vida, siendo solo una vez, aquella vez en la garita, cuando había podido tener frente a frente a una de ellas y hasta había podido oler su aliento. Aquella persona era real, estaba seguro.

También recordó al hombre de Lisdoonvarna, al hombre que divisó por la ventana del apartamento de Dónovan y que él mismo fue a buscar sin éxito. Ahora dudó si era un miembro de la Orden o uno de esos espectros. Recordó cómo su figura no se había movido de aquella esquina durante toda la mañana, vigilándoles. Cómo había desaparecido cuando, de nuevo, salió a por él. Luego la posterior sensación de ser observado de camino al aeropuerto que solo remitió cuando montaron en el avión.

La presencia constante de ese hombre, de esa sombra, le había llevado a estar en un estado de máxima alerta. Quería proteger a Ciara. Solo imaginar que se acercaban a ella…

No le había querido decir nada para no preocuparla. Lo acontecido con Sean era demasiado, pero ahora…, ahora se arrepentía de no haberle dicho que estaban siendo vigilados. De esa manera no tendría la sensación de que se estaba volviendo loco, porque ella, lo hubiese visto también.

Dago dudó de esa afirmación y se pasó la mano por el pelo soltado un bufido. De nuevo intentó recordar todo lo que ocurrió aquella tarde en la garita, y nada de lo que recordaba coincidía con lo que Ciara le había narrado. Lo único que concordaba era haberla recogido del suelo…, nada más.

Dago dio un puñetazo al asiento de la moto y pellizcó el puente de su nariz.

Recordó sus desmayos, sus despertares en lugares donde no recordaba haber ido por voluntad propia. Recordó Londres, aquella vez en Irlanda… En el desván hacía tan solo unas semanas, las veces que escribía cosas y luego no recordaba nada…

—¡¿Qué está ocurriendo?! —gritó a la noche que ya había comenzado a caer.

Dago se puso de nuevo el casco y aceleró ferozmente. Tenía que ir a hablar con su abuelo de todo eso. Había llegado el momento de hacerlo.

***

Mar me pilló saliendo de la ducha.

Asegurándome de que las lágrimas no me hubiesen dejado ningún rastro, salí del baño. Sabía que si me notaba, aunque fuera una ínfima huella de que había estado llorando, me obligaría a contarle lo que había ocurrido, y sentía que mi corazón no aguantaría otra embestida esa tarde.

Venía sola y di gracias por ello.

—¿Qué tal con Mari? —me interesé.

—Súper bien. Oye siento haber tardado tanto, pensaba estar unas dos horas y al final…

No podía hacerse a la idea de lo bien que me había venido que hubiese tardado tanto.

—Tienes razón, esa mujer es un encanto. Voy a tener que creer que lo de las suegras malvadas es un tópico.

—Lo es —dije quitándome la toalla de la cabeza una vez me senté en la cama. Mar me arrebató el cepillo de las manos y comenzó a desenredarme el pelo.

—Gracias de nuevo por organizarme la fiesta.

—Qué tonta eres. No me las des. Te mereces un fiestón y te aseguro que lo tendrás.

—¿Cómo te encuentras?

Pregunta equivocada.

—Bien Mar, estoy bien, pero de verdad, no quiero volver a hablar del tema.

Mi amiga paró de cepillarme el cabello y la oí suspirar.

—Está bien. No hablaremos de Dago.

—Gracias.

—Tienes una melena preciosa. Bueno, toda tú eres preciosa. Arpía… —bromeó.

Reí sin poderlo evitar. Mar era una buena medicina, aunque sus

efectos fueran transitorios.

—Gracias, pero tú no tienes nada que envidiarme a mí, ni a nadie. Eres un cañón de tía, sino que se lo digan a tu novio.

Mar rio con malicia y me compadecí de Lolo; por fin mi amigo había encontrado la horma de su zapato.

—¿Al final van a ir todos?

Esa pregunta me causó un dolor agudo a la altura del pecho. Me puse en pie y fui a por mi ropa interior.

—Nacho ha llamado, dice que ha decorado el pub. A ver qué tal. A las nueve lo sabremos.

—Ósea, dentro de una hora.

—Sí, así que ve arreglándote que te conozco.

—Oye, ¿toda tu lencería es así? —preguntó Mar.

—¿Cómo?, no te entiendo.

—Pareces una modelo de Victoria Secret.

—Vete por ahí, anda. Es un conjunto normal y corriente —repliqué adaptando las copas del sujetador a mi pecho.

—Ya…, bueno, y… Dago, ¿va a ir?

La miré con reproche.

—No creo que vaya, Mar.

—¿Sabe lo de la fiesta?

—Lo sabe.

—Entonces, espero que venga.

—No lo hará.

—Yo creo que sí, y te advierto que si lo hace no le echarás de *mi* fiesta de cumpleaños.

Me di la vuelta y me metí de nuevo al baño a secarme el pelo. A los tres segundos la cabeza de Mar apareció por la puerta.

—Estás loca por él y él está loco por ti. Y quiero que sepas que haré todo lo que esté en mi mano para que arregléis vuestras historias.

Suspiré y encendí el secador. Era más que evidente que ella y Lolo habían hablado.

***

—Oye, la chica esta, la de las tetas grandes, que digo…, que quién la ha invitado —quiso saber mi amiga en cuanto entramos en el pub de Nacho.

Lolo y yo nos miramos conteniendo la risa. Elsa estaba al lado de su jefe y éste, enroscaba su brazo en la cintura de ella.

—Es la camarera, Mar —le informé—. Nacho me ha dicho que

va a atendernos en exclusividad.

Las cejas de mi amiga se arquearon.

—Hmmm, vale, vale. —Se volvió a su novio—. Cariño, cuando quieras beber algo me lo pides a mí —le dijo sin ningún atisbo de broma. Dicho esto, se dio la vuelta y avanzó hacia ellos.

Lolo me dedicó una mirada risueña.

—Su primer ataque de celos —dijo como si eso fuera algo maravilloso.

Negué con la cabeza y miré el reloj.

—¿Y Dago? —preguntó dando un repaso a su alrededor—. Le he llamado antes de venir y no estaba en casa, tampoco me responde al móvil. ¿Va a venir, no?

No podía culparle de su interés. Dago era del grupo.

—Lolo, no creo que venga.

—Pero, ¿está aquí en San Andrés o es que se ha ido?

—Está aquí, pero dudo que acuda al cumpleaños.

—¿Está invitado? —Su pregunta estaba teñida de reprobación.

Apreté los labios e inspiré hondo.

—Cariño, escucha —comencé a decirle—, Dago y yo estamos en una fase un poco complicada.

Lolo me miró con las cejas arrugadas.

—¡Chicos! ¡Ya está todo listo! —nos informó Nacho desde la barra.

—Ahora vamos —le contesté para acto seguido volver a prestar atención a Lolo— Anda, ayúdame a acabar con todo el alcohol que haya en este tugurio.

***

La música retumbaba por todo el local.

Almudena vino hacia nosotros en cuanto nos vio, y después de que felicitara a mi amiga, me dio un cariñoso abrazo.

—¿Qué tal con Pedro? —le susurré al oído.

—Bien, hablé con él y bueno, me ha dicho que no tengo por qué preocuparme. Estamos bien Ciara, gracias —dijo sonriendo—. Vendrá más tarde. Ha tenido que ir a arreglar un equipo a una empresa de Cariño.

Me sentí culpable al oír eso. Pedro estaba en uno de los coches que vigilaba la casa; le había visto cuando habíamos salido hacia el pub y, aunque sabía que acudiría más tarde a la fiesta, no pude evitar sentirme mal por él.

Los demás ya estaban allí, todos menos Sonia e Iván que

llegaron después. Al ver al recién llegado, una sensación incómoda me recorrió el cuerpo, pero la aplaqué convenciéndome de que no existía ningún peligro.

—Bienvenidos —les dije.

—Gracias —respondió Iván rápidamente—. Es un placer volverte a ver.

—¿Dónde está Mar? —preguntó con impaciencia, Sonia.

—La puedes encontrar por ahí. —Señalé al fondo del local.

Nacho había vaticinado acertadamente. La cerveza helada era lo más demandado; aunque dudé por un momento si eso se debía por la bebida en sí, o porque era lo que más rápido se bebía y así los chicos podían pedir una tras otra deleitándose con el escote de Elsa que mantenía perennes en la barra a mis amigos del género masculino.

—Creo que Mar y Lolo van muy enserio —me dijo Sonia con los carrillos inflados debido a los canapés. Lolo era el único hombre del grupo que estaba con su novia.

—Sí, eso creo.

—En cambio, noto que Almu y Pedro no están muy bien que digamos.

Su tono me molestó. De todos era sabido que a Sonia siempre le había gustado el novio de mi amiga y ese comentario, lejos de ser apenado, me pareció todo lo contrario.

—¿Tú qué tal con Iván? —le pregunté casi rozando la grosería.

Sonia se quedó parada unos instantes y tragó.

—Bien, muy bien. Ya entra en casa —dijo cogiendo otro canapé — ¿Y a ti con Dago?

—Me alegro por ti, ahora disculpa, tengo que decir una cosa a Mar sobre la fiesta —mentí. No me apetecía hablar de Dago y menos con Sonia.

Dago, Dago. No podía apartarle de mis pensamientos y lidiar con mis amigos no era fácil en ese asunto. Había tenido que responder a cada uno de ellos la pregunta de si iba a venir a la fiesta.

Eso me recordó algo y aprovechando que Lolo dejaba un momento a su novia, cogí a ésta del brazo y la llevé a un rincón.

—Oye Mar, quería preguntarte algo.

—Tú dirás.

—¿Qué es lo que Dago contó a Lolo sobre Irlanda? —quise saber.

Ignoraba cuándo le había contado lo del viaje, si antes de irnos o

ya cuando habíamos vuelto. Quizá era una tontería, pero quería saberlo. Si se lo había dicho después de venir, eso quería decir que él y Lolo habían hablado de lo que había ocurrido entre nosotros y, quería estar preparada porque si era así mi amigo atacaría en cualquier momento.

—Me parece que no fue Dago quien le dijo que ibais a Irlanda.

—¿Qué? —Esa revelación me dejó lívida. Si Dago no había sido, ¿quién entonces? Solo lo sabíamos la gente del Clan y al parecer, gente de la secta…

—Si quieres se lo pregunto ahora, ha ido al baño —susurró Mar —. Oye, vaya cara que has puesto.

—No, ahora cuando salga se lo preguntaré yo, no te preocupes.

Esperé con impaciencia que mi amigo saliera del aseo. Entretanto, miraba a todos los que se concentraban en la barra. Tenía la sensación de que haber cambiado la fiesta de sitio había sido lo más acertado, de lo contrario, hubiese cometido un grave error. Quizá irreparable.

Cuando Lolo apareció, casi me abalancé hacia él.

—¡Uau, una pelirroja me secuestra! —bromeó cuándo tiré de él para llevarlo a un rincón.

—Déjate de tonterías y escúchame— le dije con demasiada rudeza.

—Joder, dime.

—Mar me ha dicho que tú sabías del viaje que íbamos a realizar Dago y yo a Irlanda.

—Sí, y por eso estoy flipando de que Dago no esté aquí. Creía que lo habíais solucionado. ¿Quieres hablar de ello?

—No. —Sacudí la cabeza— Escucha, ¿quién te dijo que salía de viaje con él?

Lolo frunció el ceño mirándome como si estuviese loca.

—¡Lolo, dímelo ya! —le grité.

—Sonia, me lo dijo Sonia. Pero, Ciara, ¿qué ocurre?

Me di la vuelta y busqué sus rizos dorados. La encontré al lado de Nacho.

Conocía a Sonia desde niña y me costaba creer que ella pudiera ser miembro de una Orden tan compleja. Pero a su novio, no. Quizá Iván había compartido esa información con ella, y tal vez al Clan, se le había pasado algún detalle sobre él.

Repasé cada rincón en su busca, pero no le vi.

En mi frenética búsqueda, me metí en medio de un alocado grupo de chicas y una de ellas me tiró su bebida encima.

—¡Lo siento! —dijo la autora del desastre.

—Tranquila, he sido yo —repuse sacudiéndome la blusa mientras seguía buscando por el pub.

—Te he puesto perdida, madre mía…

—Es igual, no importa —dije dispuesta a marcharme.

—Oye, será mejor que te cambies, se te trasparenta la ropa interior —me avisó la chica.

Miré donde había caído la bebida y efectivamente, mi sujetador destacaba bajo la fina y mojada tela de mi blusa blanca.

—Mierda… —susurré.

Según fui acercándome a Mar, sus ojos bajaron a la altura de mi pecho y abrió la boca como un pez.

—¡¿Pero qué te ha pasado?!

—Voy a casa un momento, tengo que cambiarme. Enseguida vengo.

—Vale. Te acompaño.

—No, quédate, es tu fiesta. Solo tardaré un momento.

—De eso nada, voy contigo —repuso sin admitir discusión.

—Está bien, díselo a Lolo mientras que voy a buscar los abrigos.

Cuando nos disponíamos a salir del pub, vi a Iván. Se apoyaba en la balaustrada que había delante del cuarto de los deseos de Nacho. Esa posición le concedía una privilegiada vista de todo el local. Me pregunté cuánto tiempo habría estado allí observándolo todo.

Cuando avanzamos unos pasos más hacia la puerta, bajó apresuradamente y me pareció que se quería acercar a mí. Con una descarada vuelta que a Mar no le pasó inadvertida pude evitarlo. Iván se me quedó mirando unos instantes componiendo un gesto de perplejidad y fingí no verle. Fuimos hacia mi coche y arranqué al tiempo que daba al botón que bajaba los seguros de las puertas. Cuando miré por el retrovisor, vi como Iván salía del pub.

—¿Se puede saber qué haces? —quiso saber Mar— ¿Por qué has pasado así del novio de Sonia?, creo que te quería decir algo.

—No me he dado cuenta, anda vamos que tengo frío.

Ni las curvas de la estrecha carretera hacia mi casa, ni la fuerte lluvia, impidieron que fuera a una velocidad más alta de lo conveniente. Unos faros nos seguían desde que habíamos salido de Cedeira y mi corazón latía a mil por hora. En ese momento me arrepentí de no haberme negado más rotundamente a que Mar me acompañara.

—Déjame tu teléfono —le pedí. Ya hacía rato que me había percatado de que me había dejado olvidado el mío en casa.

—¿Vas a llamar a Dago? —me preguntó con una sonrisa que no correspondí.

—No, déjamelo, por favor.

—Venga, dime a quién vas a llamar —me instó.

—A Kael, se me ha olvidado decirle una cosa.

—Pues lo siento, no lo tengo, se lo he endosado a Lolo. El vestido que llevo no lleva bolsillos y sabes que con bolso no me gusta bailar.

—Es igual…, no era importante —musité.

Cuando llegamos a la verja del caserón vi que Pedro estaba todavía allí. Miré por el retrovisor de nuevo y comprobé que el coche que nos seguía ya no estaba. Suspiré aliviada.

—Espera un momento aquí, Mar. Creo que ese coche es de mi vecino, voy a preguntarle una cosa —mentí.

—Pero si está diluviando. ¿Tienes que hacerlo ahora?

Sin darla una respuesta me bajé del Volkswagen y cubriéndome con mi paraguas me acerqué al coche de Pedro que cuando me vio, se irguió y bajó la ventanilla.

—¿Ya te vienes?

—No. He venido un momento, he tenido un pequeño accidente. Mar me acompaña. Esto… —No quería alarmar a todo el mundo pero estaba francamente preocupada—. Creo que nos han seguido. Creo que es Iván, el novio de Sonia.

Pedro se puso tenso.

—¿Qué sabes de ese tío? —preguntó con un aire profesional que me sorprendió.

—No mucho, verás, es que Sonia sabía que Dago y yo íbamos a Irlanda. ¿Cómo podía saberlo, Pedro? Solo los que estamos metidos en esto lo sabíamos, y eso incluye a los Kan Kral. Seguro que ha sido él quien se lo ha dicho a ella. No me da buena espina. Además, cuando hemos salido del pub para venir aquí le he visto salir detrás de nosotras. Y luego un coche nos ha seguido hasta la entrada a esta zona. Quizá no fuera él, tal vez no fuera nadie pero…

Pedro se bajó del coche y se encendió un cigarro. Me acerqué a él para que Mar no le reconociera y para resguárdale de la lluvia, aunque no parecía importarle demasiado que estuviese lloviendo a cántaros. Concentrado, pareció analizar todas mis palabras. Mientras le observaba, un destello nos iluminó durante unos segundos y me volví sobresaltada. Un coche se había detenido a unos cien metros y había apagaba las luces.

—Es el coche que nos seguía —distinguí.

—¿Estás segura?

Asentí.

—Joder, no alcanzo a ver la matrícula, ni siquiera el modelo del coche que es.

—¿Puede que sean *ellos*?

—Espera, daré parte ahora mismo —dijo volviéndose a meter en el coche—. Si es un miembro de la Orden, lo sabremos.

Me dio un escalofrío y me abracé a mí misma torpemente debido al paraguas.

—Estás helada —observó.

—Estoy empapada. Me han tirado una bebida encima, por eso he venido —dije lanzando miradas intermitentes al coche parado.

Pedro pareció no escucharme. Estaba intentando hablar con alguien por un walkie talkie.

—Maldita sea, hay muchas interferencias, debe ser por la tormenta. Ciara, ve a cambiarte vas a coger una pulmonía. —Al parecer sí me había escuchado.

Mis ojos volvieron al vehículo detenido y me imaginé a Iván observándonos desde allí.

—Creo que tu compañero viene hacia aquí —observé.

Al lado izquierdo, más alejado que Pedro, se encontraba un segundo coche de vigilancia.

—¿Va todo bien? —preguntó un hombre alto y fuerte. Tenía la voz grave, intimidante. Su mejilla estaba surcada por una fea cicatriz que bajaba hasta su garganta. Sus ojos me observaron sin un ápice de amabilidad y me mordí los labios, intimidada.

—Ciara cree que la han seguido. Mira. —Pedro hizo un gesto con la cabeza hacia el coche que aguardaba entre las sombras.

—Iré a ver, creo distinguir una silueta dentro —dijo el acompañante de Pedro.

—Hazlo, estoy intentando ponerme en contacto con central.

El hombre me dirigió una mirada más y se encaminó hacia el vehículo parado.

—¿Qué hacemos nosotros? —quise saber. Cada vez estaba más nerviosa— ¿Y Mar?, ¡mierda!, no tenía que haberla traído.

—Escucha, Carlos y yo estamos aquí y no vamos a dejar que os hagan daño. Además, estoy intentando dar parte de este incidente. Con la matrícula de ese coche, sabremos quién es el que está detrás del volante. Ve a cambiarte, podéis entrar tranquilas. De veras.

—¿Pero cómo vais a hacerlo solos?

Pedro me miró fijamente a los ojos.

—Está bien, voy, voy a cambiarme —musité percatándome del significado de esa mirada.

Pedro asintió y sin dejar de mirar a Carlos volvió a intentar comunicarse por el walkie.

Agarrando el paraguas con fuerza a causa del fuerte viento, fui hacia mi coche.

—Ciara, ¿va todo bien? —me preguntó mi amiga con preocupación.

Asentí al tiempo que abría la verja con el mando. No habíamos hecho más que recorrer unos metros, cuando me pareció ver una sombra dentro de la finca. Frené en seco, y salí del coche a toda prisa sin preocuparme de la lluvia ni de los gritos de Mar.

—¿Qué pasa, Ciara? —Pedro me había visto correr hacia él. Cuando llegué a su altura, ya se había bajado de su coche y había recorrido varios metros hacia mí.

—Creo que he visto algo. Creo que ha entrado de algún modo y está en la finca.

—¿Qué?

Carlos apareció de pronto a nuestro lado, casi al mismo tiempo que Mar.

—No hay nadie en el coche —dijo.

—Ciara ha visto algo dentro de la propiedad.

—¡Joder, no le he visto salir! —bramó Carlos.

—Tenemos que entrar, Ciara —dijo Pedro.

—¿De qué estáis hablando? —quiso saber Mar. Oye, ¿tú no eres el novio de Almudena?

Pedro la miró, incómodo.

—De acuerdo —dije con el corazón latiéndome con fuerza—, vamos, pasad dentro antes de que se cierre la verja.

Pedro hizo un gesto a Carlos y se montaron en el coche. Yo agarré a mi amiga del brazo y corrimos a subir al mío. Al poco tiempo se situaron detrás de nosotras. Me hizo una señal y me eché a un lado para que pasara. Mientras lo hacía, observé que Carlos, a su lado, sacaba algo de su americana.

—Ciara por Dios, dime qué está pasando. Me estáis asustando.

—Tranquila, ¿vale? Luego te cuento. Ahora confía en mí y no hagas más preguntas —le pedí.

Mar asintió y cogiendo una gran bocanada de aire, miró al frente.

Les seguí despacio, escrutando la oscuridad. Cuando llegamos a la entrada de la casa, se bajaron del coche y Pedro se acercó a mí. Abrí la ventanilla.

—Vamos a echar un vistazo —dijo mi amigo. Me hubiese gustado decirle que les acompañaba, pero Mar estaba a mi lado y

no podía dejarla sola.

—Es nuestro trabajo —añadió como si me hubiese leído el pensamiento—. Meteos dentro y cerrad con llave. He conseguido dar parte, pronto otros integrantes del Clan estarán aquí, mientras tanto, permaneced en casa y no os preocupéis.

—Siento no poder ayudar más…

—Lo sé Ciara, pero no debes ponerte en peligro innecesariamente. Carlos y yo vamos a peinar la finca, mientras tú, ve a la habitación sagrada. Esto es muy grande y solo somos dos. Si ese cabrón entrara en la casa…, tú estarás a salvo allí.

—Está bien.

Cerré la puerta tras de mí y eché el cerrojo. Me mordí los labios con la duda atenazándome en ellos. Me sentía mal por haberles dejado ahí solos, pero Pedro tenía razón, yo tenía que estar con Mar y proteger las vitelas.

Con mi amiga pisándome los talones, fui corriendo a la ventana del salón y miré a través de las cortinas. La lluvia era tan fuerte que no se veía apenas, pese a que la iluminación estaba conectada.

—Escucha, Mar, no debes preocuparte de nada. Pedro y Carlos son…, como si fueran mis guardaespaldas. No puedo decirte mucho más, solo que estés tranquila y que hagas todo lo que te diga.

Mar asintió. Estaba lívida e increíblemente, callada. La abracé unos segundos y le froté los brazos.

Subimos de dos en dos los escalones mientras desabotonaba mi blusa, la tiré de mala manera en el suelo del baño e hice lo mismo con el sujetador. Fui a la cómoda y cogí un sostén limpio y un suéter de lana, me quité de dos patadas los zapatos de tacón y me puse unas deportivas.

Recordé el bate de béisbol que tenía en mi antiguo dormitorio, y cuando lo cogí, bajamos a la biblioteca. Dándome cuenta que no había cogido el móvil, estuve tentada a ir a por él, pero no estaba muy segura dónde lo había dejado y no era oportuno entretenerme en ese momento.

Estábamos metidas en el pasadizo cuando me pareció oír un golpe. Eso hizo que detuviera mis movimientos para abrir la puerta que daba acceso a la habitación sagrada; no podía dejar a Pedro y a Carlos solos, tenía que ayudarles.

—Mar, ven, subamos al desván —le pedí a mi amiga.

En un principio había tomado la decisión de permanecer junto a Mar donde las vitelas se guardaban. Estaríamos allí hasta que vinieran a buscarnos, pero no podía hacer tal cosa. Tenía que ayudar a Pedro a detener a Iván como fuera. Eso descartaba dejar a

mi amiga encerrada allí; si lograban entrar a la casa, ese sería el primer lugar al que irían.

—Mar, quiero que te quedes aquí hasta que vuelva a buscarte —le pedí cuando entramos en el desván—. Si no vuelvo en… no sé, una hora, sal cuando tengas total convencimiento de que no hay nadie en la casa, después llama a la policía. ¿Me has entendido? —pregunté dándole el bate.

Mi amiga asintió, sumida en un alarmante mutismo.

—Tranquila, todo va a salir bien.

Mar siguió asintiendo. Su cuerpo temblaba.

Le sonreí para que se tranquilizara y entorné la puerta del desván.

Al principio vacilé; me preocupaba mucho el estado de Mar, pero luego me lancé escaleras abajo dispuesta a todo.

Fui por segunda vez al salón y me asomé por la ventana. No pude ver nada, de modo que fui a la cocina y saqué de un cajón un cuchillo de fácil manejo. Sujetándolo con firmeza, fui hacia la puerta de entrada donde antes me había parecido oír el golpe.

Cuando abrí, Carlos se apoyaba en una de las columnas del porche con la mano en el costado; estaba cubierto de sangre.

—¡Dios mío! —proferí lanzándome a él al tiempo que se desplomaba. Estaba muy mal herido.

—Llama a Kael… —musitó sin apenas fuerza.

—¡¿Y Pedro?! —le pregunté sin obtener respuesta— ¡¿Dónde está Pedro?! —insistí.

Carlos me miraba con los ojos vacíos. Estaba muerto.

Horrorizada, salí en busca de mi amigo.

Boca arriba, Pedro yacía en el suelo a pocos metros del camino que llevaba al fondo del jardín.

Corrí hacia él. Cuando le toqué no se movió y me asusté; tenía la camisa llena de sangre y una fuerte contusión en la frente.

Le llamé por su nombre al tiempo que tomaba su pulso; parecía estar bien.

Miré con nerviosismo a mi alrededor; tenía que llevarle a casa y llamar a una ambulancia.

—Ciara… —La voz de Pedro sonó débil y entrecortada.

—Estoy aquí, estoy aquí —le dije limpiando parcialmente la sangre de su cara.

Pedro se intentó mover pero se quejó llevándose la mano debajo de la axila derecha.

—¿Dónde está, dónde…

—No te esfuerces, tenemos que llegar a la casa.

—Ve a proteger las vitelas, Ciara…

—No puedo dejarte aquí —musité luchando con el nudo que se me había formado en la garganta.

—Ciara…

Haciendo acopio de toda la fuerza que pude, le levanté y apoyándole en mí, cargué con él torpemente.

—No he podido retenerle… —balbuceó mientras ponía todo su empeño en ayudarme.

Cuando logramos subir las escaleras, no pude evitar que viera el cadáver de Carlos.

—Carlos…— jadeó intentando tocarle.

—No podemos hacer nada por él. Lo siento mucho Pedro, lo siento —dije arrastrándole al salón después de cerrar la puerta.

—Quédate aquí, ahora vengo —le dije al tiempo que le ayudaba a sentarse en el sofá.

—Estoy bien… No tardarán en llegar… —dijo apoyando la cabeza en el respaldo a la vez que cerraba los ojos.

Fui corriendo al baño que teníamos en la planta de abajo y cogí gasas limpias para oprimir la herida. Cuando entré en el salón, Pedro seguía en la misma posición y parecía más lúcido.

—Maldita sea… —murmuró en cuanto me vio.

—¿Dónde estará? ¿Se habrá marchado?

—No sé a dónde ha ido. Me atacó con algo, no sé… Creo que he perdido el conocimiento unos instantes —murmuró tocándose cerca de la nuca.

—Pronto llegará la ayuda —repuse quitándole la camisa para ver la herida; no parecía profunda, pero por la sangre que cubría su costado y que había impregnado la ropa, debía haber seccionado una vena. Le apliqué la gasa presionando encima y Pedro dio un respingo.

—No le vi, Ciara, no pude detenerle.

—Voy a llamar a una ambulancia, ¿de acuerdo?

—No, tengo que salir de nuevo, puede que todavía esté ahí fuera.

—¡No puedes enfrentarte a nadie en estas condiciones, Pedro! Deja que el Clan se ocupe.

Pedro me miró con cansancio y volvió a cerrar los ojos sujetándose de nuevo la cabeza.

—Ahora vengo —le dije, preocupada.

Iba en busca del teléfono cuando mi móvil sonó. Seguí el sonido y lo encontré en el frutero de la cocina.

—¡Mamá! —exclamé cuando atendí la llamada.

—Ciara, el accidente. No recordaba nada del accidente —comenzó sin dejarme hablar—, pero ya lo he hecho, ¡lo he recordado, todo! ¿Dónde estás? ¿Está Dago contigo?, ¿está Dago en la fiesta? —me preguntó rozando el histerismo.

—No, mamá, estoy en casa, Dago no ha ido al cumpleaños.

—¡Ángel, la niña dice que Dago no está con ella! —la oí decir a mi padre— Ciara, ¿sabes si todos tus amigos han acudido a la celebración?

Asentí estúpidamente. Me sentía bloqueada.

—¿Ciara?

—Sí, sí mamá. Bueno, casi todos. Pero escucha…

—Calla y atiéndeme. Llama a Dago inmediatamente y que vaya a casa. Kael también debe ir —me ordenó— , debemos reunirnos, nosotros salimos para allá.

—Mamá —comencé a hablar alzando la voz, intentando que no volviera a interrumpirme—, tranquila, quiero que estés tranquila. Ha pasado algo, pero escúchame, ¿de acuerdo?

—¡¿Qué ha pasado?!

—Alguien ha entrado en la finca pero no estoy sola. Los integrantes del Clan están a punto de llegar… —No quería decirle nada de Carlos…

—¡¿Qué?! ¿Cómo?! Avisaré a Kael y a Dago yo misma, no puedes estar sola en casa. Ángel, llama a Kael, deprisa —balbuceó incoherentemente; acababa de decirla que no estaba sola—. Ese farsante no te hará daño, cariño, tranquila.

Sus palabras me desconcertaron. Ella no conocía a Iván, ¿o sí le conocía? Ahora eso no importaba, Pedro estaba herido y tenía que ser atendido de inmediato.

—Mamá, tengo que dejarte.

—Hace un momento en la sesión he recordado… Antes de tener el accidente vi cómo nos seguía uno de los nuestros. No era la primera vez, es su trabajo, proteger a los buscadores al igual que lo hacen contigo, pero de repente, el coche se puso paralelamente a nosotros y nos embistió hasta conseguir que nos saliéramos de la carretera. —Mi madre siguió hablando sin escucharme—Un integrante del Clan nos ha traicionado, Ciara.

—De-de acuerdo, mamá —balbuceé; me latían las sienes—. Ahora no puedo hablar de eso, sé que es muy importante, pero Pedro está herido y está a punto de desmayarse en nuestro sofá. Tengo que llamar a una ambulancia.

—¡Dios mío, Ciara!, ¡le has dejado entrar!, ¡él fue quien intentó matarnos!, ¡Pedro es el traidor!, —gritó mi madre al tiempo que yo

miraba al salón y comprobaba que el sofá estaba vacío.

***

Aún sentía las palabras de mi madre, lejanas, como si alguien las dijera dentro de mi cabeza. Había colgado el teléfono sin ser capaz de decirle nada más. Solo pensaba que no era posible que Pedro perteneciera a la Orden y que ahora estuviese en mi casa; yo le había abierto las puertas de par en par y eso, le eximía de la maldición.

Mis ojos rodaron a la puerta de entrada, donde detrás, se hallaba el cadáver de Carlos. Un hombre que había confiado en su compañero y ahora…

Un ruido me llegó desde la biblioteca y eso fue lo que me hizo reaccionar.

En un par de zancadas me situé en el umbral de la puerta y vi que la estancia estaba vacía. Pedro había entrado al pasadizo que yo había dejado abierto.

Me acerqué al hueco y comprobé que las luces estaban encendidas. Cuando le vi frente a la enorme puerta en la que estaba tallado el calendario Arbóreo, respiré hondo un par de veces. Me di cuenta entonces, que no tenía el cuchillo; debía haberlo soltado cuando había ayudado a Pedro a sentarse en el sofá, por tanto, solo tenía mis manos y mis piernas; no estuve muy segura de que fuera suficiente.

Pedro pasaba los dedos sobre los símbolos frenéticamente, como un loco, como un poseso.

Volví a inspirar profundamente y poniéndome en posición me dirigí a él.

—Has mantenido tu secreto muy bien guardado todo este tiempo —le dije.

—Tengo muchos más secretos de lo que crees —contestó sin volverse.

—Eres un maldito farsante. —Pensé en el accidente de mis padres, en el Clan, en Almudena, en todos los años que hacía que nos conocíamos… en sus padres que eran buenas personas… —. ¿Desde cuándo estás metido en esto?, la secta está llena de asesinos, y tú te has convertido en uno de ellos. —Negué con la cabeza— ¿Cómo fuiste capaz de atentar contra mis padres?, ¿cómo has podido matar a Carlos?

Pedro se irguió y se volvió para mirarme. La débil luz que propagaban las lámparas enrejadas cubría su rostro de sombras.

—Como habrás comprobado, he hecho un papel magistral. Te has asustado mucho ¿verdad Ciara? Sobre todo cuando has visto tanta sangre, no era toda mía tranquila. Ese cabrón ha sido difícil de matar, pero antes de que me hiriera y me diera el golpe que me ha dejado inconsciente, le herido de muerte —añadió pagado de sí mismo—. He logrado engañarte y eso que te crees muy lista. Es una lástima que haya tenido que dejar la pantomima, si hubiese fingido un poco más ahí en el salón, hubieses hecho por mí todo lo que te hubiera pedido, ¿verdad, nena? Quizá tenía que haber esperado un poco más.

Su mirada se volvió lasciva, obscena.

—No te recrees, Pedro —repuse con un tono marcadamente hostil.

—Es fácil evitar otro derramamiento de sangre —objetó airado —. Dame la combinación que abre la puerta y no te ocurrirá nada.

—Sabes de sobra que no te la voy a dar.

Pedro negó con la cabeza y me miró de arriba abajo.

—Esa contestación no me gusta —susurró—. No te imaginas lo que esto significa para mí, la repercusión que tendrá en la Orden. Yo he sido el que ha logrado meterse en la casa con el permiso de su dueña. Seré recordado por ello.

—¿Eso es lo que buscas, ser recordado? Te aseguro que nosotros te recordaremos, pero por tus injurias y crímenes.

—¿Crees que eso me importa?

—El Clan…

—¡¿Qué me puede ofrecer el Clan?! Yo te lo diré. ¡Nada! Llevan décadas protegiendo a tu familia, protegiendo algo que ahora no saben dónde está. Aunque cualquiera de los integrantes encontrara el Códice mañana mismo, os lo tendrían que ceder porque vosotros sois los custodios. ¿Y por qué?, ¿por qué tiene que ser así? Ese manuscrito es demasiado valioso para devolverlo a su Origen, ¡para meterlo en un agujero! Deberíamos sacar provecho de él, un beneficio como el que pretende los Kan Kral.

Tenía que pensar rápidamente.

—¿Cómo has podido engañarnos todo este tiempo? —le pregunté dando un paso hacia él—. ¿Y tus padres? ¿Y Almudena?, ¿qué pasa con ella?

Las comisuras de sus labios se curvaron hacía arriba.

—Bueno, Almudena está muy buena y yo soy un hombre que tiene sus necesidades. ¿Por qué no aprovecharme de tu mejor amiga aquí en Galicia? Era posible que algún día la invitaras a visitarte y trajera a su novio con ella.

—Me das asco. —Almu estaba enamorada de él—. No conseguirás nada— le espeté.

—Dame lo que te he pedido de una puta vez —me ordenó acercándose.

Sopesé la situación. Estábamos uno frente al otro y tenía que sacarle de allí cuanto antes. Comencé a avanzar con lentitud, invitándole a atacar. No se hizo de rogar y se abalanzó sobre mí.

No tuve espacio para esquivarle, de modo que caí de espaldas con todo su peso encima. El golpe fue terrible, pero antes de que tuviera la oportunidad de volver a arremeter, me desasí de su cuerpo y logré salir del pasadizo.

Pedro agarró mi pierna y caí de nuevo al suelo. Lancé una patada y le di de lleno en el muslo haciendo que perdiera el equilibrio. Me apoyé en la mesa y tiré un cubilete lleno de lápices que estalló en el suelo. Pedro agarró mi cabello y tiró de él mientras clavaba una de sus rodillas en mi espalda cortándome la respiración.

No era un chico enjuto. Su peso era muy superior al mío. Tenía que actuar rápido antes de que me dejara inmovilizada, pero antes de que pudiera reaccionar, me dio la vuelta y golpeó mi cabeza contra el suelo poniéndose encima. Me sentía aturdida, al cerrar los ojos por el golpe, un estallido de estrellas explotó tras mis párpados.

—Esta postura me encanta —dijo agachándose hasta mi rostro. Sacó su lengua y me lamió un lado de la mandíbula.

Asqueada, impulsé mi espalda y entrelacé mis piernas a su cintura. Pedro emitió un bufido cuando apreté con todas mis fuerzas e intentó darme un puñetazo. Al segundo intento lo consiguió. El golpe fue brutal. Sentí como la carne se abría y la mejilla me comenzó a arder. Un terrible dolor subió hasta mi ojo e hice un esfuerzo sobrenatural para aferrarme a la conciencia.

Pedro se levantó, pero no vi hacia donde fue. Cuando le volví a encontrar tenía algo en sus manos.

Me revolví sobre la tarima intentando levantarme, pero a causa de los efectos del golpe no pude hacerlo y Pedro volvió a ponerse sobre mí aprisionando mis piernas con las suyas.

—Zorra, casi me rompes las costillas —murmuró.

Volvió a descargar su puño, solo que esta vez, tuve la oportunidad de esquivarlo y me alcanzó el hombro en vez del rostro.

—Puta —me increpó al tiempo que un intenso dolor me subía por el cuello.

Extendí el brazo que no estaba dolorido buscando

desesperadamente algún objeto con lo que defenderme. Toqué algo y lo agarré con fuerza mientras Pedro se esmeraba en mantener mis piernas quietas. Entonces pude sentir con nitidez lo que sujetaba una de sus manos.

—Estate quieta o te rajo la garganta —susurró amenazándome con el cuchillo que yo había cogido de la cocina y que probablemente había logrado arrebatarme sin que me diera cuenta. Obedecí y dejé de forcejear.

Sentí la afilada hoja en mi piel y cómo un hilo de sangre recorría mi piel.

—Quiero que te quede claro una cosa, aquí mando yo. —Su otra mano bajó hasta uno de mis pechos y lo manoseó— Hmmm, qué buena estás Ciara —De pronto, me lamió los labios. Giré la cabeza huyendo de él—. Vamos, no seas tonta, juguemos un poco —añadió apretando su ingle contra mi entrepierna.

Pedro soltó mi pecho y buscó el botón de mi pantalón mientras que con la otra mano apretaba la hoja del puñal contra mi garganta. Dejó de mirarme unos instantes para centrarse en quitarme la ropa y se separó un poco para facilitar la tarea. Yo aproveché ese momento para sujetar con firmeza lo que había recogido del suelo y clavárselo con fuerza. Pedro lanzó un alarido y se palpó el lápiz que se clavaba muy cerca de su cuello.

Entonces ambos oímos un fuerte ruido que provenía del recibidor y antes de que pudiéramos reaccionar del algún modo, Mar apareció por la puerta de la biblioteca con el bate de beisbol levantado y con la cara poseída por una máscara de espanto.

Pedro esquivó la embestida de Mar, que cayó de bruces una vez hubo descargado el bate. No me dio tiempo a alcanzarla. Pedro agarró el cabello de mi amiga con brusquedad y la levantó poniéndola delante de él. Posó el cuchillo en su garganta.

—Un paso más y la mato —jadeó arrancándose el lápiz que cayó al suelo envuelto en sangre.

Mar comenzó a llorar.

—Suéltala, Pedro. Ella no tiene nada que ver con esto.

—Dime el puto código.

Mar estaba a punto de entrar en estado de shock. Su cuerpo ahora temblaba de una forma alarmante.

—No te va a pasar nada —le dije con voz trémula.

—Eso depende de ti, Ciara. Si quieres que tu amiga salga de aquí con vida, solo tienes que darme la combinación que abre la jodida puerta.

Sopesé sus palabras sintiéndome en una encrucijada. Si no le

daba el código, tenía la absoluta certeza que ese mal nacido mataría a Mar, y si se lo daba, algo que había protegido durante décadas mi familia, algo que era enormemente peligroso, estaría a su merced.

Intenté serenarme, ya había tomado una decisión, pero tenía que pensar bien lo que pasaría después de darle la combinación.

—Está bien, Pedro. Te la daré, pero suéltala.

—Primero el código.

***

Frente a la puerta, desgrané la combinación que yo misma había cambiado días después del último Samhain, mientras Pedro amenazaba a mi amiga con el cuchillo.

Cuando el sonido del mecanismo mostró que la puerta comenzaba a abrirse, Pedro no pudo contener un grito de júbilo.

Sin soltar a Mar en ningún momento, entró en la habitación sagrada y caminó lentamente hacia el atril que contenía las vitelas. Las examinó, incrédulo.

—Ahora mi Orden sabrá que tenéis exactamente los escritos que buscamos. Los habéis tenido siempre…

—Suéltala ya —le pedí.

Pedro me miró como un perro hambriento.

—Antes, esta monada y yo haremos cosas malas —susurró haciendo que Mar descompusiera su ya demudado rostro.

Pedro le retiró el pelo descubriendo su cuello y paso por él la lengua.

Mar cerró los ojos aterrorizada y en ese momento se le doblaron las piernas.

Pedro no se esperaba aquello y no le dio tiempo a sujetar a mi amiga que le había dejado al descubierto.

Impulsándome con toda la fuerza que pude reunir le di una patada en la mandíbula que le derribo. Sin tener tiempo para remilgos, empujé a Mar contra una estantería separándola lo máximo posible de Pedro.

Éste tardó unos segundos en levantarse, pero me mantuve quieta hasta que lo consiguió. Cuando estuvo en pie, me miró encolerizado y entonces fue cuando corrí hacia él y salté apuntando con mis piernas directamente a su pecho. Cuando mis pies tocaron su cuerpo, Pedro soltó un gruñido entrecortado y cayó hacia atrás. No dejando que se levantara en esta ocasión, volví a patearle, esta vez en los lumbares. Me puse frente a él y le di otra patada en el abdomen y luego, otra y otra.

—Cabrón hijo de puta —le increpé mientras lo hacía—. ¿Te gusta forzar a las mujeres?

—¡Pedro!

Iván estaba en el umbral de la puerta de la habitación sagrada mirándome con el rostro descompuesto. Eso me desconcentró y Pedro aprovechó la aparición del supuesto novio de Sonia.

Un terrible dolor me recorrió la pierna y, mientras que el sufrimiento subía por mi estómago y salía por mi garganta, vi como Iván sacaba de su americana una porra extensible y se lanzaba contra mí con la cara desencajada por la cólera.

***

Dago miraba a su abuelo haciéndose un millón de preguntas.

Después de tomar la decisión de contarle todo había albergado la esperanza de aclarar sus ideas, de despejar sus dudas, y ahora, después de toda la tarde hablando, estaba más confuso que antes, más que eso, ahora pensaba que su vida era una completa locura.

—No lo puedo creer —le dijo de nuevo.

—Dago, retrocede, mira atrás hijo. Recuerda todas las cosas extrañas que te han ocurrido. Todo lo que has hecho durante toda tu vida. Si lo haces, te convencerás a ti mismo. Confieso que a mí me costó admitir algo así pese a mis creencias, pero cuando lo hice, solo tuve que observar para cerciorarme de ello y estar cada día más convencido de que así era.

—Pero es imposible —volvió a rebatir Dago.

—Tú eres la prueba de que no lo es.

—Entonces, con Ciara… ¡ella tiene que saberlo!

—Lo sabrá hijo.

—*Avó*, ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Kael miró a su nieto y quiso abrazarle como cuando era niño. Quiso retroceder en el tiempo y llevarle a hombros hacia el centro del bosque donde la paz de los árboles lograra quitarle la enorme inquietud que sentía su alma desde hacía dos semanas.

—Todo se consolidó el día que tuviste el desmayo en el desván del caserón.

Dago se pasó la mano por el pelo con nerviosismo.

Recordaba haber ido a casa de Ciara esa noche, pero cuando entró en la finca los recuerdos se disolvieron y los siguientes recuerdos aparecieron en el desván junto a ella y su abuelo.

—No era la primera vez que te pasaba algo así, ¿verdad, hijo?

Dago negó con la cabeza con aire taciturno. De pronto, subió la

vista a Kael.

—¿Quién sabe esto además de vosotros y mi padre?

—La abuela de Ciara lo sabía y Breixo también. A tu abuela se lo tuve que contar después de que encontrara en tu dormitorio un libro que cogiste de la biblioteca de Áine, un libro… con demasiado significado. —Kael susurró las últimas palabras sin darse cuenta y al ver que su nieto fruncía el ceño, recompuso inmediatamente su postura y su voz—. Le costó entender todo esto —dijo después de aclararse la garganta—, porque aunque habiendo vivido toda su vida rodeada de nuestras creencias, le costó asimilar un hecho así. —Kael posó su mano en el hombro de su nieto—. Erin y Ángel también lo han sabido siempre. Todos lo sabíamos.

—Todos, menos Ciara y yo. ¿Por qué?

—No era el tiempo de que ninguno de los dos lo supierais.

—¡¿Pero sabes todos los problemas que nos hubieseis evitado?! —rugió furioso. Los cuatro años que Ciara y él habían estado separados, todo lo que ella pensaba de él… y los últimos días…

—Lo siento, hijo —dijo Kael con sincera pena—. Ignorábamos que Ciara y tú os hubieseis enfadado por lo que me has contado…, por algo así. Si lo hubiéramos sabido te lo hubiese dicho mucho antes. Aunque te hubiese dado una explicación a medias.

—¿A medias?

Kael miró a su nieto con inquietud. Le había dicho más de lo que debía, pero lo que le atormentaba verdaderamente, no podía salir de sus labios.

La puerta de la cocina se abrió y Olalla entró precipitadamente.

—¿Pasa algo, mujer? —le dijo su marido.

—Ha llamado Ángel. La Orden ha entrado en la casa, y Ciara, está dentro.

***

Dago no dejó terminar de hablar a su abuela.

Antes de que pudiera continuar explicando lo que el padre de Ciara les había dicho, ya estaba montado en su moto e iba a todo gas hacia el caserón.

La lluvia le impedía ver bien el camino. Las incesantes gotas se reflejaban en el único faro de la moto dificultándole la visión. Aun así, Dago no dejó de retorcer el acelerador.

Cuando llegó a la entrada, vio que la verja estaba abierta y las luces de un coche conocido y el de una ambulancia iluminaban la

finca.

Apretó con impotencia los puños y aceleró hasta aparcar frente al porche.

Antes de bajarse de la moto, vislumbró frente a la puerta de la entrada de la casa el destello dorado de una manta térmica como la que ponían en los accidentes de tráfico y un terrible golpe le sacudió en la cabeza.

Echó a correr hacia allí con el rostro desencajado.

—No es ella —le dijo alguien interponiéndose en su camino.

—¿Dónde está?

El hombre miró hacia el interior de la casa que escupía voces agitadas por todas partes.

Corrió hacia la biblioteca.

En el pasillo que daba a la estancia estaban Santi y Nacho, que cuando le vieron, abrieron mucho los ojos y le sujetaron para que no siguiera avanzando.

—¡Quieto Dago! —le dijo Santi poniéndole las manos en el pecho.

Dago se sacudió y empujándole, pasó por en medio de los dos.

Mar estaba siendo atendida por un enfermero cerca de la librería por donde se abría el pasadizo que en ese momento se encontraba cerrado. Su rostro estaba demudado y sus labios temblaban ligeramente. Junto a ella, Sonia lloraba casi rozando la histeria. Nadie la consolaba.

Dos integrantes del Clan vestidos de sanitarios que inmediatamente reconoció estaban atendiendo a alguien en el suelo.

—¡Ciara! —gritó yendo hacia allí.

Alguien intentó sujetarle en vano.

—¡Espera! —le dijo.

Dago no oía, solo veía que los miembros del Clan se esmeraban con la persona que yacía en el suelo, un suelo que estaba lleno de sangre.

Cuando llegó hasta ellos vio un rostro que no reconoció y parpadeó varias veces incrédulo hasta percatarse que quien estaba siendo atendido era Iván y no quien él creía.

—Dago… —La voz de Ciara pareció una ilusión. El muchacho se giró hacia la ventana y la vio sentada en un sillón. A su lado, una enfermera la examinaba.

Fue cuando Dago se percató de que estaba herida. Su rostro lucía un corte en la mejilla y tenía los labios ligeramente hinchados.

—Ciara… —Su voz se perdió en un gran suspiro de alivio.

Cuando llegó a ella, la abrazó conteniendo las ganas de hacerlo

más fuerte.

Ella apoyó el rostro en su pecho, aliviada.

—¿Estás bien? —preguntó Dago.

—Ha sido horrible…, Iván… —contestó conteniendo el llanto. Dio un respingo cuando la herida la pinzó.

—No tienes nada de gravedad, pero sería conveniente que vinieras con nosotros al hospital— le dijo la integrante del Clan que la atendía.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber Dago.

Ciara le miró unos segundos y con un gesto señaló hacia el salón.

Dago y la muchacha fueron hacia allí. Pedro los miró impasible cuando los vio. Su hombro supuraba sangre y tenía el rostro lleno de magulladuras y cortes. Al principio, Dago sintió alivio, era obvio que Pedro había intervenido en la intrusión de la Orden en la casa, pero al observar a Lolo y Nando que estaban a su lado y que a cada movimiento que Pedro hacía le sujetaban mientras le lanzaban miradas de incredulidad y hastío, su perspectiva de la situación cambió, y comprendió al instante.

Una fría capa de sudor le cubrió la frente. Pedro le miraba con un odio concentrado y supo con acierto, que no había habido más intruso en la casa que él.

—Hijo de puta… —musitó soltando a Ciara y yendo a por él.

Lolo avanzó dos pasos y le sujetó antes de que lo alcanzara. Pedro sonrió con insolencia.

Dago se deshizo de los brazos de Lolo y a Pedro no le dio tiempo a reaccionar. El puñetazo le hizo volar un metro estampándose contra la pared. Dago volvió a ir hacia él y cogiéndole por la pechera le subió hasta su altura.

—Ahora conmigo cabrón, ahora conmigo —le susurró a dos centímetros de su cara.

Pedro cogió impulso y agarrándole de los hombros le dio un cabezazo.

Dago notó cómo la sangre se deslizaba por su frente pero no le importó. Comenzó a golpearle.

—¡Dago! —gritaban los chicos— ¡detente, le vas a matar!

Sus puños volvieron a hundirse en el cuerpo del que creía su amigo. Los había engañado. Había provocado un accidente que casi acaba con la vida de Erin y Ángel, y ahora, había osado tocar a la mujer que él amaba.

El rostro de Pedro giró bruscamente cuando encajó otro

puñetazo que Dago inyectó en su mandíbula. Los ojos se le nublaron y bizqueó levemente. Dago volvió a golpearle en el estómago.

—¡Basta! —La voz de Kael prevaleció sobre las demás.

Dago miró a su abuelo con la respiración agitada y después se giró de nuevo hacia Pedro. Le soltó y, el antiguo integrante del Clan cayó al suelo para sumirse en la inconsciencia.

***

Ya no quedaba nadie en casa, Mar, gravemente conmocionada, se había ido a pasar la noche a casa de su novio por voluntad propia y Olalla calmaba por teléfono a Erin.

Ciara, Dago y Kael ya habían regresado del hospital y todo estaba más calmado.

El balance de heridas de la muchacha consistía en una contusión en el pómulo izquierdo, otra en el hombro y un corte en la pierna derecha que no había afectado apenas al músculo.

Dago tenía un pequeño corte en la frente y los nudillos destrozados.

—Tu madre está más tranquila —dijo Olalla cuando llegó al salón—. Están viniendo hacia aquí.

—¿Seguro que están bien? —preguntó Ciara. Estaba muy preocupada por ellos. Después del incidente, había hablado con su madre, y tras colgar, había vuelto a llamar y Olalla se había hecho cargo.

—Sí, *nena*, tranquila, no es que no se fiara de ti, pero quería que yo le asegurara que no estabas quitando importancia al asunto.

La muchacha asintió y cerró los ojos apoyando la cabeza en sus manos.

—Todavía me cuesta creer que el hijo de Regina y Nicolás, nos haya traicionado —musitó Olalla.

—Sí, están desolados. No saben qué decir. He hablado con ellos después del incidente y no saben qué cosa le habrá pasado por la cabeza a su hijo para meterse con los Kan Kral —repuso su marido.

—Todos estamos sorprendidos —susurró Ciara mirando hacia la ventana.

—¿Y qué sabéis de ese chico que salió mal parado? —preguntó la abuela de Dago.

—Iván está bien, el cuchillo no llegó a tocarle ningún órgano vital, pero estará ingresado unos días. No podemos decir lo mismo de Carlos —contestó Dago.

—Fue horrible, lo mató a sangre fría —musitó Ciara.

Dago contuvo las ganas de abrazarla.

—Lo de Iván ha sido toda una sorpresa —dijo en cambio.

—¿Pero cómo resultó herido ese muchacho? —quiso saber Olalla.

Ciara inspiró y sus ojos buscaron el fuego.

—Hemos podido hablar con él antes de que nos dieran el alta en el hospital. Iván pertenece al Clan. Es de otra Comunidad, por eso no le conocíamos bien, aunque Pedro sí. Yo tampoco sabía nada y él no estaba autorizado a decírmelo. Era uno de los dos coches que vigilaba la casa. Como Mar y yo fuimos al cumpleaños, él vino y le suplantó Carlos. Cuando salimos del pub nos siguió y aparcó a unos metros cuando me puse a hablar con su compañero de vigilancia. Cuando vio a Pedro y a Carlos entrar en la casa le extrañó porque eso no es lo habitual, pero no sospechó de ellos porque eran integrantes del Clan e iban conmigo. Como tardábamos en salir, llamó a sus superiores y preguntó si Pedro y Carlos habían dado parte de que estaban conmigo en la casa, algo que debían haber hecho, por ser algo inusual. Como le dijeron que no, sospechó y se metió dentro. Cuando vio el cadáver de Carlos se temió lo peor y entró en la casa siguiendo el ruido que hacíamos Pedro y yo. Al principio pensé que venía a por mí. Pensé que ya todo había acabado. A mi parecer, él también era un miembro de esa maldita secta. Pero no fue así, Iván dio a Pedro en la espalda con una porra extensible y logró que me soltara. —Ciara movió la cabeza cerrando los ojos al tiempo que recordaba lo más trágico de la pelea—. Iván le cogió de la cabeza y por su postura vi que le iba a dar una patada, pero Pedro logró alcanzarle antes de que lo hiciera y le propinó un tajo en la pierna que le hizo caer. Después le clavó el cuchillo en el abdomen. Cuando vi aquello me levanté como pude y apresé el cuello de ese cerdo con las pocas fuerzas que me quedaban. Cuando estaba a punto de conseguir que durmiera un rato, los chicos aparecieron por la puerta y vinieron a ayudarnos. Lograron hacerse con él y cuando iban a llamar a la policía, apareció el Clan, pero no porque Pedro les llamara, claro. Fue Iván quien los puso en sobre aviso. Él y mis padres.

—Es terrible, *nena* —musitó Olalla— terrible.

—Todos se quedaron petrificados —continuó Ciara—. Le sujetaron entre Nando y…, espera no, creo que fue…, no sé…, ahora no me acuerdo —suspiró cansada—, pero de lo que sí me acuerdo fue de la reacción de Sonia.

—Pobre, cómo lloraba —dijo Olalla.

—Sí, pobre… —repitió Ciara con sarcasmo—. Almudena vino a

verme antes de que Dago y yo fuéramos a Irlanda y me contó que sospechaba que Pedro estaba con otra. Pues la otra, era ella.

—¿Qué? —dijeron a la vez Olalla y Dago.

Ciara miró a ambos y asintió.

—Tú igual que todos, sabíamos que Sonia siempre había estado detrás de Pedro —le dijo a Dago.

—Sí, pero Sonia había empezado una relación con Iván, ¿no?

—Sí, pero al parecer, eso no le importó cuando Pedro le empezó a hacer caso. Cuando entró en la biblioteca y vio lo que había pasado, en vez de preocuparse por Iván que estaba gravemente herido, se preocupó por Pedro. Imaginad la cara que se nos quedó a todos cuando comenzó a gritar como una histérica defendiéndolo y acusándonos de…, bueno, no os imagináis lo que soltó por su boca.

—Qué lo vaya a ver a la cárcel —musitó Olalla.

—Primero lo tendrá que ir a ver al hospital —añadió Ciara mirando a Dago—, le has dejado hecho un trapo.

Éste le devolvió la mirada y contuvo de nuevo el deseo de abrazarla.

Había pasado el momento más duro de su vida. Unos minutos en los que pensó que la había perdido para siempre. Ese pensamiento le hizo apretar sus manos doloridas y a darse cuenta una vez más, de lo mucho que amaba a aquella mujer que pensaba que la había engañado cuando todo, era un grave e increíble malentendido.

—¿Y cómo que estaban aquí los muchachos? —preguntó Olalla.

—Como Iván se había ido. Sonia salió fuera del pub y vio que ni mi coche ni el suyo, estaban. Como dice el refrán de 'Cree el ladrón que todos son de su condición', entró de nuevo en el pub gritando que Iván y yo estábamos liados y que nos habíamos ido juntos. Lolo le dijo que no dijera tonterías, que Mar se había ido conmigo pero nada de eso la convenció. Creo que montó un buen escándalo en el bar pese a que siguieron explicándole que yo había venido aquí a cambiarme y que su novio habría ido a otro sitio. El caso es que ella decidió venir aquí y como estaba histérica, algunos la acompañaron.

—Almudena tiene que estar hecha polvo. No solo ha descubierto que su novio la engañaba con otra, sino que es un asesino —terció Dago.

—Sí… —Ciara pensó en su amiga. Tenía que estar destrozada.

—¿Y tu amiga Mar, cómo está? —preguntó Olalla.

—Bien, pero muy asustada. Va a dormir en casa de Mari. Se ha comportado como una valiente, sino hubiese sido por ella... Le debo una explicación. Y creo que a Lolo, también.

—Sí, pero no debes revelarles todo —le recomendó, Kael.
—Lo sé —dijo ella apretando los labios.

GALICIA

Agosto de 2001

Áine sonrió cuando sintió las pisadas a su espalda.

—Tus andares de gato no tienen nada que hacer conmigo.

—Áine, tenemos que hablar.

La abuela de Ciara dejó de arreglar el jardín y se volvió hacia su querido amigo de la infancia.

—¿Qué ocurre, Kael?

—Entremos en la casa.

Áine dejó el sombrero de paja sobre la mesa de la cocina y fue hacia el porche trasero. Kael la siguió.

—Los muchachos están por ahí con las bicicletas —le dijo la anciana.

—Lo sé.

Le evaluó unos instantes antes de hablar.

—Kael, dime lo que pasa.

—Es Dago.

Áine inspiró profundamente.

—Esta vez, no es solo un 'brote' o cómo lo queramos llamar. Yo desde luego no sé cómo hacerlo —apuntó Kael—. Esta vez es algo más grave.

—Me estás asustando. ¿Ha vuelto a mostrarse agresivo?

Kael negó con la cabeza.

—Olalla ha encontrado un libro de la biblioteca en su habitación.

Áine suspiró, aliviada.

—Creí que era algo importante.

—Lo es. He hablado con él y no se acuerda de haberlo cogido.

—¿Qué quieres decir, Kael?

—Lo mismo que tú estás pensando.

Kael dejó a Áine que digiriera esas palabras.

—La librería… ¡¿La ha forzado?! —preguntó al fin la anciana.

—No, ya lo he comprobado. Todo está en su lugar.

—¿Entonces?

—Probablemente estaba en trance cuando entró allí —repuso él.

—Atraído por lo que esconde ese panel…

—Eso creo —concedió Kael.

—¿Dices que no recuerda nada?

Kael negó con la cabeza.

—Estoy preocupado por él —repuso.

—¿Y estás seguro que lo ha hecho en uno de sus trances? —preguntó Áine al cabo de unos largos segundos—. Puede que estuviera distraído y no se acuerde de haberlo cogido.

—No —dijo el anciano con severidad—. Estando consciente Dago es un chico vivo, es difícil que algo le pase inadvertido, lo sabes, y también sabes que no se hubiese llevado nada sin pedirte permiso. Áine…, tengo tanto miedo…

—Kael, debemos mantener la esperanza. Antes de que cumpliera los cinco años, se pasaba horas describiendo lugares con exactitud —recordó Áine—. Podía hablar y hablar de cosas poco propias de un niño de su edad. Cuando fue creciendo, esos recuerdos se fueron dispersando y comenzó a tener pesadillas. Por aquel entonces, todos sabíamos que Dago era un niño especial y debemos estar atentos a las señales pero… tengo la esperanza de que esto no desemboque en lo que estás pensando. —La anciana sintió un escalofrío al pensar en ello, aunque intentaba aferrarse a todo menos a eso…

—Es difícil aceptarlo —añadió Kael interrumpiendo sus terribles pensamientos—. Ya cuando Dago tenía tres años me preguntaba a mí mismo cómo un niño tan pequeño podía escribir y leer perfectamente el griego, el latín… Pero conocía la respuesta… Para lo que no tenía explicación, era para los brotes incontenibles de violencia. Al menos, no quería tenerla… Con la adolescencia han empeorado.

Áine le miró con afecto y cogió su mano.

—Pero recuerda que no solo hablaba sin dificultad el griego antiguo y el latín, también lo hacía con el gaélico y el…

—¡*Él* también aprendió eso! —gritó Kael con furia contenida.

Áine le apretó más la mano para que no se soltara. Con sus palabras había pretendido insuflarle el ánimo que le faltaba a su

amigo del alma, pero comprobó que no lo había conseguido. Volvió a intentarlo.

—Yo tengo fe en que no sea así, Kael —Áine suspiró y se tragó su propio temor—. Sé que incluso siendo quienes somos, cuesta creer en ello aun viéndolo tan claramente, cuando una de las más arraigadas creencias druidas toca a alguien tan cercano como lo es un nieto. Pero el hecho es que está ahí, y nosotros, vamos a ayudarle. Mi madre y los ancianos del Clan, no se equivocaron en sus vaticinios.

—¿Pero cómo puedo ayudarle si…? —Kael suspiró con cansancio. Temía decir aquellas palabras—. Dago tiene quince años. A menudo se sumerge en un mundo ajeno a él y temo que le ocurra algo malo cuando está en uno de esos momentos. Luego no recuerda nada.

—Sé que todo es más difícil teniéndoselo que ocultar, pero no podemos decirle lo que le ocurre puesto que correría el riesgo de desestabilizarse. Aún es demasiado joven. Debemos esperar.

—El cuadro que pintó cuando cogió las pinturas a Olalla… —musitó Kael—... es terrible…, no quiero pensar qué pueda significar…

—Entonces, no lo pienses —Áine le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Gracias por dejarnos traerlo aquí.

—No debe verlo y Ciara tampoco, se lo diría. También es una niña.

—¿Y Ciara…

—Alana dijo que uno de los más ancianos de la Comunidad confirmó que los dos estarían implicados en esto, pero mi nieta ya no muestra ningún síntoma.

Kael suspiró con pesar; aunque se alegraba por Ciara, la inquietud por su nieto iba en aumento cada día.

—De cualquier forma, esto es una tortura… ahora más que nunca. El Códice ha desaparecido. ¿Qué vamos a hacer si no lo recuperamos?

Áine no supo qué decir ante eso.

Kael la escrutó. Sabía que no había más respuesta que la que ella le había dado: el silencio. La fe en que los dioses estuviesen de su lado en ese trance. Sea cómo fuere, aquello era un infierno porque él o cualquier otro… sin el manuscrito estaba perdido.

—Áine, mañana te traeré el libro que cogió mi nieto —dijo para apartar ese tormento de su mente.

—Por cierto, ¿qué libro es?

Kael exhaló con fuerza y la miró fijamente.

—Iúl.

Áine subió las cejas sorprendida.

—Entonces…, déjalo en tu casa.

—Pero…

La anciana levantó su mano.

—Déjalo con él. Solo espero, que el hecho de que haya cogido ese título, no sea algo fortuito.

GALICIA

Últimos de otoño

Mi madre me repasó entera en cuanto me levanté. No hubo centímetro de mi piel que no inspeccionara con saña. La noche anterior, cuando llegaron de Vigo, yo ya estaba dormida y no habían querido molestarme.

—Mamá estoy bien —le dije desasiéndome de su incesante escrutinio.

—Lamento mucho haberte avisado tan tarde, pero la sesión duró más de dos horas y fue al final de la misma cuando comencé a recordar.

—Pero mamá, tú no tienes la culpa. Tenemos que alegrarnos de que por fin hayas recuperado del todo la memoria. Ese especialista al que fuisteis en Vigo, es muy bueno —apunté.

—Me lleva diciendo lo mismo desde que nos hemos levantado —repuso mi padre—, que si tenía que haber recordado antes, que si esto, que si aquello...

—Yo soy la que siente haber metido la pata como lo hice. No debí dejar que Pedro entrara en casa —dije moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Mi amor, no te martirices con eso. Te engañó, aprovechó tu buena fe, tu miedo. Pensabas que el peligro estaba en Iván y él sacó partido de ello. Eso es todo. Fue un cúmulo de circunstancias —me animó mi madre.

—Cada vez que pienso en cómo mató a su compañero… ¡Y yo juraría haber visto una sombra meterse en la finca, maldita sea!, ahora comprendo que los nervios me jugaron una mala pasada…

—El fuerte viento ocasionado por la tormenta sacudió todo; era fácil confundirse —concedió mi padre.

—No, papá, fue un error monumental, se lo puse en bandeja. Luego, luego fingió buscar en la finca a esa supuesta sombra y atacó a su compañero. Supongo que no le fue fácil hacerse con él, de hecho, Carlos le hirió y le golpeó con tanta fuerza que Pedro quedó inconsciente, pero antes, ese malnacido le hirió mortalmente.

—Hija, no te culpes más —suplicó mi madre.

—Después fui yo quien le metió en la casa. Estaba cubierto de sangre y se quejaba de un costado. Creí que le habían apuñalado de gravedad, pero la sangre era en su mayor parte de su compañero.

—Nosotros hubiésemos hecho lo mismo, era uno de los nuestros y…, el hijo de Regina. —Mi padre mostró en su semblante la tristeza que ese pensamiento le provocaba—, nadie podía imaginar que Pedro, tu amigo de toda la vida, se hubiese enredado en algo así y, que además fuera él, el que nos sacó de la carretera.

Apreté los labios y suspiré.

—¿Visteis a Dago? —quise saber.

—Sí, anoche. Tú ya estabas dormida. Nos dijo que en cuanto pudiera, vendría esta mañana —comentó mi madre.

Dago había insistido en quedarse conmigo hasta que mis padres llegaran aunque le había repetido una y otra vez que podía quedarme sola, pero él se obstinó y se quedó en el salón. Cuando vi cómo preparaba el sofá para acomodarse allí, una punzada se me clavó en el corazón arrepintiéndome de no haber aclarado más las cosas en la conversación que habíamos tenido esa misma tarde en la que al fin, le había dicho lo que había ocurrido en los acantilados.

—¿Desde cuándo no hablas con él? Y no me refiero a lo que ha ocurrido con Pedro —quiso saber mi madre.

La miré extrañada por esa pregunta.

—Antes de la fiesta estuvo en casa un rato.

—Oh, vale cariño —dijo sacudiéndose una pelusa de la falda.

—¿Ocurre algo? —quise saber. La conocía.

Parece que mi tono preocupado le hizo despojarse de esa eterna coraza que aunque construida para protegerme, no hacía más que poner obstáculos en el camino.

Mirándome a la vez que soltaba un suspiro de cansancio, dijo:

—Tú y Dago tenéis que hablar de algo muy importante.

Esta vez no discutí con ella ni la acusé de meterse en mi vida sentimental. No lo hice porque de la manera que dijo esas palabras entendí que la conversación que pretendía que Dago y yo tuviéramos, nada tenía que ver con nuestra complicada relación.

El timbre de la puerta sonó y me sobresalté.

Mi padre hizo ademán de levantarse pero mi madre le detuvo.

—Ya voy yo Ángel. No te muevas, cariño.

***

Parece ser que evocarle en mi mente surtió efecto; Dago y su abuela aparecieron por la puerta. Olalla traía comida casera y Dago una línea recta en sus labios.

Cuando nuestros ojos se encontraron quise lanzarme a sus brazos y besarle la herida que, morada e hinchada, lucía en su frente.

—¿Queréis café? —ofreció mi madre.

—No, gracias —dijimos Dago y yo a la vez.

—Para mí sí, Erin —terció mi padre.

—Yo también tomaré uno —añadió Olalla—, pero vamos, que te ayudo a ponerlos.

Tras un intercambio de 'qué tal estás' y 'tienes buen aspecto', nos quedamos en silencio escuchando la grave conversación que tenían mis padres con Olalla sobre lo ocurrido, sin poder evitar mirarnos de vez en cuando.

Ya era media mañana cuando Kael apareció por allí con semblante serio. En sus manos traía algo que sostenía con firmeza.

—¿Qué es eso? —pregunté.

El abuelo de Dago sujetaba con arraigo un montón de papeles bien colocados.

—Dago tiene que decirte algo. Solo él puede hacerlo. Cuando lo haga, os entregaré esto que tengo en mis manos. —Sus pupilas se posaron en su nieto— Hijo, ha llegado el momento de que sepas quién eres.

—Kael… —Olalla gimió.

—Tiene que saberlo, mujer —le dijo.

—¿De qué estáis hablando? ¿Qué significa todo eso? —quise saber mirando hacía el legajo que sostenía en sus manos.

—*Avó*…

—Habla con Ciara, Dago. Nosotros esperaremos en la biblioteca —añadió haciendo un gesto a mis padres que a su vez, me miraron con gravedad.

***

El viento del Oeste había barrido las nubes y la hierba mojada brillaba por los rayos del sol que ahora se dispersaban sin barreras.

Dago y yo habíamos salido fuera, pero no nos habíamos alejado mucho de la casa.

Estaba desconcertada. Las palabras de Kael contenían tal sobriedad que no me había atrevido a preguntar más, como hubiese hecho en otra ocasión.

Dago tenía algo que decirme. Algo que solo él podía hacer; eso había dicho su abuelo.

La herida de la pierna me punzó y me paré unos instantes mordiéndome el labio.

—¿Te duele?

—No es nada. —Me volví hacia él y tragué saliva.

Esa noche, mientras que Dago estaba en el salón y yo estaba en mi dormitorio, había inventado mil formas, mil excusas para bajar. Mi cabeza no paraba de darle vueltas a nuestra conversación. Dago sufría y yo mantenía ese sufrimiento, sufriendo yo a su vez.

Ese galimatías, me estaba volviendo loca. No sabía qué hacer. Sus palabras taladraban mis recuerdos haciendo que se tambaleara toda la convicción que había mantenido esos cuatro años. Quería creerle, eso, haría que acabara toda la angustia que ahogaba mi pecho.

Esa noche, mientras permanecía tumbada en mi cama y me resistía a sucumbir a los efectos de los calmantes, evocaba sin cesar los momentos vividos en Irlanda. Sus besos recorriendo mi cuerpo. Un volcán en erupción chocando con un huracán, como una vez nos definió mi abuela.

—Ciara… —Su voz fue solo un susurro y cuando mi vello se erizó al oír mi nombre en sus labios, comprendí la enorme fuerza que ese hombre ejercía sobre mí. ¿Acabaría eso alguna vez?, ¿podría dejar de amarle algún día de ese modo tan feroz?

Dago me observaba atento y noté que titubeaba para empezar a hablar.

—¿Qué es lo que tienes que decirme? —le ayudé.

—Es complicado, no sé cómo empezar.

Ahora fui yo quien le examinó sin el disimulo que había adoptado dentro de la casa, y pude ver con claridad cómo debajo de sus ojos tenía una suave sombra malva delatando que no había pasado buena noche.

—¿Tú sabes lo que ha traído tu abuelo? —le pregunté.

—Puedo hacerme una idea.

—Y eso… ¿tiene algo que ver con lo que me tienes que decir?

—No lo sé, Ciara. Escucha —Se chupó los labios en un súbito arranque de valor y me sujetó los hombros. Hice un mohín cuando

su mano rozó la piel dolorida en esa zona—. Lo siento —se disculpó bajando las manos.

—Dago, dime lo que pasa —le animé. Estaba extraño.

—No sé cómo te vas a tomar esto. Quizá pienses que estoy loco. Ayer, yo lo pensaba —sonrió con sarcasmo—, hoy ya no sé qué pensar.

—No te entiendo.

—Cuando ayer por la tarde salí de tu casa no supe qué estaba ocurriendo. Nuestra conversación… —se pasó la mano por el pelo y exhaló fuerte—. Lo que ocurrió en los acantilados…, no fue lo mismo para ti que para mí.

No quería precipitarme, estaba demasiado cansada, cansada de lo mismo, de discutir con él una y otra vez sobre eso.

—¿A qué te refieres? —le pregunté con tranquilidad.

—Cuando salí de aquí intenté recordar todo lo que me contaste, todas las palabras que te dije en la garita, lo que hice… ¡pero no recordaba nada!, ¿crees que eso es normal?, ¿crees que es normal que aparezca en un lugar a kilómetros de mi casa sin que recuerde cómo he llegado allí?, ¿qué vea sombras que luego se volatizan entre mis dedos?

—¿Dé qué estás hablando, Dago? —Estaba empezando a asustarme.

—Siempre me has dicho que tú no viste a ningún hombre en la garita.

—¡Es que no podía verlo! ¡Allí solo estábamos tú y yo!

Dago se dio la vuelta y se frotó la cara en un gesto de exasperación.

—¡Habla claro! —le pedí—, desde que sucedió aquello siempre has mencionado a aquel hombre. ¿Qué hombre, Dago?

—¡No lo sé! —gritó volviéndose a mí—. Cuando estaba a punto de pedirte que te casaras conmigo, le vi allí, mirándonos desde la ventana de la garita y…

Mi respiración se detuvo.

—¿Qué has dicho?

Dago seguía hablando pero yo no le escuchaba.

—Para. ¡Para!

Se calló con la respiración agitada y con el desconcierto reflejado en su rostro.

—¿Me ibas a pedir que me casara contigo?

Dago echó la cabeza para atrás con los ojos cerrados. Cuando volvió a mirarme el verde de sus pupilas parecía resplandecer.

—Siempre soñé con ello. Ciara, jamás he amado a otra mujer.

Me martirizaba tener que vernos del modo en que lo hacíamos. Claro que te iba a pedir que nos casáramos. Te quiero, siempre te he querido.

Sentía cómo cada latido de mi corazón golpeaba mi pecho. Parecía que de un momento a otro fuese a salirse de allí.

—No fue eso lo que me dijiste —dije al fin después de unos segundos.

—Déjame explicarte lo que ocurrió, Ciara —dijo con urgencia.

Inspiré profundamente, lo necesitaba.

—Cuando vi a ese hombre en la garita fui a por él. Llevaba todo el día sintiendo que alguien me seguía, por la mañana, antes de ir a buscarte, y de repente… ahí estaba, mirándonos con una expresión de furia desmedida. Temí que te hiciera daño y no lo pensé dos veces. Cuando entré en la caseta le encontré medio agachado. No sabía lo que estaba haciendo pero no me gustó su postura, parecía tener algo en las manos. Creí que era un arma y me abalancé sobre él. Cuando le pregunté quién era no me contestó. Entonces apareciste tú gritando mi nombre y se zafó de mis manos yendo hacia ti. Cuando quise agarrarle de nuevo —dijo en un susurro— ya no estaba. Solo estabas tú, en el suelo, mirándome con una expresión que nunca he logrado olvidar.

Quise hablar pero Dago me lo impidió con un gesto.

—Ciara —inspiró profundamente—. Eso es lo que recuerdo, pero eso no significa que lo que ayer me dijiste no sea cierto.

Cada vez estaba más confusa.

—Mi abuelo, ayer…

—Sigue, por favor… —le rogué.

—Toda mi vida he tenido facilidad para ciertas cosas. Algunos idiomas que sin estudiarlos salían de mis labios como una lengua materna. También el uso de ciertas armas, como el arco, sin haber cogido uno en mi vida. Siempre me había atraído y un día lo probé de forma deportiva. Nadie me tuvo que enseñar, Ciara, fue como si lo hubiese practicado siempre. También…, estaban las sombras… —Dago dijo aquello con timidez—. Desde la niñez he tenido terribles pesadillas, pero hay una que prevalece ante las demás y que es siempre la misma. Encontraba en mi casa dibujos, bocetos y escritos hechos de mi puño y letra que no recordaba haber realizado. En algunos momentos he llegado a pensar que estaba loco. Aparecía en lugares donde no me acordaba haber ido, como cuando aparecí en el desván…, pero ayer mi abuelo me explicó lo que me ocurre.

Cuando Dago mencionó los escritos y los dibujos enseguida me acordé de la carta y del rostro de mujer que me miraba desde

aquella cuartilla…

—No entiendo nada —admití. Parte de lo que me decía lo había visto con mis propios ojos. Su facilidad con muchas cosas que a los demás nos costaba un triunfo aprender, su disciplina y su conocimiento cuando Kael nos entrenaba… pero lo demás, lo demás lo había mantenido en secreto. Un secreto demasiado tortuoso para luchar él solo contra ello. Pese a todo, seguía sin entenderle. No sabía a dónde quería llegar, ni qué tenía que ver todo eso con las palabras que me había dedicado esa maldita tarde.

—Nuestra familia viene de una tierra en la que las creencias atávicas todavía se mantienen en los corazones de muchos irlandeses. Creencias que han pasado de padres a hijos generación tras generación, creencias druidas como… la reencarnación.

—¡¿Reencarnación?! —pregunté atónita.

—¡Sé que parece una locura!, yo tampoco podía creer a mi abuelo cuando me lo dijo pero….

—Dago, estamos en el siglo veintiuno. ¡Por Dios! Yo, yo creo que Kael se equivoca, se tiene que equivocar, sé que los druidas creen en la reencarnación pero…

—Bríd.

Me callé. ¿Había oído bien?

Di un paso hacia atrás, esperando que Dago comenzara a hablar de esa mujer como ese día en los acantilados. Cómo la mencionaba en sus cartas.

—Espera —me pidió con tono severo—. Ese es el nombre que dije ¿no es cierto?

—Déjame, Dago. —Las ganas de huir volvían con más ansias que nunca.

—No, Ciara, escúchame. Mi abuelo me dijo que…

—Esa parte me corresponde contársela a mí. —No había visto venir a mi madre.

—¡¿Qué?! —exclamé enfrentándome a ella.

—Hija, no te imaginas lo que sentimos haberte ocultado todo esto. Habéroslo ocultado. —Miró a Dago— No sabíamos que os separasteis por un malentendido así. Pero, ¿por qué no me lo contaste, Ciara? ¿Por qué eres tan hermética, cariño? —me reprochó—. No era el tiempo de que lo supierais, pero os lo hubiésemos dicho para evitar que sufrierais así. Dago te ha dicho la verdad, hija.

No daba crédito a lo que oía.

—Por favor… —pidió mi madre al ver mi semblante.

La examiné unos segundos y luego miré a Dago. En ese

momento nos daba la espalda y no pude ver su rostro, pero su postura indicaba abatimiento, cansancio, quizá tanto como el que sentía yo.

***

Entré a la biblioteca embobada, poniendo un pie delante del otro por inercia.

Mi madre iba delante, y a mi espalda, podía sentir la cercanía de Dago.

Cuando entramos en la estancia, las cortinas abiertas dejaban penetrar la luz haciendo que los libros, que ahora se exponían colocados en los anaqueles, lucieran en todo su esplendor.

Mi padre ocupaba el sillón orejero y Kael, nos esperaba junto a la enorme mesa.

La primera mirada fue para su nieto, pero sus ojos pronto se posaron en mí, en busca supuse, de alguna reacción.

No la hubo.

Me sentía colapsada, aturdida, bloqueada pese a todo lo que me habían enseñado durante toda mi vida y pese a la educación que había recibido.

¿Era posible la reencarnación?, ¿de veras era posible? Y… ¿era cierto lo que me había contado Dago?

Mi madre le había secundado y a ambos les tenía por personas cabales y con los pies en el suelo, pero para cualquier persona a la que se le hablara de reencarnación, creería que era pura taumaturgia. En cambio para mi familia, o para el que la druidería fuera su vida, no era en absoluto cosa de magia, sino un después a un periodo de nuestra existencia.

—Al igual que hemos custodiado el Códice, hemos custodiado otros tesoros. Lo que hoy vais a conocer lleva con nosotros nueve siglos —comenzó a decir mi madre—. Un tiempo infinito y difícil. A través del tiempo, el legado de Bríd ha permanecido vivo, siempre en manos de su familia, nosotros.

Al oír de nuevo ese nombre, respiré hondo obligándome a callar.

Mi madre se acercó a la parte de la estantería por dónde se abría el pasadizo y, quitando dos libros de la tercera balda, introdujo su mano para activar el mecanismo que daba acceso al túnel.

—Acompañadme por favor —pidió una vez se hubo abierto el hueco.

La mezcla de olores volvió a concentrarse en mi nariz cuando mi

madre abrió la puerta del calendario y apreté la mandíbula al tiempo que cerraba los ojos.

Todos mis sentidos estaban activados, esperando con ansiedad que todo lo que había oído recientemente, se aclarara.

—Es por aquí —susurró.

Dago se adelantó y se puso a mi altura mientras la seguíamos en silencio. Mi padre y Kael cerraron la comitiva.

Cuando mi madre se detuvo frente a la espada y cogió el medallón que Dago una vez había posado sobre mi piel, instintivamente di un paso hacia atrás.

—Este medallón perteneció a Bríd, druidesa de la Comunidad de Galway. Murió en el año 1265 a la edad de cien años, pero ni un solo día de su larga vida dejó de desear que el tiempo transcurriera raudo para poder reunirse por fin con su amado, Aidan.

Noté cómo Dago se tambaleó levemente y le cogí del brazo no sin cierto esfuerzo; yo misma estaba comenzando a marearme.

—Aidan —dijo Kael, poniéndose al lado de mi madre—. Hijo de Cahir Cearnaigh, nacido en 1157, en la aldea de An Coiréan en el condado de Kerry. Fue criado en la Abadía de Mellifont por Mateo, el último descendiente de Donnachad, el novicio que creó el Códice. Por fin, hemos podido averiguar quién es él.

No hubo tiempo para réplicas, preguntas e incluso exclamaciones de asombro; Kael continuó desgranando lo que al parecer, hacía tiempo que guardaba en su interior.

—Sé que ese nombre te golpea en la cabeza, hijo —le dijo a su nieto—. Todos estos años sabíamos que detrás de tus trances, detrás de tus conocimientos atípicos, había alguien de mucho tiempo atrás. Áine vio varias cosas en el Samhain… entre ellas…, supo su nombre, o al menos, eso creímos… Tras arduas investigaciones intentando saber más de él, no tuvimos suerte. No sabíamos quién era y qué pretendía. Ahora lo sabemos, tú mismo nos lo has revelado.

—¿Yo? —preguntó Dago visiblemente aturdido.

—Antes de que perdieras el conocimiento la noche en que te encontramos en el desván, escribiste algo. Algo que ha despejado esa duda, lo que a Áine no se le reveló en el Samhain. Una de las múltiples preguntas que nos hacíamos era, ¿por qué, ahora?, ¿por qué en este tiempo? y sobre todo, ¿por qué contigo? La respuesta es, Bríd, es decir, Ciara, una de sus descendientes.

—¡¿Qué?! —exclamé.

—Aidan cometió un error muy grave y cuando Bríd fue consciente de ello, medió para que esto que está sucediendo fuera

una realidad —intervino con rapidez mi madre.

—No entiendo nada —les dije—, pero, eso que habéis dicho antes…, la reencarnación… —Todavía me costaba decirlo.

—La reencarnación siempre ha existido, en multitud de religiones creen en ella —añadió mi madre con los ojos centelleantes—. La energía como la Fuente de la Vida, la Vida como un cambio incesante, el Más Allá como un camino con retorno. El propio Nerón añadió al Códice algunas de sus reflexiones sobre ello. La religión romana albergaba multitud de dioses, había dioses y diosas para todo, para la guerra, para el amor, para la caza, el comercio… pero en sus escritos deja claro que desde que poseyó, 'el tesoro' como muchos lo han llamado, comprendía que esa religión que adoraban los romanos estaba equivocada. Ellos creían que la inmortalidad de nuestro espíritu no existía, es decir, que cuando moría su cuerpo todo se acababa, pero él comprendió que no era así, que luego habría un después, él lo vio…

—Pues aun así fue un cobarde al enfrentarse con la muerte —terció mi padre.

—Sabemos todo eso Erin, siempre hemos oído esa filosofía, la hemos mamado desde niños, pero comprended que esto es demasiado. Explicaos por favor —pidió Dago. Ahora su mano estaba entrelazada a la mía y la mantuve ahí apretándola con fuerza como si fuera una tabla de salvación.

—No podemos explicaros más hasta que leáis los escritos —repuso Kael.

—Observad el medallón —Mi madre le dio la vuelta y nos lo mostró. En el reverso había grabada una inscripción que no vi el día en que lo sostuve en mis manos. Era la misma que había impresa en el panel que tapaban los libros. '*Nunca debemos olvidar de dónde procedemos, la sangre irlandesa que corre por nuestras venas'*—. Esto que contempláis y que ha sido el símbolo de nuestra familia, perteneció a Bríd —Recordé el vitral de la casa que era igual a la antigua joya—. Permaneció con ella hasta el momento de su muerte y, cuando se lo dejó en herencia a los suyos, lo hizo con instrucciones precisas junto a él. Unas instrucciones que poseemos nosotros.

***

Mientras nos dirigíamos al fondo de la habitación, no pude evitar mirar hacia las estanterías preguntándome qué habría debajo de todos aquellos gruesos paños.

Cuando mi madre se detuvo, nosotros también lo hicimos.

Lo hizo delante de un objeto cuadrado. Éste se escondía bajo un hermoso pañuelo blanco con bordados celtas en color azul. Me pregunté cuándo habría llegado eso allí; hubiese jurado que las dos veces que había estado en la habitación, no había visto aquello.

Casi en un acto ceremonioso, mi madre apartó el pañuelo y lo dobló para dejarlo después a un lado de la mesa que sostenía el cofre, que segundos antes, dicha tela tapaba.

Al igual que el pañuelo, la ornamentación del hermoso objeto que teníamos frente a nosotros era claramente céltico. Tenía similitud con el arcón que descansaba en el desván, en las espirales y en un bello Triskel que adornaba la tapa, solo que en este caso, el decorado era mucho más sencillo y austero.

Imitando los mismos movimientos pausados que había adquirido al quitar la tela que lo tapaba, mi madre abrió el cofre con una extraña templanza.

Tuve que adelantarme un poco para ver lo que había dentro, pero antes de que pudiera distinguir algo, mi madre introdujo sus manos y sacó un fino libro cuyas tapas eran de cuero viejo. Lo abrió y nos mostró unas vitelas amarillentas.

—Hijos —nos dijo—, leed este testimonio. Es vital que lo hagáis para entender lo que leeréis a continuación.

—¿Qué es esto mamá?

—Estás vitelas fueron escritas del puño de Bríd. Debéis conocer su contenido antes de leer lo demás.

—¿Lo demás? —preguntó Dago.

—Hijo —le llamo Kael—. Lo demás es…, lo que tú escribiste. Lo dejaré encima de la mesa de la biblioteca. Cuando acabéis de leerlo, entenderéis muchas cosas.

Mi padre se acercó a nosotros, nos dedicó un esbozo de sonrisa y después los tres se dirigieron a la salida de la habitación sagrada.

—¿Dónde vais? —quiso saber Dago.

—Os dejamos solos.

Cuando salieron de la habitación, miramos la carpeta de cuero que nos había entregado mi madre y luego nuestros ojos se encontraron haciéndose mil preguntas.

***

—¡Espera! —le pedí antes de que abriera el librillo que contenía las vitelas de Bríd.

Dago me miró de nuevo y me pareció ver cómo sus ojeras se

hacían más profundas.

—Quería que supieras que… —Mi madre tenía razón, Mar tenía razón. ¿Cómo podía encerrarme tanto en mí misma?, ¿cómo podía costarme tanto expandir mis sentimientos?—. Dago yo… —comencé —. Siento mucho haber dudado de ti todos estos años, ahora que sé la verdad…

Con suavidad, pasó su dedo pulgar por mis labios.

—¿Qué hubiese hecho yo en tu lugar? —me preguntó—. Me hubiese vuelto loco de celos. Me hubieras matado si esas palabras hubieran salido de tu boca. Pero ahora ya lo sabes. Te quiero Ciara. No puede haber nadie más que tú, ¿me oyes?

—Yo también te quiero —le dije abrazándole.

Sentí cómo inspiraba en mi pelo y me apretaba contra él con fuerza. Aguanté el dolor; eso era mil veces mejor que estar un minuto más separada del hombre al que amaba. Todo ese tiempo había estado equivocada y por mi testarudez no le había escuchado. Había estado ciega y solo me permitía ver para imaginarle con esa mujer, una mujer que tenía una importancia sustancial para la persona que increíblemente había tomado prestada su vida después de nueve siglos.

—Tengo miedo —le confesé. ¿A qué llevaba todo aquello? No me habían pasado inadvertidos los rostros de preocupación de mis padres y de los abuelos de Dago y, mucho me temía, que toda esa revelación tenía detrás algo más en la que el nombre de Kan Kral aparecería en cualquier momento.

Dago se separó levemente de mí y me observó.

—No te volveré a perder.

—No lo harás —le prometí envuelta en un súbito coraje.

—Averigüemos de una vez qué es lo que está pasando —dijo con decisión.

Nos acercamos a la luz más potente que había en aquel lugar, junto a la espada. Desde allí se vislumbraba el atril, solo y callado. Procuré concentrarme en los escritos que nos había dado mi madre y, sin decir nada, comencé a leer en alto.

TESTIMONIO DE BRID

Sé que algún día leerás estas palabras y, aunque te cueste creerlo, habrás sido tú quien las haya pronunciado antes. Yo, solo pretendo

reproducirlas para que compruebes y sobre todo sepas, que un día exististe. Lo que siento es que no podré estar a tu lado para verlo o, quizá… sí.

Este testimonio será entregado a los hijos de mi hermana y ellos se lo cederán a sus hijos, estos a los suyos y así, hasta que abras los ojos algún día y quieran los dioses que llegue a tus manos.

Ignoro cuando vaya a suceder eso, pero quiero que esto sirva para que sepas que hubo un hombre que dejó una huella imborrable en el mundo y que en tu presente, sigue vivo en ti.

Te ruego, que seas quien seas, sigas tu instinto y observes bien todo lo que leas en este escrito, porque de tus labios salieron estas letras que a continuación vas a leer. Unas palabras que me dedicaste antes de marchar de mi lado y que hoy, serán reproducidas de mi puño. Y recuerda, Aidan:

'Nunca debemos olvidar de dónde procedemos, la sangre irlandesa que corre por nuestras venas'

Mi querida Bríd, es importante que sepas cómo llegó hasta ti el hombre que ya no podrá amar a ninguna mujer que no seas tú y, espero que esto que voy a confiarte, te sirva para comprenderlo, pues presiento que tardaré mucho tiempo en volver a poder envolverte en mis brazos cuando haya partido.

Como te conté una vez cubriéndote de caricias, cuando murieron mis tíos y sin saber que mi hermana vivía, un monje llamado Mateo me recogió de esas ruinas y me llevó a la Abadía de Mellifont.

Los años transcurrieron y me hice un hombre, pero no un hombre de Dios, sino un muchacho, que siendo respetuoso con todo lo que aquellos monjes me enseñaron, nunca fue llamado por el Altísimo para incorporarse a sus filas. Tenía dotes con el dibujo, por eso el abad había insistido en varias ocasiones a que me dedicara a decorar los manuscritos que transcribían en el monasterio, pero aunque lo intenté, comprendí que eso no era para mí. Mi sangre bullía demasiado y entendiéndolo así, no volvieron a insistir.

En cambio, las enseñanzas de mi mentor dieron como fruto que pudiera ofrecer mi protección en el monasterio frente a proscritos y ladrones, convirtiéndome pues en su jefe de seguridad. Pero de nada sirvió esa función esa noche maldita, todos los hombres a mi cargo perecieron a espada fracasando en la labor de proteger el cenobio en mi ausencia.

Ignorando lo que acaecería esa noche, salí del monasterio temprano.

Estaba pasando el día en Droichead Átha cuando la terrible noticia llegó a mis oídos. Atacaban la Abadía.

Cuando llegué al cenobio todo era desolación. Los hombres con los que había compartido mi infancia, mesa y comida cada día, yacían muertos por cada rincón. Su sangre manchaba cada piedra, cada lugar del monasterio. Me apresuré a ir al scriptorium para recoger lo que el abad y Mateo me habían confiado. Sin perder tiempo, tenía que evitar que el fuego que ya había devorado parte del edificio, consumiera lo que tan celosamente había sido guardado allí. Cuando estaba a punto de sacarlo del sitio en que estaba oculto, descubrí a Mateo.

Había logrado contener a varios guardias vestidos de religiosos, pero había resultado gravemente herido y… no pude hacer nada por él.

Todo era un engaño, yo… pensé que eran vikingos quienes atacaban y saqueaban el monasterio, ¡pero eran soldados ingleses enviados por el príncipe Juan!

Fui hacia el anaquel que guardaba el Códice; un manuscrito que debía proteger con mi vida. Cuando tiré de la palanca oculta que me había mostrado días atrás Mateo, ¡el hueco donde tenía que estar el antiguo manuscrito estaba vacío!

Casi enloquecí. Mateo había entregado su vida para nada. Los hermanos habían perecido a espada por algo, que estoy seguro, ni siquiera conocían. Mis delirios me llevaron a pensar que lo que había visto allí días antes, había sido creado por mi imaginación. No era posible que el Códice hubiese desaparecido. Nadie más sabía de su existencia salvo nosotros.

Salí de allí enloquecido, portando en mis brazos el cuerpo inerte de Mateo y aun así aniquilando todo lo que se me ponía por delante.

Casi cuando ya estaba rozando la linde del bosque dejando atrás el fuego que ya se había extendido por toda la Abadía, me topé con dos soldados más. Uno de ellos ayudaba a su compañero herido, pero cuando me vio soltó aquel cuerpo maltrecho y vino hacia mí blandiendo su espada. Lo degollé de un solo movimiento.

No iba a entretenerme en matar al otro soldado. No merecía la pena. Había perdido todo lo que amaba en el mundo, ya nada me importaba, solo quería marcharme de allí y dar digna sepultura al que había sido mi padre desde que el verdadero perdiera su vida en aquella batalla maldita. Pero antes averiguaría por qué el príncipe Juan había ordenado saquear un cenobio cristiano.

Aquel soldado moribundo no opuso resistencia cuando agarré su falsa cogulla y tiré de él ordenándole que hablara, es más, pronunció mi nombre entre jadeos, desconcertándome más de lo que estaba.

Lo que me reveló acabó de enloquecerme.

Al principio, su declaración fue para insultar a su señor, Juan I de Inglaterra. Ese príncipe inglés se había encaprichado de su esposa y la había violado hasta dejar su vientre baldío para siempre. El soldado estaba podrido de rencor y, si había participado en la reyerta, fue por una orden irrevocable e innegable, que si hubiese desobedecido, le hubiera llevado a la horca sin vacilación.

En ese momento pensé que de todos modos la muerte habría de acudir pronto a él.

Pero eso no fue lo que llamó mi atención, sino que en un momento de su confesión, mencionó el Códice.

Eso no podía ser. Solo el abad, Mateo y yo sabíamos de ese secreto. Antes de que pudiera preguntar al soldado qué más sabía, satisfizo mi ansiedad.

En su revelación, me dijo que un monje de la Abadía tenía tratos ocultos con Juan, y que ese frate traidor había robado el Códice de la biblioteca y lo había llevado días atrás al castillo de Limerick siendo él mismo quien lo había depositado en las manos del nuevo Señor de Irlanda.

Lejos de desanimarme, eso me dio una nueva esperanza; aunque estaba contrariado y profundamente herido por la traición de uno de los hermanos, ahora se abría una nueva ocasión para recuperar el Códice y acabar lo que se me había encomendado.

Después de dar sepultura a Mateo, fui al pueblo y varios hombres me ayudaron; cuando les conté lo sucedido no dudaron en hacerlo. El nuevo Señor de Irlanda no era bienvenido en la isla y su fama de implacable no era en vano. Me proporcionaron una cota de malla, varias armas y una espléndida montura. Ya, solo era cuestión de tiempo.

Solo me detuve una vez. Tenía que cambiar de caballo, pero cuando comencé a vislumbrar mi destino, me deshice de la bestia y fui a pie el resto del camino.

La luna derramaba su pálida luz sobre el castillo que se erigía en un terreno elevado por encima del río donde varios barcos fondeaban. Escondido entre la espesura de los matorrales, vi a dos almas pasar a unos metros de mí. Iban hacia allí en un carro lleno de sacos. No lo dudé y salté encima de la carga escondiéndome entre patatas y coles.

En las almenas de la fortaleza se asomaban guardias iluminados por antorchas. Cuando llegamos al puente, aguardé sigiloso esperando el momento adecuado. Se oyó cómo quitaban la tranca de la puerta y el carro avanzó al interior del castillo. El patio de armas estaba vacío, solo unos pocos soldados hacían guardia esa noche.

El sonido de la música y las risas llegaron a mis oídos. Pertenecían a los malditos guardias que habían atacado Mellifont. Habían esperado a

llegar a Limerick para celebrar su triunfo sobre el monasterio. Después de comunicar su éxito a su señor, éste les había obsequiado con varias reses y barriles de vino para premiar su victoria.

Aprovechando su condenada celebración, me colé por las cocinas y subí a los aposentos del monarca. Tenía pensado matarle, pero antes quería que viera el Códice en mis manos y que así, se llevara al infierno la derrota de su atrocidad.

No debí ser tan codicioso.

Busqué el Códice mientras Juan dormía con una mujer a su lado. Cuando ya creía que no lo encontraría, vi bajo la piel de un oso la forma de un arcón. Lo abrí y allí estaba, pero cuando iba a cogerlo, el grito estridente de la mujer echó a perder todos mis planes. Los ojos de la muchacha me pidieron disculpas y me pregunté por qué; pronto lo supe al percatarme entonces que la supuesta mujer, no era más que una niña que se había visto obligada a satisfacer a su sucio señor y, asustada por una sombra en los aposentos, hizo lo que cualquier criatura hubiese hecho: gritar.

Juan ya había despertado y se apresuró a dar la voz de alarma. Hice uso de mi arco y lancé contra él una flecha, pero en un gesto rápido e inesperado, usó de escudo a la joven y la saeta se clavó en su delicado cuerpo arrancándole la vida. Los soldados entraron en los aposentos antes de que pudiera encajar que había matado a una niña que apenas estaba empezando a vivir. Para entonces ya había metido el Códice apresuradamente en mi marsupio.

Escapé de allí por los arcos que daban al ala oeste del castillo, y batiéndome con mi espada con cuanto soldado se interponía a mi paso, logré llegar de nuevo al patio de armas, pero allí me aguardaban los que momentos antes cantaban y bebían por su triunfo.

Pude advertir cómo los guardias también llevaban arcos. Sujeté mi propio carcaj lleno de flechas y me aseguré la cinta que sujetaba a mi cintura. Lanzaba saetas a los que estaban más lejos y me batía con la espada con los más cercanos, pero eran demasiados.

No recuerdo mucho más de esos instantes. Solo sospecho que creyéndome muerto me ataron a un caballo, y arrastrando mi cuerpo, me llevaron hasta las profundidades del bosque. Allí me abandonaron probablemente para que las bestias devoraran mi cuerpo, pero todavía quedaba en mí un aliento de vida. Con su embriaguez, los guardias no habían reparado en mi marsupio ni en lo que llevaba oculto en él.

En mi semiinconsciencia palpé el Códice y noté cómo mi cuerpo se llenaba de vigor. ¡Lo había conseguido!, el manuscrito estaba conmigo. Creo que eso fue lo que me insufló las fuerzas necesarias para levantarme del frío y húmedo suelo cuando dejé de oír los cascos de los

caballos. Tras varias horas caminando sin saber dónde me llevarían mis pasos, herido y dolorido, creí ver una visión.

Entre la bruma vi a una anciana. En una mano sostenía un cayado y en la otra sujetaba las riendas del caballo que yo había dejado en el bosque horas antes. Sujeté el marsupio con las pocas fuerzas que me quedaban mientras veía con dificultad cómo la anciana se acercaba a mí.

No dijo nada, o al menos, yo no lo recuerdo.

Cuando me quise dar cuenta, estaba montado en la bestia negra y cabalgaba a toda velocidad. Creo que perdí la consciencia pues mi siguiente visión, fue la hierba tapándome el rostro; probablemente había caído del caballo.

Creí estar muerto hasta que sentí unas manos deslizándose por debajo de mi cuerpo. Los druidas de la costa oeste de la isla me recogieron y curaron mis heridas que no eran profundas gracias a la cota de malla que llevaba debajo de mis ropas, pero que en el viaje se habían abierto y me habían hecho perder mucha sangre.

Sabes que he estado aquí hasta que mi cuerpo ha sanado por completo. Éamon, el jefe y más anciano de los druidas, me ha tratado como a uno de los suyos y me ha desvelado, que Mateo mucho tenía que ver con ellos pese a ser un monje cristiano. Su madre fue druidesa y por eso mi mentor estaba tan unido a ellos. Me confió que él también sabía que el Códice era perseguido por una Orden llamada los Kan Kral, que quiere decir, Sangre de Rey. Orden fundada por un hombre llamado Timandro que había servido al mismísimo Alejandro Magno. Hecho que Mateo me había confesado meses antes de su muerte.

Después de permanecer con ellos este tiempo en el que mis heridas se curaron te conocí a ti, mi Bríd, convirtiéndome en el hombre más dichoso. Encontré a mi hermana después de años creyéndola junto a Dios, y por unos momentos, sentí que la felicidad embargaba mi vida, pero como sabes, debo emprender este viaje, un viaje hacia donde en un principio tenía que haber ido, pero que no pude realizar por las heridas ocasionadas en la lucha de defender lo que Mateo me encomendó, unas heridas que me alegro, laceraran mi cuerpo, porque ahora sé que ellas, me llevaron a ti.

Levanté la vista de la última vitela y miré a Dago.

Sus ojos estaban fijos en algo. Con lentitud, se encaminó hacia el lugar donde desembocaba su mirada.

—¿Dago? —le llamé situándome detrás de él.

Sus pasos se detuvieron frente al cuadro que tapaba la enorme

sábana. Dago tiró de la tela y ésta cayó al suelo mostrándonos las ilustraciones.

Ya no recordaba de lo que hablaba ese cuadro, pero cuando contemplé lo que aquellos extraños dibujos nos ofrecían, tragué saliva con dificultad y toqué el brazo de Dago.

La batalla que se exponía ante nosotros no era sino lo que Aidan había descrito a Bríd antes de su partida.

Lo que a mí me habían parecido simples guerreros la primera vez que los vi, eran los soldados que masacraban sin pudor a los indefensos monjes de esa abadía. El templo. La iglesia de la Abadía de Mellifont. Busqué el famoso lavatorio octagonal y no lo encontré, dándome cuenta al instante que en 1185 todavía no se había construido.

Los colores eran difusos, pero como me pasó la otra vez cuando lo observé, el rostro triste e impotente de alguno de ellos me causó verdadero malestar, un malestar que ahora se agravaba porque eso que estaba delante de mis ojos, era la representación de algo que realmente había sucedido.

Mi lógica emergió de nuevo y me pregunté cómo era posible que lo pudiéramos estar contemplando, pero al mismo tiempo también sabía que era absurdo plantearse esa pregunta; era más que evidente lo que había ocurrido.

Dago siguió con sus dedos los dibujos difuminados. Los detuvo un momento donde la iglesia ardía y rápidamente contrajo su mano en un puño.

De pronto se volvió hacia mí con los ojos humedecidos.

—Yo…, yo pinté esto… —dijo en un susurro.

Le miré con un nudo en la garganta, asintiendo.

Dago cerró los ojos y me abrazó dejándose resbalar hacia el suelo, donde apoyó la cabeza en mi vientre.

Me agaché y le besé con intensidad el rostro, como si así pudiera ayudarle a encajar todo lo que estaba sucediendo.

Transcurrieron unos minutos hasta que se sosegó un poco. Tiempo que agradecí para hacerlo yo también. Todo era demasiado complejo para poder asimilarlo de una vez.

—Creí haberme vuelto loco… —susurró.

—No pienses eso, ahora todo tiene una explicación y, aunque es una explicación increíble, está sirviendo para que por fin entendamos muchas cosas.

—Un día aparecí dormido allí, en la Abadía de Mellifont… —explicó—. Cuando desperté no sabía cómo había llegado, ahora lo entiendo…, yo…, Aidan, vivió allí y quizá yo… me sentí atraído…,

no sé...

Me pregunté cuántas veces le habrían ocurrido cosas así y cuántas veces habría corrido peligro en algunos de esos 'trances', como los había llamado Kael.

—Leamos lo demás —dijo separándose de mí en un súbito arranque de ansiedad.

Le evalué antes de soltarle y, solo cuando me aseguré de que estaba bien, le dejé ir.

—Vamos —me apremió.

***

—Mi abuelo dice que esto lo escribí yo el día en que me encontrasteis tirado en el desván. —Dago sostenía entre sus manos las hojas de papel, que tal y cómo nos había dicho Kael, había dejado encima de la mesa.

Habíamos guardado los escritos de Bríd en el cofre y ahora estábamos en la biblioteca a punto de leer esas cuartillas.

—Sí, eso ha dicho —murmuré. Ver la letra inconfundible de Dago en esos folios me ocasionó una extraña sensación.

Dago miró las páginas sueltas con reticencia.

—No lo recuerdo pero es mi letra, no hay duda.

—Lo leeré, vamos, siéntate en el sillón. Yo me sentaré en el brazo junto a ti —propuse cogiendo los escritos.

—Ciara, si no te importa…, esta vez prefiero leerlo yo.

—Claro.

Le devolví los folios donde la letra aparecía escrita en gaélico como en las otras vitelas que ahora descansaban metidas en la carpeta de cuero negro.

Nos dirigimos al sillón junto a la ventana y nos sentamos. Dago cogió aire un par de veces y, como si hubiera atravesado los siglos y se hubiese situado en el momento en que de la cabeza de Aidan salieran esas palabras, comenzó.

Querida Bríd, me gustaría disponer de tinta para poder escribirte. No es así, de modo, que aquí en la penumbra, impregnaré la soledad de este lugar con unas palabras que solo están dedicadas a ti, mi querida y hermosa Bríd.

Sabías que debía ir al condado de Clare. No quise preocuparte y por eso callé, pero tenía que ir al borde de los acantilados, junto a Mhothair. Ese era el lugar donde debía esconder el Códice.

Pero cometí un grave error.

Cuando fui conocedor del secreto que guardaba mi mentor, éste también me advirtió que no debía abrir el manuscrito bajo ningún concepto, pero los

hechos acaecidos y la curiosidad de saber qué cosas tan importantes eran las que se guardaban entre esas vitelas que habían provocado la muerte de tantos hombres y habían hecho que el manuscrito fuera ocultado durante tanto tiempo, hizo que en un momento de locura desatendiera sus consejos.

El viento sacudía mis ropas con furia y el mar embravecido rugía debajo de mí chocando contra las rocas, mientras a mi espalda, la hierba se mecía furiosa.

Me fue difícil encontrar la senda que me había descrito Mateo. Esa ruta se difuminaba entre las rocas, era de difícil acceso, más propio para un animal que para un hombre. Varias fueron las veces que estuve a punto de caer al vacío, pero pese al enorme cansancio que sentía, mis dedos se agarraron a las piedras y mi mente se concentró en la misión que había prometido realizar. Al cabo de múltiples intentos, encontré el hueco que buscaba, allí estaba, tal y como me había explicado mi mentor.

Tras excavar con mis propias manos y desprender rocas que hicieron sangrar mis dedos, conseguí entrar a la cámara oculta.

Cuando prendí la antorcha mi sangre se congeló.

Lo que menos esperaba encontrar, era que el sitio donde debía ocultar el Códice fuera un *sid*, un lugar que nunca hubiese imaginado que conociera con tanta exactitud un servidor de Dios. Por un momento incluso creí haberme equivocado, pero había sido fiel a todas las indicaciones.

Allí, en el corredor del túmulo, admiré los muros que me flanqueaban, todos estaban labrados con detalle, mostrando formas hermosas y signos que había visto muchas veces sobre las cruces celtas que hay por toda la isla. Sabía que solo los druidas podían entrar en un sitio sagrado como ese, que en el pasado, hacían rituales funerarios portando a sus muertos, y… si Éamon no me hubiese dicho que Mateo era hijo de un druida, me hubiese sorprendido que conociese ese lugar. Aun así, todo me parecía muy extraño.

Agarré con fuerza la antorcha que portaba y me adentré por el pasillo. Estaba sumido en una oscuridad absoluta y el aire que se introducía en mis pulmones pesaba por la sequedad del lugar. Me pregunté cuánto tiempo llevaría cerrado.

Cuando llegué al centro de la cámara estaba agotado, pero subí la antorcha y no pude sino maravillarme de lo que vi a mí alrededor.

El techo del *sid* era una compleja bóveda y sus paredes… albergaban dos nichos a cada lado. Me acerqué a uno de ellos y comprobé que estaba vacío. Con mi antorcha recorrí la pared hasta llegar a otro y en ese, vislumbré que sí había algo: Un esqueleto me miraba con sus cuencas vacías, su túnica delataba su condición de druida y su postura permanecía como si hubiese tenido algo en sus manos que ahora no existía.

Me sorprendió verle en aquella postura. En el tiempo que pasé junto a vosotros en el bosque, recordarás que el druida Finn murió a causa de su enfermedad y fui testigo de cómo era tratado su cadáver siendo amortajado en una tela con espirales pintadas y devuelto a la matriz de la Tierra junto a algunos objetos funerarios. En cambio, la postura de ese esqueleto era extraña y su mandíbula denotaba un gesto de horror que me sobrecogió.

Sorprendido por el descubrimiento, me costó desplazarme al nicho contiguo. Montones de objetos funerarios se apilaban sobre más huesos y, entre ellos, asomando tímidamente, pergaminos enrollados cuidadosamente.

No pude evitarlo y cogí uno de ellos. La vitela era extraña, mucho más fina que los pergaminos que antes he conocido. Estaba ennegrecida por los bordes y parecía que fuera a descomponerse en mis manos en cualquier momento, entonces me di cuenta de que era un papiro, ese material con el que había visto trabajar en multitud de ocasiones a los monjes copistas de nuestra abadía.

Con dificultad lo desplegué encima de la losa que había en el centro de la cámara. Acerqué la antorcha con cuidado y comprobé que estaba escrita en griego. Era una obra herética, algo extraño en un lugar como ese. Calculé que databa de mucho antes del nacimiento de Nuestro Señor.

Maravillado, la dejé en su lugar teniendo buen cuidado de no estropearla. Pero todavía me esperaban más descubrimientos.

Algo extraño se apoderó de mí, un desasosiego que me dejó sin respiración unos instantes. Apoyé el Códice en la misma losa donde había desplegado el papiro con la cabeza dándome vueltas y no estuve muy seguro si el motivo era por la falta de oxígeno o por el ambiente sagrado que me rodeaba; tenía la constante sensación de que estaba quebrantando una importante ley y que una vez que lo hiciera, no habría vuelta atrás.

Estaba en el sitio indicado, pero creo que los espíritus de aquel lugar sabían lo que en ese momento se me pasaba por la cabeza y por eso sentí esa presión en el pecho. Desobedeciendo completamente las advertencias del hombre por el cual estaba haciendo aquello y faltando a mi palabra, lo abrí.

Acababa de cumplir los quince años cuando Mateo me enseñó lo que albergaba la biblioteca del monasterio. Consideró que ya había adquirido la suficiente responsabilidad para mantener en secreto lo que allí vería. Los archivos de la Abadía de Mellifont acogían secretamente una riqueza extraordinaria.

De todos es sabido que todos los monasterios tienen exquisitas bibliotecas, y la de Mellifont no era muy grande, pero tenía en sus anaqueles Códices y pergaminos de un valor incalculable. La nave tenía dos secciones, una donde los copistas trabajaban de sol a sol, y otra donde solo unos pocos estaban autorizados a entrar. Allí había obras insólitas, códices y pergaminos que los monjes mantenían ocultos.

En el pasado, muchos de ellos habían sido alimento del fuego, pero aunque lo que allí se ocultaba, eran obras que muchos de los cenobitas no querían ni oír mencionar, lo que contenía el Códice que tenía entre mis manos, allí en el túmulo, no hubiese sido posible imaginarlo ni la más erudita persona. Entre lo mucho que encontré entre las vitelas de ese Códice fue… la Sabiduría milenaria de los druidas.

Sé que te parecerá increíble porque como sabes, los druidas nunca habían dejado antes su Saber escrito. Se lo pasaban por vía oral los unos a los otros. Tu misma estás aprendiendo sus costumbres de ese modo, pero, lo cierto es que aquello estaba delante de mí. Al principio, cuando vi todos los signos, los símbolos de aquel alfabeto en Ogam que tú me habías enseñado con mimo, no di crédito, pero luego recordé algo que creí haber olvidado y que Mateo me había revelado hacía mucho tiempo, como si entonces, hubiese sabido que algún día abriría el manuscrito que tenía entre mis manos, pese a su advertencia. Esas palabras habían sido transcritas a las vitelas sí, pero su origen estaban en las Varas de Filí. Mateo me había hablado de ellas.

No podía ser de otra manera, eso que contemplaban mis ojos tenía que ser aquello de lo que me había hablado mi mentor. Por eso, en parte, los druidas tenían tanto interés porque ese manuscrito fuera ocultado.

¡Varas de Filí! Las Varas de Filí que como sabes son finas varitas de avellano donde ellos tallaban símbolos Ogam plasmando así su Saber. *La Tech Screpta*. Bibliotecas que reunían todo el saber que se conservaba de tiempos inmemoriales…

Tú eres conocedora de todo eso, mi Bríd, eres una iniciada. Ellos siempre habían memorizado sus enseñanzas, no tenían nada escrito salvo aquello y entonces, comprendí que hubo un tiempo en que decidieron plasmar su Sabiduría por el temor que sus doctrinas acabaran en el olvido.

Éamon siempre tuvo mucho interés en que el Códice fuera guardado en el lugar en el que Mateo me había indicado, pero al igual que mi mentor, nunca me dijo claramente lo que esas vitelas guardaban. Todo encajaba. El legado de los druidas tenía que seguir a salvo además de todo lo que las otras vitelas contenían y, el anciano, sabedor de esa vital información, cuidó de mí. Del hombre que debía ejercer esa misión.

No me malinterpretes, estoy seguro que Éamon no solo me ayudó por eso. Vi sus sentimientos el día que nos despedimos. Sé que deseaba de corazón mi regreso y pude comprobarlo cuando salí del túmulo.

De camino hacia el *sid,* había dudado en lo que haría cuando cumpliera con mi trabajo. No estaba muy seguro si quedarme a pasar la noche cerca de los acantilados y así partir hacia Louth con las primeras luces del alba como había previsto para comenzar a buscar por allí al monje que nos traicionó, o emprender el camino en ese mismo instante para encontrarme con tus ojos. Pero después de abrir el Códice, el anhelo de querer vengarme era tan acuciante que casi me impedía respirar.

Ahora sé, por qué Mateo y Éamon me apremiaron para que no abriera el manuscrito…

Decidí vengarme, Bríd. Tenía que averiguar por qué esa sabandija nos había traicionado, verle morir, sentir su sangre impregnando mis manos. No descansaría jamás si no lo hacía, pero fue un gran error. Ahora lo comprendo. Éamon tenía razón.

Ya en lo alto del risco y con la decisión tomada de ir tras el monje traidor, vi una enjuta silueta que me aguardaba. Cuál no sería mi sorpresa cuando comprobé que quien estaba al borde del acantilado era el druida que había salvado mi vida.

El anciano me abrazó con fuerza y volvió a instarme a volver de inmediato, pero mi negativa fue rotunda y para mi sorpresa, Éamon calló y me dijo que entonces, me acompañaría hasta la mañana siguiente.

Sus palabras me resultaron extrañas, pero era más la alegría de no encontrarme solo que la curiosidad de saber el por qué había sido tan lúgubre al decirlas.

Esa noche mientras cenábamos pan y queso, confesé a Éamon que había abierto el Códice y lo que había visto en él, entonces, el druida me dijo que ese hecho, ya lo había visto en mis ojos.

—Sé que me lo dijiste. Mateo también lo hizo. ¿Pero por qué, Éamon? He visto lo que hay en su interior. Vuestra Sabiduría…

—¡No en eso está el peligro! —bramó encolerizado—. Junto a los signos

Ogam hay otros escritos, letras malditas impregnadas de perversidad. Plasmadas por manos asesinas y despiadadas que dejaron impresas su forma de ver las cosas, una forma equivocada pero realizada con tanta pasión que han adquirido vida propia. —Éamon subió su mentón y me escrutó— Uno de los motivos por lo que el Códice debe permanecer oculto en lugar sagrado es porque de esa manera, sus escritos malditos no afectarán a lo demás que se plasma en él. La otra razón, como podrás intuir, es por quiénes lo persiguen. Pocos saben lo peligrosas que pueden llegar a ser sus escrituras. Si en sus vitelas solo se estampara la Sabiduría druídica, no sería tan terriblemente arriesgado contemplarlo. Todo aquel que lo observa, queda atrapado. Muchacho —dijo en tono cansado—, llegaste a Gaillimh con la idea de una venganza, pero tus ansias se calmaron. Hoy cuando te he visto, he sabido que habías abierto el manuscrito, pues en tus pupilas se había renovado con mucho más ímpetu el odio que quemaba tu corazón el día que te recogimos malherido en nuestro amado bosque.

Bríd, cuando Éamon me dijo aquello me levanté y, en silencio, fui al borde de los acantilados. El rugido del mar y el viento que chocaba contra mi rostro aceleró mis sentidos, me recordó que estaba vivo y me pregunté si debía obedecer los consejos de Mateo y de aquel druida que había hecho un largo camino para estar en ese momento a mi lado.

Me senté de nuevo junto a Éamon. Sus ojos se mantenían cerrados y su luenga barba resplandecía al amparo del fuego.

—Tengo que saberlo, Éamon —le dije—. Tengo que saber quién propició la muerte de Mateo.

El druida tardó en subir sus párpados, tanto, que pensé que dormía.

—Lo sé muchacho —dijo— y por eso estoy aquí. Ya teníamos que haber partido…, pero ésta ha sido tu decisión, una decisión irrevocable que compartiré contigo. He de estar a tu lado.

No supe que responder pues ignoraba a qué se refería.

—Ahora pues, debes escuchar cómo el manuscrito fue sacado del lugar donde estaba protegido después de que una muchacha druida se lo arrebatara a Timandro, y de que éste, utilizara parte de él cuando, a las seis décadas de aquello, lo volvió a recuperar y posteriormente fuera utilizado por el propio emperador romano, Nerón. Lo que vas a oír, mucho tiene que ver con el hombre que te crio.

Asentí de buen grado, y esto, fue lo que me narró.

RELATO DEL DRUIDA ÉAMON

Hace trescientos cincuenta años, un novicio nacido en la isla de Irlanda colaboraba en la construcción de un monasterio cerca de los acantilados de Mhothair. El muchacho había sido abandonado por su madre y los monjes le habían recogido, pero no era su devoción permanecer junto a los clérigos; si permanecía allí, era porque todos los días tenía un plato de comida que llenaba su estómago y un sitio donde pasar la noche.

Antes de que el sol bañara los verdes valles, los frailes de aquel prospero cenobio se ponían a trabajar gozosos solo parando para sus rezos, pero él siempre que podía se escapaba de tan arduo trabajo y bajaba a un saliente del risco para evitar la labor.

Una mañana en la que la lluvia nutría los campos, el muchacho encontró algo entre las rocas del acantilado. El novicio, de apenas dieciséis años, no podía creer lo que sus ojos contemplaban. Un hueco se abría en la tierra, y él, como irlandés, sabía de qué se trataba, pero la codicia de lo que pudiera encontrar en aquel lugar hizo que olvidara el respeto, que sabía, tenía que mantener ante un sitio así.

Sin decir nada a nadie, excavó durante días hasta que su cuerpo pudo pasar por el agujero que había conseguido abrir. El túmulo estaba oscuro y silencioso, y viendo las pésimas condiciones para entrar, se propuso volver con una antorcha cuando los frailes durmieran para averiguar qué tesoros escondía aquel *sid*. Así lo hizo, y tras largas horas en las que maldijo mil veces aquel lugar porque no le ofrecía lo que buscaba, encontró algo que revolvería las almas más crueles.

En un nicho casi oculto, descansaba lo que los druidas han pasado oralmente a sus hijos generación tras generación, pero esta vez, plasmado sobre madera.

Se trataba, de Varas de Filí.

Junto a las varas de avellano se hallaban multitud de papiros que contenían obras heréticas, obras grandiosas pero peligrosas. El descubrimiento que halló aquel holgazán no era sino lo que la muchacha encontró en la tienda de Timandro. Las Varas y los papiros. Unos papiros que debían haberse mantenido inexpugnables porque, mezclados con algunos conocimientos druídicos, abrían una puerta a un mundo desconocido que más adelante descubrirían almas inicuas, almas, como la suya.

El joven, cuando vio aquel tesoro, supo inmediatamente de qué se trataba y, cogiéndolo todo sin reparo ni remordimiento, salió de aquel lugar donde no debió entrar jamás.

Sabía que nadie en la isla, salvo los druidas, querría saber nada de las Varas y los papiros. Las autoridades podían acusarle de haber cometido un grave sacrilegio, de modo que cegado por la avaricia, trazó un plan para enmascarar su falta. Transcribiría todo, incluso lo que había plasmado en las Varas de Filí. Con todo ello crearía un rico Códice. Todos lo admirarían y podría exigir un alto precio por él.

Pese a que desdeñaba las doctrinas monásticas y en más de una ocasión había sido castigado por ello, desde muy temprana edad los monjes habían observado en él que había sido bendecido por el don de la escritura y el dibujo. Ese era pues su labor en el otro monasterio al que pertenecía. Los trazos que sus manos perfilaban con detalle, se hacían perfectos cuando cogía las largas plumas de Oca y plasmaba en finas vitelas, los escritos de antiguos pergaminos.

Aprovecharía su virtud para su propio beneficio.

Así lo hizo, de día, simulaba trabajar en la construcción del nuevo cenobio, pero las noches las pasaba en vela transcribiendo lo que en las Varas de Filí estaba tallado y lo que en los antiguos papiros estaba escrito. Los signos Ogam eran un enigma para él, pero de todos modos copió todo

fielmente sobre finas pieles de cordero. Distinto fue cuando se dispuso a copiar los papiros. Los monjes, pese a sus reticencias, le habían enseñado el latín y el griego antiguo y, cuando trascribía lo que en los papiros había plasmado, fue cuando se dio cuenta de lo extraño que reflejaban aquellas palabras.

Tardó años en tenerlo todo acabado y, tuvo que engañar y sobornar a varios monjes igualmente corruptos como él para que las vitelas fueran cortadas y perforadas, cosidas y pautadas. Así, todo se transformó en un rico Códice.

No se sabe qué sucedió con los cenobitas que le ayudaron, pero por aquel entonces, hubo unas desapariciones extrañas en el monasterio en que ese muchacho vivía, que hoy dejan claro, que la muerte les sobrevino prematuramente a manos de aquel ingrato.

Cuando hubo terminado su difamación, no dio explicaciones a nadie y se marchó de la abadía después de prender fuego a las Varas de Filí y a los viejos rollos de papiro. No fue fácil encontrar a quien pudiera interesar aquella obra. En Irlanda nadie sabía leer ni escribir, de modo que decidió acudir a los monarcas quiénes tenían a su disposición clérigos que se encargaban de ese menester.

El alfabeto Ogam que ofrecía el Códice maravillaba a cuantos lo contemplaban, pero todos ellos se apartaban de él una vez acababan de leer la escritura en latín y en griego que ofrecían las siguientes vitelas cosidas a aquel extraño manuscrito. Argüían, que eso no podía ser sino una obra procedente del averno. De hecho, el antiguo novicio a punto estuvo de arder en la hoguera por hereje y por incitar a los hombres a leer ese manuscrito maldito; el castigo era arrancar los ojos de quien leyera ese libro prohibido. Así pues, logró huir y esconderse de nuevo.

En las noches volvía a leer lo que él mismo había copiado y se maravillaba con las fechas y sucesos que los textos ofrecían. Había acontecimientos, como el de la invasión de los vikingos a la isla, que inquietaban al antiguo novicio. Esos hechos ya habían ocurrido, siendo en el año 795 cuando los nórdicos *Finn Gall* atracaron por primera vez en Irlanda, pero otros hechos, los que en ese momento leía en los pliegos de vitela que él mismo había creado, estaban por acontecer.

Una de esas fechas fue aproximándose. En una de esas extrañas revelaciones, decía que en el año 841 vikingos daneses, a quienes los irlandeses llamarían *Dubh Gall*, arribarían en la isla y, esa llegada desencadenaría una lucha entre ellos y los ya residentes noruegos. Esa guerra intermitente, desembocaría en que los comandantes de ambos bandos reinarían conjuntamente la cuidad de *Dubh Linn*. Así pues, las fuerzas de los países nórdicos sacudirían la isla de Irlanda haciendo crecer en ella una serie de fortalezas donde fundarían sus propios pueblos.

El muchacho no pudo creerlo, cuando al poco tiempo de haber leído ese texto que una vez él transcribió, los vikingos desembarcaron en la isla y masacraron a cuanto se opuso en su camino. Ese hecho le demostró, cuan magnífico era lo que tenía en su poder. En ese momento comprendió que no podía venderlo, pues más fechas vaticinaban hechos venideros. Algunas fechaban tiempos muy lejanos, incomprensibles para él, pero eso no impidió que su vanidad fuera más allá; teniendo cuidado de no ser acusado de

nigromante podría aprovecharse de lo que aquel tesoro le ofrecía y sería admirado por sus predicciones, no faltándole jamás ropas, mujeres y sabrosa comida. Pero sabía que no iba a ser fácil. El Códice le causaba temor, pues algo difícil de definir le aprisionaba el corazón cada vez que posaba sus ojos sobre los signos en Ogam.

Una noche, oyó en una taberna a unas prostitutas hablar de un joven que vivía junto a los druidas. Éste, poco respetaba las enseñanzas que los ancianos impartían en su Comunidad y el antiguo novicio, vio una gran oportunidad en la desobediencia de ese muchacho. Comprando al joven ignorante, le enredó para que le enseñara el significado de los símbolos en Ogam, y de ese modo pudo comprobar, que esa escritura decía aún mucho más que los textos en latín y griego. Cuando se dio cuenta de lo que tenía entre sus manos, la codicia penetró aún más dentro de él y una mañana brumosa, acabó con el joven iniciado para que no pudiera delatarle. En ese momento, más que nunca, debía ser cauteloso para no llamar la atención, pero sus propósitos de grandeza no fueron los esperados.

Pronto se le acabaron los peniques de plata que había conseguido vendiendo algunas joyas que había robado del monasterio. Comprendió, que si quería conseguir algo, debía irse de la isla. Las gentes que allí habitaban, tenían fuertemente arraigadas sus creencias y nada conseguiría quedándose entre ellos. Llegó el día en que ya no tuvo qué comer. Solo le quedaban las ropas que vestía y el Códice que guardaba en un pequeño saco que cruzaba en su pecho. Caminó sin rumbo hacia el bosque para pasar la noche, planeando cómo se las apañaría para embarcar y alejarse de Irlanda. No conocía nada más que esas tierras, pero había oído en las tabernas que eran muchas las riquezas que poseían otras en el orbe, más allá de ultramar.

El camino se bifurcaba, y el muchacho dudó un instante antes de continuar. Las fuerzas le fallaban, eran muchos los días que no se alimentaba bien y hasta la visión le fallaba. Tanto era así que creyó ver entre la bruma una silueta, que quieta, le miraba fijamente.

El antiguo novicio caminó hasta la figura que permaneció impertérrita, sintiendo que no era dueño de su voluntad. Cuando no faltaban más que unos pasos, el muchacho se detuvo y comprobó que quien tenía frente a él, era una anciana de largos cabellos blancos, piel ajada y morena. Su túnica blanca y bordada no dejaba lugar a dudas, tenía frente a sí, a Gráinne, la druidesa de ese lado de la isla. La reacción del muchacho no se hizo esperar. Agarró el saco con las pocas fuerzas que le quedaban y echó a correr huyendo de la anciana. Pronto se vio rodeado de jóvenes druidas cortándole el paso.

—Sabemos de tu falta y tú mismo tendrás que enmendarla —le dijo la druidesa cuando los iniciados le llevaron de nuevo ante ella.

—¡Yo no he hecho nada! —gritó, y en el mismo instante que acabó de decir esas palabras una quemazón insoportable le azotó en el pecho.

El ardor le dejaba sin respiración, y sin pensar siquiera lo que estaba haciendo, se arrancó el saco e hizo jirones sus ropas intentando aliviarse. La bolsa cayó bruscamente al suelo mostrando el Códice. El muchacho, al verse descubierto, intentó tirarse hacia él, pero el cayado de la anciana se interpuso en su camino.

—Vamos, nos espera un largo viaje —susurró la anciana.

Los druidas le proporcionaron ropas, sustento y cobijo, y cuando el novicio desertor estuvo recuperado, emprendieron un nuevo viaje hacia el lugar de donde no debieron sacarse sus Enseñanzas.

Como siempre había sido, todo debía permanecer en secreto, de modo que, una vez hubieron llegado a los acantilados, tuvieron que esperar resguardados en el bosque a que los monjes del cenobio en el que ese traidor había trabajado, acabaran su jornada y se recogieran para poder meterse en el túmulo sin ser vistos.

Como si fueran espectros, formaron un semicírculo alrededor del lugar, proporcionaron al muchacho una antorcha y, vistiéndole con túnica druida y no sin antes purificarle, le ordenaron que devolviera las Escrituras al lugar donde debían estar. Éste obedeció sin rechistar y, andando sobre el mismo suelo sagrado que había pisado unos años atrás, el muchacho se introdujo en el *sid* portando el Códice.

No habían transcurrido sino unos momentos desde que dejara el manuscrito en uno de los nichos junto a otros rollos de papiro que no había cogido el día de su expolio, cuando un ruido ensordecedor le hizo estremecer. El muchacho corrió hacia la salida pero comprobó horrorizado que ésta estaba sellada. Las piedras se habían movido de tal forma que había quedado sepultado. Pudo oír cómo algunos druidas intentaban sacarlo de allí, pero tras horas de vano intento, entendió que nada podrían hacer. Los dioses habían decidido.

Comprendiendo cual iba a ser su destino, se acurrucó en uno de los nichos vacíos con el Códice en su regazo al tiempo que el fuego de la antorcha moría. En ese momento entendió lo grave que había sido su falta. Y allí, sumido en la más profunda oscuridad, comprendió que había sido un castigo de los dioses que los druidas adoraban y de los que él se había mofado.

Cuando Éamon terminó su relato mi corazón latía con fuerza.

—Y Mateo, ¿qué tenía que ver con todo eso? —le pregunté al anciano, pues aunque la historia me había sobrecogido, no encontraba la relación que podía haber con mi mentor.

—En los años que ese novicio estuvo fuera del cenobio buscando comprador para el Códice, dejó embarazada a una muchacha que dio a luz un bebé que fue criado por los druidas. Mateo era uno de los descendientes de ese niño —contestó.

Entonces entendí muchas cosas. Los druidas criaron al hijo de ese monje que mancilló su Saber, y así inculcaron a todos sus descendieres el respeto que una vez su antepasado no tuvo con ellos. Mateo pues, se sentía con el deber de hacer lo que hace siglos se dictaminó y, conocedor de ello, no se opuso llevar a cabo el rescate del Códice, pues aunque su padre había sido un recio guerrero, su madre fue una de las más respetadas druidesas que habitó en la isla.

Mi amada Bríd, esa noche volví a tener la pesadilla que atormentaba mis sueños desde hacía semanas. Pero esta vez fue tan real, que si hubiese podido, hubiera corrido a tu lado para cerciorarme de que estabas bien. En ella, me batía a espada con numerosos guerreros mientras tú me llamabas desde alguna parte del bosque. Tu voz denotaba tal sufrimiento, que casi no podía

concentrarme en la lucha, pero así como comenzaron tus gritos, se ahogaron de pronto, y al igual que tus sollozos desaparecieron, lo hicieron los guerreros con los que me batía a muerte. El bosque se sumió en un silencio aterrador que me instó a seguir una senda que me llevaría a un reguero de sangre, una sangre que procedía de un amasijo de cuerpos en los que el tuyo, mi querida Bríd, se desangraba sin yo poderlo evitar.

Ya despierto y dando gracias a Dios por ello y por haber acabado con ese terrible sueño, me levanté inquieto y miré al bosque donde Éamon debía estar comenzando a dar gracias al Sol.

Después de eso…, mi memoria se debilita. Recuerdo..., sombras a mí alrededor y después una calidez embriagadora. Después abrí los ojos en este lugar y tú estabas en mis pensamientos, igual, con la misma belleza que el día en que te conocí, llamándome Kaiden, con tu sonrisa eterna…

***

—Kaiden… —susurró Dago dejando la cuartilla que acababa de leer, dispuesto a leer la siguiente; antes de que lo hiciera, le detuve.

—¿Qué ocurre? —me preguntó en un tono tan bajo que casi no le oí; me pregunté si realmente estaba conmigo en ese momento.

—¿Estás bien? —quise saber. Ya me había percatado que se había sumido demasiado en la lectura, demasiado…

—Sí…, estoy, estoy asimilando todo esto.

Asentí y nos mantuvimos unos segundos en silencio.

—Los escritos… ¿Te das cuenta de lo que muestran? —le pregunté. Era algo de suma importancia, tanto, que cuando lo había mencionado entonces había tenido que frenar las ganas de interrumpirle.

—Sí…, claro —contestó.

Suspiré y miré la siguiente cuartilla que esperaba ser leída. Deseaba poder hablar de ello después. No podía ser que Dago estuviese tan tranquilo ante algo así.

—Adelante, acabemos, pero deja que lo haga yo ahora, te noto cansado —mentí. Su actitud me inquietaba.

Dago se pellizcó el puente de la nariz y, después de pasarse la mano por la incipiente barba, me cedió los folios.

Mi querida Bríd, está tan oscuro…

Los recuerdos acuden a mí de nuevo, pero siento que dispongo de tan poco tiempo…

Éamon no estaba cuando desperté al alba y supuse que estaba en algún lugar del bosque haciendo el ritual del Sol. Desde donde habíamos pasado la noche, podía ver parte del monasterio que el druida había mencionado en su relato.

Notaba mis músculos entumecidos, de modo que fui caminando hacia los acantilados. Una bandada de frailecillos se sacudió de las rocas y pasaron muy cerca de mi cabeza. Cuando me disponía a seguir su vuelo con la mirada, oí un ruido detrás de mí.

Primero le vi a él. Era uno de los monjes que vivía en la Abadía de Mellifont. Sus ropas estaban carcomidas por la mugre y su cuello ajado de heridas supurantes.

Confieso que sentí alegría al verle, ya no era yo el único sobreviviente de aquella masacre, pero su rostro adornado por una extraña sonrisa me puso alerta de inmediato y supe que se trataba del *frate* traidor, el hermano que nos había traicionado y había llevado el manuscrito hasta Juan, el príncipe inglés.

—¿Brannagh?, ¿eres tú? —le pregunté, solo deseoso de oír de sus labios algo que me mostrara que su imagen no era fruto de una pesadilla.

—Ha sido difícil encontrarte, pero no hay nada mejor que unas monedas para soltar lenguas faltas de comida —escupió por su boca putrefacta.

—¡Fuiste tú quien traicionó a los hermanos! —le acusé acercándome a él. Su terrible hedor no impidió que le cogiera del cuello y le subiera dos palmos del suelo.

—¡Suéltame! —dijo medio asfixiado.

—¡¿Cómo pudiste?! ¡¿Sabes lo que has provocado con tu codicia?! Cientos de hombres han perecido por tu difamación. Brannagh, ¡no tienes ni idea de lo que has usurpado!

De pronto, detrás de la colina, aparecieron una decena de guerreros armados con armas vikingas, pero nada más verlos supe de quiénes se trataban. La pesadilla de todo aquel que había salvaguardado el Códice siglos atrás.

Los Kan Kral.

Hubiese preferido mil veces que hubieran sido vikingos, esa horda que saqueaba monasterios e iglesias por toda la isla, pero no lo eran, estos tenían la mirada teñida por una sombra de odio que parecía proceder del mismo averno. Sus rostros infundían un temor desconocido y de sus cuerpos se desprendía la verdadera estela del maligno.

Todo sucedió muy rápido, cuando quise darme cuenta, estaba rodeado por todos ellos. Sus hachas de combate y sus espadas chocaban contra la mía descargando toda su fuerza.

No sé en qué instante apareció Éamon, pero pude ver cómo el anciano propinaba atroces golpes con su bastón a unos cuantos guerreros, dejándolos inertes en el suelo.

No fue suficiente. Brannagh, que había permanecido escondido como un cobarde, se abalanzó sobre el druida y descargó sobre su hombro un hacha que había cogido de la mano de un Kan Kral muerto. Corrí hacia Éamon llevándome por delante a dos miembros más de la Orden, pero cuando estaba cogiéndole en brazos, algo frío me atravesó. Los ojos azules del último integrante de esa horda me miraron satisfechos, un rostro que había visto en mis pesadillas las últimas noches… Su cabello claro se pegaba a su rostro contraído por la ira y la empuñadura de un sax vikingo sobresalía en mi cuerpo con su pomo lleno de sangre, de mi sangre.

No sé de dónde saqué las fuerzas, pero cogí la daga de mi cinto y la clavé

en su cuello.

El monje que había traído esa peste se abalanzó sobre nosotros, pero no le dio tiempo a derramar su ira, el hacha que había quitado del hombro de Éamon y que ahora estaba junto a mí, le separó la cabeza de los hombros de un solo movimiento.

Casi sin aliento me volví hacia Éamon. El druida había palidecido y me miraba con sosiego. Entonces, un terrible dolor volvió a quemarme en la misma herida; Éamon me había sacado el sax del costado.

—No me preguntaste por qué me quedé contigo —dijo con un hilo de voz dejando caer el cuchillo afilado a un lado de su cuerpo — pensé que podría convencerte, Aidan, las runas...

Miré de nuevo el arma que había profanado mi cuerpo. Sin duda Brannagh y esos puercos habían tenido tratos con los nórdicos.

—¡Estás perdiendo mucha sangre!

—Aidan —me llamó el anciano— Estos acontecimientos pudieron evitarse…. Ayer al amanecer… en el bosque…, las runas me mostraron que debía venir….

—¿Viste a los Kan Kral?, ¡¿por eso has venido?!

—Vine a buscarte para indicarte el camino, pero ya era tarde, tus ojos… tú decisión…. Esta mañana, el vuelo de las aves me han mostrado de nuevo… las sombras oscuras que acecharían el lugar sagrado..., pero también me han mostrado algo más, el lugar donde te encontrabas, Aidan, hijo de Cearnaigh, nacido en An Coiréan y criado por Mateo, el último descendiente de Donnachad, el novicio que fue infiel a sus hermanos y ladrón de las Varas de Filí. Tú, Aidan… —En ese momento le dio un acceso de tos que interrumpió sus palabras para reanudarlas después, no sin esfuerzo—…debes entrar de nuevo al *sid*. Debes hacerlo, ahora.

—¡No voy a dejarte aquí! —protesté.

—¡Debes hacerlo! —Su rostro se contrajo por el esfuerzo—. Lo inevitable no puedo cambiarlo, eso… ya está escrito, pero con mi presencia propiciaré otra oportunidad. Tienes que entrar de nuevo al *sid* y abrir el Códice. Lee el tercer verso de la tercera vitela tres veces y lo entenderás. Ahora sé, que ese era mi verdadero cometido aquí.

¿Entrar de nuevo al sid…? Pero era tarde para saciar mis dudas con una explicación a esa petición. Éamon tosió débilmente y su mirada quedó perpetuada a la mía.

Le abracé sintiendo cada hueso falto de carne entre mis brazos y después de unos minutos en los que alcé una plegaria por él, obedecí, atendiendo su último deseo.

***

—Todo esto es terrible, Dago... ¡Aidan fue herido en la reyerta con el arma que trajiste en Samhain!

Dago miraba en ese momento la hoja escrita y una de sus manos se posó en su costado.

Sus pupilas verdes estaban empañadas y parpadeó varias veces

intentando disimular ese sentimiento. De pronto, levantó la vista y con los ojos entrecerrados miró al frente y, después se dirigió a mí.

—Sigue leyendo —me pidió.

El *sid* me impactó igual que el día anterior y, cuando alcancé el final del túnel, tuve que sostenerme en el muro, por el dolor que me causaba la herida. Seguí andando y mis manos buscaron otro apoyo que resultó baldío y caí al frío suelo con la cabeza dándome vueltas. Notaba que me faltaba el aire, pero me arrastré hasta el lugar donde el día anterior había dejado el Códice, solo, alentado por cumplir el último deseo de Éamon. Logré llegar hasta allí entre terribles dolores y jadeos en los que el aire entraba a duras penas en mi pecho.

El manuscrito parecía pesar como cinco grandes piedras. Me encontraba débil, pero me llené de coraje y lo levanté. Lo abrí en su tercera vitela y observé de nuevo la maravillosa caligrafía. Dudé un momento en qué versos tenía que fijarme y, haciendo un gran esfuerzo, posé mi tembloroso dedo encima de las abigarradas letras. Era escritura Ogam, debajo, varias líneas estaban escritas en griego.

Por un momento creí no poder hacerlo. Los caracteres se emborronaban ante mis ojos y pensé que perdería el conciencia, pero algo, algo como lo que había sentido el día anterior, me llenó de una efímera vitalidad y los símbolos y palabras se aclararon permitiéndome leerlos en alto.

Lo leí Bríd, lo he leído. He hecho lo que Éamon me ha pedido.

Ahora estoy aquí, sentado en el frío hueco de un nicho. No me quedan fuerzas para siquiera intentar alcanzar el corredor. El fuego de mi antorcha hace rato que se ha extinguido y…, me pregunto por qué Dios me hace esto.

He estado pensando en mi madre. Hacía años que no lo hacía. ¡Qué injusta es la vida! La muerte me la arrebató sin darme la oportunidad de sentir sus abrazos. Murió nada más darme a luz y no pudo sentir el amor de su hijo ni yo el calor de una madre, y ahora…, me pregunto qué hice tan malo en este mundo. Por qué Dios es tan injusto conmigo. Por qué me aleja de ti ahora que te he encontrado…, por qué se interpone siempre impidiendo que pueda ser feliz y nunca ha estado cuando le he necesitado. Bríd…, por qué Señor…, por qué… No, no es posible, ¿cómo va a acabar todo así?

Mi amor, tengo mucho frío…, solo veo oscuridad…, pero cierro los ojos y tus cabellos dorados iluminan mi alma. Necesito que me guíes en el camino.

Bríd, sé que estoy muriendo, pero mi último recuerdo será para ti. Te echaré tanto de menos…, he estado sin ti mucho tiempo… y ahora que te he encontrado y que mi vida se encauzaba, me marcho…

Cuando acabé de leer, bajé la vista hacia Dago. Esas últimas palabras, eran las que había dicho él la noche del Samhain antes de precipitarse sobre las escaleras con la ofrenda.

Todo indicaba un terrible desenlace para la persona que una vez había sido Dago. Una persona que había estado dentro de él siempre y, que le había hecho hacer cosas como aquella…, como escribir sus últimos pensamientos antes de… morir.

Mis reflexiones me había distraído y no me había dado cuenta de ,que Dago estaba sumido en un extraño mutismo. En ese momento miraba al vacío y, alarmada por su silencio, le observé con mayor detenimiento comprobando asustada, que sus labios contenían un ligero temblor. Le llamé suavemente y su gesto se volvió pétreo adquiriendo el semblante de una estatua sombría.

No contestó, se limitó a seguir con la mirada perdida.

—¿Dago? —me acerqué y me incliné hacia él.

—Si hubiera vuelto a la Comunidad nada más salir del túmulo como aconsejó Éamon, los Kan Kral no hubiesen dado conmigo jamás y hubiera podido volver junto a Bríd… —Dago dijo aquello sin parpadear.

—Ay Dios…

—Fui un estúpido… Bríd… —dijo débilmente. Entonces, se desplomó.

***

—¡Dago!— le llamé zarandeándole.

Su rostro había adquirido una palidez cetrina.

—¡Mamá!, ¡Kael! —grité mirando a la puerta de la biblioteca.

Me volví a inclinar sobre él, le di unas suaves palmaditas en las mejillas y le aparté el pelo de la frente. Acerqué mi oído a su boca y constaté que respiraba con normalidad.

—¡Dago! —Kael jadeó el nombre de su nieto nada más cruzar el umbral de la puerta. Mi madre le pisaba los talones.

—Se ha desplomado sin más, Kael. Respira bien, pero no responde. Creo que le ha dado una bajada de azúcar. Si es así necesitamos Glucagón. ¡Mamá, llama a una ambulancia!

Mi madre no avanzó más ni hizo lo que le había pedido. Con los ojos cerrados, se apoyó en umbral de la entrada y llevó una de sus manos a la frente.

—¡Mamá! —grité atónita. Saqué mi móvil y comencé a marcar— ¡Maldita sea, me he confundido! —grité, intentándolo de nuevo, pero Kael me quitó el teléfono de las manos.

—¿Qué haces? ¡Tienen que administrarle inmediatamente una inyección de Glucagón!

—Ciara, Dago no es diabético —oí decir a mi madre.

—¿Qué?

—Te mentí. Te tuve que mentir. Teníamos que justificar de algún modo sus desmayos. Hija perdóname, pero eres demasiado suspicaz y tenías que obtener una respuesta creíble.

No supe qué decir ante esa confesión.

—¿Cómo ha sido esta vez, Ciara? —me preguntó Kael.

—Cuando hemos acabado de leer ha comenzado a sentirse mal —susurré asumiendo esa declaración.

—Entiendo…

Volví a centrarme en mi madre esperando una explicación más detallada, pero había vuelto a cerrar los ojos y ahora componía un gesto de angustia contenida.

—Mamá —la llamé.

Abrió los ojos en cuanto me oyó.

—¿Qué es lo que está sucediendo en realidad?

—Pues… —Miró a Dago y sus ojos se tiñeron de la preocupación que nos acosaba a todos.

—Díselo ya, Erín —le pidió Kael. En ese momento me pareció el hombre más viejo del mundo.

—¿Qué, qué me tiene que decir? —pregunté con el corazón desbocado.

Ella le miró intensamente y suspiró.

—Ciara, cariño, debes saber algo más, algo, que lo cambia todo.

***

Dago seguía inconsciente y yo me encontraba como si estuviera encerrada en una pesadilla.

Lo que Kael y mi madre me habían contado era algo tan terrible que casi no podía respirar.

¡¿Cómo lo íbamos a conseguir?! ¡Era una tarea imposible!

Me abracé a mí misma y reprimí un nuevo sollozo. No habían pasado más de quince minutos desde que atendiendo mi petición, me dejaran a solas con Dago y, no había llorado con más intensidad y con más rabia en toda mi vida.

Le miré de nuevo, no había dejado de hacerlo salvo cuando cerraba mis ojos con fuerza preguntándome por qué sucedía aquello.

Ahora entendía la preocupación de Kael. Las prisas de encontrar el Códice…

Me incliné sobre Dago y le besé los párpados, la nariz, los labios.

Otra vez la presión en el pecho hizo que me levantara y buscara aire. Mis ojos se detuvieron en el anaquel central y visualicé la frase que escondían los libros que la tapaban. Esa frase que había

permanecido allí siempre. La que mi abuela mencionaba tanto, la que Bríd había dedicado a Aidan.

—'*Nunca debemos olvidar de dónde procedemos, la sangre irlandesa que corre por nuestras venas*'—recité en alto.

Cuando terminé de decirla, sentí cómo mis músculos, que se habían convertido en gelatina después de la conversación mantenida con Kael y mi madre, recobraban fuerzas insuflándome el valor que parecía haber perdido.

—Lo haré —dije mirando a Dago—. Yo encontraré el manuscrito, te lo prometo.

Me sequé las lágrimas con brusquedad y volví a sentarme junto a él a esperar que despertara.

***

Estaba transpuesta cuando un quejido me devolvió a la realidad.

Me incorporé deprisa buscando en él un signo de que comenzaba a despertar. Dago gemía y su rostro se contraía mientras temblaba.

—Shhhh, tranquilo —le susurré con impotencia—. Estás en casa, estás en casa.

Acaricié su frente y su cabello. Al cabo de unos minutos, Dago abrió los ojos con lentitud.

Su piel seguía pálida, y a eso se sumaba, una mirada confusa e inquieta.

Cuando enfocó la vista hacia mí, subió las manos y sin esperármelo me abrazó con fuerza arrastrándome hacia él.

—Ciara…, Dios es… —balbuceó.

—¿Cómo te encuentras? —le dije volviendo a acariciar su rostro y buscando en sus ojos la verdad.

—Tengo frío… —dijo temblando de nuevo—. Esa pesadilla… —dijo incorporándose. Me volví a poner frente a él.

—¿Qué pesadilla? —Le froté los brazos para darle calor.

—Es un sueño que me atormenta desde hace años —repuso cerrando los ojos.

—Olvídalo. Es solo una pesadilla.

—¿Lo es? —En sus pupilas se discernía el velo inequívoco de la turbación.

—¿Qué quieres decir?

—En mi pesadilla, tú y varias personas más sufrís en las manos de hombres sin rostro. Todo trascurre en un bosque, yo lucho con ellos, pero de pronto desaparecen y comienzo a buscarte. Entonces

llego a un lugar donde… —Dago se paró unos instantes y frunció el ceño—, encuentro una montaña de cuerpos ensangrentados, donde tú, estás sin… vida.

—Es un mal sueño, Dago, tranquilo —Le abracé volviéndome a sentar en su regazo y sin poderlo evitar, relacioné su pesadilla con la de Aidan. Sin duda era la misma pero con distintos protagonistas.

Se conformó con mi respuesta evidenciando que él no recordaba ese hecho y apoyó su cabeza en mi pecho. Parecía muy cansado. Al cabo de unos minutos se separó de mí levemente.

—¿Qué ha pasado? ¿He vuelto a…

—Sí —contesté antes de que acabara de preguntar—. Has estado inconsciente un buen rato. ¿Cómo te encuentras?

—¿Y tú?, ¿cómo estás tú?, ¿has estado llorando? —dijo acariciándome las mejillas.

—Estás temblando —repliqué.

—Estoy mejor. Ya no siento tanto frío, pero Ciara, ¿qué ocurre? ¿por qué has llorado?

—Me he asustado mucho cuando te has desmayado —mentí.

—Pues esta vez estaba sentado. No me he abierto la cabeza ni nada parecido ¿no? —dijo tocándose el pelo—. Nunca te había visto así.

—Sí, bueno, es un cúmulo de cosas. Lo tendría retenido ahí —volví a mentir.

—Pues si es así, vale. Me alegro que te hayas desahogado, pero ya estoy bien.

—¿De verdad? —insistí con un nudo en la garganta.

Asintió.

—¿Recuerdas algo de lo que ocurrió antes de que te desmayaras?

Dago descompuso la máscara de despreocupación que había montado para distraerme y negó con la cabeza.

—Te ayudaré —le dije levantándome y tendiéndole las manos.

Dago se puso en pie y le tuve que sujetar unos instantes debido a un mareo que le sobrevino.

—Vamos, estaremos mejor en el salón.

***

Olalla le preparó un zumo de naranja y yo propuse que comiera algo, pero argumentó que no podría tragar nada sólido y no le insistí.

—Bébetelo todo, hijo —le pidió su abuela con el rostro

ceniciento.

Dago miró el vaso que ahora descansaba en la mesa baja del salón sin mucho ánimo.

Kael se mantenía de pie al lado de la chimenea con la mirada perdida mientras que mis padres se sentaban en el otro sofá alternado sus miradas entre Dago y yo.

—Tras leer todo lo que Aidan…, lo que yo escribí… —rectificó Dago— creo que tenemos que cambiar las suposiciones que hemos hecho y que ahora, sabiendo lo que sabemos, dan un giro a lo que creíamos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Kael.

—Sí, explícate —secundó mi madre, confusa.

—Cuando vinimos de Irlanda os contamos que en el *sid* no encontramos nada.

—Así es —dijo mi padre.

—Nada excepto algunos pergaminos, unos huesos en muy malas condiciones y…, un cadáver momificado —declaró.

—No puede ser… —susurré comprendiendo al instante a dónde quería llegar Dago.

—Puede y lo es —continuó con una templanza admirable—. Cuando os contamos que vimos aquella momia en el túmulo, creímos saber a quién pertenecía. Nosotros pensamos que era el novicio que creó el Códice, el que fue castigado por los dioses siendo enterrado cuando los druidas le detuvieron antes de que pudiera salir de la isla con el manuscrito. Pero…, en realidad no es así.

—Dago… —La voz de Kael interrumpió a su nieto.

—Estoy bien, no te preocupes, *avó* —le tranquilizó—. Ciara encontró unos huesos casi deshechos. ¡Esos huesos son los de ese monje!, mientras que la momia… —pareció vacilar unos instantes— … la momia es… Aidan.

—Siento tanto que hayas tenido que contemplar una cosa así… pero… —Kael dejó la frase inacabada.

—En el relato que nos contasteis, antes de que ese novicio entrara al *sid* a devolver el manuscrito que el mismo había creado, los druidas le purificaron, por lo tanto estoy seguro que le proporcionaron una túnica. La ropa de… Aidan —Esta vez, le costó decir su nombre—, era la de un guerrero.

—Lo sabíamos —confesó mi madre.

—Así es —la secundó Kael.

Dago y yo nos mantuvimos en silencio unos instantes sin saber qué decir.

—Cuando conocimos quién se había reencarnado en Dago tuvimos la certeza absoluta que vosotros teníais que acompañarnos al túmulo, al Origen —explicó.

—¿Por eso nos pedisteis que fuéramos?, ¿no porque hubierais tenido el accidente? —preguntó Dago.

—En efecto, hijo —siguió Kael—. Antes de que ocurriera el percance, teníamos pensado pediros que acompañarais a Erin y Ángel. Cuando supe lo de Aidan, la esperanza de encontrar el Códice se hizo mayor. Creíamos que quizá al ver frente a frente el que fue su cuerpo, la fuerza de los dioses te abriría el camino para dilucidar dónde podía estar el manuscrito, porque aunque posteriormente estuvo en manos de otras personas, fue en él en quien el Códice más influyó. Era una hipótesis sin fundamento, pero acompañada de una fuerte corazonada que no pude eludir. Pensé…, que quizá los escritos llamarían al espíritu de ese valiente joven cuando tuviera frente a él a la persona en la que ha sido reencarnado.

—Pero tuvisteis que hacer el viaje, solos —añadió mi padre.

—Sabíais desde el principio que el Códice no estaba allí —intervine.

—Así es, cariño. Como podrás comprender, ese lugar ya había sido registrado, al igual que todos los sitios sagrados que hay en la isla, pero Kael tenía una fuerte premonición de que quizá Dago al ver aquello…

Recordé lo que había dicho Conall. Él también había mencionado que todos los lugares sacros habían sido inspeccionados, dato que yo había mencionado a Kael nada más llegar de Irlanda y él había negado con rotundidad. Pero también recordé la magnífica actuación de mi madre al argüir su razonamiento de por qué tenían que ir a los acantilados de Moher y la perplejidad de mi padre al hacerlo; ahora me daba cuenta que solo él, no estaba al tanto de lo que pensaban Kael y ella.

—Lo que no entiendo es por qué no me lo dijisteis directamente ese día —repuse un tanto molesta.

—Lo íbamos a hacer, pero no sabíamos cómo —se defendió mi madre—. Cuando el abuelo de Dago nos contó lo que había averiguado, no nos lo propuso, pero según íbamos hablando contigo fue cuando tanto a Kael como a mí se nos ocurrió que podía haber una esperanza si la persona en la que Aidan se había reencarnado se enfrentaba a la momia, que sabíamos, estaba en el *sid*. Teníamos que probarlo todo hijos —dijo mi madre en tono de disculpa—. Además, antes de proponéroslo abiertamente, teníamos que

hablarlo con el Clan, por eso no os lo dijimos.

—Pero no os dio tiempo a decírnoslo —susurró Dago.

—De todos modos fue un fracaso… —se quejó Kael.

Esa frase me devolvió a la realidad.

—¡Lo encontraremos! —exclamé.

—Hijo yo… —Kael calló para coger aire en una profunda bocanada.

—Sé que estáis preocupados por mí —continuó Dago—, pero no debéis hacerlo. Asumir todo esto es difícil, pero lo estoy haciendo y ahora me alegro de que se esté aclarando por fin todas las tormentas que me acuciaban. Las preguntas sin respuesta que me hacía casi diariamente. Ciara —se volvió hacia mí—, siempre me he preguntado quién era el hombre que me perseguía. Quién era la sombra que hizo que me abalanzara a la garita, esa tarde en los acantilados. Ahora lo sé. Cuando leíste lo que yo escribí, los últimos momentos de Aidan, lo vi. Ese hombre, el hombre que tuve frente a mí esa tarde en Herbeira, no era otro sino el que clavó el *sax* en su cuerpo. El hombre que me perseguía era, su asesino.

Mis manos subieron a mi boca, impresionada.

—No, no te asustes, no os asustéis —dijo a todos—, ahora sé quién es. Todos estos años ese recuerdo me ha atormentado. Esos ojos azules que me miraban con tanto odio y que solo yo… veía.

—Las palabras que dijiste… —susurré dándome cuenta entonces.

Dago arrugó las cejas con confusión.

—Estaba tan sumida en la lectura y tan concentrada en lo que escribiste después, que aun teniéndolo delante, no lo vi. Unas palabras que me han atormentado durante cuatro años porque creía que estaban dirigidas a mí.

—¿De qué hablas? —quiso saber Dago.

—Esa tarde en los acantilados me dijiste muchas cosas. Cosas que me hicieron huir de ti con el corazón destrozado, pero esas palabras no salían de tu boca, sino de la de Aidan pocos minutos antes de morir —razoné.

Vi cómo Dago no abandonaba su gesto de perplejidad y me esforcé en explicarme.

—Esa tarde hablaste de Bríd, de lo mucho que la amabas. Eso me hundió, pero pensé que te habías vuelto loco cuando furioso, me acusaste de querer alejarte de ella, de que nunca había estado contigo cuando me necesitabas, ¡¿Lo ves, Dago?! Era una reproducción de lo que Aidan le preguntaba a su Dios. Le preguntaba por qué le hacía eso, por qué le separaba de ella ahora

que la había encontrado.

—Lo siento tanto… —susurró Dago.

—¡No!, por favor, no te disculpes de algo de lo que no tienes culpa. Soy yo la que tiene que pedir perdón —dije con sinceridad.

—Nosotros también lo sentimos —dijo mi padre, avergonzado. Mi madre nos miraba fijamente.

—Lo ignorabais —repuse—, soy yo la que nunca dijo nada. La que guardó todo aquello en mi interior macerándolo durante años. Si fuera de otra manera…

—Igual de reservada que Alana… —Olalla habló por primera vez, y sus palabras, parecieron hacer recordar algo a mi madre.

—Dago, Ciara —dijo levantándose y situándose junto a Kael—. En un Samhain, supimos por mi madre que Kaiden era el nombre de la persona que se reencarnaba en Dago sin saber obviamente que ese era otro nombre que utilizaba Bríd para dirigirse a él. —Mi madre miró a Kael unos instantes.

—Es verdad. En lo que escribí, pone que Bríd se refiere a él como Kaiden —susurró Dago.

—Kaiden es un nombre irlandés, significa, luchador —expliqué.

—Así es —corroboró Kael—. No sabemos por qué le llamaba así.

—Porque fue un superviviente. Logró ponerse en pie tras una ardua lucha en la que casi muere. Logró recuperarse y volver a emprender lo que no había podido terminar. Era un auténtico luchador. —Las palabras me salieron con tal convencimiento, pasión y coraje que me asusté cuando acabé de pronunciarlas.

Todos me miraron en silencio.

—Al menos, eso es lo que creo —añadí un tanto aturdida.

Kael dijo:

—Los integrantes del Clan que se dedicaban a ese menester intentaron averiguar quién era el Aidan que Bríd mencionaba en sus cartas, pero solo con ese dato era difícil, no teníamos apellidos, solo algunas pobres referencias. Luego Áine nos confundió mucho cuando vislumbró el nombre de Kaiden, pero también nos quitó un gran peso de encima, porque antes de que sucediera aquello…, sospechábamos de algo terrible.

—Veréis…, Alana era una mujer muy tenaz, segura de sí misma, pero… muy reservada. Corría el año 1985. Yo estaba embarazada de ti —dijo mi madre mirándome directamente y cogiendo la palabra—. Ian e Isabel acababan de llegar de viaje y con ellos traían un objeto que habían hallado en Gales. Isabel también estaba embarazada de Dago. Todavía le quedaban cinco meses para dar a luz, mientras que yo, en un mes, cumpliría. Alana me pidió que

acompañara a Isabel a la habitación sagrada a guardar el objeto. Ian estaba en Cariño solucionando algunos problemas que habían surgido durante su viaje y venía sola. Lo hicimos, abrimos el pasadizo y entramos donde estaba el Códice para dejar allí lo que habían traído y que posteriormente mi abuela y mis padres habrían de estudiar. Para mí no era la primera vez, yo ya había visto el manuscrito, pero para Isabel sí, y sin pensárselo… lo abrió. Cuando vi que iba a hacerlo estuve tentada a pedirla que no lo hiciera, pero realmente, yo deseaba que lo abriera. Desde que Áine me confesara todo cuanto debía saber respecto al Clan, siempre había deseado ver con mis propios ojos lo que contenía ese libro. Había contemplado sus bellas cubiertas cuando mis padres me las habían mostrado, pero nunca, nunca me dejaron contemplar sus letras. Era demasiado peligroso. Sus textos podían confundir hasta las más cándidas almas. Isabel lo hizo atraída irremediablemente. Pronto me descubrí leyendo aquellas viejas vitelas junto a ella y solo los gritos de Alana a nuestra espalda fueron capaces de que paráramos de recitar aquellos versos. Nos arrancó el Códice de las manos y nos echó a gritos de allí. Perpleja por su comportamiento, tiempo después me habría de enterar, el por qué de la conducta de mi abuela. Cuando murió Alana, Áine me reveló la existencia de una carta que su madre le había dado poco tiempo antes de morir; algo que había mantenido oculto y que no había querido compartir con ella hasta entonces, por miedo a las consecuencias. Le dio esto.

Mi madre sacó una carta amarillenta de una carpeta parecida a la que me había ofrecido con las vitelas de Bríd.

—¿Esto es…? —pregunté.

—Sí, es la carta que poseía Alana. Se la dio a mi madre en su lecho de muerte. Le dijo, que ella la había recibido poco tiempo atrás. El remitente era un alto rango del Clan que había investigado los datos que mi abuela le había facilitado en referencia a nuestra accidental lectura. Es… la explicación del por qué Aidan ha esperado tanto tiempo para reencarnarse y…, la razón por la qué Dago, ha sido el seleccionado.

***

Querida Alana.

Hemos estado investigando los hechos de los que nos has hablado y nos hemos puesto en contacto con diversos jefes druidas de todos los puntos del globo, llegando al consenso, de que el día en que Erin e Isabel leyeron esas líneas del manuscrito, provocaron algo que ya no tiene

marcha atrás.

Siento mucho haber tardado tanto en darte una respuesta, pero arduo ha sido el camino para llegar a esa resolución.

Nos estamos enfrentando a algo sin precedentes, por tanto, debéis estar atentos.

Cuando las dos mujeres leyeron esos versos del Códice abrieron una puerta demasiado peligrosa y, pese a que no han tocado los escritos malditos y debemos dar las gracias a los dioses por ello, sí han leído la parte donde están los versos prohibidos. Los que tanto ansían los Kan Kral.

Alana, como te prometí, me puse en contacto con los integrantes más antiguos del Clan y les hice partícipes de lo que había ocurrido.

Todos nos preguntamos qué consecuencias acarrearía esa lectura y, después de estudiarlo minuciosamente, llegamos a la conclusión de que esa parte de las vitelas debía leerla una sola persona para que el resultado fuera el deseado y, como había sido leída simultáneamente por dos, la consecuencia la ignoramos. Con pesimismo, llegamos a otra deducción más, ésta de lógica aplastante al margen de que lo hubiesen leído dos, o una persona:

El efecto obraría en alguien no nacido aún, pues ese es el verdadero método.

Tengo que confesar que los más ancianos y yo, no quisimos pensar en lo peor, ya sabes a qué me refiero, pero deberéis estar atentos a lo que pueda acaecer en un futuro.

Ese día, las mujeres despertaron algo que estaba dormido desde hacía siglos y que no sabemos qué ocasionará.

Lamento no poder decirte más ni poder ofrecerte una explicación más concluyente. Lo que me preocupa profundamente es, que si la reencarnación llega a hacerse realidad, no sé de qué manera sucederá. Imploramos a los dioses que Bríd pueda por fin encontrar la felicidad.

Junto con el Códice que os ha sido encomendado se guardan sus escritos y solo los habrás de sacar, si en un futuro mis ruegos han sido escuchados.

Dejé caer la carta de mi bisabuela en mi regazo y levanté la vista hacia Dago que me evaluó unos instantes.

—Lo siento, pero no entiendo nada —le dije a mi madre que seguía al lado de Kael.

—Nosotros tampoco lo entendimos —repuso éste—. Cuando Áine me enseñó esa carta después de enterrar a Alana, no era el tiempo de entenderlo.

—Isabel y yo leímos los versos prohibidos del Códice. Los

codiciados por la Orden.

—Sí, eso has dicho —comenté sin entender todavía.

Mi madre se dispuso a explicarse.

—La parte del Códice que busca la Orden y que se concentra en esas cuatro vitelas que nosotros conservamos, contienen los versos que invocan a la reencarnación.

Fruncí el ceño, confusa, pero entonces lo entendí todo.

—Claro… —susurró Dago a mi lado.

—¿Por eso lo desean tanto? —pregunté—. Esa maldita secta lo que busca es la eternidad de ese modo, poder reencarnarse una y otra vez.

—No hay otra explicación —terció Dago.

Kael asintió y fue secundado por mis padres y Olalla.

—Lo que Pól trajo de Grecia, mezclado con las Varas de Filí que contenían los escritos de nuestros antepasados druidas, desató algo sin precedentes— narró Kael—. Fue el comienzo de una guerra encarnizada por conseguir ese Poder. Timandro lo tuvo en sus manos tres días, tiempo suficiente para ver lo grandioso de lo que se exponía ante él. Lo persiguió durante sesenta años después de que la valiente y joven druida se lo arrebatara y, cuando lo consiguió ya siendo viejo en las tierras de Escocia, lo usó y se reencarnó en Nerón muchos años después. El hecho de que la reencarnación se produzca tan tardíamente no es un hecho aislado; sabemos que la metempsicosis no es instantánea, pero la verdad…, nunca creímos que pudiera transcurrir tanto tiempo. Por otro lado sabemos que Nerón tenía sueños en los que se veía como Timandro. Su madre Agripinila le ayudó en la tarea de descubrirlo porque vio en él algo extraño desde niño que solo los dioses podían propiciar. Viendo en él conductas extrañas y, ayudándose de las narraciones que Nerón siendo solo un infante relataba por las noches mientras dormía, comenzó una investigación que siguió incluso recluida en la isla de Pandataria donde fue enviada por su hermano Calígula, puesto que los astrólogos caldeos, ya le habían comunicado que su hijo era especial. Después, gracias a esas investigaciones, los miembros de la secta que vigilaban de cerca a Calígula, sospecharon que por fin, Timandro podía estar de nuevo entre ellos y se pusieron en contacto con Agripinila. Confirmado ese hecho, la ayuda de los Kan Kral fue vital para la subida al imperio de Nerón. La primera reencarnación estaba concluida, pero Nerón, además de contribuir con escritos que realizó de su puño y letra, también leyó lo que aquellos versos ensalzaban y propició otra reencarnación. De nuevo, Timandro viviría en alguien que nacería mucho tiempo después y que,

además, contendría algunos rasgos del propio Nerón, por ser este, quien hubiera leído dichos versos.

—Una mezcla mortal —comentó Dago.

—Atila, Vlad Tepes, o más recientes, Adolf Hitler, Stalin, o cualquier descerebrado de entre el siglo I y el XXI— repuse.

—Realmente todos en el Clan ignorábamos si se había producido tal reencarnación y entonces… cuando vimos los primeros signos de Dago…

—¡¿Pensasteis que Dago era la reencarnación de Timandro y Nerón?! —pregunté.

—Sus brotes de violencia eran muy acusados y, aunque nunca dio indicios de sadismo…, sabía latín, griego, gaélico, ¡Ogam! —explicó mi madre—. Timandro aprendió todas esas lenguas. El cuadro que pintó…, era una batalla sangrienta. Timandro participó en miles de ellas… Después, su carácter contribuía a pensar lo peor. Cuando se sumía en aquellos trances…, a veces nos daba verdadero miedo. No sabíamos quién era… Y lo que ponía en la carta de Alana… Los *ancianos* vaticinaron acertadamente que el que Isabel y yo leyéramos las vitelas tendría consecuencias. Lo que no sabían era qué sucedería, ni en quién se reencarnaría el no nacido aún.

—Cuando mi nieto comenzó a tener síntomas tan acusados, inevitablemente pensamos en Timandro. No concebíamos que pudiera ser quien ha resultado ser, no alguien tan rudo y violento. Eso no parecía corresponder a cómo hablaba Bríd de Aidan.

Ahora me explicaba el por qué de habernos ocultado su pertenencia al Clan, su labor en la custodia y búsqueda del Códice. Mi madre me había confesado que a mí no me lo había dicho por mantenerme a salvo, porque estando tan unida a él, quizá no hubiese soportado mantener ese secreto en silencio, pero a Dago…, el motivo de ocultárselo era sin duda, porque no sabían quién se escondía debajo de su piel.

—Bueno, tranquilicémonos porque ya sabemos que no ha sido así —terció mi padre.

—¿De modo que la reencarnación de Nerón no se ha producido todavía? —preguntó Dago.

—Cuando supimos por Dago quien era Kaiden, nos pusimos en contacto con los integrantes más ancianos del Clan y, tras consultar a los más sabios de la Comunidad, decretamos que si Nerón leyó los escritos propicios para la reencarnación antes de que lo hiciera Aidan, y este, ya se había reencarnado en Dago, 'Nerón-Timandro', por llamarles así, tuvieron que reencarnarse anteriormente al nacimiento de mi nieto.

—De modo que su reencarnación ya se ha consumado —repuse esperanzada.

—Así es, y esa persona no ha tenido porqué ser alguien que haya dejado marcado algo en la Historia como los nombres que has mencionado antes; aunque estoy segura que hizo un daño inigualable a todo aquel que estuviese a su alrededor —añadió mi madre—. Si es así, la fortuna es que ese individuo murió sin poder volver a recitar esos versos tan codiciados.

—¿Y la secta no le ayudaría? —preguntó Dago.

—Creemos que cuando la reencarnación se hizo efectiva en ese sujeto anónimo, la secta no sabía quién era el reencarnado y no pudo ayudarle en su misión. O sí, ¿quién sabe?, lo que es seguro es que lo que ellos buscaban ya no estaba en su poder. Desde Nerón, los escritos han permanecido fuera de su alcance. O bien escondidos, o bien protegidos por nuestro Clan, exceptuando cuando lo tuvieron los Médicis, una familia que realmente ignoraba lo que tenía entre sus manos, aunque gracias al libro, llegaron lejos y siempre serán recordados —añadió Kael.

—Y por lo visto la Orden de los Kan Kral no se extinguió con Nerón, no se han dado por vencidos. Siguen buscándolo —comenté.

—Sí cariño, ellos nunca ha dejado de existir. Timandro y después Nerón, dejaron claras instrucciones a sus sequitos sobre lo que habían poseído, unas instrucciones tan precisas, que a día de hoy, sus seguidores lo siguen ansiando. Siguen anhelando su Poder —explicó mi madre.

—¿Y por qué fueron tan estúpidos? Me alegro de que haya sido así claro, pero yo hubiese copiado lo que ponía en esos papiros y en las Varas para tener una especie de copia de seguridad —repuso Dago.

—Lo intentaron, pero cada vez que lo hacían, una vez concluido el trabajo, todo lo escrito se echaba a perder. Una protección druida —nos explicó Kael.

—Pero eso no tiene sentido —discrepé—. Los papiros y las Varas fueron transformados en Códice en el siglo IX. Consiguieron ser transcritos. La prueba, o mejor dicho, parte de ella, la tenemos guardada en una habitación secreta en la biblioteca.

—Como habréis deducido por las palabras de Kael, poseemos información que tanto Timandro como Nerón intentaron copiarlas —repuso mi madre—, pero lo hacían mal. El muchacho que creó el manuscrito consiguió hacerlo, porque sin saberlo, acertó en transcribir los papiros y las Varas en un sitio sagrado.

—Lo hacía dentro del monasterio… —susurró Dago.

—Concretamente escondido en un rincón de la pequeña iglesia, la única edificación, además de los dormitorios, que estaba terminada —añadió mi padre.

Todos nos quedamos unos instantes pensativos, pero mi mente iba por delante de las suyas por una poderosa razón.

—Me alegro haber resuelto esa duda, pero nos estamos desviando del tema. ¿Qué quería decir realmente esa carta? —Estaba impaciente. Tenía que descubrir dónde estaba el maldito manuscrito porque el tiempo se agotaba.

—Lo que leyeron vuestras madres dejaba una gran duda sobre qué consecuencias acarrearía —dijo Kael—. No se sabía si ellas mismas habían provocado la reencarnación del propio Timandro o de quién.

—Lo que decía la carta que recibió Alana no fue explicito porque nadie sabía a qué nos podíamos enfrentar, ni siquiera los más ancianos —continuó mi madre—. Solo lo supimos cuando vosotros nacisteis, cuando comenzasteis a dar signos.

—Espera, espera, mamá —le corté—. Estás hablando de nosotros, plural, más de uno.

—Ciara, tú también…

—¿Qué quieres decir?, ¿qué en mí también hay reencarnado alguien? —pregunté, asustada.

—Bríd…

No supe qué decir. Ese nombre me había martirizado durante mucho tiempo y ahora…

—Isabel estaba embarazada de Dago, pero yo lo estaba de ti. —Mi madre se apresuró a darme otra carta que sacó de la misma carpeta.

Dudé unos instantes en cogerla. Cuando me decidí a hacerlo, empujada sin duda porque el tiempo corría inexorablemente, comprobé que no era papel normal, sino una delicada vitela igual a las que habíamos leído de Bríd. En ese mismo instante, cuando toqué aquel trozo de pergamino, supe que mi madre me había mentido al decirme que si me habían ocultado la existencia del Clan y de la Orden de los Kan Kral, era solo para mi protección, y supe, con una certeza abismal, que si no me habían hecho partícipe de sus secretos, era porque en mí se había reencarnado alguien y eso les impedía hacerlo porque ignoraban cuál iba a ser mi reacción, o mejor dicho, la de Bríd.

Intenté dejar a un lado esos pensamientos y me dispuse a leer la vitela. Cuando estaba a punto de comenzar, noté una mano en mi hombro.

—Espera —pidió Kael, lanzando una mirada nerviosa a su nieto.

Una premonición de lo que podía contener esa carta, me aprisionó el pecho y recordé lo que mi madre y él me habían confesado cuando Dago estaba inconsciente. Me levanté del sofá y sin saber muy bien lo qué estaba haciendo, anduve por la estancia con la vitela en la mano y con la mirada de todos posada en mí.

—¿Ciara? —me llamó Dago.

Su voz denotaba desconcierto, estaba tan ansioso como yo de saber qué contenía esa vitela, pero me daba miedo leerla. Además, de que esa carta revelara que yo era la reencarnación de una mujer que había vivido nueve siglos atrás, hecho que me causaba un gran desasosiego, lo que más me preocupaba de leer en alto era que, si revelaba lo que Kael y mi madre me habían contado, Dago no podía enterarse así.

Me encontré con sus ojos que me pedían que comenzara a leer y aguanté las ganas de lanzarme a sus brazos y echarme a llorar de nuevo, de modo que decidiendo leer hasta donde no pudiera causarle daño, me apoyé en la chimenea y comencé a desmenuzar la carta que tenía ante mí y, que al parecer, era la continuación de las otras.

Cuando fui a buscar a Éamon a su rath y vi que no estaba y que faltaban algunos víveres, un terrible presentimiento me acució el corazón.

Fui en busca de Labhras, el druida más anciano de la Comunidad después de Éamon, y partimos hacia Mhothair con la convicción de que algo malo había ocurrido.

No me equivoqué.

Después de un largo camino, llegamos al borde de los acantilados.

Cuerpos ensangrentados, algunos de ellos con sus miembros cercenados, cubrían la espesa hierba.

Entre ellos, divisé una túnica blanca y corrí hacia allí.

Éamon yacía sin vida. Su rostro, tranquilo, fue lo único que retuvo el grito que estaba a punto de estallar dentro de mi pecho.

Labhras sujetó mis hombros y fue cuando me di cuenta que temblaba. Me lancé en tu búsqueda, siendo baldío mi registro entre la multitud de cuerpos que allí había. Eso me dio esperanzas y volví con Labhras, que en ese momento, contemplaba los acantilados.

Cuando seguí su mirada, mi corazón se detuvo. Un reguero de sangre terminaba al borde del risco.

Sin pensármelo me lancé hacia allí y, si no hubiese sido porque el

anciano sujetó mis ropas, hubiera caído al vacío donde pensé que estabas.

—Bríd —me dijo—, estamos sobre un túmulo. A quien buscas se le encomendó guardar en él, el Códice que creó un novicio de ese antiguo monasterio —añadió mirando la edificación que se veía a lo lejos, casi lindando el bosque—. Miremos dentro del lugar sagrado, puede que Aidan esté ahí escondido.

Dudé de sus palabras. Tú no te esconderías de nada ni de nadie, pero el corazón me dijo que quizá estabas herido y te encontrabas allí.

Entramos en el sid después de que el viejo druida consiguiera una antorcha impregnada en brea, que prendió con un pedernal. Una antorcha que, según me dijo, encontró en el interior del bosque junto a una hoguera.

Hacía frío y eso incrementó los temblores que sacudían mi cuerpo, pero pronto se me olvidaría todo, hasta respirar siquiera, cuando te encontrara allí quieto y con la mirada vacía.

Labhras me sujetó cuando de mi garganta salió tu nombre en grito. Quise acercarme a ti, cogerte entre mis brazos y zarandearte para que despertaras, pero el druida me frenó argumentando que mirara bien lo que tenías entre tus manos.

El Códice abierto descansaba en tus brazos y quise arrancártelo para ponerme yo en su lugar. Un lugar que solo a mi correspondía y en el que deseaba quedarme por siempre.

Caí al suelo, deshecha en lágrimas a tan solo unos pasos de ti. Un espacio que se me antojó infinito, pero que Labhras no me dejó consumir.

—¡Por todos los dioses! —le oí exclamar.

Alcé la mirada y encontré al viejo druida con la antorcha en alto junto a ti; miraba el Códice con asombro y murmuraba cosas que yo no alcanzaba a entender.

—Labhras… —susurré.

El druida me miró unos segundos pero sus ojos enseguida volvieron al manuscrito.

No sabía lo que ocurría pero ya nada me importaba, me arrastré hacia ti y acaricié tus pies mientras que mis lágrimas inundaban mis mejillas, mi corazón, mi alma.

—Bríd —me llamó Labhras—, no todo ha acabado.

No entendí sus palabras. ¡¿Cómo que no había acabado?! Estabas inerte, el amor que me hacía respirar cada día, yacía frente a mí, sin vida. Tu espíritu, había abandonado tu carne…

—Estos textos contienen nuestro Saber y… Aidan ha leído el tercer verso de la tercera vitela del manuscrito —añadió.

—¿Qué quieres decir? —pregunté sin fuerzas.

—Reencarnación —dijo después de unos segundos.

Le miré desde el frío suelo, viendo cómo la luz de la antorcha se derramaba sobre tu rostro hermoso y quieto.

—Reencarnación… —me oí repetir.

—Sí Bríd, este hombre ha leído unos versos que le otorgarán la reencarnación de una manera distinta a como nosotros la conocemos. Debe habérselo dicho Éamon, no hay otra explicación.

Mi corazón comenzó a latir fuerte en mi pecho. Éamon me había instruido en cada aspecto de la druidería, me había enseñado las artes curativas, adivinatorias, la escritura en griego, en Ogam, a memorizar nuestro calendario que dividía y delineaba el año, de modo que las festividades siempre se observaban en sus días apropiados con relación a la tierra y el cielo, un sinfín de conocimientos…, pero también me había hecho comprender que nuestro cuerpo es una envoltura que lleva a nuestro espíritu durante un corto periodo de tiempo. Después, cuando el cuerpo muere, nuestro espíritu busca otro lugar para empezar una nueva vida en un cuerpo nuevo, surgido de las riberas de la creación. Pero el anciano había dicho que la reencarnación sería de forma distinta a como la conocíamos.

—¿Cuándo?, ¿de qué modo sucederá? —pregunté aún asimilando sus palabras.

Labhras me miró con tristeza.

—Esta lectura ha ocasionado que la reencarnación sea un hecho irrefutable, pero estos versos incitan a que suceda de una manera en la que el individuo que los recita recuerde quién fue, lo que le sucedió en sus últimos momentos… —El rostro del anciano se ensombreció—. No estaremos aquí para verlo hermosa Bríd, a no ser que… —El druida giró sus ojos hacia ti y luego bajaron al Códice.

—¡Habla, por todos los dioses! —urgí.

—Lee tú también pequeña, si lo haces, propiciarás la oportunidad de encontraros en otra vida.

Me levanté con premura y sujeté con fuerza los brazos del anciano.

—¡Moriré ahora mismo! —exclamé dispuesta—. ¡Daré mi cuerpo en sacrificio!

—Eso no será necesario, hermosa Bríd —contestó Labhras, con los ojos centelleantes de orgullo.

—¿Cómo sé pues, que mi reencarnación surgirá en el tiempo en que lo haga la suya?

—Eso no lo podemos saber— dijo apenado, ¡pero su sangre aún está caliente!

Labhras cerró los ojos y puso sus manos sobre tu cabeza. Tras largo

tiempo y sin atreverme a interrumpirle, por fin habló.

—Su espíritu ha abandonado su cuerpo poco antes de la salida completa del sol. El momento ideal para las migraciones. Bríd debes hacerlo ya, ese hecho favorece que os encontréis en el mismo tiempo.

Asentí mirándote, viendo cómo en tu piel faltaba el vigor de la sangre que tan solo unas horas antes, circulaba por ella. Viendo cómo tus labios carnosos que había besado mil veces, ahora estaban secos y blanquecinos. Me agaché y suavemente posé los míos en ellos. Cuando me separé de ti, sintiendo el dolor más profundo que puede albergar un corazón, busqué el medallón que te regalé encontrándolo junto a tu pecho, y lo guardé para dártelo algún día.

Labhras ya había cogido el manuscrito y lo había vuelto hacia mí.

—Lee el tercer verso, tres veces —me ordenó señalando unas líneas con su huesudo dedo.

Cuando acabé de leer, sentí algo extraño. Quizá un leve mareo, acompañado de una súbita paz. Una paz que se rompió en mil pedazos cuando oí cómo el anciano gritaba espantado.

Su rostro miraba desencajado hacia el Códice.

—¿Qué ocurre, Labhras?

—Lo ha hecho mal, Bríd, él, lo ha hecho mal.

—No te entiendo, explícate —le pedí.

—Este muchacho ha leído lo que Éamon le dijo, tal y como indica la vitela en el que está abierto el manuscrito, pero mira. —El druida giró de nuevo el Códice hacia mí y señaló una vitela interpuesta, justo debajo del párrafo que había leído yo minutos antes.

—Pero, ¿cómo sabes que ha leído esa parte? —pregunté.

—La sangre.

Bajé la vista a las abigarradas letras, asombrada de que no me hubiese percatado de algo así. Entonces, lo vi con claridad.

El rastro de tu dedo marcaba una sombra rojiza encima de las líneas que habías leído, unas líneas, que cómo había dicho el druida, llegaban y continuaban en la vitela doblada que no correspondía a ese texto.

—Esto traerá unas consecuencias terribles —murmuró.

—¿Qué consecuencias? —quise saber. Te había perdido una vez, y si los dioses me daban la oportunidad de vivir de nuevo, no quería hacerlo sin ti, para mí eso, era morir dos veces en vida.

—Mira a este hombre —me dijo—, su vida ha sido segada siendo demasiado joven. El leer los versos druídicos junto a este texto originario de Grecia, provocará que…

Me costó parar de leer. Había sentido cada palabra, cada sentimiento. Me di cuenta que mis mejillas estaban húmedas y que

aferraba la carta de Bríd con fuerza. Aun así, me alegré de haber sido capaz de detenerme justo a tiempo. Pero lo que sentía en ese momento era un pesar tan grande, que no estuve muy segura de si podría seguir manteniéndome en pie.

—¿Estás bien? —preguntó mi padre, preocupado—. Te hemos llamado mientras leías pero no respondías. Nos hemos asustado mucho hija, te has concentrado demasiado… mírate.

—No os he oído, lo siento. Disculpadme, estoy cansada —Mentí a medias. Realmente estaba empezando a encontrarme mal. Busqué a Dago. Se encontraba mirando al vacío, silencioso, taciturno. Lo que había descrito Bríd en aquella carta, era la explosión de sentimientos que había sentido al verle sin vida. Su vida.

—Tranquila, siéntate. Acabareis de leerla luego —dijo mi madre —. Creo que no has debido leerla tú, son sensaciones demasiado fuertes.

—Sí, mejor será —añadió Kael mirándome un instante—. Descansad un poco y después seguiremos. ¿Hijo?

Dago pareció despertar y miró a su abuelo sin contestar.

—¿Estás bien, hijo?

—Sí, yo…, lo siento. —Su mirada me buscó y pareció despejarse del todo—. ¿Tú estás bien, Ciara? Ha sido, ha sido muy… —Buscó la palabra exacta—… intenso.

—Sí, lo ha sido —concedí—, pero estoy bien. Aun así creo que mi madre tiene razón, debemos seguir luego. Todavía necesito asimilar que Bríd leyó los versos y que su reencarnación se ha hecho efectiva en mí.

—Descansa un rato —dijo Dago acariciando mi rostro. Por una vez, me alegré de que su primera reacción fuera preocuparse por mí en vez de querer saber cuál era la terrible consecuencia de que Aidan hubiese leído mal aquellos versos.

—Dame, yo guardaré la vitela —pidió Kael, al tiempo que mi madre cogía la carpeta para guardarla en su interior.

—Avó, Erin —les llamó Dago—, si Ciara es la reencarnación de Bríd, ¿por qué ella no ha tenido nunca síntomas como los he tenido yo? —Era evidente que pese a la recomendación de Kael, Dago se resistía a dejar su mente descansar.

—Bríd lo hizo bien, hijo. Leyó los versos correctamente.

Antes de que Dago pudiera formular la pregunta prohibida, mi madre intervino muy hábilmente.

—Tal y como predijeron los más sabios del Clan, una nueva reencarnación se haría efectiva en los todavía no nacidos. Y esos fuisteis vosotros, nuestros hijos vivirían la experiencia de la

reencarnación. Cuando Ciara cumplió los dos años —explicó—, comenzó a hablarnos de su hogar, un hogar que no era en el que ella vivía. Nos describía los campos verdes y la aldea de Mhothair. Jugábamos a deletrear el Calendario Arbóreo Celta. Se sabía todos los nombres, todo… —Mi madre me dedicó una mirada de complicidad que entendí al instante; por eso me había sido tan fácil descifrar la combinación de la puerta del calendario que daba acceso a la habitación sagrada. Ese era el juego al que se había referido cuando yo le había preguntado.— A veces —continuó—, me decía que yo no era su mamá y que tenía una hermana llamada Caitlín, que su nombre era Bríd, que le encantaban los caballos y correr descalza por la orilla del río. Supimos muy bien lo que estaba ocurriendo, pero a la edad de cuatro años, Ciara dejó de hablar de todo aquello y nunca más volvió a mencionarlo.

—No, yo no… —Estaba atónita.

—Normalmente, las personas que viven la experiencia de la reencarnación comienzan a mostrar síntomas cuando son niños y después estos desaparecen como te ocurrió a ti —comentó Kael—. En el caso de Dago fue distinto. Siendo muy pequeño, empezó al igual que tú a describir situaciones que era imposible que hubiese vivido, solo que éstas, siempre estaban rodeadas de violencia, por eso pensamos que era *él*… —Kael sacudió la mano—. Ambas mujeres estaban embarazadas cuando se leyeron esas vitelas y, la esperanza que albergábamos de que fueran los dos amantes quienes hubiesen tomado vuestros cuerpos al ver que Ciara describía vivencias de Bríd, se esfumaba cuando oíamos hablar a Dago. Ahora sabemos que a Aidan, la muerte de su familia le marcó tanto, que durante un tiempo no pudo sentir más que dolor, y eso, era lo que reflejaba con actitudes agresivas. Según crecía mi nieto, dejó de hablar tanto, dejó de describirnos sucesos, pero comenzó con terribles pesadillas en las que en ocasiones hablaba y, de ese modo, nos enterábamos de sus terribles batallas personales. A eso se sumaba que nunca decía cómo se llamaba. Temíamos que Nerón por fin se hubiese reencarnado y que la circunstancia de que Erin e Isabel hubiesen leído conjuntamente los versos, no hubiese hecho más que propiciar ese desenlace. A veces…, describía su muerte, y aunque no le entendíamos bien, podíamos distinguir las palabras: hoja ensangrentada, traición y río de sangre. Hijos —nos dijo a ambos—, Nerón murió de una puñalada en el cuello y se sintió traicionado por alguien que resultó ser alguien de nuestro Clan…, no fue difícil imaginar que era él… —Kael, se pasó la mano por la frente—. Sí, era cierto que la lectura de esos escritos despertaron a

Bríd, pero también a alguien… desconocido, y todo era tan distinto en vuestras reencarnaciones… Gracias a los dioses, no fue así y el que Isabel y Erin leyeran los versos conjuntamente, propició a que Aidan y Bríd encontraran por fin el momento idóneo para su reencarnación, el momento idóneo para estar juntos en esta nueva vida.

Recordé cuando Dago posó el medallón sobre mi piel y me besó. Creí estar en un gran campo verde disfrutando del sol.

Todo era increíble, demasiadas cosas…, demasiadas. Ahora me explicaba mi facilidad para escribir sobre el Medievo. Cómo desde pequeña, me atraía todo lo relacionado con esa época, castillos, ropas, todo…, cómo cuando había ido al condado de Galway por primera vez parecía conocerlo, haber estado allí... Mi rápida comprensión con las enseñanzas druídicas… Ahora, las palabras de Kael advirtiéndome que preparara mi mente para la información que iba a recibir tomaban un nuevo sentido. Desde ese día, habían sucedido muchas cosas, y el día posterior al Samhain, cuando encontramos a Dago inconsciente en el desván y Kael me dijera esas palabras, me parecía tan lejano como surrealista.

Dago seguía a mi lado en un profundo mutismo, parecía estar asimilando toda la información que acabábamos de conocer, la carta de Bríd…

Un leve movimiento de mi mano hizo que sus ojos me escrutaran. Noté entonces que seguía preocupado por mí, pero no podía imaginar que su preocupación no llegaba, ni con mucho, a la que sentía yo por él.

Tenía que decirle el motivo de tal preocupación, pero no sabía cómo. No era justo para él desconocer algo así. Además, teníamos que salir en busca del Códice lo antes posible.

Miré a mis padres que parecieron saber qué estaba pensando y después mis ojos rodaron hacia Kael y Olalla.

La abuela de Dago retorcía sus manos con nerviosismo sin dejar de mirar a su nieto, mientras que Kael me miraba a mí.

—Mamá, ¿me acompañas un momento? —le pedí.

—Claro cariño —dijo, solícita.

—Disculpadme unos momentos, tengo que ir al baño y no quiero ir sola —mentí.

Dago me besó la mano antes de soltarla y suspiré bajito sujetando el nudo en mi garganta.

Mi madre me siguió en silencio y solo lo rompió cuando giré el pestillo de la puerta de mi dormitorio.

—¿Qué ocurre, cariño?

—Todo, mamá, ocurre todo. —Fui hacia la ventana y miré por la cristalera sin ver nada— Dago tiene que saber lo que me habéis contado. La carta, la carta de Bríd. ¡Dios!, he logrado parar antes de que… —Las lágrimas impidieron que siguiera hablando.

Mi madre me abrazó.

—Sé que tiene derecho a saberlo, pero nos da miedo su reacción —explicó.

—¿Por qué tiene que pasar esto, mamá? ¿No es suficiente con que estemos en constante peligro por esa maldita secta? —sollocé.

Oí cómo mi madre inspiraba profundamente. Me cogió la cara y la sujetó con firmeza entre sus manos.

—Tenemos que seguir con la búsqueda. El Clan está implicado más que nunca. No podemos esperar más. Si todo va bien, pronto saldremos de viaje. Tú y Dago también tendréis que buscarlo por vuestra cuenta. Habrás comprobado que Ian no está.

Asentí dándome cuenta entonces de su ausencia. Aunque le habíamos mencionado en más de una ocasión en nuestras últimas conversaciones, no me había percatado de que no estaba en un momento tan importante para su hijo.

—¿Él…, lo sabe? —quise saber.

—Sí, y por eso no está aquí. Supo quién era su hijo… a la vez que nosotros, la noche que Kael encontró los escritos de Dago.

Todo se había organizado a nuestras espaldas. La llegada sorpresa de mis padres desde Brasil, la organización del viaje por parte de Ian y ahora su partida.

—Cuando planificó vuestro viaje a Galway después de que nosotros tuviéramos el accidente, organizó el suyo. Él también está buscando el Códice. Por problemas, que por suerte pudo solucionar, se retrasó en partir hasta el día siguiente de vuestra llegada de Irlanda. Desde entonces, está fuera.

—¿Y ha averiguado algo? —pregunté, ansiosa.

Mi madre negó con la cabeza apretando los labios.

—¿Por dónde comenzaremos?

—No lo sé, cariño. —Me soltó el rostro he hizo un gesto de exasperación con los brazos— Es como buscar una aguja en un pajar. Como ya sabes, Kael está esperando una llamada de Grecia. Si hubiese una mínima pista allí, volaríamos inmediatamente.

—Mamá, tengo que decírselo…

Mi madre clavó sus ojos azules en los míos.

—Es tu decisión Ciara, pero espera a que Olalla se vaya. Ella está al corriente de todo desde que mataron al abuelo Breixo. Pero esto…, no lo sabe. Sería demasiado para ella.

IRLANDA

Otoño de 2013

Michel se frotó los nudillos.

Sus doloridos huesos ya no estaban para esas bregas.

Miró al inepto que había golpeado y se dio la vuelta en busca de un poco de hielo.

—Soltadle —ordenó a los que le tenían sujeto. El muchacho cayó al suelo ocasionando un golpe sordo.

Los hombres que lo habían sostenido le miraron con cierta aprehensión, después sus ojos, subieron tímidamente hacia Michel que parecía más relajado después de descargar su furia. Sabían que no le gustaba que le miraran demasiado, de modo que sus miradas se expandieron a cualquier punto de la habitación en el que no estuviera él.

Michel dio una patada al sillón de su despacho y vociferó una maldición.

Los muchachos conocían su fama, sus actos violentos, pero las últimas semanas parecía que su brutalidad había aumentado, mucho más, después de matar a su propio hermano. Una noticia que había corrido como la pólvora por toda la Orden. Él mismo se había encargado de difundirlo. Uno de los vigilantes no pudo reprimirse, y observó con más detenimiento su rostro desfigurado.

Todos conocían a qué se debía su degradación física, y ello, había otorgado al anciano un estatus privilegiado en la Orden. Habían pasado trece años desde esa noche, *'la noche maldita'* como Michel la llamaba, y todos, habían comprobado la veracidad de ciertas historias, que aunque estaban muy presentes, y les eran recordadas más a menudo de lo que todos deseaban, parecían increíbles e imposibles. No por ello, dejaban de ansiar el premio

final.

—Sacadle de aquí —dijo señalando al maltrecho muchacho que yacía en el suelo—. Espero que hayas entendido mis órdenes… —le dijo al desdichado—. La próxima vez te degollaré… —De nuevo tuvo que contenerse. De buena gana lo hubiese matado, pero no podía hacerlo, todavía tenía que acabar algo… Ese algo que por fin le daría el beneplácito de hacer lo que le viniera en gana.

Los hombres obedecieron su orden.

—Estoy rodeado de inútiles… —susurró volviendo a meter la mano en una cubitera llena de hielo. Su mente se había trasladado a Galicia—. Derrotado por una mujer… —musitó.

Esa misma mañana había recibido la noticia de que uno de los responsables de vigilar la casa de Áine había fracasado estrepitosamente. Era el único que había conseguido ser invitado ¡y había fallado!

Michel sacó la mano del hielo y sin secarse, abrió uno de los cajones de su mesa; la imagen sonriente de Ciara se estampaba en un libro. Michel lo cogió y lo acercó a la luz para verlo mejor.

—Puta —dijo en un idioma que sus hombres no entendieron—, si hubieses dado conmigo, ahora esa bonita boca tendría dentro una lengua negra. —Miró las llamas que ardían vigorosas en la chimenea de su despacho, y con desprecio, tiró el libro al fuego.

Michel contempló cómo las páginas se encogían, y la rabia que parecía haber calmado con los golpes propinados a ese imbécil que acababan de sacar de su despacho, volvió a resurgir con mucha más intensidad.

—¡Qué todos los hombres que estén en la zona en la que está en estos momentos la buscadora se pongan en contacto conmigo de inmediato! —ordenó—. Quiero que el inepto que no ha cumplido su objetivo en Galicia, no salga vivo del hospital en el que ahora se encuentra.

***

Habían transcurrido dos horas cuando el teléfono sonó.

Michel ordenó a todos los que estaban con él que desaparecieran.

—Espero que ese infeliz ya esté muerto —le dijo al aparato

Una de sus torcidas comisuras se curvó hacia arriba después de escuchar lo que el otro interlocutor le comunicó.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó sujetando una súbita euforia.

Miró a las llamas.

—¿Dijo algo más? —quiso saber—. Está bien, es suficiente —respondió. Tras sopesarlo unos segundos, colgó.

Michel cogió de nuevo el teléfono y marcó un número.

—Prepara mis cosas, salgo de viaje —dijo a la persona que atendió su llamada.

Michel contempló durante unos segundos el aparato una vez hubo colgado, fue al mueble bar y se sirvió un whisky escocés.

—Tendré que personarme en tu casa de nuevo, Áine. Y esta vez, no fallaré —dijo soltando una carcajada.

GALICIA

14 de diciembre de 2013

No podía resultar más difícil.

Yo también temía la reacción de Dago. No tenía ni idea de cómo se lo iba a tomar, pero tenía que decírselo.

Cuando me vio entrar en el salón se puso en pie y vino hacia mí.

—No tienes buen aspecto, Ciara —dijo mirando a mi madre en busca de una explicación.

—Estoy bien —susurré yo mirando a Kael.

Fui al sofá y Dago, antes de sentarse a mi lado, echó un par de troncos más al hogar.

—Olalla, ¿quieres venir conmigo a Cedeira? Tengo que comprar algunas cosas y me gustaría que me acompañaras. —Mi madre no tardó en llevar a cabo el plan que habíamos trazado en mi dormitorio.

—Claro Erin, vamos hija —La abuela de Dago aceptó solícita, pero no se me pasó la mirada inquieta que lanzó a su marido. Éste, le hizo un gesto para que se fuera tranquila.

Podía haberlo hecho de otra manera, simplemente, podía haber pedido a Dago que saliéramos fuera y decírselo allí, pero no sabía cuál iba a ser su reacción y el que no estuviera Olalla cerca me tranquilizaba.

—Ángel, vamos a dar un paseo —pidió Kael.

—Claro. —Mi padre se levantó con lentitud. Antes de salir, se detuvo frente a mí y me dio un beso en la coronilla, para luego posar unos instantes la mano en el hombro de Dago, dedicándole una mirada paternal.

—Hasta luego, papá —susurré.

Dago fue a la cocina y trajo un vaso de agua.

—Toma, bebe —me ordenó.

—Siéntate, por favor —le pedí.

Cuando lo hubo hecho, cogí sus manos y las acerqué a mis labios.

No quería llorar, pero… ¿Cómo iba a hacerlo?, ¿cómo iba a decirle todo aquello, sin que la voz se me quebrara?

—¿Qué ocurre Ciara? Sé que todo esto es muy confuso y que es difícil de creer, pero me preocupa cómo has reaccionado.

Respiré hondo y me armé de valor.

—Dago, escúchame. Descubrir que eres la reencarnación de alguien que vivió hace nueve siglos es algo que trastornaría a cualquiera, pero muy a mi pesar, esa no es la razón por la que estoy así.

Sus cejas se arrugaron.

—Si no es esa la razón, ¿cuál es?, ¿la carta de Bríd? Sé que te ha afectado pero…

Impedí que siguiera hablando negando con la cabeza e inspiré y cerré los ojos intentando elegir las palabras adecuadas.

—Como sabes, a mi abuela Áine se le reveló el nombre de Kaiden, pero no pudieron saber nada más de él porque ese no era su verdadero nombre. Bríd en sus cartas mencionaba a Aidan, y eso, descartaba que él fuese el que se había reencarnado en ti. Cuando tu abuelo encontró en el desván los folios que escribiste, fue el momento en que supo quién era realmente el hombre que habitaba en ti. Las palabras que plasmaste en esas cuartillas esa noche coincidían con lo que Bríd había dejado escrito. Sé que le das vueltas al hecho de que todos pensaran que pudieras ser Timandro o alguno de su secta antes de descubrir por fin, quién eras en realidad.

—Debieron pasarlo mal. No sabían a qué se enfrentaban. Con los brotes violentos y mis palabras no es de extrañar que pensaran que fuera uno de ellos.

—Cuando leyó lo que tú habías escrito, primero sintió alegría, una dicha inmensa al descubrir que no era Timandro, ni ninguno de su secta, el que se había reencarnado en ti como había temido Alana, pero luego…, luego esa felicidad se convirtió en algo bien distinto. Se convirtió en auténtico terror.

—¿Por qué?, no lo entiendo.

—Dago, cuando Bríd entró en el *sid* y encontró a Aidan sin vida, el druida Labhras le ayudó a propiciar que en un futuro ellos se pudieran encontrar y leyó las mismas palabras que horas antes

había pronunciado su amado, solo que el anciano descubrió que Aidan lo había hecho mal. En su aturdimiento, no se dio cuenta que adherido a esa página había otra que no debía haber leído pero lo hizo y eso, es lo que Bríd trató de decirnos en su carta.

—Pero, ¿qué es lo que ocurrió?, ¿sabes algo que yo no sepa? No hemos terminado de leer la vitela.

Mi corazón comenzó un ritmo trepidante.

—Cuando Labhras se dio cuenta de lo que Aidan había leído quiso enmendarlo, pero era algo muy difícil. Las palabras habían sido pronunciadas y ya no había marcha atrás. La reencarnación se haría efectiva sí pero…, con un fallo horrible.

—¡Por Dios, Ciara!, ¡dilo ya!

Apreté sus manos que estaban dentro las mías e intenté deshacer el nudo que comenzaba a formarse en mi garganta.

—Mis padres han intentado encontrar el Códice por todos los medios. Tu padre está ahora en ello y gente del Clan está ayudando en la búsqueda. Tenemos que encontrarlo, Dago, tenemos que encontrarlo —sollocé, sin poder evitarlo más.

Dago me abrazó intentando tranquilizarme.

—Ciara…, pero por qué estás tan alterada, cariño. Encontraremos el Códice, solo es cuestión de tiempo.

—¡Tiempo es lo que no tenemos! —repliqué mirándole con intensidad—. Dago, Labhras con su sabiduría enmendó una parte del error de Aidan, pero no pudo hacerlo del todo. Las palabras pronunciadas condenaban al fracaso a la reencarnación, y él dándose cuenta de ello, acudió a su Saber y a los dioses y consiguió otra oportunidad, pero esa oportunidad tenía límites, unos límites que Bríd nos detalla en su carta —cogí aire de nuevo—. Si queremos que el intento de Labhras de que todo salga bien se cumpla, las vitelas que tenemos en nuestro poder deben ser leídas simultáneamente con una parte concreta que está en el Códice. Es primordial hacerlo de esa manera para que…, dentro de dos semanas, en el mismo instante que cumplas la misma edad que tenía Aidan cuando lo mataron…, no mueras de la misma forma en que lo hizo él.

***

Habíamos salido al jardín.

Dago sostenía en sus manos el *sax* que había acabado con la vida de Aidan y yo le observaba con precaución.

Como siempre, Dago me había sorprendido. Su reacción después

de contarle todo aquello había sido inesperada y era él, el que me había dado consuelo a mí.

Ahora allí, observando cómo miraba el arma asesina con una tranquilidad pasmosa, me preguntaba qué estaría pensando.

—Mi padre y mi abuelo tienen que estar hechos polvo —murmuró sin apartar la vista del cuchillo —y menos mal que mi abuela no sabe nada.

—No vamos a rendirnos —le dije acercándome a él y apoyando mi cabeza en su espalda mientras mis manos se deslizaban por su cintura.

—¿Y dónde vamos a buscar? Tu madre lleva haciéndolo años, y ya ves, estamos sin nada. Es inútil.

Se me cortó la respiración ante su resignación y me di la vuelta para ponerme frente a él.

—Mis padres saldrán inmediatamente rumbo a Grecia o a Egipto. Todo depende de una llamada que está pendiente de recibir tu abuelo. Tu padre está en Italia y gente del Clan está moviéndose por diversos lugares sagrados. Nosotros viajaremos también, mañana por la tarde saldremos rumbo a París, iremos a la catedral de Notre Dame. Kael me ha dicho que gente del Clan lleva tiempo investigando dentro de la cripta arqueológica.

—Pero eso está abierto al público, ¿qué pueden haber encontrado allí?

—Creen que puede haber algo apartado de la vista de todos. Es un antiguo pasadizo que sale de la misma cripta. Dago, no sé si lo sabes, pero donde se alza la catedral, estuvo antaño el gran bosque de los Carnutos, el bosque que albergó ceremonias en los que los jefes druidas galos, rendían homenaje a los dioses.

—¿Pero eso no ha sido registrado ya?

—¡La parte a la que vamos nosotros, no! Nos están esperando. La excavación está muy adelantada y, ¡es un lugar de reciente construcción!, eso significa que no hace mucho que alguien levantó esos muros, ¿te das cuenta?, puede que ese alguien que cogió el Códice lo dejara allí. Quizá cuando lleguemos nosotros aún no hayan conseguido llegar hasta el final, pero tenemos que ir, tenemos que intentarlo —dije con resolución—.Ya tenemos los billetes avión, me he ocupado de todo. No vamos a quedarnos aquí esperando. Tenemos que encontrar el Códice y leer los escritos.

—¿Y no sería mejor que nosotros fuésemos a otro lugar y la gente que está allí se encargara? Así aprovecharíamos más el tiempo. Tendríamos más opciones y, si resulta que el manuscrito está allí, lo podrían enviar donde nosotros estuviésemos.

—Ahora, ahora no tenemos otra cosa. No saben dónde podríamos ir —repuse arrastrando las palabras al tiempo que un nudo se formaba en mi estómago.

Parece que mis palabras hicieron mella en él.

—Ciara…, sabes que no lo encontraremos.

—¡No! —grité— ¡no digas eso!, tenemos que intentarlo.

Dago cerró los ojos y me atrajo hacia él. Hundió su rostro en mi pelo y besó mi cabeza repetidas veces.

—Cuánto entiendo a Aidan… —le oí decir—, ahora que te encuentro de nuevo…, me tengo que…

—¡No lo digas! —grité de nuevo clavando mis ojos en los suyos —. No lo digas… —Esta vez mi voz fue solo un susurro.

Dago me volvió a abrazar y yo me sumergí en su pecho, aspirando profundamente su olor.

***

Dago y Ciara acabaron de leer la carta de Bríd.

Las últimas palabras impresas en aquella vitela, eran las mismas que habían salido de la boca de Kael y de Erin, cuando le habían comunicado a Ciara lo que sucedía con Dago y lo que posteriormente ella, le había contado a él.

Tenían que leer conjuntamente las vitelas y una parte del Códice, si querían conseguir que el producto que las palabras que por confusión pronunció Aidan en su día, no se hiciera efectivo.

Olalla, ajena a todo, se había metido en la cocina para preparar la comida y había dejado a los demás en el salón.

Entretanto, Kael, desde que los chicos entraran de nuevo en la casa y, a sabiendas que Ciara ya había hablado con su nieto, no le había quitado ojo de encima preocupado y desconcertado por la reacción que había tenido Dago. Éste, se mostraba más preocupado por todos ellos, que por él mismo.

—Bríd buscaba a Aidan, por eso se reencarnó en ti —comentó Dago exponiendo ante todos sus pensamientos—. Gracias a que nuestras madres leyeron juntas aquellas vitelas, pudieron hacerlo. Nadie sabía aquello, claro. Habéis tenido que pasarlo mal pensando que yo era Timandro o quien sabe quien —dijo dirigiéndose a los padres de Ciara y a su abuelo. Su mente no había dejado de trabajar desde que se enterara de todo ese galimatías. No quería centrarse en lo que le deparaba el destino si no conseguían el Códice, y eso, hacía que intentara desentrañar todo lo que estaba sucediendo.

—Hijo, cuando leí lo que escribiste antes de desmayarte en el

desván, fue cuando me di cuenta de quién era ese Kaiden que un día mencionó Áine. Esas cartas iban dirigidas a su amada, y al igual que Bríd, hablabas de un tal Éamon, también de Mateo… Los mencionaste en multitud de ocasiones, incluso escribiste el nombre completo de Aidan y su procedencia.

—Todo hubiese sido mucho más fácil para vosotros si os hubiera contado las cosas que me ocurrían…, pero me avergonzaba decíroslo —admitió Dago con sinceridad. Eran tantas cosas, si hubiese confiado más en ellos, si les hubiese contado lo que sucedió en los acantilados. Ese hecho era del que más se arrepentía haber callado. Sentía que Ciara y él, habían perdido cuatro preciosos años juntos, por un maldito malentendido que no tenía nada que ver con ellos.

—No te sientas culpable, hijo —le pidió su abuelo.

Dago le contempló y fue cuando se dio cuenta del cansancio que mostraba su rostro. Pese a ello, notaba que necesitaba explicaciones. Algo a lo que agarrarse para no volverse loco.

—A veces me despertaba en lugares a los que no recordaba haber ido por voluntad propia. Luego las sombras…, las pesadillas y… todo lo demás —Dago omitió mencionar los terribles dolores que a veces sentía en el costado, el lugar, donde Aidan había recibido el mortal cuchillazo.

—Gracias que nunca te ocurrió nada malo —comentó Erin.

El teléfono móvil de Kael comenzó a sonar. Descolgó y su rostro tomó un tinte de ansiedad. Salió del salón para entrar, cinco minutos después.

—Ángel, Erin, me han confirmado que puede haber algo en Grecia, cerca del Templo de Apolo, en Delfos. Debéis salir inmediatamente hacia allí.

El estómago de Ciara sufrió un vuelco.

—Pero ese lugar ya está registrado —replicó la madre de Ciara.

—Lo sé, pero no es el mismo sitio donde buscasteis la otra vez. Me acaban de confirmar que el rumor que llevamos oyendo los últimos meses en el Clan, es cierto. Han encontrado una serie de pasadizos ocultos.

—Arreglaré todo en un momento —se ofreció Dago poniéndose en pie.

—Gracias hijo —dijo Erin.

—Ciara, voy a la agencia. Después iré a casa a preparar las cosas para nuestro viaje a París.

—¿Vendrás luego? —preguntó la muchacha.

Dago se acercó a ella y le cogió la mano para llevarla fuera del

salón.

—No pienso estar ni un minuto más separado de ti —dijo acariciando los labios de Ciara con su dedo pulgar—. Intentaré tardar lo menos posible.

—Te quiero.

Dago atrapó su boca besándola con intensidad. Sintiendo el fuego abrasador que contenía aquel beso y deseándola como siempre le ocurría cada vez que le rozaba. La abrazó después y aspiró su olor. ¿Cómo podía acabar todo ahora? Ciara le amaba y deseaba estar junto a él. Algo que había deseado demasiado tiempo y que ahora… podía acabar. No, solo por eso lo intentaría. No podía perder la esperanza de encontrar el Códice.

***

15 de diciembre

Llené la tetera de agua y la puse al fuego.

Me acerqué al porche y taciturna, observé las ramas de los árboles mientras acariciaba la barandilla de madera e inspiraba profundamente apretándola entre mis dedos. Hacía viento y las hojas se sacudían con furia levantando el vuelo de los pájaros.

Hacía dos horas que mis padres habían cogido un avión hacia Grecia y nosotros aguardábamos a que llegara la hora de ir al aeropuerto. Lo teníamos todo listo y yo estaba más que impaciente.

Kael y Olalla se habían despedido de nosotros esa mañana y habían preferido irse a casa. La abuela de Dago no se sentía muy bien y Kael no quería forzar la situación.

Me volví hacia la cocina y miré el reloj de pared. Eran las cinco y media de la tarde y empezaba a oscurecer.

Dago estaba en la habitación sagrada. Ni siquiera había querido comer. Había estado estudiando todo lo que contenían las estanterías, analizándolo minuciosamente. También había vuelto a leer las antiguas vitelas de Bríd y lo que él mismo había escrito. Lo había hecho una y otra vez, intentando desmenuzar los sentimientos de Aidan y las emociones de su amada. Algo que según él, sentía con más profundidad cada vez que lo hacía.

—Te he traído té y un bocadillo —le dije al tiempo que traspasaba el umbral de la puerta del calendario por segunda vez ese día para intentar que comiera algo— .Vamos, sal a la biblioteca, lo he dejado en la mesa.

Dago tardó en levantar la vista de los papeles y cuando lo hizo,

su rostro me ofreció un gesto serio.

Le noté extraño y un leve miedo, como el que sentí la primera vez que leímos el testimonio de Aidan escrito por Bríd, se apoderó de mí.

—¿Todo va bien? Llevas mucho tiempo aquí.

—Ven a ver esto.

—Creo que deberías dejarlo ya —repuse, preocupada.

—La mayor parte de estas cosas pertenecieron a Aidan —dijo ignorándome.

—Lo sé. Lo que no entiendo, es cómo la gente del Clan sin saber quién era él, lograron rescatar tantas cosas que fueron suyas.

—Sabes que mi padre es el principal encargado de ese trabajo. Fue él, el que aprovechó la casual estancia en Irlanda de tus padres para hacerles partícipes del hallazgo del *sax,* por algunos integrantes del Clan. He hablado con mi abuelo al respecto porque esa pregunta también me la he formulado yo, y me ha dicho que las cartas de Bríd ayudaron en ese menester. Dichas cartas mostraban la época, el lugar e incluso que Aidan vivió en la Abadía de Mellifont. No quiero decir que esos datos fueran suficientes para encontrar todo esto, pero sí, para unir cabos y preguntar e indagar mucho. Unas cosas se unían a otras y consiguieron más de lo que esperaban. Está claro que lo hicieron bien.

—Ya… —fruncí los labios—. Bueno, eso tiene sentido, pero aun así habrá miles de *sax* y de otros objetos iguales en Irlanda a las que poseyó Aidan.

—Lo sé, no siempre acertaban. Muchas cosas de las que recuperaron fueron devueltas o cedidas a museos arqueológicos donde gente del Clan tiene un puesto importante. Mi abuelo me dijo que era Áine quien daba el visto bueno.

—Pero mi abuela no era arqueóloga o especialista en antigüedades.

—Pero era una buena druidesa, que tenía un gran don.

—Sí, pero encontrar todo esto es… increíble. Todo perteneció al mismo hombre… —susurré.

—A Aidan…

—Sí… —Me mordí los labios.

Dago no dijo nada durante unos instantes, hasta que al fin, decidí ser yo la que rompiera el silencio.

—Pese a sus explicaciones… todavía me asombra que nunca sospecharan que el amado de Bríd y la persona que se había reencarnado en ti, podían ser la misma.

—Ahora lo vemos muy claro, pero al parecer, no era nada fácil

porque según me contó, yo no paraba de contradecirme. Incluso más de una vez, intentaron sonsacarme. Según me dijo, preguntarme era peor. Me mostraba con tal desconfianza que una vez, llegué a agredir a mi propio padre. —Dago bajó la cabeza avergonzado.

—No eras tú —me apresuré a decir y posó sus ojos de nuevo en los míos.

—No imaginas cuánto lo siento.

—Tú no tienes la culpa de nada, Dago.

—No dejo de pensar en algo.

—En qué.

Dago inspiró y se pasó la mano por el pelo.

—En lo que escribí… Pone que Aidan perdió a su madre cuando ésta le dio a luz.

—Así es.

—Mi madre también murió cuando yo nací.

—No creo que tenga relación.

—Pues yo estoy seguro que sí la tiene. Joder… ¿Crees que es una coincidencia?

—Dago no pienses eso. No creo que sea así pero…, si la razón de que tu madre muriera al darte a luz es porque también lo hizo la madre de Aidan, tú no tendrías la culpa. —No sabía muy bien qué decirle.

—Y después, por si eso no fuera poco, hice la vida imposible a todos con unos brotes de violencia que… ni siquiera recuerdo.

—Eso solo demuestra lo mucho que debió sufrir Aidan. Primero perdiendo a su familia siendo tan solo un niño, luego, a Mateo, y después, cuando por fin había encontrado la verdadera felicidad junto a Bríd…

—Lo sé, pero…

Callamos unos segundos y esta vez, fue Dago quien habló primero.

—Ven —me pidió.

Le seguí hasta llegar al pedestal que exponía la espada. La cogió y me la mostró; en su rostro se reflejaba una extraña desazón.

—Está inservible. Oxidada y rota.

—Debió ser preciosa.

—Lo era… —susurró, haciéndome tragar saliva—. Creo que esta espada es mucho más que un arma. Lo que quiero decir es que, creo que para Aidan, fue mucho más que eso.

Le acaricié las manos que la sostenían y conseguí que apartara la vista de ella.

—Mira esto otro —dijo señalando a sus pies, al lado de la plataforma.

Allí había varios objetos. Sin duda, Dago los había sacado de las estanterías y ahora se esparcían por el suelo. Se agachó y cogió una cota de malla. Estaba rota por algunos sitios. La levantó a la altura de su pecho.

—¿Crees que perteneció a Aidan? —pregunté.

—Casi podría asegurarlo y no me preguntes cómo lo sé.

—Debió tener tu misma complexión— dije, impresionada.

—Y mira esto también. —Se inclinó para dejar la cota en el suelo y cogió lo que había al lado. Cuando se levantó, cargaba con un carcaj de cuero gastado. La base del cilindro estaba agujereada y los bordes de la apertura por donde se introducían las flechas estaban rajados y deteriorados.

—Vaya… —susurré, acariciándolo.

—También hay flechas y… verás.

Dago fue a una de las estanterías y sacó de allí un hermoso arco.

—Es precioso —dije, acercándome a él. Estaba azorada.

—Ciara…

Levanté la vista hacia su rostro, aún aturdida.

—¿No te has parado a pensar que todo lo que escribes en tus novelas está relacionado con la época en la que vivió Bríd?

Sí, era cierto, todos mis libros trataban de esa época, y todos, de alguna manera o de otra, mencionaban la tierra verde de Irlanda.

—Supongo que era algo inevitable… —susurré dándome cuenta de que había otra cosa que siempre hacía. Enrique, mi editor, siempre había criticado que el protagonista masculino de mis historias tuviera siempre el mismo físico, es decir, alto, ojos verdes, mandíbula cuadrada, cabello oscuro y largo…

Miré a Dago unos segundos. Él tenía algunos rasgos con los que había dotado a mis protagonistas, cosa que nunca había admitido hasta ahora, pero... en ese momento, supe con seguridad el aspecto que había tenido Aidan.

—Creo que en cierto modo, Bríd está presente en mí, como Aidan lo está en ti —susurré.

Dago no me contestó y vi que sus ojos estaban tamizados por una sombra de inquietud. Comprendí que estaba tan asustado como yo y me pregunté qué pulularía por su mente.

—Debes descansar —le pedí acariciando su mejilla—. Llevas mucho tiempo mirando todo esto. Por favor, come algo. Dentro de dos horas tenemos que salir hacia el aeropuerto.

Dago suspiró y dejó el arma en la estantería. Después se giró

hacia mí y enroscó sus manos en mi cintura. Yo miraba el *sax* que descansaba junto al arco.

—Ahora voy, ¿de acuerdo?, tengo que recoger todo esto.

—¿Quieres que te ayude? —pregunté apartando la mirada del arma que mató a Aidan.

Negó con la cabeza con una sonrisa y me dio un suave beso en los labios.

—No hace falta. Ve a hacer tus cosas. Enseguida termino.

Le evalué unos instantes y saqué los labios hacia fuera. Dago aprovechó ese gesto para besarme otra vez.

—Como no te vayas pronto, finalmente no sé si podré recoger —susurró en mi oído.

Mi sonrisa se extendió por primera vez en dos días y le abracé fuerte. Era como si al hacerlo de esa manera pudiera lograr que se quedara conmigo por siempre. Estaba tan aterrada por lo que podía ocurrirle, que cada segundo que no estaba junto a él, sentía que estaba desperdiciando un tiempo enormemente valioso.

Salí de allí a regañadientes, y lo hice porque tenía que llamar a mi editor, para decirle, que había que posponer la presentación de la nueva novela.

***

Hacía dos minutos que había colgado el teléfono a un furioso Enrique cuando llamaron a la puerta. Vi por el videoportero que era Kael.

Me apresuré a abrirle la verja y los faros de su viejo Citroën me deslumbraron viéndole venir hacia el porche delantero de la casa.

—¿Cómo está Olalla? —le pregunté a modo de saludo cuando bajó del coche.

—Mejor. Esta mujer no dice nada, pero sé que está preocupada. Aunque intentemos disimular nuestros temores, a ella no se le pasa que algo más ocurre.

—Es difícil disimular algo así —dije abrazándome a mí misma. Se había levantado mucho viento y el frío calaba hasta los huesos.

—Lo es…

—Dago está en la habitación sagrada. Desde que os fuisteis esta mañana no ha salido de allí.

—¿Qué tal noche habéis pasado? Esta mañana no os he preguntado por estar Olalla delante. No sabía si me ibais a decir la verdad.

—Bien, pese a la preocupación, todos caímos exhaustos. Creo

que tanta información por digerir no impidió que el sueño acudiera sin preámbulos.

—Dago no tardó mucho en venir ¿no?

—Tardó unas tres horas. Mis padres ya se habían ido a la cama cuando llegó.

—Ciara, he venido para llevaros al aeropuerto. Espero no haberlo hecho demasiado pronto.

—No, en absoluto. Además, eso espabilará a Dago.

Kael miró al interior de la casa con sobriedad.

—Pasa al salón, tomaremos un café —le propuse.

Kael me siguió en silencio. Cuando entramos en la estancia el calor del hogar nos reconfortó.

—Siéntate. Voy a avisar a tu nieto de que estás aquí.

—De acuerdo.

***

Entré en la habitación sagrada y no le encontré. Los objetos, no solo no estaban recogidos, sino que parecía que por allí hubiese pasado un terremoto. Me acerqué al expositor de la espada y lo vi todo revuelto. El arco ahora estaba en el suelo y lo demás, tirado de cualquier manera.

—¿Dago? —le llamé sin obtener respuesta.

Sin meterme en el salón, subí las escaleras en su busca. Me percaté de que la luz de mi dormitorio estaba encendida. Quizá Dago estaba ultimando los detalles del viaje. Nada más traspasar el umbral, un frío glacial me envolvió y comprobé que la ventana estaba abierta. Las cortinas se mecían furiosas chocando entre sí mientras se agitaban por el viento. Me dispuse a cerrarla y, cuando estaba forcejeando con la hoja de vidrio, le vi.

Dago caminaba con lentitud hacia el fondo de la finca pese a las inclemencias del tiempo. Llevaba algo puesto que no reconocí. No pude distinguir qué era. Desde luego no era un abrigo, pero eso no fue la causa de que un temor irrefrenable me recorriera el cuerpo, sino por lo que sujetaba en la mano: El *sax*.

—¡Dago! —grité sacando medio cuerpo por fuera de la ventana.

No hizo gesto de que me oyera.

Salí del dormitorio gritando el nombre de Kael y cuando bajé las escaleras, el abuelo de Dago había empezado a subir los escalones.

—¡¿Qué ocurre, Ciara?!

—Es Dago, creo que le ocurre algo. Está en la finca y lleva el *sax* consigo.

Kael no preguntó más y los dos salimos en su busca.

***

Había oscurecido y por fortuna, las luces del jardín se habían encendido automáticamente.

No veía a Dago por ningún sitio. Eché a correr y dejé atrás a Kael.

Llegué donde estaba el altar y le llamé.

Estaba a punto de volver a hacerlo, cuando el sonido de varias pisadas detrás de mí acalló mis gritos.

Kael no venía solo. El hombre que le sujetaba y le amenazaba con un puñal pegado a su garganta, venía acompañado de tres personas más. Dos hombres de complexión fuerte y una mole descomunal que solo con mirarle daba miedo.

Instintivamente miré hacia la casa que se vislumbraba entre los árboles pensando en la biblioteca. La puerta de la habitación sagrada estaba abierta.

—¿Quiénes sois? —quise saber al tiempo que analizaba la situación. Eran demasiados para mi sola y tenían amenazado a Kael. Busqué algo con lo que luchar, pero solo había cosas del ritual encima de la piedra sagrada y un rastrillo apoyado en un árbol cercano.

—Por fin te conozco en persona, querida Ciara…

El hombre que sujetaba a Kael me habló en un claro gaélico y le observé.

Su cabello blanco y su barba bien cuidada diferían en un rostro ajado y deforme. Su nariz era un pegote aplastado encima de una boca que se torcía en un gesto perpetuo. Sus ojos grises, inyectados en sangre, escrutaban todo a su alrededor. Contuve un jadeo cuando reconocí esas pupilas.

—Michel…

—Veo que el parecido físico con mi difunto hermano no te ha pasado inadvertido —dijo con sarcasmo.

—Asesino —musitó Kael.

Michel le miró y apretó más el cuchillo contra su cuello.

—Has envejecido, Kael, mejor que yo he de admitir. Mi aspecto empeora con el tiempo, pero hace mucho que no nos vemos y un buen amigo debería ser más amable. Al fin y al cabo, lo fuimos en el pasado.

—Antes de que te convirtieras en un monstruo y te pasaras al bando equivocado —disintió el abuelo de Dago.

—Los que estáis equivocados sois vosotros. Los Kan Kral somos grandiosos, liderados por alguien que dejó su huella en la Historia. Por alguien que hoy, está aquí.

—¿Qué es lo que estás diciendo? —preguntó Kael, con un tono alarmante en su voz.

—Mis labios han permanecido sellados durante demasiado tiempo, no quería cometer el mismo error que cometí una vez. He aprendido que es mejor pasar desapercibido hasta el momento oportuno.

—Qué dices… insensato —susurró el abuelo de Dago. Noté cómo había demudado el rostro.

—Cuando tuve la certeza de quién era, estaba rodeado de mis propios enemigos, entonces, busqué a los que hoy me sirven. Pocos en la Orden saben quién forma parte de mí.

—Timandro… Nerón… —susurré.

Michel subió el mentón con orgullo, confirmando así mis sospechas.

—No puede ser…, nunca diste signos tempranos, Sean lo hubiese notado, tus padres… —repuso Kael, mirándome con espanto.

—Mis padres lo supieron antes que nadie, afortunadamente, tuvieron aquel oportuno accidente que les impidió avisar a los *ancianos*.

—¡Tú los mataste! —exclamó Kael horrorizado.

—No hablemos de menudencias. Mejor, hagámoslo de lo que hemos venido a hacer aquí.

—¿Cómo te has atrevido a pisar esta casa? —repuse recurriendo a la ley sagrada e intentando que mi voz no temblara—. No habéis sido invitados. — Logré captar la atención de Michel al tiempo que a mi mente acudieron las atrocidades que tanto Timandro y Nerón habían cometido en su vida. Su rostro se cuadró y su mirada se endureció mientras me escrutaba—. El *Imbas Forosnai,* envuelve todo lo que esta familia custodie. No lo olvides, Michel —añadí, no sin esfuerzo.

—Buena observación, jovencita. —Michel cambió de postura sin separar el cuchillo de la garganta de Kael—. Ha surgido un pequeño imprevisto. Tengo cáncer, un cáncer galopante que me come por dentro… pero no importa. Unas noticias excelentes han llegado a mí justo a tiempo. Esta envoltura es ya un estorbo. Pronto leeré los escritos y podré reencarnarme de nuevo. Como supondrás, soportaré bien el dolor que pueda ocasionarme esta pequeña intrusión. Este cuerpo lo lleva soportando muchos años…

—Nosotros no tenemos esa parte del Códice —repliqué sin entender, qué había querido decir en su última frase.

—Deja de mentir. Pedro ha hablado. Sé que vosotros tenéis lo que busco.

Lo debía haber supuesto.

—Por cierto, uno de mis hombres le ha hecho una visita en el hospital y siento deciros que me ha comunicado, que el corazón de tu amigo no ha aguantado los terribles golpes que recibió. Una pena…, era tan joven.

Me quedé sin aliento. Pedro…

—Eres un asesino despiadado. Vosotros lo habéis matado… —le acusé.

Michel movió la cabeza, negando con lentitud.

—Él mismo se suicidó, créeme.

—Pierdes el tiempo. No tenemos lo que buscas —susurró Kael, visiblemente afectado por la noticia.

—Amigo, te recomiendo que no acabes con mi paciencia. Sean lo hizo y ahora está junto a su querida Fíonna.

—Eres un malnacido. Un monstruo —le espeté.

—Niña, haz lo que te digo o le verás morir —repuso Michel sacudiendo entre sus manos a Kael.

Miré rápidamente a los hombres que se habían dispersado a su alrededor.

—Tú no tienes miedo a sufrir los terribles dolores que de seguro te atenazarán todas las lunas llenas, pero, ¿ellos?, ¿saben ellos, que solo por haber entrado aquí, sus cerebros se licuarán y morirán antes de que salga el sol mañana?

Dos de los guardaespaldas de Michel se miraron entre sí con temor; era evidente que no sabían de la maldición druida. Con ese gesto dejaron claro que ellos, aunque pertenecientes a la Orden, todavía no habían sido iniciados en ese nivel.

Michel también se dio cuenta de la duda de sus hombres.

—¡Mantened vuestra posición! —les ordenó.

Aproveché esa distracción para hacer un gesto a Kael que él mismo me había enseñado años atrás y, me puse en posición.

—Sabes que no obtendrás lo que buscas fácilmente —susurré.

—Cogedla —ordenó Michel a sus perros guardianes, cuando observó mi postura.

Dos de ellos vinieron hacia mí mientras el otro, el más grande, se mantenía impertérrito junto a Michel, pero antes de que me pudieran alcanzar, me acerqué hacia el altar y le lancé a uno de ellos un pesado cuenco que había allí depositado. Eso le pilló por

sorpresa y no le dio tiempo a esquivarlo. La brecha que le causó comenzó a sangrar tiñendo de rojo su rostro. Ya tenía al otro encima de mí, pero me zafé de sus brazos escurriéndome entre ellos y le propiné una patada en el muslo para después cogerle de las muñecas y, haciendo un rápido giro, retorcerme para dislocárselas. Lanzó un aullido y le golpeé los gemelos con fuerza haciéndole caer de rodillas. Cuando estuvo en el suelo le pisé los tendones de Aquiles y le di un golpe seco en la espalda que le tiró hacia delante, caí sobre él y le golpeé la nuca dejándole K.O. El otro, el de la brecha en la cabeza, ya se había repuesto y venía hacia mí. Esté era más corpulento y estaba muy cabreado. Antes de que pudiera prepararme para su embestida, cayó sobre mí como un jugador de rugby y me dejó sin aliento unos instantes. Me separó de él para abofetearme y volvió a dejar caer su peso contra mi cuerpo. Habíamos ido a parar al altar, sobre algo que ahora se clavaba en mi espalda dolorosamente. Me intenté zafar, pero pesaba demasiado y solo conseguí enfurecerle más. Me cogió del pelo y tiró de él sacándome un grito de dolor. Intentó darme la vuelta pero aproveché un titubeo para retorcerme y encajarle un puñetazo en el estómago. Cuando se dobló sobre sí mismo, no lo dudé y le propiné una patada en el cuello. Con un jadeo ronco, cayó sobre la hierba llevándose las manos a la garganta y, cogiendo una piedra que delimitaba algunos arbustos, le golpeé en la cabeza. Oí a Kael gritar y me paré en seco al tiempo que el matón perdía la conciencia.

Michel le retorcía el brazo sin compasión mientras que el abuelo de Dago me hacía un gesto con la cabeza animándome a seguir luchando.

—Sigue resistiéndote y su sangre teñirá este lugar —gritó el hermano de Sean lanzando miradas furiosas a sus hombres.

Mi respiración agitada se entrecortó por la amenaza y por la certeza que ese malnacido cumpliría su advertencia. El hombre que se había mantenido junto a él se movió por primera vez, acercándose poco a poco a mí.

No era como los otros, este tenía la mirada distinta. La esparció con desprecio sobre los hombres que habían luchado conmigo y luego la posó en mí.

—Este es Aengus —susurró Michel—. Digamos que… tiene facultades muy especiales. Te aconsejo que no te resistas y que hagas lo que te ordeno.

En un lento y estudiado movimiento, Aengus sacó una impresionante espada por encima de su cabeza que había mantenido oculta bajo su abrigo negro. Estuve segura que esa mole

a diferencia de los otros dos, sí conocía toda la historia de los Kan Kral y que sabía quién era en realidad su jefe.

—La quiero viva —le dijo Michel—. Necesito que me diga la combinación de la puerta.

Aengus asintió y con fuerza, clavó la espada en el suelo cubierto de hierba.

—Así me gusta —se jactó Michel cuando vio que me quedaba quieta—. Ya veo que te han instruido bien. Tu familia siempre ha luchado ferozmente para conservar los escritos, pero hoy, de nada servirá tanta disciplina.

—Les desvelaste que éramos nosotros quien lo guardábamos y dónde lo teníamos, malnacido —dijo Kael con acritud—, nadie lo sabía, era secreto.

—¡Nuestra Orden lo llevaba buscando siglos!, ¡esa revelación me valió el respeto de todos!—. No podía decir quién era y tuve que aguantar recibir órdenes de alguien inferior. ¡Todos lo eran! El creador de los Kan Kral forma parte de mí ¡Timandro forma parte de mí!, también un emperador… Pero tuve que hacerlo, mis equivocaciones en Roma me llevaron a la ruina, a la persecución… Esta vez tenía que ser paciente y mi paciencia ha sido recompensada.

—Fuiste uno de los nuestros —le dijo Kael.

—Los dioses me favorecieron al nacer entre druidas del Clan. ¡Qué contradicción! ¿Verdad? —preguntó riéndose—. Aprendí vuestras costumbres, vuestro secreto…

—Y te ganaste nuestro desprecio —añadió Kael.

—Vuestro aprecio no me interesa —replicó Michel—, mi hermano nunca valoró mis virtudes. Fíonna eligió al hombre equivocado cuando se casó con él. Ella se parecía tanto a Popea… sus ojos…

—Eres un ser despreciable. Un violador y un asesino —le acusé.

—Eso mismo me dijo Breixo unos segundos antes de que lo matara.

Mi mirada se petrificó. Todo en mí, se detuvo.

—¡¿Qué estás diciendo?! Eres un desgraciado, ¡¿fuiste tú quien mató a Breixo?! —gritó Kael.

No podía creer lo que estaba oyendo…

Aengus dio otro paso hacia mí. Era evidente que esa montaña de músculos estaba pensando cómo atacarme sin hacerme demasiado daño, tal y como había ordenado su jefe, y yo me encontraba aturdida, más que eso, ahora no estaba segura de poder levantar un solo dedo para defenderme.

—En esa noche ocurrieron muchas cosas, algunas…, demasiado extrañas —dijo pensativo Michel mientras yo no quitaba ojo al mastodonte.

—Tu cara… —susurró Kael—, ahora lo entiendo… fuiste tú el que lanzó la orden de entrar en la casa, de ahí tu rostro deformado…

—Viejo metomentodo —oí decir a Michel. Kael gritó otra vez y comprendí que le había retorciendo el brazo de nuevo—. Yo no lancé la orden, entonces, todavía había alguien por encima de mí… Los ineptos que entraron aquí esa noche murieron sin conseguir su objetivo, pero yo estaba observando en las sombras.

—Pero, ¡¿cómo?! ¡Entonces deberías estar muerto! —jadeó Kael —, la maldición…

—Maldiciones druidas… —escupió Michel—. Nadie en la Orden se atrevía a lanzar el mandato de que vinieran a por el Códice. Todos temían las consecuencias y, muchos de los que componían los puestos más elevados, tenían reticencias al respecto. Sobre todo desde que aquel muchacho entró sin invitación engañando a Erin y la maldición se cumplió a rajatabla. Pero el carisma que desprendo me otorgó un lugar privilegiado junto al que en ese momento era 'mi maestro', y él, tuvo el valor. A decir verdad, también necesité de mis antiguos conocimientos para drogarle y que lanzara la orden. Esa noche, varios hombres iniciados vinieron a por el manuscrito, yo les seguí de cerca. Cuando Áine y Breixo los sorprendieron, la mitad de mi plan ya estaba consumado. Yo solamente tenía que esperar aquí fuera y nada me ocurriría. Sabía que meterse en la casa era un suicidio, eso, traería una terrible consecuencia para ellos.

—Y para el que lo ordenó —añadió Kael.

—Mi maestro fue un títere, una pieza más…, yo necesitaba las escrituras, ¡las necesito! Han sido demasiados los años en los que he tenido que mantener un engaño, obedecer órdenes que debía dar yo.

—Tus ansias de permanecer en la memora de los hombres… —continuó Kael.

—Y hasta ahora lo he conseguido, el gran emperador Nerón será recordado siempre.

—Sí, como un engreído, un tirano que no tuvo valor de enfrentarse a su destino como un hombre —dije sin poderlo evitar. Aengus miró a su jefe unos segundos y yo di un paso a la izquierda.

—Y seguiste siendo un cobarde creyendo que estando aquí fuera y no en la casa, la maldición no te afectaría. Te equivocaste —oí decir a Kael ¿Por qué no estás muerto? ¡Por todos los dioses!

—¡Porque yo soy otro dios! —exclamó Michel—. En esa ocasión fracasé, pero el destino tenía algo preparado para mí. El Códice desapareció esa noche y supe por uno de los hombres que se enfrentaron a Breixo, que algunas vitelas se habían desprendido del libro. Era evidente que vosotros las custodiaríais con el mismo celo que habíais cuidado el manuscrito. Ese inútil no pudo decirme qué parte era la que se había soltado y, cuando yo comencé a tener los síntomas de la maldición… —vi por el rabillo del ojo cómo Michel se tocaba el rostro— …se complicaron mucho más las cosas para que alguien de la Orden se atreviera a enviar nuevamente una expedición. Los hombres que lograron meterse aquella noche aquí murieron luchando, pero la prueba de que la maldición druida seguía existiendo y que también se hacía efectiva entrando en la finca, no solo dentro de la casa, la vieron en mí. La leyenda de los tiempos del gran Timandro se personificó delante de ellos.

—¿Qué esperabas? —preguntó Kael con desdén.

Michel siguió hablando como si no le hubiese oído.

—No tardó en hacerse efectiva —murmuró con un tono dramático y escénico, propio del emperador que una vez fue, allá, en la antigua Roma—. A las pocas horas de salir de aquí comenzó el terrible dolor en la cabeza y el silbido infernal… Mi rostro comenzó a desfigurarse, vaticinando que moriría poco tiempo después. Mi maestro, ignorante de lo que había ocurrido esa noche, me acogió entre sus brazos cuando mis ojos comenzaron a sangrar, y yo, consumido por el dolor y enloquecido, le maté preso de mi desesperación. Sin saberlo, eso fue lo que me salvó. Él fue el que había lanzado la orden y yo era uno de los ejecutores del plan. Él, tenía que haber sufrido los sangrados oculares entre terribles dolores, mientras que yo, moriría sin remedio horas más tarde por irrumpir en vuestro hogar sin ser invitado, pero las cosas cambiaron con su muerte y, su maldición, pasó a ser la mía.

—Y si ya eres presa de la maldición… ¿Qué ha impedido que no volvieras a ordenar que tu gente volviera al caserón? ¿O a volver a drogar a un superior, para que él ordenara robar las vitelas? Han pasado muchos años desde esa noche —repuse rodeando el altar donde Aengus ahora se apoyaba.

—Porque no hay terceras oportunidades —declaró Kael con seguridad—. Las Triadas. No podías arriesgarte, ¿verdad, Michel? Primero, porque no sabías si lo que custodiábamos era la parte del Códice que ambicionabas y, segundo y más importante, porque metiéndote de nuevo aquí o enviando a alguien sin ser invitado, te enfrentabas a una muerte segura en la siguiente luna llena —añadió

—. Tú plan de drogar a tu maestro para que ordenara la entrada a la casa, desde un principio, estaba condenada al fracaso. No se puede obligar a nadie a dictar la orden. Aunque tú no hubieses entrado en la finca, la maldición hubiera caído en ti igualmente. Fuiste un necio Michel, pero aprendiste. Ahora lo sabes, después de esa noche lo supiste, por eso no lo has vuelto a intentar.

—¡Callaos los dos! —bramó— Dame la combinación, Ciara. ¿Quieres ser la responsable de la muerte de Kael?

Me encontraba en una encrucijada. Kael tenía un cuchillo en el cuello y si me negaba, moriría. De buena gana le hubiese dado todo lo que poseía a no ser, porque lo necesitábamos para que Dago pudiera vivir.

—¿Quieres reencarnarte? ¿Eso es lo que quieres? ¿Para qué, Michel? ¿Quién te asegura que en tu próxima existencia vivirás mejor? —preguntó el abuelo de Dago.

—No entendéis nada, ¿verdad? ¡Vosotros que creéis que todo lo sabéis! —gritó—. Cuando Timandro se reencarnó la primera vez lo hizo en Nerón y, éste, antes de morir, leyó los escritos que le otorgaron la reencarnación. ¡Yo he sido el afortunado en la segunda reencarnación!, pero como ves, he tenido que mantenerme oculto durante toda mi vida buscando algo que solo a mi pertenece. Eso tienen de especial esos escritos, otorgan una reencarnación con vestigios, con la memoria de quien lo lea… Por eso, el espíritu de Timandro vive en cada individuo en el que se reencarna, vivió en Nerón, vive en mí… pero no con la fuerza suficiente.

—¿Y qué? —quise saber al tiempo que Aengus daba otro paso hacia mí.

—Kael —Michel se dirigió a él—. Lo acabas de mencionar. El número tres es sagrado para los druidas ¿verdad?, la Triqueta, el Triskel…

El abuelo de Dago pareció tardar unos segundos en comprender hasta que dijo:

—No…, estás loco, no puedes…

—Las Triadas de nuevo…, sí amigo, ya veo que te has dado cuenta…

Eché una mirada fugaz hacia Kael. Sus ojos estaban desorbitados.

Sin dejar de evaluar la situación, mi cabeza rescató algunas de las enseñanzas de la druidería. El significado del número tres para los druidas era esencial. ‘Cuerpo, mente y alma’.

Las Triadas druídicas…

Había cientos de Triadas para cada aspecto de la vida. Yo

recordaba las que más mencionaba mi abuela, 'pasado, presente, futuro' y otra Triada más, esta, de lo que se debía evitar, 'Esperar lo imposible, llorar por lo irrecuperable y temer lo inevitable'. Ahora me preguntaba si detrás de esas sabias palabras, no había escondido un mensaje oculto.

—Explícate —exigí a Michel.

—Querida mía —dijo con suficiencia—, tres son las veces que deberán leerse los escritos y tres veces debe efectuarse la reencarnación para que lo que en un principio se pretendió, pueda hacerse real. Conmigo se cerrará el círculo, y esta vez, nadie podrá evitar que el genuino Timandro renazca. La próxima reencarnación será mutada completamente. El que nazca será él, realmente él.

¿Qué estaba diciendo ese lunático? ¿Eso era posible? El que Timandro volviera a nacer sin restricciones, siendo *él* completamente, era una aberración a la vida misma. Eso no podía ocurrir. Sin duda, pondría a millones de personas en un peligro absoluto. Timandro había sido un sádico, y Nerón había sacado lo peor de él… aunque mermado por la cobardía y la reticencia de llevar una vida militar como había llevado el primero. Si lo que Michel pretendía se llevaba a cabo, el genocidio que cometieron los nazis contra los judíos, por poner un ejemplo, parecerían una nimiedad en comparación de lo que ese sanguinario sería capaz de hacer en un siglo donde la tecnología y los avances podían ser tan beneficiosos como peligrosos.

De pronto, Kael se revolvió y sujetó el cuchillo que amenazaba su cuello. Vi con horror cómo se hería los dedos al hacerlo. El abuelo de Dago nos había enseñado todo lo referente a la lucha y nosotros lo habíamos perfeccionado con el paso del tiempo aprendiendo diversas doctrinas, pero Kael era mayor y eso me preocupaba, porque ese importante hecho, le condicionaba para salir airoso de una pelea.

Mis pensamientos se interrumpieron cuando Aengus, que había estado atento a las órdenes de su jefe, miró hacia atrás al oír el jadeo de sorpresa de Michel. Era mi oportunidad, tenía que inmovilizarle como fuera. Sabía que mis conocimientos no serían suficientes contra él. Aengus era enorme, demasiado para mi peso. Con solo un puñetazo me sumiría en la inconsciencia.

Me lancé contra él, pero no logré mi objetivo. Aengus se retorció y solo tuvo que mover el brazo para tirarme al suelo antes de que pudiera tocarle.

Aturdida, miré una fracción de segundo a Kael. Éste mantenía con Michel una dura pelea en la que comprobé con alivio, que no

estaba saliendo mal parado.

De nuevo Aengus se dio la vuelta hacia ellos y se dispuso a ayudar a su jefe.

Cuando la mano de ese mastodonte se posó en el hombro de Kael pude oír perfectamente cómo crujían sus huesos. Sus rodillas se doblaron y cayó al suelo conteniendo un grito mientras que Michel reptaba por la hierba como un ofidio.

Me levanté y corrí sin dejar de mirar la nuca de esa bestia. Éste se dio la vuelta alertado por mis pasos y haciendo un rápido movimiento pese a su volumen, soltó a Kael y logró ponerse detrás de mí. Sentí un intenso dolor en la espalda que me dejó sin aliento unos instantes. Antes de que pudiera reaccionar, Aengus agarró mi brazo girándome hacia él y me abofeteó. Caí al suelo saboreando la sangre que llenaba mi boca e intenté levantarme pero no pude. De pronto, sentí su pie en mi espalda y me hundí en la hierba. Triunfante, me cogió como si fuese una muñeca maltrecha. Pensé que moriría allí, a manos de ese bárbaro y, cuando vi su puño viniendo hacia mi cara con la fuerza de un meteorito, logré sin saber cómo, esquivar el golpe mortal al tiempo que oía un grito de Michel.

—¡La quiero viva!

Aengus transformó su rostro recordándome a un niño amonestado y me tiró al suelo apartándose de mí unos pasos.

Arrastrándome entre la hojarasca intenté levantarme, ver dónde estaba Kael. Intentaba coger fuerzas para defender lo que en ese momento se me antojaba imposible, pero no vislumbrar dónde estaban Kael y Michel me hizo reunir unas fuerzas que creía agotadas.

Aengus se dio la vuelta y me dejó allí tirada. Seguro de sí mismo, caminó sin mirar atrás, pero yo no me iba a dar por vencida. Cogí otra piedra del jardín y haciendo un esfuerzo abismal, me levanté al fin y me precipité con ella en alto para descargarla sobre su cabeza. Impertérrito, se dio la vuelta y me empujó haciéndome caer de nuevo. Cuando le vi aproximarse, agité rápido las piernas apartándole de mí mientras giraba mi tronco en la hierba. Logré alcanzarle en la entrepierna y eso me otorgó del tiempo suficiente para poder levantarme. Estaba aturdida y me dolía todo el cuerpo, pero no podía dejar que consiguieran una de las partes del manuscrito que eran vitales para que Dago viviera.

Corrí hacia el rastrillo, y asiendo el mango, lo desenrosqué rápidamente del travesaño de púas que servía para arrastrar las hojas. Ahora tenía un improvisado *Bo,* un arma tradicional usada en

artes marciales orientales y occidentales. No podía perder el tiempo, tenía que aprovechar que Aengus estaba intentando recuperarse.

Observé que seguía boqueando en busca de aire para mitigar el dolor que le había provocado mi patada en su virilidad, y vi mi oportunidad.

Asiendo el bastón con las dos manos, lo giré varias veces y lo descargué de canto sobre sus costillas. Aengus emitió un jadeo corto y subió la vista, sorprendido. Cuando lo hizo, le propiné un fuerte golpe en la cara haciendo estallar la carne de su mejilla. No paré poniendo en práctica mis conocimientos de Kobudo, para evitar a toda costa, que Aengus se acercara a su espada que permanecía clavada en el suelo, a tres metros de nosotros.

Cogí impulso para ayudarme con mis piernas y, le propiné rápidos golpes en los puntos más dolorosos del cuerpo, para acabar con uno más fuerte, que le rompió la nariz.

Aengus emitió un desgarrador grito de dolor y cayó de rodillas. Aproveché entonces y me situé detrás de él, para pasar mi brazo por su cuello y presionar con firmeza, pero el cansancio y el descomunal cuello de esa bestia me demostraron que había cometido un grave error. Aengus no parecía inmutarse a la ejecución de mi llave y comenzó a recuperarse como si nadie estuviera intentando estrangularle.

Jadeante, busqué a Kael que seguía luchando con Michel, pero no pude ver quién iba en desventaja.

Cuando estaba convencida de que todo estaba acabado, una mano agarró mi hombro y mi cuerpo salió despedido hacia atrás.

Tenía que levantarme, volver a luchar… Entonces, me encontré con la mirada severa de Dago.

Sus ojos me escrutaron unos momentos antes de darse la vuelta e ir a por Aengus, que ya estaba en pie y miraba a ese desconocido como si fuera un bicho repugnante.

No me había recuperado aún de esa visión, cuando el hombre de la brecha se abalanzó sobre Dago y, aunque lo hizo medio tambaleándose, Dago recibió un golpe que le derribó.

Como si algo tirara de mí, logré levantarme y corrí hacia el matón, pero Dago ya se había puesto en pie. Me miró una fracción de segundo y se interpuso entre él y yo.

Aengus no tardó en aparecer.

Todo transcurrió en pocos minutos, Dago luchaba con ambos pero sus fuerzas menguaban. Me lancé de nuevo y caí sobre la espalda del tipo de la brecha y, empleando la misma técnica con la que había fracasado con Aengus, le dejé inconsciente por

estrangulamiento.

Dago ya no estaba cuando el hombre se desplomó debajo de mí. Le busqué y le hallé luchando con Aengus al otro lado del altar. En ese momento, la montaña de músculos había recuperado su espada y la punta volaba hacia el cuello de Dago. Éste esquivó el arma y se agachó apoyándose en sus manos para hacerle un barrido. Aengus cayó de espaldas al tiempo que su contrincante cogía la empuñadura del *sax* con las dos manos y la ponía sobre su garganta.

Sus ojos se detuvieron en mí de nuevo, pero no reconocí esas pupilas. Su mirada era distinta. Su rostro, estaba contraído con un gesto de furia incontenible, y fue entonces cuando me di cuenta de su atuendo. Dago llevaba puesta la cota de malla. Miró a los lados buscando algo y cuando lo encontró, fijó su mirada allí.

Miraba a Kael con severidad, analizando la situación con semblante experto. Su abuelo, había alcanzado de nuevo a Michel y éste forcejeaba con él. Kael estaba herido, uno de sus brazos colgaba, y eso constató, que Aengus le había dañado el hombro cuando había ido a por él. Ese hecho había evitado fijarme en Michel entonces. Éste, arrastraba una de sus piernas. Sin duda, no estaba mejor que Kael.

Me disponía a ir a ayudar a este último cuando oí una especie de silbido. La espada de Aengus cortaba el aire húmedo de la noche.

En ese momento, el acero iba directo a la ingle de Dago, que en un rápido movimiento, logró desviarlo con el *sax* y evitar así la estocada mortal.

Dago dio un puntapié a Aengus en la mandíbula y éste escupió una masa viscosa de sangre, después, descargó su puño contra él y la espada de ese desgraciado cayó a un lado. No sin esfuerzo, vi cómo Dago le daba la vuelta y, arrancando un trozo de tela de su ropa, le ató las manos a la espalda. Aengus aturdido, soltó un gemido y miró a los árboles con la vista perdida.

Cuando vi a Dago dirigirse con decisión a ayudar a su abuelo, me di cuenta de que me había quedado paralizada y yo no lo había hecho.

Eché a correr y cuando vio mi intención, se giró hacia mí cortándome el paso.

—¡Quieta, mujer! —gritó, iracundo.

Atónita, no pude decir nada. No eran sus palabras las que me habían impresionado, sino cómo las había dicho y sobre todo, que cuando lo hizo, ese algo extraño que se reflejaba en sus ojos y que había notado antes, se había incrementado.

Kael y Michel seguían peleando, pero la batalla estaba perdida

para el hermano del fallecido Sean…, para los resquicios de Timandro y Nerón.

En ese momento, el abuelo de Dago mantenía inmóvil a su antiguo amigo valiéndose de un solo brazo y de sus piernas, pero su rostro estaba bañado en sudor y su gesto denotaba que no aguantaría mucho más.

Dago se acercó a ellos, y sin emitir palabra, cogió a Michel de la pechera y le elevó a su altura haciendo que Kael tuviera que dar un paso hacia atrás, a riesgo de perder el equilibrio y caer.

—¿Cómo os atrevéis a pisar este lugar? —le preguntó Dago en gaélico.

Me acerqué a Kael y le retiré de allí.

—Ciara… estás herida… —me dijo.

Sin ser consciente muy bien de mi propio aspecto, ignoré ese comentario y busqué a Dago. Kael me imitó.

—¡Tú!, ¡eres tú! —gritó entrecortadamente Michel con los ojos desorbitados —Dago le observó impasible—. Ese día no acabaste con él, ¡¿quién eres?! ¡¿Dónde está el Códice?!

—Mi nombre es Aidan, hijo de Cahir Cearnaigh. ¿Quién eres tú?

Cuando oí hablar así a Dago sentí un estremecimiento que sacudió mi cuerpo.

Michel le miró aturdido.

—Dago… —susurró Kael, dando un paso inseguro hacia él.

Su nieto le miró con el ceño fruncido.

—Quedaos donde estáis anciano y proteged a esa mujer, está sangrando. Este atajo de cobardes ha irrumpido en un lugar prohibido.

—Aidan, ¿cómo puedes saber que este es un lugar prohibido? —me aventuré a preguntar utilizando el nombre del amado de Bríd. Un presentimiento comenzaba a germinar en mi mente.

Dago me miró con desconcierto, e ignorándome, volvió a bajar la mirada hacia Michel.

—¡Habla! —le gritó.

—¿Eres el nieto de Kael?, pero tú…, ¿Aidan…? —susurró éste al tiempo que le escrutaba, como si fuera la primera vez que le veía.

—No sé de qué hablas, y no es eso lo que quiero oír de tus labios. Dime de una vez qué es lo que pretendes. ¿Quieres acabar igual que los otros? ¡Habla! Antes, has mencionado el Códice.

Michel le miraba con perplejidad, absorto, parecía no darse cuenta de la gravedad del asunto. De pronto, giró la cabeza a su izquierda y mantuvo la vista allí, a los pocos segundos se revolvió.

Dago le sujetaba con firmeza. Pese a su edad, Michel era un

hombre robusto e incontenible.

—Ahora lo entiendo todo… —musitó, agotado por el esfuerzo vano de soltarse y por el dolor, que seguro, le punzaba en la pierna rota.

—Dago… —Kael volvió a llamarle.

Sujeté su brazo impidiendo que fuera hacia ellos.

Yo, también lo había entendido.

DOOLIN

Finales de otoño

Sean, Dónovan y su hijo llegaron a casa después de dejar a Dago y a Ciara en el lugar que debían, allá en los acantilados.

—¿Quieres que nos quedemos a comer contigo? —le preguntó su nieto.

—Claro muchacho— respondió el anciano con media sonrisa al tiempo que chupaba la boquilla de la pipa—, pero tu padre tendrá que ir a comprar algo. No hay suficiente comida en la nevera.

—No hay problema, papá —terció Dónovan—. Ahora vuelvo, voy al supermercado.

—De acuerdo. Yo mientras voy a ver si puedo poner bien los canales de la tele.

—No importa, Conall. Últimamente no veo mucho la televisión. Tengo cosas más importantes en las que pensar —repuso Sean.

Todavía le costaba creer lo que le había comunicado Kael. Todos en el Clan, ya sabían de esa cuestión, pero él, jefe de Clare, había sido un privilegiado al oír directamente de su viejo amigo, esas palabras.

Sean volvió a pensar en Dago y Ciara. La joven pareja tenía esperanzas de hallar el Códice en el túmulo original, pero él sabía que allí no iban a encontrar nada; aunque, después de haber hablado con Kael, entendía muy bien por qué les enviaba al *sid*. No obstante, no estaba muy seguro de que aquello fuera a dar resultado, pero comprendía que era un acto desesperado por parte de su amigo; tenía que agotar todas las posibilidades.

Mientras Conall intentaba sintonizar bien los canales de televisión, el anciano se sentó en su sillón favorito y se sumió en sus pensamientos.

A los pocos minutos, llamaron al timbre.

—Ve a ver quién es, hijo.

Sean oyó cómo Conall abría la puerta e iniciaba una conversación con alguien, a los pocos minutos, las puertas del pequeño salón se abrieron y tras ellas, apareció quien, para él, era su peor enemigo.

Michel observó a su hermano antes de curvar una de sus comisuras hacia arriba. Le alegró comprobar la sorpresa del anciano.

—Tú… —susurró Sean. Una súbita cólera le agrió la garganta.

—De modo que... ahora vives aquí —declaró Michel con burla, albergando la vivienda con los brazos.

—Conall, ve a ayudar a tu padre al supermercado.

—Estará a punto de llegar abuelo, además, no vendrá cargado. Mejor voy a la cocina a preparar algo para nuestro invitado.

—Sí muchacho, ve a la cocina —le dijo Michel con una horrible mueca que levantó el vello al chico.

Michel esperó a que el nieto de Sean se marchara para comenzar a hablar.

—¿Él sabe algo? —preguntó.

—Le mantenemos ajeno a todo. No sabe de vuestra existencia ni de la del Clan —mintió—. Te lo advierto, Michel, no te acerques a mi familia.

—Así será si me dices lo que quiero saber. ¿Dónde están los muchachos?

—¿Te atreves a venir a mi casa con exigencias? Debería matarte ahora mismo.

—Sé dónde trabaja Dónovan y dónde lo hace tu nieto. No me provoques, Sean.

El anciano sintió cómo se le retorcían las tripas.

—Sé que estás hablando del nieto de Kael y de la hija de Erin, pero no sé dónde están. Esperaba su llegada, pero no han acudido, de modo, que vete de mi casa ahora mismo —Sean se levantó enfrentándose a su hermano.

Michel se rio con fuerza.

—Estás hecho una pena. ¿Crees que podrías hacerme algo ahora?

Sean sintió rabia al saberse más débil que él.

—Lárgate, no sé nada de los chicos.

—No mientas. Sé que han estado aquí.

—¡Te he dicho que te vayas de esta casa!

—Creo que no te conviene ponerte así, hermano. Quizá tu

corazón no lo aguante.

—¿Dónde has estado metido?

—He estado ocupado. Ya veo que los *ancianos* consiguieron lo que querían.

—¿De qué estás hablando?

—Te he estado buscando.

—No, yo he sido el que te ha buscado todos estos años, pero eres un cobarde que…

—No este último, hermano, este último he sido yo quien lo ha hecho —le interrumpió Michel.

Sean calló. ¿Qué era lo que estaba diciendo ese insensato?

—Pero no ha sido fácil dar contigo. Te tienen bien protegido. En estos últimos doce meses han hecho que te cambies de casa por tres veces, pero ya veo que no sabes por qué. ¿Me equivoco?

Sean se sintió decepcionado. ¿Cómo habían podido mentir a un Jefe del Clan? Aun así, comprendió las razones de esa decisión. Tenía que admitir que ya era viejo. ¿Qué podía hacer ya contra ese demonio? Sus fuerzas habían menguado tanto que hasta le avergonzaba admitirlo.

—Vete al infierno, Michel. Sois unos cobardes y anheláis algo de lo que no sabéis nada. Todavía no me explico qué fue lo que te hizo cambiar… Me avergüenza ser tu hermano.

—¿Y crees que eso me importa? Nunca supiste ver cómo era en realidad, solo lo hicieron nuestros padres. Tú estabas demasiado ocupado en aprender las tonterías que envuelven a la druidería. Querías destacar en el Clan, ese era tu objetivo, ¿quizá para conseguir a la bella Fíonna?

Sean sacó un bastón que tenía oculto al lado del sillón y azotó con fuerza el cuello de Michel. Éste se tambaleó levemente encogido por el dolor, pero antes de que Sean pudiera propinarle otro golpe, se abalanzó hacia el anciano que cayó dolorosamente en el sillón.

—No te permito que digas su nombre… —jadeó, con la vista nublada.

Michel le miró con odio y le tocó el rostro. Mantuvo allí su mano largo tiempo, trazando con sus dedos cada rasgo de la cara de Sean mientras éste se resistía a ese contacto.

El miembro de los Kan Kral soltó al anciano con brusquedad y dio dos pasos hacia atrás sin quitarle la vista de encima.

—En la Orden me valoran, me respetan —dijo al fin.

—¿Y por qué? —preguntó Sean fuera de sí—. Porque nos traicionaste. Traicionaste a tu propia sangre. Me avergüenzo de ti,

Michel. Mírate, mira tu rostro, estás condenado.

—¡Me respetan porque saben quién les guía! —Michel comenzó a hablar en varias lenguas. En todas ellas, le dijo a su hermano quién era realmente.

Sean, no podía creerlo. El anciano recordó las salvajadas que Michel había hecho de joven y agradeció estar sentado pues sus piernas no le hubiesen sostenido. Con un miedo visceral, como solo se puede sentir cuando se es consciente del peligro que corre un ser querido, miró de nuevo a la puerta del salón pensando en su nieto.

—Ahora que sabes a quién te enfrentas, dime lo que sabes. Estás viejo Sean. Morirás sin saber dónde está el Códice.

—Tú también lo harás, irás al infierno sin saberlo —dijo el abuelo de Conall recobrando un poco del vigor que había perdido al enterarse de la reencarnación maldita que tenía frente a él—. Te enfrentarás a tus demonios como lo haces cada día cuando te miras en un espejo.

—¿Esto? —preguntó Michel señalándose el rostro— Te aseguro que es el menor de mis males. Sufro, no lo niego. Llevo muchos años llevando una pesada carga, concretamente, desde el día que entré en la casa de Áine, desde el día que maté a Breixo.

Sean quedó nuevamente impactado por esa otra confesión. En el Clan nunca habían sabido quién había matado al que era es ese momento, el protector principal del Códice.

—Murió por la causa, veneramos su nombre por ello —declaró cuando se sobrepuso.

—Murió para nada —escupió Michel.

—Te equivocas, entregó su vida por lo que creía. No logró proteger el Códice, pero poco tiempo ibais a tenerlo en vuestras manos, ¿verdad, Michel? Te fuiste con el manuscrito, pero poco duró con vosotros. Alguien os lo arrebató.

—Por lo visto, el que te equivocas eres tú. Mi Orden no pudo conseguir el Códice aquella noche.

—De qué hablas.

—Breixo logró arrebatar el manuscrito a uno de mis hombres. Crucé algunas palabras con ese desgraciado antes de que sucumbiera.

Michel miró con desprecio a su hermano.

—Sí, Breixo se lo arrebató a uno de tus perros cuando lo robó del atril que lo sostenía, pero todo os salió mal. Cuando Breixo venció a ese malnacido, la puerta se había cerrado, y como el peligro persistía, no quiso poner en peligro a su esposa abriendo la puerta de nuevo. Lo que ocurrió después, lo ignoramos.

—Yo te lo puedo contar. Yo puedo decirte lo que pasó después —repuso Michel desprendiendo soberbia en cada palabra—. Vi a uno de mis hombres salir del caserón, y el muy incauto, se dirigió al lugar donde yo aguardaba. Estaba malherido, la vida se le escapaba a borbotones, pero antes de morir, me dijo que varias vitelas se habían desprendido del Códice. Cuando me disponía a moverme de allí, vi cómo el resto de mis hombres se enfrentaban a alguien. Al principio creí que era Breixo, pero no era él. Una sombra se cernía sobre ellos, una sombra oscura que los dio muerte.

—¿Breixo recibió ayuda? —susurró el anciano.

—Ese hombre no era de los tuyos ni de los míos. No anticipes tus conclusiones. Alguien ajeno a tu Clan, fue más listo que ambos.

Sean le miró sin comprender.

—Yo aguardaba agazapado entre los árboles de la finca y vi con mis propios ojos cómo el desconocido, después de matar a mis hombres, cruzaba unas palabras con Breixo que había logrado cruzar la finca sin ser visto. Me acerqué al lugar donde estaban cuando oí murmullos. Apenas podía oírles y tampoco pude ver bien a ese desconocido. Era noche sin luna y la finca estaba sin iluminar, pero me percaté que era un hombre recio y alto. Al principio pensé que se trataba de otro integrante del Clan como has supuesto tú. El marido de Áine portaba el Códice y pensé que ese hombre acudía en su ayuda, pero cuando vi que propinaba a Breixo un golpe atroz que le derribó y después le arrebataba el manuscrito, comprendí que no lo era. Ese desconocido dio muerte a mis hombres, pero también obró en contra del marido de Áine. Salí del lugar donde aguardaba cuando vi desaparecer a ese extraño entre los árboles. Confieso… que no debí detenerme con Breixo —Michel hizo un gesto en el que sus ojos mostraron a Sean, que ese error, era algo que le martirizaba —. Tuve que ir a por el manuscrito sin demora, pero…, Breixo me reconoció y no pude resistir la tentación de acercarme a él y decirle mi pequeño secreto… después, acabé con él… —Michel inspiró profundamente y su vista se desvió unos segundos recordando ese momento.

—Nunca encontrarás los escritos. Tuviste el Códice delante de ti esa noche y no pudiste conseguirlo. ¡Tu vanidad superó a la verdadera necesidad! Eres un necio estúpido, tan ególatra como lo fueron los que te precedieron, pero te recuerdo que el último de ellos murió derrotado y como un cobarde. ¡Lo mismo que te va ocurrir a ti! —Sean sonrió por primera vez desde que ese intruso se había presentado ante él—. La familia de Áine está…

—¡Tu qué sabrás viejo estúpido!, esta vez será mío y tu Clan

perecerá bajo mi espada —gritó Michel.

Sean ya no escuchó lo que ese indeseable le gritó. De pronto, cuando había mencionado a la familia de Áine, se dio cuenta de algo asombroso. La mente del anciano comenzó a trabajar a un ritmo vertiginoso, empezó a atar cabos deprisa, luchando por disipar la niebla que había tapado sus ojos desde esa noche fatídica en la que murió Breixo y el manuscrito desapareció… El anciano logró unir a ese hecho las historias asombrosas que conocía por…

—El Códice, el Origen… —musitó.

Michel le observó desconcertado y su furia se convirtió en suficiencia.

—¿El Origen? ¿De qué hablas? ¿Han ido allí? En ese lugar solo hay viejos pergaminos y una maldita momia. No intentes tomarme el pelo, Sean. Si Ciara y el nieto de Kael han venido a Irlanda, es porque debe haber sucedido algo considerable, algo lo suficientemente importante para suplir a Erin. Solo te lo voy a decir una vez más. Dime dónde están.

En la cansada mente de Sean por fin se disipó la bruma que le mantenía ciego, y entonces, comenzó a reír como hacía años no reía. Negó con la cabeza al tiempo que carcajeaba mientras Michel le ordenaba a gritos que se callara.

Sean siguió riendo, mirándole con los ojos muy abiertos por la conclusión a la que había llegado.

—¡Calla! —gritó Michel, iracundo. En un arrebato de furia sacó una daga de su cinto, cogió a Sean por la pechera y le puso la hoja muy cerca del ojo—. Calla o acabaré contigo —le amenazó.

Pero Sean no pudo parar. La solución acababa de vislumbrarse en su mente. Mientras seguía riendo pensó en Fíonna, en su hijo Dónovan y en Conall. Pensó en Ciara y en Dago, en Kael…

Las risas se apagaron cuando sintió la fría hoja de la daga hundirse en su vientre, una, dos, tres veces, después en su pecho.

Jadeante, miró a su hermano, a su asesino.

—Jamás lo encontraréis, y tú volverás a los infiernos de donde nunca debiste salir… —Fueron sus últimas palabras. El anciano quedó con los ojos abiertos mirando al fratricida.

Michel bufó furioso. Sacó la daga de la carne herida y un pañuelo blanco de tela de su bolsillo para limpiar la sangre que ahora empapaba sus manos.

Miró al lugar en el que estaba la cocina y teatralmente, dijo:

—Conall, ahora estoy contigo. Ahora estoy contigo, muchacho.

GALICIA

15 de diciembre de 2013

Todos estos años lo habíamos tenido delante y no lo habíamos visto.

Kael llamó mi atención apretando con suavidad mi brazo. Pese a su indudable cansancio, parecía que sus ojeras hubiesen disminuido y sus pupilas hubieran tomado fervor. Por lo visto, él también entendía lo que a Michel tanto le sorprendía. Lo que nos había sorprendido a todos.

Fijé mi mirada en el hermano de Sean sin poder evitar sentir odio por él. Ese hombre era un monstruo. La huella de Timandro y de Nerón no había hecho sino potenciar su ya degradada personalidad. Había desatado su sadismo y perversión dando rienda suelta a su inmundicia. Él era quien había matado a mi abuelo, había violado el secreto desvelando dónde se hallaba el Códice y, demostrando cuan monstruo despiadado podía llegar a ser, había aniquilado a su propia familia.

Recordé a Sean, un hombre íntegro que durante toda su vida ignoró que su propio hermano había sido el responsable de la muerte de sus padres. Había soportado con impuesta resignación, el dolor de ver a su esposa ultrajada por alguien por quien hubiese dado la vida.

Michel miraba a Dago y sus labios temblaban. Sus ojos recorrían su rostro analizando cada gesto y cada palabra. De pronto, se volvió hacia nosotros pareciendo un desequilibrado.

—Tu nieto… —susurró al que había sido una vez su amigo—. ¡Es tu nieto, Kael!, ¡pero dice ser otra persona! Es, es…

Era evidente que Michel ignoraba que Isabel y mi madre habían leído una vez los escritos y lo que eso había provocado. Para Michel

solo era suficiente el hecho de que tenía delante a alguien de mucho tiempo atrás que había tomado el cuerpo de Dago.

—Él es el amado de Bríd —susurró Kael.

Michel pareció recordar algo.

—¡Claro! —exclamó—. Conozco esa parte…

El Clan lo había sabido siempre, por eso el Códice no había sido destruido. Eso, hubiese sido lo más fácil y lo más razonable: destruir el objeto de la codicia, demoler el auténtico peligro.

Toda la Comunidad conocía las cartas de Bríd, en las cuales decía con claras instrucciones, que la persona que albergara la reencarnación de su amado, debía leer las vitelas que otorgaban la reencarnación con otros escritos que contenía el Códice para no morir a la misma edad que lo hizo Aidan.

Antes de que Michel dijera esas palabras, había observado cómo Dago había sufrido una leve sacudida cuando había oído el nombre de Bríd. Me volví hacia él al tiempo de ver cómo se le doblaban las piernas y se llevaba la mano al costado.

—¡Dago! —grité. El *sax* resbaló de entre sus dedos.

Llegué justo para evitar que su cuerpo se estrellara contra el suelo, pero cuando levanté la vista de su rostro lívido, vi cómo Michel se incorporaba e intentaba escapar.

Kael se lo impidió, pero estaba agotado y la preocupación por su nieto y el intento de escapar de ese ser despreciable, le había pillado desprevenido. No pudo hacer mucho. Ahora Michel tenía a Kael contra el suelo y le apretaba el cuello con intención de estrangularle.

Sin detenerme a pensar, cogí el *sax* que estaba junto a mí y se lo lancé con todas mis fuerzas. El arma realizó varios giros en el aire hasta que se detuvo en el pecho de Michel. Éste dejó de aprisionar el cuello de Kael y miró cómo el enorme cuchillo se insertaba en la carne que, lentamente, comenzó a sangrar. El abuelo de Dago agarró la empuñadura y sacó con fuerza la espada del torso malherido. Michel jadeó cuando notó la hoja salir de su cuerpo y miró a Kael con horror, después se ladeó apoyando su mano en la hierba, intentando vanamente huir. Antes de que pudiera hacer un solo movimiento más, el *sax* le rebanó el cuello de un tajo y la insondable mirada que albergaba a tres tiranos despiadados, se empañó con la sombra de la muerte. Kael empujó el maltrecho cuerpo y este cayó al suelo entre estertores y sonidos burbujeantes hasta que dejó de respirar.

***

Habíamos matado a un hombre.

Pese a que comencé a sentir un temblor incontrolable en todas mis extremidades al ser consciente de ello, no podía permitir que eso me afectara. Tenía que ayudar a Kael y a Dago.

Cuando busqué a este último, me encontré con sus ojos. Éstos me observaban como lo habían hecho por primera vez esa noche. Ya no se quejaba y su rostro había perdido el gesto de dolor que me martirizaba y me hacía sentir impotente. Dago cogió mi mano esta vez sin brusquedad y la retiró sin dejar de mirarme.

—¿Aidan? —susurré sin estar segura a quién me dirigía.

No me contestó. Se removió y me hizo saber su intención de ponerse en pie.

Cuando lo hizo, Kael ya se encontraba con nosotros, le evalué para asegurarme que estaba bien y asintió a mi pregunta sin formular.

Dago observó todo a su alrededor como si sus pupilas vieran por vez primera dónde se encontraba y se giró dándonos la espalda. Sin decir nada, comenzó a andar hacia el fondo de la finca.

Mis brazos intentaron detenerle, pero Kael me sujetó.

—Espera —pidió con voz rasposa. Tenía el rostro sudoroso y manchado de sangre—. Deja que se aleje.

Cuando Dago estuvo a una distancia prudencial, fue cuando Kael me animó a que le siguiéramos.

El camino se estrechaba en aquella zona, los arbustos habían comido el terreno y, las luces que iluminaban la imperceptible senda, se escondían entre la vegetación dificultando nuestra visión al acceso.

Cuando pasamos ese tramo, reconocí la silueta de Dago frente al lugar en el que estaban los restos de mis abuelos y los padres de estos; el túmulo se erigía majestuoso haciendo que su figura pareciera insignificante a su lado.

Dago, entró.

Miré a Kael unos instantes y tragué saliva.

—Debes ir tú —me dijo—. No te hará daño, pero toma, lo necesitarás.

Kael sacó de su bolsillo una pequeña linterna.

—Dago no lleva… —comencé a decir cuando comprendí que él había entrado sin nada que le ayudara a iluminar el lugar.

—Él, no lo necesita —me interrumpió Kael comprendiendo a qué me refería.

***

La oscuridad devoraba la débil luz.

Una gélida brisa abrazó mi cuerpo antes de entrar. Cuando lo hice, enseguida noté el aire estanco del lugar.

No quería llamarle. Sabía que no era él el que estaba actuando en ese momento y, al seguirle, y pese a la convicción de Kael de que a mí no me haría daño, no sabía la reacción que iba a provocar en Aidan mi presencia.

Una vez que mis ojos se adaptaron a la oscuridad todo fue más fácil, pues aunque la pequeña linterna ayudaba, no era suficiente. Yo nunca había entrado allí y me sorprendió lo grande que era el corredor. De pronto, un hueco se abrió dejando ver la sombría profundidad de la habitación que se anteponía frente a mis ojos.

Me sobresalté cuando le encontré; parecía un fantasma emergiendo de las tinieblas. Intenté tranquilizarme diciéndome a mí misma que era Dago, que no me haría daño, y despacio me fui aproximando a él, que permanecía quieto dándome la espalda mientras miraba algo fijamente.

Mi corazón comenzó a latir desbocado. Dago se ladeó levemente y dejó constancia de que sabía que estaba allí. Me animé a continuar, pues no hizo nada por detenerme. Seguí acercándome con lentitud, haciéndole saber que yo no entrañaba peligro alguno. Se volvió a poner en la misma postura de antes como estuviese solo.

—Aidan… —susurré cuando llegué a su lado— ¿Qué haces aquí?— le pregunté consiguiendo que me mirara en la penumbra.

Dago me observó con semblante serio y después, hizo un gesto de dolor cerrando los ojos.

—Una vez conocí a alguien parecido a ti. Sus ojos eran del mismo tono que los tuyos, aunque su cabello era dorado como el sol. Un día la perdí y desde entonces, no he parado de buscarla.

Sus palabras formaron un nudo en mi garganta y cuando hablé, casi no reconocí mi voz.

—Ella también te ha buscado, Aidan. Bríd te sigue amando y está deseosa de encontrarse contigo de nuevo.

Aidan me dedicó toda su atención cuando la mencioné.

—No debes preocuparte, pronto estaréis juntos —añadí conteniendo las ganas de tocarle.

—En cierto modo… te pareces tanto a ella… —susurró—. Mis

recuerdos son tan difusos…

—Hace muchos años fuiste el encargado de proteger el Códice que puso en tus manos, Mateo. Ahora ese cometido es nuestro, de mi familia. Lo llevamos protegiendo mucho tiempo y, esas personas que quieren conseguirlo…

—No son dignas —me interrumpió—. Ese hombre desfigurado estaba rodeado de sombras —dijo con rotundidad.

El recuerdo de la mirada de Michel antes de morir hizo que contuviera el aliento unos segundos, pero no dejé que la mala sensación me dominara.

—No me has contestado, Aidan —insistí— ¿Por qué has entrado en este lugar?

—Cumpliendo lo que un día me encomendaron… —susurró, taciturno—. Es una pesada losa de la que desearía deshacerme.

Sus palabras hicieron reaccionar de nuevo a mi corazón que emprendió una nueva estampida dentro de mi pecho.

—Mis recuerdos se difuminan… —continuó—. Veo lugares en los que nunca he estado y a personas que nunca conocí. Ellas me hablan como si me conocieran, y saben de la existencia del Códice. Como vosotros.

—Hace años… ¿Recuerdas una terrible pelea que hubo? ¿En el lugar donde hemos estado con esos hombres? —pregunté para confirmar lo que había imaginado cuando hablaba con Michel. Cuando ese malnacido se había mostrado tan sorprendido.

—Sí, pero no son años los que han transcurrido. Lo cierto… es que no sé cuándo ha tenido lugar, solo sé que… —Aidan, se tocó la frente— …esa noche los Kan Kral atacaron. Querían el manuscrito; les di muerte antes de que lo consiguieran.

Aguanté un jadeo. Era lo que yo pensaba, solo que al parecer, para él no había pasado el tiempo como para nosotros... Dago siendo Aidan había intervenido de algún modo la noche en la que murió mi abuelo… por eso Michel había dicho…

—Esa noche, todo fue muy extraño. Cuando acabé con ellos, un hombre más me aguardaba. Llevaba el Códice en sus manos —añadió, haciendo que mi corazón latiera aún más fuerte—. Ese hombre no parecía de la Orden, pero cuando estuve frente a él se acercó a mí y a punto estuve de clavarle mi espada. Lo que impidió que lo hiciera fueron sus palabras. Primero me llamó como el anciano de antes lo ha hecho.

—Dago… —susurré, y Aidan me miró asintiendo y provocando en mí un estremecimiento; ese hombre al que se refería, era mi abuelo Breixo.

—Le dije mi nombre y qué cometido se me había encomendado, después, quise saber sus pretensiones. Como te he dicho, en sus brazos portaba el Códice, pero vi en sus ojos algo distinto… algo me decía que no era un miembro de los Kan Kral. Ese hombre acunaba el manuscrito como si fuera el tesoro más valioso del mundo, como si quisiera protegerlo…, no usarlo.

—¿Y qué ocurrió?

—Me habló de Bríd.

Inspiré profundamente.

—Comenzó diciendo que formaba parte de un Clan que protegía el Códice, incluso me enseñó el Triskel impreso en su piel; un Triskel como el que Éamon dibujó en mi piel… Después dijo que si quería volver a ver a Bríd, debía hacer lo que él me pidiera por extraño que pareciera. —Aidan negó con la cabeza lentamente cerrando los ojos—. Me pidió que le golpeara.

—No puede ser… —susurré comprendiéndolo todo.

—Lo hice. Ese hombre prometió que si lo hacía, pronto vería a Bríd. También pidió algo más —añadió, taciturno.

No hacía falta formular la pregunta y contesté por él.

—Ese hombre del que hablas…, te pidió que escondieras el Códice en este lugar… —musité, mientras que las lágrimas ya desbordaban mis ojos.

GALICIA

22 de noviembre de 2000

Breixo apretó el manuscrito entre sus brazos y se introdujo en la arboleda.

Había tomado una determinación, y esperaba que eso salvara el Códice y sobre todo, a su esposa, la cual, estaba encerrada en la habitación sagrada. Allí estaba a salvo. Eso le alivió, sabía que además de los hombres que inexplicablemente yacían muertos a las puertas de la casa, habría más miembros de la secta acechando en cualquier lugar de la finca. Después de poner a salvo el libro, se enfrentaría a ellos.

Casi había llegado al altar cuando tropezó con sus perros. Leonardo y Einstein yacían sin vida junto al ara.

—Malditos… —susurró con rabia, mirando a sus queridos animales.

Un ruido le hizo escrutar la oscuridad y vislumbró a alguien entre los árboles.

Preso de la incertidumbre de no saber si esa sombra era producto de su imaginación, reanudó su marcha.

De pronto, le vio. Alguien se agazapaba entre los arbustos.

Breixo se detuvo mucho antes de llegar al camino que comenzaba entre las altas plantas. No quería adentrarse en la senda y así mostrar, dónde se dirigía.

Se giró provocador hacia dónde había vislumbrado la silueta de aquel hombre, y gritó:

—¡Sal y muéstrate!

Un ruido le hizo volverse hacia el otro lado.

Cuando vio al joven Dago aproximarse a él, se quedó paralizado.

—¡¿Qué haces aquí muchacho?! —preguntó lanzando miradas

hacia los arbustos.

—Eso no os pertenece— dijo el joven mirando el manuscrito— Dádmelo y no moriréis.

Breixo arrugó el ceño, extrañado por esas palabras que contenían las cadencias de siglos pasados. Dago sacó una espada mientras el anciano observaba que sus manos y su ropa estaban manchadas de sangre. Asustado, fue a preguntarle si estaba herido cuando de pronto supo qué era lo que estaba ocurriendo. Le observó con más detenimiento, y vio cómo su mirada no correspondía al muchacho que él conocía, entonces tuvo la certeza que él, había sido el autor de las muertes de los miembros de la Orden que forzaban la casa.

Dago, a sus casi quince años, era un chico alto y robusto, pero seguía siendo un niño. Breixo sintió un fuerte temor de que le pudiese ocurrir algo malo; estaba seguro que al menos otro Kan Kral acechaba en la oscuridad.

—Dago… —comenzó a decirle, pero el muchacho le acalló.

—Mi nombre es Aidan, hijo de Cahir Cearnaigh. Fui criado por el monje Mateo en la abadía de Mellifont. Eso que lleváis ahí no os pertenece, debéis dádmelo si queréis conservar vuestra vida. El manuscrito debe estar por siempre en sitio sagrado, es primordial para que los escritos malditos no se mezclen con la gran Sabiduría Celta que contiene.

Breixo reprimió un escalofrío al oír esa declaración. Sabía que Dago había mostrado signos de reencarnación desde pequeño, pero nunca habían sabido quién era, ni siquiera Áine. Ahora, cuando mencionó ese nombre..., la Abadía de Mellifont y al monje Mateo, lo comprendió todo; su corazón se iluminó con una nueva esperanza; la sombra de Timandro se disipó al saber que no era él, el que habitaba en aquel joven cuerpo.

—Hijo, no debes temer —dijo enseñándole el Triskel—, pertenezco al Clan que protege el Códice desde hace siglos, pero si quieres ver de nuevo a Bríd, debes hacer lo que te pida.

El muchacho se puso tenso cuando mencionó el nombre de la mujer.

—¿Dónde está ella? —preguntó el joven un tanto amenazador.

—No temas, ella está bien, pero si quieres volver a verla, debes hacer lo que te diga. Un grave peligro nos acecha —le insistió Breixo mirando hacia los arbustos. Sabía que estaban siendo observados, y se cuidó de que Dago les diera la espalda.

—Decid lo que queréis que haga, pero como me mintáis, volveré a por vos y acabaré con vuestra vida.

—No te miento, Aidan. —A Breixo le costó decir aquel nombre.

El muchacho le evaluó unos instantes.

—Quiero que me golpees con todas tus fuerzas.

—No creo que queráis eso.

—¡Hazlo o no la volverás a ver! —dijo conteniendo elevar la voz.

—Preparaos pues —concedió Aidan acercándose a él.

—Antes de que lo hagas, tengo que pedirte algo más.

—¡Hablad!

—Cuando lo hayas hecho, arranca con furia de mis manos el Códice y ocúltalo en el túmulo que encontrarás siguiendo esa senda. Debes defenderlo si alguien intenta entrar al lugar donde vas. Si no acude nadie, debes quedarte unas horas junto a él. Después sal, pero déjalo allí, allí estará protegido. Ese lugar…, ese lugar es un sitio sagrado ¿Lo has entendido? De otro modo no la volverás a ver.

Aidan le miró una vez más y sin previo aviso, descargó su puño contra el anciano y cogió el manuscrito.

Después, tal y como le había pedido ese extraño hombre, tomó rumbo al *sid* sin mirar atrás.

***

Breixo intentó abrir los ojos en un par de ocasiones, pero el dolor le cegaba. Cuando logró hacerlo, vio con espanto, que alguien que conocía muy bien, pasaba junto a él y se dirigía al lugar por donde había desaparecido Dago.

El profundo temor de que lo pudiera encontrar acabó de despejarle.

—¡Michel! —gritó débilmente pero lo bastante alto para que ese hombre, al que no veía hacía más de cinco décadas, se girara hacia él. Muchos años atrás ese traidor se había pasado al otro bando, ahora al verle allí, al sentimiento de incredulidad se le sumó el de la sorpresa, sorpresa de que hubiese sido él, el que se hubiera atrevido a profanar su casa—. ¿Qué haces aquí? —volvió a gritarle, dolorido aún.

—No he venido a verte a ti —repuso Michel mirando con nerviosismo hacia el camino oculto— Ya sabes por qué he venido.

Breixo se inquietó, Michel estaba ansioso por marcharse, y él tenía que impedirlo.

—No lo conseguiréis —replicó en un intento de retenerlo—. Ve y dile a tus superiores que sus ratas no han conseguido su objetivo.

—Ten cuidado con lo que escupes, Breixo. No sabes con quién

estás hablando realmente —repuso comenzando a andar hacia el lugar por donde había desaparecido aquel extraño.

—Sí, sí que lo sé. Estoy hablando con un traidor. Sé lo que pretendes. Solo quieres el Códice para conseguir un puesto mejor en tu sucia organización. Pero solo eres un peón, una pieza imprescindible para ellos.

Michel sabía que debía ir cuanto antes detrás de los escritos, pero las ganas de hacer saber quién era a ese presuntuoso, le impidió hacerlo sin antes desmenuzar palabra a palabra lo que había guardado en su interior todos esos años.

Después de desgranar su historia, Breixo notó que le costaba respirar; no podía creer que estuviese frente a ese monstruo, frente a la persona en la que Timandro y Nerón se habían reencarnado. Su subconsciente le traicionó cuando miró hacia el lugar por donde había desaparecido Dago. El miedo le atenazaba como nunca antes lo había hecho. Todo estaba en peligro, el Códice, la vida de Áine, la de Dago... Agradeció a los dioses que Erin, Ángel y Ciara no estuviesen en casa.

Pero tenía que hacer algo, lo que fuera; se intentó levantar sin éxito.

—Sigues siendo un cobarde. Eras tú el que se escondía como una comadreja entre los árboles. Nunca te has atrevido a dar la cara. Así lo hiciste con tu hermano. Deseabas a su mujer y la violaste. Eres un maldito cobarde y morirás siendo un cobarde. La maldición caerá sobre ti esta misma noche. Seas, quien seas.

—¡Yo no he entrado a la casa!, a mí no me afectará!

—¿De veras lo crees? —Breixo rio entre dientes—. La hierba que pisas brota de la tierra que llamó a la familia de mi esposa, antaño. La tierra que propició construir la habitación sagrada que protege los escritos bajo el amparo de los signos Ogam. La maldición es tan válida dentro de la casa como lo es aquí fuera.

—¡Cállate! —gritó Michel, asustado. No, le estaba mintiendo. Eso no podía ser…. De pronto se puso muy nervioso— ¿Dime quién era ese hombre? —Tenía que encontrar el Códice como fuera.

—No lo sé… — Breixo sufrió un mareo y cayó de nuevo al suelo del que se había incorporado un palmo— . Vete al infierno engendro, al sitio de donde jamás debiste salir —susurró con odio.

Michel se acercó a él y desenvainó su espada.

—Timandro vivirá plenamente. Cuando yo lea los escritos su reencarnación será completa. La Triada druídica se cumplirá.

Cuando Breixo vio el acero tuvo la certeza de que iba a morir, pero el terror que le punzó no fue por ese hecho, sino por lo que

acababa de decirle ese miserable. Aun así, se recompuso y reunió las suficientes fuerzas para decir:

—¿Estás seguro, Michel? Yo no lo creo. Tú eres un cobarde, Nerón también lo fue y Timandro…, Timandro solo tenía cerebro para matar sanguinariamente. Vuestras mentes no tienen cabida en este mundo, sino en el infierno donde debéis estar.

Iracundo, Michel levantó la espada y la dejó caer sobre Breixo. Atravesó su pecho y, cuando oyó los huesos romperse, sintió un intenso placer que hacía mucho tiempo no sentía; eso le hizo hundir con más fuerza el arma.

Michel observó la sangre que se escapaba a borbotones del pecho de su víctima; una sangre caliente que despedía vapor al contacto con el aire gélido.

Le costó retirar la espada; el arma se había insertado en la hierba y después se había enganchado en el cadáver. Cuando lo logró, escupió sobre el rostro de Breixo y, sudoroso, se dispuso a ir tras el hombre que había robado el Códice.

No había hecho más que comenzar a andar hacia el lugar por donde había desaparecido el extraño, cuando oyó a su espalda pasos apresurados. Achicó los ojos cuando reconoció entre la vegetación a integrantes del Clan. Se sintió acorralado, ¡no podía dejarlo ahora!, ¡tenía que conseguir el Códice como fuera!

Michel se adentró en la vegetación sintiendo a los integrantes del Clan cada vez más cerca. No cabía duda de que lo habían visto y no pararían hasta encontrarlo.

En un momento de confusión, pensó que quizá podría esconderse de nuevo, pero en ese momento, como si los dioses no estuvieran de su parte, las luces de la finca se encendieron y todo se inundó de luz. Una imagen vino a su mente…, una calzada romana…, un caballo…, las tropas del prefecto Nufidio…

Sacudió la cabeza azorado por las imágenes, otra vez la huida, otra vez…

—Corre…, no dejes que te atrapen —susurró medio ido—. Me azotarán…, lo que me harán será terrible…, corre...

Michel huyó de allí sin ser muy consciente a dónde iba. Cuando su mente recobró la lucidez, se dio cuenta de que no sabía dónde se encontraba. De lo que estaba seguro, es que estaba muy lejos de la casa de Áine.

—¡Noo! —gritó en la oscuridad. No podía volver, a esas horas la finca estaría infestada de integrantes del maldito Clan.

Michel giró sobre sí mismo y miró al cielo oscuro. La realidad cayó sobre él como aceite hirviendo. Su error era demasiado grave,

sabía cuál iba a ser su destino por haber entrado allí sin ser invitado… y…, sin llevarse el Códice… Su destino, un destino que parecía estar reflejado en las estrellas… Con convencimiento, supo que esa sería su última noche en ese mundo.

Michel cayó de rodillas y comenzó a llorar llevándose las manos al rostro, un rostro que en pocas horas, se desfiguraría para siempre.

GALICIA

15 de diciembre de 2013

Ahora lo entendía todo.

Lloraba, lloraba envuelta en un abanico de emociones que amenazaban por doblar mis piernas. Pensé en la muerte injusta de mi abuelo, lo que acababa de ocurrir y en el hallazgo del Códice. El manuscrito estaba allí. ¡Siempre había estado en el túmulo y Dago tendría otra oportunidad!

Tuve que contener el impulso de abrazarme al hombre que tenía frente a mí. Éste miraba taciturno hacia un lugar concreto del *sid* donde poblaba la oscuridad.

—Aidan —dije después de aclararme la garganta que sentía congestionada—, te quiero ayudar, pero debes decirme dónde escondiste el Códice.

Se volvió hacia mí en cuanto mencioné el libro. La escasa luz de la linterna no me dejaba ver bien sus facciones, pero le conocía lo bastante bien como para saber que la mirada que me estaba dedicando, distaba mucho de ser amable.

Di un paso atrás.

—¿Cómo sé que no lo quieres para un fin distinto al que está destinado? ¿Qué no huiras con él? —Su voz fue más ronca de lo habitual.

—No, no te engaño, de veras —le prometí.

Mi promesa no sirvió de nada. Aidan estaba cada vez más furioso y recordé las palabras de Kael: '…tenía fuertes episodios de violencia…'.

Vi cómo alzaba la mano y la comprimía en un puño; ni siquiera fui capaz de defenderme, esperé a que el golpe cayera sobre mí mientras lo miraba hipnotizada.

Entonces ocurrió algo.

Sus jadeos iracundos enmudecieron y me miró fijamente. Fue abriendo la mano con lentitud y la posó sobre mi pecho. Al hacerlo, sentí la misma sensación que me había traspasado el día en que nos besamos en la habitación sagrada mientras Dago sostenía el medallón de Bríd sobre el mismo lugar que ahora, tocaban sus dedos. Pese al dolor que sentía en todo mi cuerpo, logré concentrarme solo en una cosa: en un aroma familiar que inundó mis fosas nasales, un olor a hierba húmeda, a campo abierto, a leña quemada y a pasto. Sentí calor en mis mejillas y en mis hombros, como si el sol me estuviera dando de lleno.

Otro jadeo de Aidan me devolvió a la realidad al tiempo que comprendía que ese día, el día en que nos besamos en la habitación sagrada, no era Dago quien lo hacía.

Aidan retiró la mano de mi pecho y se separó de mí.

—No sé quién eres…, pero algo me empuja a confiar en ti.

Hice un esfuerzo porque mis palabras fluyeran.

—Debes hacerlo. Te prometo que pronto estarás junto a Bríd.

Creo que eso fue suficiente para acabar de convencerle. Aidan se puso en movimiento y ofreciéndome su mano, me llevó hacia el lugar que momentos antes, había mirado con atención.

***

Ciara y Aidan salieron del túmulo.

Éste llevaba el manuscrito en sus manos. Sin previo aviso, lo dejó sobre el altar.

No era un libro muy grande, pero sí hermoso y con una fuerza de atracción hechizante, consiguiendo, que quien lo contemplara, supiera que era sumamente especial.

Los monjes que lo habían creado, lo habían hecho con esmero. Poseía recias tapas de madera forradas en piel teñida de castaño rojizo. En su portada, se grababan varios símbolos celtas y griegos haciendo una extraña conjunción. Ciara distinguió algunos con facilidad, pero otros le resultaron desconocidos. Su lomo contenía varias letras repujadas, algo agrietadas evidenciando el paso del tiempo, al igual, que todo su conjunto.

Aidan la observaba con curiosidad. Aquella mujer le era tan familiar como el mismo viento, y a la vez, tan desconocida como era todo lo que le rodeaba. Sus pupilas no podían ver más allá de los bosques y recordaba vagamente cómo había llegado hasta allí.

No podía apartar la mirada de ella. Dentro de la angustia que

sentía al saberse lejos de Bríd, encontraba consuelo observando a aquella mujer. Sus ojos eran tan parecidos, que en ellos, hallaba un pequeño consuelo, que junto a sus palabras, habían conseguido que después de un tiempo incierto, el muchacho encontrara un poco de paz.

—Es precioso —susurró ella.

—Es peligroso.

—Demasiado. —La voz de Kael surgió a sus espaldas. Con él, venían varios hombres que pusieron a Aidan en guardia.

Ciara se apresuró a retenerle.

—Son integrantes de los Protectores del Códice —le dijo—. Tranquilo, están aquí para ayudarnos.

Aidan les lanzó una mirada recelosa y observó sus movimientos.

Sin emitir palabra y lanzando pequeñas miradas al altar donde reposaba el preciado manuscrito, los hombres se dispersaron y se ocuparon eficazmente de los acompañantes de Michel. Después, se hicieron cargo de éste.

—Tu hombro, Kael… —susurró la muchacha, preocupada al observar que el anciano no movía uno de sus brazos.

—Estoy bien. Me ocuparé de eso luego. Ahora esto es mucho más importante.

—Ha estado aquí siempre —le dijo Ciara señalando el Códice, con visible emoción.

—En *nuestro* lugar sagrado —contestó el abuelo de Dago, mirando en dirección al túmulo.

—Lo supiste.

—Lo supe cuando tú lo hiciste —dijo Kael—. Cuando Michel nos contó lo sucedido con Breixo lo entendí todo, por eso, he ido a por esto. No perdamos más tiempo. Aidan y Bríd necesitan reunirse, y nosotros, necesitamos que Dago vuelva y se quede para siempre.

Kael se acercó con lentitud a ellos y depositó las vitelas sueltas y el medallón que había pertenecido a la antigua druidesa, sobre el manuscrito.

Ciara apretó los labios y miró un momento a Aidan que a su vez, dirigía su mirada a lo que el anciano había dejado allí.

—Estas vitelas, se desprendieron del Códice el día que hablaste con el hombre que golpeaste —susurró ella—. Él lo protegía al igual que tú, y luchando por su protección, estos pliegos se soltaron del libro.

La atención de Aidan se concentraba únicamente en el medallón. Kael, al percatarse de ello, intervino.

—Solo debes leer lo que Ciara te indique y por fin, podrás

reunirte con Bríd.

—Lo llevo ansiando tanto tiempo… —musitó el muchacho atendiendo las indicaciones del anciano.

Ciara cogió las vitelas y el Códice, pero tuvo que contener un súbito desenfreno acompañado de una leve inquietud al tocar las cubiertas de cuero. La cercanía del hombre que ahora esperaba ansioso que comenzara a hablar, la ayudó a lograrlo.

Le comprendía tanto… El amor profundo que Aidan sentía por Bríd era como el que ella sentía por Dago, un amor que durante cuatro años había sido imposible, y ese impedimento, lo había hecho más fuerte y más ansiado. Comprendía lo solo que se habría sentido Aidan, echándola de menos a cada instante, en cada respiración, en cada latido, añorando sus labios, sus ojos, su tacto. Recordó cómo lo había encontrado en aquel *sid* junto a los acantilados de Mhothair y cómo su corazón se había roto en mil pedazos cuando vio a su amado sin vida…

Ciara se estremeció cuando comprendió que esos recuerdos no eran suyos.

Cerró los ojos involuntariamente y sus pensamientos se fusionaron con los de la antigua druidesa de Gaillimh.

Cuando los abrió de nuevo, un hombre atractivo la miraba con devoción. En su pecho pendía el colgante que ella misma acababa de ponerle. Su sonrisa se extendió cuando sus ojos se encontraron.

—Kaiden… —susurró haciendo que él también curvara hacia arriba sus labios.

—Te he esperado tanto tiempo…

—Ahora podremos estar juntos por siempre —le dijo la muchacha, notando cómo una cálida lágrima se deslizaba por su mejilla.

Bríd abrió el Códice por la parte en que el druida Labhras le había indicado y puso encima unas vitelas sueltas que había junto al manuscrito.

—Debemos leer juntos estos párrafos tres veces —indicó a Aidan.

Cogiendo su mano, la elevó hasta el Códice y comenzaron a desgranar el texto griego. Cuando llegaron a los símbolos Ogam, notó cómo Aidan los descifraba con más intensidad.

Una vez acabada la lectura, dejaron el Códice sobre el altar de aquel bosque desconocido y se miraron a los ojos con satisfacción, con una seguridad que una vez, creyeron perder.

Aidan ya no sentía dolor, el sufrimiento en su costado había desaparecido antes de terminar de leer aquellas palabras, que Bríd,

le había indicado. Siempre había pensado que había estado lejos de Gaillimh mucho tiempo, lejos de ella, pero ahora no tenía esa perturbadora sensación. Ahora parecía que hubiese salido de allí tan solo dos días antes, cuando Bríd le esperaba ansiosa en la aldea junto a Éamon, su hermana Caitlín y sus sobrinos. Recordó haber dormido en aquel establo esa noche. Recordaba haber tenido una pesadilla, pero ya no se acordaba de lo que había soñado.

Pensó en Éamon y en cómo había aparecido después de que él guardara el Códice en el *sid* junto a los acantilados, de cómo habían comido juntos aquel queso y aquel pan seco.

Miró hacia el altar y vio las ofrendas que estaban depositadas allí. Sin duda, los druidas habían hecho un ritual.

Oh, ahí estaba Éamon, los miraba a unos veinte pasos e iba con su hermana y sus sobrinos.

El Códice estaba en un lugar sagrado, en los acantilados de Mhothair. Por fin había cumplido la promesa que había hecho a su añorado Mateo. Ahora podría vivir en paz. Por siempre.

Bríd le cogió de la mano y tocó el medallón.

—Vamos a casa —le dijo.

Aidan sonrió como hacía tiempo no sonreía.

GALICIA

Enero de 2014

Era consciente de todo lo que había pasado hacía un mes frente al altar. Y aun ahora, después del tiempo trascurrido, todavía me preguntaba, cómo Aidan y Bríd, habían podido fusionarse de esa manera.

¿De veras habían conseguido reunirse de nuevo?

Nada más formular esa pregunta, la respuesta vino como un meteorito con forma rotundamente positiva.

Ahora me explicaba muchas cosas, había tenido mucho tiempo para pensar. Recordaba cómo había encontrado el ara el día en que Dago se desmayó en el desván. Sin duda, él había sido el causante de tal destrozo.

Analizándolo con Kael, habíamos concluido que su nieto, sin ser consciente de ello, visitaba con asiduidad el túmulo. Llegamos a la conclusión que ese día era uno de los muchos en que Dago, siendo Aidan, se acercó hasta allí y sintiéndose aturdido, o quizá, poseído por uno de esos 'brotes' violentos, destrozó el altar que nosotros habíamos montado para Samhain, al igual que desordenó los libros que yo había colocado encima de la mesa en la biblioteca. Luego, confuso, llegó hasta el desván y allí perdió el conocimiento.

Comenté a Kael que a mí no me resultaba extraño que Dago, en vez de irse a su casa esa noche, fuera al lugar donde, aunque oculta, estaba impresa la frase que Bríd le había dicho una vez en su despedida. Por supuesto, todo eran suposiciones, pero era una manera de encontrar explicación a lo que había sucedido.

Unos nudillos golpearon suavemente la puerta del baño.

—Ahora salgo —dije.

—Cariño, Enrique está al teléfono. —La voz de mi madre se oyó

amortiguada—. Vale, yo voy bajando.

Mi editor estaba muy enfadado conmigo y tenía que admitir, quisiera o no, que esta vez estaba cargado de razón, y es que aunque amaba mi trabajo, las últimas semanas Dago había sido mi prioridad en todos los aspectos. No podía decirle a Enrique que el motivo de posponer la presentación de la novela radicaba, en que mi novio tenía que leer unos versos pertenecientes a un Códice milenario para no morir.

Salí del baño y cogí el teléfono en mi dormitorio.

—Hola Enrique, ¿cómo estás?

—Hola cariño. ¿Qué tal la familia?

Subí las cejas, sorprendida.

—Dime —le dije. Ahora sí que estaba intrigada por su súbita amabilidad.

—Solo llamo para decirte que ya tenemos fecha para la presentación. Será a primeros de febrero como tú pediste, pero…, hay algo más… —Enrique arrastró la ese más de lo necesario.

Me callé esperando que soltara la bomba.

—¿No me vas a preguntar? —se quejó regocijándose en la intriga.

—Venga, suéltalo ya —le dije sonriendo.

—¡La productora NadCon, ha adquirido los derechos de la novela!

—Vaya… —Apreté el teléfono en mi mano y me senté en la cama.

—¡¿Solo vas a decir eso?! Ciara, es maravilloso, por fin todo el mundo va a poder ver tus personajes en la gran pantalla.

—Sí, sí… —susurré.

—Bueno, digiérelo y cuando puedas llámame. Tenemos que organizar bien la promoción.

—Está bien. Adiós, Enrique.

Me levanté y abrí la ventana. Necesitaba aire.

—¿Hola?— dijo mi padre a mi espalda.

—Hola papá.

—Dago acaba de llegar.

—Por favor, dile que en seguida estoy lista. —No quise decir nada aún sobre la novela. No era el momento.

Mis padres habían llegado dos días después de encontrar el Códice y cuando Kael, con su brazo en cabestrillo, les había relatado lo sucedido con más detalle; no dieron crédito.

Acabé de arreglarme y bajé las escaleras con lentitud.

Dago esperaba apoyado en la balaustrada con un pie en el

primer escalón, no se había quitado la cazadora de cuero y, como siempre, estaba arrebatadoramente guapo.

Cuando me oyó bajar, subió la vista y compuse un gesto de indiferencia; no quería que notara que todavía a veces me seguía intimidando, pero en mi afán por hacerme la digna, tropecé en el penúltimo escalón, y sus brazos aparecieron antes de que cayera de bruces contra el suelo.

—Yo también tenía ganas de verte —dijo sonriendo.

Le devolví la sonrisa y me dio un fugaz beso en los labios.

—¿Preparada?

—Preparada.

—Hijos —nos llamó mi madre—. El Clan ha decidido que lo hagáis vosotros por la implicación que tuvisteis con Aidan y Bríd. Sé que lo haréis muy bien, y que ellos, donde quieran que estén, se sentirán muy orgullosos, tanto como lo estamos nosotros.

—Y… no tengáis prisa —añadió mi padre.

—Tranquilo —dijo Dago guiñándole un ojo. Un gesto que no entendí.

—He soñado tantas veces con que llegara este momento… —continuó mi madre, emocionada.

—Lo sé, mamá, lo sé.

Tras despedirnos de ellos, Dago y yo nos montamos en su moto y nos dirigimos al lugar donde había evitado acudir durante cuatro años.

***

La Garita de Herbeira nos esperaba, solitaria.

Hacía frío y estaba oscureciendo, pero saber dónde me encontraba me llenaba de confort. Los últimos rayos de sol se apagaban, pero no menguaban la magnificencia de la inmensidad de los acantilados. Por más que viera aquellos paisajes, nunca dejarían de causarme una mezcla de euforia e inquietud. El sonido atronador de las aguas hacía que tuviéramos que elevar un poco más la voz.

—Ven —me pidió Dago.

Nos acercamos al borde del abismo y suspiré sabiendo lo que vendría a continuación.

Dago sacó una pequeña urna de mi mochila y la apoyó en el muro protector del acantilado.

—Ha llegado la hora —dijo.

Las cenizas de una parte del manuscrito estaban dentro de esa

urna.

Tres noches después de que Dago cumpliera los veintiocho años, tuvo lugar una compleja ceremonia en la que todos los jueces y jefes druidas del Clan, acudieron al caserón. En dicha ceremonia, la parte del Códice que tanto daño había hecho a la humanidad, fue purificado con fuego, las vitelas que habían sido perseguidas por los Kan Kral. Esa parte había pasado por las manos de personajes tan importantes como crueles; había despertado los sentimientos más oscuros de muchos y debíamos destruirlo. En cambio, el resto del manuscrito con la Sabiduría de nuestros ancestros druidas, había sido devuelto a su Origen, al túmulo que albergaban los acantilados de Moher. Lo demás, los textos proféticos, habían sido enviados a un especialista del Clan en el Vaticano para tratar de descifrar aquellas letras infernales e, intentar así, evitar la muerte o ayudar en la medida de lo posible a las probables víctimas tocadas por esos presagios infames.

En ese momento, tal y cómo había comentado mi madre, Dago y yo éramos los responsables de dar el último adiós al resto que ahora era ceniza y, con el consentimiento de los *ancianos,* habíamos elegido ese lugar para hacerlo por un significado muy especial para nosotros.

La Garita de Herbeira había sido testigo de que una vez nuestras vidas dieran un vuelco, de que por una confusión causada por un terrible hecho del pasado, nuestros caminos se separaran debido a aquella parte del Códice. Por su culpa, Aidan había sido asesinado, había sido separado injustamente de Bríd.

—Se acabó la persecución, se acabó la Orden —dijo Dago abriendo la urna que contenía los restos.

—Espera —le pedí— Sin saber por qué, la sujeté con las dos manos y cerré los ojos pensando en Bríd y Aidan.

—¡Hazlo! —grité al cabo de un momento.

Cuando las cenizas se dispersaron en el aire sentí como si me quitaran una gran losa del pecho, pero a la vez me inundó un extraño sentimiento de culpa.

Dago también se mantuvo en silencio contemplando cómo se fusionaban con el viento. A los pocos segundos y en un movimiento rápido, lanzó la urna y ésta cayó por el abismo siendo engullida por la oscuridad.

—Creí que el Clan se negaría a destruirlo —dijo mirando las negras aguas.

—¿Por qué? Esas vitelas han sido la causa de que mucha gente muriera.

—Lo sé, pero en ellas estaba impresa la sabiduría de muchos eruditos griegos y una parte de lo que nuestros ancestros druidas plasmaron en las Varas de Filí.

—Sí, así es, pero sus versos se mezclaron haciendo de ello un arma muy peligrosa. Un arma que debíamos destruir. Aun así, ¿de veras crees que lo que una vez escribieron los filósofos druidas, se ha perdido?

Dago continuó mirando al horizonte.

—No, sé que las enseñanzas de nuestros antepasados están a salvo. El Clan lo ha transcrito correctamente y al fin, están en su lugar de Origen.

—Los acantilados de Moher.

Asintió.

—El viaje que hicieron mis padres hace una semana —le recordé.

—Los principales buscadores devuelven lo que guardaron durante décadas al lugar donde realmente debe estar.

—Misión cumplida.

—Pero me da rabia quedarnos ahí —declaró.

—¿A qué te refieres?

—Después de lo que hemos pasado, cuando logren descifrar las fechas malditas deberían hacernos partícipes.

—Eso no es posible Dago, lo sabes. Los ancianos lo dejaron claro.

—Lo sé —susurró.

—Hmmm.

—¿Por qué pones esa cara?

—¿Qué cara? —pregunté arqueando las cejas.

—La que pones siempre cuando has hecho algo a escondidas.

Sonreí ante ese apunte.

—Antes de que mi madre entregara esos escritos al mensajero que envió el Vaticano, los eché una ojeada muy exhaustiva. Vamos, que apunté algunas fechas saltándome las normas. Eso sí, en lugar sagrado —añadí.

—¿Para qué? Eso no sirve de nada —repuso conteniendo una sonrisa.

—No sé… Quizá mi rasgo periodístico me impulso a hacerlo. Lo único que sé es que la primera fecha que apunté es el 3 de agosto.

—Pone los pelos de punta.

—Sí. Y solo espero que no sea algo malo. Es frustrante que no sepamos dónde será y en que punto del planeta.

—Ojalá que para entonces hayan averiguado algo —susurró.

Dejamos que el silencio nos envolviera durante unos momentos, instantes en que mi memoria volvió a rescatar esa fecha escrita con tinta desgastada entre las letras abigarradas y borrosas de esa vitela que ahora volaba hacia Italia.

—Supongo que después de esto, nunca podremos vivir como dos personas normales —dijo Dago volviéndose hacia mí.

—Tú no tienes nada de normal.

—No sé si eso es un cumplido —se quejó.

—Nunca lo sabrás.

Dago rio un momento, pero de pronto su rostro compuso un gesto severo.

—Ciara, te quería dar las gracias de nuevo por haber hecho que restauraran la espada de Aidan.

—Y yo te vuelvo a decir que no hay de qué.

—Significa mucho para mí.

—Lo sé —Lo sabía.

Dago volvió a recuperar su expresión jovial y me hizo olvidar mis pensamientos lúgubres.

—¿Recuerdas nuestro nefasto día aquí?

—¿Crees que lo podría olvidar? —pregunté mordaz.

—Acabó muy mal, pero ese día te iba a pedir que te casaras conmigo.

—Sí —dije subiendo los ojos al cielo—, y lo he estado pensando. ¿Cómo pretendías pedirme que me casara contigo *ese* día?

—¿Qué tenía de malo *ese* día?

—¡Por Dios, Dago!, ¡estaba diluviando!, no sé… —repuse sacudiendo la cabeza— a las chicas nos gusta las cosas más románticas. Estaba calada hasta los huesos, pisábamos barro y temblaba de frío.

Dago arrugó el ceño como si le hubiese hablado en una lengua muerta.

—¿Románticas?

—Sí, románticas. Tú no eres romántico.

—No, no lo soy, pero tú tampoco.

—Yo sí —refunfuñé—, para eso, sí lo soy.

—¿Para eso sí? ¡Chorradas!

—¿Chorradas? —pregunté perpleja.

—Sí, chorradas —reiteró, atrapándome entre sus brazos.

—No estoy de acuerdo —disentí, intentando zafarme.

—Ni lo intentes —dijo sujetándome más fuerte.

—Suéltame. No me gustaría hacerte daño —bromeé.

—Estoy deseando que me hagas daño, cariño —dijo, al tiempo

que aprisionaba con delicadeza mi labio inferior entre sus dientes.

Dago suavizó su abrazo y sus manos pasaron a acariciar mi espalda mientras las mías buscaban su rostro para profundizar en ese beso.

Cuando me quise dar cuenta, mi espalda chocaba contra la pared de piedra de la garita y mi respiración ya estaba desatada.

—Creo que deberíamos meternos dentro —susurró en mi oído.

—¿Estás loco? Puede venir alguien.

Oí cómo Dago reía con el rostro pegado a mi cuello.

Antes de que pudiera protestar, me arrastró dentro de la caseta y mi respiración se detuvo cuando vi lo que había en el interior.

La garita estaba repleta de pequeñas velas intercaladas con pétalos de rosas rojas. Cubriendo el pavimento, normalmente embarrado, había dispuestas varias mantas mullidas convirtiendo el duro y frío suelo, en una confortable alfombra. Como objeto dispar, dando un aspecto heterogéneo a la decoración, una cubitera plateada enfriaba una botella de champán.

Su mano apareció ante mí y presionó suavemente mi barbilla hacia arriba para cerrar mi boca.

—¿Pero cómo…? —acerté a decir al tiempo que miraba hacia las ventanas que estaban tapadas estratégicamente para que no se viera el resplandor de las velas desde fuera.

Me giré hacia él y me dedicó una mirada que destilaba una mezcla de emoción e inseguridad.

—¿Cómo has hecho todo esto? La garita es encuentro incesante de turistas.

—He tenido una pequeña ayuda.

—¡Pero puede venir alguien!

—Hay gente del Clan apostada en todos los caminos de acceso. Estamos completamente solos y lo vamos a estar toda la noche.

—Pero no pueden hacer eso, esto es… —comencé a protestar, pero Dago me puso un dedo en los labios.

—Cállate de una vez —me ordenó.

Contuve una sonrisa e inspiré.

—Ciara, te quiero. El tiempo que estuvimos separados fueron los peores años de mi vida. Eso tiene que significar algo. ¡Qué demonios!, ¡significa que no puedo estar sin ti! No puedo dejar que te alejes, quiero ver tus ojos cada mañana, besar esos labios que me vuelven loco. Quiero verte reír cada día, quiero ver cómo te enfadas conmigo cada cinco minutos, quiero seguir haciéndote de rabiar. Por eso he pensado qué quizá tu y yo…, podríamos… —Dago subió una de sus manos a la cabeza y se tocó el pelo con nerviosismo

mientras soltaba el aire de un golpe—. ¡Diablos, Ciara, qué difícil es esto!, ¡cásate conmigo, maldita sea!

Me mordí los labios aguantando las ganas de reír, de gritar.

—¡Mujer!, ¡di algo ya! —gruñó.

Eché la cabeza hacia atrás y rompí a reír por fin.

—¡Sí!, me casaré contigo —dije abrazándole.

Oí cómo suspiraba; había estado reteniendo el aliento durante los pocos segundos que había tardado en dar mi respuesta.

—Te quiero Dago, te quiero —dije bajito cuando le miré a los ojos.

Él engarzó su mirada a la mía y después de besarme con furia, dijo:

—Creo que deberíamos continuar por donde lo habíamos dejado y…

—…y después descorcharemos esa botella de champán para volver a celebrarlo una y otra vez Dago, por siempre… —susurré al tiempo que buscaba sus labios de nuevo y mis manos comenzaban a desnudar, a mi héroe medieval.

NOTA DE LA AUTORA

Sería muy pretencioso por mi parte pretender que todos los datos reales dados en la novela sean fehacientes al cien por cien. No puedo hacerlo porque algunos de los lugares que cito en la historia, han escapado a mis ojos, a mi tacto y a mi sentido del olfato. Espero pues, que los conocedores de tales ubicaciones, así como los expertos en temas como el Ogam y las fiestas irlandesas, puedan perdonar los posibles errores que haya podido cometer. Prometo subsanar esos errores en cuanto pueda; aunque solo sea para mi propia tranquilidad.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA:

El druida, Morgan Llywelyn. Ediciones Martínez Roca.
Símbolos Celtas. ‘Los Cuadernos de Urogallo’.
Los druidas, T. D. Kendrick. Biblioteca Historia. Random House.
Leabhar Ghabhála (Libro de las invasiones). Ediciones Akal.
Druidas: Del mito al hombre. Israel Quevedo Puchal.
Los doce Cesares, Suetonio. Edición eBooket.
Los anales de Tácito. Alianza Editorial.
La guerra de las Galias, Julio Cesar. Ediciones Orbis, S.A, y multitud de Webs sobre el tema que me sería imposible enumerar.